THE UNIVERSITY
OF ILLINOIS
LIBRARY
056
RC
v.22

REVISTA CONTEMPORANEA

REVISTA CONTEMPORÁNEA

LIBRARY
UNIVERSITY OF ILLINOIS
URBANA

FUNDADOR-PROPIETARIO

D. EMILIO DEL PEROJO

DIRECTOR

D. FRANCISCO DE ASÍS PACHECO

AÑO IV—V—TOMO XXII

JULIO—AGOSTO 1879

OFICINAS
MADRID: PIZARRO, 15, BAJO
PARIS, 27, FAUBOURG MONTMARTRE

BUENOS-AIRES
Jacobsen et Saederstedt

HABANA
A. Chao y Compañía.

VENEZUELA
J. M. Larrazabal.

MADRID: 1879
TIPOGRAFIA ESTEREOTIPIA PEROJO
MENDIZABAL, 64

UNIVERSITY OF ILLINOIS LIBRARY URBANA

EL ATAQUE DEL MOLINO

III.

Era una regla sancionada por el estado mayor del ejército aleman; todo frances que no perteneciendo á las tropas regulares fuese cogido con las armas en la mano, debía ser fusilado. Ni áun las compañías de soldados francos eran consideradas como beligerantes. Los alemanes, al castigar con este excesivo rigor á todos los paisanos que defendían sus hogares, se proponían impedir en el país un levantamiento general que hubiera podido costarles muy caro.

El oficial, que era un hombre alto, seco y de unos cincuenta años, hizo sufrir á Domingo un breve interrogatorio. Aunque hablaba el frances con notable correccion, pronunciaba de un modo bastante dificultoso.

—¿Sois frances?

—Nó, soy belga.

—¿Por qué habeis tomado las armas?... Vos no teneis nada que ver con lo que ocurre en este país.

Domingo no respondió. En aquel momento, el oficial se fijó en Francisca que, sumamente pálida, permanecía á muy corta distancia de ambos interlocutores; la ligera herida que

247090

acababa de recibir marcaba en su frente una línea rojiza. Él contempló sucesivamente á los dos jóvenes, pareció adivinarlo todo, y se contentó con añadir:

—¿Negais haber disparado contra nosotros?

—He hecho todo el fuego que me ha sido posible, respondió tranquilamente Domingo.

Esta confesion era inútil, porque estaba completamente tiznado por la pólvora, cubierto de sudor y manchado por las gotas de sangre escapadas de la herida recibida en el hombro.

—Está bien, exclamó el oficial. Sereis fusilado dentro de dos horas.

Francisca quiso gritar y no pudo. Cruzó las manos y las levantó en alto, presa de una horrible desesperacion. El oficial observó aquel profundo dolor. Domingo fué conducido por dos soldados á una habitacion inmediata, en la que debían custodiarle hasta nueva órden. La jóven sintió que sus fuerzas la abandonaban completamente y se dejó caer sobre una silla; no podía llorar y se ahogaba. El oficial, que continuaba examinándola, acabó por dirigirla la palabra:

—¿Es hermano vuestro ese muchacho? la preguntó.

Ella indicó que no con la cabeza. Él, sin perder un momento su extraordinaria gravedad, preguntó poco despues:

—¿Hace mucho tiempo que habita este país?

Ella dijo que sí, sin pronunciar una palabra.

—Entónces conocerá perfectamente los bosques inmediatos.

—Sí, señor, dijo ella haciendo un penoso esfuerzo y contemplándole con cierta sorpresa.

Él no añadió una sola palabra; dió media vuelta y mandó llamar al alcalde del pueblo. Pero Francisca, creyendo comprender el objeto de aquellas preguntas, concibió una ligera esperanza, se levantó inmediatamente de su asiento y corrió en busca de su padre.

El tio Merlier, no bien cesó el fuego de fusilería, bajó precipitadamente á la galería de madera con objeto de examinar la rueda del molino. Él adoraba á su hija y quería entrañablemente á su futuro yerno Domingo; pero la destartalada rueda ocupaba tambien un gran espacio en su corazon. Puesto que los dos chicos, como él los llamaba, habían salido sa-

nos y salvos de la reciente refriega, sólo pensaba en su otro cariño, que, desgraciadamente, había sufrido de un modo extraordinario. Inclinado hácia la gran armadura de madera y sumamente afectado, examinaba con toda detencion sus grandes é irreparables desperfectos. Cinco paletas habían quedado destrozadas y el maderaje del centro estaba materialmente acribillado. El pobre hombre introducía los dedos en los agujeros hechos por las balas con objeto de conocer su profundidad, y reflexionaba con todo detenimiento el modo de remediar todas aquellas averías. Francisca le halló ocupado en tapar aquellos horribles agujeros con unas astillas y un poco de musgo.

—Padre, le dijo, vengo á buscaros de parte del oficial.

Ella pudo por fin romper á llorar y le contó todo cuanto acababa de oir. El tio Merlier hizo con la cabeza un movimiento de desden. Eso de fusilar á las gentes no es tan fácil como parece. Ya se andarán con tiento ántes de cometer una barbaridad. Él entró nuevamente en el molino, pero siempre silencioso y tranquilo. Cuando el oficial le pidió víveres para sus soldados, le contestó que los vecinos de Rocreuse no estaban acostumbrados á que se les maltratase, y que nada podría obtenerse de ellos empleando la violencia.

Él se encargaba de todo, pero con la condicion de que se le dejase obrar á su antojo. El oficial pareció no recibir muy bien estas palabras; sin embargo, al cabo de un momento, accedió á los deseos del anciano.

—¿Cómo se llaman esos bosques situados enfrente del molino? le preguntó viéndole dispuesto á partir.

—Los bosques de Sauval.

—¿Qué extension vienen á tener aproximadamente?

El molinero le miró con fijeza.

—No lo sé... Si necesitais una persona conocedora del terreno, buscad un individuo que sepa mejor que yo la topografía del país... Pero os suplico que no me deis á mí el encargo de proporcionároslo.

Alejóse al pronunciar estas palabras. Una hora despues, la contribucion de guerra en víveres de todas clases, reclamada por el oficial, se hallaba ya en el patio principal del molino.

Comenzaba á oscurecer. Francisca seguía con ansiedad todas las operaciones de los soldados.

Ella no se alejaba ni un momento de la habitacion en que Domingo se hallaba encerrado. A las siete próximamente recibió un susto terrible; vió entrar al oficial en el cuarto ocupado por el prisionero, y durante más de un cuarto de hora creyó oirlos disputar en voz alta. El oficial entreabrió un momento la puerta del improvisado calabozo y dió en aleman una órden que ella no pudo comprender; pero un instante despues, vió que doce hombres se alineaban en el patio con el fusil al brazo; apoderóse de ella un horrible extremecimiento, y creyó llegada su última hora. Ya no cabía duda; la ejecucion iba á verificarse en aquel mismo momento. Los doce hombres permanecieron allí diez minutos, y Domingo continuaba entretanto disputando á gritos con el oficial y negándose á las exigencias de éste. Francisca no había experimentado en toda su vida una agonía semejante. Por último, el oficial salió del encierro del prisionero, dió un tremendo portazo, y dijo en francés:

—Reflexionadlo bien... aguardaré vuestra resolucion hasta mañana por la mañana. Este es el último plazo que os concedo.

Y con expresivo ademan mandó romper filas á los doce hombres. Francisca permanecía como alelada. El tio Merlier que había continuado fumando su pipa sin apartar su escrutadora mirada de aquel peloton de soldados, la cogió de un brazo con paternal solicitud y la acompañó hasta su habitacion.

—No te muevas de aquí, la dijo, tranquilízate y procura dormir... Mañana será otro dia y entónces veremos qué es lo que debe hacerse.

Al separarse de su lado tuvo la precaucion de dejarla encerrada bajo llave. Él abrigaba la conviccion de que las mujeres no sirven para nada, y creía á piés juntillas, que todo lo desconciertan siempre que se trata de algun importante asunto. Sin embargo, Francisca no se acostó. Permaneció largorato sentada al borde de su cama, atenta siempre á cualquier insignificante ruido que se producía en el interior de la casa. Los soldados alemanes, acampados dentro del patio, cantaban y

reian, y debieron estar comiendo y bebiendo hasta las once, porque hasta dicha hora la algazara no cesó ni un sólo momento. En el interior del molino oíanse de cuando en cuando fuertes pisadas que parecían indicar el relevo de los centinelas. Pero lo que más la interesaba, eran los rumores que podía percibir en la habitacion que se hallaba debajo de la suya. Acostóse varias veces en el suelo y aplicó el oido á los vetustos baldosines del pavimento. Aquella habitacion era precisamente la que servía de calabozo á Domingo. Este parecía andar desde la pared á la ventana, porque ella oyó durante mucho tiempo el acompasado son de sus pasos; luégo, reinó un gran silencio; él probablemente había vuelto á sentarse. Todos los demas ruidos iban cesando poco á poco, todo parecía entregarse al sueño. Cuando calculó que toda la gente de la casa sucumbía á la falta de descanso, abrió la ventana de su cuarto con todo el sigilo que la fué posible y se puso de codos sobre el quicio de la misma.

La noche estaba despejada y serena. La débil claridad de la luna, que se ocultaba tras el bosque de Sauval, iluminaba la campiña con el incierto resplandor de una miserable lamparilla. La prolongada sombra de los árboles dibujaba en las praderas anchos y negros festones, en tanto que la hierba, en los parajes descubiertos, adquiría una suavidad á modo de terciopelo verduzco. Pero Francisca no se fijaba apénas en aquel misterioso encanto de la noche. Contemplaba el campo buscando los centinelas que los alemanes acababan de apostar por aquellos parajes. Veía perfectamente sus sombras escalonados á lo largo del Morelle. Sólo un centinela se hallaba cerca del molino; estaba situado al otro lado del rio, cerca de un sáuce cuyas ramas caían hasta sumergirse en el agua. Francisca le distinguía perfectamente. Era un mozallon que, inmóvil en su puesto, contemplaba los bosques y los astros con el aire meditabundo de un pastor.

Francisca, despues de inspeccionar cuidadosamente todos aquellos lugares, se sentó de nuevo sobre su cama. Así permaneció una hora, completamente ensimismada. Luégo volvió á escuchar; en la casa no se percibía ni el más ligero rumor. Dirigióse otra vez á la ventana y miró atentamente á

uno y otro lado; pero sin duda halló molesto uno de los cuernos de la luna que aparecía aún tras los árboles, y decidió aguardar otro rato más. Por fin creyó llegada la hora oportuna. La noche era completamente oscura; Francisca no divisaba ya el centinela situado enfrente, y la campiña aparecía como una inmensa mancha de tinta. Ella aplicó el oido un corto momento y se decidió á poner en ejecucion su proyecto. Había cerca de la ventana una escala de hierro, formada de barrotes clavados en la pared, que conducía de la rueda al granero, y que servía en otro tiempo para que los molineros inspeccionasen ciertos rodajes; andando el tiempo, el mecanismo fué modificado, y hacía ya muchos años que aquella escala se hallaba oculta bajo la espesa yedra que cubría toda aquella parte del molino.

Francisca hizo un esfuerzo varonil, montó sobre la barandilla de la ventana, se agarró á uno de los barrotes de hierro y quedó suspendida en el espacio. Comenzó á bajar. Las faldas de su ropa aumentaban la dificultad de su arriesgada tarea. De pronto, desprendióse una piedra de la pared y cayó al Morelle, produciendo un gran ruido. Ella se detuvo helada de espanto, pero comprendió que el continuado susurro de la pequeña cascada del molino cubría á larga distancia cualquier ruido que ella pudiera hacer, y bajócon mayor ánimo que en un principio, apartando la yedra con el pié y asiéndose con fuerza á los peldaños. Cuando se halló á la altura de la habitacion que servía de prision á Domingo, se detuvo. Una dificultad que no había previsto estuvo á punto de hacerla perder todo su valor: la ventana de la habitacion inferior no se hallaba situada exactamente debajo de la que ella acababa de abandonar, sino á cierta distancia de la escala; y cuando ella alargó la mano, sólo consiguió tocar la pared. ¿Tendría que verse obligada á volver á subir sin lograr el objeto que se proponía? Sus brazos se negaban ya á resistirla, el murmullo del Morelle, que corria á sus piés, comenzaba á inspirarla un verdadero terror. Entónces arrancó de la pared pequeños fragmentos de yeso y los lanzó á la ventana del cuarto de Domingo Él no oyó nada; tal vez se hallaba durmiendo. Ella continuó desconchando la pared y se desolló los dedos al despren-

der un yeson. Sus fuerzas la abandonaban ya completamente; comprendía que iba á caer al agua de un momento á otro, pero Domingo abrió por fin su ventana con extraordinaria precaucion.

—¡Soy yo, murmuró ella. Cógeme pronto, que me caigo!

Era la primera vez que le tuteaba. Él la tomó en sus brazos, echando casi todo el cuerpo fuera, y la introdujo en la habitacion. Una vez allí, la pobre jóven no pudo contener por más tiempo sus abundantes lágrimas, pero supo ahogar sus sollozos, temiendo ser oida por los soldados. Luégo hizo un supremo esfuerzo y logró tranquilizarse.

—¿Os guarda algun centinela? preguntó en voz baja.

Domingo, que aún no había vuelto de la sorpresa que le produjo la presencia de su amada, hizo un expresivo gesto y señaló la puerta. Al otro lado se oía un monótono ronquido; el centinela, cediendo al sueño, había acabado por tenderse en el suelo junto á la puerta, en la firme seguridad, de que con semejante precaucion, era imposible la fuga del prisionero.

—Es preciso huir de aquí, repuso ella con extraordinaria viveza. He venido para rogaros que huyais y para despedirme de vos.

Pero él parecía no escuchar sus palabras y sólo pensaba en repetir:

—¡Cómo! ¿sois vos? ¿sois vos?... ¡Ah! si viérais qué susto me habeis dado! Habeis estado á punto de quedaros en el sitio.

Luégo la cogió las manos y se las besó.

—¡Cuánto os amo, Francisca!... Sois tan animosa como buena. Yo no abrigada más temor que el de morir de pronto, sin poder volver á veros... Pero ya os tengo otra vez á mi lado; ya pueden fusilarme cuando quieran. Así que yo pase un cuarto de hora á vuestro lado, me hallaré perfectamente dispuesto á todo.

Había ido atrayéndola poco á poco hácia sí, y ella apoyaba la cabeza sobre su hombro. El peligro los unía más y más. Él y ella olvidaban todo en aquel momento supremo.

—¡Ah! Francisca, repuso Domingo con cariñoso acento,

hoy es la fiesta de San Luis, el dia con tanta ánsia esperado para efectuar nuestro casamiento. No ha habido nada que pueda separarnos, puesto que nos hallamos aquí los dos sólos, fieles á la cita que nos habíamos dado... ¿No es verdad? Esta es nuestra noche de boda.

—Sí, sí, repitió ella, la noche de nuestra boda.

Cambiaron un beso extremeciéndose. Pero de pronto ella se separó de sus brazos. La terrible realidad aparecía nuevamente ante sus ojos.

—Es preciso huir, es preciso huir, dijo balbuceando. No perdamos un sólo momento.

Y notando que él extendía los brazos en la sombra para atraerla hácia sí, volvió á tutearle:

—¡Ah! yo te lo suplico, escúchame... Si tú mueres, yo tambien moriré. Dentro de una hora será ya de dia. Yo quiero que salgas de aquí enseguida.

Entónces le explicó rápidamente su plan. La escala de hierro bajaba hasta la rueda; él podía allí, con ayuda de las paletas, entrar en la lancha que se hallaba escondida en una hondonada. Luégo podía fácilmente llegar á la otra orilla del rio y ponerse en salvo.

—Pero todos estos alrededores deben estar llenos de centinelas, dijo él.

—No hay más que uno, enfrente de aquí, al pié del primer sáuce.

—¿Y si me ve y dá la señal de alarma?

Francisca se extremeció de espanto y le entregó un cuchillo que llevaba consigo. Hubo un momento de silencio.

—¿Y vuestro padre, y vos? repuso Domingo. No, no, yo no puedo huir... En cuanto yo me aleje de esta casa, es muy probable que esos soldados se enfurezcan y os asesinen á todos... Vos no los conoceis. Me han prometido perdonarme á condicion de que los sirva de guía en el bosque de Sauval. Si ven que me he fugado, serán capaces de todo.

La jóven no se entretuvo en discutir y respondió sencillamente á todas las razones que él daba:

—Huid, Domingo, huid... Si es verdad que me quereis, no permanezcais aquí ni un minuto más...

Luégo, ella le prometió volver á subir á su habitacion. De este modo nadie podría enterarse de que ella había contribuido á su fuga. Francisca acabó por estrecharle entre sus brazos, tuteándole y besándole para convencerle, y obedeciendo al impulso de una pasion extraordinaria. Él se declaró vencido y no hizo más que una sóla objecion.

—¡Bien! haré lo que quereis... Pero juradme que vuestro padre es sabedor de todo esto y que me aconseja la fuga!

—Mi padre es quien me ha enviado, repuso Francisca con un atrevimiento increible.

La jóven mentía. En aquel momento sólo experimentaba una necesidad inmensa, la de saber que él se hallaba en salvo, la de alejar la horrible idea de que la salida del sol iba á ser la señal de su muerte. Cuando él se hallase léjos, podian caer sobre ella todas las desdichas imaginables; pero esto la parecería dulce y grato con tal de que él viviese. El egoismo de su cariño le quería vivo, y este deseo podía infinitamente más que ningun género de consideraciones.

—Está bien, dijo Domingo, yo haré todo cuanto querais.

Entónces, dejaron ya de hablar. Domingo volvió á abrir la ventana. Pero, de pronto, oyeron un ruido que los dejó helados de terror. Movióse la puerta de la habitacion, y creyeron que alguien iba á abrirla. Era indudable que una ronda había percibido el rumor de su conversacion á pesar de que habían bajado la voz todo lo posible. Y ambos de pié; estrechándose el uno contra el otro, aguardaban anonadados por una angustia indescriptible. La puerta recibió una nueva sacudida; pero no se abrió. Cada uno de ellos ahogó un hondo suspiro; acababan de comprender que el soldado tendido en el umbral de la puerta, se había vuelto del otro lado, produciendo involuntariamente aquella falsa y terrible alarma. En efecto, todo volvió á quedar en silencio y los ronquidos comenzaron de nuevo.

Domingo se empeñó tenazmente en que Francisca volviese á subir á su habitacion. La cogió entre sus brazos y la dirigió un mudo adios. Luégo la ayudó á asirse de la escala y él mismo se agarró á su vez. Pero rehusó bajar un sólo peldaño hasta saber que ella se hallaba ya en su habitacion.

Cuando Francisca penetró en su cuarto, se asomó á la ventana, y le dejó caer con voz ligera como un soplo:

—Hasta la vista, yo te amo.

Ella permaneció acodada sobre el quicio de la ventana, y procuró seguir con la vista á Domingo. La noche continuaba sumamente lóbrega. Ella buscó al centinela y no pudo divisarle; sólo logró distinguir el sáuce que parecía una mancha pálida enmedio de las tinieblas. Ella oyó durante un momento el ruido del roce del cuerpo de Domingo á lo largo de la yedra. Luégo, crugió la rueda y una ligera sacudida del agua la indicó que el jóven acababa de hallar la escondida lancha. En efecto, un minuto despues distinguió Francisca la negra silueta de la lancha sobre las parduscas aguas del Morelle. Entónces, apoderóse nuevamente de ella una terrible angustia. A cada instante creía oir el grito de alarma del centinela; los más insignificantes rumores, esparcidos en las tinieblas, le parecían pasos precipitados de ocultos enemigos y choque de fusiles y de sables. Sin embargo, en el campo continuaba reinando una completa tranquilidad. Domingo debía haber llegado á la otra orilla. Francisca no veía ya nada. El silencio era majestuoso. Ella oyó un gemido, un grito ronco y la caida sorda de un cuerpo. Luégo el silencio fué mucho más profundo. Entónces, como si hubiese sentido pasar la muerte, se quedó completamente fria y rodeada de tinieblas.

IV.

Tan pronto como amaneció oyéronse pasos precipitados y terribles voces en el interior del molino. El tio Merlier abrió la puerta de la habitacion en que había dejado encerrada á Francisca. Esta bajó al patio, pálida y sumamente tranquila. Pero una vez allí no pudo por ménos de extremecerse al contemplar el cadáver de un soldado prusiano que yacía cerca del pozo sobre una manta de campaña.

Varios soldados formaban un semicírculo enfrente del cuerpo de su compañero y gesticulaban y gritaban como cegados

por la cólera. Algunos de ellos levantaban los puños dirigiéndose al pueblo en son de amenaza. A todo esto el oficial acababa de mandar llamar al tio Merlier.

—Hé aquí, le dijo con voz ahogada por la ira, uno de nuestros hombres que ha sido asesinado á la orilla del rio... Yo necesito hacer un castigo ejemplar, y espero que nos ayudeis á capturar al asesino.

—Yo haré todo cuanto querais, dijo el molinero con la calma que le era habitual. Creo, sin embargo, que la empresa va á ser extraordinariamente difícil.

El oficial se había bajado para separar un embozo del capote que ocultaba el rostro del muerto. Entónces apareció una horrible herida. El centinela había recibido una puñalada en la garganta y el arma permanecía aún clavada en la misma herida. Era un cuchillo de cocina, con mango negro.

—Mirad ese cuchillo, repuso el oficial dirigiéndose al tio Merlier. Tal vez él nos ayude en nuestras pesquisas.

El anciano se sintió acometido de un ligero extremecimiento. Pero recobrando inmediamente todo su valor, respondió, sin revelar la menor alteracion en sus facciones:

—Todo el mundo tiene cuchillos parecidos á ese... Es muy posible que este soldado estuviera ya harto de la vida militar, y en ese caso, él mismo habrá acabado con su vida. Yo creo que esto no admite ninguna duda.

—¡Hacedme el favor de callar! gritó furiosamente el oficial. Yo no sé por qué no he pegado ya fuego al pueblo por todos sus cuatro costados.

Afortunadamente, la cólera le impedía observar la profunda alteracion que se reflejaba en el rostro de Francisca. Ésta había tenido que sentarse en el banco de piedra, al lado del pozo, viendo que sus piernas no podían ya sostenerla. Apesar suyo, contemplaba aquel cadáver, tendido en el suelo, casi á sus piés. Era un muchacho alto y guapo que se parecía á Domingo, y tenía, como éste, los cabellos rubios y los ojos azules. Esta semejanza la partía el corazon. Ella pensaba que el muerto había dejado tal vez allá, en Alemania, alguna novia que iba á llorar. Y ella reconocía su cuchillo en la garganta del muerto. Ella era quien le había arrebatado la existencia.

Entre tanto, el oficial hablaba de adoptar en Rocreuse las más terribles medidas. Luégo llegaron corriendo varios soldados y dieron parte de la evasion de Domingo. Esta noticia produjo una gran agitacion. El oficial se dirigió á la habitacion que ocupaba el prisionero, se asomó á la ventana, que había quedado abierta, lo comprendió todo y volvió con el rostro encendido por la rabia.

El tio Merlier se mostró sumamente contrariado al saber la fuga de Domingo.

—¡Qué imbécil! murmuró; todo lo ha echado á perder.

Al oir estas palabras, oprimióse el corazon de Francisca. Su padre estaba muy léjos de sospechar su complicidad. Movió lentamente la cabeza y la dijo en voz baja:

—¡Ahora sí que estamos divertidos!

—¡Debe haber sido ese miserable, debe haber sido ese miserable! gritaba el oficial. Estará indudablemente en los bosques... Pero es preciso que demos con él; de lo contrario, el pueblo responderá de su conducta.

Y dirigiéndose con gran sequedad al molinero, añadió:

—¡Vos debeis saber en dónde se ha escondido ese hombre.

El tio Merlier se rió silenciosamente y señaló con el dedo la ancha estension de los frondosos bosques.

—¿Cómo quereis hallar al fugitivo si se ha ocultado enesas espesuras? le dijo.

—Es que vos debeis conocer todos esos vericuetos. Voy á poner diez hombres á vuestra disposicion. Vos le servireis de guía.

—Yo lo haré con muchísimo gusto, pero tened presente que necesitamos lo ménos ocho dias para recorrer todos esos montes.

La calma del anciano exasperaba al oficial. Comprendía que aquella expedicion iba á ser, en efecto, completamente ridícula. Entónces fué cuando vió á Francisca sentada en el banco, pálida y temblorosa. La extraordinaria ansiedad de la jóven llamó vivamente su atencion. Permaneció callado un instante y examinó uno tras otro al molinero y á Francisca.

—Decidme, preguntó brutalmente al anciano, ¿no es ese hombre el amante de vuestra hija?

El tio Merlier se puso lívido, y hubo un momento en que pareció dispuesto á arrojarse sobre el oficial para ahogarle entre sus manos. Irguió orgullosamente la cabeza, y no contestó á tan insultante pregunta. Francisca había ocultado el rostro entre sus manos.

—Sí, ya lo comprendo todo, continuó el prusiano; vos ó vuestra hija le habeis ayudado á huir. Vos sois su cómplice... Yo os pregunto por última vez si quereis entregárnoslo.

El molinero no despegó sus labios, y hasta se volvió un poco de espaldas, mirando á lo léjos con aire de marcada indiferencia, como si el oficial no se dirigiese á él. Esto acrecentó la cólera del prusiano.

—¡Pues bien, añadió gritando, vais á ser fusilado en su lugar!

Enseguida hizo formar el peloton de soldados que debía fusilarle. El tio Merlier continuó impasible y se encogió de hombros como queriendo significar que todo aquel drama le parecía de un género deplorable. Tal vez creía que no se fusilaba á un hombre con tanta facilidad. Luégo, cuando vió ya formado el peloton, dijo con reposado acento:

—¿Pero estais hablando de veras?... Yo haré todo cuanto me mandeis. Si necesitais un gúía, no tengo ningun inconveniente en ponerme á vuestras órdenes.

Francisca se había levantado de su asiento, loca de terror. Acercóse al oficial y le dijo:

—Por Dios, caballero, no causeis ningun daño á mi padre. Matadme á mí primero... Yo soy quien ha facilitado la fuga de Domingo. Yo soy la única persona culpable.

—Cállate, hija mia, exclamó el tio Merlier. ¿A qué vienes aquí con mentiras?... Señor oficial, mi hija ha pasado la noche encerrada en su habitacion, y yo os aseguro que lo que acaba de decir es una insigne paparrucha.

—Lo que yo digo es la pura verdad, repuso la jóven con firmísimo acento. Yo he bajado por la ventana, y he obligado á Domingo á que se ponga en salvo... Esta es la pura verdad. yo os lo juro solemnemente.

El anciano palideció de un modo extraordinario. Él veía en sus ojos que ella no mentía, y aquellas palabras le llenaban

de verdadero espanto. ¡Ah! aquellos muchachos con su pícara pasion estaban echándolo todo á perder! Entónces se enojó.

—Está loca; no hagais caso de lo que dice. Todo cuanto acaba de contarnos es una estúpida invencion... ¡Vaya, acabemos!

Ella quiso protestar nuevamente, y se arrodilló balbuceando algunas palabras. El oficial presenciaba tranquilamente aquella terrible lucha.

—¡Nada! dijo por fin; yo me apodero de vuestro padre porque el otro se me ha escapado... Procurad hallar al otro y pondré en libertad á vuestro padre.

Francisca le contempló un instante muda de espanto ante la atrocidad de semejante proposicion.

—¡Eso es horrible, murmuró, eso es horrible! ¿En dónde quereis que yo encuentre ahora á Domingo? Lo único que sé es que se ha marchado.

—¡Vaya, acabemos! Os digo que escojais entre él ó vuestro padre.

—¡Ah, Dios mio! ¿acaso creeis que yo puedo escoger? ¡Aun cuando yo supiera en dónde se halla Domingo, no podría hacer semejante eleccion!... Eso sería cortar en dos pedazos mi corazon... Prefiero mil veces morir ahora mismo. Sí; de este modo acabaremos más pronto. ¡Matadme, yo os lo suplico, matadme!

Aquellas lágrimas y aquella desesperada actitud acabaron por impacientar al oficial.

—¡Dejémonos de tonterias! exclamó. Yo quiero ser bueno y consiento en daros dos horas de plazo... Si dentro de esas dos horas no está aquí vuestro novio, vuestro padre pagará por él.

Mandó á sus soldados que condujesen al tio Merlier á la habitacion en que Domingo había sido encerrado el dia anterior. El anciano pidió que le diesen tabaco y se puso á fumar. Su impasible rostro no revelaba ninguna emocion. Pero así que se vió solo, sin dejar de fumar, dejó escapar dos grandes lágrimas que corrieron lentamente por sus mejillas. ¡Cómo sufría su pobre é idolatrada hija!

Francisca se había quedado enmedio del patio. Algunos

soldados prusianos pasaban por allí riéndose. Otros la dirigían ciertas palabras y chanzonetas que ella no comprendía. La jóven miraba la puerta por la cual acababa de desaparecer su padre, y con un movimiento lento llevaba la mano á su frente como queriendo evitar que estallase su cerebro.

El oficial la dirigió nuevamente la palabra, y repitió:

—Os doy dos horas de plazo. Procurad emplearlas todo lo mejor posible.

Francisca tenía dos horas de plazo. Esta frase zumbaba de un modo horrible en sus oidos. Entónces salió del patio maquinalmente y siguió andando sin saber á dónde conducir sus pasos. ¿A dónde ir? ¿Qué hacer? Ella no intentaba siquiera adoptar una resolucion, porque comprendía perfectamente la inutilidad de sus esfuerzos. Sin embargo, hubiera deseado ver á Domingo. Uno y otro hubieran logrado entenderse y tal vez hubieser hallado el medio de conjurar á aquel peligro. Enmedio de la confusion de sus pensamientos, bajó hasta la orilla del Morelle y cruzó al otro lado, un poco más abajo de la esclusa y por un sitio en que había varias enormes piedras. Llegó, sin darse cuenta de ello, al pié del primer sáuce situado en uno de los ángulos de la pradera. Al agacharse un poco para poder continuar su marcha, vió un gran charco de sangre, y este espectáculo la hizo palidecer. Allí había muerto el soldado prusiano. Siguió las huellas de Domingo sobre la pisoteada hierba; observó que había corrido desesperadamente, porque veía una línea de grandes pasos cortando la pradera en forma diagonal. Luégo, al llegar al otro extremo, perdió aquellas acusadoras huellas. Pero creyó volver á hallarlas en un prado inmediato, y guiándose por ellas se encontró al poco rato á la entrada del bosque. Allí desapareció nuevamente todo indicio que pudiera servirla de guía.

Francisca, sin embargo, se internó bajo la frondosa arboleda. La soledad la prestaba cierto misterioso consuelo. Ella se sentó un instante. Luégo, pensando que los minutos transcurrian rápidamente, volvió á ponerse en pié. ¿Cuánto tiempo hacía que había salido del molino? Cinco minutos, media hora. No podía calcularlo ni siquiera aproximadamente. Tal vez Domingo había ido á ocultarse á un soto que ella conocía

y en el cual habían estado juntos una tarde comiendo avellanas. Llegó al soto y lo registró escrupulosamente. Trabajo inútil. Entónces calculó que podía haberse escondido en el hueco de una roca en la que muchas veces solía ponerse de acecho; pero el hueco de aquella roca estaba vacío. ¿A qué continuar buscándole? Comprendió la imposibilidad de encontrarle. Pero el deseo de descubrir su paradero se apoderaba de ella cada vez más, y la desdichada jóven aumentaba por momentos la rapidez de su marcha, dominada por la creciente fuerza de su pasion. De pronto acudió á su mente la idea de que tal vez se hubiera guarecido en la copa de algun árbol. Desde aquel momento continuó su carrera con la vista levantada, y para que él se enterase de su presencia le llamaba á cada quince ó veinte pasos. El canto de los pájaros y el viento que columpiaba las ramas de los árboles la hacían suponer que él estaba allí y que se disponía á bajar. Hubo un momento en que creyó verle; detúvose falta de respiracion, y tuvo el propósito de huir. ¿Qué iba á decirle? ¿Iba acaso en su busca para sacarle de allí y hacer que los prusianos le fusilasen? ¡Ah! no, ella no le diría nada de lo que estaba pasando. Le aconsejaría únicamente que se pusiese en salvo y que no continuase por aquellos alrededores. Luégo, la idea de que su padre la aguardaba la produjo un vivísimo dolor. Cayó sobre el césped y comenzó á llorar repitiendo en voz alta:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿para qué he venido yo aquí?

El ir allí había sido una locura. Presa de un miedo terrible comenzó á correr y trató de salir del bosque. Equivocó tres veces el camino y ya empezaba á convencerse de que no iba á poder llegar á la casa de su padre, cuando desembocó en una pradera situada frente por frente de Rocreuse. En cuanto divisó el pueblecillo, se detuvo. ¿Debía acaso volver á entrar sola?

Permaneció inmóvil un momento y oyó de pronto una voz que la llamaba en voz baja:

—¡Francisca! ¡Francisca!

Entónces vió á Domingo que asomaba la cabeza por el borde de un barranco. ¡Justo Dios, por fin le encontraba! ¿Significaría esto que el cielo quería su muerte? Ella ahogó un grito y se deslizó hasta el fondo del barranco.

—¿Venías en mi busca? preguntó él.

—Sí, contestó ella, completamente atolondrada y sin saber lo que decía.

—Pues ¿qué sucede? ¿Qué ocurre?

Ella bajó la vista y contestó balbuceando:

—Nada, que estaba intranquila y quería verte.

Entónces él, algo más tranquilo, la dijo que no había querido alejarse. Que temía que á ella y á su padre les ocurriese alguna desgracia. Que aquellos infames prusianos eran muy capaces de satisfaeer su venganza en las mujeres y en los ancianos, pero que gracias á Dios, todo iba saliendo bien. Luégo añadió sonriéndose:

—¡Nada! todo está reducido á que aplacemos el dia de nuestra boda ocho dias más.

Luégo, observando la extraordinaria agitacion de Francisca, recobró nuevamente su seriedad.

—Pero ¿qué es lo que tienes? Tú me ocultas algo.

—Te juro que te engañas. Sólo que como he venido corriendo...

Él la abrazó, la dijo que era muy expuesto para ella y para él el continuar allí reunidos, y quiso salir fuera del barranco con objeto de ir á ocultarse en el bosque. Ella le detuvo. Su turbacion y su ansiedad crecían por momentos.

—Oye, yo creo que sería mucho mejor que continuases ahí... Nadie te busca; nada tienes que temer.

—Francisca, tú me ocultas algo, repitió él.

Ella juró nuevamente que no le ocultaba nada, y le manifestó que sólo quería saber que no se hallaban separados por una larga distancia. Luégo adujo, en voz sumamente baja, otras varias razones. Él halló tan extrañas su actitud y sus palabras, que acabó por juzgar necesaria su presencia en aquellos lugares. Ademas, él creía que los franceses no tardarían en volver por allí, porque se habían visto algunos pequeños destacamentos hácia la parte de Sauval.

—¡Ah! que se den prisa, que lleguen aquí todo lo más pronto posible! murmuró ella con verdadero fervor.

En aquel momento dieron las once en el reló de Rocreuse. Las campanadas se oían clara y distintamente. Francisca se

levantó sobresaltada; hacía dos horas que había salido del molino.

—Oye, dijo la jóven rápidamente, si acaso te necesitamos, yo subiré á mi habitacion y agitaré mi pañuelo.

Y se alejó de allí á todo correr, en tanto que Domingo se acomodaba al borde del barranco para inspeccionar el molino. Al entrar en Rocreuse, Francisca encontró á un anciano mendigo llamado el tio Boutemps. Éste la saludó y la dijo que acababa de ver al molinero enmedio de los prusianos; luégo, santiguándose varias veces y refunfuñando algunas palabras entrecortadas, continuó tranquilamente su camino.

—Ya han transcurrido las dos horas, dijo el oficial prusiano, al presentarse Francisca en el patio.

El tio Merlier estaba allí, sentado en el banco, cerca del pozo. Continuaba fumando. La jóven suplicó y lloró y se puso de rodillas. Ya no tenía más objeto que el de ir ganando tiempo. La esperanza de ver llegar á los franceses la había prestado nuevo aliento, y en tanto que gemía y se lamentaba, escuchaba y creía oir á lo léjos los cadenciosos pasos de un ejército. ¡Ah! si ellos hubieran parecido por allí, si ellos los hubieran puesto á todos en libertad!...

—Por Dios, señor, una hora, nada más que una hora... ¿Qué inconveniente teneis en concedernos una hora?

El oficial permaneció inflexible, y dispuso que dos soldados se apoderasen de ella y la sacasen de allí para proceder á la ejecucion del anciano con la tranquilidad necesaria. Libróse entónces un horrible combate en el corazon de Francisca. Ella no podía consentir que asesinasen á su padre de aquel modo. No, no, ella prefería morir al lado de Domingo; y ya se dirigía hácia su habitacion, ya iba á subir para agitar su pañuelo, cuando Domingo en persona apareció en la puerta del patio.

El oficial y los soldados lanzaron un grito de triunfo. Pero él, como si no hubiese allí nadie más que Francisca, se dirigió á ella con ademan severo y tranquilo.

—Habeis obrado mal, la dijo. ¿Por qué no me habeis dicho que era aquí necesaria mi presencia? Gracias que el tio Boutemps me ha contado lo que ocurría... Pero, en fin, todo se arreglará; ya estoy aquí.

V.

Eran las tres de la tarde. Grandes y negras nubes habían ido ocultando poco á poco el cielo, y aparecían como los últimos restos de una tempestad que hubiese descargado en algun paraje no lejano. Aquel cielo amarillo, aquellos oscuros nubarrones convertían el valle de Rocreuse, tan risueño y hermoso á la luz del sol, en un triste y oscuro desierto. El oficial prusiano se había contentado con mandar encerrar á Domingo, sin querer explicarse acerca de la suerte que le reservaba. Hacía ya muchas horas que Francisca sucumbía dolorosamente al peso de una terrible angustia. La pobre jóven no quería abandonar el patio, apesar de las instancias de su padre. Ella esperaba á los franceses. Pero iban transcurriendo horas y más horas, comenzaba ya á oscurecer, y la infeliz sufría tanto más cuanto que todo aquel tiempo ganado no parecía deber cambiar el terrible desenlace que se temía.

A media tarde, los prusianos hicieron sus preparativos de marcha. El oficial, lo mismo que el dia anterior, volvió á encerrarse con Domingo. Francisca había comprendido que en aquella entrevista debía decidirse la vida ó la muerte del jóven. Entónces cruzó las manos y rezó. El tio Merlier, siempre á su lado, conservaba la muda y rígida actitud del viejo aldeano que no quiere luchar contra la fatalidad de los sucesos.

—¡Ah, Dios mio! ¡Dios mio! balbuceaba Francisca. ¡Van á matarle!...

El molinero la atrajo hácia sí y la sentó sobre sus rodillas como si fuera una niña.

En aquel momento apareció el oficial seguido de dos soldados que custodiaban á Domingo.

—¡Nunca, nunca! gritaba éste. Matadme cuando querais.

—Reflexionadlo bien, repuso el oficial. El servicio que me negais nos lo prestará otro individuo cualquiera. Yo quiero ser generoso y os ofrezco la vida... Se trata pura y simplemente de conducirnos á Mourtedon, atravesando los bosques. Vos debeis conocer perfectamente todos esos senderos.

Domingo no despegó sus labios.

—¡Vamos, dejad esa terquedad que á nada bueno conduce!

—Matadme y acabemos de una vez, contestó el prisionero.

Francisca, desde léjos, juntaba las manos y le miraba en actitud suplicante. Olvidándolo todo, hubiera sido capaz de aconsejarle una cobardía. Pero el tio Merlier la sujetó las manos para que los soldados no notasen aquellas indiscretas manifestaciones.

—Tiene razon, exclamó en voz baja, vale más morir.

El peloton se hallaba ya formado. El oficial aguardaba una debilidad de Domingo. No quería perder la esperanza de llegar á convencerle. Hubo un momento de silencio. Oíase á lo léjos el estampido de los truenos. Un calor sofocante dificultaba la respiracion. Y enmedio de aquel profundo silencio, oyóse una voz que gritaba:

—¡Los franceses! ¡los franceses!

Eran ellos efectivamente. En la carretera de Sauval, y hácia la entrada del bosque, se distinguía la línea de los pantalones encarnados. Prodújose en el molino una agitacion extraordinaria. Los soldados prusianos corrían de un lado para otro lanzando enérgicas y guturales exclamaciones. Sin embargo, todavía no había sonado ni un solo tiro.

—¡Los franceses! ¡los franceses! gritó Francisca palmoteando.

Estaba como loca. Acababa de escaparse de entre los brazos de su padre, y se reía agitando los brazos en el aire. Por fin llegaban, y llegaban á tiempo, toda vez que Domingo estaba aún allí con vida.

Una terrible descarga que resonó en su oido como un espantoso trueno la hizo volver la cara. El oficial acaba de murmurar.

—Ante todo, dejemos arreglada esta cuestion.

Y empujando él mismo á Domingo contra la pared de un cobertizo, dió la órden de hacer fuego. Cuando Francisca se volvió, Domingo había caido contra la pared, con el pecho atravesado por doce balazos.

La jóven no lloró. Sus facciones revelaron una completa estupidez. Extravióse su mirada, y la infeliz fué á sentarse en

el suelo debajo del cobertizo y á muy corta distancia del cadáver. Ella le miraba y de cuando en cuando le hacía con la mano una seña infantil como queriendo indicarle que todo había concluido. Los prusianos se habían apoderado del tio Merlier considerándole como su prisionero.

Hubo luégo un magnífico combate. El oficial, con la celeridad del rayo, distribuyó convenientemente sus hombres, comprendiendo que no podía batirse en retirada sin que el enemigo le destrozase toda su gente. Dada esta situacion, lo mejor era que cada uno vendiese cara su vida. Desde aquel momento, el molino fué defendido por los prusianos y atacado por los franceses. El fuego de fusilería comenzó con extraordinaria violencia y no cesó durante más de media hora. Luégo oyóse un terrible estampido y una bala de cañon arrancó de cuajo una de las principales ramas del olmo secular. Los franceses llevaban artillería. Un cañon, colocado precisamente en la parte superior del barranco en que Domingo se había escondido, barría la calle principal de Rocreuse. La lucha no podía ya durar mucho tiempo.

¡Ah, pobre molino! las balas de cañon lo atravesaban de parte á parte. La mitad del tejado voló en astillas. Desplomáronse dos grandes paredones. Pero en la parte del Morelle, sobre todo, el desastre fué verdaderamente lamentable. La yedra arrancada de las destrozadas paredes, colgaban como miserables harapos; el rio se llevaba toda clase de ruinas, y por una de las brechas abiertas en el edificio se veía la habitacion de Francisca y su modesta cama, cuyas blancas cortinas aparecían cuidadosamente plegadas. La destartalada rueda recibió uno tras otro dos tiros de cañon y pareció lanzar un gemido supremo: las paletas fueron arrastradas por la corriente y la armazon quedó completamente deshecha. Parecía que el alegre molino acababa de exhalar su alma.

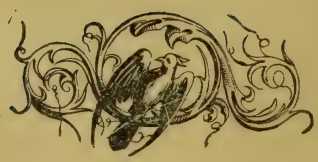
Luégo, los franceses comenzaron el asalto. Hubo una furiosa lucha cuerpo á cuerpo. Bajo el encapotado cielo, el triste y sombrío valle se llenaba por todas partes de cadáveres. Las anchas praderas adquirían un terrible aspecto con sus grandres árboles aislados y sus largas hileras de sáuces que las festoneaban con su fúnebre sombra. A derecha é izquierda

aparecían los montes como las paredes de un circo destinadas á encerrar á los combatientes, y los riachuelos, las fuentes y los arroyos parecían llorar los horrores de aquella sangrienta escena. La guerra había convertido en un lugar maldito aquella deliciosa campiña.

Francisca continuaba inmóvil en el cobertizo, sentada enfrente del cadáver de Domingo. Una bala perdida acababa de dejar en el sitio al tio Merlier. Entónces, viendo que los prusianos habían sido exterminados y que el molino era presa de las llamas, el capitan frances penetró en el patio seguido de algunos soldados. Desde el principio de la campaña era aquel el primer triunfo que obtenía. Así es que, verdaderamente entusiasmado y con aire marcial y satisfecho, miraba á uno y otro lado con la sonrisa en los labios. Y al ver á Francisca imbécil entre los cadáveres de su marido y de su padre y enmedio de las humeantes ruinas del molino, la saludó galantemente con su espada, gritando al mismo tiempo:

—¡Victoria, victoria!

EMILIO ZOLA.



ISTMO Y CANAL DE PANAMÁ.

A Manuel Becerro de Bengoa, muerto en la trocha de Ciego de Avila.—Cuba..—A Julian Becerro de Bengoa, inspector de instruccion pública en el departamento de San José.—Urugüay.

En el inolvidable dia en que las aguas del Mediterráneo y las del mar Rojo se unieron, volvióse hácia el golfo de las Antillas el pensamiento humano, siempre insaciable, y recordando el unánime deseo por tantos siglos sostenido y por tantas y tan insuperables resistencias, hasta entónces abandonado, exclamó triunfante fija su vista en el Istmo: «¡Te he vencido!»

Con la victoria de Suez, se decidió el espíritu humano á despreciar la palabra *imposible*. Cuando hoy dia dice Lesseps que va á inundar el Sahara, y que va á romper por el istmo americano, y cuando sus émulos entusiastas muestran el proyecto del túnel submarino de la Mancha, nadie sonrie desdeñosamente, como era muy de ley el hacerlo, y el tildar de soberbia y ciega á la inteligencia ayer, cuando la concepcion de las grandes ideas pasaba de la mente de los hombres emprendedores al concreto espacio del estudio de gabinete, y despues

al campo inmenso de la prensa y de la opinion, que todo lo vulgarizan con más ó ménos fortuna. Con las lecciones de la práctica, cambian por completo, y en breves dias, las afirmaciones seculares, así en el terreno en que el espíriru con los números, el oro y el barreno une occéanos, perfora cordilleras, transporta mares, y alumbra los abismos, como en el de las ideas, donde con la razon, la constancia y la palabra, que son respectivamente cifras, riquezas, y útiles incomparables, cambia las instituciones, purifica las creencias, cura la lepra de la ignorancia y transforma de un modo asombroso el concepto que el hombre tiene de su propio valer, no subyugado á pesimistas fatalismos, sino capaz de labrarse por sí su bienestar y su honra.

A las grandes maravillas de evolucion del pensamiento humano en nuestros tiempos, harán en la historia digno cortejo las de las empresas y obras titánicas. La fraternidad de los pueblos, que ya ha pasado del campo de las abstracciones á la verdad de las costumbres internacionales, la mancomunidad de relaciones admitida y practicada por ellos, sobre todo, en cuanto afecta al bien y al progreso de los más civilizados, y las necesidades crecientes que descubren cada dia, y que unidos procuran satisfacer, han venido á suprimir en las tradiciones, en las leyes y en las costumbres los vetustos é indignos obstáculos que ántes alzaban entre cada nacion y las restantes una barrera formidable, y así, en igual progreso, al verse unidas por los reóforos que transmiten el pensamiento, por las vías que dan paso á los intereses materiales, por la prensa, que incansable evangeliza las modernas aspiraciones, y por la diplomacia, de la política, de la literatura y de la ciencia, que convierte las grandes capitales en otros tantos centros de atraccion á que todos los pueblos concurren con sus representaciones diversas para fundirse é identificarse en una sola familia, así marchan tambien las conquistas de la inteligencia sobre la naturaleza bruta, que ve sometido su respetado y colosal poder al pobre poder humano, ya en las gigantescas cordilleras, ya en los desiertos horribles, ya en los profundos senos del mar, ya en las vírgenes selvas, ya en los espacios ántes infranqueables por lo extraordinariamente grandes,

ya en el mundo molecular ántes desconocido por su pequeñez extremada.

Caen, efectivamente, al mismo impulso los obstáculos opuestos á la fusion del pensamiento y de la conciencia de las gentes, que los que hasta nuestro siglo han dificultado tambien el contacto y la intimidad de los individuos y de sus obras. Ayer gran parte de la superficie de la tierra era tan sólo misterioso campo de correrías de unos pocos aventureros, más ó ménos gloriosos; hoy, la extension de los continentes se va convirtiendo en asiento natural y en vecindario propio de regenerados pueblos y de animosos emigrantes. No puede ni debe haber entre ellos barreras que detengan el impulso creciente de su actividad, ni ha de consentir el mundo viejo que dificultades materiales, así sean montes ó mares, multipliquen las distancias é imposibiliten la rapidez de la incesante vida que mútuamente sostiene en las comarcas más apartadas, destinadas á entrar bien pronto en el concurso de la animacion y progreso, que á gran parte de los europeos y á los norteamericanos distingue.

Resuelto el problema de la facilidad de relaciones entre nuestro continente y el asiático, imperiosa ley de consecuencia exigía que la vastísima extension de los pueblos occidentales de América fuesen redimidos tambien de la insufrible carga de la distancia, que ahoga y mata las relaciones, y que el espíritu del hombre, tomando la poderosa piqueta con que ha abierto en el istmo de Suez la plateada senda de tranquilas aguas, marchara valerosa á la tórrida zona de las Antillas, y echando á un lado con ella las gigantes derivaciones de los Andes y de las Rognizas uniera, para siempre, un mar con otro mar.

Era hora de realizar ese deseo unánime, que durante tres siglos han sentido irresistiblemente cuantos viajeros han visitado la América Central, y cuantas personas adultas ó jóvenes, ilustradas ó no, se han fijado una sola vez en el mapa del nuevo continente.

Esa idea, no de un hombre, sino de la humanidad civilizada, ha tenido en su obsequio muchos y muy gloriosos intérpretes, desde Colon hasta Lesseps.

El Istmo, en su gran desarrollo, desde los 6° de latitud N., hasta 105 19°, ha ofrecido vasto campo de estudios y de exploraciones á los hombres científicos encargados de examinar por cuál de las distintas regiones que comprende, era más fácil y conveniente abrir el canal interocceánico, y es claro, cada una de las tres repúblicas más poderosas que en el Istmo dominan, Méjico, Guatemala y Nueva-Granada, han procurado por su parte, ganar para sí las simpatías de las naciones poderosas interesadas en esta empresa, con objeto del poseer dentro de sus territorios respectivos esa maravillosa vía, que tantos beneficios y tanta importancia daría á la que lo lograra. Por esta razon son tres las tendencias que desde un principio ha seguido este colosal pensamiento: la mejicana, la guatelmateca y la más racional, por tener en su abono la excelencia de las condiciones naturales, la de Panamá. Las dos primeras han presentado cada una su proyecto, á saber: Méjico el de *Tehuantepec* (y algun otro poco estudiado de Honduras) Guatemala, el de *Nicaragua* (un tanto modificado además en el de Leon), y los neo-granadinos el de *Panamá*, propiamente dicho, más otros tres, en realidad distintos en el territorio de Darien.

Curioso ha de ser un bosquejo de su descripcion y estudio, ya que aunque el Congreso internacional de Paris ha dictado en este pleito universal su inapelable sentencia, reviste hoy excepcional interes, y lo tendrá siempre en la historia de los grandes trabajos de la humanidad, el recuerdo de los preliminares de la apertura del Canal de Panamá.

I.

TEHUANTEPEC.

En aquel vasto y rico territorio ilustrado en la historia de las armas españolas por las hazañas de Hernan Cortés, de Alvarado, de Juan Nuñez del Mercado, de Juan Sedeño y de Hernando de Badajoz, extendido desde el grado 16 al 18 de latitud, y que forma una de las provincias más meridionales

de la república mejicana, parece que ha señalado la misma naturaleza un camino, que una al mar tempestuoso y ardiente del golfo de Campeche con el inmenso é imponente Occéano Pacífico, que más y más allá de la extension de los mares ordinarios, no tiene límites aún. Así parece que lo entendiera un dia el invicto dominador del imperio de Moctezuma, cuando en 1520 inspirado por las mismas instrucciones del soberano azteca, escribió á Cárlos V, asegurándole que poseia el *secreto del Estrecho*, por donde desde un occéano se pudiera pasar al otro. Cinco años más tarde, recorrida la cordillera, que desde el centro de Méjico baja á formar la única trabazon y figura del Istmo, demostraron á Cortés sus aventureros capitanes que era imposible el paso desde el rio, desde el caudaloso Guazacoalco al mar Pacífico. Hizo Cortés recorrer el Istmo todo hasta Darien, y convencido de que la cordillera no interrumpida cerraba la travesía por agua en toda la línea, parece que en 1528 envió al Emperador un estudio, el primero, del canal artificial. Ni las árduas y múltiples empresas en que España hallábase entónces empeñada, ni los medios de que las ciencias y la mecánica disponían, daban lugar á que estos pensamientos se realizaran, así es que del proyecto sólo quedaron el renombre y la esperanza. Manía puede decirse que fué la que desde aquellos tiempos tuvieron muchos de los viajeros emprendedores, de estudiar este asunto cuando se fijaban en la canalizacion del Istmo. Cuenta, Antonio Galvao, portugués, en su libro *Tratado dos descubrimientos*, que Saavedra, poco despues del conquistador de Méjico, propuso al Emperador, entre otros varios planes para la vía navegable, el canal de Tehuantepec. Y hubo de pasar el largo período de tres siglos para que tales estudios tomaran algun carácter práctico, cuando el ingeniero general Orbegozo, oriundo de Bilbao, recorriendo detenidamente el trayecto hizo un trazado que comprendía una extension de 220 kilómetros, lleno, segun confesion de su mismo autor, de problemáticas y gigantescas dificultades. Así lo reconoció tambien en 1842 el ingeniero mejicano Moro, quien alentado por su constante amor al estudio de las grandes obras, y por su entusiasmo, por el porvenir del suelo azteca, emprendió la de-

tenida peregrinacion de los rios y de las montañas. El trazado que, previsto por la misma configuracion física del territorio, se ha prestado siempre ha hacer concebir grandes esperanzas, está en la provincia de Oaxaca, abierto al Atlántico, en la desembocadura del rio Guazacoalco, entre el cabo de Zapotilan y el lago de Santa Ana, sigue toda la corriente S. SO. del rio hasta la cordillera de Anahuaco situada á los $^3/_4$ al O. de la anchura del Istmo, y desde cuyas vertientes occidentales, los mismos caudales de agua que bajan de la sierra hasta Tehuantepec y las lagunas del Oriente de esta ciudad, facilitarían la alimentacion del canal abierto por este lado al golfo de ese nombre.

Sumamente variado es el aspecto de la naturaleza tropical del Istmo en esta region. Delante de las azoiadas costas de Campeche, donde podían arreglarse bastantes puertos seguros, flotan las verdes islas de las pistias vegetales, cuyas fibrosas raíces enredan en el seno de las aguas verdaderos bosques de difícil paso; extensas dunas de blanca arena que se prolongan algunos kilómetros al interior, aparecen á trechos ya desiertas, ya interrumpidas por chozas de pobres pescadores, ya animadas por algunos bosquecillos de palmeras, de naranjos bravos, de pinos disformes y por sinuosas líneas de cactus, pitas, matorrales espinosos y mamiliarios. Los barcos-viveros hechos al estilo de Cuba, con su aparejo de goleta, su defensa de zinc, sus agujeros de fondo, su depósito de pesca viva y su arqueado puente, cruzan el dorado mar, plagados de asquerosas cucarachas, en busca de sardos, de los colosales cabrajos, de la asombrosa variedad de grandes cangrejos que pueblan aquellas aguas, de rayas angel, de labros, de lobos marinos, de megalopos y de peces martillos, y ya se les ve deslizarse por la azulada lejana superficie, ya avanzar pausadamente por las occeánicas praderas de algas-sargazos teñidas de verde esmeralda en unos puntos, de amarillo rojizo en otros, con sus penachos de rosa, de oro y nácar, con sus altos tallos, y con sus arracimados frutos, uvas de los trópicos, en cuyas flores viven y se nutren miles de microscópicos moluscos esmaltados de brillantes colores.

Cerca de la embocadura del Guazacoalco en parte se alzan,

á la sombra de las palmeras y de los enmarañados matorrales, multitud de casas de madera de un sólo piso, con altos techos de caña y de pajas, barrios ó aldeas que no tienen nombre en los mapas, que se aprenden al pasar por ellas y que se olvidan al poco tiempo. La costa baja, describe sinuosas curvas cortadas por peñascos llenos de verdor, por amontonamientos de arena desnuda y por numerosas lagunas sembradas de plantas acuáticas y de altos juncos fioridos. Léjos del poblado se ve un castillo ó fuerte derruido, que tal vez alzaron los conquistadores en los primeros dias de la invasion. Abandonado por los hombres, ha sido tomado al asalto por la naturaleza viva. Las plantas parásitas cubren su ancha base y trepan por los muros, la viña salvaje con sus vetustos y desnudos troncos y sus altos pámpanos, se agarra retorcida á las hendiduras del torreon, cien árboles distintos, cuyas semillas trajeron las aves al centro de las ruinas, han convertido el patio en un tiesto colosal, y entre las amontonadas piedras que cubren una caverna ó pozo, en los agujeros que dejara el hundido techo, entre los matorrales y la salvaje espesura que invade el recinto amurallado, viven, en aquella naturaleza siempre rica y creadora, los buhos, los cuervos, las arañas nustruosas, los zorros y las serpientes.

Siguiendo, aguas arriba y al Sur, la línea del gran rio, se distinguen bien pronto, á pocos kilómetros de su márgen derecha, las faldas ramificadas de la cordillera Central, que así como la que, más lejana aún, viene del Norte, sobre la márgen opuesta, forman la majestuosa cuenca de aquel canal natural. Ya se atraviesan á lo largo de la caminata múltiples terrenos pantanosos, ya expléndidos bosques de rododendros cubiertos de flores purpurinas y de enredaderas que forman un tupido manto, al traves del cual, en las altas horas deldia, pocas veces pasa el sol á iluminar el arcilloso suelo turbero inundado en gran parte de su superficie; á los rododendros suceden los castaños-pavias de irregulares, fantásticas y huecos troncos, á estos las magnolias, cohombros de tallos esbeltos de treinta metros de altura con sus altas copas de follaje azul claro; cuando el bosque se interrumpe, aparecen en los claros sobre el pantano, que se pierde en las sinuosidades, las

hermosas verdes hojas y espigas azules de las pontederías; á la orilla izquierda se ven algunas casas de colonos con sus tierras y sus montes de laboreo, las guirnaldas y los colgantes purpurinos y blancos de las granadillas llenan sus paredes y cubren sus techos alegrando la vista y embalsamando el aire con su rico perfume: más allá ábrese la pradera, al alejarse el monte, y aparece extenso el campo surcado por varios arroyos, cuyo curso señalan los juncos, cuajado de un admirable mosáico de anémones y de pensamientos salvajes, y decorado á trechos por esbeltas palmeras, cuyas cimas de anchas y divididas hojas y de verdes frutos se apoyan sobre rígidos y elegantes troncos desnudos, que forman al agruparse sorprendentes columnatas. Hácia la mitad del trayecto del rio entra á engrosar su caudal el Paso, que baja de las quebradas del Norte, y no muy léjos de él avanzan en direccion contraria otros dos, cuyos nombres no conservo. Estos dos grandes afluentes vienen respectivamente de las regiones de Oaxaca y Chiapa. Nadie ignora lo ponderadas que son las bellezas del país de Oaxaca, de aquel rico jardin mejicano, sin rival en el mundo, al que adornan la exhuberante fertilidad de Talixtaca, los bosques de cacaos, naranjos y limoneros de Huayapa, las ruinas de la antigua corte de Zachita, los ricos campos de cereales de Etla; Arompa con sus celebradas fábricas de alfarería, y el montañoso Ocotlan, país de los retiros deliciosos y de las tradiciones superticiosas, verdadero valle de Aramayona de aquella comarca.

Si el poeta tiene en la naturaleza del Istmo mucho en qué inspirarse, no encuentra ménos motivos de estudio el arqueólogo, si quiere dedicarse á sus aficiones. Oaxaca le brinda sus relieves y esculturas, Zachita sus terrenos cuajados de restos, y Mitla, sobre todo, sus admirables tumbas trivales en antigüedad y y en importancia artística de las egipcias, con sus asombrosas masas monolíticas y sus columnas de pórfido sin base ni capitel; monumentos rodeados hoy de impenente soledad y silencio, y retiro un dia de los poderosos reyes tzapotecas.

Crecen en aquellas regiones con abundancia inconcebible los cedros colosales, los algodoneros, los nopales, el añil, la

jalapa y la cochinilla, primer producto del país; puebla la sierra en la region habitada por el moral, y abunda por do quier la vainilla y la cañafístola.

Al poniente cae la inmediata region de Chiapa, con sus viejos distritos de Ciudad-Real, Soconusco y Tuxla, que conquistara un dia el capitan palentino Mazariegos, visitada con empeño por los exploradores históricos en sus asombrosas ruinas de Gulhuacan de Palenqué, ocultas hasta fines del siglo pasado entre bosques impenetrables. Chiapa, sobre el istmo, tiene las ruinas más notables de todo el suelo americano, segun confesion repetida de las academias sabias. En la ciudad referida, cuyo recinto comprendió antiguamente una línea de siete leguas, álzanse pirámides, acueductos, tumbas, templos y casas originales; los utensilios y restos manuales abundan, los geroglíficos de la raza primitiva y sus indescifrables descripciones dan severo y misterioso carácter á las piedras, hablan la arquitectura, la escultura y la pintura con elocuentes rasgos, testigos de muy alta, aunque perdida cultura; hay templos colosales y gigantescos subterráneos y cruces más antiguas tal vez que el lauburu vasco, que han dado mucho que estudiar y que deducir á los hombres de ciencia, metiéndoles en el intrincado laberinto de las analogías y de las relaciones más ó ménos racionales, de estos vestigios seculares con los que en las orillas del Nilo y del Ganges se conservan. Cuánto y cuánto han escrito los arqueólogos acerca de tales maravillas, olvidadas en el espléndido pero poco conocido seno del Centro-América, no hay para qué apuntarlo.

Avanza por medio de ambas comarcas el Goazacoalco famoso, hasta las vertientes de la cordillera de Anahuaco, que realmente separa el uno del otro mar, y que sin elevarse á grande altura tiene la suficiente para oponer serios obstáculos á la canalizacion. Dícese que, en muchos de sus hondos valles, cuando se acumulan las aguas de las torrenciales lluvias, se establece fácil paso acuático, muchas veces utilizado por los naturales; pero, esto que en muy contadas ocasiones habrá sido una esperanza, no tiene fundamento alguno para que pueda utilizarse en los tratados facultativos. Alzase la cordillera unos 250 metros en los terrenos más accesibles, marca

allí la temperatura media unos 21° centígrados, y es la presion de 738 milímetros.

Pasada la línea superior de la cordillera, arrancan desde las faldas occidentales los rios Chimalapa y Tehuantepec, que, con las lagunas, constituirían la parte extrema del Canal. Como cabeza de la línea en el Pacífico se alza Tehuantepec, con su antiguo puerto abandonado, notable en otros tiempos por las exportaciones de índigo, que sostiene hoy alguna animacion por sus lagunas y sus salinas, y al que hacen triste consejo en aquellas solitarias costas los pueblos de San Dionisio, San Francisco y Santa María del Mar. El canal de Tehuantepec hubiera dado extraordinaria vida á las dos costas de Méjico, á la navegacion antillana de los Estados-Unidos y la capital de nuestra isla de Cuba, y hubiera acortado más que ningun otro las distancias á Méjico, California y los archipiélagos septentrionales del Pacífico; pero, ya la irregularidad de los rios, ya lo poco poblado del país, ya falta de buenos puertos y sobre todo la necesidad de esclusas y la carencia de estudios serios, hicieron olvidar bien pronto este proyecto eclipsado por las ventajas que los de las otras regiones más meridionales ofrecían.

II.

NICARAGUA.

Si la angostura del paso de Panamá ha seducido siempre á los aficionados al estudio de los canales interocceánicos, no ha llamado ménos su atencion el especial conjunto de ventajosas condiciones que ofrece el suelo de Guatemala. Parece que la naturaleza lo ha dispuesto allí todo para que á muy poca costa puedan unirse los dos mares. Un rio caudaloso, el San Juan, recorre la mitad del territorio, casi la otra mitad la ocupa un mar interior, un extenso lago del cual nace el rio, y desde lago al Pacífico apénas hay 30 kilómetros. Nada más fácil, en efecto, al estudiarlo en los mapas, ni nada tampoco más largo ni más difícil al recorrerlo en el terreno. Esas mismas condiciones aparentes, esa incomparable facilidad, han

dado al proyecto de canalizacion del Istmo por Guatemala muchos y muy decididos partidarios.

Siendo Pitt ministro de Inglaterra en 1870, apuntó, entre los grandiosos planes con que quiso sancionar el poder ya creciente de la nacion británica, la canalizacion del Istmo por el rio San Juan, desagüe colosal del lago de Nicaragua, y lo hizo á consecuencia de los estudios formados por un oficial de marina que dirigió en aquel estado una expedicion contra los insurrectos, por el que despues inmortalizaría su nombre en Trafalgar, por el gran Nelson. Sin embargo, ni aquellos trabajos técnicos, ni los que más adelante hicieron en varias ocasiones los marinos españoles y los ingleses, fueron lo suficiente para dar absoluto carácter de formalidad á la vasta empresa. El ilustre baron de Humbolt, que estudió como nadie hasta entónces toda la extension del Istmo, presentó, entre sus cinco proyectos, el de Nicaragua, dándole en los primeros años de su propaganda científica, la preferencia sobre los demas. Declarada independiente la república central, uno de los primeros acuerdos de su nuevo gobierno, fué el tan solicitado de la canalizacion del Istmo. Don Antonio de la Cerda, miembro de la Asamblea constituyente de Nicaragua, propuso en 1823 la realizacion del proyecto, aceptada por el gobierno y deseada por varias poderosas compañías americanas que hicieron formales ofertas para llevar adelante las obras. El gobierno anunció en 1825 las concesiones que se proponía hacer, y en 1826 se creó en Nueva-York una empresa dirigida por M. Palmer, que celebró un contrato solemne con aquél, pero que, mal encauzada en su gestion administrativa desde el principio, no pudo empezar los trabajos.

En 1828, el rey de Holanda, Guillermo I, tan emprendedor, como rico é instruido, tomó la iniciativa del proyecto, y se decidió á emplear en su ejecucion cuantos talentos y capitales fuesen necesarios. Envió á Guatemala al general plenipotenciario Neerver para que arreglara el tratado preliminar, pero la revolucion de Bruselas de 1830, que produjo la separacion de Bélgica de los Países-Bajos, hizo que preocupado con ella el rey Guillermo, abandonara, con otros, tan importante plan.

Luis Napoleon Bonaparte, preso en en el castillo de Ham en 1846, volvió á poner en moda tal propósito al distraer las largas horas de su cautividad estudiando el proyecto de Nicaragua, con la especial modificacion de hacer pasar el canal desde este lago al inmediato de Leon ó de Managua, llevándolo desde él al puerto de Realejo, segun un folleto que vió la luz pública en Lóndres en dicho año, y en el cual dejó entreveer el pensamiento de fundar en la América Central una poderosa potencia marítima independiente, que tuviera entre los dos lagos referidos, una ciudad capital, especie de Constantinopla americana. Por aquellos años tambien, otro Napoleon particular, ingeniero de este nombre, y de apellido Garella, tomó á su cuenta, por encargo del ministro de Estado frances, M. Guizot, el estudio del proyecto; pero separándose de la idea anterior, creyó más conveniente y fácil la travesía por la misma angostura de Panamá, abriendo el canal al través de la cordillera central. Elevado Napoleon al trono, encontró varios hombres científicos, que al cabo de algunos años recordaron con afan sus antiguos proyectos, entre ellos, el ingeniero M. Félix Belly; estudió en Guatemala la posibilidad de llevarlos á cabo, fundó la compañía francesa que había de encargarse de los trabajos, de acuerdo con los presidentes Martinez y Mora, de las repúblicas de Nicaragua y Costa Rica, y encargó al ingeniero director de la compañía, M. Thomé de Gamond, el trazado completo del nuevo proyecto, que difería del de Luis Napoleon, en que pasando la línea desde el rio de San Juan al lago de Nicaragua por su parte más meridional, no tocaba en el de Leon, sino que directamente iba á terminar en la inmediata bahía de Salinas, sobre el Pacífico, abreviando el anterior trayecto en 192 kilómetros. Hiciéronse, en efecto, los trabajos con bastante detenimiento, y por primera vez se ofrecieron al público planos y descripciones de la famosa obra. El trazado de M. Thomé de Gamond, difiere muy poco de los que recientemente se han puesto á discusion. Partía el canal desde la embocadura del rio San Juan, en el puerto de Greytown, donde el nivel del Atlántico resultaba ser un poco más alto que el de la línea del Pacífico. Alzaríase en el puerto la primera esclusa de cinco metros, de

altura, y siguiendo despues la corriente rio arriba por la misma línea divisoria de las dos repúblicas, entre los rios San Juanillo, Toura y Colorado, abriríase la segunda esclusa de este nombre de cinco metros, habiendo en las aguas entre ésta y la anterior un desnivel ascendente de 1^{m} 30. En la siguiente seccion del Taura, en idéntica pendiente tambien, alzábase la esclusa del Serapequi, afluente del S., con una altura de cuatro metros. La seccion del Serapequi, de 1'70 de inclinacion, alcanzaba hasta la esclusa cuarta, de San Cárlos, afluente navegable del S., con una altura de cuatro metros, y la seccion de San Cárlos llegaba con un desnivel ascendente de 1'30 hasta la esclusa de Machuca. Desde este punto arriba empezaban las caidas quebradas de agua de los muchos riachuelos que bajan de las pendientes de la montaña á romper el curso regular del rio, entre un suelo cubierto de infranqueables obstáculos, y que se llaman de Machuca, Balas, Mico, Castillo y Toro, recibiendo, entre otros, los caudales del Bartolo y de los Savalles, afluentes de la banda N,, y el del Poco Sol, afluente del S. Proyectáronse aquí tres esclusas: Machuca, Balas y Castillo, de 3'50; 3'4 metros de altura, y de 0'10 y 0'40 de inclinacion respectivamente. En la extensa seccion del Castillo, pasada la última esclusa, la pendiente es de dos metros, entra el rio Melchura, afluente del N., y se llega al nivel y orilla del lago de Nicaragua, entre el fuerte de San Cárlos, situado en la orilla izquierda, y la desembocadura del rio Frio, afluente del S. que baña la ribera derecha. Tiene el nivel de las aguas del lago 36'50 de altura sobre el del Atlántico, y 38'50 sobre las del Pacífico *(segun los cálculos y observaciones hechas entónces)*, altura que es sólo de 32'80 sobre el idéntico nivel de ambos occéanos. Entraba la línea de travesía en el gran lago, por las islas Bocas, Quinqué, Sapote y Pájaro, avanzaba siguiendo en línea recta la direccion EO. sobre las islas Sonentinames y Sonate, dejaba al N. la volcánica y grande isla de Ometepe, y describiendo una curva al S., iba á buscar, cerca del puerto de La Vírgen y de las islas de las Tortugas, el puerto de Sapoa, en la desembocadura del rio del mismo nombre, fronterizo á Costa Rica; seguía el curso del rio, aguas arriba en unos cuatro kilómetros, y formando

despues un ángulo muy abierto, iba á buscar el valle de salida, encajonado entre los altos de 182 y 160 metros, que dominan la bahía de Salinas, despues de haber pasado á la estrecha lengua de tierra la seccion de Amont, sobre el Sapoa, y la notable seccion de Abal, que en una cortísima extension contenía cinco esclusas de 6'40 de desnivel cada una, hasta llegar en el Pacífico á la bahía indicada.

La longitud total del trazado de Gamond era de 240 kilómetros, y los gastos calculados se elevan á 120 millones de francos. Las repúblicas nicaragüeña y costa-ricana concedieron respectivamente á la empresa cinco kilómetros de terreno á cada lado de la línea del canal, que debía darse por terminado en cuatro años.

Tanto este plan como el de Napoleon ofrecieron siempre muy graves dificultades. No hay puertos regulares, sobre uno y otro occéano; y era necesario construirlos y conservarlos. El rio de San Juan necesitaba obras colosales para que pudiera servir de canal navegable; las esclusas de que en él no se podría prescindir, reducirían mucho las ventajas que debían esperarse de un trazado en el que, una de las primeras condiciones sería la del paso rápido de los buques; el trayecto aparecía siempre muy largo, y sobre todo, la insalubridad del rio de San Juan es tan conocida y tan verdadera, que en gran parte de su extension, aparecen desiertas las orillas. Cuando se avanza aguas arriba por él, admírase en las riberas la típica majestuosa belleza de los rios intertropicales: ancho de uno á tres kilómetros, profundo en varios puntos hasta veinticinco, y casi sin profundidad formal en otros, le acompañan en gran parte de su curso vastas lagunas mal sanas, que el rio inunda á menudo, sobre las que se alzan inmensas é impenetrables espesuras de arroces y altísimas cañas, mansion poblada, no sólo por perniciosas fiebres, sino de múltiples animales, de grandes reptiles, cuyos mugidos parecen salir del seno de la tierra; de centenares de bandadas de ánades que cruzan sin cesar de un bosque á otro, de rojos flamencos que invaden las desiertas masas de arena de los islotes, y de grandes legiones de zancudas, que mueven en los plateados charcos sorprendente animacion y vocerío. Y así, en una naturaleza vírgen,

jamás dominada, se recorren leguas y leguas, sin encontrar apénas la huella del hombre que ha huido de aquellas tierras bajas castigado por el azote de su mortífera atmósfera. A los bosques de plátanos, cedros y magnolias suceden, más allá de las lagunas, los prados de palmeras, yescas y ricos conjuntos de brillantes flores; á estas los estanques lejanos, que reflejan á trechos las pomposas cimas de las alturas inmediatas y que á trechos desaparecen cubiertos por un rico tejido de plantas acuáticas, entre las cuales alzan sus hermosas corolas las azules podentarias y las nínfeas rojas.

En las rápidas quebradas pierde la superficie del rio su expléndida serenidad al romperse en las triples filas de peñascos, desnudos en su base labada por la corriente, pero floridos y exhuberantes en sus cimas, donde el clamoreo de los pintados loros hace coro al rumor de las espumosas cascadas, cuyos concéntricos y ondulantes círculos que semejan rizadas labores de plata, hierven y se ensanchan sin cesar, y van á morir tranquilos en las orillas de los cañaverales y de las lejanas playas arenosas, recorridas por los gansos que vienen á bañarse, y por millares de grandes cangrejos que se arrastran entre montones de piedras, tapizadas de musgo de finísimos hilos de la enredada vejetacion. Más allá, una línea oscura de cipreses cierra el horizonte, en cuyo límpido cielo, cuando el sol, próximo á hundirse, alza una cortina de oro, sobre la gigante silueta de las alturas, revolotean millones de aves, de todas cuantas especies forman la maravillosa fauna tórrida.

El terreno, que se eleva muy poco en todo el curso, es mucho más sano, á medida que se acerca al gran lago de Nicaragua, y así como abajo son raras las colonias y hay que trasponer las alturas de la cuenca, de las que bajan el San Cárlos, el Machuca, el Mico, el Savalles y el Melchora, para encontrar poblados y villas, al subir á lo más alto del trayecto, parece que se llega desde el desierto vírgen al mundo hermoso de las poblaciones americanas. Desde la embocadura, nacimiento del San Juan, al pié del fuerte de San Cárlos, distínguese el asombroso paisaje del lago. ¿Qué encuentra el viajero ante sus ojos? Un verdadero mar de 650.000 hectáreas de superficie y de 25 metros de profundidad, sembrado en primer término de

islas exornadas de vejetacion, iluminado allá al NO. por los vivos resplandores del volcan de Ometepe; poco animado en sus orillas de Costa-Rica, y de O. de Nicaragua, donde se alzan San Miguelito, San Ubaldo, la ciudad de Acoyapa, tierra adentro, y tambien, en la misma direccion, la de Juigalpa. Numerosos afluentes alimentan el lago por este punto, descendiendo á lo largo de otros tantos valles primorosos, el Tule, el Camastro, el Tepenaguasapa, el Oyate, el Acoyapa y el Mayales. En la orilla occidental la poblacion es muy numerosa y el aspecto del lago más agradable: allí están Sapoa, llena de esperanzas un dia con los proyectos de Gamond; Rivas, animada hasta ayer con los planes de Blanchet; las hermosas playas que miran á las islas de Madera y Ometepe; Nandaime, frente á la isla Zapetera, y Granada y sus isletas; y arriba, ya al N., la embocadura del Tipitapa, camino de Managua, capital, y del lago Leon, por donde marchaba el proyecto de Bonaparte.

El descenso desde el lago al Pacífico es muy difícil y muy rápido, ya hasta Salinas, ya hasta Puerto Brito; si bien en materia de clima es mucho más saludable que la bajada al Atlántico, y es claro, mucho más breve y más poblado tambien. En el proyecto de Gamond, necesitábase entre el lago y el mar, una trinchera de 23 kilómetros de longitud y 53 metros de altura en el punto más culminante, para ir á terminar á la bahía de Salinas, que tiene muy malas condiciones.

Entre los proyectos nuevos presentado al Congreso internacional, citan el de M. Blanchet, frances, antiguo notario de Berry, y el de los norte-americanos Ammen, Menocal, Verbrugghee y otros. Blanchet, para vencer el paso de las quebradas del rio San Juan, donde la navegacion en grande es imposible, eleva el nivel de las aguas por medio de un dique transversal en el rio, de manera que resulte inundado todo el terreno comprendido entre el dique y el lago; pensamiento que tambien aplica al lado de Occidente en Rivas y Rio Grande, uniendo despues uno y otro dique con los respectivos occéanos por medio de siete esclusas. El coste calculado sería de 220 millones de francos. Ante la objeccion de que la esclusas son muy numerosas, Blanchet propuso otro nuevo

pensamiento, con una sola esclusa, de gran desnivel y de 40 metros de altura á uno y otro lado del lago. Estas colosales esclusas imaginadas por los ingenieros Pouchet y Sautereau, y calculadas por el constructor Eiffel, autor del gran puente metálico sobre el Duero en Oporto, se moverían por el grandioso sistema de acumuladores hidráulicos de Armstrong, con los cuales no hay dificultad mecánico-hidráulica que no se venza, por terrible que sea.

Los norte-americanos, muy interesados en este proyecto, han venido estudiándolo sin cesar, con incomparable perseverancia. Childs lo estudió en 1851; Millen, Menocal, Kull y otros de la comision americana en 1872; Ammen, Humphreys, Hener, Paterson y Mac-Farlane en 1875 y Werbrugghe en 1878. Como este trazado acorta muchísimo la distancia y travesía de los puertos de los Estados-Unidos situados en el Atlantico y el Pacífico, los norte-americanos lo han defendido tenazmente, á pesar de no haberse obtenido todavía la doble concesion de las repúblicas del Itsmo, y de las dificultades y litigios que resultarían respecto al arreglo de la participacion de los derechos de cada una. Añádanse á estos obstáculos los de la duracion de las obras, calculada en diez años, el coste de 525 millones de francos, los 15 millones anuales de gastos de conservacion y explotacion, siempre muy difíciles, la falta de puertos y las malísimas condiciones del clima que ya se han indicado. En los 292 kilómetros de longitud total del trazado desde las aguas de San Juan del Norte ó Greytown hasta Puerto Brito, habría que escabar el suelo en una línea de 195 kilómetros y hacer 21 esclusas, calculándose el volúmen de las tierras que habría que mover en seis millones de metros cúbicos para terraplenes, y en 50 millones para desmontes.

Las distancias comprendidas en el canal proyectado son estas: *Rio de San Juan*: esclusas de Greytonwn á la del rio Colorado, 21 kilómetros; á la del rio Serapequi, 24, á la del rio San Cárlos, 37; á la de Machuca, 31; á la de Balas, 8; á la de Castillo, 13. *Lago*: 146: *Descenso al Pacífico*: coste de la cordillera, 13; esclusas, 15.

Suelo volcánico por escelencia el de Nicaragua, expondría

á grundes riesgos todas las obras de fábrica: así es que, á las dificultades anteriormente indicadas, añadida esta y la de la inseguridad de la marcha política, tan expuesta á sacudimientos interiores como la geológica, han hecho que no haya podido triunfar este pensamiento en concurrencia con el de Panamá, á pesar de tener en su favor respetabilísimos defensores y grandes intereses. Quedará, pues, por ahora olvidado, ó pocos ménos, el extenso territorio de Guatemala, con sus ricas cosechas de maíz, de añil, de cochinilla, de cacao, de tabaco y de azúcar; con sus grandes bosques de cedros, acabaibas, campeches, palmas, robles, ceibos, cocos y coyeles; con sus antigüedades indias tan celebradas, con sus treinta y cinco volcanes, sus grandes y pintorescos rios, sus bellísimos lagos y su expléndida naturaleza. Quedarán los indígenas casi invariables al través de los siglos, invariables ahora, sin que nuevos blancos civilizados, vayan á turbar con el movimiento del canal, por el que ambos mundos cruzarían, la salvaje y patriarcal calma de sus primitivos poblados; y así lamentará Rivas, la ciudad capital del tránsito, el no poder recobrar de su pasado explendor, como maldecirá Puerto Brito su mala fortuna, ya que teniendo señalado un gran porvenir como cabeza de la línea interocceánica, seguirá casi perdido con su pobre muelle y su soledad, miéntras Panamá se levanta para siempre, destinada á ser la capital del mundo marítimo americano.

RICARDO BECERRO DE BENGOA.

LAS CIUDADES

DE LA

SICILIA ORIENTAL.

(NOTICIA HISTÓRICA.)

Son tantas las revoluciones porque inevitablemente ha debido pasar la isla más extensa del Mediterráneo; cuna de razas no ménos numerosas que distintas, y factor importantísimo en casi todos los hechos trascendentales de la vida de la humanidad en sus diversas fases, que quien detenidamente las considere hallará muy natural y lógica la capital diferencia de interes artístico é histórico con que las ciudades y distritos de la isla se nos presentan.

Apénas habeis salido de un paraje en que vuestro espíritu se extasíe, considerando el pasado por sus bellísimos restos, de repente os vereis circundado de monumentos que, por representar las ideas de vuestro tiempo y hallarse más en armonía con las concepciones de vuestra mente, será muchísimo lo que os recreen.

Entre todos los lugares de Sicilia merecen especialmente ser

estudiados aquéllos que desde la más remota antigüedad han sido siempre objeto de no interrumpida importancia.

El mérito de los monumentos antiguos y modernos sube grandemente de punto cuando en vez de alejados y separados, los encontramos puestos los unos en frente de los otros, para que de su comparacion y simultáneo estudio deduzca el ingenio provechosas lecciones.

Otra circunstancia hace más simpáticos los edificios antiguos, y es saber que no sólo han presenciado los acontecimientos remotos, sino tenido parte más ó ménos directamente en todos ellos, circunstancia que hace se los considere cual santuarios de tiempos remotos en que las divinidades de lo pasado ya olvidadas recibirán siempre veneracion y culto. Viene aquí apropósito el verso del poeta:

«*Shrine of all creeds and temple of all gods*» (1).

Difícilmente se hallará un país más apropósito que Sicilia para alejar del espíritu humano toda aficion á algun determinado período de la historia ó á una forma artística de escuela particular.

En presencia de aquellos monumentos fenicios, griegos, romanos, sarracenos, normandos y españoles convéncese el pueblo siciliano moderno, no de otra suerte que lo hiciera el antiguo, el de la Edad Media, el de la Edad Clásica, que en aquellos muros, en aquellos arcos, en aquellas fuentes hay *un algo ulterior* y sublime que admirar, analizar y estudiar, si se halla libre el espíritu de las preocupaciones de tiempo y lugar.

Ese algo superior que en cada uno de los monumentos existe, requiere para su compresion, siquiera sea incompleta, que á todos ellos se imagine ser comun un elemento esencial complementario de todos los demas.

La historia de Sicilia es una narracion que se hace por entregas tan íntimamente relacionadas entre sí, que Timoleon, por ejemplo, no puede entenderse sin Roger, ni Roger sin Timoleon, y ambos á una conducen directamente á la fama siempre creciente de Garibaldi.

La unidad histórica se halla profundamente grabada en el

(1) Sagrario de todos los credos y templo de todos los dioses.

suelo de isla tan memorable, testigo principal de las dos grandes contiendas habidas entre el Africa y la Europa, ó sea entre las razas aryanas y semíticas.

La primera lucha fué la entablada entre los griegos y fenicios, adoradores aquéllos de Zeus como éstos de Moloech; la segunda, la que más de mil años despues trabaron entre sí los romanos de Occidente y los sarracenos, ó sea los discípulos del Evangelio y los del Koran.

Los sucesos de estas dos guerras y sus multiformes alternativas son las que dan á la historia de Sicilia, sobre la de todos los países, ese carácter especial tan agradable y variado que todos los autores se complacen en reconocer.

Conviene, sin embargo, notar que los dos aspectos distintos que hemos mencionado dejaron sus huellas impresas de muy diferente manera en las varias regiones de la isla.

Así es que el interes capital, tanto histórico como artísco de de las regiones Norte y Oriental de Trinakria son completamente diversos. A poco que se examine la cuestion veremos que la una respira en todas partes los caractéres de la Edad Media, miéntras la otra reviste las propiedades de la Edad Clásica.

Adviértase que hemos dicho el interes principal, no el exclusivo; pues en realidad no existe punto alguno en la isla en que no viva fresca, representada en sus monumentos, la memoria de los tiempos primitivos juntamente con la de las edades posteriores, por cuya razon es casi imposible fijar la mente en aquéllos y hacer caso omiso de las segundas.

Con todo, cada período conserva en el órden geográfico un puesto, que hace se le considere el principal y más interesante, con relacion á los otros, que en tal caso son tenidos por secundarios.

I.

PALERMO.

En Palermo, por ejemplo, y en todo lo que á alguna distancia circunda á esta poblacion, absorbe principalmente el interes lo que lleva el sello de los últimos mil años. Diremos por qué. La historia nos enseña que la ciudad de que tratamos fué el primer territorio arrancado por los normandos á los sarracenos, pudiéndose, por lo tanto decir, que Palermo fué una ciudad esencialmente normanda.

Hemos dicho que Sicilia ha sido siempre el especial teatro escogido por las razas semíticas y aryanas para dirimir sus contiendas, y á buen seguro que nuestros lectores asentirán con nosotros al recordar que Palermo fué por los normandos conquistado á los sarracenos; mas ¿qué contienda fué esta? no ciertamente la primera, sino la segunda; es más: Palermo no nos puede dar cuenta directamente de la primera contienda. La razon es clara.

La historia nos dice que Palermo fué colonia fenicia, y el mismo testigo confiesa no haber sido la mano griega, sino la romana, la que hizo perder á la ciudad su aspecto fenicio. No se puede negar que Palermo asistió á la lucha primera habida entre las razas aryanas y semíticas; pero si asistió no fué al período más interesante, á la época verdaderamente siciliana de la contienda, á aquel período en que la caprichosa victoria se declaró por las banderas de la libre y esclarecida Grecia. Unicamente los libros son los que nos dicen haber sido Palermo fenicia en un principio y romana más tarde, puesto que del aspecto de la ciudad actual nada deducireis en confirmacion de lo primero y muy poco que demuestre lo segundo.

Lo contrario se echa luégo de ver con relacion á la segunda lucha trabada posteriormente entre las razas aryanas y semíticas, pues el período en que ésta se verificó fué el de verdadero brillo y lustre para la historia y el arte palermitano. Toda la magnificencia de la poblacion, toda su elevacion como cabeza de Sicilia y ciudad coronada por la presencia de

los reyes, se debió, no á la presencia de los fenicios y romanos, sino exclusivamente á la influencia de los sarracenos y normandos. Recuérdense si no los monumentos más notables de la ciudad, y áun de grande extension del litoral inmediato, y se verá que todos son iglesias ó palacios de estilo árabe construidos por los vencidos sarracenos por encargo de los señores normandos.

II.

GIRGENTI, SELINUNTE.

Dejemos ya á Palermo, y encaminémonos á lo que en un principio fué Akragas, más tarde Agrigentum, y hoy dia Girgenti; y ¿qué es lo que encontramos? que cada nombre nos revela los diversos períodos porque la ciudad fué pasando, si bien en órden inverso al que en Palermo sucede. En Girgenti hay que hacer bastantes esfuerzos para descubrir las huellas normandas y sarracenas, al paso que los restos de la lucha primitiva, la lucha entre los griegos y fenicios, nos sale al paso con caractéres importantísimos é indelebles. Akragas será siempre la ciudad conquistada y demolida por los cartagineses. Aquí los restos de la segunda lucha entre las razas semíticas y aryanas, son una sombra comparados con los de la lucha primitiva, bien al contrario de lo que en Palermo sucede, donde la primitiva palidece ante los vivos resplandores con que brilla la segunda.

¿Y qué diremos de Selinunte? ¿Qué de Segeste, ciudad antihelénica por excelencia y tan decididamente empeñada en conquistarse en la historia un puesto muy distinguido entre los pueblos que no quisieron abrazar las máximas del arte y política helénica? En vez de nosotros debieran aquí hablar aquellas personas, que al recorrer la isla, no siguieron otros planes que los dictados por su propio parecer y criterio.

Sucede algunas veces, que los médicos prescriben las saludables brisas de la costa siciliana; mas al mismo tiempo que aconsejan la libre circulacion por las ciudades que se levantan

en el litoral, prohiben internarse en la isla á causa de lo áspero del camino y de lo dificultoso del viaje. En tal caso lo mejor es resolverse á no mirar, siquiera sea por defuera, los ricos salones del museo palermitano. Los custodios del museo, dirán que nuestra proposicion es una barbaridad, pero seguramente habrá muchos que nos darán la razon.

En efecto, es grandísimo el número de personas para quienes la vista de un museo produce igual efecto que ver una cueva de ladrones; esto es, el de desear que cada objeto sea devuelto al lugar de su procedencia, al sitio en que su respectivo autor le colocó, único lugar en donde pueden los objetos artísticos desplegar toda su belleza. No hay momentos de más bochorno para un inglés de sentimientos patrióticos, que reconocer en el Akrópolis de Aténas los ejemplares ejecutados en yeso, con que fueron sustituidas las preciosísimas obras del arte griego al ser trasladadas al *British Museum*.

El sentimiento de que acabamos de hablar es verdadero y tiene cumplida razon de ser, mas ninguno de los que con más ó menos participacion falten contra él, tiene derecho á quejarse cuando por algun camino faltaren otros. Decimos esto, porque todos los que en manera alguna quisieran que de Segesta y Selinunte se hubiera arrancado ni una piedra siquiera para trasladarla á Palermo, si se llegan á ver en la imposibilidad de visitar las referidas arruinadas ciudades, al encontrar en el museo de Palermo algun objeto precioso trasladado de los restos de Segesta y Selimunte, lo estrechan contra su pecho y dán mil gracias de haberlo encontrado.

Hay personas que deben tenerse por muy felices con haber dado en la extravagancia de creer que las esculturas griegas son objetos tan grotestos, poco más ó ménos, que las obras romanescas del Norte de Europa.

Aunque se esté de prisa, aunque sea corriendo, se deben ver las estatuas de Perseo, matando á Medusa, de Hércules, conduciendo á los Cercopes, grupos todos, representados en los metopes Seluntinos, en los cuales se aprenden lecciones muy interesantes, cuando se los compara con las esculturas postreras de la misma procedencia, que, si bien no son todo lo malas que pudieran, poseen muy escaso mérito. No puede

afirmarse lo mismo del grupo que representa á Aktaion y sus perros, aquel sobre todo que su dueño parece querer ahogar entre las manos; obras todas tan artísticas, que áun al mejor escultor (1) le honrarían.

III.

SOLUNTO.

Si á todo viajero produciría disgusto marchar hácia el Este sin visitar ántes á Segesta ó Selinunte, mayor aún se lo causaría el verse obligado á dirijir sólo una mirada á las ruinas de Himera, ó pasar enteramente por alto los restos de Cefalú. Esto hace que el espíritu reciba perfectamente el panorama de Solocis, Soluntum ó Solunto, ciudad fenicia colocada en un alto, y cuyas ruinas se han descubierto en gran parte sin que hasta el presente resulten verdaderos caractéres fenicios. Con todo, Solunto es un sitio digno de visitarse por lo mucho que en él puede aprenderse, y por los grandes materiales que sugiere para la meditacion, en lo cual le supera en tal grado Cefalú, que no parece aquél si no sombra del segundo. Entre los monumentos de la ciudad que más impresionan el espíritu merecen recordarse el monasterio del rey Roger y las ruinas del palacio habitado por los reyes en la estacion de primavera.

A medida que se va dejando atrás la costa Noroeste, y nos internamos por las regiones del Oriente, notamos con gran sorpresa que el rey Roger, gran centro de la historia palermitana, va paulatinamente perdiendo su primordial importancia, apareciendo en cambio como carácter secundario, modificaciones que no sólo afectan á la persona del rey, sino tambien á todo su dinastía, de tan secundaria importancia é interes, segun nos trasladamos á las referidas regiones, que apénas si hay vestigios de la gran unidad que en el Occidente de la isla produjeron sus diferentes miembros. Nadie crea por

---

(1) *Esquilo. Sept. c. Theb.* 473.

ὁ σηματουργοσ δ' οὔ τις ευτελησ ἄρ ἦν
ὅστισ τόδ' ἔργον ὤπασε προσ ἀσπίδι

esto que las antigüedades de la costa oriental de Sicilia ofrecen escaso interes bajo el punto de vista sarraceno y normando; lo único que afirmamos es que sus reflejos son pálidos comparados con la luz vivísima con que en la parte oriental resplandece dicho carácter.

Como circunstancia muy digna de mencionarse añadiremos, que el personaje más importante en la historia normanda de la Sicilia Oriental, no es el rey Roger, sino su padre, Roger el gran Conde.

No son únicamente los sarracenos y normandos los que en la costa oriental presentan caractéres distintos que en las otras. Tambien los fenicios ofrecen igual fenómeno. En Palermo, y aún en Solunto, cuesta algun trabajo ver claramente las huellas del pueblo comercial por excelencia de la antigüedad. Ahora bien, una vez resucitada y vivificada su presencia, aparecen aquéllos ante la mente del hombre pensador bajo la consideracion de unos colonos hasta cierto punto inocentes, que pasan tranquilamente la vida en ciudades de su fundacion. Nada tiene de particular que tambien en la Sicilia Oriental, en épocas muy remotas, pertenecientes al período que precede á la retirada de los fenicios hácia las regiones que en el Noroeste conquistáran, viviesen los hábiles comerciantes en las regiones del Este, como de las del Oeste dijimos; es decir, que ocupasen pacíficamente el país, que fundasen en el territorio ciudades, y en ellas llevasen la vida que en muchísimos puntos del Egeo sabemos por la historia llevaban.

Más sea de esto lo que fuere, es lo cierto, porque la historia nos lo enseña, que en toda la costa oriental los fenicios aparecen revestidos del odioso carácter de invasores temibles, como sucede en la griega Siracusa, y de más que invasores, cual acontece en la helénica Mesena.

¿Cuál es, pues, el carácter histórico dominante en la Sicilia oriental? El helénico, cuyo principal asiento es la ciudad de Siracusa, en donde se presenta con todo su brillo y explendor. Al verse todo hombre pensador en medio de Siracusa, exclama con toda la efusion de su alma: «Me encuentro en plena Grecia, no ménos que si pisára las playas del Atica ó del Peloponeso.» El helenismo de Siracusa y países contiguos ofrece una

especial diferencia sobre el del Atica y el Peloponeso, y es el de que, miéntras estos países son todavía griegos, la Sicilia Oriental hace ya tiempo que gira en un círculo de muy distintas ideas. Muchas son las razones que convencen de la posibilidad y áun necesidad de este cambio; sólo diremos una que vale por todas las demas.

La antigua Grecia fué un país formado de penínsulas é islas en las que de uno á otro mar todo era griego, hasta el aire que se respiraba, hasta las aguas que se bebían. Siracusa, á su vez, porque así nos lo refieren las historias, y porque sin que ellas lo dijeran lo vemos en el dia nosotros, llegó á ser la más importante de las ciudades griegas, y sin miedo de equivocarnos, podemos añadir de todo el continente europeo. Ahora bien, ¿cómo había de poder una isla tan grande, habitada en el interior por gentes tan bárbaras, llegar á helenizarse en los mismos extremos que las islas del Este y Oeste de Grecia, y sus habitantes adquirir las cualidades de *akte* nacido en la Argólida ó en Aténas, por grandes que fuesen los esfuerzos realizados por Siracusa para conseguirlo?

IV.

MESINA.

La gran ciudad del estrecho, el punto de conexion entre la Sicilia Oriental y la del Noroeste, desempeña propiamente el papel de estacion intermedia entre ambas regiones. Cada uno de sus nombres nos revela con toda claridad que nos hallamos en tierra poblada por colonos. En un principio la llamaron Messena, más tarde, los latinos, conservando la verdadera forma dórica de la palabra, la cambiaron en Messana; nosotros hoy dia la designamos con la voz Mesina, que por su especial estructura y desinencia da luégo á conocer, áun al hombre ménos versado en cuestiones históricas, que no fué el pueblo de que tratamos el primero del mundo en llevar tal nombre, sino que por haber ya otro que lo llevaba se le impuso al siciliano.

Nada más comun en geografía política que encontrar dos ó

tres poblaciones con idéntico nombre, no porque las unas dependan de las otras, sino por meras casualidades. Nadie ignora que existen dos Dorchester, dos Bayonas, dos Tolosas, dos ó más Bolonias, varias Lucenas, y otros muchísimos pueblos con un mismo nombre, fenómeno que no es de ayer, puesto que la historia nos habla de la Aténas y Eleusis, que primitivamente se levantaban en Beocía.

En todos los casos citados, falta el conocimiento de una razon que explique la imposicion de nombres iguales á lugares diversos; no así en el caso de la Messene de Sicilia y la del Peloponeso. Aquí hay verdadera relacion. La conexion es tan directa como la existente entre el Boston de Holanda y el de los Estados-Unidos de la América del Norte, entre el London del Támesis y el del Canadá. Y hénos aquí abordando una de las cuestiones más árduas que pueden ocurrir tratando de nomenclatura y vida colonial. Naxos, Messene y Megara son nombres con que se quisieron reproducir las memorias de viviendas humanas más antiguas y á la sazon no existentes. Al tratarse empero de Messene, debemos considerar una circunstancia que la coloca en condiciones diversas.

El nombre de Messene resonó en Sicilia posteriormente que en el Peloponeso, y cuando resonó, fué como eco que repetía la voz que en otro punto se lanzaba al espacio. Hay, á pesar de todo, un concepto, segun el cual pudiera decirse que la Messene siciliana fué primero que la del Peloponeso. Oigase cuál. La Messene de Sicilia, fué, á no dudarlo, la primera ciudad con tal nombre apellidada, pues si bien la Geografía nos habla en el antiguo Peloponeso de una Messene, como tambien de una Elida, los puntos, con tales nombres designados, eran regiones, no ciudades.

¿Pues y la Messene, reedificada por Epaminondas, juntamente con Megápolis, para que juntas sirviesen de puñales clavados en los flancos de la república espartana, que la desangrasen y debilitasen, no existió mucho ántes que la poblacion siciliana? Quien entienda un poco de cronología, se convencerá luego de que, históricamente hablando, la ciudad del Peloponeso es posterior á la de Sicilia. Sucede aquí, aunque con alguna oscuridad, lo que claramente comprenderíamos pasa-

ría si no habiéndole dado á la ciudad de *Boston*, en el Massachussets el nombre que tiene, sino el de *Holanda*, en estos últimos tiempos, se edificase en los Países-Bajos un pueblo con el nombre de Holanda.

Hemos aducido el ejemplo de Boston, porque en nuestro sentir la nomenclatura de las modernas colonias europeas presenta grandísimas analogías y contrastes con la nomenclatura de las primitivas colonias griegas, al ménos hasta aquel periodo histórico en que la primera ha comenzado á ser completamente arbitraria, como hoy dia sucede en los Estados-Unidos norte-americanos.

Debemos, sin embargo, advertir, que uno de los modos de imponer nombres á las colonias recientes no tiene correspondencia en la época de los griegos. Hoy dia se aplican á ciudades de nueva planta los nombres de las antiguas, no porque se tenga en cuenta para nada la semejanza topográfica ni la identidad de construccion, sino porque la palabra con que designamos á la ciudad primitiva llegó con el tiempo á ser apellido ó título de alguna persona importante, cuya memoria se pretende perpetuar. Bien pocas serán por cierto las personas que oyendo los nombres de Washington y Melbourne se trasladen en alas de su memoria al Washington y Melbourne existentes en Inglaterra, sino que todos dirigen al punto su mirada intelectual hácia los hombres célebres que los llevaron.

El orígen del nombre Mesina se halla envuelto en no ligeras dificultades. Ni fué Messene el nombre más antiguo de la ciudad construida sobre el estrecho, ni suponiéndola ya con el nombre en cuestion, ha de considerársela colonia fundada por los habitantes de la region del Peloponeso llamada Messenia. El primitivo nombre de la ciudad fué *Zankle* y *Zanklou*, voz que, segun nuestros informes, quiere decir lo mismo que *hoz*. Y en verdad que no puede designarse la poblacion con vocablo más expresivo. La forma de la hoz puede en el dia reconocerse perfectamente en aquella estrechísima lengua de tierra que mar adentro avanza en el puerto de Mesina, como avanzaba en el de la antigua Zankle, formando el promontorio que entónces se designó con el vocablo *Akte*, por más que

tanto se diferenciase de las penínsulas Aticas y Argólicas á que usurpára el nombre.

Lo más notable del lugar en que la poblacion se extiende es el rompe-olas natural de que hemos hablado, y á cuya firmeza se debe el que, á pesar de las muchísimas vicisitudes por que Mesina ha pasado, conserve todavía las propiedades de excelente puerto de mar. Como era natural, los sucesivos dueños de la isla fijaron muy particularmente su atencion en posicion tan ventajosa, resultando, por consecuencia, ser siempre Mesina una de las principales ciudades del país, y áun durante no poco tiempo la segunda, no sin pretensiones muy legítimas para que se la considerase como la primera.

Quien desee hacerse plenamente cargo de la posicion del puerto de Mesina y de su natural rompe-olas, que le hizo merecer con justicia el nombre de *Zankle*, en el sentido que arriba citamos, conviene verifique una ascension á cualquiera de las colinas que la rodean, y las que ya desde la misma orilla del mar comienzan á elevarse sin interrupcion. Mesina no se halla, como Palermo, situada enmedio de una rica *campagna* de vez en cuando cruzada por montañas; su bellísima situacion, de la que es imposible hacerse cargo si no se ha visto, le ha hecho con justicia merecer el poético título de «Concha de Oro.»

Los collados sobre los cuales estriba Mesina no son muy altos, mucho ménos en las inmediaciones del mar; sirven sin embargo, para hacer que la ciudad presente un aspecto sumamente variado, debido á las ondulaciones que en los hondos presentan las calles, y á la sorprendente majestad que en los altos ofrecen los monasterios y fortalezas. Desde las colinas que á espaldas de la poblacion se levantan, son de ver la ciudad, el estrecho, el continente, cuya primera poblacion, tan próxima que parece tocarse con la mano, encierra en su nombre mismo una perpétua memoria, de que la isla y el continente estuvieron un tiempo unidos entre sí.

El punto en que más fresca vive la memoria del terremoto ó cataclismo terrestre que produjo la separacion de la isla del continente, sin lo cual hubiera sido imposible la existencia de un reino de las dos Sicilias, es *Rhegion* hoy *Reggio*, nombre

que quiere decir, lugar de la separacion. Una vez admitida la verdad de la expuesta condicion geológica de Sicilia, nada más lógico que considerar á *Zanklon*, la inmensa hoz de arena que hizo se diese á Zankle nombre tan gráfico y que tanta grandeza le proporcionó, como un vestigio de la lengua de tierra, que en tiempos muy remotos sirvió de lazo de union entre la gran península italiana y la gran isla del Mediterráneo.

V.

PRIMITIVOS TIEMPOS DE MESINA.

El nombre Sículo de la ciudad, hace sospechar que los moradores pre-helénicos de la isla, hubieran de mirar con ojos de predileccion, tan ventajosa posicion, levantando en ella edificios y depósitos de comercio. Así es, que cuando los primeros colonos griegos arribaron, debieron encontrarse, no con una costa deshabitada y desierta, si nó quizás con una fortaleza, tal vez con una ciudad de los sículos.

En cuanto al estado de adelanto político y militar de los sículos, nos inclina á juzgarlo favorablemente, el saber eran los isleños muy allegados á los latinos, y, por consiguiente, á los romanos, como pertenecientes á una misma raza. Nuestra opinion, sin embargo, no pasa de simple conjetura, pues lo que es históricamente, sólo sabemos que Zankle no tuvo de Sícucla más que el nombre. La historia no nos la presenta sino como una colonia griega poblada por expediccionarios venidos de una ciudad calcíclica.

Para la actual historia de la ciudad, hace muy poco al caso que sus fundadores viniesen directamente de Cálcis, poblacion de la isla de Negroponto, de Cúmas en Italia, ó de la próxima isla de Naxos. Lo cierto es, que hácia fines del siglo VII ántes de Jesucristo, época en que ya comenzaban en Grecia á computarse los sucesos con cierto órden cronológico, gracias á la invencion de la escritura alfabética, en tanto que los acontecimientos de Roma yacian rodeados de fábulas en las más densas tinieblas, hubo una ciudad Jonia, que,

abundante en poblacion y comerciales empresas, lanzó hácia el Occidente sus hijos, que, vista la excelente posicion ocupada por Zanklon, cayeron sobre ella y la hicieron emporio de sus riquezas. A la fundacion de Zanklon, debió seguir la de Himera, otro de los pocos focos de civilizacion que brillaron en la costa septentrional de la isla, y otro testigo tambien, primero de la gran victoria de los griegos sobre los fenicios, como más tarde de la sangrienta y cruelísima venganza tomada por los fenicios sobre los griegos.

Por fortuna, de la historia de Mesina existen todavía algunas citas en los historiadores de los tiempos antiguos, las cuales hacen alguna luz en la difícil cuestion de lo que fué Zankle, cuando aún conservaba este nombre. Herodoto, á quien nadie tachó nunca de emplear palabras inútiles ó ménos exactas, deja en sus escritos marcados con la infamia de *tiranos* á los gobernadores de Gela y de Rhegion, miéntras á los Skitos de Zankle concede el honroso título de *reyes.* Cierto que nunca jamás en las colonias griegas estuvieron las funciones del rey y del tirano tan perfectamente deslindadas como en la metrópoli.

En Siracusa, por ejemplo, debieron los gobernantes tener singular placer en ser llamados reyes por cualquiera que, como Píndaro, sintiese poco escrúpulo en otorgarles tal título. En cambio en la isla de Chipre, donde á Evagoras y á otros gobernadores griegos se les denominaba con el título de tiranos, se obró de tal modo casi inconscientemente, pues aquellos príncipes no tenían de las propiedades del tirano más que heredar de sus mayores el poder de rejir la nacion.

En la cuestion de si fueron ó no tiranos los que gobernaron un pueblo griego, cuando no tenemos más datos con que ventilar la cuestion que el ser llamados reyes por los historiadores, conviene tener muy presente que, lo mismo en los estados limítrofes de la Grecia, que en las colonias, continuó rigiendo la monarquía primitiva y heróica, áun despues de abolida aquella institucion en todos los estados de la Grecia propia. En este sentido podemos decir que en Zankle, lo mismo que en Salamina de Chipre, no faltó nunca el gobierno de un príncipe ó rey; de otro modo es inconcebible pusiese

Herodoto tan gran cuidado en diferenciar los reyes Skitos de los tiranos Hipókrates y Agesilaos.

Es circunstancia muy curiosa, pero que no desdice del carácter general de la historia siciliana, el que los dos acontecimientos más culminantes de la historia primitiva de la ciudad impliquen otras dos revoluciones, fruto la segunda de la primera. Por dos veces y merced á la más infame alevosía, entraron gentes nuevas en la ciudad, que de ellos recibió nombres nuevos. Skitos, el príncipe excelente y enteramente ajustado á la legalidad en el mando, fué el último de una serie de gobernadores pertenecientes en su totalidad á una misma familia. De ellos pasó el dominio de Mesina á los naturales de Samos en el Asia Menor, de un modo bastante indecoroso.

Cuentan los historiadores, que convidados por los mesineses, al huir de la persecucion de los persas, unos fugitivos de Samos, para que unidos los esfuerzos de ambos pueblos fundasen nuevas colonias en la parte septentrional de la isla, despues de aceptar la oferta, y con ella no pocos auxilios de parte de los mesineses, en vez de cumplir lo pactado, incitados por el tirano de Rhegion, se aprovecharon de la ocasion en que el ejército mesinés se encontraba fuera de la plaza sitiando una ciudad, para volver contra sus protectores las armas, y caer súbitamente sobre Mesina. que, no pudiendo resistirse, hubo á poco de sucumbir. Hechos son estos que en la significativa lengua italiana han recibido el nombre de traiciones mezquinas, y que han dado ocasion á las célebres frases con que lord Macaulay los anatematizó.

Traicion fué tambien, y nefanda, la de Hipócrates, tirano de Gela, quien habiendo llegado á su corte varios de los ciudadanos de Zankle, injustamente desposeidos por los de Samos de sus hogares y riquezas, en vez de favorecerlos, como estaba obligado, por ser sus aliados, los remitió maniatados á los de Samos, con recado fundado en no sé qué razones, para que luégo robasen á aquellos desgraciados, los redujesen á esclavos, y si bien les parecía, les quitasen la vida dándoles acerbamente la muerte. Verdad es que los corsarios de Samos fueron mucho más compasivos que Hipócrates, y no realizaron los consejos de gobernador tan perverso.

Hemos dicho ántes, que Herodoto marca á los gobernantes de Gela y Rhegion, Hipócrates y Agesilao, con el sello de tiranos. De Hipócrates ya hemos visto las pruebas; digamos algo de Agesilao. Despues de haber contribuido con Hipócrates á la ruina de Zankle, se conjuró contra los de Samos, no de otro modo que ántes lo hiciera contra los Zankeos, los echó ignominiosamente de la poblacion, y en su lugar puso á una nueva colonia formada de gente advenediza y aventurera, sin patria y sin religion, pero que por haberse puesto incondicionalmente en manos de Anaxilao, reunía ya más que suficientes condiciones para ser secundada y favorecida. Entre los nuevos invasores, debieron, sin duda, contarse numerosos mesenios procedentes del Peloponeso, quienes derrotados segunda vez por los espartanos, y abrumados por las cadenas con que Lacedemonia los oprimía, resolvieron emigrar. El mismo Anaxilao se nos presenta con caractéres que permiten sospechar su procedencia mesenia.

Claro está que á través de tantas perturbaciones, la ciudad cambiaría por completo de aspecto, y que su nombre antiguo llegaría á ofrecer pocas simpatías á los pueblos advenedizos, circunstancias todas que hicieron muy natural la sustitucion del nombre primitivo por el de *Messene*, que entónces se la dió, convertido más tarde en *Messana*, y hoy sustituido con el de Mesina, quedando con esto demostrado, que, si bien hubo una region llamada en lo antiguo Mesenia, Zankle fué la primera ciudad á que tal nombre se destinó.

Historias son las expuestas que contristan por cierto el ánimo de quien las tuviese por indignas del noble espíritu griego, siendo despues de todo consolador el saber que el rey de Mesina, Skitas, halló en sus últimos dias excelente hospitalidad entre los persas, que le protegieron y defendieron hasta que espiró. Nos hemos detenido algo más en exponerlas con toda la extension que Herodoto lo hiciera, porque, segun ya indicamos, vemos en ellas un modelo exacto de las escenas que doscientos años despues se representaron en la misma ciudad.

VI.

MESINA EN LAS GUERRAS PÚNICAS.

Durante las guerras púnicas de Dionisio, á ser ciertas nuestras noticias, Mesina debió ser totalmente destruida y arrasada por Himilcon y sus prosélitos, no de otro modo que algun tiempo ántes lo fué Akragas. Nada más apropósito para describir la ruina de la ciudad, que las palabras de Diodoro Lículo, que con caractéres tan indelebles la procuró describir. Dice así:

Ιμιλκων δε τησ Μεσσηνησ τα τειχη κατασχαψασ προσεταδε τοισ στρατιωλαισ χαταβαλειν τασ οικιασ εισ εδαφοσ, και μηθ' υλην μητ' αλλο μηδεν υπολιπειν, αλλα τα μεν καταχαχωι τα σε συντριψαι. ταχυ δε τη των στραιωτων πολυχειρια λαβοντων των εργων συντελειαν, η πολισ αγνωστοσ ην οπου προτερον αυτην οικεσθαι συνεβαινειν (1)

Así se explica en gran parte el singular fenómeno de no encontrarse en Mesina tumbas ni templo alguno, en tanto que que la antigua Akraga los conserva aún tan admirables y bien conservados. La importancia empero de la posicion topográfica de Mesina, hizo que la antigua ciudad se levantase de sus ruinas más poderosa, si cabe, que ántes, hasta el punto de que, excitando sus riquezas y magnificencia la rapacidad de los mercenarios de Campania capitaneados por Agactoles, estos viles salteadores se lanzaron, como en otro tiempo los expedicionarios de Samos, sobre la ciudad, la hicieron suya, y ¡cosa inaudita! tuvieron la avilantez y criminal osadía de degollar á los indefensos moradores.

Con tan negros auspicios, entraron los mamertinos en Mesina, llamada Zankle en lo antiguo, y despues del suceso referido, *Civitas Mamertina*, si bien el nuevo nombre no pudo prevalecer. No puede decirse lo mismo con relacion á los invasores, quienes en determinado tiempo gozaron de verdadera preponderancia. A ellos se debe el arribo á Sicilia de los ro-

(1) Diodoro, XIV, 58.

manos, acontecimiento de no pequeña importancia, segun es fácil colegir de las consecuencias que trajo.

Antigua era y reconcentrada la enemistad que Roma y Cartago se tenían; ambas aspiraban á la posesion del Mediterráneo, ambas al dominio del mundo, y no estaba muy léjos el dia en que, para dirimir sus querellas, habían las dos de acudir á las armas. En esta contienda todo fué lógico, todo fué natural; la manzana de la discordia había de ser Sicilia, puente natural para saltar de Italia al África, y estacion la más céntrica y apropósito para dominar el Mediterráneo. Mas como todo lo que en el mundo tiene lugar se verifica en determinada ocasion y por especiales motivos, los que sirvieron de pretexto á Roma para lanzarse en son de guerra contra Sicilia, fueron las cuestiones de los mamertinos de Mesina con los otros pueblos de la isla.

La ciudad que hoy contemplamos desde las elevadas torres de las fortalezas y conventos, fué la verdadera brecha por donde los señores de toda la península italiana asaltaran la isla, que sobre sus grandes é inmensas riquezas, soberbias y populosas ciudades, reunía la incomparable proporcion de hallarse tan cerca, y como quien dice, á la puerta de casa. Las largas y sangrientas guerras púnicas, las excursiones militares de Aníbal y Escipion, el sistema administrativo que Roma estableció en las provincias, la ruina de Cartago y su segunda existencia tan precaria y distinta de la primera, todo quedó determinado y escrito en el libro de las cosas efectivamente venideras, desde el dia en que los hijos de *Mamers* salieron por las bocas del Tiber á socorrer en Sicilia á sus hermanos, puestos en grande aprieto á orillas del estrecho de Mesina.

Tenemos, pues, que la contienda entre las razas aryana y semítica se reanuda de nuevo, y que se reanuda en tierras y aguas sicilianas. Hay, sin embargo, esta vez, una diferencia notable; la heguemonía del campo de batalla pasa, de las manos de los tiranos y repúblicas de excasa importancia, á las de la ciudad más poderosa del mundo, señora de todas las provincias y reinos en la antigüedad conocidos.

Una vez libre Mesina de la presion cartaginesa, que le preparaba otra segunda ruina como la anterior, se declaró re-

suelta aliada de Roma, que en pago la consideró como parte integrante de su propio recinto, y la hizo participante del derecho de ciudadanía, con tal extension, que los nacidos en Mesina disfrutaban iguales privilegios que los nacidos en Roma. Así continuó bajo el dominio romano como una de tantas otras innumerables ciudades, hasta que vino un dia en que Roma dejó de ser Roma. Al brillar ese dia, el puerto de Mesina, defendido por el célebre *Zanklon*, vió en su seno blanquear las lonas de los bajeles con que Belisario, despues de conquistar para el imperio de Oriente la ciudad de Palermo, pretendía hacer lo mismo con las de Nápoles y Roma.

Antes de estos sucesos, y á la vez que ellos, habían ocurrido trascendentales transformaciones. Cartago había desaparecido de la haz de la tierra bajo las manos romanas con más eficacia aún que Mesina bajo las de los cartagineses; mas reedificada por César, engrandecida por Adriano, y embellecida por Septimio Severo, llegó á ser, si no tan importante como Roma, al ménos la primera ciudad despues de ella; en ella nacieron grandes obispos cristianos, en ella reinaron célebres reyes vándalos, y, conquistada por Belisario para el imperio de Oriente, adquirió en éste tanta importancia, que Heraclio, el gran emperador, el salvador de la cristiandad, amenazada de cerca por los Avaros y Persas, llegó más de una vez á pensar en trasladar la corte del imperio á la ciudad de Dido.

Hemos llegado á la segunda parte de la contienda en la que los herederos de los antiguos enemigos, imbuidos en otras creencias é impulsados por distintos principios que sus antepasados, se lanzan á combatir. A los griegos han reemplazado en la lucha pueblos descendientes de Roma, en tanto que el velludo Sarraceno viene á ocupar la plaza de los fenicios. Cartago, ciudad ántes semítica y esencialmente baalítica, romanizada y cristianizada resistió por muchos años los ímpetus sarranos, hasta que, no pudiendo más, se rindió para no volverse á levantar. Sólo queda como memoria de la gran ciudad, emporio otro tiempo del comercio universal, el célebre pueblo por ella fundado en las costas orientales de España, y el que más tarde han levantado los españoles en las playas americanas á orillas del Magdalena. Esta es la condicion

de los pueblos. Ahí está Mesina floreciente aún y llena de animacion, miéntras nadie se acuerda ya para nada de la esclarecida Mesina que le diera nombre.

El ardiente sarraceno que tanto se ensañó contra la romanizada Cartago, no sólo no atentó contra la romana Mesina durante los dos siglos que la tuvo bajo su yugo, sino que la permitió vivir y comerciar como ántes, hasta llegar el dia en que los normandos la reconquistaron y le dieron nombre y lugar entre las ciudades europeas y cristianas.

Al considerar el beneficio inmenso prestado á Mesina por Roma impidiendo que los cartagineses llevasen á efecto la proyectada ruina de la ciudad del estrecho, no pudimos ménos de evocar el gran nombre de Cartago. Con este nombre acuden á nuestras mientes varias cuestiones. La primera es: ¿en qué fuente tan reducida y escaca han bebido la historia, cuantos, trazando en ella una línea divisoria imaginaria, olvidan que la ciudad de Himilcon y de Aníbal volvió posteriormente á rehacerse y cobrar nueva vida con los Ciprianos, los Genserícos y los Heraclios? La segunda es todavía más natural y lógica que la anterior. Al saber que Roma y Cartago se disputaran la posesion de Mesina, quisiera el observador recrear sus ojos en magníficos restos de aquellos tiempos. Deseo inútil, que una triple realidad le hará ver que apénas existe alguno.

No faltan en Mesina restos de la época en que Roger la rescató del poder de los árabes, suceso verificado con anterioridad á la conquista de Palermo: quedan aún muchísimos restos de aquella Mesina que la casa de Borbon mandara bombardear en tiempos recientes; pero de la época en que las escuadras de Himilcon ó Belisario se abrigaban en el puerto Mesina, no queda más que la inmortal bahía, y el imperecedero *Zanklon*. Por lo que toca á restos arábigos, son muy pocos los que se conservan, no obstante de haber la ciudad permanecido durante dos siglos en poder de los sectarios del Islam.

Hubo un tiempo en que Mesina volvió temporalmente á la alianza de los Césares del Oriente, cuyas tropas mandadas por Jorge Maniako, fueran eficazmente auxiliadas, si hemos de creer las insistentes relaciones de los historiadores nor-

mandos, por los hombres del Norte. Quien más brilló en la reconquista de la ciudad fué un hombre famoso en la historia de Inglaterra, á saber, el noruego Haroldo Hardrada, que con la constancia más extraordinaria del mundo, trabajó más tarde por apoderarse de Inglaterra hasta que fuera derrotado y muerto en Stamforbridge (1).

Maniako, que en la toma de Sicilia representa un papel tan secundario, fué verdadero héroe en la de Siracusa; más en la resolucion en que estamos de no mezclar los sucesos, tenemos por más oportuno detenernos aquí por lo que respecta á otras ciudades, y entrar de lleno en la narracion de los sucesos posteriores de Mesina.

VII.

LOS NORMANDOS EN MESINA.

Los normandos habían llegado á aquel período en que la historia nos los pinta llenos de fé para acometer por sí solos dificilísimas empresas, con especialidad en Italia. Persuadidos de la importancia de Mesina, emprendieron su conquista luchando para ello con indecibles peligros. El poeta que nos describe los sucesos, aunque pesado y poco expresivo de ordinario, al describir el estrecho y sus peligros, de tal suerte se inspira que hasta raya en elocuente y sublime. Hé aquí algunos de sus versos:

Dux ibi militibus sumpti ratibusque paratis,
Transvehitur Siculum multis comitantibus aequor;
Quod licet angustum, licet est grave praetereundum
Scilla Caribdis ibi diversa pericula praebent;
Una rotat navis, illidit et altera saxis (2).

---

(2) Véanse las conquistas de los normandos, II, 77. Amari, *Storia dei musulmani in Sicilia*, II. 385—6. Es de notar qve Jorge Kedrenos (II, 520), llama cartagineses, Καρχηδονοι, á los africanos que vinieron en socorro de los musulmanes sicilianos.

(2) Guillermo de Pulla, lib. III. Muratori, v. 265. No merece ninguna

Guillermo Fierabrás, conde de la Pulla, parece que se dejó intimidar, y no quiso exponer su flotilla á las iras de Escila y de Caribdis; en cambio su hermano Rogerio quiso jugar el todo por el todo, teniendo la suerte de que sus naves sufriesen poco más ó ménos el mismo insignificante detrimento que hoy sufren los buques de vapor cuando surcan aquellos parajes.

El verdadero peligro para los normandos no fué Caribdis y Escila, sino los mahometanos mesineses, que se defendieron á la desesperada, si hemos de creer las palabras de Godofredo de Malaterra. Mas al fin Mesina cayó en poder de los normandos, y si la ciudad fué poderosa y rica bajo el yugo sarraceno, no lo fué ménos en poder de sus nuevos señores, quienes hicieron de ella además el centro de sus ulteriores combinaciones sobre los otros pueblos de la isla hasta que conquistaron á Palermo.

Sería injusto quien dijese que los normandos no procuraron dejar á la posteridad un nombre glorioso grabado con indelebles caractéres en monumentos imperecederos. Testigo es de ello la iglesia metropolitana de Mesina, que, aunque deteriorada y desfigurada, da bien á las claras á entender el celo de los conquistadores cristianos y el arte de los vencidos sarracenos á quienes quedára la construccion del templo sometida. Cierto que Mesina es de las ciudades sicilianas más pobres en monumentos de la Edad Media; más esto no impide que sus alrededores contengan, ora ocultos, ora manifiestos, no pocos fragmentos así eclesiásticos como domésticos, pertenecientes á la época de los normandos y de las otras dinastías que les sucedieron.

---

fé la narracion que aduce Muratori en su vol. 614, titulada: *Brebis Historia liberationis Messanae.* Muchas de las apreciaciones del libro en cuestion distan mucho de haber pasado por el crisol de la crítica. Y á la verdad, el suponer que un autor allá en pleno siglo XI pudo discurrir y usar el nombre de *Mamertina civitas*, es concederle un caudal de erudicion ó pedantería poco comun en aquellos tiempos, mejor diremos casi imposible. La calificacion de *noviles Mamertini* nos parece tan fuera de lugar como lo del nombre de la ciudad. Otro dislate es el afirmar que la poblacion tuvo desde muy antiguo por armas una cruz de oro en campo rojo: *aurea crux in rubeo campo depicta.*

El primero y más vistoso de todos es la gran catedral mesinesa, templo que, no obstante los repetidos é intencionados esfuerzos de no pocas generaciones para hacerla perder sus muchas riquezas históricas y artísticas, conserva aún muchísimos restos de la gran fábrica con que el conde Rogerio pensó adornar y santificar la ciudad por él arrancada al poder de los infieles.

Debemos, sin embargo, confesar que por muy grandes que sean los motivos de queja de Mesina contra los destructores y encolerizados bárbaros del siglo XVII, todavía le asiste el consuelo no pequeño de que los insensatos no llevaron su obra de destruccion al extremo que lo llevaron en Palermo los bárbaros del siglo pasado.

El estilo que el conde Rogerio y todos los monarcas sucesores é imitadores de su ejemplo siguieron, fué el que á la sazon seguían los recien conquistados sarracenos, estilo que alcanzó su máximum de perfeccion en Monreal y en la capilla real de Palermo. Las columnas de los edificios de aquel tiempo, ya sea porque en su mayoría fuesen extraidas de los antiguos monumentos, ya sea porque aunque se hiciesen de nueva planta, tuvieron á la vista los artífices modelos antiguos, es lo cierto que presentan formas clásicas ó á lo ménos bizantinas, en tanto que los arcos sostenidos por las columnas se hallan terminados en punta.

Conviene tener muy presente que el estilo especial de los arcos puntiagudos de Sicilia nada absolutamente tiene que ver, al ménos en sus primeros tiempos, con el estilo ojival importado por las naciones del Norte; como no sea que digamos, lo cual nadie ha aprobado, que el estilo gótico es susceptible de admitir aquellas transformaciones tan esenciales que le harían parecer, sin dejar de ser gótico, esencialmente árabe. Los arcos prolongados del estilo siciliano no tienen ningun parecido con los ojivales góticos.

Algunos autores han dado en llamar estilo de transicion al que nos viene ocupando. Nosotros somos de parecer opuesto. Todos aquellos edificios levantados por maestros árabes que seguían la inspiracion de príncipes cristianos, presentan caractéres propios y definidos, en cuya virtud es imposible confun-

dirlos con ningunos otros. Pudiera darse á este estilo el nombre de cristiano-arábigo. Uno de sus más bellos y grandiosos monumentos debió ser la iglesia de Nuestra Señora de Mesina. Describámoslo siquiera sea á grandes rasgos.

Enmedio de la iglesia, y separando las naves laterales de la principal, se levantan dos hileras de majestuosas columnas, que bien al contrario de como sucede en Monreal y Palermo, se extienden por todo el rededor de la iglesia áun por su parte occidental, de modo que logran formar una hermosísima galería enteramente parecida á las que en las magníficas catedrales de Alemania tanto nos admiran.

Los capiteles de las columnas son tipos enteramente clásicos los unos y cuasi-clásicos los otros. En cuanto á las columnas, por más que á ciertos autores parezcan traidas del templo de Poseidon, situado cerca del célebre faro, nosotros somos de parecer que es imposible pudieran pertenecer en su totalidad á un solo edificio. La parte superior de las columnas veíase terminada por arcos puntiagudos, como es de ver todavía en algunos restos cuando se pasa por las naves laterales.

Desde la aparicion del Renacimiento en Italia hasta el decaimiento de las artes, suceso que personificó en España Cárlos II, como en Inglaterra lo representó otro rey del mismo nombre, modificáronse en Italia muchos edificios levantados segun planos antiguos; entre ellos tocóle la suerte a la catedral de Mesina, en la que el año 1682 vió desaparecer los arcos puntiagudos reemplazados con otros redondeados del género clásico, con propósito de que el edificio no presentase la más mínima apariencia arabesca.

Varias veces en el discurso de nuestra descripcion hemos llamado á la nave principal obra del Conde Rogerio, hallándonos casi decididos á sustituir la palabra «Conde» con la de «Rey;» pues si bien Rogerio, el Conde, comenzó en 1098 la construccion del templo, parécenos muy difícil que para 1101, año en que falleció aquel personaje, se hallase adelantada, y mucho ménos concluida la nave principal.

De todos modos, parece cosa fuera de toda duda, que en tiempos de Rogerio, el Conde, primer conquistador de la isla, se dió principio á las tres grandes cúpulas que forman el fin

de la iglesia por la parte que mira hácia el Oriente. El efecto que hoy dia producen por de fuera las cúpulas es bastante notable, más que todo, por haberse, en tiempos muy próximos á los nuestros, modificado las dos laterales de modo que parezcan torres redondas.

El principal interes que por dentro ofrecen las cúpulas es una serie de preciosos mosáicos muy posteriores por cierto á la data de ambos Rogerios. Todos los mosáicos son alusivos á los principales sucesos de la antigua historia siciliana, descollando entre todos la arrogante figura de uno de los hombres que más beneficios reportaron á la isla, y cuyo nombre vivirá siempre entre los sicilianos, áun cuando los más famosos queden sepultados en el olvido.

El hombre á quien aludimos, es D. Fadrique de Aragon, cuya expresiva figura, de fecha muy posterior á las otras, se halla postrada de hinojos ante una sagrada forma colosal rodeada de muchísimos símbolos, habiendo el artista sabido prestar á la cara del príncipe aragonés aquella independencia y energía de carácter que tanto brilló en los actos de quien supo consumar la obra de independencia iniciada en las Vísperas Sicilianas, luchando por conseguirlo con los franceses del continente, con el Papa Bonifacio VIII y hasta con su mismo hermano el rey de Aragon, D. Jaime II el Justiciero.

Si los sucesores de D. Fadrique de tal manera cayeron en la abyeccion que es casi imposible recordar sus nombres y órden, nadie puede culpar de ello al gran príncipe, como á ningun padre podemos culpar de las faltas de sus hijos. Como el gran mosáico nos ha legado la memoria de alguno de ellos, justo será que tambien nosotros dirijamos hácia los mismos nuestra atencion. En el mismo grupo que representa á don Fadrique vemos á dos hijos suyos, primero al que le sucedió en el trono, con el nombre de Pedro II, y algo más distante á Guidatto, que ocupó la silla arzobispal de Mesina.

En la cúpula del Norte, y enmedio de un grupo de santos, se halla la reina Isabel, esposa de D. Fadrique; y en la del Sur, su hijo Luis, rey más tarde, como lo indica una inscripcion latina que le acompaña, miéntras las de los otros santos

que le rodean se hallan escritas en Griego, no obstante de pertenecer tales monumentos al siglo XIV.

En presencia de tales objetos parécele al ánimo del espectador hallarse en alguno de los regios salones del palacio de los reyes sicilianos; tal es la impresion que produce verse entre tanto monarca antiguo y moderno.

Los que hayan visitado á Winchester habrán podido observar los magníficos sepulcros de los antiguos reyes de Inglaterra colgados en el aire. Otro tanto es de ver en la catredral de Mesina, donde descansan de igual modo los restos de dos reyes y de una reina. Uno de los huecos de la gran cúpula contiene el sarcófago del último Conrado, rey á la vez de Alemania y Sicilia, y cuyo reinado pasa en la historia como desapercibido entre el de su padre Federico II y el de su hermano Manfredo.

Otro de los espacios de la cúpula principal, y por cierto de los más céntricos y principales, se halla ocupado por un príncipe no ménos renombrado que D. Fadrique; hablamos de D. Alfonso el Magnánimo, nombre que desde el siglo XV ocupa un lugar muy distinguido en la historia de Italia, y del que hacemos aquí mencion porque fué el primero de los reyes que ántes de unirse las dos Sicilias al dominio español, logró ceñir las tres coronas de Sicilia, Nápoles y Aragon.

El último hueco de la parte Oriental encierra los restos de una princesa que, por haber desempeñado papeles muy insignificantes en la historia, es imposible al viajero recordar, á ménos que consulte su guía ó recurra al libro de notas. Esta princesa fué Antonia, viuda de Federico III, de la que no podremos hallar en los documentos sicilianos vestigio alguno como no revolvamos los posteriores á la época de Federico II (1).

---

(1) Siendo muchos de los soberanos sicilianos reyes tambien de otros países, claro está que había de resultar confusion en cuanto al órden de los monarcas. Cárlos II de España es justamente Cárlos III de Sicilia, si bien nadie le reconoce por tal, sino por segundo, irregularidad que reconoce por causa la oposicion de los insulares á mirar como rey suyo á Cárlos de Anjou.

El emperador Federico II es en Sicilia el primero de este nombre, y don

El principal objeto de interes histórico, y el más digno por tanto de ser examinado, es el que la iglesia metropolitana ostenta en su interior. Tal vez ostentara en un tiempo cosas mayores y de más mérito tanto interiores como exteriores; pero un fuego devorador acaecido en tiempos que se verificaban los funerales del rey Conrado, hubo de destruir gran parte del templo y de sus joyas artísticas. A pesar de todo, la iglesia conserva todavía muy grandes señales de lo que fuera en un tiempo, quedando especialmente ciertos trozos dignos por todo concepto de estudio.

Pocas personas habrá que en presencia de las singulares decoraciones de las tres portadas de la fachada de Poniente y de las esculturas de las mismas, juzguen las unas y las otras objetos de verdadero gusto, y ménos habrá que se detengan á examinarlas cual si fuesen materia de curiosidad. No parece sino que el autor se propuso desplegar en dichos objetos todo el lujo de imaginacion y fantasía de que era capaz. Muchos de los objetos en la portada esculpidos son esencialmente religiosos; en cambio hay otros para los que ninguna persona, por muy ingeniosa que se la suponga, hallará explicaciones simbólicas convenientes; tales son las esculturas que representan el arado y la recoleccion de las cosechas de vino y aceituna.

Los angelitos ó pequeños cupidos, que por todas partes se ven en la fachada simulando posar sobre ramas de árboles y cazar pájaros ó monos de poca edad, grupos todos difíciles de descifrar, como acontece con la mayor parte de las mitologías del Renacimiento, son, sí, muy hermosos, muy bien trabajados, pero muy poco á propósito para la edificacion cristiana de los que los miran. Una sola cosa hace en cierto modo injusta la crítica que de tales esculturas hacemos, y es la de que pertenecen á un período en que ya se habían marchitado las glorias de Sicilia.

Si hubiera para algo de tenerse en cuenta nuestra opinion, nosotros somos de parecer que más que un conjunto elegante

---

Fadrique de Aragon el segundo; razon que hace exista gran confusios sobre quién es el tercero, de cuya esposa hablamos arriba

y artístico, como el que se ha intentado crear en la fachada, hubiéramos deseado un trozo, siquiera como muestra, de lo que fué la fachada principal primitiva de la iglesia al concluir felizmente el rey Rogerio, lo que con tanto trabajo comenzára el conde del mismo nombre.

VIII.

OTROS MONUMENTOS DE MESINA.

No muy distante de la iglesia metropolitana merece visitarse un monumento antiguo, que si bien no puede decirse que satiface por completo la curiosidad del que lo examina, tiene con todo, verdadero mérito, y á buen seguro que una persona inteligente se halle tentada del sueño cuando lo visite. Hablamos del templo titulado *Annunziata a'Catalani*, iglesia reducida, como la metropolitana, edificada en la parte antigua de la ciudad, y cuyos cimientos se apoyan, si hemos de creer la constante y local tradicion, sobre las ruinas del templo de Poseidon.

La *Annunciata a'Catalani* da por el Este á una calle y por el Oeste á otra, apareciendo en su estilo lo más semejante al Romanesco del Norte, que existe en toda Sicilia. Parece una cruz cuyo cuerpo es la nave, cuya cabeza es la cúpula, y cuyos brazos son dos absides laterales. Desde una de las calles se ve una de los absides adornado con arcadas redondeadas, que la hacen parecer muy distinta de las que se ven en Monreal y Palermo, y la ponen de tal configuracion, que sin alteracion alguna podría ser trasladada á Alemania, Normandía é Inglaterra, sin que en ninguno de estos países desdijera lo más mínimo de los edificios de estos países, como no fuese en cuanto á la cúpula que difiere algun tanto.

La fachada occidental de la iglesia se halla bastante desfigurada en su parte superior: la parte superior de los tres pórticos se conserva, no obstante, bastante bien. Los pórticos laterales juntamente con sus rectangulares adornos superiores y *tympana* que les acompañan, ofrecen un aspecto norte-italiano más bien que siciliano ó extrictamente septentrional.

La puerta de enmedio carece de *tympanum*, lo cual, sin embargo, no importa, dado que los soporte del arco redondeado están bien diciendo dónde nos hallamos. Uno de los órdenes del arco tiene capitel, casi-clásico; el otro, en cambio, descansa sobre soporte rectangulares que sorprenden tanto por hallarse en lugar que no les corresponde, como por hallarse cubiertos de inscripciones arábigas.

La sola vista de caractéres arábigos, nos está ya diciendo qué es lo que debemos hacer, tanto más cuanto que los mismos arábes nos dicen que las inscripciones contienen versos en los que el rey Rogerio invita á los gentiles-hombres de su córte á entrar en el Paraiso terrenal de su palacio. Aquí tenemos un caso más que añadir á los exagerados admiradores de los sarracenos de Palermo. En ninguna parte del mundo, como no fuese en Sicilia, hubiera podido pasar que un rey cristiano, es más, un legado de la Santa Sede, se dirigiese a sus cortesanos en la lengua del Koran.

El interior de esta pequeña y bonitísima iglesia ha sido recientemente restaurado, segun estilo moderno, perdiendo no poco en el cambio, como era de suponer. Sólo han quedado tal como antiguamente estaban las columnas y los semiclásicos capiteles. Por la parte de poniente se eleva ántes de llegar al templo una gruesa pared con un arco plano enmedio construido á la antigua manera de Sicilia.

Muchos otros preciosos monumentos pertenecientes á diversas épocas hallará quien con atencion los buscare, así por los templos como por las casas, especialmente en las fundadas en la calle que todavía se titula *Calle de los Monasterios*.

Aunque no proporciona al viajero extraordinaria sorpresa, excitará, sin embargo, algun tanto su curiosidad la iglesia de San Gregorio, cuya elevadísima torre, fabricada en espiral, ofrece al que á lo alto se encarama, preciosímas vistas, así cuando el ojo se circunscribe á la ciudad, como cuando se estiende á lo más léjos. El templo fué, segun dicen, construido sobre las ruinas del de Júpiter; Júpiter que debió recibir adoracion siendo ya Mesina la ciudad Mamertina, no cuando aún se llamaba Zanklon.

Al pasar por delante de una pequeña iglesia llamada *La*

Cattolica prométese el pasajero encontrar una joya arquitectónica de gran precio en vista de la gran inscripcion que se la anuncia como madre de todas las iglesias griegas. Debemos advertir que esta espresion únicamente se refiere á los *griegos unidos*, ya sea que literalmense fuesen griegos de orígen, ya sea que fuesen, y es más probable, colonos albaneses que en distintas épocas buscáran en Sicilia proteccion contra la opresion y cautividad con que los turcos los oprimian.

Al fijarse en su iglesia los albaneses, establecieron un rito mezcla del Oriental, del Occidental y áun del Nacional; sus sacerdotes gastan barba y viven en compañía de mujeres, con todo, reconocen la autoridad del obispo católico. En cuanto al templo, en estos últimos tiempos se ha pretendido modernizarlo y corregirlo; nada, sin enbargo, ha podido hacer desaparecer las primitivas formas vizantinas, que su autor intentára imprimirle.

Tanto *La Cattolica*, como las otras iglesias y edificios antiguos de Mesina, ocupan un lugar muy secundario, si se los compara con la iglesia metropolitana y la de los catalanes: estos dos templos son los que actualmente absorven todo el interes histórico de la arquitectura en Mesina.

Los normandos en un principio y sus sucesores más tarde, procuraron dejar grabadas sus huellas al pasar por Mesina, esto sin embargo, no obsta para que la ciudad ofrezca en general aspecto verdaderamente moderno. Al examinar los edificios se echan de ménos muchos restos de la época que precedió á la llegada de los normandos, y no pocos sucesos importantes de la historia de la ciudad pertenecientes á tiempos posteriores á dicha llegada, carecen tambien de correspondiente representacion en los edificios.

La opinion inglesa se halla hoy justamente excitada con la idea de que el conde del Poitu, rey tambien por una casualidad de Inglaterra, cuyo país visitó por dos veces annque de corrida, una para ceñir su corona y otra para exigirle tributos, ese mismo rey apareciese en Chipre representando el tristísimo papel de saqueador y aún de manera más descubierta que primeramente lo hiciera en su propio reino.

Las personas á cuya noticia llegaran por un medio ó por

otro los desmanes cometidos por Ricardo, corazon de Leon, en la isla de Chipre, no podrán ménos de enterarse de los que el mismo monarca cometiera en las ciudades de Mesina y Ragusa, no sólo comparables con aquéllos, sino áun acaso mayor.

En Ragusa, no la oscura é ignorada ciudad de este nombre existente en Sicilia, sino en la gran ciudad de las rocas y los grandes bajeles mercantes, se presentó Ricardo sin muchos medios de hacer mal, por cuyo motivo la historia ó la tradicion hasta le atribuye en estas circunstancias ciertos sentimientos generosos. ¡Ojalá no tuviéramos que reprochar á Ricardo, corazon de Leon, con respecto á Mesina, más hechos criminales y vandálicos que la destruccion de alguna basílica! con esto sólo se contentó en la isla de La Croma, la destruccion de cuyo templo fué el hecho que le hiciera más tristemente célebre en las costas del Adriático.

Más, aunque el rey Ricardo era tal que por nada se peleaba hasta con su sombra, aunque al apoderarse de Mesina lo hizo con más presteza que canta maitines un cura (1), y aunque para su recreo y divertimiento levantó en la inmediaciones de la ciudad el castillo de *Mattegriffon*, que quiere decir *Para-Griffon* (2) ó *Para-Griegos*, donde solía invernar rodeado de grande explendor y boato; es lo cierto que la ciudad no

---

(1) Así lo dice el autor del ITINERARIUM REGIS RICARDI, II, 16 (volúmen I, pág. 163).

«¿Quid plura? Rex Ricardus uno impetu citius iure belli occupaverat Messanam quam quilibet presbyter cantasset matutinas.»

¿Se supone que el sacerdote iba al cumplimiento de su deber tan pronto como Roger, despues obispo de Salisbury y de Justiciar, en el dia famoso de su fortuna?

«Sacerdos petitione suscepta, ad incipiendam promptus et ad finiendum succintus in utroque militibus sic placuit, ut dicerent tam aptum militibus reperiri non posse capellanum... factusque illi et ejus militibus capellanus ad libitum, caecus praestabat caecis ducatum.» *Guil Neub* I, 6.

(2) Recuérdese que *Griffon* era el nombre que habitualmente daban los griegos á los cruzados y que ni en francés ni en latin puede contarse esta entre las voces elegantes. No es más que una corrupcion, bien rara por cierto, pero apénas puede clasificarse en lista alguna de palabras que no sean corrompidas. Los que hayan visitado á Palermo recordarán á *Monte Griffone*.

presenta en el dia más recuerdos de Ricardo que los que hemos visto presentar de Skytos ó de Himilcon.

Con la historia en la mano nos es fácil conocer que la lucha desgarradora sí, pero momentánea, entablada entre los reyes, ingles y francés que fueron á la Tercera Cruzada, no fué más que un ligero preludio de la obstinada y sangrienta mas tarde trabada contra los sicilianos por la casa de Suabia empeñada en dominarlos, no obstante la repugnacia con que era mirada especialmente en sus últimos monarcas

Los tiempos se suceden incesantemente unos á otros, y con ellos los sucesos, que no guardan entre sí relacion, ya son los unos contradictorios de los otros, ó ya se completan y explican. Así es de ver que la misma Mesina, que presenció un dia la vuelta de los cruzados anunciando no poder rescatar del poder de los turcos la Ciudad Santa de Jerusalen, si bien pudieron usurpar la isla de Chipre á los naturales que con justicia la poseían; esa misma Mesina llegó un dia en que vió á otros cruzados de retorno de una campaña, en la que habiendo quedado completamente destrozado el poder naval de los turcos, no pudo, sin embargo, arrancárseles á estos bárbaros la presa que hicieran en la isla de Chipre.

Mesina vió á la gente cristiana que triste y pensativa en lo porvenir, se embarcaba en la flota que en su puerto zarpaba con direccion á las aguas de Lepanto, y Mesina tuvo el indecible júbilo de ver á D. Juan de Austria entrar cargado con los despojos del paganismo vencido y para siempre humillado en la mar. La estátua del inmortal hermano de Felipe II se conserva todavía en la ciudad, aunque en lugar distinto del que primitivamente ocupára; en cambio la magnífica calle que en memoria del héroe insigne se titulaba *Strada d'Austria*, por una de esas locuras á que ya nos tienen las revoluciones acostumbrados, ha pasado á llamarse *Via Primo Settembre.*

Cosa rara y singular que no haya de poderse conmemorar un hecho histórico glorioso ó reputado por tal, sin que desaparezca necesariamente entre tanto la memoria consagrada á otro acontecimiento no ménos glorioso y digno de recuerdo. Al mudarse otras veces los nombres de las calles, existe el aparente pretexto de que el nombre antiguo es símbolo de tira-

nía y servidumbre; más en la presente, áun ese título faltaba, como no se diga que lo alcanzado por la victoria de Lepanto no fué libertad, sino servidumbre.

Aún peor es la suerte que ha cabido á la *Porta Imperiale*, arco levantado para conmemorar la entrada en Mesina del padre de D. Juan de Austria, Cárlos V, emperador y rey, pues miéntras *Strada d'Austria* sólo ha cambiado de nombre, la *Porta Imperiale* ha desaparecido por completo.

Aún más, debemos añadir que Mesina no perdió por completo el libre ejercicio nacido del comun bienestar, hasta que varias generaciones de reyes austriacos y españoles ciñeron la corona de aquel pais.

A la manera que vió entrar por su puerto con dos distintos caractéres las flotas de los cruzados, así tambien vió anclar en sus aguas con dos distintos caractéres á la escuadra francesa.

Entónces hizo retroceder la armada de Cárlos de Anjou hasta que vino en su ayuda el libertador de Aragon, y dió la bienvenida á los buques enviados por Luis el Grande, para que la librasen de su dominador español.

Empero para todo estado libre, el apoyo de un déspota es lo mismo que el prestado por una caña cascada.

Mesina, rica y grande en otros tiempos por su independencia local, pagaba ahora á gran precio el haber soñado con la expulsion de un tirano, valida en los auxilios de otro mayor.

Abandonada por los aliados franceses, olvidada, como comunmente son olvidados los pueblos que combaten por su independencia, en los centros europeos, Mesina perdió el lugar que ocupaba en la opinion pública, cayeron por tierra sus privilegios, y miéntras la antigua ciudad contaba 120.000 habitantes en la época á que nos referimos, sólo encontraríamos unos 15.000 llorando sobre sus pasadas glorias.

A desastres como éste, á guerras más recientes y ménos desgraciadas que las de nuestros dias, á contínuos terremotos y á asoladoras pestes debe atribuirse el que la actual Mesina, aunque llena de venerables recuerdos de la antigüedad, ofrezca en el dia la apariencia de una ciudad enteramente moderna.

Al presente, nos hallamos próximos á arribar á un nuevo punto de la isla, en el cual empezarémos á pensar ménos en

reyes y condes de la Edad Media, presentándosenos, por el contrario, toda la serie de tiranos y la inmensa mole de las riquezas acumuladas durante la dominacion helénica.

Pasemos, pues, del estrecho, al mar abierto, al mar que mira á Nellas, que en el primer punto de parada nos veremos ciertamente tentados á envolver en las nieblas del olvido, nombres que, aunque grandes en Palermo y aún en Mesina, se empequeñecen ante la historia helénica de Sicilia.

EDWARD A. FREEMAN.

EL SOCIALISMO

(FRAGMENTOS INÉDITOS.)

Las diferentes consideraciones que yo presento no tienden á demostrar que el régimen comunista de produccion no pueda llegar á ser en el porvenir la forma social que mejor se adaptase á las necesidades y á la condicion del género humano. Yo opino que esta cuestion no se ha resuelto ni se resolverá todavía en mucho tiempo. El ensayo que podrá hacerse de los principios comunistas en circunstancias favorables, y las mejoras que se efectuarán gradualmente en el funcionamiento del sistema actual, es decir, en el régimen de la propiedad privada, irán arrojando sobre esta cuestion una nueva luz. Lo único que puede darse por cierto es que, para lograr lo que se desea, necesita el comunismo una educacion intelectual y moral superior en todos los individuos de la sociedad: moral, para ponerlos en estado de desempeñar su mision, cumplida y valerosamente en el trabajo de la vida, sin más motivo que la parte que toman en el interes general de la asociacion y el sentimiento de su deber y de su simpatía hácia ella; intelectual, para que sean capaces de apreciar los intereses lejanos y puedan tener en cuenta ciertas complicadas consideraciones

que les permitan distinguir en esas clases de negocios un consejo bueno de otro malo. Yo no puedo admitir de ningun modo que la educacion y la cultura intelectual que vá envuelta en estas aptitudes, no puedan llegar á ser nunca patrimonio de cada uno de los individuos de la nacion; pero estoy persuadido de que esta transformacion es muy difícil, y de que el estado actual solo irá cediendo terreno al estado nuevo con una extraordinaria lentitud. Yo admito que en los puntos de la educacion moral de que depende el éxito del comunismo, el estado actual de la sociedad es desmoralizador, y que únicamente una asociacion comunista, puede preparar convenientemente á los hombres para el comunismo. Al comunismo toca por lo tanto demostrar con un ensayo práctico que es capaz de dar esta educacion. Unicamente los ensayos prácticos pueden demostrar si existe ya, en una parte de la poblacion, un nivel bastante elevado de cultura moral, para hacer triunfar el comunismo y para dar á la nueva generacion, la educacion necesaria, para conservar ese elevado nivel de un modo durable. Si las asociaciones comunistas, demuestran que pueden ser durables y prósperas, ellas se multiplicarán y serán adoptadas sucesivamente por algunas fracciones de los países más adelantados, á medida que estas fracciones se hallen moralmente preparadas para sufrir este cambio de existencia. Pero, si se intentara obligar á varias poblaciones no preparadas y á vivir bajo el régimen comunista, áun en el supuesto de que una resolucion política autorizase semejante ensayo, no se lograría sino un grandísimo desengaño.

Si el ensayo práctico es necesario para poder juzgar el comunismo, no lo es menos, para juzgar los demás sistemas sociales que descubran las dificultadas del comunismo é inventan diferentes medios para llegar á vencerlas. El principal de estos sistemas, es el de Fourier. No considerándolo sino como un producto de la inteligencia, merece la atencion de todas cuantas personas estudian la sociedad ó el espíritu humano. Apénas hay objecion ó dificultad que Fourier no haya previsto, y á la cual no haya opuesto medidas preventivas por medio de invenciones cuya aplicacion sería el resultado de la autonomía del individuo, pero que se inspiran en un princi-

pio de justicia distributiva ménos elevado que el del comunismo, puesto que el sistema de Fourier admite la desigualdad de la distribucion y la propiedad individual del capital, sin aceptar que pueda disponerse arbitrariamente de ambas cosas. El gran problema que principalmente estudia Fourier, es el de hacer que el trabajo sea atractivo. Si este problema pudiera resolverse, quedaba ya vencida la principal dificultad del socialismo. Fourier sostiene que ninguna clase de trabajo útil es repugnante para todo el mundo á ménos que sea excesivo ó no, tenga el estímulo de la compañía y el de la emulacion, ó sea considerado con desprecio por los hombres. Los trabajadores en una ciudad fourieristas se clasifican expontaneamente en grupos; cada grupo emprende una clase de obra diferente, y cada individuo puede pertenecer, no solamente á un grupo, sino á todos los grupos que quiera. Se establece al principio cierto mínimum para la subsistencia de todos los individuos de la sociedad, sean ó no capaces de trabajar; se distribuye el resto del producto entre los diferentes grupos, de tal modo que haga atractiva á cada individuo la cantidad de trabajo pedida, y nada más: si hay demasiada gente en ciertos grupos, es señal de que estos grupos se hallan demasiado bien remunerados con relacion á los demas; si hay otros faltos de personal, es preciso aumentarles la remuneracion. La parte del producto asignada á cada grupo se divide en proporcion fija entre tres elementos, el trabajo, el capital y el talento. La parte del talento se adjudica por el sufrafio del mismo grupo, y se cree que entre las variedades de las aptitudes de los hombres, todos, ó casi todos, tendrán lo necesario para sobresalir en uno ú otro grupo. Es preciso que la remuneracioh del capital sea de tal índole que baste á estimular la economía sobre el consumo individual, con objeto de aumentar el fondo comun hasta el punto que se desee. El número y la ingeniosidad de las disposiciones destinadas á hacer frente á las dificultades de ménos importancia y á suprimir los inconvenientes secundarios, son muy notables. Gracias á estos diferentes artificios, los fourieristas creen que los motivos personales que inducen á obrar en beneficio del interes público, en vez de hallarse reprimidos, serían mucho más fuertes que ahora, puesto

que todo aumento de servicio prestado significaría un aumento de remuneracion mucho más seguro que hoy, en que los accidentes de la posicion ejercen una grandísima influencia. La eficacia del trabajo aumentaría, segun ellos, de un modo desconocido hasta hoy, y la economía se acrecentaría prodigiosamente, puesto que se emplearía en útiles ocupaciones todo lo que hoy se derrocha en cosas sin utilidad ó perjudiciales, y se prescindiría del inmenso número de distribuidores supérfluos, haciendo dirigir por una sola administracion la compra y la venta para la comunidad entera. La libertad de eleccion de los individuos en atencion á su manera de vivir no tendría más trabas de las necesarias para obtener de la cooperacion en el ejercicio de la industria todas sus ventajas. En fin, el cuadro de una sociedad fourierista es verdaderamente atractivo y exige ménos sacrificios á los hombres que ninguno de los demas sistemas sociales que se conocen. Hay motivos para desear que este sistema llegue á ensayarse legalmente, y este ensayo será la piedra de toque que permita juzgar si es posible llevar á la práctica un nuevo sistema de vida social (1).

El resultado del exámen que acabamos de hacer de las diferentes dificultades del socialismo, nos obliga á deducir que los diferentes sistemas que confían la gestion de los recursos del país á la accion pública, en vez de dejarla á la accion privada tienen derecho á verificar un ensayo, y algunos de ellos pueden reclamar la preferencia sobre el órden de cosas existentes. Sin embargo, ellos no podrían ahora llevar á la práctica sus teorías con los mejores elementos de la humanidad, y de-

(1) Los principios del fourierismo se hallan claramente expuestos y vigorosamente defendidos en los diferentes escritos de Víctor Considerant, y sobre todo en el que lleva por título *La destinée sociale*; pero los lectores aficionados á los estudios sociales deben buscarlos en las mismas obras de Fourier. En ellas hallarán incontestables pruebas de genio, unidas á las ideas más extravagantes y más anticientíficas que pueden darse sobre el mundo material, así como algunas consideraciones sumamente interesantes, si bien poco meditadas, acerca de la historia del pasado y del porvenir de la humanidad. Conviene añadir que en algunas importantísimas cuestiones sociales, el matrimonio, por ejemplo, Fourier tenía varias opiniones particulares, que son, segun él mismo declara, independientes de los principios de su sistema industrial.

ben demostrar, por lo tanto, que con la educacion son capaces de conducir las masas al estado de mejora que desde luégo suponen. Con mayor razon podemos hablar así del más ambicioso de todos los sistemas: el que pretende tomar posesion de la totalidad del suelo y del capital del país y ponerse á administrarle desde luégo por cuenta del público. Sin hablar de la injusticia que con esto sufrirían los actuales poseedores, la sola idea de confiar la direccion de la industria total de un país á una agencia central única, parece tan quimérica, que nadie se atreve á indicar la manera de ponerla en práctica. Si los socialistas revolucionarios lograsen su deseo y tuviesen en su poder toda la propiedad del país, es casi indudable que no hallarían otro medio practicable de utilizarla que el de dividirla en varias partes, para que cada una de ellas fuese confiada á la administracion de una pequeña comunidad socialista. Dejaríase á un lado el problema de la gerencia, que hemos hallado tan difícil áun tratándose de una poblacion escojida y perfectamente preparada de antemano, y se daría el encargo de resolverlo lo mejor posible á varios agregados unidos por localidad, ó tomados indistintamente en la poblacion, sin excluir á los malhechores, ociosos, gentes plagadas de vicios é incapaces de esforzar contínuamente el pensamiento ó de ejercer algun imperio sobre sí mismas, y en fin, á una mayoría que sin ser tan degradada se halla todavía, segun opinan los mismos socialistas, falta de las condiciones más esenciales para el buen éxito del socialismo y profundamente desmoralizada por el actual estado de la sociedad. Estaríamos muy léjos de la verdad diciendo que si el socialismo apareciese en escena en estas condiciones, sólo lograría un desastroso fracaso, y que sus apóstoles no tendrían más consuelo que el de pensar que el órden actual de la sociedad hubiera perecido ántes, y que las gentes que se aprovechan de esta circunstancia hubieran sido envueltas en la ruina comun; verdadero consuelo sin duda para algunos socialistas, porque, á juzgar por las apariencias, el principio que inspira á un crecido número de socialistas revolucionarios es el ódio, ódio muy excusable á los males presentes y que se daría por satisfecho acabando á toda costa con el sistema actual, áun cuando

hubiese que sacrificar al mismo tiempo á los que son víctimas de él, con la esperanza de que naciera del cáos ese mundo mejor que no pueden resignarse á esperar de un progreso más lento. Ellos ignoran que el cáos es el punto de partida más desfavorable para la construccion de un mundo, y que despues del cáos deben venir siglos de lucha, de violencia y de opresion tiránica del fuerte para con el débil. Ellos no comprenden que vuelven nuevamente al género humano al estado de naturaleza descrito por Hobbes (*Léviathan*, p. I., cap. XIII) en que cada hombre es enemigo de todos los demas.

«En estas condiciones, dice Hobbes, no hay puesto alguno para la industria, porque nunca hay seguridad de llegar á recoger sus frutos; por consiguiente, no hay agricultura, ni navegacion, ni uso de los productos que pueden importarse por mar, ni edificios cómodos, ni instrumentos para mover y variar de sitio las cosas que exigen el empleo de una considerable cantidad de fuerza, ni conocimiento de lo que ocurre en la tierra, ni nocion del tiempo, ni artes, ni letras, ni sociedad, pero en cambio, y esto es lo peor, existe un incesante temor y el peligro de una muerte violenta; para el hombre, una existencia solitaria, pobre, horrible, bestial y breve.»

Si los individuos más pobres y más desdichados de una sociedad que se tiene por civilizada se hallan en una condicion tan mala como la que todos arrostrarían en la peor forma de barbarie en que la disolucion de la vida civilizada sumergiría á la sociedad, no se deduce de esto que el medio de elevarlos sobre su condicion actual consista en reducir á todos los demas al mismo miserable estado. Al contrario, á los primeros que se han elevado sobre ese estado, es á los que otros muchos deben el haber escapado á la suerte general, y no puede esperarse lograr en lo futuro la elevacion de los demas hombres, sino dando mejor organizacion á los mismos procedimientos.

LA IDEA DE LA PROPIEDAD PRIVADA NO SE HA FIJADO AÚN, Y ES VARIABLE.

Las anteriores consideraciones bastan para demostrar que la completa renovacion del edificio social, tal como los socialistas la consideran, que construyese la constitucion económica de la sociedad sobre una base enteramente nueva que no fuese la propiedad privada y la competencia, tenga como ideal el mérito que se quiera, y áun á título de profecía de lo que podrá suceder en definitiva, no significa nada como recurso contra los males del presente. En efecto, ese nuevo régimen exige á los que hayan de emprender la tarea de hacer andar el nuevo órden de cosas, ciertas cualidades morales é intelectuales que deberían poseer todos, y que sería necesario crear en la mayor parte de ellos, lo cual no podría lograrse por medio de una ley votada por el Parlamento, y que aún en la suposicion más favorable, sólo puede ser la obra lenta del tiempo. El principio de la propiedad individual continuará siendo dueño del terreno; y aún cuando en un país cualquiera lograse un movimiento popular poner á los socialistas al frente de un gobierno revolucionario, por muchos atentados que estos cometiesen contra la propiedad, no podrían acabar con la institucion; ellos la aceptarían, ó ella reaparecería restaurada á consecuencia de su misma caida. Hay una excelente razon para creerlo así; el pueblo no dejaría perecer la única cosa con que puede contar aún para encontrar en ella subsistencia y seguridad, miéntras no viese funcionar ordenadamente la institucion que hubiera de reemplazarrla. En todo caso, áun los mismos que se hubiesen repartido entre sí, el fondo que ántes era propiedad de otros, querrían guardar lo que acababan de adquirir, y dar nuevamente á la propiedad, en manos de nuevos detentadores, el sagrado prestigio que no querían reconocer cuando la misma propiedad se hallaba en manos de los antiguos.

Pero si por estas razones cuenta aún la propiedad, segun toda apariencia, con un largo porvenir, nada nos obliga á creer que no deba sufrir durante todo este tiempo ninguna

modificacion, ni que todos los derechos en que se halla fundada la propiedad la pertenezcan, de modo que no puedan serle arrebatados y tengan que durar tanto como ella. Al contrario, el deber y el interes de los que más directamente se aprovechan de las leyes de la propiedad les obliga á estudiar de un modo imparcial todas las proposiciones de cambio que tiendan á hacer estas leyes ménos onerosas para la mayoría. Esto sería en todo caso una obligacion impuesta por la justicia, y es un consejo que da la prudencia, si es que se trata de colocarse en el terreno de la razon para resistir á las tentativas que no dejarían de hacerse frecuentemente con objeto de poner en práctica demasiado pronto los sistemas socialistas.

Uno de los errores que se hallan más frecuentemente, que dan orígen á los mayores errores prácticos en los negocios humanos, consiste en suponer que el mismo nombre representa siempre el mismo grupo de ideas. Ninguna palabra ha sido objeto de este género de equivocaciones con tanta frecuencia como la de la propiedad. Esta palabra significa en todo estado de sociedad varios derechos de uso ó de imperio exclusivo sobre diferentes cosas, y algunas veces, por desgracia, sobre personas que la ley concede ó que la costumbre reconoce en ese estado de sociedad. Pero estos derechos de uso y de imperio exclusivo, son muy distintos, y difieren mucho segun los países y los estados de sociedad.

En las sociedades primitivas, por ejemplo, el derecho de propiedad no comprendía el derecho de testar. La facultad de disponer de la propiedad por medio del testamento, es en muchos países de Europa una institucion reciente, y mucho tiempo despues de haber sido introducida, quedó limitada en favor de las personas designadas bajo el nombre de herederos naturales. Cuando no es permitido testar, la propiedad individual no constituye sino un interes vitalicio. En realidad, y segun lo ha demostrado Sir Henry Maine en una obra sumamente instructiva, *La Antigua Ley*, la idea primitiva de la propiedad, era que perteneciese á la familia, no al individuo. El jefe de la familia era quien la administraba y ejercía realmente los derechos de propietario. En este punto, como en otros muchos, él gobernaba la familia con una autoridad casi

despótica. Pero no le era lícito ejercer su poder de modo que pudiera despojar á los copropietarios de las otras porciones; él no podía disponer de la propiedad de modo que les privase del goce colectivo ni de la sucesion. En virtud de las leyes y de las costumbres de ciertas naciones, la propiedad no podía ser enajenada sin el consentimiento de los hijos varones. En otras partes, el hijo podía pedir en nombre de la ley una parte de la propiedad, y hacer que se le entregase su parte, segun se ve en el relato del hijo pródigo. Si la asociacion continuaba despues de la muerte del jefe, otro individuo de la familia, no siempre el hijo, sino frecuentemente el individuo de más edad, el más fuerte ó el que los demas querían designar, recibía la gerencia y los derechos del gerente, y todos los demas individuos conservaban sus derechos lo mismo que ántes. Si la asociacion se disolvía para formar varias familias, cada una de ellas llevaba para sí una parte de la propiedad. Digo propiedad, y no herencia, porque había verdadera continuacion de los derechos existentes, y no creacion de nuevos derechos; lo único que pasaba á aumentar la propiedad de la asociacion, era la parte del gerente.

Debemos añadir que por lo que hace á los derechos de propiedad sobre los inmuebles (principal especie de propiedad en una época de barbarie), dichos derechos diferían mucho en extension y duracion. Segun la ley judía, la propiedad de inmuebles era una concesion temporal. A la vuelta del año sabático, entraba otra vez en el fondo comun para ser nuevamente distribuida; pero debe sernos lícito creer que en los tiempos históricos de la nacion judáica se conseguía muchas veces eludir el cumplimiento de esta regla. En muchos países del Asia, ántes de la introduccion de las ideas europeas, no existía nada á que poder aplicar rigurosamente la palabra propiedad territorial, tal como nosotros la entendemos. La propiedad se hallaba fraccionada en distintas porciones, cuyos derechos estaban determinados por la costumbre, mas bien que por la ley. El gobierno era en cierto modo propietario, toda vez que se hallaba autorizado para sacar de los fondos una renta demasiado exorbitante. Las antiguas ideas y las antiguas leyes limitaban la parte del gobierno á una parte deter-

minada del producto bruto; pero, en la práctica, esta parte no tenía un límite fijo. El gobierno podía transferirla á un individuo, y éste se hallaba en su consecuencia investido del derecho de percibir los impuestos y otros derechos del Estado, pero no los derechos de los particulares referentes al suelo. Los cultivadores actuales ó los que habían cultivado durante mucho tiempo el mismo suelo, tenían derecho á conservar la posesion del mismo; no era lícito arrojarlos de aquellas tierras miéntras continuàsen pagando la renta correspondiente, y esta renta no se hallaba casi nunca fijada por un acuerdo, sino por la costumbre local: entre los cultivadores y el Estado, ó el sustituto á quien el Estado había transferido sus derechos, existían varios intermediarios que tenían derechos más ó ménos considerables. Figuraban en este número los oficiales del gobierno que percibían la parte del Estado sobre el producto de distritos algunas veces muy extensos. Tenían la obligacion de entregar al gobierno todo el producto de sus cobranzas, despues de deducir un tanto por ciento, y á estos cargos se obtenía casi siempre por derecho de herencia. Había tambien comunidades de pueblos formados de supuestos descendientes de sus primeros habitantes, que se repartían entre sí la tierra ó sus productos en virtud de ciertas reglas establecidas por la costumbre, ya fuera cultivándola ellos mismos ó bien valiéndose con este objeto de otros individuos. Los derechos de estos individuos de comunidades de pueblos se asemejaban más á los de un propietario territorial, tal como se entiende en Inglaterra, que á los de ninguna otra parte interesada. Sólo que el derecho de propiedad del pueblo no era individual, sino colectivo; era inalienable y se hallaba reglamentado por leyes fijas (los derechos de los miembros individuales no podían ser vendidos ó hipotecados sino con el consentimiento de la comunidad). En Europa, en la Edad Media, casi toda la tierra se obtenía por gracia del soberano en pago de servicios militares ó agrícolas. Aun hoy, en Inglaterra, en donde los servicios así como los derechos reservados del soberano han caido en desuso hace ya largo tiempo ó han sido reemplazados por varios impuestos, la teoría de la ley no reconoce á nadie un derecho absoluto de propiedad sobre la tierra. El individuo

más caracterizado como propietario á los ojos de la ley, el *freeholder*, sólo es un *enfitéuta* de la corona. En Rusia, hasta cuando los cultivadores del suelo eran siervos del propietario territorial, los derechos de propiedad de éste último sobre la tierra se hallaban limitados por los derechos de los siervos que estos poseían como cuerpo colectivo que dirigía sus propios negocios, y el propietario no podía intervenir en ellos. En la mayor parte de los parajes de la europa continental, cuando quedó abolida la servidumbre ó cayó en desuso, los que habían cultivado la tierra en calidad de siervos quedaron en posesion de ciertos derechos al mismo tiempo que sometidos al cumplimiento de ciertas obligaciones. Las grandes reformas territoriales de Stein y de sus sucesores en Prusia consistieron en abolir los derechos y obligaciones antiguas, repartiendo efectivamente el suelo entre los propietarios y los labriegos, en vez de dejar á los unos y á los otros derechos recíprocamente limitados sobre ia totalidad de un mismo fondo. En otras partes, como en Toscana, el colono es actualmente copropietario con el propietario territorial, toda vez que la costumbre, ya que no la ley, le garantiza una posesion permanente y la mitad del producto bruto, miéntras cumple las condiciones de su arriendo en los términos fijados por la costumbre.

Es más; si los derechos de propiedad sobre las mismas cosas son más ó ménos extensos segun los países, tambien se sc ejercen de un modo diferente sobre diferentes cosas. En todos países, en los primeros tiempos, el derecho de propiedad se extendía, y en algunos de ellos se extiende áun sobre séres humanos. Muchas veces ha existido una propiedad de empleos públicos, tales como los cargos de la judicatura y otra porcion de ellos en Francia ántes de la Revolucion. Aun hay un pequeño número de cargos privilegiados en la Gran Bretaña, pero que terminarán en virtud de una ley, á la muerte de los individuos que hoy los disfrutan. Aun no hace muchos tiempo que quedó abolida la propiedad en las filas del ejército. Varias corporaciones constituidas y dotadas para el servicio público pretenden ejercer áun sobre sus dominios el derecho inviolable de propiedad que los particulares tienen sobre los

suyos. Es verdad que una política bien entendida se niega á reconocerles ese derecho, pero ellas tienen áun la ley en su favor.

Vemos, pues, que el derecho de propiedad recibe diferentes interpretaciones, y que no siempre ha tenido en todas partes la misma extension. La idea que de él se tiene es variable: esta idea ha sido revisada infinidad de veces y puede serlo más todavía. Es preciso observar tambien que las revisiones efectuadas hasta hoy en los adelantos de la sociedad han producido siempre importantes mejoras. Si alguien nos dice, con razon ó sin ella, que un cambio ó una modificacion en el poder ejercido sobre las cosas por las personas legalmente reconocidas como propietarios sería beneficiosa para el público y contribuiría al progreso general, el limitarse á manifestar que el cambio propuesto se halla en contradiccion con el derecho de propiedad dista mucho de ser una respuesta suficiente. La idea de propiedad no es una cosa que ha continuado de un modo idéntico durante todo el curso de la historia y que no es susceptible de sufrir algun cambio; esta idea es variable como lo son todas las demas creaciones del espíritu humano. En una época dada, es una breve expresion que denota los derechos que la ley ó la costumbre de cierta sociedad dada, perteneciente á dicha época, confiere sobre las cosas. Pero tratándose de este particular ó de otro cualquiera, ni la ley ni la costumbre de una época y de un país dados, deben permanecer eternamente esteriotipadas. Una proposicion que tienda á reformar ciertas leyes ó ciertas costumbres, no debe ser condenada porque su adopcion suponga que en vez de subordinar todas las relaciones humanas á la idea que se tiene de la propiedad en aquel mismo momento, pueda hacer que las ideas existentes sobre la propiedad se sujeten á las necesidades del desarrollo y de la mejora de esas mismas relaciones. No decimos esto en perjuicio del derecho que la equidad reconoce á los propietarios de recibir una indemnizacion del Estado por los derechos legales de propiedad de que llegaran á ser desposeidos en beneficio del público. Este derecho de equidad, sus fundamentos y sus límites, constituyen por sí solos una cuestion que más tarde discutiremos. Sin embargo,

llena ya esta condicion, la sociedad está en su pleno derecho al revocar ó modificar un derecho particular de propiedad, que por razones suficientes considera como un obstáculo al bien público. En fin, es indudable que la terrible y justa acusacion que, segun hemos visto en uno de los anteriores capítulos, dirigen los socialistas contra el estado actual de la sociedad, exige que se estudien detenida y escrupulosamente todos los medios que puedan dar á la institucion de la propiedad una probabilidad de colocarse en estado de funcionar de un modo más provechoso para esa gran parte de la sociedad, que, en la época actual, goza únicamente de la parte más insignificante de los beneficios directos de la institucion.

JOHN STUART MILL.

ANALISIS Y ENSAYOS.

III.

COSTUMBRES PIRENÁICAS.

PASTORELAS VASCAS.

DESPUES de quince años de intervalo hemos, por fin, tenido la fortuna de presenciar otra vez algunas pastorelas vascas. Estos dramas, con grandísimos elementos de ópera, no son en el dia representados más que en el distrito de La Soule, en uno de cuyos pueblos hemos podido observar las variantes que se han introducido en el modo con que, segun la tradicion, debian representarse, y en el aparato con que, segun la misma, debia á las pastorelas asistirse.

En sólo dos ó tres puntos se ha separado de la tradicion la costumbre actual. El tono y gesticulacion con que se declaman los versos no ha variado; no han variado tampoco los colores convencionales; los buenos se visten de azul, y los caractéres antipáticos y depravados de escarlata; del dintel de la puerta por donde todos los actores salen y entran pende todavia el famoso y diminuto muñeco á quien los turcos y demonios que hacen gran papel en las pastorelas adoran con extraño respeto.

Si los buenos se presentan en escena ha de ser con aquella

dignidad, mansedumbre y reposo que exige la tradicion; en cambio al salir los malos han de hacer gala de toda la estampa y furia de que sus antepasados se revistieron al representar idénticos papeles. Cuando los demonios salen á bailar el baile salvaje aparecen tarareando, accionando y contoneándose, no de otra suerte que antiguamente se hacía.

Los combates se traban hoy dia con no menor encarnizamiento que en otros tiempos: hay choque de espadas que resuenan, sonido de palos que se encuentran y solemnísimos puntapiés. Dos demonios llevan las dos antiguas varas delgadas en cada una de las pastorelas, varas que no se sabe con qué objeto salen á relucir, dado que se ha olvidado por completo su principal objeto que es servir de instrumento para los agoreros y magos. En Garindein se presentan los guerreros llevando, en vez de nuestros actuales pantalones, los antiguos y tiesos calzones de esterado, cuyo color casi encarnado forma singular contraste con las blanquísimas medias con que cubren las piernas.

Hasta hace muy poco tiempo la orquesta de las Pastorelas se componía únicamente de violin y del célebre *tamboril*, voz consagrada á designar una guitarra de seis cuerdas que suele tocarse con la mano izquierda mediante una pua, en tanto que la derecha lleva una flauta tocada por la misma persona (1): en el dia se ha aumentado la parte instrumental con el clarinete, el cornetin y los tambores. Si hiciéramos caso omiso del distinto papel que entre los vascos representan los demonios, y el que entre los griegos desempeñaban los coros, creeríamos firmísimamente que éstos han tenido á aquéllos por legítimos sucesores.

Hemos dicho que las pastorelas vascas del dia ofrecen algunas diferencias con las antiguas. La principal variacion consiste en el lenguaje. A la amabilidad de un amigo debimos poder tener en nuestras manos por dos ó tres dias, no sólo el manuscrito original de la pastorela que tuvimos ocasion de presenciar, pero aún la fuente de donde se sacó el argumento de otra.

---

(1) El tamborilero vasco-español sustituye la guitarra con el tambor.

Con gran sorpresa nuestra, supimos que las pastorelas no sólo se editaban por segunda y tercera vez, cosa que nada tiene de particular, sino que actualmente se retocan y áun componen para cada ocasion que se presenta. El manuscrito que nos fué proporcionado y que versaba sobre el cuento titulado: *Quatre fils Aymon*, llevaba al pié de la primera página: «Ce cahier appartient á S. P. Irigarez Laguinge, ce 15 Juin, 1875.»—En la página siguiente describe el autor cuál fué la norma que siguió al trazar su pastorela: «Nous l'avons composé d'après les Fils Aymon, très nobles, très hardis et très vaillants chevaliers, nouvelle édition, ornée de huit gravures. A Epinal, chez Pellerin, imprimeur-libraire.»

El libro á que el autor en el citado texto se refiere, es un volúmen en 4.° de 96 páginas á dos columnas, con la figura de un buhonero en la portada, y alguna que otra señal de lo reciente del libro.

El autor del manuscrito confiesa que, cuando en un pueblo se decide por voto comun la celebracion de una pastorela, el maestro de escuela del pueblo, ó el estudiante que se brinda á componerla, manda á Paris por una de las novelas ó por uno de los dramas que más fama han logrado por aquellos dias, sobre cuyo argumento componen en vasco un drama, que es el que despues se representa.

Sea el que sea el argumento del drama, siempre se le tiene que poner una introduccion muy parecida, por cierto, á las loas que antecedían á los Autos Sacramentales Españoles del siglo XVII, introduccion en la que por precision han de salir á relucir un rey de los turcos y un coro de demonios, personajes todos de que nada se dice en el original frances, pero que más tarde desempeñan papeles importantísimos.

El otro manuscrito, que hemos dicho nos proporcionaron, titúlase *Ste-Hèléne*, y es una pastorela femenil, esto es, en la que entran mujeres y niñas, así como en las otras sólo toman parte los hombres y los niños. La heroina de esta segunda pastorela no tiene absolutamente nada que ver con la madre de Constantino el Grande, ni su argumento versa sobre la invencion de la Cruz. Pudiera darse á la composicion el nombre de *olla podrida*, en la que se han hecho tomar parte á

todas las leyendas vulgares de la mitología aryana, aunque con fin muy diverso.

El único mérito de una pastorela consiste en la total carencia de falta de vergüenza, en la grave é ingénua admiracion de los actores hácia el papel que representa, y en la inmensa simpatía que todos excitan en el auditorio que los escucha. El número de versos de cada uno de estos dramas, asciende unas veces á 3.500, y otras á 5.000, para cuya declamacion se requieren de seis á ocho horas.

El lenguaje de las pastorelas va cada dia corrompiéndose más y más. Aún el número de sílabas de cada verso parece tenerse ya en poco. Citemos sólo algunos ejemplos. Los doce pares del Aymon, son llamados «doce payrac,» en vez de «*amar-bi*;» hoy dia se dice «erregue *brutal* hura,» que quiere decir «este rey brutal,» en vez de «erregue *izigarri* hura,» como dirían los amantes del vasco puro.

A pesar de todos los defectos enumerados, somos de parecer, que no sólo para explicacion del drama en la Edad Media. más aún del drama clásico, hallará en la pastorela vasca datos magníficos el literato ó anticuario que en debido tiempo visitase los pueblos en que las pastorelas tienen lugar.

NOTA. Despues de escrito lo que antecede, nos han proporcionado el poder siquiera hojear unos veinticinco manuscritos de pastorelas, entre las que se cuentan tres de Santa Elena. En la más antigua de todas se da á la Santa el nombre de Santa Elena, y del contexto se saca que el personaje en cuestion tiene más puntos de contacto con la Elena de la Tabla Redonda, que con la Elena del Martirologio.

Algunos de estos manuscritos, y son los más antiguos, datan del año 1827. Entre los otros se contienen los siguientes notables: uno que abraza ciertos cuentos ya concluidos, lleva por inscripcion: «Assignats,» dos que á nuestro parecer hará como veinticinco años que se compusieron, y uno, por último, que decididamente pertenece al siglo pasado. Muchos otros fragmentos nos quedaron por analizar por falta material de tiempo; de algunos sólo sabemos positivamente que son de época anterior al siglo XVIII.

Tardets, Junio 22, 1879.

WENTWORTH WEBSTER.

IV.

LIBROS DE ARTE.

Antiguos y modernos objetos de joyería y platería contenidos en el Museo SOUTH KENSINGTON *de Lóndres.* Descripcion dada por John Hungerford Pollen, con una introduccion.

El autor, al comenzar su trabajo, hace la siguiente advertencia:

«Todo lo que en las páginas siguientes pretendemos decir, tiene sólo por fin dirigir la atencion de los lectores hácia algunos de los ejemplos por nosotros citados, y hácia los excelentes tratados que se han escrito para ilustrar la historia de la joyería, arte al que fueron siempre afectísimos, y al que dedicaron sus ratos de ócio todos los mejores escultores, desde Fidias hasta nuestros dias. Tratamos de joyería en la introduccion, por no sernos posible hacerlo en el cuerpo de la obra.»

Si no hubiera M. Pollen pretendido más que lo anunciado en las anteriores palabras, la introduccion hubiera sido inútil casi por completo. Se hallan los ejemplares descritos con tal profusion en el catálago, que una insignificante referencia á las muestras más importantes seguida de una lista comprensiva de los mejores tratados escritos sobre el particular, hubiera llenado el modesto propósito del autor. Pero M. Pollen ha demostrado más deseo de exponer sus conocimientos que de anunciarnos la fe que sus propias ideas le merecen.

El informe de M. Pollen comienza por una disertacion sobre el metal *oro*, su valor como medio de cambio, su uso como metáfora, el modo con que está distribuido en el globo, y la historia de su produccion desde los tiempos de Salomon hasta los nuestros. La plata le merece idénticas consideraciones.

Pasa luego el autor á ocuparse con gran detenimiento del «oro y joyería de los antiguos,» con cuyo objeto habla de los

tan conocidos vasos sagrados que fueron colocados por los hebreos en el Tabernáculo, al cual dedica nuestro autor algunas páginas, á pesar de que al presente el Museo de South Kensington no posee ejemplar alguno de tan notable monumento.

De estos detalles pasamos, dejando á un lado el mueblaje de Salomon y su incalculable valor, á la descripcion de los objetos modernos usados por los judíos, tanto para el culto religioso, como para arras al celebrar los esponsales, lo cual escombra naturalmente el camino al autor para decir, siquiera sea de paso, alguna que otra frase sobre el uso de los metales amalgamados de que echaban mano los asirios en la decoracion de su habitacion y en el dorado de los muros de Ecbatana.

Es tanto el material aglomerado por M. Pollen, tanta su erudicion y tan vastos sus conocimientos al intentar llamar nuestra atencion sobre algunos ejemplares de estos venerables restos de la antigüedad, que, al vernos privados del espacio necesario para concretar lo que con tanta abundancia y variedad nos presenta en su excelente trabajo, no podemos ménos de sentir un profundo pesar.

En efecto, en el cerebro de muchos hombres germinan á cada paso tantas ideas que difícilmente pueden llegarse á realizar; pero, segun todas apariencias, á M. Pollen es absolutamente imposible dejar de poner en práctica y llevar á feliz término cuanto su gran talento le inspira.

A pesar de todo nos atrevemos á recomendarle con todas las veras de nuestra alma, y con la mejor intencion que nos es posible, reduzca en su próximo trabajo la idea que intenta desarrollar á límites rigurosamente demarcados, porque de lo contrario, muy de temer es que, al fin de la jornada, cuando solamente haya intentado escribir una simple biografía vea delante de sus ojos inconscientemente levantada la inmensa serie de volúmenes que contienen los anales de la historia de todo el mundo.

No se crea por esto que lamentamos ver que el edificio que acaba de erigir en su último ensayo ocupe área más extendida que la que debiera serle propia; porque sabido es que semejantes introducciones, tales cuales deben de nuevo ver la luz

públtca para la instruccion del público, á semejanza del ensayo de Mr. Nesbitt sobre «El cristal,» deberían contener las noticias suficientes sobre la historia del asunto en cuestion, á fin de habilitar al lector para interesarse siempre que en South Kensigton ó en los museos de otra cualquiera manufactura se le presentasen ejemplos análogos á los descritos en la obra que analizamos.

Pero la falta capital del libro de M. Pollen no es, digámoslo con nuestra habitual llaneza, el no contener suficientes rasgos de erudicion, sino el que ésta no pertenezca, por lo comun, al género que precisamente se necesita, notándose además poco arreglo en el órden y disposicion de los materiales de que dispone, así como gran ambigüedad é impropiedad de lenguaje al hacernos las necesarias descripciones.

Nadie duda, ni dudar puede, que en este trabajo es de gran interés hacer breve relacion de los métodos usados por los artistas que en Grecia se dedicaban á labrar el oro; pero cuando se nos dice: «Que si bien no trabajaban á martillo estatuas ó grandes vasijas esmaltadas con artísticas figuras, segun lo hicieron los escultores que les sucedieron, faltaron en los tiempos sucesivos los métodos que asimismo habían sido desconocidos á los antiguos,» y tres líneas más abajo se añade que: «El uso del buril con que en el siglo VI y V ántes de nuestra era, ejecutaron los artistas obras de extremada delicadeza, fué asimismo desconocido para ellos;» confesamos ingenuamente vernos precisados á buscar en otra parte cualquiera algun dato sustancial que venga á aclarar nuestros conocimientos sobre la materia.

Tambien creemos oportuno dejar asentado que la lista de la diversidad de vasos usados por los griegos para la bebida, es materia tan oscura para las personas ménos instruidas, que no hubiéramos creido fuera de lugar el hacer clara y cuidadosa descripcion de cada una de las especies á que la mencionada copia se refiere.—Y en efecto, ¿qué idea que no sea falsa y confusa podremos formarnos del *cyathus* y *oenochoe* de las siguientes palabras?—«El vino debió ser pasado de este vaso (*crater*) por medio de una copita llama κυάθοσ, *cyathus*, ó por medio de un οἰνοχοη, (*oenochoe*) ó especie de pipeta ó cucharon

cuyo mango se levantaba recto de las partes laterales de la taza, y no en ángulo recto segun acontece en las poncheras.

Segun género gramatical, la palabra que nos ocupa unas veces se refiere al mozo y otras á la moza destinada á servir á los parroquianos.

Existía además otro vaso llamado κυλιξ, (*cylix*) el cual no era más que una especie de salsera con dos asas, á traves de una de las cuales se introducía el dedo del bebedor de manera que la vasija llena pudiese balancearse sobre la mano, operacion nada fácil por cierto á los que aún podían considerarse como legos en la materia. Para transportar el vino en los *cyathus* y para volverlos á llenar la operacion no era tan difícil, puesto que los destinados al servicio y ya prácticos en él libraban de esta molestia á los consumidores.»

¿Puede un *oenochoe* describirse con propiedad diciendo que es una copa ó un cucharon cuya asa parte inmediatamente de los costados de la taza? ¿Qué quiere decir aquella frase «de conformidad con el género» por nuestro autor consagrada á los asistentes? Como quiera que hasta entónces no se haya hablado más que de *cyathus*, el género aludido parece ser el de este objeto. ¿Pues y qué diremos de aquellos cucharones que llenan el *cyathus*? ¿No se nos había dicho hacía poco que tanto el *cyathus* como el *oenochoe* se usaban como cucharones para sacar los líquidos del *crater?*

De todo lo expuesto, resulta que M. Pollen cae ocasionalmente en un lenguaje bastante confuso, lo cual da lugar á pasajes muy chistosos, como cuando refiere la historia de un regalo hecho por Eduardo II en la abadía de Westminster con motivo de su coronacion.

«El rey, dice el autor, hizo un regalo que consistía en una libra de oro, de tal modo dispuesto que representaba la persona de un rey en cuyos dedos se distinguían muchos anillos del mismo metal. Regaló tambien la imágen de un peregrino que pesaba ocho onzas de oro y que estaba en ademan de extender su brazo para tocar el anillo. Este grupo, continúa el mismo autor, representaba la leyenda de San Eduardo, el confensor recibiendo en Waltham Forest de manos de San Juan Bautista un zafiro engastado en un anillo. Este anillo se ha

usado en todas las coronaciones, y aún hoy dia, segun nos dicen, lo lleva con frecuencia S. M.» (1).

Sin embargo, nos vemos gustosamente forzados á confesar que no seríamos justos con M. Pollen sino le diésemos crédito y no admirásemos el ingenio por él demostrado al coleccionar tan gran número de documentos sobre las obras de oro y pláta; pero con la misma franqueza añadiremos que un poco más de órden, algun que otro juicioso compendio y ciertos detalles prácticos sobre el modo de trabajar los metales, hubieran conseguido hacer la obra más amena y más útil.

En nada se muestra lerdo M. Pollen y en algunas ocasiones es tan elocuente como puede observarse en el trozo siguiente:

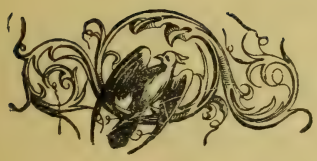
«¿Cuántas veces ese oro de los tiempos antiguos, contínuamente usado y por consiguiente gastado habrá ido de nuevo al crisol para mezclarse con nuevas pepitas del mismo metal?—El oro, cambiado por los patriarcas, adorado en los ídolos, puesto de relieve en las estátuas, en los vasos y en las armas, el oro que cubrió el santuario de Jerusalem, el que fué llevado en los carros de triunfo, el que sirvió para pagar las mayores obcenidades, el que formó los relicarios y cruces de la inmensa turba de peregrinos, ¿dónde está? ¿Acaso alguna parte de él estampado con los bustos de reinas y reyes, de emperadores y emperatrices, no va pasando aún hoy dia por nuestras manos? Mezclóse quizas con los metales de un millar de minas, fué hendido y hecho pedazos, circuló por las naciones, fué aumentado y disminuido en toda la haz de la tierra, figuró en horribles escenas para satisfacer á la antigua y proverbial *sacra fames*, sirvió para recompensar la infamia y para precio de inocente sangre; pero, sin embargo, fué tambien aplicado para santos fines durante los cambios y vicisitudes de la historia de los hombres.»

---

(1) Tal como nosotros lo hemos traducido no aparece la confusion, porque en castellano no querría decir nada la version literal. En efecto, traduciendo á la letra se debería decir: Este anillo representa la leyenda de San Eduardo recibiendo de San Juan Bautista un anillo de zafiro en el bosque de Waltham, que es el usado por los reyes, en las coronaciones y aún hoy dia lo lleva S. M.

Por último, además de los hermosos grabados que ilustran la obra, hay entre ellos una hermosísima cromolitografía y algunas notables acuarelas ejecutadas por estudiantes que parecen profesores de las escuelas de artes de South Kensington, sobresaliendo entre todos estos trabajos los que pertenecen á Mr. John Watkings.

(The Academy)



CRÓNICA DE LA QUINCENA.

INTERIOR.

Los debates del mensaje han abierto anchísima brecha en los muros de la situacion. Más señalada y ostensible fuera, sin embargo, la victoria de las oposiciones, si existiendo entre ellas cordial inteligencia y buen acuerdo, hubiesen subordinado á un plan general los ataques de que han hecho objeto la contestacion al discurso de la Corona. La falta de ese plan ha reflejado, en la campaña parlamentaria ya terminada, cierto desórden, á cuyo amparo puntos muy importantes de la política del gabinete quedan sin crítica y cuestiones muy transcendentales sin exámen ni estudio.

Pero era imposible que las oposiciones se concertaran, por los distintos puntos de vista de que parten y por la diversidad que hay en sus recursos y propósitos, en sus deseos y en sus fines. Todavía no ha llegado la hora de que se concierten y aunen sus esfuerzos; todavía los constitucionales esperan, miéntras los demócratas afirman su actitud irreconciliable, asegurando que nada hay en la política conservadora capaz de inspirar simpatías, ni confianza á los que luchan por el restablecimiento de las libertades públicas y la constitucion de un régimen que las garantice.

Esa falta de unidad ha debilitado el ataque, que debió ser impetuoso y vivo, como viva y animada fué la actitud del país al convocarse las elecciones. Hacía muchos años que los comicios no se abrían enmedio de tan halagüeñas promesas y de tan dichosas esperanzas. Para que los mandatarios respondan por completo al mandato recibido, es preciso que en las legislaturas sucesivas, con mayor calma y espacio, dentro de condiciones normales, concierten y ordenen sus pensamientos, dando mayor fuerza por la cohesion á la fuerza de la elocuencia de que han hecho tan brillante alarde en la quincena primera de este mes.

Referiremos sumariamente lo ocurrido. Al Sr. Maisonnave, ex-ministro de la República y diputado por Alicante, á cuyo ilustre nombre va unido el recuerdo de una época gloriosa, porque el Sr. Maisonnave salvó en 1873 la democracia de la deshonra, iniciando una política de energía, tocó abrir el debate con una enmienda en que atribuye á la desorganizacion administrativa la mayor parte de los terribles males que agravan la tristísima situacion del país.

Entre todas las cualidades que distinguen al Sr. Maisonnave descuella la de hombre de gobierno; el jóven diputado es un verdadero estadista, para quien el arte de gobernar los pueblos demanda profundidad de miras, rectitud de propósito, desinteres y acendrado patriotismo. Todas esas cualidades reveló el discurso en que apoyaba su enmienda, discurso acogido en provincias con entusiasmo, porque compendia y resume las amargas quejas de los pueblos, sus legítimas pretensiones nunca satisfechas, sus anhelos, sus necesidades y sus martirios. No estaba exento por ello el discurso, ni por dilucidar en primer término cuestiones de carácter administrativo, de alcance y de interes político. Antes al contrario, puede decirse que la enmienda del Sr. Maisonnave y la oracion pronunciada en su apoyo, han causado en la mayoría y en el gobierno un efecto más sensible y penoso que la mayor parte de los ataques puramente políticos fulminados desde la izquierda.

El Sr. Maisonnave dió preferencia á las cuestiones administrativas, porque en ellas está el secreto de nuestra decadencia, atraso y ruina; pero se la dió tambien porque, convencido de

las divisiones de la mayoría, quiso provocarlas, llevando el debate al único terreno en que era posible que estallaran. ¡Vano empeño suscitarlas por motivos políticos! La mayoría está unida en las cuestiones generales de política, salvo las de Cuba, y todos los esfuerzos realizados para separarla en ese campo serían inútiles. Pero entre el ministro de la Gobernacion, jefe parlamentario de la mayoría, y el Sr. Romero Robledo, de quien se dijo que era el jefe efectivo de la derecha, hay profundas diferencias administrativas. El Sr. Maisonnave trajo, pues, con indudable buen sentido el problema á ese terreno, censuró la conducta del Sr. Silvela, aludió á las medidas con que éste ha mostrado su hostilidad al Sr. Romero Robledo y estalló la discordia entre ámbos.

Estalló pidiendo el Sr. Romero la palabra y combatiendo los decretos del Sr. Silvela que reformaron la organizacion de la imprenta nacional y suprimieron la caja de beneficencia. El Sr. Romero se expresó con acritud; el Sr. Silvela contestó con energía. El Sr. Romero presumió provocar con su disgusto la salida del ministro de la Gobernacion; pero el Sr. Silvela parapetándose tras el gobierno y la mayoría puso con habilidad suma la cuestion en el voto del mensaje. «Si lo aprobais, exclamó, aprobais mi conducta administrativa y política. Si esta conducta no fuere de vuestro agrado, votad contra el dictámen de la comision.»

La respuesta detuvo al Sr. Romero ante todo, despues le asombró; por último, lo ha reducido á la inaccion más completa. No ha aceptado el reto de su adversario. No se ha atrevido á hacer sus querellas cuestiones transcendentales, ni á librar la batalla contra el ministerio de un modo solemne. El Sr. Silvela lo venció con algunas palabras; despues se ha visto al Sr. Romero deponer su altivez y su disidencia, seguir atento y callado el curso de los debates, votar silencioso con la mayoría el mensaje y marchar á los baños de Sobron más resignado que tranquilo, impotente para vengar sus injurias y haciendo gala de una reserva que empleada ántes de la derrota hubiese disminuido el alcance de esta; pero que hoy la agrava y profundiza.

*
* *

La enmienda del Sr. Navarro y Rodrigo era una censura al gabinete por la indeterminacion de su política; el discurso del ex-ministro constitucional fué una exposicion repetida de las ideas de sus amigos, que constituyen la derecha de aquel grupo. El Sr. Navarro y Rodrigo perteneció en la pasada Cámara á la fraccion del Sr. Ulloa; ahora está indicado para capitanearla. En su discurso se ve acentuada esa tendencia que ha llevado el constitucionalismo á concesiones incompatibles con sus antecedentes revolucionarios y que en opinion de los que las hacen podrá llevarlo á las antecámaras de la plaza de Oriente.

Despues de la oposicion de S. M., la oposicion radicalmente democrática, la oposicion irreconciliable tuvo un órgano en el Sr. Carvajal, diputado por Gaucin y ex-ministro de la República. Lo primero que el discurso del Sr. Carvajal puso de manifiesto, fué la intolerancia de la mesa y de la mayoría. El Sr. Ayala es uno de los presidentes más parciales é injustos que han ocupado el alto sitial. No parece que esté allí para garantizar el derecho de los diputados, sino para proteger al gobierno de los ataques de la oposicion. Viéndole recordábamos al Sr. Posada Herrera, conservador tambien como el señor Ayala, conservador más sincero y de convicciones más arraigadas y sólidas que el Sr. Ayala, que supo á pesar de esto por su rectitud, por su frio desinteres, por su neutral conducta, captarse generales simpatías en todos los grupos de la Asamblea de 1876. Y ¿cómo no recordarlo? El Sr. Carvajal no ha podido realmente pronunciar su discurso; lo empezó no más; insinuó los puntos en que había de ocuparse y al indicarlos, la campanilla del Presidente le marcó la conveniencia de dar distinto rumbo á sus ideas.

El Sr. Carvajal compendiaba la situacion en breves y clarísimos términos. «Las Córtes de 1876 dijo, fueron Córtes de afirmacion, porque afirmaron un trono, una Constitucion y una dinastía; las Córtes de 1879 son Córtes de contradiccion; yo espero que las Córtes futuras sean de negacion.» No pudo el elocuente orador de la izquierda explanar ninguna de estas ideas fundamentales El Sr. Lopez de Ayala desde la mesa y la mayoría, donde no faltan interruptores empeñados en coartar

la libertad de la tribuna, se lo impidieron y sólo buscando á la expresion de sus creencias caminos tortuosos, pudo el Sr. Carvajal revelarlas censurando la conducta del actual gobierno, olvidado en punto á nuestras relaciones exteriores de que existimos en Europa, en punto á la Hacienda, de que cada dia es más triste la situacion del Erario, en cuanto á la política interior, de que cada vez es más difícil arraigar la libertad y la calma, el órden, la paz y el bienestar de que tanto necesitan los pueblos.

Algunas frases del discurso del Sr. Carvajal suscitaron un incidente en que intervino el Sr. Navarro y Rodrigo para afirmar como distinto en todo del criterio de la democracia el criterio de los constitucionales. La victoria dentro de la mayoría en los debates del mensaje, ha sido del Sr. Silvela, y dentro del partido constitucional, del Sr. Navarro y Rodrigo. El Sr. Romero Ortiz, no ha hecho, como su correligionario, protestas ardientes de adhesion á las instituciones; pero no ha acentuado su actitud oposicionista como se anunciaba. Los constitucionales han aparecido compactos y unidos, pero poco resueltos y excesivamente respetuosos. Todo el camino que recorrieron ántes del 20 de Abril acaban de desandarlo. Están, como á principios de Marzo, á las puertas de Palacio. Esta es la síntesis de su actitud, síntesis confirmada por el discurso del Sr. Sagasta.

*
* *

La democracia ha desplegado bien sus fuerzas, y áun cuando no ha hecho ostentacion de los múltiples recursos de que dispone, aunque ha sido sóbria en esta manifestacion de sus grandes medios de combate, el debate del mensaje de 1879 se recordará en sus anales como una fecha memorable. El señor Maisonnave ha desenvuelto su sentido patriótico y gubernamental, el Sr. Carvajal ha hecho la crítica de este órden de cosas, reasumiendo las creencias y las esperanzas de los partidos democráticos, el Sr. Castelar ha trazado el brillante cuadro de sus más elevadas aspiraciones, y ha condenado con sublime acento los errores de los partidos imperantes, y el señor Martos ha traido á la Cámara la palabra y el voto de los

elementos que aspiran á constituir dentro de las fuerzas democráticas un centro reformista separado de la democracia gubernamental por diferencias de conducta y de la democracia federal por diferencias de principios. Puede decirse que las minorías irreconciliables han tomado posiciones para la campaña que se preparan á hacer en estas Córtes. No era posible llegar, ver y vencer como César, y han preferido limitarse á sentar sus reales frente á frente de los reales de la situacion.

Como el Sr. Castelar lo había hecho esto ya en las legislaturas anteriores, en las Córtes de 1876, su discurso se ha reducido en el fondo á afirmar la posicion que ocupaba. Ha sido, no obstante, el discurso más elocuente y más completo de cuantos se han pronunciado en estos debates; el más elocuente, porque el Sr. Castelar,—están unánimes confesándolo amigos y adversarios,—ha llegado ahora al límite que es posible alcance la palabra humana; el más completo, porque su crítica de la situacion actual ha ido á combatir los conceptos fundamentales de la política conservadora, abarcando todo su desarrollo, fulminando severo anatema sobre su pasado, condenacion inapelable para su presente, y fallo solemne respecto á su porvenir.

El Sr. Castelar es el único diputado á quien preocupan de un modo serio las cuestiones internacionales, porque es el hombre político que pone sobre todas las virtudes civiles el patriotismo, y sobre todos sus ideales y creencias los intereses de la patria. Aspira á que España se engrandezca en las luchas de la política exterior, lamenta nuestra situacion aislada, nuestro funestísimo retraimiento de los problemas que agitan á Europa, é invoca como imágenes halagadoras la prosperidad actual de Alemania y de Italia, para inspirarnos el deseo de volar fuera de los estrechos limítes en que vivimos encerrados, ansiosos de un porvenir de gloria y grandeza que nos niegan, más que las desdichas y miserias del presente, la torpeza de nuestros estadistas y el limitado alcance de las aspiraciones de nuestros partidos.

El Sr. Castelar, verdadero hombre de gobierno en Europa, donde ocupa un puesto al lado de los más ilustres, no podía desatender ese importantísimo órden de cuestiones. En punto

á las interiores, ha afirmado que la restauracion constituye un período necesario del desarrollo de la política española en el movimiento que inició 1868. Despues ha dicho vendrá el período de solucion, y para el período de solucion el Sr. Castelar presenta y defiende la suya: una democracia ilustrada, pacífica, gubernamental, que conquiste el apoyo de la opinion dándole garantías de sensatez y de prudencia.

Pedir á la democracia garantías para la libertad, es insensatez manifiesta, ¿No es ella la mejor garantía? Pero los pueblos tienen derecho á reclamar seguridades de estabilidad. Cuando la democracia no da á los pueblos esa seguridades, cae, como en 1848 en Francia, vencida y deshonrada. Lo que se opone hoy en primer término al triunfo de las opiniones democráticas en pueblos como el nuestro, es la desconfianza que inspira su historia. Los pueblos temen el triunfo de la democracia, porque temen perder con su victoria la paz y el reposo, que los pueblos aman tanto como la libertad. El señor Castelar ha comprendido, quizá el primero en Europa, el valor qus esos temores tienen, y por esto desde 1871 ha dado á su política un rumbo que hoy es el de toda la democracia europea. Su último discurso es un nuevo paso que acentúa esa tendencia, y contribuirá á conquistar para las solucciones que defiende el más sólido apoyo, el apoyo de las clases conservadoras,—no de los partidos conservadores,—del país.

La tendencia representada por el Sr. Mártos en los debates del mensaje difiere de la del Sr. Castelar en ese punto. El señor Mártos no ha creido oportuno dar á los pueblos garantías de órden, de respeto á la ley, de estabilidad y de moderacion; se ha limitado á formular con brillante palabra calorosas protestas democráticas y revolucionarias, afirmando que entre la derecha gubernamental y la izquierda federalista, él y sus amigos, los grupos radical antiguo y demócrata histórico no afiliado en ninguna de aquellas tendencias, pretenden constituir el centro izquierda de la democracia. ¿Pero ese centro izquierda mantiene en absoluto sus tradiciones? Ese centro izquierda ¿nada tiene que corregir de su antigua política? Ese centro izquierda ¿podrá conquistar las simpatías de la opinion general sólo con protestas á favor de la libertad y del derecho?

¿No necesita formular algunas otras, vivos como están en la memoria de todos los recuerdos de un pasado borrascoso, vivos como están en el espíritu de los pueblos los temores de un porvenir intranquilo?

*
* *

No es posible condensar en pocas páginas un debate tan brillante como el del mensaje en el Congreso, sin prescindir de la mayoría de sus episodios. Los oradores de la derecha que han contestado á los oradores de oposicion han levantado poco su vuelo, limitándose á lo sumo á replicar pormenores que se pierden en la lucha de las tendencias generales. El debate ha terminado con un verdadero duelo parlamentario de los Sres. Sagasta y Cánovas y con un reñido incidente sobre las cuestiones de Cuba. Lo promovió el Sr. Martos que ha querido saber el pensamiento del gobierno y del partido conservador sobre esas cuestiones; pero el Sr. Cánovas y el ministerio se han obstinado en exterilizar su empeño. Hasta 1880 no conoceremos la suerte reservada á la grande Antilla y á sus más importantes problemas. Es indudable que en ese punto media, entre el pensamiento del general Martinez Campos y el de su antecesor, un verdadero abismo. Por eso ahora se han negado uno y otro á hacer la luz y á iluminar su fondo. Los diputados de Cuba declaran aceptar este aplazamiento. Esperemos pues.

En cuanto al duelo parlamentario del jefe del partido conservador y del jefe de la minoría constitucional, este último se ha mostrado enérgico y hábil; el Sr. Cánovas, falto de recursos y áun de elocuencia, no ha podido explicar la crísis de Marzo. El Sr. Sagasta ha dado su verdadera explicacion: la corte no quería ya al Sr. Cánovas y fué llamado el Sr. Martinez Campos á reemplazarle.

El Sr. Sagasta despues ha conseguido mostrarse más fervoroso dinástico que el Sr. Cánovas y todo el mundo ha podido ver á este último, decaido de su antiguo favor y prestigio, No hay, pues, ni temor ni esperanza de que por ahora vuelva á los consejos de la Corona.

El Gabinete Martinez Campos-Silvela continuará en el po-

der hasta el año próximo, en que las cuestiones de Cuba, dividiendo al partido conservador, suscitarán una crísis profunda, cuya solucion es aventurado discutir hoy.

El partido constitucional espera esa crísis como esperó la de Marzo último. La política de calma y confianza ha vuelto á cobrar imperio en sus filas.

Esta es la situacion del campo conservador. En el campo democrático continúa el despertar iniciado por los trabajos electorales, y miéntras la reorganizacion de sus grupos se activa y se preparan elementos para la contienda, los discursos de los ilustres oradores que le representan han mostrado, con su crítica de este órden de cosas, la ineficacia de la política gobernante para contrarestar los males que agobian al país. Encamínanse las protestas y los actos de las minorías irreconciliables á ganar votos en la opinion y á fortalecer sus propios recursos. Nosotros creemos que uno y otro deseo están en camino de realizarse, que se realizarán indudablemente. Por eso hemos dicho al comenzar estas líneas que los debates del mensaje han abierto anchísima brecha en los muros de la situacion, á pesar de los 244 votos contra 47 que han aprobado la respuesta del Sr. Bugallal, quien, para que todo sea extraño, ha brillado en las discusiones por su silencio.

EXTERIOR.

Las noticias de Oriente hacen temer graves alteraciones del órden en Siria. Ya á principios de Junio los corresponsales de algunos periódicos extranjeros señalaban síntomas de perturbacion en aquella parte del imperio, atribuyendo al mal gobierno de Rustem Pachá las causas de descontento que los producían.

Pero Rustem Pachá fué á Constantinopla, explicó á la Puerta su conducta y la situacion de las provincias que administra, y parecieron tan satisfactorias al Divan sus manifestaciones, que se pensó conferirle el gobierno de Rumelia, ántes de designar á Aleko Pachá para este cargo.

Nombrado por fin Aleko, Rustem volvió á Siria, y ha coincidido con el principio de este nuevo período de su mando el recrudecimiento de los temores que nos trasmitió dias atrás de un modo alarmante el telégrafo.

No nos sorprendería que la alarma creciera y los anuncios de próximos é inevitables trastornos se realizasen. El gobierno de la Puerta sólo para esto es, en todos las provincias del imperio, provechoso y fecundo, para suscitar complicaciones, producir trastornos y levantar rebeldías.

No transcurre una semana jamás sin que anuncios de índole análoga al que ahora se hace respecto á Siria, fijen la atencion de Europa sobre el estado insostenible y precario de Turquía.

Cuando lord Salisbury presentó al Parlamento inglés,—ahora hace un año,—el tratado de paz en Berlin, dijo que ese tratado era el último plazo que el mundo cristiano y culto daba á la Sublime Puerta, para que esta reformara su gobierno, mejorase su administracion y se mostrara digna del apoyo que le prestan los poderosos valedores que conserva en el areópago europeo.

Sólo lord Salisbury, los tenedores ingleses de deuda turca y los hombres de estado de la vecina República, creyentes como Sully y Colbert, en que conviene á Francia la conservacion del imperio otomano, alimentaron la esperanza, enunciada por el jefe del *Foreing Office*, de que Turquía utilizara la tregua que le otorgaba la paz de Berlin. Si un año es plazo bastante para desvanecer una esperanza, el año que acaba de transcurrir debe haberla desvanecido por completo. La Puerta no ha reformado su gobierno en ninguna de las provincias que viven todavía sujetas al despótico capricho del Padischah. Epiro y Tesalia siguen siendo víctimas, como ántes Bulgaria, de los circasianos y baschi-bozucks; en Albania se mantiene una situacion insostenible; las quejas de los cretenses se repiten sin intermision ni descanso; la administracion del Asia Menor no ha mejorado, y si los clamores de sus pueblos no nos conmueven, es porque en Asia Menor existe el gran núcleo de poblacion otomana, más adicta á la Puerta, y bien hallada con el régimen á que vive sujeta desde los tiempos de la famosa sultanía de Iconium.

Rustem Pachá es un un fanático musulman; su gobierno de Siria dejará indelebles recuerdos en aquellas regiones de antiguo tan castigadas por la tiranía de la Puerta. Pero tampoco bastaría, á nuestro juicio, con separarlo de ese puesto para que la situacion mejorase sensiblemente.

Las causas del triste estado en que se hallan las provincias del imperio otomano, son más profundas. Miéntras el imperio otomano subsista, no será posible procurarles remedio. El grave error de Inglaterra en 1878, ha sido no conocer esto, y ese grave error traerá de nuevo la lucha á Oriente y la discordia á Europa.

Los desórdenes de Siria pueden ser ahora motivo de las más graves complicaciones. Inglaterra, desde Chipre, vive apercibida para ganar la orilla opuesta y extender su influencia hácia el valle del Eufrates, centro de un nuevo camino á las Indias. Francia no puede tolerar nada que menoscabe su antiguo protectorado de los Santos Lugares, y la Puerta, como lo prueba su actitud en las cuestiones griega y egipcia, no quiere ceder más, ni se enmienda, ni cambia su política, ni se hace digna de la tolerancia del mundo cristiano, que es la única fuerza conservadora del trono de los Padischahs.

***

Un dato más en apoyo de nuestras opiniones sobre Turquía y la política del sultan: el arreglo del conflicto greco-otomano ha adelantado, pero tan poco, que todavía, si las informaciones telegráficas no mienten, estamos como cuando fracasaron en Prevesa las primeras tentativas de avenencia, instadas por el gobierno de Aténas.

La diplomacia de Europa adquirirá, al fin y al abo, el convencimiento de que el imperio otomano no puede ser tratado como una potencia independiente. Hay que imponerle en interés de la justicia y de la paz general, la obediencia á los pactos internacionales.

Turquía no es un pueblo, ni un Estado, ni una nacionalidad: es un campamento, es un país conquistado, es un conjunto de provincias sometidas que viven á merced de sus dominadores, porque estos las conservan ahora como el dia que las

invadieron, bajo el régimen militar de sus armas victoriosas. El gobierno turco no es el representante del país, ni el protector de todos los ciudadanos que habitan aquellas feraces y dilatadas regiones tan pródigamente dotadas; es el jefe de un ejército de ocupacion. Los rajahs no figuran como ciudadanos al lado de los turcos sinó debajo de ellos. Desde la segunda mitad del siglo XIV en que la toma de Constantinopla dió término á la fundacion del imperio otomano, los turcos son los vencedores, los rajahs los vencidos. La Constitucion de 1876, promulgada sólo para procurarse un pretesto con que contestar á las reclamaciones de Europa, no ha modificado la situacion. Entre conquistadores y conquistados, entre vencedores y vencidos, subsiste ahora, como existió siempre, una profunda diferencia de hecho y de derecho.

Esta singularidad debe tenerse muy en cuenta siempre que se examinen ó se juzguen los asuntos de Oriente. No debe considerarse á Turquía como á las demás naciones de Europa. La violencia las ha formado á casi todas. Las guerras, los enlaces entre sus dinastías y las combinaciones de la diplomacia han ido agrupando territorios hasta organizar los actuales Estados. Pero todos ellos se han constituido al cabo en cuerpo político, en nacion, fundiéndose vencedores y vencidos, estableciendo sobre unos y otros su imperio la ley comun y erigiéndose en árbitros y directores de las sociedades así formadas, gobiernos que representan á todos los ciudadanos, que á todos los amparan y defienden y que en primer término simbolizan y personifican los intereses del procomun,

No es la falta de esas circunstancias un caracter pasajero, ni una cualidad transitoria del imperio otomano; es su condicion permanente é invariable. Nos lo prueba el transcurso de los siglos en cuanto á lo pasado, y nos lo afirman en cuanto á lo porvenir las causas religiosas y políticas que la determinan. No llegarán á fundirse los rajahs y los turcos sobre el suelo de la península greco-eslava, porque sus respectivas religiones son de todo punto incompatibles é irreconciliables; no llegarán á gobernar los turcos á los rajahs de otra manera que por medio de la violencia, pues si algun dia los rajahs se vieran colocados al nivel de los turcos y gozando de

los mismos derechos que estos, como son muchos más, como están en la proporcion de 1 á 3'50 ó de 1 á 4, el gobierno pasaría á sus manos, y los descendientes de Otman se verían desposeidos de la autoridad que ejercen y de los privilegios de que disfrutan.

Hace dos ó tres años Europa escuchaba horrorizada la relacion sangrienta de las crueldades cometidas en Bulgaria por los turcos. Ahora se repiten esas crueldades. En el curso de la historia de Turquía, no constituyen tales episodios un hecho nuevo. Miéntras continúe su dominacion en Europa no dejarán de repetirse. Aun cuando los gobiernos de la cristiandad reclamen y los pueblos cultos protesten, la Sublime Puerta no dejará de emplear esos medios, porque sabe que sólo mediante el terror alcanzará á imponerse, y que el dia que el terror cese cesará su imperio.

El problema de Oriente bajo este punto de vista crítico y negativo, se reduce, pues, al reconocimiento y á la confesion de si puede Europa consentir que un gobierno se sostenga por esos medios, de si puede Europa consentir que las poblaciones cristianas de la península de los Balkanes vivan constantemente sujetas á la dura ley del hierro y eternamente condenadas á verse huérfanas de libertades, de derechos, de justicia y de proteccion.

Durante los siglos XVI y XVII, ocupados los soberanos de la Europa cristiana en aquellas largas luchas de la casa de Francia contra la de Austria, y del Catolicismo contra la Reforma, ó embargados con las atenciones que les procuraban sus establecimientos coloniales, cuidaron poco de lo que pasaba en Turquía y de la suerte de los rajahs. Al mismo tiempo, los otomanos se hallaban en el apogeo de su poder y de su fuerza. Su primer desastre, desastre que le causaron las armas españolas, el de Lepanto en 1571, no había producido todas las consecuencias que debían esperarse de aquel glorioso acontecimiento.

Aún no se había firmado la paz de Carlowitz (1699) que señaló el comienzo de su decadencia. Las cuestiones de Oriente parecían olvidadas. Es cierto que durante los reinados de Enrique IV y Luis XIV en Francia se agitó la opinion en

Sentido anti-turco y que ya entónces se pidió á ámbos reyes, halagando sus opiniones personales, que lanzaran á los otomanos de Europa; pero todo esto no llevó á ningun resultado serio.

Pasados aquellos siglos, constituidos sólidamente los Estados de Europa, reunidos más de una vez en Congreso sus representantes para tratar de los asuntos comunes á la cristiandad, el movimiento de las ideas reclama una política internacional fundada más que sobre vanas ideas de equilibrio sobre el derecho y la justicia.

Los pueblos europeos se preocupan de los intereses comunes y permanentes de la humanidad. Regidos todos ellos, dice un ilustrado publicista, por leyes racionales que garantizan la libertad y la existencia de los ciudadanos, que consideran al extranjero como amigo y hacen á todos los ciudadanos iguales ante la ley, ni conciben, ni están dispuestos á tolerar la existencia y la conservacion como Estado civilizado, de un gobierno bajo el cual ocurren sucesos como el asesinato de los cónsules de Salónica, ó que por medio de sus agentes realiza en sus propios súbditos los horrores de que ha sido teatro la Bulgaria.

Turquía ni se arrepiente ni se enmienda, ni puede enmendarse ni sabrá arrepentirse. Poseedora, inactiva y arruinada de los más bellos y más fértiles países del mnndo, cada dia es mayor su decadencia, y los errores y violentas exageraciones de su gobierno progresan á compás de su descenso y caida. Presenciamos el espectáculo de un gobierno que no tiene energía más que para atormentar á sus propios súbditos, que es impotente para reformar sus procedimientos y de un pueblo que no sabe hacer más revoluciones que esas vergonzosas revueltas del Serrallo, prolongadas hasta nuestros dias, y que no tiene más elemento moderador del despotismo de sus sultanes que el regicidio.

«Una capa ligerísima de cultura y de civilizacion, dice el mismo escritor á quien ántes recordábamos, cubre á este imperio decrépito, si es que por cultura hemos de entender el uso de vestidos cortados á la europea, la repeticion con que se infringen los preceptos del Coran, la existencia de una

deuda pública, cuyos intereses absorben las rentas del Estado y de Códigos que son letra muerta. Hay tambien un partido de la jóven Turquía, es decir, de turcos que han visto á París, Londres y Berlin. Pero estos jóvenes turcos sólo sueñan con una regeneracion del Imperio verificada en su exclusivo provecho. Su ideal es un despotismo más sabio y más hipócrita que el antiguo.

»Sus progresos son esas pretendidas reformas constitucionales, esos hattis-scheriffs, esos hattis-houmayoums con que se trata de engañar á una diplomacia indulgente y á acreedores cándidos. Su habilidad consiste en imputar á sus víctimas la responsabilidad de las crueldades que autorizan y en aprovecharse de las rivalidades de las grandes potencias, ayoyándose alternativamente en unas contra otras.

Tal es la situacíon; tal el gobierno turco. La pintura de ambos declara muy alto cuáles son el deber y los derechos de Europa y el criterio que debe aceptarse como más fundado al juzgar del problema de Oriente. «Si la instalacion de los turcos en Constantinopla, dice Rolin, fué una vergüenza para la Europa cristiana, la forma en que sus sucesores gobiernan á sus súbditos, es la continuacion de aquella vergüenza.»

El confiicto turco-griego y la tenacidad de la Puerta, que resiste con todas sus fuerzas el cumplimiento del tratado de Berlin, del art. 25 y del protocolo XIII del Congreso, no justificaría acaso ahora la expulsion de los turcos de Europa y la disolucion de ese imperio; pero son motivos harto poderosos para que las potencias prescindan de ciertas consideraciones é impongan al gobierno del Padischah la solucion más conveniente y justa. De otra suerte muy pronto se renovará la querella apaciguada en 1878, y quién sabe si al renovarse envolverá todo el continente europeo en las desastrosas consecuencias de una guerra general.

*
* *

Tanto como las victorias de los prusianos han contribuido á fundar el imperio aleman las ideas liberales; la unidad germánica era una aspiracion revolucionaria. Todo el mundo recordará una fecha memorable y una Asamblea ilustre: 1848 y

el Congreso de Francfort, cuando se estudie la génesis de ese movimiento extraordinario consumado en Versalles en 1870. Bismark, el creador del imperio, ha sido un antiguo conservador que vino á nuestro campo á pedir elementos, opinion, entusiasmo é ideales para llevar á término su gigantesco proyecto contra los tradicionalistas de su pueblo, contra los feudales, contra el particularismo, contra las ideas conservadoras y doctrinarias.

Todo lo halló en el patrimonio de la democracia, rico en fuerzas regeneradoras; todo lo halló, logrando al cabo que se realizara su propósito. Realizado ya, surge el primer adversario poderoso del imperio y de la unidad germánica: el partido católico. Bismark pretende aniquilarlo; no consigue sino su quebranto; ¿pero cómo? Merced á los demócratas y liberales. Entónces entra Falk en el gabinete de Berlin y se promulgan las leyes de Mayo, entónces comienza esa lucha titánica, el Kulturkampf, que ha llevado al Papa, no al Emperador, á las puertas de Canosa, mostrando cuanta distancia hay desde un Enrique IV á un Guillermo I, y desde un Leon XIII á un Hildebrando.

Pero la política liberal tiene exigencias incontestables, que nacen de su propia naturaleza y que es preciso satisfacer á todo trance cuando ese sistema se adopta. Los liberales alemanes, que habian contribuido en primer término á la fundacion del imperio germánico, que habian vencido á los católicos en su lucha contra el canciller, quisieron un régimen representativo verdad, que las Cámaras, el Reichstag sobre todo, hijo del sufragio universal. tuviera la intervencion que corresponde á los mandatarios del pueblo en los problemas económicos, en el voto de los tributos, en la gestion de la Hacienda. Y todos estos deseos parecían vituperables al canciller, porque el canciller quiere para el imperio una autoridad casi despótica, vida y recursos independientes del voto de las Asambleas, elementos capaces, en una palabra, de dotar al gobierno con tales medios, que, llegado el caso, prescinda sin pena de la representacion del país. La política de Bismark y la política del partido nacional liberal se han encontrado en ese punto frente á frente. Larga y penosa fué la lucha. Hubo en ella

debilidades y transacciones. El canciller triunfaba; sus adversarios cedían. Obtuvo primero la ley contra los socialistas, cruel, incalificable; alcanzó despues las leyes económicas que han levantado sobre Alemania una grave amenaza, la de un bloqueo comercial; se prestó, por último, á las excitaciones de Roma y á los consejos más ó ménos directos é influyentes del ultramontanismo... Todo concluyó entónces, ó para expresarnos con mayor propiedad, todo ha concluido. Mr. Forckembeck ha dejado la presidencia del Reichstag, y Mrs. Falk, Hobretch y Friedenthal los ministerios de Cultos, Hacienda y Agricultura.

¿Adónde va el canciller? Hé ahí el problema presente. ¿Entregará el poder á los católicos, á los particularistas, á los feudales, á los enemigos jurados del imperio? Tal es el sentir de los diarios ultramontanos; pero no es creible que lleve su ceguera hasta ese extremo inconcebible. El canciller, á nuestro juicio, no va tan léjos; se queda en la mitad del camino. No volverá á la política liberal, no aceptará la del centro, hará política bismarckiana, una política conservadora y autoritaria que mantenga el *statu quo*, que sea poco amiga de la Iglesia, áun cuando no se ensañe contra ella; una política, en suma, dirigida á realizar aquellos ideales que constituyen el fondo de los deseos del canciller, y que no ha podido conseguir hasta ahora por sus relaciones estrechas con los hombres del grupo nacional liberal.

Todas las noticias que nos trasmiten los periódicos más autorizados de Europa vienen á corroborar ese juicio.

El compromiso que se negocia entre el Vaticano y la corte de Berlin, no será una retractacion de ésta ni de aquél, sino un *modus vivendi*, un pacto de tolerancia tácita y de términos medios para el porvenir, que no arrebatará al Estado los derechos por cuya conquista viene luchando el príncipe canciller desde hace diez años, no se derogarán las leyes de Mayo, siquiera haya beninignidad en su aplicacion, no se repondrá en sus sillas á los obispos desposeidos, ni se permitirá la la vuelta de los jesuitas, y por último, sucederán á los ministros que abandonan el gabinete aleman, los Sres. Bitter (Hacienda), Puttkammer (Cultos), y Dr. Lucius (Agricultura) que

son personajes políticos de segundo órden adictos al canciller, dependientes de su favor, y antiguos empleados de su administracion.

Habrá general descotento en vista de esa solucion intermedia é indefinida de la crísis; pero como el prestigio personal del canciller es grande, su autoridad puede bastar muy bien para que ese gobierno arraigue y su política adquiera vigor y simpatías. El problema entónces aplaza sus rigores para una época remota é indeterminada, para el dia en que el canciller muera. Cuanda eso ocurra, surgirán complicaciones interminables, esas complicaciones que son siempre la herencia de los hombres de Estado, que absorbiendo la representacion de un sistema, y reasumiendo en su personalidad toda la fuerza de un órden de cosas, no han querido mirar el porvenir, desvanecidos con lo presente, y han dado á sus obras por cimiento lo que hay de más frágil y perecedero en el mundo; la vida de un hombre. El emperador Guillermo es un anciano próximo al sepulcro; el príncipe de Bismark, más jóven que su augusto amo, carece de esa salud y ese vigor que prometen una dilatada existencia. El dia en que ambos desaparezcan, terribles turbulencias agitarán el seno del imperio, por no haber querido sus fundadores preservarlo de esas tempestades, organizando allí un gobierno constitucional y representativo, único capaz de evitarlas.

*
* *

La discusion de la ley de enseñanza superior ha terminado en la Cámara de diputados de Versalles. Los artículos 3.º y el 7.º han sido objeto de viva discusion. El 3.º suprime el derecho de recibir las matrículas y hacerlas pagar, otorgado á los establecimientos libres por la ley de 1875. El proyecto que se discute dispone que el Estado reciba las matrículas y que éstas sean gratuitas. Las Universidades católicas, dice *L'Independance Belge*—que no podrán en lo sucesivo usar de este título—se han visto heridas en su interes pecuniario, que es el primer interes del clericalismo. Por eso el art. 3.º fué objeto de tan vivos ataques. El 7.º, que prohibe á los miembros de congregaciones religiosas no autorizadas, y

que fué acogido con desconfianza hasta por una parte considerable é ilustrada del centro izquierdo, ha obtenido completa aprobacion despues de dos notables discursos de M. Paul Bert y M. Ferry.

Esto en cuanto á las tareas parlamentarias de la República vecina. Su política no refleja hoy agitaciones, ni anuncia crísis. La política republicana logra consolidarse por la prudencia y la moderacion, como triunfó. Su único adversario fuerte, el bonapartismo, deshecho por la desgracia, es hoy impotente hasta para mantener una actitud definida frente á las instituciones.

En Italia no es la situacion tan tranquila como en Francia. Ni los grupos de la Cámara de diputados entre sí, ni ese Cuerpo Colegislador y la Alta Cámara han llegado á ponerse de acuerdo en la cuestion relativa al impuesto sobre la molienda. El gobierno Depretis era contrario á las reformas introducidas por el Senado en la ley encaminada á suprimir ese impuesto; pero los diputados votaron contra este pensamiento y el Sr. Depretis presentó su dimision. Le ha reemplazado Cairoli, el antiguo y consecuente demócrata, de quien espera el partido liberal italiano que allane las dificultades pendientes, pues si esas dificultades crecieran y los elementos democráticos rechazaran toda idea de avenencia, veríase el rey Humberto en el caso de llamar al poder á los conservadores contra el espíritu que domina en los pueblos de la afortunada península. En esta crísis ha circulado ya con insistencia, como un rumor verosímil, el rumor de que el Sr. Sella había recibido encargo de constituir gabinete.

F.

15 de Julio.

MISCELÁNEA.

ESTADÍSTICA *de enseñanza.*—La pubicacion de los trabajos estadísticos que señalan los progresos de la instruccion se hace en todas parte con extraordinaria lentitud. Hace muy poco tiempo hemos tenido ocasion de ver compendiadas en un volúmen las notas más importantes recogidas por los comisarios francescs que asistieron á la Exposicion de Filadelfia. De ellas extractamos los siguientes cuadros, cuyas cifras será siempre interesante recordar.

Las que contiene el cuadro primero se refieren al año de 1873 y es sensible que aparezcan incompletas las de nuestra patria.

ESTADOS.	Alumnos por cada 100 habitantes.	Escuelas primarias.	Alumnos inscritos.	Gastos por país y habitante. *mils. fr.*	*francos.*
Sajonia.....	17 1/2	2.267	438.000	9.5	3.0
Estados-Unidos.	17				12
Wurtemberg...	15 1/2	2.204	273.000	3.5	2
Suiza.....	15 1/2	7.000	420.000	9	3.40
Dinamarca.....	15	2.600	257.000		2.40
Prusia.....	15	3.400	3.650.000	28	1.45
Suecia.....	13 3/4	7.528	577.000	5.5	1.30
Baviera.....	13	8.000	631.000	8	1.80
Países-Bajos...	13	3.734	474.000	10	2.50
Francia.....	13	70.179	4.722.000	71	2.10
Noruega.....	12 1/2	6.500	215.000	2	1.15
Inglaterra.....	12			47	
Bélgica.....	11 9/10	5.641	593.000	8	1.60
España.....	»	»	»	15.5	0.95
Italia.....	»	»	»	26	1
Grecia.....	»	»	»	1 2	0.80
Chile.....	»	»	»	2	1
Rusia.....	»	»	»	36	0.10
Egipto.....	»	»	»	2	0.11

Merecen sobre todo seria atencion los siguientes datos de los presupuestos de 1868—69 de algunos estados Norte-América. La primera columna determina las cantidades que en el presupuesto de

esos estados se consigna para gastos de enseñanza. La segunda las que constituyen el resto del presupuesto de cada estado.

	PARA ENSEÑANZA.	OTROS GASTOS.
	Dollars.	*Dollars.*
Maine	800.000	400.000
Pensilvania	5.100.000	3.800.000
Nueva Jersey	1.300.000	400.000
Ohio	4.800.000	2.900.000
Illinois	6.400.000	1.000.000
Wisconsin	1.700.000	900.000
California	1.100.000	400.000

El Illinois gasta 16 francos por habitante y 60 id. por alumno. Qué ejemplo y qué leccion!

El príncipe Jerónimo Napoleon.—Los compromisos contraidos por el jefe actual de la familia Bonaparte en favor de la República son bien explícitos. Hé aquí la carta que dirigió el 21 de Mayo de 1877 á los electores de Córcega que le habían elegido su representante en la Asamblea francesa y que reproducimos considerando que es un documento histórico curioso.

«Mis caros conciudadanos:

Agradecido á vuestros votos, quiero manifestaros que en la larga y penosa lucha que hemos sostenido juntos se ha disipado todo equívoco.

La República existe. El patriotismo la impone. Es la sola forma de gobierno posible en la situacion de Francia. Yo la quiero lealmente, sin segundos fines, desdeñoso de las falsas interpretaciones y de los ataques más opuestos.

Mi eleccion significa la defensa de los intereses del pueblo, el progreso sin temeridad y sin timidez, la paz de los ánimos sin estériles recriminaciones, la República abierta á todos.

Eligiéndome, á pesar de los partidos coaligados contra nosotros, habeis afirmado estas opiniones.

Os doy gracias por vuestra celosa adhesion.

Napoleon Bonaparte. (Jerónimo)»

La instruccion pública en España.—La primera condicion de la enseñanza es la libertad, porque sin libertad jamás realiza la ciencia progreso alguno, ó sus adelantos son tan menguados, tardíos é insignificantes, que el país donde hay trabas políticas ó religiosas que embarazan la libre investigacion de la verdad, bien pronto decae y llega al último límite de la postracion intelectual.

España sabe esto de memoria porque el absolutismo monárquico y la intolerancia religiosa nos llevaron del florecimiento científico de la Edad Media y del florecimiento filosófico y literario de los siglos XV y XVI á la triste decadencia de los siglos XVII y XVIII, y á convertirnos en un pueblo de copistas é imitadores, que es lo que con alguna ligera excepcion hemos llegado á ser en el siglo XIX.

La enseñanza necesita libertad. Pero ¿qué es la libertad de la enseñanza?

En este punto hemos consagrado errores que deben desvanecerse. La libertad de la enseñanza no es la independencial del profesorado de toda inspeccion oficial, ni la autonomía del alumno, ni el desórden en los métodos pedagógicos, ni el motin erigido en situacion permanente de la Universidad.

La libertad de la enseñanza es el derecho reconocido al maestro y al alumno de resolver las cuestiones propuestas en cualquier órden de estudios, con el sentido que estimen oportuno. Es el derecho que tiene el maestro de recomendar á su alumno los textos que crea preferibles y el derecho que tiene el alumno de opinar en las materias que estudie, dentro siempre de los límites científicos, como su conciencia le aconseje.

Para el alumno, la libertad de enseñanza es tambien el derecho que se le reconoce á estudiar pública ó privadamente, con uno ú otro profesor, las asignaturas en que se matricula.

Reconocidos estos derechos, está suficientemente garantizada, á nuestro juicio, la libertad de la enseñanza, y no es necesario para que exista que el profesor pueda explicar una mínima parte de su asignatura por no hallarse de acuerdo con el programa de estudios, ni que el alumno pueda cursar en un año natural dos ó tres académicos, ni que pueda examinarse en todo tiempo y cuando le plazca, ni que matriculado en enseñanza oficial prescinda en absoluto de asistir á las cátedras en que se inscribió. Eso no es libertad de enseñanza; eso es pura y simplemente el desórden de la enseñanza.

Lo que pretenden en Bélgica, en Italia y ahora en Francia, sobre todo, los clericales, es tambien el desórden de la enseñanza, porque la colacion de grados que disputan á los establecimientos oficiales las Universidades libres debe hacerse en aquellos. Miéntras no exista la libertad de las profesiones, que está muy léjos de poder plantearse, miéntras los títulos académicos otorguen ciertos privilegios legales á las personas que los poseen, es indispensable que esos títulos se otorguen con la garantía del Estado.

Este debe inspeccionar si en los centros que sostiene y dirige toda la enseñanza de acuerdo con el plan general de estudios y debe inspeccionar sobre todo, que es lo que entre nosotros más necesidad hay de vigilar, si en los exámenes los alumnos prueban realmente capacidad é ilustracion bastantes para merecer las calificaciones aprobatorias establecidas en los reglamentos.

El ministro del ramo, atendiendo á las quejas reiteradas de que se ha hecho eco diferentes veces la prensa, recomendó hace poco tiempo para los exámenes del curso último, el empleo de un saludable rigor y de una discreta severidad. Son necesarios ese rigor y esa severidad para que el nível intelectual de los centros escolares se eleve un poco y para disminuir sin injusticias, sin arbitrariedades, el número de los jóvenes que se consagran á los estudios académicos. Ese número es tan excesivo que revela una enfermedad social; á esta sólo puede aplicársele aquel remedio que sería de indudable resultado.

Pero ese medio sin la inspeccion es ineficaz. Por esto hemos de insistir tanto en que la inspeccion se extienda, generalice y robustezca. El estado debe ejercerla en punto á la enseñanza con prodigalidad. El país tiene derecho á saber cómo se ejerce. El ministerio de Fomento debe obligar á los inspectores á que reduzcan á informes minuciosos el resultado de sus visitas y publicar despues estos informes. De esta manera llegarán á conocerse tambien con exactitud los males de que adolece nuestro sistema de enseñanza.

La inspeccion de los establecimientos libres debe limitarse mucho. Basta que sean objeto de ella las condiciones del local en que ha de darse la enseñanza. Las condiciones morales de la misma no deben ser objeto de medidas gubernativas, ni en los establecimientos de enseñanza libre ni en los de enseñanza oficial. Los infractores de esas condiciones deben tener su pena en el Código. En punto á las con-

diciones higiénicas de los locales destinados á escuelas y establecimientos de enseñanza la inspeccion debe ser severa; pero para serlo, en España, sería preciso empezar cerrando el 50 por 100 de los que el Estado costea.

No necesita defensores ya el principio de que la instruccion primaria debe ser obligatoria y gratuita. Está universalmente reconocido. Probablemente lo consignarán las leyes que cumpliendo su oferta ha de presentar el Conde de Toreno á las Córtes. Pero no basta con que eso se consigne. Es indispensable garantizar la obligacion de la asistendia á la escuela, estableciendo sanciones penales eficaces contra los padres que no envien á sus hijos. Es necesario garantizar la gratuidad de la enseñanza primaria estableciendo escuelas donde no las hay ó donde no existen en número necesario y obligando á los municipios á que satisfagan en primer término el presupuesto de instruccion. Con ayuntamientos como el de Málaga, la quinta poblacion de España, que deben,—esta era su situacion á fines de 1878,—diez y ocho mensualidades á los maestros de escuelá, ¿es posible que sea una verdad la gratuidad de la enseñanza?

La segunda enseñanza debe, cuando ménos, dividirse en clásica y técnica, ya que aquélla no desaparezca. El estudio de las antiguas humanidades, y á ellas está reducido casi nnestro bachillerato, es un estudio de utilidad escasísima dadas las condiciones de la vida moderna, sus exigencias y la necesidad de divulgar conocimientos que hagan de nuestros jóvenes algo más que unos retóricos ó unos eruditos. El proyecto de bases del Sr. Conde de Toreno indicaba esa division; pero es preciso desenvolverla, teniendo en cuenta la índole de nuestro país, sus intereses y las causas principales de su atraso y decaimiento.

Los dos graves males de la enseñanza superior en España están ya indicados. Consiste el uno en el extraordinario número de alumnos que profesan los estudios de derecho, medicina, farmacia, letras, ciencias, etc.; consiste el segundo en la falta de buenos planes de estudio en cada una de esas facultades. Hace muy poco tiempo la prensa política y profesional ha discutido este último punto. La nueva ley debe tomar en cuenta sus observaciones, que son atendibles.

La instruccion en España ha menester, por último, de una reforma radical en los métodos de enseñanza. Bajo este punto de vista somos el pueblo más atrasado del mundo. En todas partes se ha rechazado ya el sistema que aquí sin excepcion siguen nuestros maestros. La única facultad del espíritu que ejercitan los niños en las aulas—así los de instruccion primaria como los que concurrená escuelas superiores—es la memoria. La enseñanza intuitiva es en la práctica, en nuestro país, un procedimiento desconocido. Los libros de texto que diariamente se recomiendan por los centros oficiales, agenos á todo adelanto, son aquellos mismos libros de texto en que aprendimos nosotros multitud de noticias que nos parecían cuando nos las enseñaban otros tantos enigmas. Es verdaderamente absurdo llevar las inteligencias infantiles de lo general á lo particular, de los principios á las aplicaciones, de la teoría al ejemplo. Esto no se ve ya más que en nuestras escuelas, porque esto es dar al espíritu que pide alimento en vez de pan una medicina y las leyes y el esfuerzo de la administracion deben encaminarse á poner un correctivo á ese mal y á impulsar la enseñanza de nuestro país por el rumbo que sigue en los más ilustrados.

La isla de Creta.—Noticia geográfica.—Creta, que es despues de Chipre la más extensa de todas las islas de poblacion griega, es una dependencia natural de la península helénica. Los tratados que disponen de los pueblos, sin consultar su voluntad, han hecho de Creta una isla turca. Pero Creta es helénica, tanto como por los votos de la inmensa mayoría de su poblacion, por el suelo, el clima y la posicion geográfica. Rodéanla completamente mares profundos, ménos hácia el NO. por donde los bancos submarinos la unen á Citeres y al Peloponeso.

Pocas regiones hay en el mundo tan favorecidas como ésta por la naturaleza. El clima de Creta es suave y templado, aunque á menudo excesivamente seco en estío; sus tierras son fértiles á pesar de la falta de aguas corrientes en sus calcáreas mesetas; anchos son y bien abrigados los puertos de la isla, y las perspectivas que su contemplacion ofrece grandiosas y encantadoras. Por la posicion transversal que ocupa en la desembocadura del archipiélago, entre Europa, Asia y Africa, Creta parecía llamada á ser el más importante depósito del cometcio que se hace entre esos continentes. Se creería, viéndola en los mapas, que estaba, como indicó Aristóteles, hace más de dos mil años, designada de antemano para llegar á ser la intermediaria general de los cambios de Levante. Tal era, con efecto, el puesto asignado diez ó quince siglos ántes de comenzar nuestra era por todas las tradiciones griegas á la isla de Chipre. Correspondíale entónces la dominacion de los mares; las Cicladas eran las «islas de Minos,» las colonias de Creta se esparcían por Sicilia, las naves de Creta llegaban á todas las playas del Mediterráneo. Desgraciadamente Creta estaba dividida en gran número de pequeñas ciudades envidiosas unas de otras, y no le fué posible conservar su preponderancia mercantil durante mucho tiempo. Otras poblaciones griegas la conquistaron, y los primeros habitantes vinieron á ser clientes y mercenarios. Despues los romanos sometieron á su imperio la isla. A partir de esa época no ha vuelto á recobrar su autonomía. Los bizantinos y los árabes, los venecianos y los turcos la han poseido sucesivamente destruyéndola y empobreciéndola.

La forma oblonga y prolongada de la isla, y la espina de montañas que sirviéndole de núcleo la atraviesa y domina de uno á otro extremo, hacen comprender como Creta, en los antiguos tiempos en que la mayoría de los griegos limitaban su patria á los muros de la ciudad en que vivían, llegó á dividirse en multitud de repúblicas microscópicas, y de qué manera fracasaron todos los ensayos de confederacion ó de «sincretismo» que llegaron á intentarse. Los habitantes de la isla se creían mucho más separados en realidad, que si poblaran los islotes agrupados en el Archipiélago. Casi todos los valles del litoral están encerrados entre altos promontorios, y no tienen otra salida fácil ni más acceso posible que los que el mar les ofrece. La ciudad, grande ó pequeña, que ocupa el centro de cada valle no podía comunicar con sus vecinos más que por senderos estrechísimos que el primer conato de defensa hacía intransitables. Una ciudad conseguía apoderarse empleando la astucia ó la fuerza de uno ó muchos valles; pero le era imposible extender su conquista muy léjos, porque las estribaciones de los montes cortan con sus prolongadas y abruptas escarpas las llanuras y las vegas de la ribera. Sólo hoy una campiña que verdaderamente merezca el nombre de llanura en toda la isla: el valle de Messara, granero de la isla, al S. del grupo central; por este valle arrastra su pequeño caudal en en invierno y en estío el Ieropotamos ó Rio Santo.

La forma exterior de Creta responde de una manera notable al

relieve de sus montañas. La especie de rectángulo que forma la isla, es más ancho ó reducido, segun la altura de las cumbres correspondientes de su cordillera. En el centro de Creta, donde la isla es más ancha, se eleva la montaña más importante. el Ida (Psiloritî). Allí, segun la mitología helénica, nació Júpiter. Su alta cuna, aislada y casi siempre cubierta de nieve, que recuerda la soberbia esbeltez del Etna, sus inmensas estribaciones, los valles cubiertos de verdura en que se asienta, le dan un aspecto grandioso; pero aún sería más bello en la antigüedad griega, cuando sus bosques le valieron el nombre de Ida (cubierta de arbolado). Desde la cima del Ida se ve toda la isla á los piés; hácia el N. se divisa una línea de islas y penínsulas desde las cumbres del Taigeto á las montañas de Asia Menor. Hácia el S., por encima de la pequeña isla de Gozzo, árida, desnuda, sin puertos, no se distinguen las riberas de la Cirenáica (1), á causa de su pequeña elevacion relativa.

El grupo principal de montañas occidentales de la isla, que excede en altura media al monte Ida, es el de los montes Blancos ó Leucadri así llamado por las nieves que cubren su cima y á causa de sus canteras de piedra calcárea blanquecina. Están completamente desnudos de bosques y apénas si hay en los valles sobre que se levantan un fondo de verdor y de vegetacion. Los Montes Blancos han recibido tambien el nombre de Esfakiotas por las poblaciones clásicas, puras de toda mezcla, que viven acantonadas en ellos como en una ciudadela. Pocas montañas hay tan abruptas y mejor defendidas que esta por la naturaleza contra toda clase de ataque. Algunas poblaciones sólo tienen acceso por el lecho pedregoso de torrentes que descienden formando cascadas; durante la estacion de las lluvias, cuando sus cauces apénas pueden contener el caudal que por ellos se precipita, queda toda comunicacion interrumpida; se dice entónces que se ha cerrado la puerta. Tal sucede con el desfiladero de Hàgio Rumeli gráficamente descripto en una de las láminas que ilustran esta obra), situado en la vertiente meridional de los Montes Blancos; cuando las nubes amenazan innundar aquellas estrechas gargantas, nadie se aventura á atravesarlas por temor de que lo arrastre el torrente. En vano intentaron los turcos durante la guerra de la independencia forzar esta puerta de la gran ciudadela montañosa. En sus alturas se extienden tierras cultivables que podrían alimentar una poblacion numerosa, si el clima de aquellos lugares fuese ménos frio. Así las ciudades de Askyfo, inhabitables en invierno á causa de su grande elevacion, ocupan una meseta rodeada por todas partes de una muralla circular de mantañas. Esta meseta fué en otro tiempo un lago como lo prueban sus antiguas y escarpadas orillas visibles aquí y allá y las rocas insulares situadas en mitad del cauce. Las aguas que caen en el gran embudo han hallado katravotas por donde verterse en el mar. Una de las grandes fuentes salta entre los mismos peñascos de Hagio Rumeli.

Las otras cadenas y masas montañosas de la isla, son ménos elevadas y mucho ménos ásperas que los Montes Blancos (2). Los más

---

(1) Cirenáica ó Barkah se llama el territorio berberisco lindante al N. con el Mediterráneo, al E. con Egipto, al S. con el desierto de la Libia, y al O. con Tripoli y el golfo de Sidra, situada entre los 28° y 33° lat. N., y los 23° y 32° long. E.

(2) La superficie de la isla, segun Raulin, mide 7.800 kilómetros cuadrados; el monte Ida tiene una altura de 2.498 metros, los Montes Blancos de 2.462, y los de Lassití, de 2.155.

notables son los montes Lassití y más al E. todavía los de Dicté ó Sitia, que ocupan en la extremidad oriental de la isla, una posicion simétrica con el grupo de las cumbres esfakiotas, pero que á pesar de su aspereza no han podido defender la independencia de las poblaciones que la habitan. En la vertiente septentrional de estas montañas, se ven terrenos que fueron playas en otro tiempo. Los restos que el mar arroja sobre las arenas que le circundan, y de que hay en esas playas algun vestigio, prueban que la isla se ha levantado sobre el nivel marítimo lo ménos veinte metros durante el período geológico moderno. La costa N. de la isla es más accidentada que la del S., y ofrece al navegante mayor número de golfos, bahías y abrigos seguros. En esta parte se han construido todas las ciudades mercantiles de Creta; puede decirse que esa ribera, inclinada hácia las aguas del Egeo, y poblada de barcos, es el litoral vivo, miéntras que la costa meridional, relativamente desierta, mira hácia las playas de África, más desiertas todavía. Las ciudades de la ribera septentrional ocupan los emplazamientos de antiguas poblaciones. Candia ó Megalokastron, que ha dado su primer nombre, por el que es más conocida, á toda la isla, está situada en el punto mismo en que se levantaba la Heracleion de los griegos, el puesto de la famosa Crwsse. Retimo, en la base occidental de Monte Ida, apénas ha modificado su antiguo nombre de Rytimnos. Por último, la Cassea, cuyas blancas casas se confunden á ciertas distancias con las áridas estribaciones de los Montes Blancos, es la Kydonia de los griegos, célebre por sus bosques de membrillos. En la actualidad, esta es la capital de la isla y su ciudad más importante, bajo el punto de vista comercial, ya que no lo sea por la cifra de su poblacion (1). La Cassea es el gran depósito de cambios de la isla; trata en la actualidad de completar sus condiciones comerciales, construyendo un segundo puerto, el de Azizirge, situado al E. de la ciudad, en la bahía de Suda, obra natural perfectamente abrigada, que será en el porvenir una de las principales estaciones marítimas del Mediterráneo.

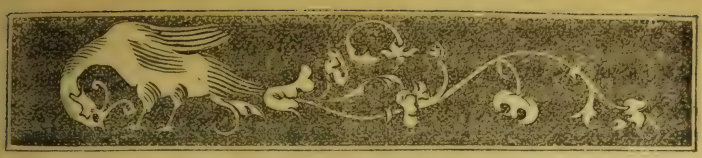
La isla de Creta es en la actualidad muy inferior á lo que ha sido en cuanto se refiere á su poblacion y á su riqueza. No merece ya el nombre de «Creta, la de las cien ciudades,» que le dió la antigüedad griega. Pequeños pueblecitos construidos con los materiales de algun antiguo muro, reemplazan la mayor parte de las ciudades de otro tiempo. A despecho de la extraordinaria fertilidad de sus tierras, Creta no suministra al comercio sino un excaso número de productos agrícolas; ya no es Creta la isla fecunda donde Céres dió á luz á Pluton sobre una rica gavilla de mieses. Los aldeanos llevan á censo los campos que perezosamente cultivan; fáltales libertad é instruccion. Los olivares de Creta dan un aceite amargo, sus viñas producen, á pesar del mal cultivo, un vino excelente, pero que no lo es tanto como la malvasía de los venecianos; los agricultores desdeñan plantar algodon, tabaco y otros muchos frutos riquísimos que allí podrían darse. El único adelanto que han realizado en este siglo, es el cultivo de las naranjas, cuya deliciosa fruta con tanto afan se busca en todo el Oriente. M. Jorge Penot señala el hecho curioso de que crezcan en distintas partes de la isla todas las especies de árboles cultivados, excepcion hecha de la viña y el olivo. Sólo se ven castaños en la extremidad occidental, encinas verdes y cipreses en los

(1) La poblacion de la isla es de 210.000 habitantes, la de La Cassea 12.000; la de Candia 12.000; la de Retimo 9.000.

altos valles de los esfakiotas y en la provincia de Retimo, al O. del Ida; las montañas de Dicté producen el pino y el algarrobo; por último, en la extremidad sud-oriental de Creta, avanza hácia el África un promontorio en que se eleva un bosque de palmas datileras, el más bello de todo el Archipiélago griego.

La poblacion de Creta y de los islotes vecinos no ha dejado de ser en su mayoría helénica á pesar de las sucesivas invasiones de pueblos de diferente raza que se han enseñoreado de ella. El idioma que habla es un dialeto que conserva los caractéres del dórico alterado y modificado. Del paso de los eslavos, que invadieron la isla á principios de la Edad Media, no hay más huella que los nombres de algunas villas y pequeños lugares. Los árabes y los venecianos llegaron á fundirse con los cretenses aborígenes; quedan, sin embargo, entre ellos gran número de albaneses, descendientes de los soldados arnautas que conservan sus costumbres y su dialecto. En cuanto á los musulmanes ó pretendidos turcos que constituyen sobre poco más ó ménos la quinta parte de la poblacion total, descienden en su mayoría de los cretentes convertidos en otro tiempo al islamismo para escapar á la persecucion de los otomanos. De todos los helenos de Oriente esos son los únicos que adoptaron en masa el culto del vencedor. Despues que cesó la persecucion y que no fué temible la intolerancia, muchas familias mahometanas de orígen griego, abjurando su nueva fé, volvieron á profesar la de sus abuelos. Los helenos de Creta aman su patria y en todo tiempo, desde la más remota antigüedad, han sufrido mucho por ella y en casi todos los lugares de la isla, con especialidad entre el Ida y los Montes Blancos, muéstranse al viajero campos de batalla en que los cretenses vertieron su sangre por la causa de la independencia. Las vastas cavernas de Melidoni, situadas en las pendientes occidentales del Ida, fueron teatro de un horrible suceso. Era en 1822; más de trescientos helenos, casi todos mujeres, niños y ancianos se habían refugiado en la gruta. Los turcos llegaron á su entrada y en la estrechísima abertura de la roca encendieron una inmensa hoguera; vino el viento á auxiliar esta obra de exterminio y desolacion empujando las llamas y el humo al interior del subterráneo. Los desdichados huyeron al fondo de la gruta; pero todos perecieron por el calór y la axfisia. Los cadáveres permanecieron en el suelo sin otra sepultura que la del redimento calcáreo que poco á poco fué envolviendo sus restos. ¡Todavía aquí y allá se encuentran en el interior de la gruta huesos humanos que la piedra no ha revestido con su inmenso sudario gris!

TIPOGRAFÍA ESTEREOTIPIA PEROJO
Mendizabal, 64.



GODOFREDO Y GARCINDA

I.

HÁCIA la época de la segunda cruzada vivía cerca de Carcasona, en Provenza, un noble, el conde Hugo de Malaspina, quien despues de la muerte de su bella y virtuosa esposa, envió á su hija única Garcinda, entónces de edad de diez años, acompañada de su hermana de leche, Aigleta, al convento de Monte Salvair para que se educara, y libre de este cuidado y á pesar de sus canas, empezó la vida de aventuras del soltero.

Era un altivo caballero, muy popular con los hombres y las mujeres, de modo que jamás le faltaban invitaciones para alegres torneos y banquetes en los castillos de los opulentos nobles que vivían cerca ó léjos de su morada. Sin embargo, con la edad, se enfrió su entusiasmo, tanto por los ejercicios militares como por la gaya ciencia, y dejó que en ambas cosas le llevaran la palma los jóvenes; pero desarrollándose en cambio en nuestro héroe una excesiva aficion al vino y á los dados, con lo cual varió por completo su carácter; y del hombre prudente que era, cuidadoso de sí mismo y de su hacien-

da, cayó en la degradacion del trasnochador y sólo ocupaba su castillo como arrendatario de sus acreedores, no pudiendo llamar suyo otra cosa que su valor intachable de caballero y el corazon de su hija. A fin de no apesadumbrar á ésta, el conde Hugo tenía el mayor cuidado de que no llegase al convento el rumor del mal estado de su hacienda. Acostumbraba hacer una visita á su hija dos veces al año, y la jóven, que hasta entónces había consagrado todo su cariño á su padre, á quien admiraba como el ideal de la virtud caballeresca y de la perfeccion humanas, no dejó de notar que los ojos del cada dia más avejentado caballero, habían perdido hacía tiempo su alegre expresion, que sus mejillas estaban hundidas y sus labios habitualmente apretados; pero como conocía el medio de alegrarlos durante su estancia en el convento y hacerle olvidar el mundo exterior, naturalmente atribuía la variacion que en él encontraba á la soledad en que se veía, y le rogaba con insistencia que la llevase consigo. Esta súplica era recibida por el conde con suspiros, moviendo tristemente la cabeza y declarando, por último, que no era conveniente para su buena fama que fuese á vivir en un castillo aislado, habitado sólo por hombres y sin otra proteccion que la que él podía ofrecerle. En consecuencia, no quería sacarla del convento hasta que pudiera cambiar la compañía de las piadosas hermanas por la de un marido digno de ella. Esta contestacion no era del agrado de la inteligente jóven, porque si bien era cierto que había sido muy feliz con las monjas, que eran alegres y bulliciosas, que había tenido además á su lado á la festiva Aigleta,—niña encantadora que era tan chistosa como es posible serlo en un convento,—Garcinda deseaba conocer y gozar algo del mundo exterior y sobre todo dedicar enteramente su amante corazon á su padre. Mas éste insistiendo en que el honor de su casa no permitía que variasen las cosas y terminada la conversacion sobre ese asunto—como aguijoneado por un secreto pesar—se separaba repentinamente de su encantadora hija, la cual se sentaba en la torrecilla del convento, pensativa y mirando el camino que su padre había tomado.

Así pasaron años y años: la hija del conde había salido

de la niñez mucho tiempo hacía; pero las buenas monjas, aunque deseosas de mantenerla á su lado, empezaban á extrañar que no se tratase de casarla; porque aquellas buenas almas no tenían la más remota idea de que el conde Hugo refractario á confesar á su yerno, cualquiera que fuese, que estaba arruinado, hablaba de su hija tan poco como si se la hubiesen cambiado en la cuna, dejando en su lugar una muñeca.

Ahora bien, aconteció que una mañana temprano, cuando nadie le esperaba en su castillo, volvió el conde enteramente sólo en su yegua ruana y llamó á la puerta tan débilmente como un hombre mortalmente enfermo podría llamar á la puerta de un hospital.—El portero, gruñendo contra el intempestivo huésped que interrumpía su sueño matinal, habiendo mirado por la reja de la puerta del patio, se sobresaltó tanto con lo que vió, que apénas pudo con sus trémulas manos descorrer el cerrojo para dar entrada á su amo; porque la fisonomía del conde estaba pálida como la muerte, sus ojos hundidos, fijos y sin expresion, como si en lugar de volver de una fiesta en el castillo de su vecino el conde Pedro de Gaillac, hubiera salido de la caverna de San Patricio ó de algun otro lugar más terrible aún donde hubiera pasado la noche entre espectros.—Arrojó la brida del caballo (que estaba cubierto de sudor, y bebía con ansia la lluvia en la tierra) al alarmado servidor y pronunció una sola palabra: «Godofredo.» Enseguida subió la escalera de caracol que conducía á su solitaria habitacion, moviendo la cabeza cuando el criado le preguntaba si quería tomar alguna cosa ó que despertase á algunos otros servidores.

El portero, que jamás había visto á su amo en situacion semejante, habría tardado mucho en recobrar su serenidad, si el caballo, dando un agudo relincho de terror, no hubiera caido en tierra; con alguna dificultad le hizo levantar y condujo al estenuado ánimal á la caballeriza, donde le cuidó con esmero; despues, hablando consigo mismo y llamando en su auxilio á todos los santos del cielo, corrió en busca de Godofredo.

El jóven que llevaba este nombre vivía en una torrecilla retirada cubierta de yedra inmediata al foso, y como acababa de

amanecer, todavía estaba sumido en ese profundo sueño tan propio de su juventud y de la buena salud de que gozaba. Apénas tenía veinte años, y era sobrino del conde, fruto del desgraciado amor de una noble dama, la condesa Beatriz y de cierto trovador vagabundo que, conociendo el espíritu orgulloso y las costumbres de la casa de Malaspina, no tuvo medio alguno para obtenerla sino persuadirla de que se fugase con él. El conde Rambeurt, su padre, cuando descubrió la desgracia que había caido sobre su familia, sólo tomó parecer de su hijo Hugo; y ámbos, padre é hijo, salieron á caballo durante la noche en persecucion de los fugitivos. Al sétimo dia regresaron al paso acompañando uno á cada lado una litera cerrada, dentro de la cual la jóven condesa yacía tan sumamente pálida, que más se asemejaba á una estatua de cera que á una persona humana.—El hermano había muerto al amante y el padre había maldecido al moribundo. Desde entónces no habló una palabra con ninguno de ellos, habitando cual una viuda en una torrecilla aislada, donde dió á luz á su hijo. Jamás se quejó, pero rechazó toda tentativa de reconciliacion, aunque despues de la muerte de su padre, el conde Hugo, que siempre la había profesado grande afecto, trató, por cuantos medios le eran posibles, de reconciliarse con ella. Él en persona llevó á su hijo á bautizar, y cuando se casó, impuso á su esposa el deber de visitar diariamente á la pobre solitaria, que jamás voluntariamente salía de la prision que había elegido.

Ambas señoras habían dejado de existir; el jóven Godofredo, llamado como su padre, fué educado cual si hubiera sido hijo del conde, y la verdad es que el hombre más altivo podía estar orgulloso de tal hijo. Era un jóven hermosísimo, ancho de espaldas, moreno, con grandes ojos negros y una boca tan bonita, que daba envidia á las mujeres, pero que rara vez se dibujaba en ella una sonrisa, porque á pesar de tener en abundancia todo cuanto un jóven de aquella época podía desear, ricos trajes, armas bien templadas, caballos, halcones y tiempo de sobra para dedicarse á los ejercicios propios de los nobles; y á pesar tambien de que desde su más tierna infancia nadie le había dicho una palabra desagradable acerca de su nacimiento, á pesar de todo esto, repetimos, mostra-

ba en su fisonomía una sombra de tristeza. Pasaba los dias discurriendo á la ventura por el bosque, que estaba inmediato al foso, y al cual se llegaba á él por un puentecillo estrecho y se mantenía alejado de toda alegre compañía en la misma habitacion en que su madre le diera á luz, como si no hubiese habido en el mundo otro lugar preferible.—En vida de su madre había plantado rosales alrededor de la torrecilla, y conservaba la habitacion, el lecho y el guardaropa en el mismo estado que cuando vivía la condesa Beatriz Por su parte, tenía pocas necesidades, y siempre estaba dispuesto á dejar aquel rincon en que se le toleraba, y que hubiere abandonado al oir la menor palabra mortificante.—Sin embargo, nadie pensaba en molestarle, y mucho ménos el conde Hugo, cuyo corazon había ganado el jóven por completo, hasta el punto de consagrar al huérfano todo el cariño que tenía á su hermana. Mas á pesar de todos los cuidados y del afecto que le demostraba, el hijo jamás pudo devolver con cariño el amistoso apreton de la mano que había muerto á su padre; y todo lo que el conde pudo hacer fué dejar á su sobrino en completa libertad. Jamás le exigió servicio alguno, le agradecía como un favor si Godofredo domesticaba un halcon ó domaba un potro, y cuando empezó á tener ménos recursos, más bien carecía él de lo necesario que Godofredo dejara de satisfacer cualquier deseo. Sin embargo, jamás lo llevaba á ninguna visita, no porque quisiera negar que era un vástago ilegítimo del tronco de su familia—especialmente desde la muerte de su madre—sino más bien porque no deseaba que el jóven conociera su relajado modo de vivir, ó que se corrompiera con las maneras libres de la disoluta sociedad de los nobles de la vecindad.

II.

En consecuencia, el sobrino, que jamás había recibido órden ninguna de su tio, se sorprendió de que tan súbitamente le despertara á una hora tan intempestiva el portero, quien con respiracion agitada le refirió lo que había pasado y le rogó fuese al castillo. No tardó el jóven en vestirse y en obedecer

á su tio.—Cuando entró en la habitacion de éste, débilmente iluminada por la escasa luz del amanecer, le encontró sentado á una mesa con una bugía delante, á cuya luz había escrito una carta.— Estaba inmóvil, con la cabeza apoyada en las manos y éstas como escondidas en su poblada cabellera cana.—Godofredo tuvo que llamarlo tres vecess para que saliese de su meditacion, y cuando al fin levantó la cabeza y vió la palidez que le cubría y la extraviada mirada de sus ojos, se sorprendió tristemente,—aunque no amaba á su tio,—pero hizo un esfuerzo, le preguntó si estaba malo y si quería que fuese á Carcasona en busca de un médico.

—Ensilla un caballo, Godofredo, contestó el conde Hugo; levantóse con lentitud y sellando la carta que había escrito con su anillo, es preciso, añadió, que lleves hoy esta carta á la señora abadesa del convento del monte Salvair, que mañana debe enviarme á mi hija Garcinda, á quien tengo que comunicar un asunto importante, y como yo en persona no puedo ir á buscarla, porque el viaje que he hecho esta noche me ha hecho daño y la gota me anuncia que debo meterme en cama, más bien que montar á caballo, desearía que tu escoltases á tu prima para que viniera con toda seguridad. Lleva un criado contigo que volverá con las ropas que pueda necesitar mi hija por el momento, hasta que la abadesa envie el resto del equipaje. El convento prestará á Garcinda un palafren como se lo su plico en esta carta, y pasareis la noche en la quinta de la Vaquiera, que está á mitad del camino, pues mi hija no está acostumbrada á viajar á caballo y el calor es grande.—A la tarde del tercer dia os veré aquí.

El jóven recibió la carta, se detuvo un momento en el umbral como si alguna pregunta le quemase los labios, y luégo añadió láconicamente: «Así se hará, señor,» y despues de hacer una leve inclinacion de cabeza abandonó la habitacion.—Una vez de la parte de afuera de la puerta, creyó que lo había llamado el conde y permaneció quieto por un momento para convencerse de si era así efectivamente, pero no oyendo nada, bajó la escalera de caracol, sacó su caballo de la cuadra, dió las órdenes necesarias á uno de los escasos criados que permanecían en la arruinada casa, y como estaba medio dormi-

do y por tanto obraba con lentitud, le mandó que le siguiera, miéntras él salió por la puerta pasando por delante del admirado portero que le preguntaba por el estado del conde ó si había fallecido, sin darle más respuesta que encogerse de hombros.

La razon de su priesa en cumplir aquella mision, no era otra que el temor de que su tio variase de modo de pensar, y lo llamase, puesto que durante los ochos años que su prima había estado ausente de la casa paterna, nunca había sido elegido para llevarle mensaje alguno, como si tuviera la idea preconcebida de impedir que se encontrasen juntos. Cierto es, que cuando ambos primos eran niños, no había ninguno á quien la condesita quisiera tanto como á su silencioso y orgulloso primo, el hijo del trovador vagabundo, quien ya en esta época llevaba la misma extraña y solitaria vida en la torrecilla en que su madre había espirado. Los criados suponían que á causa de Godofredo había enviado el conde su hija al convento, en vez de tomar una dueña, como hacían otros nobles viudos, y ahora ese mismo sobrino era el comisionado para conducir al castillo á la jóven, que segun de público se decía, era un portento de hermosura. ¿Se habría presentado en la noche anterior algun pretendiente, de modo que ya no sería necesario preservar á la jóven condesa de un amor inconveniente? ¿Acaso la muerte en su fantástico caballo habría acompañado al conde en su viaje de la noche anterior, de modo, que libre ya de todas las consideraciones humanas pensaría únicamente en hacer la paz con Dios, dejando en libertad á su hija de ser feliz ó desgraciada por su propia decision? Este misterio no tenía desenlace.

Tan pronto como las torrecillas del castillo de Malaspina se perdieron de vista, Godofredo sacudió su tristeza, y sólo dejó penetrar en su ánimo pensamientos lisonjeros y alegres,—huéspedes poco usuales en él,—acerca de la mision de que estaba encargado para con su compañera en los juegos de la niñez, cuyas delicadas facciones, sus risueños labios, sus blanquísimos dientes y sus grandes ojos negros, se presentaban á su imaginacion, como si los hubiera visto la víspera. El dia estaba sereno, ni una nube oscurecía el azul del cielo, en los

bosques se escuchaba el canto de los pájaros, los hermosos campos de la Provenza se abrían ante él dorados con el casi maduro trigo, y por la primera vez en su vida todas estas cosas le parecieron un don celestial. Empezó á cantar una de las trovas con que su padre ganó el corazon de su madre, que había encontrado en un libro de música con las palabras escritas al márgen por la propia mano de la condesa Beatriz, y que decía así:

«Le douz chants d'un auzelh
Tue chantava en un plays
Me desviet l'autr'ier
De mon camin.»—

No sabía por qué motivo este canto particular le venía á la memoría; hasta entónces sólo había pensado en él con tristeza y pena; pero aquel dia lo cantaba con voz clara y alegría de corazon.

Al acercarse por la tarde al convento, su humor era más intranquilo, y su frente empezó á cubrirse de nubes. Con el corazon palpitante llamó á la puerta, y entregando la carta á una hermana lega á través de la reja, esperó la contestacion de la abadesa. No tardó mucho en llegar, diciendo que el mandato del conde sería obedecido, que al amanecer del dia siguiente ambas jóvenes serían entregadas al cuidado del mensajero, y que entre tanto, éste podría pasar la noche en casa del bailío del convento, que estaba acostumbrado á recibir forasteros, y que vivía en las viñas de monte Salvair.

La noche, sin embargo, pareció muy larga al jóven, porque su buen amigo, el sueño, no vino como de costumbre á visitarlo; envidiaba al criado (que ha llegado á media noche con el caballo para conducir el equipaje) y que dormía á pierna suelta, tanto por la influencia del vino del convento, como por la indeferencia que es su consecuencia inmediata; pero en Godofredo había alguna cosa que lo mantenía despierto y era más fuerte que el vino y el cansancio.

III.

Al fin apareció el alba del nuevo dia; amo y criado ensillaron los caballos, despidiéronse del bailío y se dirigieron á la puerta del convento del monte Salvair, para esperar á la jóven condesa. No tardaron mucho en abrirse las puertas de la Santa Casa; la abadesa salió con su séquito de monjas y entre ellas la jóven Garcinda y su hermana de leche, que estaban en vísperas de entrar en una vida de libertad, miéntras las hermanas volvían á su piadosa servidumbre.—Huvo tantas lágrimas, suspiros, abrazos y bendiciones que Godofredo tuvo que esperar algun tiempo para ver la fisonomía de su prima, perdida entre los velos de las monjas; pero una sola mirada de sus negros ojos y el brillo de sus rubios cabellos, hicieron tal efecto en él, que permaneció de pié al lado de su caballo en la mayor confusion, y apénas oyó á la abadesa, que preguntaba con manifiesta admiracion si era él realmente el mensajero que la víspera fué portador de la carta del conde de Malaspina, y á quien había de confiar su hija.—El criado, que estaba cerca con los brazos cruzados viendo lleno de admiracion á las santas mujeres, tuvo que tocarle con el codo al jóven para que volviera en sí, y con una reverente inclinacion de cabeza contestó la pregunta que había oido imperfectamente.—Luégo añadió con la vista fija en su prima: «El conde Hugo no ha podido venir en persona, y me ha encargado que caminemos lentamente y pasemos la noche en la Vaquiera.»

Dando cuenta de este prudente proyecto esperaba remover cualquier escrúpulo que pudiera ocurrir á la abadesa respecto á confiar á la jóven á la proteccion de un hombre de tan pocos años. Sin embargo, pareció que sus palabras habían producido un efecto contrario al que se proponía, porque despues de dirigir una mirada al cielo, la noble señora se volvió hácia algunas de las monjas más ancianas y tuvo con ellas en voz baja una especie de consulta. Luégo, cuando el bailío

sacó los caballos para las jóvenes y miéntras algunas de las hermanas legas ayudaban al criado á colocar el equipaje y provisiones en la acémila, una jóven con fisonomía alegre y vivaracha salió de entre la pantalla blanca y negra que formaban los hábitos de las monjas.—Era Aigleta, la hija de la nodriza de Garcinda, que se había hecho una encantadora jóven y que acercándose al mudo mensajero, y tendiéndole una mano pequeña pero vigorosa, exclamó: «En nombre de Dios, sed bien venido, señor Godofredo! ¿sois vos?» Dicho lo cual se dirigió á la abadesa y le dijo algunas palabras al oido que disiparon, al parecer, todas las vacilaciones y ansiedad de esta. La piadosa señora tenía una completa confianza en las lecciones de prudencia y virtud que la jóven había bebido en la casa conventual para que creyera posible que pudiera entregar su corazon á un primo ilegítimo que carecía de nombre especialmente en aquel momento, en que probablemente la esperaba una distinguida alianza. Abrazó, pues, á Garcinda, que prorrumpió en llanto, la ayudó á subir al palafren del convento, miéntras que Aigleta, con el auxilio de Godofredo, montaba una jaquita de bastante génio, y entre muchos sollozos y despedidas con los pañuelos, la pequeña cavalgata atravesó al fin la puerta ojival del convento de Monte Salvair, al cual las esposas de Cristo lenta y tristemente volvieron.

Los jóvenes viajeros tambien caminaban más silenciosos y pensativos de lo que debía esperarse de un caballero de pocos años en la primavera de su vida, que escoltaba á dos hermosas doncellas que á caballo emprendían su primera expedicion en un mundo risueño y nuevo para ellas. Despues de algunas breves preguntas acerca de la salud de su padre, Godofredo no había vuelto á dirigir la palabra á Garcinda, quizá por la breve aunque respetuosa manera con que esta parecía evitar entrar en pormenores; pero Aigleta, que por su parte estaba muy satisfecha con haber abandonado el convento, despues de un suspiro de gratitud por haber dejado la piadosa, pero monótona vida que allí llevaba, empezó á hacer á Godofredo una chistosa narracion de aquella vida, dia por dia. La alegre muchacha era una buena mímica é imitaba á la perfeccion las

voces de las diferentes hermanas, sus cándidos secretos, sus ojos bajos, su franca risa y sus gritos alegres cuando nadie las observaba; sus pequeñas riñas, el acendrado amor de unas á otras en vísperas siempre de convertirse en ódio mortal. En medio de esta variada descripcion, de repente imitaba la voz grave de la abadesa exhortándolas á la paz y pintando los peligros del mundo, que concluía con una mezcla de discursos religiosos y mundanos, con los cuales suponía que las monjas demostraban su sentimiento por la partida de la condesa; su envidia, sus sermones de que Satanás con todo su séquito la esperase á las puertas del convento, terminando tan larga y variada narracion con las oraciones de la abadesa, pidiendo al Señor la librase de todo peligro, y especialmente de las tentaciones de los atrevidos caballeros y de los primos jóvenes.

Garcinda, que iba delante, puso fin á esta algazara riñendo con su dulce voz á Aigleta, pero sin volver la cara. Era pecado, dijo, despues del mucho cariño y atenciones que habían merecido en el convento, poner en evidencia las debilidades de las pobres reclusas, y ella por lo ménos no podía olvidar, que siendo huérfana, había encontrado allí un hogar. A lo cual la alegre Aigleta, á quien no agradó mucho este sermon en presencia de Godofredo, contestó con un par de refranes: «Cada uno cuenta de la feria segun le va en ella.» «Las verdades amargan.»

Pero lo que más incomodaba á la hermosa jóven, era que Godofredo la trataba como á una extraña, miéntras que ella por su parte le recordaba mucho, y entre otras cosas lo que le agradaba cuando de sus juveniles juegos resultaba que «Fredo»—así lo llamaban entónces—tenía que matar un dragon para librarla, ó despertarla de algun mágico sueño por medio de un beso; no siendo, pues, de extrañar que miéntras hablaba con el criado, dirigiese frecuentes miradas á su otro compañero, llamándole la atencion lo buen mozo y bien formado que era, cómo con un ligero movimiento de muñeca refrenaba su ardiente corcel, y que sin embargo tenía una mirada tan grave y triste, que parecía más propia de los santos de la iglesia de Monte Salvair.

¿Qué le haría estar tan silencioso? pensaba. Si por su baja condicion, añadía para sí, no era digna de llamar la atencion de tan noble caballero, ¿cómo era que tampoco trataba de ganar las buenas gracias de su noble prima? Todo esto le ponía en tal confusion que gradualmente dejó de hablar y olvidó el ligero despecho que le había causado la reprimen da de la condesa. Por su parte el jóven, que tanto había anhelado este dia, deseaba á medida que el sol se elevaba que nunca hubiera amanecido. Cierto es que desde su más tierna infancia había considerado á su prima como el ideal de la hermosura y del amor; y aquella chispa se había conservado como un recuerdo en su corazon; pero ahora á la primera palabra de sus labios, al perfume de sus cabellos que le embriagaba, aquella chispa produjo una poderosa llama, y sufría tormentos que hasta entónces le fueran desconocidos.

Además, el aparente desvío de Garcinda aumentaba su angustia, porque si bien no podía conocer si este era debido á poca inclinacion á su persona ó al tranquilo desden de la hija del conde por el servidor de su padre, lo que la hacía estar silenciosa y apartar sus miradas, había tenido tiempo sobrado desde que la escoltaba para calcular con matemática exactitud el abismo que la separaba de ella, y el deber que tenía de ahogar toda loca esperanza. Luégo sus pensamientos se enderezaban á conjeturar quién llegaría á ser el poseedor de aquella joya confiada á su custodia; si habrían concedido su mano sin su corazon, ó si su padre, á causa sólo de su enfermedad, la había llamado á su lado tan repentinamente. Aunque así fuera, ¿sería ménos desesperada su situacion contemplando algun tiempo más el inapreciable tesoro que al fin había de ser para otro?

Estos pensamientos le sumieron en tal melancolía, que la misma Garcinda, que tampoco estaba muy alegre, lo notó, y le preguntó si no quería tomar un poco de vino. Godofredo ruborizado hasta el blanco de los ojos, escusó su silencio con no haber dormido la noche anterior, é hizo cuanto pudo por aparecer más contento, y cuando al medio dia hicieron alto en un bosque, cerca de una fuente, para tomar algun alimento, empezó á animarse, en tanto que Aigleta, que hacía largo

tiempo había echado en olvido su pasado disgusto, recobró la audacia de sus modales y participó del refrigerio, sazonándolo con sus chistes. Garcinda tomó asiento bajo un corpulento espino negro y toleró que la pequeña bruja, que no podía permanecer quieta un sólo instante, adornase con guirnaldas á todos, incluso el criado y los caballos, cantando alegremente canciones que les hacían reir, hasta que la jóven condesa, levantándose con aire grave, apartó la corona de su frente y propuso que se continuara el viaje. El último que se levantó del césped fué Godofredo, para quien aquél lugar era el Paraíso donde voluntariamente había olvidado sus penas, y sin embargo, cuando ayudó á montar á su prima, no se atrevió á estrechar sino con mucha suavidad su lindo pié al colocarlo en su mano. A esta presion ella volvió la cara al lado opuesto, y por un momento se vió envuelto en los suaves rizos de su cabellera que le caían hasta la cintura. Enseguida la jóven puso su cabalgadura al trote y todos caminaron algun tiempo, descansados con la hora de reposo que habían disfrutado, y hasta el mismo Godofredo llevaba la cabeza más erguida, como si el vino rojo que Aigleta le había servido en una copa rodeada de una guirnalda de flores, hubiera comunicado nueva vida á sus venas, inspirándole energía para gozar del tiempo presente.

La Vaquiera, adonde llegaron temprano por la tarde, era una hacienda situada enmedio de ricos pastos y espesos bosques; hasta hacía pocos años había sido propiedad de la casa de Malaspina; pero perdida al juego por el conde, la había ganado otro noble de las cercanías, Pedro de Gaillac, quien tenía otras cosas en qué ocuparse más que en atender á los ganados que había adquirido en aquel rincon. El mismo colono y su mujer, que vivian allí con gran número de pastores y pastoras, y á quienes el conde Hugo saludaba siempre que pasaba por las inmediaciones, no tenían la menor noticia de que ya no estaban bajo su dominio, y por lo tanto recibieron á su hija, á quien perfectamente recordaban, con toda la reverencia y atenciones debidas á su jóven ama. Sólo tenían una casa pequeña, porque los criados y pastores dormían en los establos, y desde luégo cedieron su única alcoba á las dos jóvenes y se

acomodaron bien ó mal en la cocina. Godofredo tuvo que contentarse con un desvan, al cual se subía por una escalera de mano, pero que por fortuna estaba bien aireado y cubierto de heno de la última cosecha. Sin embargo, hasta muy tarde no subió á su caramanchon, porque la mejor parte de aquella estrellada noche la pasó en una conversacion tan grave y seria, que sus impetuosos sentimientos quedaron subyugados, y á pesar de estar tan cerca de Garcinda recobró el sueño que había perdido la noche anterior. Las dos jóvenes, al contrario, aunque confesaban que con el largo viaje y el vino fuerte que habían bebido estaban muy cansadas, entretuvieron el tiempo miéntras se desnudaban con esas confidencias tan comunes entre doncellas que duermen en la misma cama y, sin embargo, pretenden ocultarse mútuamente los secretos del corazon.—Porque las jóvenes creen que no hay mejor manera de callar una cosa que hablar extensamente de otra:

—¿Por qué habeis estado tan disgustada todo el dia, si es que no estais todavía enfadada conmigo por los disparates que dije á causa de la alegría que me causaba volver de nuevo al mundo? preguntó Aigleta á su amiga miéntras la ayudaba á trenzarse el cabello:

—No, querida mia, replicó su melancólica compañera dejando caer las manos en su regazo. No era censura, sino que envidio tu carácter alegre.—Mi corazon está oprimido, ¡ay! Aigleta; tenía unas ilusiones tan risueñas acerca de mi vuelta á la casa paterna, de respirar libremente y de ver el mundo tal cual existe fuera de los muros de Monte Salvair. Y ahora...

—¿No os parece el mundo bastante hermoso, el cielo suficientemente azul, los prados de un verde encantador, ni el arroyo de bastante pureza para reflejar vuestra hermosura? dijo Aigleta riéndose.

—¿Cómo puedes burlarte de mi tristeza y ansiedad? repuso la hija del conde. Piensa sólo en que en el mismo momento en que vuelvo al mundo, mi querido padre está léjos de mí; que no puedo estrechar su mano ni oir su voz. ¡Oh! créeme, hay algo misterioso, oscuro, tal vez terrible, que se me oculta, cuyo presentimiento, á pesar de toda la brillantez del sol, oscurece para mí este dia tan deseado.

—¡Qué disparate! dijo Aigleta. ¿Quereis que os diga dónde está la nube que os ha cubierto con su sombra? En la frente y en los ojos de ese simple señor Fredo.—Negadlo si os atreveis; yo sé lo que sé y no tengo ojos en la cara en balde. ¿Acaso no teneis un perfecto derecho para ofenderos con sus maneras indiferentes y poco corteses? Poner una cara tan melancólica un hombre que tiene la fortuna de servir de caballero á dos dulcísimas doncellas, una de las cuales es además una condesa de alta alcurnia y su prima hermana? ¿Y esta misma noche, cuando paseábamos por los prados, no podía haber buscado otro asunto de conversacion más entretenido que el de las estrellas del cielo, si se iba á ellas despues de la muerte, y otros asuntos horrorosos de igual naturaleza? Seguramente, y fácil es conocerlo, está próximo á morir de amor; pero eso no le escusa. Tanta tristeza estará muy bien en los poemas, cuando os los escriba; pero no cuando estais juntos y solos—porque yo cerraba los ojos y fingía dormir.

—¿Qué estás ahí charlando, architonta? exclamó Garcinda, procurando aparecer enfadada, aunque sonrojándose con una dulce emocion. ¿No sabes acaso cuál es la causa de que esté tan triste y grave, y que jamás será completamente feliz en su vida? No porque tome tan á pecho su nacimiento; porque si quisiera ir á cualquier córte extranjera y adquirir fama, nadie le echaría en cara lo que él no ha podido remediar, y podría obtener riquezas, tierras, renombre y pretender la mano de la hija de cualquier conde; pero aunque sea un soñador y no comprenda lo que le conviene, no es tan loco que fije en mí sus pensamientos, porque conoce muy bien que mi padre jamás le concedería mi mano. Vaya, hasta creo que más bien me odia por ser hija de mi padre, aunque en más elevada posicion que él por mi parte, siempre me conduciré como en los dias de nuestra infancia y haré cuanto pueda para renovar nuestra intimidad.

—Pst, replicó Aigleta al desabrocharse el cuerpo del vestido, tal vez tengais razon, y sin embargo, desearía que me odiase como á *tí*. Nada más desearía; pero soy hija de un siervo, ¿y quién se tomaría el trabajo de averiguar si soy digna de amor ó de odio? Sin embargo, añadió sacudiendo su negra cabellera,

creo que vale la pena, y de alta alcurnia ó no, ya verás *domna comtessa* en la red de estos cabellos negros como caen algunos pájaros de pintado plumaje, lo mismo que en la de tus doradas trenzas, y quizás si ese cuervo negro de Fredo, se libra de ellas...

—Cualquiera que te oiga hablar, interrumpió Garcinda, pensará que vienes de cualquiera otro lugar ménos de un convento; pero ahora á dormir, desearía que fuera ya de mañana y hubiera abrazado á mi padre.

Permanecieron quietas durante una hora, sin embargo, ninguna de ellas cerró los ojos; ciertamente el lecho de la hacienda era más duro que el del convento; pero esto sólo no habría turbado el reposo de unas jóvenes de diez y ocho años. Ambas contenían la respiracion, hasta que Aigleta se sentó de repente en la cama diciendo: «Jamás creí á las monjas cuando pretendían que el mundo exterior nos privaría del sueño, y ahora veo que apénas hemos puesto los pies fuera de las puertas del convento y el sueño huye ya de nosotras, y eso que ni siquiera estamos enamoradas. ¡Oh, Santísima Vírgen de Monte Salvair, qué *sucederá* cuando lleguemos á ese estado? ¡Vos, sin duda, tendreis algun marido distinguido y tantos amantes como deseeis; pero yo, suponiendo que alguno me agrade que no pueda ser mio, creo que pondré fuego á un bosque y me arrojaré dentro á pies juntillo! »

—¿Qué estás soñando? preguntó Garcinda sin levantar la cabeza de la almohada. ¿Supones que me casaría con un marido á quien no amara, ó que mi padre me entregue á cualquiera contra quien se rebelase mi corazon? ¿No sabes que no quiere á nadie más que á mí en el mundo, y que su mayor pena sería verme desgraciada? Duerme, el vino te se ha subido á la cabeza, y me parece que has salido del convento demasiado pronto.

—Amen, contestó la alegre doncella en la solemne voz de la abadesa; luégo lanzó una carcajada, pero dejó de hablar, y se durmió ántes que su señora.

A la mañana siguiente los caballos estuvieron ensillados en el patio una hora larga ántes de que las jóvenes aparecieran en el umbral. Saludaron familiarmente á Godofredo, habla-

ron un corto rato con las buenas gentes de La Vaquiera, y espolearon sus caballos á fin de llegar cuatro horas despues á Malaspina, ántes del calor de medio dia.

Tampoco se habló mucho en el camino; el jóven, á pesar del profundo sueño de que había gozado, estaba más pálido y más triste que el dia anterior; hasta la misma Aigleta parecía entregada á sus pensamientos, se mordia los labios y suspiraba de vez en cuando. Además, tenían gran dificultad en seguir á la condesa, que apretaba su palafren como si la persiguieran. Una vez se volvió hácia Godofredo, que se mantenía cerca de ella, por temor á que el espoleado palafren diera un paso en falso.—¿Creeis que mi padre nos saldrá al encuentro á caballo? preguntó esperando con ansiedad la respuesta.—Así lo creo, replicó el jóven sin atreverse á fijar la vista en ella, porque tambien tenía tristes presentimientos.

IV.

Cuando por primera vez estuvieron á la vista del castillo en Malaspina, Garcinda de repente recogió las riendas, y haciéndose una pantalla con la mano, se quedó mirando por algunos momentos el bien conocido edificio.

El camino serpenteaba como una brillante cinta por entre el césped, y podía verse la menor cosa; pero nada se descubría que asemejase á un ginete que pasara el puente levadizo para salirles al encuentro; y cuando llegaron tan cerca que el guarda tocó el cuerno, todo permaneció en silencio, sin que señal alguna indicase la alegre recepcion que la hija del conde había esperado.

El portero apareció al fin en la puerta abierta, y detrás algunos servidores pobremente vestidos, que parecían confusos y que por primera vez se apercibían cuán crecidas estaban la hierbas y las ortigas en el patio. Godofredo había dado una escusa para permanecer detrás, porque su corazon destilaba sangre á la idea de presenciar semejante regreso al hogar paterno; porque si bien la inocente é inexperta jóven no podía

comprender en toda su extension el cambio ocurrido, y que en los muros de la puerta no estaba escrito que escasamente las paredes continuaban siendo de su padre. Sin embargo, la escasez de criados, y su raida librea, le habían alarmado, y más que todo esto, que su padre no hubiera tenido corazon para recibir á su muy querida hija, al llegar á la morada de sus antepasados.

—¿Está enfermo mi padre? preguntó apeándose del palafren sin dar tiempo á que la ayudasen.

—«No es más que un fuerte ataque de gota señora», contestó el portero dirigiendo la vista á una ventana que daba al patio y esperando que al ménos, su amo saludaría desde allí á su hija, ya que su enfermedad no le permitiese bajar la escalera; pero la ventana estaba vacía y el rubor cubrió la frente de Garcinda, cuando siguiendo la mirada del portero, vió que se había engañado en la esperanza de ver allí á su padre—«Voy á subir á verle, Aigleta, le dijo en voz baja, espera aquí hasta que te llame.»

Garcinda subió y miéntras tanto, los demas viajeros se apearon y entregaron sus caballos á los criados. Godofredo despues de cambiar estas palabras con el portero: «¿Algo de nuevo?» «Todo sigue lo mismo», llevó en persona su caballo á la cuadra, le quitó la silla y la brida y enseguida atravesó el patio, dirigiéndose á la torrecilla sin parar mientes en Aigleta que sola y abandonada se sentó en un banco de piedra, y de buena gana hubiera prorrumpido en llanto al ver tan triste regreso, si no hubiera habido tantos espectadores. La triste jóven vió á Godofredo tomar el camino de la bien coronada torrecilla rodeada de rosas; pero iba tan abatido, que ella no se aventuró á hablarle y mucho ménos á preguntarle que la permitiese ir con él al lugar testigo de sus juegos infantiles. En cuanto al jóven, parecía que se había olvidado de que estaba en el mundo y entre hombres, pues aunque desde la mañana temprano sólo había tomado un poco de pan y vino, y ya era más de medio dia, no pensaba en comer ni beber y se sentó en la cama de su madre, inmóvil cual herido de un rayo, con los ojos muy abiertos y fijos en el libro de canciones de su padre que al entrar había tomado del estante y tenía

abierto sobre sus rodillas. Sin embargo, no parecía que estuviera leyendo, sino más bien escuchando algunas palabras que su corazon rimaba, sin que nadie pudiera sos pechar, si éstas fueran alegres ó tristes.

De repente se extremeció y volvió á la vida real; ruborizándose profundamente; se levantó súbitamente de la cama y reteniendo el aliento, escuchó con atencion cierto ruido que se oía entre las rosas del jardin. Sí, eran sus pasos, y ya su mano estaba sobre la puerta de la torrecilla, ya atravesaba el estrecho y oscuro recibimiento; ya abría la puerta interior y entraba en su pequeña cámara.

Al poner el pié Garcinda en la habitacion, Godofredo bajó los ojos involuntariamente y pensó disimular la emocion que sentía, fingiendo recoger un libro de pergamino que yacía en el suelo entre ambos; pero cuando levantó la vista y la fijó en ella, se extremeció horrorizado; porque su cara, que tan pocos minutos ántes, respiraba salud y juventud, había variado tanto, que parecía haber pasado años de penas sin esperanza.

—Os molesto, primo mio, dijo con una voz de la que había huido la dulzura; pero vengo á vos porque creo que sois amigo mio, tal vez el único que tengo.—Dejad que me siente, porque estoy mortalmente fatigada. No, no en esa cama, en que murió mi querida tia. ¡Oh! Fredo si supiera que pudiera ser tambien mi lecho mortuorio, y que mi corazon dejaría de latir en el momento en que me echara ahí, á Dios pongo por testigo de que lo haría ahora mismo.

Sentóse en un sitial que él le ofreció ocultando la cara entre sus manos y derramando lágrimas que se escapaban por entre sus dedos: «Por el amor de Dios, prima mía, exclamó Godofredo, me estais deshaciendo el corazon. ¿Qué ocurre? ¿Qué os ha dicho vuestro padre?»

P. HEYSE.

(La conclusion en el próximo número.)

LA REACCION PROTECCIONISTA

I.

Toda cuestion social, todo problema económico, politico, de administracion, de jurisprudencia, toda relacion histórica, encierra una dificultad poco ménos que insuperable, dado el relativo atraso de la sociología y de las demás ciencias que le sirven de fundamento. La ciencia social ofrece en su estudio, obstáculos de más consideracion que las otras ciencias, obstáculos que provienen de la naturaleza intrínseca de los fenómenos de que se ocupa, de la naturaleza especial de los observadores de estos fenómenos y de la particular relacion en que nos encontramos en presecia de estos hechos. Los fenómenos que se someten á nuestra generalizacion no nos son directamente perceptibles (1).

Es difícil y muy rara la serenidad de ánimo que requiere la especulacion científica; y estamos muy directamente interesados, todos los que vivimos en sociedad, en la resolucion en tal ó cual sentido, de ciertos problemas, para que haya imparcialidad completa; esto sin perjuicio de que cada época, cada clase, cada pueblo, cada familia, cada individuo, tiene

(1) Herbert Spencer—*Difficultés de la science sociale*—Chap. IV.

una porcion de ideas preexistentes, un fondo de preocupaciones, y una predisposicion, nacida de la educacion y del hábito, que le impide estudiar la cuestion y en su caso resolverla, habiéndola tomado en todos sus aspectos y analizado con ánimo imparcial y sereno. Estas circunstancias son desfavorables; pero peor que todas ellas es la ignorancia en que nos encontramos generalmente alguno ó muchos de los elementos que han de tenerse en cuenta al plantear un problema sociológico ó al abocetar su solucion.

Herbert Spencer, en su *Introduccion á la ciencia social*, demuestra gran número de dificultades objetivas y subjetivas y preocupaciones nacidas de la educacion del patriotismo, de la clase y otras de carácter político y teológico, que impiden el completo conocimiento científico. Añádase á esto, que la ciencia social no hace muchos años que se estudia con fruto, que es una ciencia nueva, cuyos materiales se van hacinando, reuniendo y clasificando para que (y de otro modo no es posible) pueda con el tiempo formarse una obra de síntesis verdadera y completa. Desde que los sofistas plantearon el problema de la humana sociedad hasta la teoría de la ciudad de Platon, á cuyo organismo quiere imponer las leyes de la vida divina, hasta Aristóteles que considera á la sociedad como un ser concreto formando parte de la naturaleza que vive, y señalándola como objeto de estudio por el método experimental; desde Hobbes y Locke y Spinoza, desde Leibnitz á Montesquieu y Condorcet, desde Rousseau á Kan desde Kant á Hegel, desde Fichte á De Maistre, desde Vico á Augusto Comte, y Herbert Spencer, la ciencia social, objeto privilegiadísimo de investigacion filosófica, se ha ido depurando y se han concretado á punto fijo, cuáles fenómenos de investigacion eran exclusivos de la Sociología, y cuál era el método de investigacion que debía emplearse para determinar su naturaleza, sus leyes y el sistema general de doctrina.

Algunos ensayos científicos, tales como los de Alfredo Espinas (1) y Herbert Spencer (2), nos trazan un cuadro bastante

(1) *Des Societés animales.*—Etude de psychologie comparée.

(2) *Introduction á la sciencie sociale.*—Biblioteque scientifique internationale, y *Principes de Sociologie*, 2 tomos, Germer Baillière, París.

completo de las más altas generalizaciones de la ciencia, pero aún tardará mucho en aparecer una obra completa de ciencia social que responda á las exigencias científicas de nuestra época, que sea algo más que un programa y algo ménos que un código, que regule las relaciones humanas segun su naturaleza préviamente conocida. En este estado se encuentra la filosofía social; mucho más atrasadas están las ciencias que de ella se derivan y nacen, y áun se encuentran sin fórmula la mayor parte de los principios que el gobernante ha de tener presentes en el dificilísimo arte de la política. De este relativo atraso no se escapa la economía política.

En la actualidad, sólo sabemos cuál es el procedimiento de análisis de los fenómenos económicos, habiéndose investigado la naturaleza y relacion de analogía de algunas series de ellos, y precisado su ley científica más ó ménos exactamente; pero falta un trabajo de síntesis completo. No será exacto ni verdaderamente científico este trabajo de síntesis, y las soluciones del problema social, así como las del problema económico, no serán verdaderos, lo que es decir, ajustadas á la naturaleza de los hechos, hasta tanto que los trabajos de análisis y de síntesis sean completos.

Faltan muchas conclusiones de la biología y de la psicología, que no son en la actualidad verdaderas conquistas de la ciencia; falta aplicar muchas leyes biológicas y psicológicas al conjunto de los fenómenos sociales, para que la sociología forme un sistema, un cuerpo de doctrina completo.

Lo que decimos de la ciencia social en general, puede entenderse con la ciencia de las riquezas. No hace mucho que una escuela acaba de aplicar como método de investigacion el que pudiéramos llamar experimental sin perder de vista los grandes principios admitidos y las verdades generales adquiridas á costa de un gran trabajo de síntesis. La ciencia,—he dicho en otra ocasion (1),—no tiene pretension á la verdad absoluta, y por eso no quiere dogmas. Por lo que se refiere al método de investigacion, ha de dar preferencia al método in-

(1) Prólogo al *Orígen de las naciones*, por Walter Bagehot; traducido al español por el autor de estas líneas.

ductivo sobre el sistema de *afirmacion anticipada de principios*, como diria Guillermo Roscher (1). Renuncia, como era de esperar, á fundar sus construcciones sobre bases puramente ideales, y para la descripcion de la naturaleza económica de las sociedades, así como para la averiguacion de las leyes é instituciones destinadas á procurar la satisfaccion de las necesidades económicas, se inclina por el procedimiento de la anatomía y fisiología social. En mi prólogo al *Orígen de las naciones* de Walter Bagehot,—edicion española, hablando de este autor, digo: «Algunos capítulos de los *Desiderata de la Economía política* publicados en la *Contemporary Review*, nos dan idea de un plan de la ciencia económica, que se desarrollará en lo sucesivo, tal como lo reclaman las necesidades y la actividad científica moderna, y ante todo y sobre todo, fija, á mi ver, los límites de la ciencia de las riquezas, y su alcance en las especulaciones sucesivas. El autor demuestra que los principios abstractos y fundamentales de la economía política son aplicables sólo en Europa y en los Estados-Unidos, y que fuera de estas condiciones en que únicamente estos pueblos viven, no tienen valor alguno aquellos principios.»

La relatividad de los principios, no ya más generales y abstractos, sino de los más correctos, queda indicada en las siguientes palabras, que á los habituales lectores de la Revista Contemporánea no son desconocidas: «Dadas nuestras condiciones, puede afirmarse que los principios porque se regulan la produccion, la distribucion, la circulacion y el consumo de las riquezas, son los que aparecen formulados en nuestros tratados de economía política, pero cambiando estas condiciones, pueden ser muy diferentes.»

Sin hacerse cargo de lo incompleto de la ciencia, de la falta de observacion de algunos fenómenos económicos, de la incertidumbre y vaguedad de los principios, algunos economistas no se han contentado con teorizar, sino que han descendido á la práctica, y aquí hemos tocado los inconvenientes de la utopia y parcialidad de ciertos economistas, que conocedores de una sola clase de fenómenos sociales,—los económi-

(1) *Principes d'Economie politique*, cap. III.

cos,—han considerado á la sociedad bajo uno sólo de sus aspectos, ó se han dejado seducir por las bellezas y relativas é incompletas verdades de una teoría que han aplicado á todo órden de ideas, y á la explicacion de toda serie de fenómenos sociales. Desde luégo que la sociedad tiene diversos aspectos y son muy completos los fenómenos sociológicos; complexas y varias han de ser las doctrinas que los expliquen, y la ciencia de gobernar las sociedades ha de tener por norma que la aplicacion de una buena doctrina ó sistema, por bueno que sea, siempre será incompleto por ser único, debiendo aplicarse cada principio á cada especie de casos, cada ley científica á cada serie de fenómenos, cuyo conocimiento quiera interpretar, combinando las leyes segun los casos.

Resolver todas las cuestiones sociales bajo el exclusivo punto de vista económico, ó intentar resolver todos los problemas económicos con las pocas, poquísimas leyes indiscutiblemente verdaderas que la ciencia posee en la actualidad, es una temeridad, es una ligereza.

La ciencia económica, en sus puntos fundamentales, aún está falta de base. Aún muy mucho hay que estudiar en la organizacion económica de las nacionalidades, han de trasladarse al campo de la economía política muchas de las conclusiones de la etnografía moderna; la categoría general de los séres orgánicos y superorgánicos, tiene su influencia en ciertas cuestiones esencialmente económicas, conviene que los economistas tomen nota de las preciosas conquistas de la biología; muy mucho queda por hacer de la geografía económica. Pero ¿qué digo, si aún falta establecer una ley general del conocimiento de la naturaleza del trabajo en la sociedad, cuyo problema descansa en una porcion de investigaciones psicológicas y ha de fundarse en la teoría de la funcion biológica, y en la teoría del movimiento con que la física moderna nos explica toda la actividad y fuerza de la naturaleza, toda la armonía del cosmos y la inmensa mayoría del universo? ¿En qué se fundan esas pretensiones de la economía política, cuando ni siquiera ha sentado sobre sólidas bases la columna fundamental de sus doctrinas, ó sea la teoría del valor?

Todo es relativo en materia de ciencia social. Relativos

nuestros conocimientos, relativos sus principios, relativa ha de ser su aplicacion. «Nadie ignora,—ha dicho el autor *de las modernas tendencias de la ciencia en su relacion con la política* (1),—que uno de los principios capitales de la moderna filosofía consiste en excluir lo absoluto del órden de lo cognoscible.»

«...Persuadidos de que todo en el mundo que conocemos es relativo, renunciaríamos á los ideales absolutos, nos contentaríamos con realizar el bien posible, y reconociendo el valor de la realidad, y apreciando la fuerza é importancia de las circunstancias, procuraríamos encerrar nuestro ideal en los límites de lo posible, y aplicaríamos nuestros principios en el grado y medida que permitiesen las condiciones en que habría que aplicarlos. A los vuelos impetuosos del soñador idealismo, á las temerarias exigencias de la utopia, reemplazaría el arte delicado de amoldar la idea á la realidad, y de hacer en cada momento histórico lo que éste pide, y á los cambios violentos, los ruidosos trastornos y las revoluciones prematuras, sustituiría la lenta evolucion de las cosas, la modificacion gradual y mesurada de la realidad.»

Como consecuencia necesaria de los anteriores principios, vienen los postulados siguientes, que son del mismo autor: «Impera en el mundo el principio de individualidad, y todo lo que en abstracto es individual y comun, al determinarse y concretarse, reviste en cada individualidad formas especiales. No hay, pues, en tal sentido, patrones comunes é invariables de las cosas: todo se realiza de distinta manera en cada determinacion individual de la realidad. Lo mismo en lo físico que en lo moral, de individuo á individuo, de grupo á grupo, de colectividad á colectividad, todo varía, y *lo que en unos es posible, bueno y conveniente, en otros no lo es.* No se niega con esto la existencia de algo que es permanente y comun á todos; pero sobre este fondo invariable se dibujan señaladas diferencias que no es posible desconocer.»

«De aquí para el órden político y social la consecuencia de

---

(1) Don Manuel de la Revilla, *La América*; número de 8 de Abril último.

que ningun ideal, ninguna institucion, ningun sistema de gobierno es igualmente aplicable á todos los pueblos, siendo necesario por ende que el ideal cambie de forma, y de modo distinto se aplique en cada caso, lo cual toca determinar al arte político.

»La importancia y fecundidad de este principio no necesita encarecimiento. La política idealista sometía á un patron uniforme la organizacion de todos los pueblos; la política positiva, sin desconocer la existencia de principios comunes, que se encarnan en instituciones adaptables á todos, comprende la necesidad de ajustar las formas de constitucion y las leyes, á las condiciones peculiares y características de cada pueblo: una constitucion abstracta y cosmopolita, es una utopia que no tolera la ciencia moderna.»

Desde que Spencer publicó su ciencia social, y áun ántes, reconoció, no sólo la relatividad de nuestros conocimientos y de todo principio (1), sino la utilidad del probabilismo en política (2); últimamente, el sabio M. Emilio Littré, á quien el idealismo y el desconocimiento de los hechos no pueden serle simpáticos, nos dice que la fisiología psíquica conoce y describe un estado cerebral, en que las ideas predominan sobre los hechos y determinan las acciones sin atender á la realidad. El espíritu absoluto, cualquiera que sea la doctrina de que proceda, pertenece á este régimen mental, y el espíritu radical es un espíritu absoluto. Tiene, pues, por condicion necesaria la intransigencia en las oportunidades y la ceguera para las cosas» (3).

Combate Littré el radicalismo en política, y recuerda para ello los apotegmas de experiencia política de M. Thiers respecto á la república conservadora, y afirma que los principios del radicalismo no son tomados, como en la actualidad lo son, todos los principios científicos de la experiencia, y en el caso particular de la sociología de la historia, que representa otra forma de la experiencia; lo son de la razon subjetiva y revolu-

---

(1) *Los primeros principios*, cap. IV. Relatividad de todo conocimiento.
(2) *Westminster Review*, Julio 1853.
(3) *Paralelo entre la Cámara de 1871 y la de 1877*.

cionaria. Así el radicalismo está siempre pronto para comprometer el presente y el órden en aras del porvenir, por otra parte muy variable é indeterminado, que ante sus ojos vislumbra. Si la fortuna del radicalismo está ligada á la de la política metafísica y absoluta, la de la sociología lo está al progreso del método esperimental en las cosas sociales. Estos dos platillos de la balanza no tienen sobre sí pesos iguales; de dia en dia irá preponderando el de la sociología, pues así lo quiere el desenvolvimiento científico general. ¡Desgraciados los pueblos,—dice Littré,—en que momentáneamente prevalezca el radicalismo!» ¡Ay de los pueblos cuyos gobernantes cierren los ojos á la realidad de los hechos y sólo atiendan á los principios consignados en los libros de los economistas y políticos; pudiéramos añadir nosotros!

He hablado de economistas. Ellos y sus obras son una prueba patente de los males que produce el radicalismo en la aplicacion de los principios; de las consecuencias del desconocimiento de los hechos sociales. Anteriormente hemos indicado el atraso de la ciencia económica, su escasez de principios sólidos é indiscutibles en cuanto á la dificultad de su aplicacion y la elasticidad de sus reglas están reconocidos por los mismos doctores de la ciencia. El profesor Stanley Gevons, antiguo catedrático de la escuela Owen de Manchester, escribe en su *Tratado de economía política*, que á buen seguro no será sospechoso á nuestros libre-cambistas: «Sería un trabajo muy importante, si fuera posible determinar exactamente las funciones que deben encomendarse al Estado y las que deben dejarse á la iniciativa privada, no puede establecerse ninguna regla precisa acerca de este particular. El carácter, las costumbres, las condiciones de existencia de las naciones difieren de tal manera, que lo que es bueno en ciertos casos, puede ser malo en otros» (1).

El profesor John K. Ingran, muy enterado de las producciones sociológicas de más significacion y alcance de estos últimos tiempos, ha sentado mejor que otro economista alguno

(1) Página 156.—*L'Economie politique*, par Stanley Gevons, trad. Gravez; Paris, Germer Baillière.

la relatividad de los principios de la ciencia económica, y ha combatido el tono y la seguridad con que se sostienen ciertos principios, considerados hasta el presente como indiscutibles (1).

Véase, pues, condenado el idealismo científico de los economistas por las conclusiones de la ciencia social en general, por la ciencia política y por los mismos economistas; falta sólo que los hechos se encarguen de desacreditar sus principios con la elocuencia más convincente; falta sólo que la leccion venga apoyada por el espectáculo del mundo, retroceciendo espantado en su carrera rápida hácia el borde del abismo á que parecían conducirle las utopias y ensueño de los economistas.

II.

Reflexionando acerca del contenido de los escritos de los economistas, se viene á las mientes la idea de que, ó desconocen la naturaleza de la produccion y circulacion de las riquezas, ó se anticipan muy tempranamente á señalar soluciones al problema económico, cuando faltan datos y principios para su perfecto conocimiento. No consideran los aspectos varios que la cuestion social presenta, se desentienden en muchas ocasiones de los grandes principios morales, que deben pesar más sobre el ánimo del legislador y del publicista, que los principios económicos; y plantean la lucha internacional por la produccion, el *Strughle for life* de Darwin en la vida del trabajo social; como si los hombres y las naciones fueran solamente especies bovina ó caballar, que han de perfeccionarse por la seleccion natural en la lucha por la existencia.

En efecto, el *dejad hacer*, *dejad pasar*, no produce otro re-

---

(1) «The Present position etc., prospects of political Economy Cenig the introductory address delivered in the secturi of economic scunce aud statisties of tlo Britich Associatun por the advancenout of Science at its meeting at Dublin in 1877, by the Prendeut of the sectun dogu K. Ingraen.»

Agradézcole el ejemplar que me remitió, y hago constar públicamente el testimonio de mi gratitud por su deferencia.

sultado que el predominio de las naciones más poderosas en produccion, de las naciones que tienen más industria, msá capital ó más crédito y el empobrecimiento de las más débiles en produccion fabril ó agrícola ¿y es justo que una nacion perezca con todos sus elementos civilizadores sólo porque no puede competir con otra en produccion manufacturera? Dominan en el mundo moderno así los indivíduos como las naciones que tienen más medios de riqueza, y es aventuradísimo quitar el sistema de defensa y vida individual de las nacionalidades que se llama proteccion, en estos críticos momentos de lucha comercial. Una nacionalidad puede ser eminentemente agrícola, otra por sus condiciones especiales será exclusivamente minera, una poblacion será científica (como Heidelberg), otra artística y religiosa, como lo es Roma, y así sucesivamente cada pueblo puede tener modos de vivir y elementos civilizadores varios. ¿Y deben permitir los legisladores que estos pueblos estén dominados por otros, por la sencilla razon de que trabajan mejor el hierro y el algodon y tienen más capitales? ¿Es acaso el único y exclusivo fin de la vida humana enriquecerse tejiendo algodon ó fabricando hierro ó comprando azúcar en Cuba, guardarlo en depósito y venderlo en España? ¿Deben estar supeditadas por las naciones que en estas artes é industrias sean maestras, las demas, áun cuando descuellen sus habitantes en otras producciones no tan directamente lucrativas como lo son en estos momentos las citadas, pero más importantes para la vida de la humanidad? ¿Puede obligarse á una nacionalidad á que escoja una rama de la actividad humana, y sólo una de ellas, para que la explote á la perfeccion? ¿Hay unidad de climas, aptitudes y fuentes naturales de riqueza en el seno de una nacionalidad? ¿Puede señalarse arbitrariamente el destino económico de Inglaterra, de Alemania, de Francia, de Bélgica, de los Estados-Unidos? Acaso la division del trabajo que pretende aplicarse en el mundo entero, ¿no se realiza en el seno de algunas y puede realizarse en todas las nacionalidades? La contestacion á estas preguntas importa la condenacion más absoluta de las doctrinas de nuestros libre-cambistas.

Las naciones no han de ser puramente agrícolas, ni pura-

mente industriales, ni mercantiles, ni científicas; han de tener todas estas condiciones á la vez; pero más diré: las naciones son algo más que fuerzas productoras, son algo más que potencias fabriles y mercantiles, son potencias morales, científicas, artísticas; no son fábricas ni depósitos, qus este es el ideal de los ambiciosos que quieren dominar al mundo por el oro acuñado y el hierro labrado, como ántes se le dominaba con la espada, no el ideal de los hombres de Estado, de los grandes políticos, ni el ideal que la historia señala á cada pueblo.

Al estallar fuertemente la lucha económica, los varios elementos civilizadores, las instituciones sociales, los más altos intereses del mundo civilizado, se han visto gravemente amenazados; tal es la importancia de la produccion que todo lo arrolla y avasalla con fuerza ciega; y tal es la importancia que le dais los que, llamándose científicos, sólo consideran como elemento primero de la vida la fuerza productora de la riqueza, con grave menosprecio de los elementos morales, que á la produccion y al lucro mercantil quieren sacrificarlo todo. El elemento económico ha tomado excesiva prepoderancia en nuestra época, y hay que oponerle un dique, so pena de sucumbir aquellas nacionalidades que no sean potencias productoras de primer órden, y hasta aquellas instituciones (religiosas, científicas, morales, etc.) que viviendo en el seno de las naciones más ricas, tengan por fin especial y primordial la creacion de la riqueza material; las que, indudablemente, por mucha que sea su importancia social, se verán pospuestas por las que proporcionan el lucro directo, á cuyo objeto parecerá consagrada toda la fuerza y toda la vida de la nacionalidad en cuestion.

Al fin y al cabo, las instituciones y las nacionalidades tienen el instinto de conservacion como los individuos, y por este instinto que ya se ha elevado por la sociología á principio é invocándolo, no quieren sacrificarlo todo á la lucha por la produccion; las nacionalidades que en este terreno no se consideran más fuertes. Un historiador moderno (1) dice: «que

---

(1) Laurent. *Estudios sobre la historia de la humanidad.* Las Nacionalidades, tomo X.

una de las enseñanzas de la ciencia que cultiva, es la de que los ensayos de monarquía (universal) han sido funestos á los pueblos conquistados; que al perder su libertad pierden el principio de su vida; que la monarquía universal sería la tumba de las nacionalidades y por consecuencia de la humanidad.» Ahora bien, lo que el profesor de Gante dice de la monarquía política, pudiera decirse de la dominacion económica. Suprimid las barreras arancelarias, y las naciones más fuertes en potencia productiva dominarán á los más débiles, y éstas subyugadas, perderán su individualidad. Pero hay más, vencidas en el terreno económico, no sólo se experimentarán los efectos de su derrota en su industria, en su agricultura, en su comercio, sino que lo serán en la administracion, que mal pagada siempre se inclina á abusos, se experimentarán en la ciencia, en la moralidad, en una palabra, en todas las instituciones y esferas, y el peligro social se hará patente con las huelgas de los obreros y las asonadas de los hambrientos. La reaccion proteccionista que se acentúa en las naciones europeas, débese principalmente á esta prevision de los grandes hombres de Estado, á su elevada inteligencia que les advierte, en presencia del poder productor de los Estados-Unidos, que anonada á la industria y agricultura nacional, al comercio, y en pos de ellos al Tesoro público, y en último término, á todas las clases de la sociedad. La perspectiva del nihilismo, es la que se aboceta cual fantasma aterrador en pos de la lucha á que nos llama el libre-cambio.

Un órgano de la prensa libre-cambista, que sólo adora al dios Exito, en un artículo titulado, *Las Corrientes económicas* dice: «Como Roma absorbía antiguamente la riqueza de los territorios que dominaba por la fuerza, así hoy los pueblos adelantados hacen trabajar á los que lo están ménos, y se cobran los beneficios gastándolos en mejorar las condiciones de vida.» Hé aquí el programa social del libre-cambio. Una nacion,—hoy los Estados-Unidos ó Inglaterra,—cobrándose los beneficios, acumulando las riquezas de todo el mundo, sólo porque tiene más capitales y más perfeccionada industria, con esta teoría se legitima la dominacion de todos los cesarismos, la monarquía universal y la muerte de las naciones modernas;

pero felizmente éstas no están dispuestas á dejarse dominar, porque la historia ha confiado en ellas grandes intereses que no deben abandonarse por el interes productor que en nuestra época tiene más salimiento.

Prescindiendo de si las nacionalidades actuales son las que realmente debieran ser ó existir, y si responden perfectamente al ideal de raza, de clima, de religion, de familia, de organizacion de la propiedad, etc., fijémonos sólo en que son organismos con vida propia, con individualidad, con fines múltiples que cumplir, con deberes variadísimos, con derechos, con aptitudes y con una herencia de tradiciones, hábitos, condiciones morales, monumentos, recuerdos y ciencias, que las generaciones pasadas les confiaron y que las generaciones presentes han de guardar, para entregarla íntegra, segun mandato de ineludible ley histórica, á las generaciones futuras. «El bien de la nacion ha de ser el primer objeto del hombre de Estado,» ha dicho el gran jurisconsulto aleman (1). «La vida de las naciones no es sólo vida jurídica, sino tambien vida económica, vida de cultura, vida nacional.» «La mision del Estado comprende el progreso y el perfeccionamiento del derecho, al mismo tiempo que son tranquila aplicacion, el mejoramiento de todas las relaciones y condiciones comunes de la vida al mismo tiempo que la conservacion de la sociedad por el destierro y el castigo de los hombres perjudiciales á la misma.»

Las naciones pueden considerarse como un organismo; sus funciones obedecen á las leyes de la organizacion, de la adaptacion y de la herencia, y su aspecto es múltiple. Será más perfecta y adelantada la nacion cuyas manifestaciones y elementos sociales sean más diferenciados, más múltiples. Está compuesta de elementos etnográficos, geográficos, económicos, jurídicos, religiosos, artísticos, científicos, etc. Será más robusta y supondrá en ella mayor adelanto y perfeccion la nacionalidad que reuna todos los elementos civilizadores, y entre estas nacionalidades tendrá la preeminencia aquélla cuyos elementos civilizadores estén más diferenciados. Aquéllas

---

(1) Bluntschli. *Theorie generale de L'Etat.* Trad. de Armand de Riedmatten. Paris.

cuyas manifestaciones científicas, económicas, morales y demas sean más variadas, tendrán más poderío, y esta variedad supone un mayor progreso en la vida civilizada. La agrupacion de estas fuerzas vivas de la nacionalidad, bajo la direccion de un gobierno obran con armonía, de otro modo el organismo se disgrega.

El Estado, suprema personalidad, armoniza el choque de encontrados intereses individuales, pero no se limita á esto: ha de conservar el derecho á que atentan la pasion, el vicio, la ignorancia y el interés privado; ha de conservar la moral y las buenas costumbres, ha de mantener aquellas instituciones que si bien se regulan por medio de preceptos jurídicos, son eminentemente sociales y de tantísima influencia, que cualquier accidente que las afecte, causa honda perturbacion en la vida social; ha de prestar apoyo á las instituciones religiosas, ha de guardar los monumentos que la codicia de los particulares pudiera malograr, ha de mantener la ciencia, apoyarla, procurarla medios de aplicacion, de estímulo y de progreso, ha de conservar las tradiciones patrias. Y ¿cómo no han de intervenir los gobiernos en materias económicas, cuando de la derrota en la lucha por la produccion puede sobrevenir peligro de muerte para las nacionalidades?

Si no fuera el gobierno siempre solícito en defender el principio nacional, las pasiones de las muchedumbres acabarían con el órden; la propiedad particular estaría amenazada, y si los enemigos internos son temibles, mucho más lo son los enemigos externos provenientes de otras nacionalidades, que tambien pugnan por conservarse y progresar á expensas de las demas.

III.

La civilizacion europea está gravemente comprometida. Un pueblo jóven, establecido en terreno vírgen, se ha lanzado en la senda de la civilizacion y avanza á pasos agigantados. Es el más rico en agricultura, en industria es cada dia más potente, su comercio más activo, y más firme su crédito. No

sólo es rico en intereses, sino en inteligencias superiores. Tiene grandes políticos, grandes economistas, eminentes naturalistas, habilísimos mecánicos, genios industriales de primer órden. De Alemania, de Inglaterra, de Rusia, de todas las naciones civilizadas, acuden á él obreros en demanda de trabajo, inteligencias en busca de ocupacion. En 1878 emigraron allí 23.000 alemanes, 13.000 irlandeses y, lo que nunca había sucedido, 3.000 rusos.

La república de los Estados-Unidos mide unos 7.540.000 kilómetros de superficie, siendo superior á las siguientes naciones europeas: Austria-Hungría, Alemania, Francia, España, Suecia, Noruega, Reino Unido de la Gran Bretaña, Italia, Portugal, Suiza, Holanda y Bélgica. Están situados entre dos grandes mares del globo, el Atlántico y el Pacífico, *los dos caminos para el comercio más baratos del mundo, conocidos y por conocer*. «Se extiende el vasto territorio anglo-americano—y es otra consideracion digna de tenerse en cuenta—desde el grado 25 al 49 de latitud septentrional, y del 69,10′ al 12°,42′ de longitud: por lo tanto, participa la union americana de los climas cálidos, templados y frios, y naturalmente de muy diversas producciones en tan variadas zonas, encontrándose en su suelo las que en Enropa, Asia, Africa, América y la Oceanía, cultivan los cereales, la caña dulce, la vid, el olivo, el algodon y el tabaco.» Además han sido favorecidos los Estados-Unidos, que son los más fértiles de lá tierra, de vías fluviales, navegables para grandes buques, como no hay en parte alguna, de profundos y extensos lagos; y no bastándoles las vías de comunicacion de que los dotó la naturaleza, han construido una inmensa red de canales, en su mayor parte navegables, y otra red de ferro-carriles, que en 1878 puede calcularse en 78.508 millas inglesas en explotacion. ¿Qué no puede hacer hoy un pueblo de 45 millones de habitantes, perfectamente comunicados entre sí, con el libre cambio de provincia á provincia y de estado á estado, pero defendida la nacion de la competencia de las demas naciones con barreras arancelarias, que han ido rebajándose á medida que hanse cerciorado de la inferioridad económica de las demas naciones con quienes habían de competir? «Como no hay aduanas interiores en los Es-

tados-Unidos de Norte América, el comercio se hace libremente y sin ninguna traba protectora ó final, en un territorio de 7.540.000 kilómetros cuadrados? «¿Qué nombre tendría, pregunta un escritor español (1) el sistema mercantil que rigiera en las naciones europeas, por nosotros nombradas y cuyo territorio reunido mide 4.101.589 kilómetros bajo unos solos y únicos aranceles y derechos de importacion?» Este sistema se denominaría *proteccion*, porque la proteccion es libertad de trabas, comercio libre entre las diversas provincias de una nacion y barreras contra la produccion agena. Lo mismo en un estado que mida 4.101.589 kilómetros, como en los Estados que entran en la liga aduanera *Zollverein*, que en una república como Andorra, hay movimiento comercial interno y externo. El primero debe ser libre, y tanto más perjudica la traba en este, como protege en el comercio exterior. En el seno de una nacionalidad puede aceptarse, pero de la manera más absoluta el *dejad hacer*, *dejad pasar*, dejar, en fin, en libertad completa que los intereses privados, los intereses de las industrias y demas fuentes de produccion, luchen con toda su fuerza; miéntras el interes privado gire con libertad plenísima en la órbita de la legalidad, no hay que temer resultado fatal ni conflicto alguno, *porque hay el Estado, regulador de los intereses privados, que armoniza y busca el equilibrio de estos mismos intereses y fomenta una produccion cuando sucumbe, busca nuevos medios de salida á otra produccion exhuberante, y abre la puerta de la competencia á la rama de la produccion que se considere fuerte.* ¿Sucede esto de nacion á nacion? ¿Hay acaso algun regulador de las relaciones comerciales entre Inglaterra y la India, entre Inglaterra y la pobre Turquía, entre los Estados-Unidos y Francia, entre España y Marruecos?

El abate Gándara escribía: «Puertas abiertas y puertas cerradas, han sido las fuentes de todas nuestras desgracias;» y con esto explicaba todo lo que no quieren entender nuestros economistas, á saber, que para una nacion como España y

---

(1) D. Servando Ruiz Gomez. *La proteccion arancelaria de los Estados-Unidos de Norte-América.*—Revista de España, número de 13 de Abril de 1879.

sus laboriosos moradores, lo que conviene es facilidad en el tráfico interior y dificultad en el exterior, que en éste han de vencernos los extranjeros, más fuertes que nosotros, y en el interior no pueden hacernos daño, pues no pueden entrar en competencia. El principio de Bastiat, «todos los intereses son armónicos,» es cierto, pero añadiéndole, «en el seno de una misma nacionalidad,» que de nacion á nacion hay antagonismo y no armonía. En el seno de una familia cuyos miembros se estimen y ayuden, hay solidariedad de intereses, la que no existe con otras familias cuyos intereses son indiferentes, sino encontrados.

La gran pujanza de los Estados-Unidos es un nuevo peligro para las naciones débiles en produccion como España, y además para la civilizacion europea, que no puede adelantar en la senda de los progresos materiales tanto como la americana, pues ésta no ha tenido que resolver tantos y tan difíles problemas históricos como ha resuelto la vieja Europa, costándole mares de sangre, inmensas riquezas y caidas de imperios y naciones, problemas que la jóven América ha encontrado resueltos ya, de los cuales se ha aprovechado, y á los cuales deben los norte-americanos su organizacion política y todos los elementos civilizadores que son conquistas de los europeos.

En esta region privilegiadísima de la tierra que se denomina Europa, se reconcentra el poder civilizador de todas las edades, aquí se guarda la herencia de todos los siglos, aquí vive la humanidad la vida de todas las edades y de todos los pueblos. En las hermosas orillas del Mediterráneo, del Adriático, y del Archipiélago Jónico, han ocurrido los grandes hechos de la historia. España, Italia, Norte de África, Grecia, pueden decirlo á los norte-americanos que tanto se envanecen de su civilizacion, harto materialista, lo que los egipcios dijeron á los griegos: «Sois un pueblo demasiado jóven.» Aténas, Roma, Venecia, Barcelona, estas ciudades han resistido muchas invasiones de la barbarie, y han resplandecido brillantes por su civilizacion despues del embate, los que sus tradiciones, sus monumentos, sus habitantes, en una palabra, su historia, las hace superiores á todas; la barbarie, ora sea la de la fuerza

de las muchedumbres armadas, ora de los señores feudales, ora la barbarie de la ignorancia, ora la barbarie del trabajo. Los habitantes de esta privilegiada region de nuestro planeta, son civilizados por temperamento, por naturaleza, su lengua es armoniosa, su clima benigno, y su arte, su arte divino, es envidia de esta raza sajona, ó de esta otra raza eslava, cuyo fondo es siempre bárbaro, como bárbaros fueron sus ascendientes que famélicos vinieron á devorar la meridional Europa en otras épocas. Esta pulcritud ingénita, esta distincion, esta belleza que tiene el pueblo que ha construido el Partenon y el templo de Júpiter Capitolino, es el signo más preeminente de la supremacía de los griegos, los italianos y los españoles sobre el resto del mundo. Las grandes escenas religiosas han ocurrido en este pequeño trozo asiático cuyas orillas baña el Mediterráneo, único donde se bañaron los dioses de la antigüedad pagana. La filosofía y las artes bellas, son de aquí y sólo de aquí; y la filosofía, la religion y las artes, son la expresion del más alto grado de desenvolvimiento á que aspira el espíritu.

Bien es verdad que los griegos, los italianos, los españoles y los franceses, no tejen el algodon ni labran el hierro tan barato como los sajones. Pero ¿qué importa? ¿Es acaso éste el único ó el principal fin de la vida?

Si no levantamos una barrera á la invasion económica de los pueblos anglo-sajones, seremos responsables á la historia de la pérdida de esta civilizacion, que nosotros, y sólo nosotros atesoramos, y mañana que decaiga la fiebre de la produccion, mañana que desaparezca este afan de riquezas, como único fin de la vida, que parece ser la manía de nuestra época, los pueblos civilizados volverán la vista hácia aquellas regiones donde el arte, la ciencia, la religion, la filosofía, han encontrado su medio ambiente adecuado, su atmósfera más pura, y donde la vida tranquila del espíritu ha sabido sobrenadar sobre el mar de las pasiones y el juego de los intereses.

Si las naciones de Europa dejan sus puertas entreabiertas, el torrente devastador de la produccion inglesa y norte-americana las arrollará. Es inútil luchar con todas las fuerzas; deberíamos sacrificarlo todo á la produccion y á la baratura,

y nuestra vida debería concretarse en las manifestaciones de la actividad económica y á ella subordinar todas las demas actividades. Esto siempre se ha considerado indigno por los pueblos que con más derecho pueden reclamar la herencia de las expléndidas y tan brillantes como completas las civilizaciones griega y romana.

Aunque la civilizacion que pudiéramos llamar anglo-sajona se ha desarrollado muy precipitadamente (1) y le falta cohesion en sus elementos; áun cuando sea una civilizacion que desaparecerá como han desaparecido otras muchas; sin embargo, es probable que cuando tocara al término de su decadencia ya habrían sucumbido ó poco ménos las naciones Europeas. Son pueblos jóvenes, que con su inconsiderado empuje, podrían matar de un solo golpe á la sesuda y anciana Europa.

IV.

Otro de los grandes peligros que amenazan á la civilizacion europea, y no ya sólo á la civilizacion europea, sino tambien á la americana, es el nihilismo, plaga social que puede extenderse á todas las naciones del globo. Tiene todos los caractéres de un cáncer, se organiza á espensas de los elementos orgánicos que destruye. Su doctrina es el pesimismo elevado á filosofía social; es la muerte de todo lo que existe de estable y benéfico en la sociedad. Ha nacido de los ódios y rencores que produce en Rusia la tiranía, la miseria y quizas, sobre todo, las intrigas de naciones que hasta trafican en ideas; y se ha inspirado en las doctrinas socialistas de Alema-

---

(1) Leadville, ciudad de los Estados-Unidos situada á tres millas de la confluencia del Gulch con el Arkausas, en sólo cuatro meses ha nacido por aglomeracion de habitantes en un punto dado y tiene servicio de diligencias diarias-correos-periódicos, dos bancos, centenares de tiendas, gobierno local y escuela pública. Su nacimiento se debe á la calamidad de haberse encontrado minas de plomo argentífero en su demarcacion. Ahora bien, ¿qué vínculos sociales se forman en cuatro meses? (ántes de 4 de Octubre de 1878, fecha en que redacté esta nota.) Le sucederá como á los individuos que crecen muy precipitadamente y luégo mueren tísicos. Le faltará cohesion en su constitucion histológica. La nutricion de sus células será siempre incompleta.

nia y en las filosofías pesimistas, citas que han hecho decir á un escritor frances: «La eterna ilusion que encanta y atormenta el corazon del hombre es obra suya. En este universo, donde todo es tinieblas y silencio, sólo él vela y sufre en este planeta, pues él sólo, con sus hermanos los séres inferiores, siente y piensa. Apénas empieza á comprender la vanidad de todo lo que creyera, de todo lo que amó, la nada de la belleza, la mentira de la bondad, la ironía de toda ciencia humana. Despues de haberse adorado cándidamente en sus dioses y en sus héroes, cuando no tiene fe ni esperanza, hé aquí que siente que la naturaleza se oculta, y que en último término no es más que apariencia y falacia. Sólo, en este mundo invadido por la muerte, enmedio de los restos de sus ídolos rotos, se levanta el fantasma de la ilusion (1).» El suicidio moral y el suicidio físico, el ódio á todo lo grande, bello, bueno y verdadero, hé aquí el resultado de las filosofías de Schopenhaner, Hartinaun y otros; hé aquí la práctica de sus doctrinas: el nihilismo. Nada más difícil de precisar que las causas que le han producido; múltiples son, variados los accidentes que han proporcionado ocasiones á que se desenvolviera, infinitos los sucesos que han alimentado tan terrible secta. «Compleja cosa los problemas sociales, y más complejas todavía las diversas soluciones que con fórmulas abstractas y absolutas cada escuela pretenden darles. No hay materia ménos sistemática, porque no hay materia más sujeta servilmente á condiciones de tiempo y espacio, á fatalidades de clima y hasta de topografía. El problema social—ha dicho Castelar (2)—no puede aparecer en Rusia como aparece, por ejemplo, en Andalucía. Benigna temperatura, cielo propicio, aire perfumado y tibio, suelo feraz, sobriedad impuesta por el calor, vestiduras ligeras, dias ardientes, noches serenas, componen otros tantos factores de este complicadísimo asunto, en el cual pueden más la lluvia y el viento que todas las series de ideas inventadas por la más audaz economía ó concebidas por la más pura y sublime ciencia.»

(1) Introduction á l'Histoire de l'evolution des seus des conteurs par Hugo Maguus, par Joules Lonry.—Paris, 1878.

(2) Búlgaros y nihilistas.

Científicamente clasificada la secta socialista que nos ocupa es el colecturismo anarquista, es el más destructor de cuantos sistemas revolucionarios han tomado cuerpo. El programa de la Alianza internacional de la democracia socialista, proclama el ateismo, la abolicion de su fe, la institucion de la justicia divina por la humana, la igualdad política, económica y social de las clases é individuos de ambos sexos, la abolicion del derecho de heredar, á fin de que en él porvenir el goce sea igual á la produccion de cada uno; la tierra, los instrumentos del trabajo, como todo otro capital, han de ser propiedad colectiva de la sociedad; proclama tambien la abolicion de los estados políticos y autoridades actualmente existentes. La base 6.ª de tan demoledor programa dice así: «La cuestion social, no pudiendo encontrar su solucion definitiva y real, más que sobre la base de la solidaridad internacional y universal de los trabajadores de todos los países, la Alianza rechaza toda política fundada en lo que se llama patriotismo y en la rivalidad de las naciones. Veamos lo que dice Ba-Ronnine en un escrito publicado en Ginebra en 1869 con el título del juicio popular:

«El fin del actual órden social y la renovacion de la vida con ayuda de los nuevos principios, no puede llegar mas que por la concentracion de todos los poderes entre las manos de nuestro comité y la proclamacion del trabajo físico obligatorio para todos.

»Durante un cierto número de dias fijados por el cambio revolucionario y los desórdenes que siguen inevitablemente, cada individuo deberá entrar en tal ó cual Artel (asociacion obrera) á su eleccion.—Todos los que queden aislados y no se hayan agregado á los grupos de obreros sin razon suficiente, no tendrán ningun acceso ni á las marmitas comunes, ni á los dormitorios comunes, ni á no importa cuál edificio destinado á la satisfaccion de las diferentes necesidades de los hermanos trabajadores, ó bien que almacenen los productos, los materiales ó las herramientas reservadas á las ramas de la sociedad obrera establecida. En una palabra, aquel que sin razon suficiente no se haya adherido á un Artel, quedará sin medios de existencia. Todos los caminos, todos los medios,

de comunicacion le serán cerrados, no quedándole otra eleccion que el trabajo ó la muerte.»

El programa de la Alianza internacional socialista secreta, es el plan metódico, razonado y completo de aniquilamiento social.

Veamos en qué términos se expresa:

«El objeto de la revolucion no puede ser más que A. La demolicion de todas las potencias y de todos los poderes religiosos, monárquicos, aristocráticos y de la clase media en Europa. Por consecuencia, la destruccion de todos los estados actualmente existentes con todas sus instituciones políticas, jurídicas, burocráticas y fiscales. B. La reconstitucion de una nueva sociedad sobre la única base del trabajo libremente asociado.»

El programa de los hermanos internacionales, segunda sociedad secreta, en el seno de otra primera igualmente secreta, se dice:

«Nosotros comprendemos la Revolucion en el sentido del desencadenamiento de lo que reclama las malas pasiones y de la destruccion de aquello que en el mismo lenguaje se llama Orden público. Nosotros no tememos de ningun modo, nosotros invocamos la anarquía.

»La revolucion, tal cual la entendemos, deberá desde el primer dia destruir radical y completamente el Estado y todas las instituciones del Estado; las consecuencias naturales y necesarias de esta destruccion serán: A. La bancarrota del Estado. B. La cesacion del pago de las deudas privadas por la intervencion del Estado, dejando á cada deudor el derecho de pagar las suyas si quiere. C. La cesacion del pago de todo impuesto y de la recaudacion de todas las contribuciones, sean directas ó indirectas. D. La disolucion del ejército, de la magistratura, de la burocracia, de la policía y de los presbíteros. E. La abolicion de la justicia oficial, la suspension de todo lo que jurídicamente se llaman derechos y del ejercicio de estos derechos. Por consecuencia, abolicion y auto de fe de todos los títulos de propiedad, testamentos, escrituras de venta, de donacion de todos los procesos; en una palabra, de toda la papelería jurídica y civil. Para todo y en todo el hecho revolu-

cionario instituyendo el derecho creado y garantido por el Estado. F. La confiscacion de todos los capitales productivos é instrumentos del trabajo en provecho de las asociaciones de trabajadores que deberán hacerlas producir colectivamente. G. La confiscacion de todas las propiedades de la Iglesia y del Estado, y asimismo la de los metales preciosos de los individuos en provecho de la alianza federativa de todas las asociaciones de operarios, alianza que constituirá la Commune, dará lo estrictamente necesario á todos los individuos así despojados, quienes podrán más tarde con su propio trabajo, ganar más si pueden y quieren.»

Graves y perturbadoras son sus teorías en el órden moral, pero mucho más lo son sus aplicaciones en el órden práctico. Los nihilistas, perfectamente organizados para desorganizar, tienen espías en los palacios de los potentados y en las covachas de los mendigos. El alma del complot ruso reside en el extranjero y se haya en estrechas relaciones con la internacional de Lóndres y el socialismo aleman. Sus comités se hayan en íntima correspondencia, sus secciones y subsecciones se bifurcan y transforman, toman distintos nombres y caractéres para burlar la accion de la policía, para hacer perder la pista de los traidores, para desconcertar á los sospechosos. Es imposible, ó poco ménos, descubrir todos los hilos de la trama nihilista, constando en sus registros nombres de individuos que no pertenecen á la Asociacion, y siendo individuos de alguna escuela de la terrible sociedad, entusiastas partidarios cuyos nombres no constan en lista alguna. A juzgar por el gran número de polacos que cuenta, diríamos que es el castigo que Rusia experimenta por el sacrificio de Polonia, la venganza de los oprimidos contra los opresores. Preceptores, institutrices, maestros, catedráticos afamados, generales como Drenteln, senadores como Stasoff, banqueros como Pytin, altas dotes como la de Phylozopoff, poetas como Joan Turgenjew, están tachados de nihilismo. Está en la atmósfera, en el ambiente, en el espíritu de Rusia. Es el Argos de cien ojos que vigila la administracion, que atiende los actos de los potentados, que inspecciona la conducta de un magistrado, que curiosea la correspondencia de un hombre público cualquiera, huronea en

las iglesias, escudriña en las oficinas, atisba en las calles, sorprende en el interior de las habitaciones y bulle en las mentes llenas de ódio contra el Estado social y contra todo órden de cosas existente. Dya Konoff, vice-gobernador de Ozel, encontró pegado sobre la puerta de su alcoba un cartel impreso en grandes caractéres rojos, que le decía: «Al seide del tirano Alejandro II, A. W. Dya Konoff.—El Gobierno que suscribe, le intima que deponga sus infames funciones, pues de lo contrario sufrirá la suerte del príncipe Krapot-Kine.—Firmado.—El Gobierno nacional secreto.»

El profesor de la Universidad de San Petersburgo, Gradowski, encargado de refutar por encargo del gobierno ruso las ideas nihilistas, pidió se les suministraran cuantos datos tuvieran sobre la cuestion. El tercer negociado se apresuró á enviarle un voluminoso paquete con los sellos de la superioridad general, y el profesor se apresuró á acusar el recibo; pero cuando se abrió el paquete se encontró con papeles sin ningun valor, borradores, oficios inútiles, notas inservibles, todo el fondo de los cestos de papel del negociado, y enmedio de ellos encontró una carta, dirigida á la persona que los escudriñaba, la cual decía: «Dejad aparte los estudios anti-nihilistas, sino quereis recibir en la cabeza una bala de revólver.—El Comité ejecutivo.»

Ahora bien, el mal que tantos estragos está causando en Rusia, especialmente en San Petersburgo, es fácil se propague á las demas naciones europeas. Las noticias que llegan del imperio moscovita pintan el malestar que allí se siente. La ciudad de San Petersburgo está triste y sombría con sus calles desiertas. Tres personas que se paseen juntas corren peligro de que se las prenda en cuanto ocurra á una cuarta acercarse á saludarlas. Las tropas pasan los dias sobre las armas, dispuestas á salir de los cuarteles á la primera señal; las patrullas que circulan son numerosas; los generales y funcionarios sólo van en coche y con escoltas de caballería; los negocios están paralizados. «La situacion general de Europa es realmente crítica, tanto más crítica, porque la particular de cada una de las naciones en que se divide el antiguo mundo, es complicada en diversos grados, es cierto, pero ninguna de ellas, ni áun

la misma Inglaterra, cuya constitucion é inmenso poderío se asientan sobre tan sólidas bases que están, puede decirse, petrificadas, que son tradicionales desde hace siglos, se ve libre de ellas. Esas complicaciones, esas crísis tan frecuentes—dice un periódico—parecen una enfermedad, una epidemia de nuestro tiempo.»

Además del peligro político, externo, visible, nacional, que se manifiesta en la lucha económica de las nacionalidades, hay el peligro social, interno, oculto hasta ahora, el socialismo. Para combatir el primero, es necesaria la organizacion económica de los estados; ¿será suficiente para combatir al segundo un congreso europeo, un acuerdo general y reforma armónica de la legislacion penal y de los tratados internacionales de extradicion en el sentido más restrictivo contra los criminales, cuidando de iniciar tambien la idea de justicia de que á la vez se reformen las leyes administrativas en sentido favorable á las clases trabajadoras é indigentes, para que tengan más holgura y pan que dar á sus hijos, y la idea de caridad de que las clases acomodadas y productoras piensen ménos en sí y más en las clases trabajadoras y pobres? ¿Será suficiente,—como proponía un periódico de la corte,—la union de todos los partidos de órden y de todas las clases conservadoras, impedir la revolucion que á la reaccion trae, y la reaccion que á la revolucion lleva? ¿Basta con pasar á los capítulos de los Códigos penales de Europa que castigan el asesinato, el robo y el incendio como delitos comunes, los delitos de incendio, robo, asesinato y regicidio, considerados hoy como delitos políticos? Inútiles, completamente inútiles son los procedimientos preventivos y represivos que propone la prensa europea, no acabarán con el socialismo la alianza de soberanos europeos y continuarán creciendo y avivándose los sectarios que se extienden desde San Petersburgo á Cádiz, de Siberia á Andalucía. Sin quitar la causa, persistirá el efecto, agrandándose con el tiempo, miéntras haya tantos brazos desocupados, tantas tentaciones, tantas necesidades, tantos estímulos, tantos incitantes y tan pocos medios. El nihilismo ha venido á nacer en una época que la miseria se experimenta con mayor intensidad que en otra época alguna. En todos tiempos ha

habido privaciones y hambres y desigualdad de clases, pero en ninguna se ha tenido tanta conciencia de la miseria como en la presente. La instruccion, difundida en todas las clases sociales, ha despertado grandes necesidades, la competencia, los inventos y las máquinas (1), han hecho más difícil la adquisicion de medios para satisfacerlos, los cerebros se han llenado de ideas, y los estómagos se han encontrado vacíos y roto el dique de la fe, del temor á la fuerza pública y á la fuerza moral, la revolucion se ha pronunciado acaudillada por los doctores y los filósofos; y la revolucion hoy, pide *trabajo*. Este es el verdadero problema social, como la verdadera causa del socialismo es la miseria.

La crísis fabril y mercantil se acentúa en los principales puntos de Europa, y es de creer, que donde hay las mismas causas, se producen idénticos efectos; de manera que perseverando las causas de la crísis económica, tomará cuerpo y se infiltrará en las sociedades europeas el socialismo que las debilita, al propio tiempo que se harán más fuertes los Estados-Unidos aprovechando esta ocasion de debilidad de los contrarios. El capital se encontrará indirectamente amenazado por la falta de trabajo y directamente por las escuelas y restos que le tienen guerra declarada.

«El nihilismo, cuya doctrina es en España para muchos completamente desconocida, tiene, no obstante, secretarios aquí y en Italia,—dice D. Félix de Bona (2), únicas naciones de la Europa occidental donde ha encontrado eco. Sí, el nihilismo existe, ó por lo ménos ha existido en España; y quizá su influencia no haya sido extraña á ciertos tristes acontecimientos que no quiero recordar.» ¿Atenuará su desarrollo la aplicacion de los principios del libre-cambio, que protege al consumidor contra el productor que trabaja? Hé aquí la cuestion que han planteado los economistas españoles á fin de prevenir el gravísimo cargo que podía hacerles la opinion pú-

(1) Principes fondomentaux d'une theorie generale des machines, par F. Reuleaux, trad. de l'allemand, par A. Debize; París, 1877. Importance des machines au poiut de vue social.

(2) El nihilismo, por D. Félix de Bona, artículo publicado en *La América*, número de 26 Abril de 1879.

blica, como indirectamente causantes del nihilismo en nuestra patria. Por su parte, D. Félix de Bona se ha apresurado á echar la culpa á la proteccion, y dice: «Los socialistas son la extrema izquierda de los partidos autoritarios, como en el órden político los doctrinarios son la derecha, y los absolutistas la extrema derecha, á quienes en el órden económico corresponden los proteccionistas y prohibicionistas. Unos y otros, socialistas y autoritarios, pretenden la absorcion del individuo por el Estado.»

«Frente á frente del socialismo y del comunismo en todas sus formas, desde la forma sencillamente proteccionista, hasta la demagogia nihilista, sólo existen los economistas y político-liberales, los que defienden y sostienen los derechos individuales tratando de limitar las atribuciones del Estado á la funcion de garantir el derecho ó la libertad de los individuos.»

Parece imposible que un hombre de talento, se atreva de esta manera con tan extraña dialéctica á embrollar una cuestion que el simple vulgo conceptúa fácil. El nihilismo, como el libre-cambio, quiere suprimir las nacionalidades; proclama el trabajo individual, y priva al individuo de toda clase de proteccion. Estúdiese atentamente el programa de los nihilistas, y véase cómo en cuestion económica proclaman el indiferentísimo absoluto del Estado, la anulacion de toda intervencion gubernamental; que esto y no otra cosa piden los libre-cambistas. Échense á buscar por todas las naciones un proteccionista nihilista ó siquiera socialista, no lo encontrarán; en cambio, hasta en el seno de nuestra patria encontraremos algun Kaleder socialista, cuyos discursos, libre-cambistas, han resonado en los salones del Círculo de la Union Mercantil.

Convénzase el Sr. Bona, de que, así como el nihilismo y demás doctrinas disolventes obedecen al principio socialista más exagerado, así el libre-cambio es la manifestacion del individualismo más pronunciado, y en esto, los dos extremos se tocan. La intervencion del Estado es el término medio que salva las utopias de absorcion del individuo por el Estado, y del Estado por el individuo como quieren los economistas.

«Es completamente inexacto, decir que el socialismo está en razon inversa de la libertad,» dicen los periódicos socialis-

tas; y en apoyo del enunciado anterior, consignan que, «léjos de estar al abrigo del socialismo la república de los Estados-Unidos, está invadida por él desde algunos años á esta parte, en proporciones de que no podemos formarnos una idea. Tiene el partido socialista más poderoso y mejor organizado, de modo que en 1877 tenía 15 periódicos y cerca de 300 secciones, habiendo triunfado en un Estado, en el de California.» (1).

Miéntras aquella república sea rica y no falte trabajo, el socialismo será puramente teórico y no emponzoñará el problema social como acá internós; mañana, que falte trabajo tambien, allí sabreis lo que es el nlhilismo.

Por lo que hace á Italia y otras naciones, el socialismo se encuentra en cierto modo bajo la direccion de los economistas más adelantados, y á fé que no son muy proteccionistas dichos señores. Pero ¿hemos de continuar demostrando lo que está ya en la conciencia de todos?

En otra ocasion (2) he demostrado las causas de la crísis económíca que el mundo atraviesa, entre ellas los efectos del libre-cambio; y á poco que se reflexione sobre lo dichó anteriormente en este trabajo, fácilmente nos convenzeremos de que la crísis económica puede producir el nihilismo. Esto lo han comprendido ya los hombres de Estado, y he aquí la razon porque Bismark, previendo el peligro, trata de unir las fuerzas de la patria alemana, estrechar los vínculos de la nacionalidad, hacer solidarios los intereses alemanes, y he aquí explicado por qué se declara francamente proteccionista en su mensaje y en su último discurso.

---

(1) *La Revolucion Française*, número de 25 de Mayo de 1879.

(2) *Revista Contemporánea.*—Consideraciones acerca de la crísis económica que atraviesa el mundo en general y en particular de la de España.—Número de 30 de Abril de 1878 y de 15 de Agosto del propio año.

PEDRO ESTASEN.

(Se continuará.)

PARED POR MEDIO.

POEMA

LEIDO CON EXTRAORDINARIO ÉXITO EN EL ATENEO DE MADRID
LA NOCHE DEL 22 DE MAYO DE 1879

Á MI QUERIDO AMIGO

D. ANTONIO SANCHEZ MOGUEL.

«Mi vida es un erial
Flor que toco se deshoja
Que en mi camino fatal,
Alguien va sembrando el mal,
Para que yo le recoja.»

BECQUER.

CANTO PRIMERO.

AL LADO Y LÉJOS.

I.

VIVIAN pared por medio
Ella hermosa y él galan
Y entre los dos no tenían
Ni cinco lustros de edad.
Crecieron sin conocerse
Como crecen á la par
A los lados de una tapia
Un girasol y un rosal.
Ella cumplió veinte abriles;
Él veinte tuvo de edad;
Cuando él soñó con amores,
Ella comenzó á soñar.

II.

Él no la vió: sólo un dia
Miró un rostro celestial
Que era asombro de las gentes
A la puerta de Juliá.
Ella no le conocía;
Sólo una vez, por azar,
Leyó de él unas endechas
A una incógnita beldad.
Él, admirando el retrato,
Amaba el original;
Leyendo los versos ella
Suspiraba sin cesar,
Y los dos, pared por medio,
Sin que se viesen jamás,
Las almas sintieron llenas
Del mismo amor ideal.

III.

Un tren, de noche hácia Madrid volvía.
Un vagon de primera hácia la vía
Una luz misteriosa reflejaba
Que al par del tren, los campos recorría,
Y en el cuadro de fuego que formaba
De una mujer la sombra se veía.

Era ella la dama; y un viajero
Que aquel perfil fantástico y divino
Admiraba, siguiendo el torbellino
Del tren, que deslizábase ligero
Por los delgados hierros del camino
Era aquél, que por culpa del destino,
Desesperado amante,

Perseguía aquel léjos tan cercano,
Siempre pared por medio y tan distante.

Volaba el tren, y ráuda, sobre el llano
La luz de las abiertas ventanillas
Reflejaba un rosario temeroso
De vagas claridades amarillas.
Pero ¡ay! aunque el amante presuroso
Corría tras la sombra de su amada
Delante de la suya reflejada
Sobre la oscura alfombra
Del verde campo, vuelto tenebroso
En las calladas horas de la noche,
Siempre á distancia igual, sombra tras sombra
Caminaban en rápida carrera
Sin que alcanzar pudiera
Un coche persiguiendo al otro coche.

CANTO II.

EL PRINCIPIO DE UNA COMEDIA.

I.

En casa de una prima que tenía,
Un álbum vió el galan sobre una mesa,
Hallando con sorpresa
Que estaba su retrato
Al lado de ideal fotografía
Que delíneaba el continente grato
Del ensueño de amor que perseguía.

Preguntó con instancia.
Las dos se conocieron en la infancia,
Juntas, en un colegio se educaron,
Juntas, despues crecieron,
Y tanto desde entónces se quisieron
Que apénas si despues se separaron.

Supo entónces que el dia en que él faltaba
Á la tertulia que en la casa había,
La mujer que adoraba,
Por un extraño azar, siempre venía;
Que el año que en Valencia
Juntas las dos pasaron el estío,
Él no estuvo ¡fatal coincidencia!
Porque murió su tio;
Que la voz melodiosa
Que oyó hablar con su prima en una estancia
Era la voz de la deidad hermosa
Que perseguía en vano su constancia,
La misma, que en la noche tenebrosa
Del oscuro camino en la ladera
Reflejaba su sombra misteriosa
Al resplandor de un coche de primera.
Y tanto supo, en fin, que fué creyendo
Que aquel continuo andarse persiguiendo
Sin cruzarse jamás, ni verse al paso,
Aquel irse buscando al par que huyendo
Era ley inflexible del acaso.

II.

El dia en que la vió, cubrió á la hermosa
El tinte de la rosa
Cuando en el mes de Mayo
Entre las otras flores hace alarde
Luciendo sus matices orgullosa
Al postrimero rayo
Que rojo inclina al espirar la tarde.
Y es que la rosa vive enamorada
Del sol que vierte en ella sus fulgores,
Y de amor sonrojada
Su palidez se torna en encarnada
Que el rojo es el color de los amores.
Y quiso la ventura

Del dichoso galan, que aquel semblante
Rojo de amor como la rosa pura,
Fuese el reflejo de pasion amante
Que en el pecho nacía
Y en nube ardiente, hasta la faz subía.

¡Era tarde! Con ojos de tristeza
Ella miró. Acabóse la velada,
La asió del brazo un hombre, con rudeza,
Y el entónces oyó que era casada.

III.

Despues... Lector, si imaginaste acaso
Al juzgar del principio de mi cuento
Que con pintura viva
Á referirte voy paso por paso
De una pasion adúltera el tormento,
Por ser esta pasion la que hoy más priva,
Sabe, que no es mi culpa si la esposa
Amó en silencio y devoró su pena;
Y si el amante al respetarla pura,
La romántica accion terminó en prosa
Y huyó léjos por no hacerla perjura.

La virtud es vulgar, y porque sea
Aun más vulgar la historia comenzada,
Sabed que aquel amante sin ventura,
Medicina estudió y en una aldea
Entre breñas y montes ignorada,
Juró con noble empeño
Vivir sin ver jamás á su adorada.

Y su deseo hubiérase cumplido
Si un oculto poder desconocido
No decretára inexorable y cruento
Que aquel amor ahogado en el olvido
Retoñara con bárbaro tormento.

CANTO III.

IGNOTO DEO. (1)

Cuando ilumina al cielo sol ardiente
e arrodilla con fervor la gente
te el pálio, las luces y las flores
cruzan bajo el toldo al son creciente
cánticos, esquilas y tambores.

Cuando la antorcha lúgubre, amarilla,
bre el paño enlutado opaca brilla,
el sacerdote asperja de agua el suelo,
dobla la campana en la capilla,
en niebla oscura se encapota el cielo.

Cuando la nieve se cuajó en la cumbre
hay dentro del hogar amor y lumbre,
fuera á los reflejos de la luna
steja alborozada muchedumbre
un Dios nacido en miserable cuna.

Cuando del fondo de una luz brumosa
manto de la vírgen dolorosa
angular y negro se desprende
no vela de nave misteriosa
ue hácia ignorada orilla el rumbo tiende,

Y sigue al tosco leño que vacila
e cirios rodeado en doble fila
sobre el cual, con el postrer aliento,
inclina un rostro, y esparcido oscila
uengo cabello desatado al viento.

---

canto, separado de la accion del poema, fué leido en el Ateneo
iposicion aparte; pero como en él se expresa su pensamiento
insertamos en el lugar que en realidad le corresponde, toda vez
gencias de la lectura desaparecen en la publicacion.

Ora en la oscuridad gimiendo el coro ,
El *Miserere* el órgano sonoro
Esparza por la nave solitaria ;
Ora brille el altar como ascua de oro
Y del *Tedeum* se oiga la plegaría;

Ora el bronce en las viejas abadías
Con acentos de vagas armonías
Interrumpa la calma en los eriales;
Ora en sombra y silencio, sus crujías
Estiendan las desiertas catedrales.

A todo mudo, á todo indiferente,
Porque al fervor no se dobló mi frente
Ni se encendió la fé en el pecho mio,
De espanto llena la sencilla gente,
Dice al verme pasar: ¡ved al impío!

Luengas noches pasé en recinto estrecho,
Con luz escasa, sin tocar el lecho,
Ávido de saber, febril y loco
Hundiéndome las manos en el pecho
Viendo la fe que huía poco á poco.

Mas si la fe vacila ¿quién ataja
Ese reflujo que incesante baja,
Esa ley que preside á las mareas
Y que al mar de sus costas desencaja
Y del cerebro arranca las ideas?

Hoy, ya sereno, á todo resignado
Ni busco en las creencias del pasado
Á esta vida promesa salvadora,
Ni en la ciencia que el siglo ha proclamado
Hallo mas que el orgullo del que ignora.

Mas la protesta altiva del ateo
No existe en mí, que en mi conciencia creo

En no sé qué deidad vaga y oscura;
Voluntad de un satánico deseo
Que el hombre rige y su dolor procura.

Y no es casualidad imprevisora
Que con la ceguedad asoladora
Del torrente que rueda desprendido,
Con ímpetu de saña destructora
Esparce el mal sin móvil ni sentido,

Sino una sábia providencia oculta
Que el bien deprime y la virtud insulta
Con el deleite inexorable y fiero
Del asesino que á traicion sepulta
En pecho, sin defensa, agudo acero.

Inteligencia poderosa y clara,
Implacable deidad que el mal prepara
Con sabio afan y encarnizada guerra,
En cuyo honor se extiende como un ara
Regada en sangre y lágrimas la tierra.

Antigua como el hombre, presidías
En las selvas espesas y sombrías
El sacrificio druídico sangriento,
Y al gemir de las víctimas reías,
Cuando en las hojas susurraba el viento.

Por tí, del hondo seno calcinado
Del metálico mónstruo idolatrado
Del púnico en los yermos arenales,
Salía ese clamor desesperado
Con que exhalan la vida los mortales.

Por tí, se encuentra Layo en su camino
Al hijo de quien haces su asesino,
Y porque tanto horror aún no te basta

Invocando las leyes del destino
La llama impura enciendes en Yocasta.

Y entónces tu victoria se completa;
Riges la vida; Esquilo te interpreta;
Diosa *Fatalidad* Grecia te aclama;
Blandes el tirso; inspiras al poeta
Y de tu propio horror creas el drama.

Despues, cuando tu risa de ironía
Hizo al mártir dudar en su agonía
Y el imperio del mal aseguraste
Cuando en la cruz en vano prorrumpía:
«¡Señor, Señor, por qué me abandonaste!»

En la vida feudal apareciste
Y de horror insaciable, prometiste
Hacer de la existencia un drama eterno:
Sobre la tierra, corto, pero triste;
Sin fin y aterrador en el infierno.

Hoy el pastor no ve en la encrucijada
Tras la luna tu sombra endemoniada,
Y no atendiendo al mágico conjuro
Sólo asomas tu faz petrificada
De bizantina iglesia sobre el muro.

La risa de Voltaire te trasfigura;
Arrojas la terrible vestidura;
Vuelves de nuevo al insondable abismo,
Y dios pagano ó creacion impura
Siempre riges el mal, y eres el mismo.

Eres tú quien, á modo de la planta
Que el piso huella con fragor que espanta;
Ya detiene, ya aplasta al hormiguero,
El paso del obstáculo levanta
De la vida del hombre en el sendero.

Tú eres quien la catástrofe precisa
Moviendo al tiempo á rapidez y prisa;
Tú, de las horas deteniendo el paso,
Procuras que la accion corra indecisa
Si el mal se ha de cumplir con el retraso.

Y á tu implacable empuje violento
Los hombres, hojas que arrebata el viento,
Ya abrazados se juntan, ya se alejan;
Ya se embisten con bárbaro ardimiento,
Ya por el suelo sus despojos dejan.

¡Divinidad inexorable y ruda,
Creyendo en tí, tu majestad saluda
Quien atado á tu carro de victoria
La interrumpida narracion sañuda
Ha de seguir, para cantar tu gloria.

CANTO IV.

EL FINAL DE UN DRAMA.

I.

—Pastor, ¿no hay pueblo cercano
Donde haya un buen cirujano?
—Del arroyo que allá corre
Torced á la diestra mano
Y vereis luégo una torre.
Seguidla, y habeis de dar
En el meson de un lugar;
Y una vez allí, señor,
Ni en la córte habeis de hallar
Otro médico mejor.

II.

—Andrés, al médico llama.
Y tú, Anica, ten las llaves
Y de aquel arcon que sabes
Saca las ropas de cama.
Verás que suave tufillo
A holanda y limpieza arrojan;
Como que entre ellas se alojan
Seis manzanas y un membrillo.
Y porque se templen luégo
Y tengan más grato olor
Ponlas al azufrador
Y quema azúcar y espliego.
¡Vamos pronto! ¡Dios la asista!
¡Cabalgar por los alcores
Entrada en meses mayores!
¿Hay mujer que lo resista?
Dicen que el marido es dueño
Yo no sé de qué cortijo,
Y que allí le nazca el hijo
Quiere con extraño empeño.
Pues pudiera ser ahora
Que el empeño le costara
Harto caro, y se quedara
Sin rapaz y sin señora.

III.

¡Ay madre, madre, nos valga
La Vírgen del Romeral,
Que pienso que la señora
En grave peligro está!
Hora, al salir D. Eduardo,
Bajé á alumbrarle al zaguan

Y del candil al reflejo
Ví en la escalera su faz.
Llevaba fruncido el ceño,
La color toda mortal,
Los ojos, cual si quisieran
Las lágrimas refrenar;
Y la mano con que asía
La baranda de metal
Estaba fría, y sudaba,
Y temblaba sin cesar.
Le pregunté y nada dijo;
Volví con empeño igual
A preguntarle de nuevo,
Y dió de nuevo en callar.
Así bajamos. Yo abrí.
Un tempestuoso huracan
Entró por donde él salía
Huyendo en la oscuridad.
Tronó el cielo; yo cerré,
Pero airado el vendabal
Mató el candil, y en la sombra
Quedé con medroso afan
A tiempo que por defuera
Oí cual loco gritar
A don Eduardo diciendo:
«¡Maldita fatalidad!»
Aquel semblante nublado,
Aquel sombrío callar,
La luz que apagara el viento
Y aquel grito de ansiedad,
Agüeros son de desdicha
Que en muerte me hacen pensar.
¡Ay madre, madre, nos valga
La Vírgen del Romeral!

IV.

En una estancia sombría
Un hombre á solas gemía
Con agitacion violenta,
Miéntras por fuera rugía
La rábia de la tormenta.

Afuera, el cielo tronaba;
Adentro, un pecho estallaba;
Llovía el llanto á raudales
Y la tormenta azotaba
Con lágrimas los cristales.

Que cuando es hondo el pesar
Es poco hacer retemblar
El mundo, dando al sentir,
La lluvia para llorar
Y el trueno para gemir.

—¡Ella!—decía angustiado
Con paso precipitado
Cruzando la habitacion.
—¡Ella otra vez á mi lado!
¡Destino de maldicion!

«Corred, corred; mal parada
Yaciendo está en mi posada,—
Andrés dijo,—una señora.»
Sentí inquietud presagiada
Mas fuí corriendo en mal hora.

Llegué. En ansiedad revuelta
Un cuerpo de forma esbelta
Que en las almohadas vertía
Blonda cabellera suelta,
De fiebre se estremecía.

Encendió la calentura
El carmin con que fulgura
Aquel rosiro que se mueve
De la holanda en la blancura
Como una rosa entre nieve.

Mas el fuego carmesí
De aquel rostro, prendió en mí;
Que en un momento fatal,
La miré y enrojecí;
Me miró, y quedó mortal.

Quise gritar y callé.
En sus labios, yo no sé
Qué palabra se formó.
Yo sin sentido quedé,
Y ella sin vida cayó.

Sin vida, sí; devorada
Por la fiebre, mi llegada
La causó emocion tan fiera
Como ruda puñalada
Que el corazon la partiera.

Morirá. Del nuevo dia
El alba nublada y fria
No dará luz á sus ojos,
Y en honda caja sombría
Alumbrará sus despojos.

¡Yo la he muerto! ¡Hado inclemente!
Dame que el pecho reviente
Al dolor que en él rebosa
Para que cubran mi frente
Con la tierra de su fosa.—

Dijo, y golpeóse airado,
Y de una pistola armado

Se revolcó sobre el lecho;
Sonó un tiró, y desplomado
Cayó, dividido el pecho.

CANTO V.

NI EN LA TUMBA.

I.

Como oxidado hierro el tosco muro
Amarillo y oscuro;
Los arcos rotos, la cornisa en ruina
Labrada con fantásticos caprichos,
Y las ventanas hondas como nichos
Levántase una iglesia bizantina.

Una vieja pared, forma un cercado
Que al cerrar en cuadrado
Una corta extension de la llanura,
Parece un marco que gigante artista
Dejó por un olvido que contrista,
De dibujo vacío y de pintura.

Vacío no; la ventanilla abierta
Sobre la añosa puerta
Entretejida de tablones gruesos
Que blancos de humedad y podredumbre
Resaltan con la pálida vislumbre
De carcomidos y enlazados huesos,

Permite ver el cuadro pavoroso
De un lugar silencioso
En que el lampazo cubre los eriales,
Y la bardana entre las piedras crece,
Y la amapola sus capullos mece,
Y por las tapias trepan los zarzales.

Más si del sitio aquél lleno de horrores
No alegraron las flores
Los parajes sombríos y desiertos,
Retoñando en eterna primavera
Brotan del suelo cruces de madera,
Plantas que tienen por semillas muertos.

En tanto que testigo solitario
Ruinoso campanario
Destaca sobre el fondo vespertino,
Con recortada forma, el negro muro
Roto por dos ventanas que en lo oscuro
Resaltan con destello blanquecino.

Y como se cayeron las campanas
De las huecas ventanas,
El torreon, con ojos siempre abiertos,
Ojos de luz que lanzan sin pupila
Yertas miradas de estupor, vigila
El pavoroso campo de los muertos.

II.

La tarde era apacible; el sol lucía
Tras niebla pasajera,
Que al reflejar del íris los colores
Como un sueño de amor se deshacía
En esa lluvia mansa y placentera
Que el valle puebla de tempranas flores
Y da al viento los cálidos olores
De la tierra mojada en primavera.

Sobre el oscuro verde de los prados,
Del sol á los reflejos
Sus sombras paseaban los nublados,
Y allá léjos, muy léjos
De la niebla rompiéndose los tules

Veíanse vertientes y collados
Irse perdiendo en límites azules.

Del fondo de aquel valle donde humea
La pequeña barriada de una aldea
Pausado, triste y lento
Surge tambien, y en el espacio ondea,
De una campana el funerario acento.
Miéntras del valle á la áspera colina
Que sustenta en su altura
El cementerio de una iglesia en ruina,
Subiendo va, como serpiente, oscura
Senda tortuosa y pina
Muchedumbre que reza ó que murmura.

Canta la clerecía, el pueblo llora,
El bronce tañe, la mortuoria caja
Al fondo oscuro de la fosa baja,
Y retumbando en cavidad sonora
La tierra en paletadas se desgaja.
La postrera oracion, dice la gente;
Cesa el rumor; desciende por la cumbre
Dispersa la callada muchedumbre;
Con crujido estridente
Los goznes gimen de la añosa puerta,
Nace otra cruz en la region desierta,
Y en vibracion lejana,
Sigue diciendo al viento la campana
Que allí quedan los restos de una muerta.

. . . . . .

. . . . . .

Más tarde, cuando pálida declina
La claridad del dia y vagorosa
Quiebra del horizonte la neblina
Y por el cielo sube silenciosa
La luna que los campos ilumina,
Dos hombres, de la noche en el misterio,

Al pié del paredon alto y sombrío
Que cerca el cementerio,
Segun órden de un párroco indignado
A las cenizas del suicida impío
Dan sepultura fuera de sagrado.

III.

Ni una inscripcion grabada en una losa,
Ni una cruz de madera que atestigüe
Que un hombre allí reposa.
Sólo con prevencion superticiosa
No hay tímida aldeana
Que llena de terror, no se santigüe
Cuando del sitio aquel cruza cercana.

De aquel lugar maldito y desolado
Cuentan horribles cosas, cuando airado
El cierzo silva y los nublados mueve
Sobre el menguante rostro de la luna;
Cuando el reló con golpe amortiguado
Hiere el metal que se cubrió de nieve;
Cuando se mece en el hogar la cuna
Al compasado ruido de la rueca,
Rompe en hervor descomunal caldero,
Se enrojece el hollin, chispea el tuero
Y arde gimiendo la retama seca.

Dicen entónces, que en la noche oscura
De la olvidada fosa del suicida
Resucitando el alma maldecida
Con azulada claridad fulgura,
Y en pos de una mujer que adoró en vida
Saltar la tapia del sagrado intenta.
Mas vano afan; cuando tocar parece
Del cercado la cumbre,
Su claridad opaca y macilenta

El soplo de la brisa desvanece
Y al suelo rueda su apagada lumbre.

IV.

De pedazos de rocas, empedrada
Fríos y duros como el hado impío
Y de espinas de zarza coronada
Como la imágen de dolor sombrío,
Del cementerio la pared oscura
Cómplice inexorable de la suerte
Surgiendo entre una y otra sepultura
Los sigue separando, hasta en la muerte.

Casualidad ó devocion piadosa,
Del suicida brotó sobre la fosa
El flexible ramaje de una hiedra
Que extendiendo sus brazos amorosa
Por la pared trepó de piedra en piedra;
A tiempo que del muro, al otro lado
Sobre el sepulcro dentro de sagrado
Nació un rosal, que al rebasar creciendo
La tapia del cercado,
En sus ramas la hiedra fué prendiendo.

Y siempre que en Abril la brisa mece
Sobre lo alto del muro hojas y flores
Tiembla el rosal, la hiedra se estremece
Y abrazados publican sus amores.

RICARDO BLANCO ASENJO.

ANALISIS Y ENSAYOS.

UNA BIOGRAFÍA DE THIERS.

Vida de Luis Adolfo Thiers, por Francisco Le Goff, traducida de manuscritos inéditos por Teodoro Stanton (New-York, G. P. Putman's Sous).

BASTA para conocer el carácter de esta obra con que digamos que desde la primera á la última página no se encüentra la más leve indicacion de que el protagonista se haya equivocado ó haya sido digno de culpa en ningun accidente de su vida. Siempre aparece como un hombre de Estado sabio, consecuente y animoso, que se sacrificaba por el interes de su patria, sin cuidarse de otra cosa más que de servirla. M. Le Goff debe saber que pocas personas, cualquira que sean sus opiniones políticas, de las que están al corriente de la reciente historia de Francia, se encontrarán dispuestas á convenir con él en la apreciacion que hace de su héroe, y por lo ménos es extraño que espere atraer al mundo entero á sus miras, sencillamente contando con una ignorancia absoluta de los hechos que se refieren á M. Thiers ó sin presentar más argumentos que sus aserciones sin fundamento alguno. La carrera política de Thiers es demasiado reciente y generalmente conocida para que se trate de semejante manera con la menor probabilidad de buen éxito.

Escasamente habían transcurrido dos años desde que sus enemigos, que sin duda eran acérrimos y poco escrupulosos, escudriñaban un dia y otro dia en los nebulosos episodios de su vida. La tarea era pesada y la evidente malicia de los ataques probablemente predispusieron á muchas personas á considerarlos con impaciencia.

Los hombres sensatos, en su mayoría, creían que la cuestion no era saber si el pasado de Thiers había sido honrado, sabio y consecuente; sino averiguar si en sus últimos años había ó no prestado un gran servicio á su patria. Jamás la historia presentará á Thiers como una figura interesante. Ni es César, ni María Estuardo, ni Bacon, ni Danton, personajes acerca de cuyo carácter y conducta jamás dejará de haber una viva y apasionada controversia. Nadie en la actualidad, ni áun monsieur de Cassagnac ó M. Rochefort, creerá oportuno ni necesario hacer un resúmen de sus malas acciones; pero cuando se nos desafía con un panegírico tan indiscreto como el de M. Le Goff, no podemos ménos de decir que la historia de los últimos cuarenta años no se ha borrado por completo de la memoria del pueblo.

Por ejemplo, no se ha echado en olvido que el periodista que alcanzó el poder por la revolucion de Julio, cuatro años despues publicó contra las asociaciones la más severa ley conocida, ley confeccionada por Napoleon I, que los Borbones despues de la restauracion encontraron buena y que fué denunciada por el mismo Guizot, cuando era oposicion, como un ultraje á la libertad. La inexorable severidad con que fué vencida la insurreccion de veinticuatro horas de Abril de 1834, y la matanza de los que no combatían en la calle Transnonain, se recordaban siempre y se presentaban contra M. Thiers hasta que fueron borradas de la memoria del pueblo por el más terrible derramamiento de sangre de Mayo de 1871.—Las tiránicas leyes de 1835 siempre han estado unidas á su nombre, y no hay para qué decir que esta parte de la vida de Thiers se trata muy someramente por M. Le Goff.—La ley contra las asociaciones y las de Setre sólo están mencionadas con una frase en toda la obra. Los asesinatos de la calle de Transnonain se pasan en silencio, y hasta se asegura que Thiers era

partidario de una política más liberal, y estaba en vísperas de ponerla en práctica cuando sus diferencias con el rey acerca de la intervencion en España le obligaron á dimitir en 1836. No hay, sin embargo, razon alguna para suponer que tal fuera su intencion, porque cuando volvió al ministerio en 1840 se negó á dar paso alguno para reformar ó dulcificar las leyes represivas. No obstante, sus *coqueteos* políticos con Odilon Barrot y la izquierda dinástica fueron causa de que los conservadores sospecharan que estaba dispuesto á entregar la nacion á la democracia. A ménos de no tener presente cómo se condujo en esta época, imposible es comprender el sentimiento que inspiraba, tanto á los conservadores como á los republicanos, en 1871-1873.

Cumple al propósito de M. Le Goff presentar á Thiers como si se hubiera adherido lealmente á la república en 1848; y cree haberlo probado suficientemente, citando el mensaje del ex-ministro á los electores de las Bocas del Ródano:

«Esta declaracion, dice el autor, tan elevada como sincera, no fué, sin embargo, igual á las sospechas y á las imputaciones á que entónces dió lugar la conversion de Thiers al republicanismo. Semejante injusticia pronto tuvo su compensacion. En las elecciones complementarias de 8 de Junio *(sic)* de 1848 fué elegido diputado por cuatro departamentos.»

Siempre se ha dicho que fué derrotado en Abril, porque se sospechaba de su sinceridad, no sólo por los republicanos, sino tambien por el clero, y que si triunfó en Junio, fué debido á que en este intervalo dió tales seguridades á este último, que obtuvo del obispo de Orleans la siguiente recomendacion: «No estoy obligado á colocarme en el lugar de Dios y sondear las conciencias, pero en apariencia, visiblemente M. Thiers ha vuelto completamente á nosotros.» Inmediatamente despues llegó á ser el espíritu dominante del grupo ó fraccion de la rue de Poitiers, compuesto de orleanistas, legitimistas y hasta de bonapartistas, tales como Dufaure, Daru, Buffet, Berryer, Falloux, Rouher, Persigny, muchos de los cuales habian hecho pública profesion en las elecciones, no sólo de republicanismo, sino hasta de socialismo, pero cuyo único lazo de union era el ódio á las instituciones republica-

nas. Fácil sería presentar múltiples circunstancias de la malévola actividad de M. Thiers durante este período; pero ninguna es tan sencilla y tan fácil de comprender como la que queda narrada. *Noscitur ex sociis.* Tal vez M. Le Goff posea lo que él califica de pruebas suficientes de que la actitud de M. Thiers era conciliable con su lealtad á la república; pero de ser así hubiera sido conveniente que las hubiese presentado para hacer desaparecer esta aparente contradiccion. Un hecho tan significativo y notorio como las relaciones de M. Thiers con la fraccion de la rue de Poitiers, no puede descartarse por el cándido procedimiento de no mencionarlo.

La proteccion de Thiers á la candidatura del príncipe Luis Napoleon contra Cavagnac en la eleccion presidencial, debe haber puesto en gran apuro á M. Le Goff, y para salir del mal paso, nos pide que creamos que Thiers tenía sérios temores de que una competencia empeñada entre los dos candidatos citados, diera lugar al triunfo de Ledru Rollin, ó de Raspail, y en consecuencia prestó ayuda al que creía más fuerte. Esto es sencillamente ridículo, porque era evidente para todos que los republicanos rojos estaban fuera de combate, y al presentar dos canditatos, indica claramente que no teniendo esperanza alguna de éxito, los rojos no llevaban otra idea que llenar una formalidad. El resultado de la eleccion fué de 5.484.226 votos en favor de Luis Napoleon; 1.448.107, por Cavagnac; por Ledru Rollin, 370.119, y 36.920, en favor de Raspail; de manera, que si Thiers hubiera realmente abrigado temor alguno acerca del triunfo del partido rojo, podría conceptuársele como el más torpe observador de todos los franceses. La explicacion que se dió entónces de su conducta, y que fué generalmente aceptada, es la verdadera. Sabía que Cavagnac, á quien le disgustaba, tanto por sus principios como por su carácter, jamás le habría nombrado ministro, al paso que se lisonjeaba de poder gobernar á Luis Napoleon. En la apreciacion de este hombre se engañó, como lo fué despues con sus dos *protegidos* Mac-Mahon y Fourtou.

Un eminente hombre de Estado frances nos decía en cierta ocasion: «M. Thiers tiene buen olfato para las situaciones, pero no para los hombres.» M. Le Goff expresa que la víspera

del 24 de Mayo de 1873, «Thiers estaba seguro de su suerte; que todo lo que le restaba era caer con honor.» Cierto es que el voto de la Asamblea le era adverso, pero no tenía intencion de caer. A pesar de repetidos avisos, estaba firmemente persuadido de que los reaccionarios no hallarían persona que le reemplazara, y que vendrían á suplicarle de rodillas que volviese á ocupar su puesto. Creía á Mac-Mahon partidario suyo, y todos sus ministros le instaban para que no dimitiese, segun nos dijo posteriormente uno de ellos. Su fatal equivocacion expuso á la Francia al riesgo inminente de una restauracion monárquica, manteniendo durante más de cuatro años el temor de un *golpe de Estado.*

En resúmen, es difícil comprender la razon de haber escrito esta obra. Por una parte, no da luz alguna acerca de ninguno de los hechos que relata, conocidos de antemano, y por otra, guarda silencio sobre muchos otros, que no deben omitirse en una biografía de Thiers, por superficial que sea. Debe decirse, en favor de M. Le Goff, que es la obra de que se trata, se ha escrito eligiendo el traductor algunos manuscritos de los muchos que posee el autor, los cuales, si se hubieran publicado por completo, tal vez no darían lugar á las consideraciones que hacemos en este artículo.

E. S. BEESLY.

EGIPTO Y SU HISTORIA ANTIGUA.

Historia de Egipto bajo los Faraones, sacada completamente de los monumentos, por Enrique Brugsch-Bey. Traducida del aleman por el difunto Enrique Dauby Seymour, F. R. G. S. Completada y editada por Felipe Smith, B. A., en dos tomos (Murray).

Por tercera vez aparece á nuestra vista Brugsch-Bey como historiador del Egipto antiguo.—En 1859 produjo el primer tomo de su primera *Historia de Egipto*, obra que no se ha terminado. Luégo, en 1875, se publicó la *Primera parte* de lo que pretendía ser una segunda edicion de aquella y que tambien quedó en estado de fragmento. Finalmente, en 1877 vió

la luz pública su *Geschichte Aeggpten's unter der Pháraonen*, traducida ahora segun queda expresado por los señores Felipe Smith y el difunto H. D. Seymour.

Como quiera que es la más completa y contiene los hechos más recientemente averiguados, la presente obra es sin duda alguna la mejor de cuanto ha escrito el autor sobre el Egipto antiguo; pero sería aún más valiosa si hubiera seguido en ella el plan que desarrolló en la segunda edicion de 1875. Este encantador fragmento escrito en frances é ilustrado con citas de textos, geroglíficos, era tan agradable para el estudiante como para los demas lectores en general. Las citas se omiten en la presente edicion reemplazando su gran utilidad con un signo convencional de referencias. La obra, sin embargo, es extraordinariamente rica en nuevas é interantes inscripciones, citando como ejemplo el capítulo IX del tomo I que no contiene ménos de nueve; pero es difícil contentarse en una obra de esta importancia con meras traducciones. En la carencia de facsímiles, trata uno por lo ménos de conocer dónde fueron hallados los originales, y dónde pueden verse.

Las excavaciones en los grandes cementerios de Geczch, Sakkara, Meydoom y Abydos, han arrojado una viva luz sobre la vida pública y privada del imperio antiguo y del imperio medio. Con el auxilio de los hechos arrancados á las capillas mortuorias y cámaras sepulcrales herméticamente selladas unos cuatro ó cinco mil años ántes de la Era Cristiana, el doctor Brugsch nos presenta con gran número de detalles los tiempos remotos de los reyes de Ménfis. Sabemos que tan atrás como en el reinado de Snefru, predecesor de Khufu y de Shafra, el soberano presidía una córte tan formal y aparentemente tan servil como la de Luis XIV. Tenía secretarios, tesoreros, consejeros, ministros de obras públicas, interventores de la servidumbre, jefes de caballerizas, maestros de ceremonias, jefes de guardaropía y por último, gentiles hombres de cámara cuyos deberes consistían en cuidar de los baños reales y del cabello y uñas de su sagrada majestad. Los sacerdotes ó profetas de la pirámide del rey y los arquitectos encargados de edificar aquella «eterna mansion» eran personajes del más elevado rango. Encontramos, por ejemplo, á un tal Mer-ab,

hijo de Khufu entre los arquitectos; y es de suponer que la famosa pirámide de su padre fuera edificada por este príncipe; cada pirámide tiene su nombre. Las de Khufu, Shafra y Menkara, eran llamadas «la Expléndida,» «la Grande» y «la Elevada,» miéntras que la de Snefru, que supone ser la que aún permanece cerrada en Meydoom, se conocía con un nombre que significa «el Alba» ó «la Fiesta.» La totalidad de este período se lee mejor en el fragmento del doctor Brugsch de 1878.

Respecto á la oscura época en que el Egipto estuvo por varios siglos esclavizado por un desconocido designado con variedad por el nombre de Hyksos, Aatu, ó Plaza y Mentin, el doctor Brugsch indica el importante hecho de que en la lista de naciones esculpida en los muros del templo de Edfoo; estos mismos Mentin se describen como habitantes de la tierra de Asher. Ahora bien, en una de las secciones del decreto de Canopus, se demuestra que Asher y Siria eran sinónimos por lo ménos en los tiempos de Ptolomeo, al paso que la version geroglífica de la misma leyenda sustituye por Asher el nombre antiguo de «Rutennu del Oriente.» Así Siria, la tierra del Rutennu del Oriente, Asher y Menti son nombres dados en diferentes períodos al mismo país. Que Asher en algun tiempo significara Asiria, es cuestion que aún no está resuelta; pero es difícil leer los argumentos del doctor Brugsch y no convencerse de que los Hyksos eran una horda de Rutennu aliada con los árabes de Shasu, y que al deseo de venganza, no ménos que al de conquista, debe atribuirse la apasionada persistencia con que los faraones de la dinastía XVIII perpétuamente dirigieron sus ejércitos contra las tríbus del Asia Occidental.

El autor tiene mucho que decir aún acerca del semitismo en Egipto, especialmente bajo el punto de vista filológico. Cuando hay que descifrar un lenguaje escrito, en el que ciertas consonantes pueden cambiarse entre sí, y las vocales se omiten en su mayoría, pocas indicaciones de nombres propios pueden con seguridad considerarse como positivos. Algunos de ellos, sin embargo, en los capítulos XI y XII del tomo I, son más que plausibles. La derivacion tanto tiempo buscada de la palabra «Nilo,» se encuentra en la semítica de

Nahar ó *Nahal*, que significa «rio,» y es un hecho sumamente interesante que el distrito bañado por el Abana y Pharphar, al Oeste de Damasco, es conocido, áun en época actual por los árabes, con el nombre «Naharain,» ó «Tierra de la doble corriente,» nombre que constantemente aparece en las inscripciones geroglíficas de las dinastías 18 y 19, para designar especialmente la Mesopotamia ó el país situada entre el Tígris y el Eufrates.

Debe advertirse, que al condenar la confederacion Pelasgo italiana de De Rougé, y asignando un orígen Cario-Colcico y armenio á las tríbus aliadas que invadieron el Egipto en los reinados de Menephthah I y Ramses III; el mismo doctor Brugsch propone una nueva interpretacion de la inscripcion llamada «Casa Tesorería,» que existe en Medmet-Haboo, demostrando que ciertos cautivos, que hasta ahora se suponían haber sido Maxyes, Chahhes, etc., fueron efectivamente chipriotas y silicianos hechos prisioneros en Idalium, Kition, Soli, Curium, etc., etc., nombres á los cuales los descubrimientos del general Di Cesnola, y recientes acontecimientos políticos prestan un especial interes.

El período del nuevo imperio, tan rico en materiales, llena casi una mitad de la obra. La falta de espacio nos obliga á pasar por alto mucho de lo que es nuevo en este campo tan labrado ya, limitándonos á señalar la importante inscripcion en la que Thothmes, nos dice como fué desterrado en su juventud al templo de Amen, en Buto, en el Monte Casio, el Zephon de Baal de la Biblia (tomo I, pág. 343), y la de Rohir Amenhopet, jefe arquitecto de Amenhopet III, en que se refiere como ejecutó dos estatuas del rey su amo, «tan admirables por su anchura y altura, que hacian aparecer pequeñas las proporciones del templo;» cuyas estatuas son los célebres colosos de la Plana.

Los reinados de Ramses II, el Faraon de la opresion y de Menephthah, el Faraon del Exodo, contiene gran variedad de hechos inconexos que tienen mayor ó menor referencia directa con con la historia de Moisés y de los israelitas, cuyos datos reunidos son en extremo curiosos. Los monumentos recuerdan los nombres de dos hijas de Ramses II, Merí y Merí-

Amen, una de las cuales puede ser la princesa Merris, de la tradicion judáica, y la «hija del Faraon» de la Biblia. Un documento de tiempo de Ramses II, menciona un lugar en el Nilo, cerca de Tel-el-Amarna, llamado entónces Teu-Moshé, esto es, la isla ó el banco de Moisés. Cierto virey de Kus, en el reinado de Ramses II, se llamaba Moshé ó Massui. El célebre geroglífico de Dakkeh, refiere como las ruinas de Akita (Gebel Ollaki), permanecieron improductivas, porque «los lavadores de oro que habían ido allí murieron de sed, así como los burros que estaban con ellos,» en consecuencia de lo cual, se envió una expedicion bajo las órdenes del entónces virey, con instrucciones para hacer pozos artesianos por todo el camino. Posteriormente este mismo virey dió cuenta del feliz resultado de su mision, manifestando que «el agua brotaba por arroyos,» y que el pueblo se regocijaba en gran manera, miéntras que los que padecían de la vista se lavaban con el agua y curaban. Nos parece ver en esto, como en un espejo oscuro, que Moisés puede, no solamente haber sido virey de Kus, sino que es posible que fuera el idéntico personaje que tuvo el mando de esta expedicion, circunstancia que pudo muy bien haber influido para hacerle superar una de las mayores dificultades de la permanencia en el desierto. Una inscripcion cortada en una roca, recuerda tambien el nombre de Lui ó Levi, gran sacerdote y tesorero de Amen en la época de Menephthah, miéntras que el de un tal Pinehas, idéntico al de Phinehas, nieto de Aaron, se encuentra en las canteras de Silsilis. Por último, tambien se trata de un Amenemhan, arquitecto jefe del bajo Egipto en tiempo de Ramses II, que dirigió las grandes edificaciones de Pa-Toum (Heracleopolis-Parva), y de Pa-Ramses (Tanis), el Phitom y Ramses de la Biblia, y que así fué el instrumento directo del cautiverio.

La narracion de la 20.ª dinastía del Dr. Brugseh, hubiera sido más completa. Si ínterin su obra se imprimía hubiese tenido el autor acceso á los grandes papirus de Harris (publicados despues en facsímiles), documento de alta importancia y que puede calificarse de una especie de testamento político en forma de un mensaje póstumo de Ramses III al pueblo y ejército de Egipto.—Sin embargo, se hacen en la obra exten-

sos estractos de aquel admirable fragmento conocido con el nombre de *Papirus judiciario de Turin*, que trata de una «Conspiracion del Haren» contra el soberano, en la cual estuvieron complicadas muchas personas de elevado rango, inclusa una cierta dama llamada Thi (ó Taia) y su hijo Pentaur quienes el Dr. Brugsch supone ser mujer é hijo de Ramses III. Ahora bien, es un hecho curioso—que ha pasado desapercibido, creemos, á los ojos de los ilustrados comentadores de este papiro—que aunque la reina se ve representada dos veces en el gran cuadro de la coronacion de Medinet Haboo, los adornos de sus retratos están en blanco. ¿No podría suceder que fuera la Taia de la conspiracion y que quedara sin nombre á consecuencia de su crímen, y que sin embargo fuera representada en su lugar como cuestion histórica? Estraño es que el Dr. Brugsch al describir la tumba de Ramses III (tan célebre bajo el nombre de «Tumba de Bruce» ó «Tumba de los arpistas») omita decir que su sarcófago existe en el Loudre, y la cubierta, que tiene una estatua del rey en alto relieve, se halla en el museo Fitzivillian de Bambridge.

El Dr. Brugsch pretende con justicia haber descubierto la conquista de Egipto por los asirios. Los egiptologistas hace largo tiempo hallaron el carácter asirio en ciertos nombres propios, tanto de personajes de alcurnia real como de particulares que empiezan á aparecer en los monumentos en la época de la 20.ª dinastía; pero ahora sabemos por primera vez que hubo virtualmente una invasion; que Her-Hor el sumo sacerdote usurpador de Amen en Tebas, desterró al oásis al último de los Ramses con 100.000 secuaces; que un descendiente de uno de estos desterrados—probablemente Ramses XVI de la línea legítima—se casó con una princesa asiria; y que Nemrod, hijo de Sheshank ó Sheshak, «el gran rey de Asiria,» marchó contra Egipto ostensiblemente para apoyar á los ramesidas; pero en realidad para conquistarlo y someterlo al dominio de Asiria. Aparece, sin embargo, que este Nemrod (que dividió el trono de Asiria con Sheshank, su padre, y tuvo un hijo llamado tambien Sheshank) murió en Egipto y fué enterrado en Abydos, donde hace poco se encontró la mitad inferior de una gran tableta, que recuerda como Sheshank, padre, vino allí

transcurridos algunos años para visitar el «hermoso sepulcro» de su hijo, y hallándolo deteriorado y escasa su dotacion, lo hermoseó y dotó. «En aquel mismo tiempo su majestad hizo traer á Abydos, la estatua del gran rey de Asiria, el rey de los reyes, Nemrod, representado por un hombre en actitud de andar; cuya estatua fué colocada en el expléndido sepulcro real del Santo de los Santos, etc., etc.» Tambien erigió «una piedra conmemorativa en el lenguaje de Babel,» que contenía el catálogo de las dotaciones con una lista de las sumas que debían gastarse diariamente en miel, bálsamo, incienso, tortas con especias y demas de este género. Esta inscripcion, descrita por el Dr. Brugsch, como «una de las más notables y sorprendentes que se hayan jamás encontrado en Egipto,» se colocó dentro de los muros de alguna edificacion posterior, á cuya circunstancia se debe probablemente su conservacion.—No termina aquí la admiracion; además de esta singular evidencia del enterramiento de uno de los reyes de los Asirios en el corazon del valle del Nilo, unos 1.033 años antes de Jesucristo; por lo que llama el autor un extremo accidente de la suerte «la verdadera estatua erigida por el rey Sheshank á la memoria de su hijo, ha sido identificada por el Dr. Brugsch por medio de un fragmento sin cabeza en el gran salon de la coleccion egipcia de Florencia.

La dominacion asiria en Egipto, parece haber estado bastante asegurada. Cuando los nombres de este Nemrod y de su padre ocupan su lugar en el catálogo de soberanos, el rey conocido como Sheshank I (el Shishak de la Biblia que conquistó á Jerusalen) pasa á ser el segundo del nombre, calculándose que la dinastía de los bubastidas, duraría unos 150 años. Entre tanto los hijos de estos Faraones asiro-egipcios todos los Thiglats, Sheshank, Sargous y otros, llevan como príncipes, el título asirio de *Sátrapa*, título que, bajo la dinastía etiopía que fué la inmediata, cambió de nombre por el de «príncipe de los Maxyes».

Segun hemos visto, el Dr. Brugsch obtiene antecedentes de fuentes en que ni soñado habían los historiadores hace pocos años. Las tabletas de Apis, la inscripcion de Piankhi en Gebel Barkal (Napatia), los registros cuneiformes de Assur-bani-

pal, los restos de los muros del gran templo en el oásis de El Khargah, son grandes auxiliares para llenar más de una laguna histórica.

Los últimos capítulos de la obra, aunque ricos en referencias y traducciones, llevan el sello de la precipitacion. En muy pocas páginas vemos á Egipto, gobernado por una multitud de reyezuelos y sátrapas. Tébas, saqueada dos veces por Assur-bani-pal; la supremacía de los asirios, cede su puesto á la de los etiopes, y los persas suceden á ambas dinastías. Nada, sin embargo, puede ser tan satisfactorio como los testimonios de los distintos monumentos y su completa concordancia con la narracion que se lee en la Biblia de esta misma época. Sigue á ésta el último y pálido destello de prosperidad. Envalentonados con el éxito de los griegos en Salamina y Platea, los egipcios, al mando de un tal Khabbach, que parece haber sido un rey tributario del de Persia, se sublevó, expulsó á Verxes de su palacio de Sais, arrojó á los opresores de Egipto, y por espacio de sesenta años, este país estuvo otra vez bajo el dominio de una línea de Faraones legítimos, establecidos en Meudes y en Sebennites. Finalmente en Nekht-nebef, último Faraon de la últma dinastía, termina la historia de Egipto, hablando con propiedad. La herencia de Menes sólo existe, en adelante, como una provincia griega, bajo la dominacion de Alejandro Magno y de sus sucesores.

No puede haber más que una opinion respecto al valor intrínseco de la obra del Dr. Brugsch. Indudablemente es la más importante que se ha escrito, así como la más verdadera y más detallada. Los monumentos de que se ha servido el autor como antecedentes, han sido estudiados, examinados y comparados con la más escrupulosa minuciosidad.—Los hechos que refieren son de indudable autenticidad, sin que en ninguna de sus páginas se encuentren aventuradas teorías, impremeditadas generalidades, ni ilustradas credulidades. El lector se encuentra en un terreno firme desde el comienzo hasta el fin; y si la historia ideal del Egipto no está aún escrita, por lo ménos el Dr. Brugsch, nos proporciona algo de real y positivo hasta donde alcanza. La mayor falta de esta obra, tomada en conjunto, es que su lectura parece ser, más que la

de una obra, la de una coleccion de estudios separados, cosidos juntos de prisa. Tampoco está tan exenta de descuidos como tal vez debía esperarse.—Nombres de personas y lugares, á menudo en justa posicion, están escritos de dos ó tres diferentes maneras; hechos de importancia secundaria, á veces se refieren con poca exactitud (como, por ejemplo, tratándose de Semneh, situada á 35 millas arriba de Wady Halfch, se le supone «inmediatamente debajo de la segunda catarata»); y en una notable inscripcion citada en la página 219 del primer tomo y luégo en la página 117 del tomo II, está traducida de una manera tan distinta, que la segunda version en parte contradice el sentido de la primera. Respecto á omisiones, es notable que aunque la famosa alianza ofensiva y defensiva entre Ramses II y el príncipe de Khita ha sido traducida *in extenso*; en esta obra el autor no llama la atencion hácia la circunstancia de ser este documento el primer ejemplar que existe de tan extraordinario tratado. Más aún, cuando cita en la página 83 del tomo I la antigua sepulcral invocacion que existe en el féretro de Menkara (cuarta dinastía), no dice una palabra acerca de que esta oracion contiene la primera referencia conocida del mito Asirio con relacion al culto de los difuntos; marcando así una nueva separacion en los anales religiosos de Egipto. El curioso lector no podrá ménos de observar que ínterin Brugsch-Rey no deja pasar oportunidad alguna de demostrar los puntos de contacto entre la *Biblia* y los monumentos, trata con trivialidad la inmensa y preponderante influencia que la religion nacional ejercía en la historia de la nacion—aquella antigua, augusta é inexorable religion que regulaba cualquier acto de la vida egipcia pública ó privada é imponía un yugo con no menor autoridad al rey que al último de sus vasallos.—Debía esperarse en una obra como la de que se trata algunas noticias sobre la literatura religiosa de Egipto, acerca de la que conocemos algo en forma de himnos, letanías, lamentaciones, etc., y parece casi increible que el Dr. Brugsch no haga un bosquejo de la extraordinaria obra conocida con el nombre de *El Ritual* ó *Libro de los Difuntos*.

El traductor que quiera publicar una historia como la de *Geschichte Aegypten's unter den Pharaonen* en inglés cor-

recto y legible, necesita algo más que un mediano conocimiento del aleman. Debe tenerlo perfecto, no sólo de la literatura general del asunto, sino de los monumentos más importantes; y si tiene alguna idea de los geroglíficos, llevará á cabo su tarea con mayor facilidad y exactitud. Por lo ménos, debe ser incapaz de confundir estatuas con pinturas, tabletas con columnas, y trasladar nombres tan comunes como Amenhotep y Aah-hotep por Ammonish y el Lunático, que aparecían en la obra. Seguramente no puede atribuirse más que á un error de imprenta, el que Neb-Ankh (señor de la vida) se traduzca por «Montaña del Féretro» (tomo I, pág. 300).

De la traduccion de esta obra, miéntras ménos se diga, será mejor. Incorrecta con frecuencia y careciendo siempre de elegancia, cansa y atosiga al lector desde la primera á la última página. Tal vez, despues de todo, no pueda tributarse mayor elogio á la historia del Dr. Brugsch que decir que, á pesar de la cuestionable manera con que se ha publicado, es de un interes tan inmenso, que se lee casi con santo placer, como si estuviera escrita por él mismo en ese esquisito idioma frances que tan bien posee.

AMELIA B. EDWARDS.

BOLETIN

DE LA SOCIEDAD PARA EL ESTUDIO DE LA ENSEÑANZA SUPERIOR.

Sociedad para el estudio de las cuestiones de la enseñanza superior.—Estudios de 1878.—Paris 1878, en 8.º 655, páginas.

El año próximo pasado se formó en Paris una sociedad para el estudio de las cuestiones de la enseñanza superior, y entre sus socios fundadores en número de 24, figuran los señores Breal, Boissier, Fustel de Coulanges, Laboulaye, Gaston, Paris, Perrot, Renan, etc., etc., en una palabra, las eminencias de la enseñanza superior de Francia.—Segun sus estatutos, el objeto de la sociedad es:

1.º Estudiar metódicamente las instituciones en la ense-

ñanza superior que existen en Europa y en las demás partes del mundo. 2.º Estar al corriente de los cambios que se verifiquen en su organizacion, de los nuevos ramos que se aumenten en sus programas, y de los métodos adoptados por los catedráticos. 3.º Mantener con este objeto relaciones y correspondencia con las principales universidadades extranjeras é institutos expeciales que las completen. 4.º Procurar y satisfacer los gastos de viajes de observaciones y estudios en los centros escolares célebres, por los hombres notables, y las obras que hayan producido. 5.º Consignar en un boletin periódico los resultados de esta permanente investigacion, con las observaciones á que hayan dado lugar por parte de los socios. Y 6.º Poner á disposicion de los poderes públicos en una coleccion constantemente llevada al dia, los experimentos que puedan tener interes en consultar con relacion á las reformas que se mediten.

El volúmen que tenemos á la vista, contiene los cuatro boletines del año 1878, comprensivos de los estudios generales, pero precisos, acerca de las universidades alemanas y austriacas; sobre la enseñanza superior en Bélgica y Holanda; sobre el estudio del derecho en las universidades austriacas; una bibliografía de la misma enseñanza en Alemania; un documento histórico sobre dicho grado de la enseñanza en Francia y durante la revolucion, y un resúmen y una discusion sobre la *estadística de la enseñanza superior* en Francia recientemente publicada por el ministerio de Instruccion pública.

Las universidades alemanas ocupan un espacio considerable en esta obra, representadas por las de Bonn, Gœtting y Heidelberg.

El artículo de Mr. Dreyfus-Brisac sobre la universidad de Bonn, abstracion hecha de una introduccion histórica, trata de la organizacion general de la universidad, de la enseñanza, de las instituciones académicas, del presupuesto general, de los exámenes, del espíritu y de la vida universitarias. Sin contradiccion, es el primer trabajo profundo y concienzudo sobre una universidad alemana. El autor lo ha visto todo por sí mismo, lo ha observado bien y ha obtenido exactos infor-

mes, habiéndosele abierto en todas partes las puertas de par en par. Por primera vez se hallan informaciones algo completas sobre los sueldos de los catedráticos, la organizacion de los seminarios, las bibliotecas, los gabinetes de lectura y la vida de los estudiantes alemanes; cuestiones, todas, importantes, que hasta ahora habían quedado en el olvido. En general el estudio de Mr. Dreyfus-Brisac, que hemos leido con tanto más interes, cuanto que hemos permanecido un año en Bonn, sólo merece elogios; está hecho con gran cuidado; prevision, exactitud é imparcialidad. Por todas partes se ve al abogado que busca los reglamentos, que los analiza y que pone de realce sus disposiciones fundamentales; quedando naturalmente en último término las observaciones pedagógicas que revelarían al catedrático.

La universidad de Gœttinga ha sido estudiada por M. Montargis y Seignobos, que pasan sucesivamente revista á la administracion, los catedráticos, los *privat-docen* los estudiantes, las relaciones entre éstos y los catedráticos, entre la universidad y el Estado, los anexos y los caractéres generales de la universidad. Su trabajo es ménos especial que el de M. Dreyfus Brisac, y nos parece que los autores de este estudio, al hablar de Goettinga, han tratado más bien de describir una universidad alemana tipo. El valor y el interes de esta descripcion, consiste en las numerosas reflexiones ó apreciaciones que acompañan á cada hecho, y que son tomadas juiciosamente de trabajos alemanes muy estimados; todo ello adicionado con anécdotas y pormenores íntimos que ponen perfectamente en claro ciertos puntos de la vida escolar alemana. En general, este estudio es sólido, exacto, preciso, y de una lectura atractiva, y si tiene un carácter distinto del de M. Dreyfus Brisac, no por eso es ménos interesante, no perjudicándose uno al otro.

La universidad de Hecdelberg ha sido objeto de dos estudios diferentes, debidos uno á M. Cammarten, y otro á M. Lindenlaub. El primero contiene los principales rasgos de la organizacion y de la manera de funcionar de esta universidad, y promete ocuparse en otro artículo ulterior de los exámenes y títulos. Su trabajo es más especial que el prece-

dente, y la fisonomía general del curso, en la que el autor examina alternativamente los catedráticos y los estudiantes, está muy bien hecha; así como se caracterizan suficientemente, aunque con brevedad, los seminarios de filología moderna y antigua.

M. Lindenlaub hace un bosquejo del desarrollo de la universidad de Heidelberg, y se ocupa con especialidad del seminario de filología, cuyo reglamento de 1865 traduce, comparándolo con el de 1875, consistiendo el interes de su estudio en la publicacion de ambos documentos.

La bibliografía de la enseñanza superior alemana, se debe á M. Seignobos, quien «no ha querido, dice, dar una coleccion completa bibliográfica, sino únicamente indicar los principales documentos y medios de informacion sobre las universidades alemanas, su institucion y sus costumbres.» Meinherr Seignobos enumera estas obras por órden de materias, y las caracteriza con mucha precision y exactitud; pero así como la *Akademisches Jahrbuch* se ha olvidado de mencionar todos los artículos de revistas, entre los que citamos especialmente los que han aparecido en las *Jahrbücher für Philologie send Padagogik*, y que ciertamente tienen su valor.

Despues de Alemania, que no ocupa por cierto ménos de 275 páginas, viene Austria, á la cual consagra M. Lyon Caen, agregado á la facultad de Derecho de Paris, y catedrático de la Escuela de ciencias políticas. En su primera parte, corta, pero abundante en datos, expone nociones generales sobre la organizacion de las universidades de Austria, y en la segunda parte trata de las facultades de derecho y de ciencias políticas. El primer punto nos interesa por su novedad, y el segundo por su importancia, porque la organizacion de las facultades de derecho en Austria se considera superior á la de Alemania.

De Bélgica se ocupa preferentemente la sociedad de Paris. M. Emilio Flourens hace la historia de nuestra enseñanza superior; arroja una mirada sobre la enseñanza secundaria y las universidades del Estado, luégo se detiene en las universidades libres; trata enseguida de la sancion de los estudios superiores, del modo de conferir los grados, y de los derechos

unidos á ellos, y termina con los estudios de los medios de estímulo. El autor debe en general sus datos á los informes trienales y á los anales parlamentarios; pero es de sentir que que sus reflexiones personales, provocadas á menudo por dichos anales, tan sujetos á desconfianza, sean de tal naturaleza que puedan inducir en error acerca del valor é importancia de las necesidades de nuestra enseñanza. Hubiera sido más acertado en un extranjero limitarse á presentar las piezas del proceso sin comentario alguno.

M. Mauricio Verne, director de conferencias en la Facultad de teología protestante, nos inicia en la organizacion de la enseñanza superior en Holanda. Como esta organizacion acaba de tener una importante transformacion por la ley de 28 de Abril de 1876, «el momento era particularmente oportuno para exponer el mecanismo de instituciones que gozan en el extranjero de una merecida reputacion, examinando qué progresos se han realizado ya ó pueden esperarse en el porvenir con motivo del reglamento puesto recientemente en vigor.» El autor trata en este estudio de los puntos siguientes: 1.º, historia; 2.º, administracion; 3.º, organizacion de la enseñanza y exámenes; 4.º, catedráticos y estudiantes. A pesar del mérito incontestable de este trabajo, no podemos ménos de observar que M. Verne elogia demasiado la enseñanza holandesa; por más que él mismo señala algunas lagunas y pasa en silencio otras, olvidándose á menudo que allende el Rhin, existe un método de enseñanza mucho mejor organizado que el holandés.

Acerca de Inglaterra encontramos un trabajo de M. Mauricio Villesard de Prusiéres que tiene por objeto las universidades de Oxford y Cambridge, se propone indicar los principales rasgos de un régimen de enseñanza superior, diferente del frances, é insistir, sobre todo, en los puntos más discutidos en este momento y hacer presentir los principios nuevos que han de surgir de la crísis actual. Divide su estudio en dos partes. La primera, única publicada hasta ahora, se consagra al personal universitario, ayos, catedráticos y estudiantes. La segunda, que aparecerá en uno de los próximos boletines, comprenderá las materias universitarias, los estudios y el presupuesto.

Entre los trabajos referentes á Francia, llamaremos la atencion acerca del último, debido á la pluma de M. Lavisse, director de Conferencias en la escuela normal, en que se hace un resúmen del informe sobre la enseñanza superior dirigido, en 1878, al presidente de la República, que discute despues de haberlo comparado con el de 1868.

Ya lo vemos; la Sociedad de Paris ha emprendido desde luégo el estudio en conjunto de las instituciones de la enseñanza superior en los principales Estados de Europa; anunciando que este trabajo, terminado ya respecto á Alemania, Bélgica y Holanda y sólo empezado con relacion á Inglaterra, se continuará, haciéndonos tambien la esperanza de investigaciones que tendrán un objeto más especial.—Las secciones de derecho, medicina, ciencias y letras, estas dos últimas subdivididas en subsecciones, han redactado ya interrogatorios que han remitido á sus corresponsales; las contestaciones las ilustrarán en los pormenores, como las que han recibido á su primer interrogatorio la han ilustrado en el conjunto.

F. COLLARD.

CRÓNICA DE LA QUINCENA.

INTERIOR.

NTES de que la restauracion se verificára, cuando los conservadores pedían el poder contra los gobiernos de la revolucion, aseguraban que su triunfo sería el restablecimiento del régimen parlamentario y la reorganizacion administrativa.

¿Qué ha sido del régimen parlamentario? Dígalo una série de crísis hechas siempre en los interregnos, ante las Córtes cerradas; díganlo las sofísticas doctrinas del Sr. Cánovas del Castillo, elevadas á la categoría de instituciones; dígalo este sistema político bajo el cual vivimos, que puede convertir los cuerpos colegisladores en dóciles órganos de la voluntad ministerial y que hace de los tribunales de justicia un resorte del gobierno.

¿Y la reorganizacion administrativa?

Nunca imperó, como ahora en las provincias el caciquismo; nunca se arraigaron en daño de los intereses generales, como ahora, las influencias de todo género; nunca la administracion municipal estuvo tan á merced del bando dominante.

La hacienda, ¿ha mejorado por ventura? ¿No aumentan los

gravámenes que pesan sobre el contribuyente? ¿No aumentan los gastos sin reformarse, ni adelantar los servicios?

¿Y los múltiples ramos que dependen del ministerio de Fomento? Nunca estuvo tan abandonada como ahora la instruccion pública, falta hasta de un plan general á que subordinarse, despues de haber convenido todos en la necesidad de atenderla y propagarla con especialísimo empeño.

Los puertos, las vías de comunicacion ¿en qué estado se encuentran? El que viaja por España no ve sino ruinas y caminos intransitables. Todo lo que del ministerio de Fomento depende tiene el sello de la penuria, de la escasez, de la falta de celo y de recursos.

¿Y la administracion de justicia? Apenas saben los tribunales qué leyes han de aplicar, ni qué derecho es el vigente. Las impremeditadas resoluciones que inspiró al Sr. Cárdenas en 1875 la pasion política, exigían una reforma general en nombre del sentido comun, ya que no en el de otros principios mas altos y científicos. Y ¿qué se ha hecho?

El Sr. Bugallal ha escrito en la contestacion que ha dado el Congreso al discurso de la Corona una vez mas la promesa de establecer el juicio oral en nuestras leyes. ¿Para qué? Lo sabemos, el corto paso de S. S. por el gobierno nos lo dice, cuál será la suerte de semejante promesa.

Despues de cuatro años y medio de gobierno, los conservadores no han conseguido realizar ninguno de los grandes proyectos que ostentaban como lema de su bandera.

Grande ha sido la desorganizacion administrativa en aquellos difíciles y angustiosos momentos que ha atravesado nuestro país; pero hoy, despues de tres años de paz, hoy, en 1879, esa desorganizacion es mayor todavía al punto de hacerse ilusoria toda esperanza de remedio: por lo ménos de remedio que venga de manos de los actuales gobernantes.

Los sucesos ocurridos en estos últimos dias justifican plenamente esas aserciones. El espectáculo de que han sido teatro las oficinas de la Deuda, prueba que cuando el Sr. Maisonnave atribuía al desórden que reina en nuestra administracion la mayor parte de los males que afligen al país, señalaba la dolencia penosa é incurable que nos impide gozar la

prosperidad y la dicha que un buen gobierno procura á otros pueblos.

Lo ocurrido en la Deuda es por lo demas un grosero delito.

El cobro de cupones se hace presentando éstos, dejándolos en las oficinas á cambio de una factura y acudiendo con ella el dia señalado. Pues bien, se han falsificado estas facturas destruyendo sus matrices y reemplazándolas con otras, de donde resulta, que al ir á cobrar los portadores se les ha dicho que ya estaba su factura cobrada y que la que llevaban era falsa. El escándalo ha sido inmenso. La cantidad cobrada de ese modo fraudulento asciende, segun parece, á medio millon de reales; se ha entorpecido y dilatado el pago del cupon durante muchos dias, y los periódicos han propuesto diferentes medios para que el caso no se repitiera. De todos los medios propuestos, el más seguro parece. que se pague á presentacion de los cupones, ó que se dé un resguardo en forma al portador de los mismos.

Un diputado ministerial, el Sr. La Iglesia, amigo de los señores Elduayen y Silvela, se hizo en la sesion del 18 eco del disgusto que esos hechos han producido en la mayoría y en el país. Pidió la palabra para suplicar al ministro de Hacienda que adoptase enérgicas medidas á fin de evitar la repeticion de aquellas escandalosas defraudaciones. El ministro de Hacienda contestó, que los tribunales de justicia entienden en el asunto. No satisfizo al Sr. La Iglesia esta respuesta y redactó una proposicion presentada en la sesion del dia 19 y suscrita por los Sres. La Iglesia, Ruiz de Velasco, Finat, Sedó, Alvarez Mariño, Quiroga y Galante, todos ministeriales. La proposicion que era en el fondo un voto de censura, estaba concebida en estos términos:

«En vista de las explicaciones dadas por el señor ministro de Hacienda al contestar á repetidas preguntas que se le han dirigido sobre falsificaciones de las carpetas de cupones, los diputados que suscriben verían con gusto que se adoptasen medidas urgentes y eficaces, para remediar los males que por ellas experimenta el crédito público.»

El Sr. La Iglesia la apoyó en un extenso discurso en que sostuvo, ante todo, la necesidad de reformar la organizacion

de las oficinas de la Deuda. El Sr. Orovio manifestó que á su juicio era inoportuno ahora pensar en la reorganizacion de aquella dependencia. El Sr. La Iglesia retiró entónces su proposicion. Reprodujéronla las oposiciones, la apoyó el señor Gonzalez (D. Venancio) y, al votarla los ministeriales, lo hicieron en favor del ministerio, pensando que así cumplían bien sus deberes de representantes del país, y el Sr. Orovio pareció satisfecho con que sólo la aprobaran 37 votos contra 146, sin parar mientes en la circunstancia de que ese voto de censura acababa de nacer del seno de la mayoría.

El Sr. Orovio ha continuado en el gabinete profundamente quebrantado, y para que su desdicha llegase al colmo, el dictámen que acaba de dar la comision parlamentaria inspectora de la Deuda, pone de relieve el deplorable estado en que se hallan las dependencias del ministerio de Hacienda. Suscriben ese dictámen los Sres. Escobar y Barzanallana (D. José), ministeriales; Becerra, demócrata, y Balaguer, constitucional. El dictámen, que á pesar de su extension debemos transcribir íntegro dice así:

«Cumple á la comision inspectora de la Deuda el precepto legal de dar cuenta á las Córtes del desempeño del cargo que le confiaron: para ello empezará recordando que la que cesó en 20 de Marzo del año anterior, al exponer el resultado de su cometido, manifestó que había llamado su atencion el que en todos los estados de la Deuda en circulacion se consignara constantemente la cifra de 2.904.449.500 pesetas en títulos para garantía de contratos: que con este motivo había pedido á la Direccion del Tesoro los datos y noticias necesarias para conocer el número y cantidad de préstamos garantidos con la expresada suma, la fecha de su constitucion, así como el tiempo que debían durar, y la del primer cupon que los referidos títulos tienen unido.

La comision, reconociendo la importancia de este asunto, ha procurado reunir los datos necesarios para aclararlo y poder en su dia dar cuenta de su resultado. Sus gestiones han sido hasta ahora infructuosas; despues de diferentes recuerdos y repetidas instancias, consiguió en 9 de Abril de 1878 se le remitieran por la Direccion general del Tesoro dos estados que no satisfacían ni podían satisfacer los deseos de la comision. Desde aquella fecha viene gestionando para que se amplíen y completen los datos que posee; pero no ha logrado hasta el dia más que alguna contestacion de cortesía, y de manera alguna las noticias que tiene reclamadas.

No puede ni debe desconocerse la importancia de este asunto-miéntras los títulos emitidos para garantía de contratos no se amorticen y cancelen definitivamente, como previene el art. 3.º de la ley de 27 de Julio de 1871, serán constantemente una amenaza en el mercado, sobre el cual pesarán y perjudicarán al crédito. Bien conoce la comision que no es posible amortizar toda la cantidad emitida con este objeto; pero le extraña y llama su atencion que en el largo tiempo que ha mediado desde que por primera vez se ha ocupado de él (20 de Julio de 1872), no se hayan liquidado ni fenecido ninguno de los préstamos que estaban garantidos con los expresados títulos, y que, por lo tanto, no haya vuelto á ingresar en la Direccion del Tesoro ninguna cantidad de títulos de los dados en garantía.

No puede admitirse esta hipótesis, atendidas, no sólo las condiciones ordinarias de esta clase de garantías, sino tambien lo corto que suele ser el plazo de las operaciones de tesorería.

No es, por otra parte, admisible tampoco que unos mismos títulos respondan á la vez de diversas operaciones del Tesoro. Se los da en garantía á un tipo dado y por un valor nominal que á este tipo equivalga al valor del crédito garantido, no siendo susceptibles, como las fincas, de varias hipotecas. Por estas razones, la comision no cree que desde la fecha indicada haya sido imposible cancelar parte de los títulos de garantía de contratos; y por ellas, y por la importancia de la cuestion, su deseo de conocer la suerte y situacion de los referidos títulos.

No le ha sido posible, como deja indicado, conseguirlo hasta el dia, pues ha tropezado constantemente en la Direccion del Tesoro con una resistencia que no ha podido dominar, por lo cual, en cumplimiento de su deber, lo pone en conocimiento de las Córtes.

La comision, cumpliendo el encargo que le han confiado los Cuerpos Colegisladores, aunque con sentimiento, debe ocuparse ahora de los últimos fraudes y delitos descubiertos en las oficinas de la Direccion de la Deuda. Consisten éstos en la desaparicion de facturas de intereses de depósitos correspondientes á las subastas decimaquinta y decimasexta, importantes 71.431 pesetas 71 céntimos, vueltas á presentar y cobradas en la decimanovena en cantidad de 58.448 pesetas 95 céntimos, y en la falsificacion de facturas de intereses del 3 por 100 y ferro-carriles del semestre vencido en 1.º del actual. Estos delitos no parece posible hayan podido cometerse, por las circunstancias que les acompañan, sin la cooperacion de alguno ó algunos de los empleados que tienen á su cargo la formalizacion y custodia de los documentos referidos. La comision se abstiene de hacer más comentarios puesto que se instruye el oportuno expediente administrativo, y se ha incoado en los tribunales de justicia el procedimiento que corresponde, á fin de que el rigor de la ley recaiga sobre los delincuentes, habiéndose al mismo tiempo adoptado las precauciones necesarias para garantir los intereses públicos.

Los perjuicios que estos hechos han irrogado hasta hoy al Tesoro son de escasa importancia; pero el descubrimiento de los referidos delitos demuestra evidentemente un vicio de organizacion en las oficinas de la Direccion de la Deuda, que debe corregirse.

La comision, en el corto tiempo que ha mediado desde que se ha conocido la falsificacion de las facturas de cupones correspondientes al último semestre, no ha podido formar juicio completo de las medidas necesarias para atajar y remediar estos abusos. Cree, sin embargo, que no se ha obrado en esta ocasion con la rapidez y energía necesarias, porque si bien no se conocen los delincuentes, sí se sabe dónde se han cometido los delitos, y los que por apatía ó abandono los han facilitado. Repite que no se ha obrado con la rapidez y energía necesarias; y para justificar esta opinion suya, le basta manifestar que hasta el dia no se ha variado de sitio ni un solo empleado de los que tienen á su cargo los negociados donde se custodian y formalizan las facturas desde su recibo hasta el dia de su pago.

Bien es verdad que desde el 7 de Enero de este año estos negociados, como toda la Contaduría de la Deuda, no dependen de la Direccion; y esto, si bien puede ser conveniente en cuanto á la uniformidad de la rendicion de cuentas, acaso sea perjudicial para el buen servicio, porque ha relajado los lazos de unidad, disciplina y subordinacion que deben existir en todo centro administrativo, y mucho más que en ningun otro en el muy vasto é importante de la Direccion de la Deuda, que debe responder á las necesidades crecientes del desarrollo que ha tenido la Deuda pública y del crédito.

Confía la comision en que la que han elegido los Cuerpos Colegisladores para sustituirla estudiará este asunto con el detenimiento y madurez que su importancia requiere; y por ello se limita, en cumplimiento de su deber, á ponerlo en conocimiento de las Córtes para que con su sabiduría acuerden lo que sea más conveniente al crédito y á los intereses del Estado.

Madrid 21 de Julio de 1879.—El presidente, Manuel Becerra.—Ignacio José Escobar.——José G. Barzanallana, vocal senador.—Víctor Balaguer.»

El dictámen ha sido presentado á las Córtes con esa fecha; pero á pesar de su importancia no se ha discutido. El Sr. Orovio queda bajo el peso de una acusacion que á cualquier otro ministro le habría obligado á retirarse. El Sr. Orovio no ha creido que debía hacer más que anunciar en los periódicos su propósito de acometer durante el interregno parlamentario la reorganizacion de las oficinas de la Deuda.

***

Los últimos dias de sesiones han estado consagrados por completo á asuntos mercantiles. El 21 se discutió un dictámen concediendo dos años de próroga para concluir y poner en explotacion la seccion de Orense á Tuy en el ferro-carril de Orense á Vigo. Fué este dictámen aprobado el 22; en la misma sesion se autorizó la construccion de un ferro-carril de Valsequillo á Fuente del Arco, otro de la línea de Córdoba á Belmez y otro desde Igualada á San Saturnino de Noya. Nada habría de reparable en estas concesiones si una triste experiencia no enseñara que muchas veces resultan estériles los sacrificios hechos por el Tesoro para dotar á los pueblos de medios de comunicacion, por la codicia ó la falta de buena fe en las empresas constructoras y concesionarias.

Algo de esto ha ocurrido con las líneas del Noroeste. Galicia y Asturias necesitan hace muchos años vía férrea; se concedió, se otorgó á una empresa desdichada su construccion, se le dieron cuantas subvenciones pudo apetecer y al cabo de diez y seis ó diez ocho años, no habiendo construido más que la parte fácil, las explanaciones en las llanuras y en los valles, debiendo muy cerca de 80.000.000, si la cifra de sus deudas no supera esa cantidad, sin recursos para proseguir las obras, el Estudo tuvo que incautarse de la línea. Pero como el Estado no puede continuar su construccion, ni terminarla, ha sido preciso pensar en que se adjudicara nuevamente, y el ministro de Fomento ha traido á las Córtes en esta legislatura un proyecto de ley, sacando á concurso la construccion de la línea expresada. Para nadie ha sido, por lo demas, un misterio, desde el primer momento en que se agitó esta cuestion, que el gobierno pensaba adjudicar las líneas del Noroeste á la compañía del Norte. Se ha hecho público que esta disponía lo necesario á la incautacion, y que era ya definitivo el acuerdo en virtud del que pasaran á sus manos aquellas explotaciones. Otras empresas mercantiles han querido disputarle ese triunfo y la lucha de opuestas influencias sobre quién realizaría al cabo ese pingüe y productivo negocio, ha revestido deplorable carácter. Ni el ministerio, ni la comision, ni la mayoría, ni la mesa de la Cámara popular, han sido muy discretos en este caso. El ministerio ha defendido con excesivo calor el proyec-

to, la mayoría ha mostrado pasion contra los que le combatieron, la mesa de la Cámara, por último, secundando esa actitud excedió el límite de los deberes que señalan la imparcialidad con que debe concurrir al debate de todos los asuntos.

El ministro de Fomento tenía empeño en que el proyecto se aprobara; los diputados se iban; era el 24; había que aprovechar no ya los dias sino los instantes, y aquí, donde un proyecto de ley de instruccion pública se aplaza años y años sin ningun género de dificultades, no había calma ni paciencia para aplazar la cuestion puesta al debate. El ministerio quiso que se celebrara sesion el 25, dia de Santiago, dia de fiesta, contra las terminantes prescripciones reglamentarias. Lo propuso la mesa y lo combatió el señor marqués de Sardoal. Quiso impugnarlo el Sr. Mártos, y pidió la palabra; concediósela el señor vicepresidente Cos-Gayon, é iba á hablar el jefe de la minoría progresista democrática, cuando el vicepresidente se opuso á ello y dió la cuestion por terminada, provocando un espantoso alboroto, en medio del cual nadie pudo advertir si se había tomado acuerdo respecto del punto objeto de la discordia.

Al dia siguiente, el 25, presentó el Sr. Mártos un voto de censura contra el vicepresidente Cos-Gayon. Este voto de censura ha sido causa de que el proyecto se aplace. La elocuencia del Sr. Mártos obtuvo un señaladísimo triunfo. El voto fué rechazado; pero el general Martinez Campos, despues de oir al orador demócrata, propuso á sus compañeros dejar el término de este debate para la segunda parte de la actual legislatura ó para la legislatura próxima, y suspender desde luégo las sesiones. A los ojos del presidente del Consejo, el Sr. Martos planteó una cuestion de moralidad administrativa que no era posible resolver de otra manera. El Sr. Mártos, con efecto, se expresó en términos enérgicos y capaces de causar honda impresion al presidente del Consejo de ministros. Los que más contribuyeron á preocupar la atencion del general Martinez Campos, llevando el debate á su terreno propio, merecen transcribirse:

«No señores, decía el Sr. Martos, jamás se ha hecho eso hasta

que lo ha hecho el señor vicepresidente Cos-Gayon por primera vez en los fastos parlamentarios. Lo que se ha hecho siempre que se ha querido celebrar una sesion extraordinaria, ha sido llamar á los representantes de las minorías de la Cámara, consultar con ellos el caso y con su acuerdo, hacer la pregunta, y si no mediaba este acuerdo, dejar que expusieran ámpliamente sus opiniones; acerca de la novedad que se intentaba, los representates de las minorías parlamentarias, y eso era lo justo, y eso era lo natural, y eso era lo respetuoso para la opinion de todos y sobre todo por el prestigio del sistema parlamentario.

»Pues qué ¿hay algo más grave ni más importante que estas novedades que tocan al régimen diario de las Asambleas deliberantes? Pues qué, ¿con ocasion de alterar el régimen de estas Asambleas, no se puede tocar á los fundamentos de su vida interior que está garantizada en los artículos del reglamento? Pues si los artículos del reglamento, por preguntas inesperadas de la presidencia, por acuerdos irreflexivos de las mayorías se reforman á cada instante, ¿no desaparecerá la garantía de todos vosotros? Pues qué ¿estas leyes adjetivas que en todas partes son las que responden de la eficacia, de la sustancia del derecho, porque sin ellas, la sustancia del derecho es perfectamente ilusoria y tanto valdría como si se desparramasen por la atmósfera, estas leyes adjetivas que son tan importantes ¿se pueden alterar al gusto y al capricho de un vicepresidente y de una escasa mayoría que por accidente se encuentra reunida al terminar la sesion?

»Y si siquiera se hubiera preguntado en forma, se podría invocar el acuerdo tomado sin razon; pero es el caso que está tambien tomado sin legalidad.

»Pues qué ¿se pregunta, como se puede preguntar, si se proroga la sesion, si habrá sesion mañana? ¿Y lo urgente? ¿Por qué no se preguntó por lo urgente? Urgentes son aquellas leyes que respondan á las necesidades verdaderas del gobierno; urgente es proveer á la salud de la monarquía si muere el monarca; urgente es proveer al gobierno de la monarquía si hay necesidad de nombrar regente del reino; mas ¿para quién es urgente el ferro-carril del Noroeste? Podrá serlo para algunos intereses privados, y por urgencias de esas es triste que se atropelle el respeto del reglamento.

. . . . . .

»La ley despues de dar 240 millones para que la empresa haga lo que falta por hacer, le da de balde todo lo ejecutado y que está ya en explotacion: y decía yo ¿es esta una urgencia tan grande como la que sería si nos amenazase una desgracia nacional para que se viole así un artículo reglamentario? ¿Hay una prisa tan grande por regalar 200 ó 300 millones á una empresa? Si había conveniencia de parte de los poderes públicos, de parte del señor presidente de la Cá-

mara ó de la mayoría, en demostrar que es urgentísimo que no nos separemos de aquí sin que se vote esta ley; ¿debía hacerse como se ha hecho?

»¿Hay conveniencia en esta prisa, para el gobierno? Aquí se quejaba el Sr. Elduayen, y con razon, de que todo lo mancha la calumnia. Y cuando andan corrientes, poblando los aires, esas voces de la calumnia ¿parece razon, parece justicia, parece política, parece prudencia arrojar nuevos incentivos al viento para que tome mayores proporciones la calumnia? Pues esto es lo que se hace, ni más ni menos; sin razon, enhorabuena, pero esto es lo que se consigue con estos».

Han dicho los periódicos, que miéntras el Sr. Mártos pronunciaba estas elocuentes y severas palabras, el señor presidente del Consejo decía con voz bastante alta y clara para que le oyesen los que ocupaban un asiento á su lado:

—¡Esto es hablar con claridad! ¡Ahora lo comprendo todo!

No sabemos si la malicia habrá dado esa forma á la expresion de asombro que se pintaba en el rostro del presidente del Consejo miéntras oía al Sr. Mártos. El hecho es, que bajo la influencia del discurso del jefe de la minoría progresista democrática, el Sr. Martinez Campos resolvió la suspension de sesiones, y que el 26 se leía el decreto poniendo término á ese breve é infecundo período parlamentario.

***

Despues de la suspension de las sesiones, cuando el estío nos hace sentir todos sus rigores, cuando la ausencia de la corte, que ha marchado á la Granja, la clausura del Parlamento y el deseo universal de descanso paralizan todas las manifestaciones de la vida pública, los partidos se dispersan, y la política huye de entre nosotros. Uno ó dos meses de atonía y de espectacion; hé ahí el porvenir, á ménos que el Sr. Silvela, que permanece en Madrid, se decida á ensayar su política propia con la qué nos amenazan ahora los órganos del ministerio, y que las estaciones balnearias sean teatro de alguna de esas entrevistas donde tirios y troyanos suelen preparar sus campañas de invierno, como los ejércitos se aperciben para las del estío, desde los cuarteles que ocupan en la estacion de las nieves y las lluvias.

EXTERIOR.

No es de hoy el malestar que agita en su fondo la política interior inglesa. La lucha de los partidos, cada vez allí más viva, ha minado el prestigio y la fuerza del gabinete Beaconsfield, hasta el extremo de discutirse la conveniencia de disolver el Parlamento, y consultar á la opinion sobre la oportunidad de continuar desenvolviendo las consecuencias de la actitud adoptada por Disraeli, ó de variar de rumbo en los asuntos capitales que ocupan la actividad y el pensamiento del pueblo inglés.

Como una consulta al país, al contrario de lo que entre nosotros sucede, es en Inglaterra un acto serio, grave y trascendental, porque esas consultas se hacen con sinceridad y deseo de acierto, el ministerio ha meditado profundamente sobre si debiera ó no hacerla ahora, habiendo resuelto la negativa. El gobierno hubiera podido con alguna esperanza de éxito convocar los comicios despues del término de la guerra del Afghanistan, ó cuando nombró para el mando de las tropas que operan contra los zulús un general en quien el país cofína. Pero despues de esos hechos, la legislatura que va á terminar no le ha parecido capaz de seducir á los electores. Quizás pretende llenar el vacío que en ella advertirán los pueblos procurando que en la inmediata consagren algunas vigilias los representantes del país á gran número de cuestiones olvidadas en en los últimos años de un modo censurable. El órgano de los liberales *The Daily News*, haciendo á este propósito una revista general de todos los asuntos que han surgido ante el Parlamento, llega á la conclusion de que si el país quiere todavía que los conservadores gobiernen sus destinos, debe estar dispuesto á sacrificar en aras de esa satisfaccion sus aspiraciones reformistas y su deseo de que se introduzcan importantes economías en los gastos del Estado.

Por otra parte la política exterior de la Gran Bretaña bajo el ministerio Beaconsfield, no merece mayores aplausos. En la cámara de los Comunes trató el dia 22, uno de sus miem-

bros más importantes, sir Cárlos Dilke, del cumplimiento de la paz de Berlin. La cuestion no está agotada á pesar de las deliberaciones múltiples y repetidas de que viene siendo objeto aquel instrumento diplomático. Sir Cárlos Dilke discutió con preferencia entre todas las cuestiones que se derivan de aquella paz, la de las reformas del Asia Menor y la ratificacion de la frontera turco-griega.

Mr. Bourke, subsecretario de Estado del *Forcin-Office*, que contestó á sir Cárlos Dilke, más pareció que hablaba en obsequio de la oposicion que á favor de los intereses del ministerio. Hizo ante la Cámara un cuadro poco lisonjero del Estado en que la corrupcion y tiranía del gobierno de la Puerta mantienen el Asia Menor. Debe notarse, dice *l'Independance belga* comentando ese discurso, que el cuadro pintado por Mr. Bourke, contrasta de una manera peregrina con las seguridades optimistas que tantas veces han servido á lord Beaconsfield y al marqués de Salisbury para entretener á la cámara de los Pares y á la opinion pública. De lo que Mr. Bourke dijo, se deduce que con efecto el sultan no cumple los compromisos que le imponía el tratado de Berlin, ni Inglaterra le obliga á cumplirlos. El cuanto á la cuestion griega, Mr. Bourke se limitó á decir que está pendiente, y que procede aplazar las explicaciones solicitadas por la oposicion respecto de ella.

En el momento en que escribimos estás líneas ha mejorado un tanto esa cuestion para los que sostienen la necesidad de que se cumpla el art. 24 de la paz de Berlin, y lo concertado por los representantes de las potencias en el protocolo XIII anejo al convenio. Italia, que oponía dificultades nacidas de un propósito poco levantado, á que se procediera en este asunto como Mr. Wadington quiere, no sostendrá esa actitud indecisa y egoista. Mr. Cairoli ha asegurado, al encargarse del gobierno, que sostendrá el cumplimiento de lo pactado en Berlin. No es verorímil que Italia abandone ahora esa política, pues todo el mundo concede cierta estabilidad al ministerio Cairoli. No se duda de que si las Cámaras lo derribaran, el rey entregaría á su primer ministro el decreto de disolucion. En Constantinopla hay tambien síntomas de cambios

políticos. Keredin-Pachá se verá obligado á dejar el vizirato. Keredin-Pachá representa la influencia inglesa y el viejo partido turco, opuesto á las reformas que esta patrocina y alienta, goza de extraordinario favor ahora acerca de Abdul-Hamí. Si Keredin-Pachá cayera, le sucedería un representante de ese viejo partido que quizás por complacer á Rusia, atendiera más que Keredin, en la cuestion greco-turca, las aspiraciones de los helenos.

Aparte las consecuencias accidentales que ese cambio ocasiona, su posibilidad muestra á qué miserable situacion ha llegado la Puerta, juguete un dia de las intrigas de harem, agitada al otro por las luchas que en el propio palacio de su monarca libran dos poderosos soberanos extranjeros, instrumento siempre de voluntades agenas, gobierno sin independencia ni patriotismo, sin apoyo en el país, ni fuerzas sociales que lo auxilien; gobierno vivo, porque su desaparicion perjudicaría á otros, que no han dado áun con la fórmula que ha de servir para que la herencia del Padischah se distribuya.

*
* *

La oposicion del Senado al art. 7.º de la ley Ferry sobre organizacion de la enseñanza superior, ha impedido que esa ley se vote ántes de la clausura de las Cámaras. La actitud de Julio Simon ha sido en este punto decisiva y es variamente comentada.

La *Republique Française*, órgano de Gambetta, cuyas relaciones con Simon no han sido nunca muy cordiales, acusa al ilustre demócrata de pretender sustituir en el gobierno á M. Wadington con el auxilio de las derechas. No creemos que M. Simon acaricie ese proyecto que sería descabellado é incalificable. A nuestro juicio, sin que pensemos que los motivos personales dejan de influir en estas cuestiones, hay que ahondar un poco más para que resulten patentes las causas de la conducta del centro izquierdo respecto á las leyes Ferry.

Es indudable que el centro izquierdo inspira su política en la de Thiers, resumida en aquella frase célebre, más de una vez citada por nosotros en estas crónicas: «La República será conservadora ó perecerá.» El centro izquierdo ve que desde

hace algun tiempo la República camina á divorciarse de las ideas conservadoras, que la inspiracion de Gambetta la aleja demasiado de lo que debiera ser su límite y su base; que, en un palabra, pueda volver el período de las agitaciones apasionadas para perturbar y debilitar esa obra maravillosa de la moderacion y de la prudencia, y el centro izquierdo quiere que eso no suceda. Su resistencia es la resistencia al radicalismo, resistencia que ojalá sea provechosa y contenga al partido republicano trayendo á su memoria cuán fácilmente puede perderse en una hora lo que luégo no se conquista sino despues de muchos años, y de los más heróicos esfuerzos. M. Simon ha dado su autoridad y su palabra á esa resistencia; pero esto no más que un accidente. Sin M. Simon, habría venido, porque era preciso oponer algun obstáculo á la marcha demasiada resuelta, demasiado inquieta y viva del ministerio y de la camára de Diputados.

Por lo demas M. Simon no subirá al poder, ni le ayudarán las derechas á conquistarlo. Si Francia ha de salvar sus instituciones de la crísis con que las amenaza el radicalismo, no será á nuestro juicio por virtud de una intriga parlamentaria. Los pueblos donde la opinion gobierna, no se prestan fácilmente á que sus destinos sean juguete de una intriga. Otro camino se les ofrece abierto más llano y ménos peligroso. Apelar á la opinion, procurando que ésta, el dia en que fuese llamada á renovar el Parlamento elija una mayoría templada.

Las circunstancias abonan ese plan. La Cámara actual fué elegida como protesta contra el golpe de Estado del 16 de Mayo y ante el peligro del bonapartismo. Ahora no hay nada contra qué protestar y ese peligro ha desaparecido por completo. Si los electores llevan á París, cuando se les convoque un Congreso dispuesto á desenvolver la política de Thiers, que es la única política capaz de garantir sus libertades al pueblo francés, habrán mostrado que si supieron ser enérgicos en la lucha, venciendo por su energía, saben tambien utilizar la victoria, conservando sus ventajas por la moderacion.

CORRESPONDENCIA DE PARIS

PARIS 10 de Julio de 1879.

HACE más de tres semanas que una interesante discusion ocupa nuestra Cámara de diputados, que habrá terminado en el momento en que reciba V. esta carta. Hé aquí la cuestion de que se trata: el ministro de Instruccion pública presentó en el mes de Marzo un proyecto de ley modificando la de enseñanza superior votada por la Asamblea Nacional en 1875, cuya ley, al permitir el establecimiento de universidades libres, añadía que los estudiantes de estas universidades, si querían, podían ser examinados por tribunales mixtos, es decir, compuestos por mitad de profesores de la universidad oficial y de catedráticos de las libres, como acontece en Bélgica. M. Jules Ferry, actual ministro de Instruccion pública, pide en el nuevo proyecto que en adelante sólo el Estado ha de conferir los grados de la facultad de medicina y de derecho que autoricen el ejercicio de ambas profesiones; no pudiendo, por consiguiente, concederse dichos grados más que por la autoridad civil con perfecto conocimiento de causa; sin embargo de que las universidades libres podrán continuar dando la enseñanza superior.

Esta modificacion era tan esperada y tan universalmente reclamada por la opinion liberal, que el proyecto hubiera encontrado poca oposicion sin duda, sin una disposicion que el ministro ha añadido. En un artículo, el 7.º, propone que se prohiba la enseñanza de todos grados á los individuos de las congregaciones no autorizadas. Bajo este nombre, á lo que tiende el ministro, y á nadie se oculta, es á atacar á la Compañía de Jesús, expulsada cuatro veces de Francia en ménos de un siglo, y por última vez en 1845, y que á pesar de tan

sucesivas expulsiones reaparece enseguida, y hoy se encuentra en nuestro país más numerosa y floreciente que nunca, y poderosa tambien, por el apoyo que le dispensan casi todos los obispos, y á esto se debe la profunda emocion que ha producido el proyecto de ley de M. Jules Ferry. Puede decirse que hace más de cuatro meses apénas se habla de otra cosa en la prensa francesa, discutiéndose por amigos y adversarios con una extremada pasion. Ha habido peticiones con 1.500.000 firmas, contra peticiones, mensajes de los ayuntamientos y diputaciones provinciales; y por último, ha venido el debate ante la Cámara de diputados que, como llevo dicho, se prolonga hace tres semanas, y cuyo resultado no es dudoso, porque la mayoría de la Cámara estaba de antemano con el gobierno y esta misma tarde se cree quedará votada la ley. Ya sabe V., sin embargo, que segun la Constitucion, ántes de ser definitivas las leyes deben ser adoptadas por las dos Cámaras. Es preciso, pues, que el Senado se pronuncie á su vez en favor de la ley, y así se cree generalmente, si bien introduciendo, tal vez, en ella algunas modificaciones de detalle; pero como la estacion está tan adelantada, muchos dudan que el Senado pueda terminar esta tarea ántes de las vacaciones, y este retraso es una ventaja real para el partido de los jesuitas, á quien los republicanos han querido herir.

Si los debates que terminan han sido largos, por desgracia no han sido brillantes más que de una parte; porque como todos los hombres eminentes del partido clerical se encuentran en el Senado, los escasos diputados que lo representan en la Cámara tienen mejor voluntad que talento, de manera que los republicanos han triunfado con demasiada facilidad, por decirlo así. M. Jules Ferry ha hablado varias veces, una sobre todo, con gran éxito: el dia en que tomando los libros de texto de las casas de educacion de los jesuitas demostró que su educacion es hostil á todas las instituciones de la Francia moderna; pero el orador cuya reputacion se ha elevado á mayor altura en esta discusion ha sido M. Paul Bert, uno de nuestros más ¡lustres sabios, catedrático de fisiología de la Sorbona, y que parece destinado á ser un dia ú otro el sucesor del actual ministro de Instruccion pública.

Ha pronunciado dos grandes discursos, muy aplaudidos, especialmente el último, en el que demostró que el casuitismo de los jesuitas continúa siendo hoy el mismo que en tiempo de las *Provinciales* de Pascal. El número y oportunidad de sus citas produjeron gran efecto en la Asamblea y en el público. Su palabra sencilla, precisa, exenta de declamaciones, completamente profesional, ha sido más poderosa que hubiera podido serlo la elocuencia más apasionada. Hace ya algun tiempo que vengo observando en el público frances cierta predileccion por la sencillez; y la razon es que hay gran desconfianza contra toda clase de retórica, contra toda peroracion que tenga pretensiones de oratoria. Procúrase hoy hablar en la tribuna

como en conversacion, con voz natural, se evitan las palabras retumbantes, la fraseología ampulosa, los gestos exagerados y los gritos. Si estamos amenazados de caer en la afectacion, más bien será del lado de la sencillez; porque la educacion científica empieza á dar sus frutos naturales.

*
* *

Acaban de ver la luz pública dos obras que se ocupan de dos hombres que ocuparon un lugar de los mas distinguidos en las letras francesas: Teófilo Gautier y Saint-Beuve. La primera ha aparecido en la librería Charpentier y se titula: *Teófilo Gautier, conversaciones, recuerdos y correspondencia.* Su autor es M. Emile Bergerac, uno de los dos yernos del célebre escritor. M. Bergerac no ha conocido á Gautier sino en los últimos años de su vida, y cuando ya estaba atacado de la enfermedad del corazon que debía llevarlo al sepulcro. Encontrábase entónces fatigado y á menudo abatido; ocurríale á veecs, sin embargo, animarse y volver á ser el brillante conversador, que durante cuarenta años había admirado á todos sus contemporáneos. M. Bergerac que había oido estas conversaciones las ha anotado y reunido, creyendo que serían algun dia preciosos documentos para los que desearan conocer al verdadero Gautier, al Gautier que se abandonaba y se entregaba por completo. No se ha engañado el autor y las conversaciones, son en efecto, muy curiosas. El Teófilo Gautier de las descripciones extraordinarias del *Roman de la Momie* y del *Capitan Fracasse*; el Gautier del perfilado estilo de los *Emaux et Camées:* el crítico olímpico y sério del *Diario Oficial*, era un Teófilo Gautier algo afectado y artificial: el que sus amigos llamaban *Théo*, era un hombre bastante diferente de aquel, muy poco sentimental, muy poco solemne, muy poco olímpico, dado al género Rabelais, vividor, bohemio en el fondo del alma, y manifestando en todas ocasiones un gran placer en desarrollar con una fecundia rabiosa las paradojas más monstruosas. Este Gautier no se exhibió al público más que una vez, en el brillante y cínico prefacio de *Mademoiselle de Maupin.*

No siempre ha sido fácil representar al natural el Gautier de la vida íntima, el libro goza de privilegios que no tiene el periódico ni la revista, y sin embargo, el mismo M. Bergerac se ha visto obligado más de una vez á velar ó pasar como sobre ascuas ciertas escenas. Por mi parte me limito á indicar la obra á los curiosos sin permitirme seguirla por entero, y áun despues de leerla estos no sabran todo; porque muchos detalles han tenido que suprimirse y por cierto no los ménos característicos. Una parte de su juventud la pasó Gautier en los talleres de artístas, que no eran, especialmente en aquella época, sucursales de los salones. Allí adquirió esos hábitos de indiferencia *(laisser aller)*, que la edad debía aumentar y él mismo en su horror á la clase media, á los burgueses, como diríamos hoy, y á la que llamaba los «Filisteos,» había llegado á exagerar á su satisfac-

cion la licencia de sus maneras y de su lenguaje. Obsérvase en esto un fenómeno esencialmente francés en nuestro siglo, y que me parece bastante dificil de explicar á los extranjeros. No sería equitativo, sin embargo, juzgarlo con tanta severidad por las apariencias como podría, uno tener la tentacion de hacerlo. Gautier como otros muchos no era en el fondo tan malo, ni tan depravado como se esforzaba en aparentar. Tenía bajo el punto de vista de la paradoja y de la inmoralidad el propósito de exhibirse como hacen otros muchos en sentido inverso. Se mostraba romántico, descabellado y cínico, como otros se manifiestan comedidos y puritanos; pero en el fondo era de un natural dulce, y á pesar de su grande indiferencia, más bien benévolo que otra cosa.

Esta es la explicacion de su carácter como crítico. Durante más de treinta años escribió folletines de teatros, dió cuenta de las exposiciones artísticas y se ha observado que jamás habló mal de nadie. Siempre hallaba algo digno de alabanza hasta en lo mediano, y en lo malo; así no se adquirió enemigos ni tampoco quería tenerlos. Un odio hubiera turbado su vida é inquietado la placidez de su existencia. Hay que ver en el curso de sus conversaciones explicadas á M. Bergerac en alguna parte de la obra, una de las razones de esta benevolencia sistemática y algo trivial. El pasaje es bonito y revela talento.

—Si hubiera tenido el deseo de ser malo, me lo hubiera impedido suficientemente el recuerdo de mi botonero de polainas.

—¿Qué botonero de polainas?

—¡Como! ¿No conoces mi historia del botonero de polainas? Un dia escribí, en no sé que folletin del *Moniteur*, una frase poco más ó ménos de este género: «estúpido como un botonero de polainas.» La frase era bien inofensiva, ¿no es verdad? Tú lo crees como yo lo creí; pero no hubo tal. Ocurrió que el artículo fué leido por un botonero de polainas susceptible, que en honor de la corporacion se enfadó. Compró bajo cuerda todos los pagarés que había firmado yo á mis acreedores, y cuando los reunió me avisó que iba á hacer poner en venta mis muebles. Le ofrecí pagar á plazos escalonados y se negó á ello. Puse á su disposicion la suma total y me contestó que no quería mi dinero; que me lo daría si lo necesitaba yo; pero que se le había metido en la cabeza hacerme vender á subasta mis muebles y que lo haría. Víme, pues, en la necesidad de acudir al juzgado para obligarle á aceptar lo que le debía; ¡al *juzgado!* ¿entiendes? ¡Ah! querido hijo, pesa mucho las palabras cuando escribas.»

A decir verdad, no era este solo motivo de la costumbre de alabar siempre, que había adquirido Gautier. El periódico en que escribió durante los últimos veinte años de su vida, era el *Diario Oficial* y un periódico pagado por el gobierno es dónde un crítico tiene tal vez ménos independencia, allí hay que contar con los amigos de los recuerdos, los de la familia, los del ministro y de las personas influ-

yentes, de todos los cuales hay que hablar bien, ó por lo ménos no hablar mal en el periódico oficial, y por desgracia no todos eran hombres de talento. Gautier que hubiera podido negarse á pasar bajo las horcas caudinas, no tenía la energía necesaria para arrojar la cadena y en este supuesto no pudiendo publicar siempre lo que pensaba, se había acostumbrado á esas fórmulas laudatorias que pueden aplicarse indistintamente á todos. Por mi parte hubiera preferido que hubiese tenido más valor; pero en fin, hay que tomar á los hombres como en realidad son. En un lindo prefacio que M. Eduardo Goubou , antiguo amigo de Gautier, ha publicado en la obra de Bergerac, relata la siguiente anécdota que creo oportuno reproducir:

«Ocurría á veces que la conciencia del crítico tomaba su desquite entre amigos de los *alabados* que no merecían su estimacion literaria. En una reunion en el palacio de la princesa Matilde, habló del «llamado Ponsard» con un desprecio que significaba la negativa más categórica de su talento. Con este motivo, uno de los concurrentes le preguntó bruscamente por qué no publicaba por la mañana lo que decía por la noche.

—Voy á relataros un cuentecillo, contestó tranquilamente Teófilo Gautier. En cierta ocasion, M. de Walenski me dijo que en adelante no tuviera indulgencia con nadie, añadiendo que desde aquel dia me dejaba en completa libertad de expresar todo mi pensamiento acerca de las producciones dramáticas puestas en escena; pero le dije al oido, señor ministro, en esta semana se estrena en el teatro frances una pieza de X... ¡Ah! ciertamente, repuso su excelencia; pues bien, empezareis la semana próxima... ¡Esta semana la estoy esperando todavía!

Confieso que esto no revela mucha dignidad; sin embargo, hay que decir que en una ocasion la tuvo Gautier. En 1867, el imperio permitió en el teatro frances la representacion de *Hernàni*, prohibida hasta entónces. Gautier había sido uno de los actores más resueltos del estreno de esta obra; el chaleco rojo que usó en ella se había hecho célebre. Continuaba siendo el ferviente admirador del gran poeta proscrito que escribió *les Châtiments*. En consecuencia, en su folletin entonó un ditirambo en honor de Víctor Hugo y del romanticismo; pero el artículo fué suspendido en el *Diario Oficial*. En esta ocasion Gautier declaró formalmente al ministro que el artículo se publicaría, ó en otro caso, que dimitiría, y el artículo se publicó. Con mucha razon se dice en España, que no por haber tenido valor una vez sola puede calificarse á nadie de valiente; sin embargo, algo vale el tener corazon siquiera una vez; ¡hay tantos que que jamás lo han tenido!

La obra publicada sobre Sainte Beuve, tambien es muy interesante. Su autor es un antiguo secretario de este hombre ilustre M. A. J. Pons, y ha sido editada por M. Paul Ollendorf, jóven li-

brero de la calle de Richelieu. *Sainte Beuve y sus desconocidas*, tal es su título. «Sus desconocidas» son las mujeres á quienes amó sucesivamente Sainte Beuve, y cuya lista es larga, porque pocas personas han dado pruebas de ménos fidelidad en sus afecciones. El asunto, que siempre sería muy delicado, lo es mucho más por la indiscrecion de M. Pons, que ha publicado ciertos documentos, muy fuera de su lugar, en mi opinion, por lo ménos, en este momento. Lo siento tanto más cuanto que la obra está escrita con suma facilidad, con gracejo, y su lectura es muy entretenida. En adelante, será imposible escribir nada acerca de Sainte Beuve sin hacer uso de esta obra; pero lo repito, es imposible, en la época actual, tratar de este asunto con la necesaria libertad. Me limitaré, pues, á citar un pasaje que puede tomarse sin eseándalo, y que dará una idea del estilo del autor. Es la narracion de una de las desventuras amorosas de Sainte Beuve. Más de una vez durante su juventud, había pensado en casarse; pero al acercarse á los cuarenta años, renunció definitivamente á esta idea. Entónces se le ocurrió contraer una union libre con una mujer distinguida, á quien asociaría á su suerte, por supuesto fuera del sacramento, á la manera de una señorita de L'Espinasse, ó de una Lodoika. Hé aquí lo que aconteció á este propósito.

«Semejante caza, dice M. Pons, no escasea en Paris, y el oro que se siembra la hace llegar por millares á los boulevards. Por tanto, pronto encontró hácia las alturas de Batignolles una mujer tal cual deseaba para el papel que le destinaba. Su eleccion recayó en una morena de 25 años, que se hacía llamar Mme. Vaquez, y se daba por española. ¿Cuál era su verdadero nombre? ¿De dónde salía? Cuando se insistía acerca de esto, Sainte Beuve contestaba de una manera evasiva, limitándose á dar testimonio de las buenas cualidades de su conquista: talle elegante, magníficos cabellos negros, mate y dorada tez con reflejos color de naranja; tales eran los encantos que habían seducido al autor de los *Rayons jaunes*. Instaló á su conquista como dueña de su casa, y fué tan feliz con el hallazgo, que le consagró un recuerdo en uno de sus mejores sonetos...

Tal vez hubiera consentido á pesar de su repugnancia á presentarse ante el alcalde para efectuar su matrimonio, si la señora que sabía ser originaria de una aldea de Picardía no hubiera temido las revelaciones de su partida de bautismo; sin embargo, no por eso dejó de apoderarse como soberana de la casa hasta el punto de borrar las marcas de la ropa blanca y de la plata, en las que hizo grabar su cifra, teniendo al crítico poco ménos que en secuestro y esforzándose en alejar con sus rabotadas á los amigos y servidores antiguos. En la soledad y el vacío que hacía así á su alrededor, esperaba establecer para siempre su imperio, y añadir la duracion á su fortuna. Esto fué lo que desgraciadamente le faltó. La muerte

vino á interrumpir una felicidad tan perfecta, arrebatándola á su ambicion. Sucumbió de una enfermedad del pecho...

En el curso de su enfer nedad se presentó para verla un aldeano viejo, llamándose su padre. En un primer movimiento de pudor se negó á reconocerlo, y sólo cedió á las instancias de su amante, deseoso de saber á qué clase de gente pertenecía. La fuente era pura pero muy humilde.

Tomás de Vaquez contó sin hacerse de rogar, que era trillador en la aldea de Montauban, cerca de Peronne, padre de numerosos hijos y que no siempre había tenido pan que darles.....

En fin, sea como quiera, los varones al crecer habían aprendido á ganarse la vida; ¿pero qué iba á ser de su hija? Tomás, aburrido de verla hacerse una mujer ociosa, la había enviado á París, donde se decía que con buena conducta de nada carecería. A Dios gracias, había encontrado un buen señor. ¿Era esto razon para renegar de sus padres? Sainte Beuve apaciguó al anciano con algunos regalos y le prometió ayudarle. Así lo comprendió Tomás.

Tan luégo como su hija hubo cerrado los ojos, se presentó reclamando su parte de herencia, las alfombras, los muebles, ¿qué se yo? Bajo el pretesto de que había puesto en comandita su fortuna con la de su amante, amenazó á éste con un proceso, y aprovechándose de su inexperiencia en tales asuntos, logró atraparle 12.000 francos.»

Paso por alto el resto de la obra. En ella se encuentran muchos detalles instructivos sobre la juventud y la vida de Sainte Beuve, sobre sus hábitos y su manera de trabajar. Terrible cosa es tener á su lado é iniciar en los secretos de la vida íntima un secretario tan falto de discrecion como Mr. Pons. No sé lo que pensaría Sainte Beuve de la publicacion de esta obra; ciertamente es inoportuna; pero en fin, es de las más curiosas que se hayan escrito y si no se puede recomendar, por lo ménos debe indicarse.

Réstame decir dos palabras acerca de un pequeño incidente relativo al arte dramático que ha ocurrido pocos dias hace: me refiero á la compañía del teatro francés, que con motivo de las obras que se están ejecutando en la sala nos ha abandonado hará unos dos meses, para dar en Lóndres algunas representaciones que están próximas á terminar. Jamás se ha comprendido mejor el gran lugar que ocupa en Paris. Desde que está ausente parece que no hoy teatro, ni nuestros folletinistas dramáticos encuentran apénas de qué hablar los lúnes. Bien sé que estamos, oficialmente al ménos, y á pesar de que llueve diariamente, en pleno estío; que muchos teatros están cerrados, y que no es la época en que los directores aventuren poner en escena ninguna obra importante. Así, pues, la compañía del teatro frances está en Lóndres, cuyo público la ha recibido con suma complacencia. En la primera categoría de estos artistas, y entre los que han sido mejor acogidos en Lóndres figura Mlle. Bernhart, la doña Sol de *Hernani*, la doña María de Neubourg de *Ruy-Blás*; pero ma-

demoiselle Sara Bernahart, no es solamente actriz dramática, tambien es escultora y pintora y hasta literata en sus horas de ócio. Tantos trabajos distintos cuando no se disfruta de una completa salud, es arriesgarse á agotar sus fuerzas, y esto es lo que ha sucedido: un buen dia Mlle. Sara Bernhart se encontró en la imposibilidad de salir á la escena; siendo preciso devolver el dinero al público inglés que casi se enfadó. Con este motivo, amonestacion á la primera dama, cólera de esta que ha presentado la dimision; hubiérase podido rehusar esta dimision; pero se ha tenido la política ó la crueldad, no se cuál de estas dos palabras emplear, de aceptarla *por unanimidad*. No volveremos, pues, á ver á Mlle. Sara Bernhart en el teatro de la calle de Richeliu, y parece que América nos la arrebata, habiendo firmado una contrata por dos años, con un Barnum cuyo nombre me es desconocido, que le asegura dos buenos millones sonantes y contantes, y todos los gastos pagados. Tal vez sea mejor creerlo que ir á verlo.

Sin duda es una pérdida real para el arte dramático frances la de Mlle. Sara Bernhart, artista nerviosa, muy desigual, de un talento ligeramente artificial y algo exagerado á mi gusto, pero que no deja de poseer ciertas dotes admirables, y que estuvo maravillosa en la última representacion de *Ruy-Báls*. Creo, sin embargo, que conviene tomar nuestro partido en este incidente. No hay grandes cualidades que no se estropeen con una mala cabeza. Mlle. Sara Bernhart, algo embriagada con su triunfo, desde hace algun tiempo se encaminaba por una senda peligrosa: sea lo que quiera lo que vaya á hacer á otra parte, creo que hemos disfrutado de lo mejor de su talento. A pesar de la distincion de éste, es de aquellos que puede tener honrosos sucesores, y no me sorprendería que se encontrase entre las jóvenes que salieron del Conservatorio en estos últimos años, alguna trágica de porvenir á quien la partida de Mlle. Bernhart dará ocasion para producir y desarrollar sus facultades, ocasion que sin este incidente hubiera esperado en vano. Al volver entre nosotros Mlle. Bernhart, dentro de dos ó tres años, tal vez se asombrará al saber que no era indispensable, y al comprender con cuánta facilidad París la ha reemplazado y olvidado...

CÁRLOS BIGOT.

REVISTA MUSICAL

No esperen hoy nuestros lectores una revista detallada de todos los acontecimientos musicales que han tenido lugar desde el dia en que quedaron interrumpidas nuestras relaciones en esta publicacion. Contra nuestra costumbre, hoy nos vemos precisados á condensar nuestro pensamiento y decir en las ménos palabras posibles, lo que en otras ocasiones no ofrecía dificultad por la índole propia del contenido que en cada revista se exponía. No se trata únicamente de dar cuenta de lo actual, de los acontecimientos del dia, tarea fácil por demas, que no habría de costarnos grande esfuerzo; es necesario que dirijamos tambien una mirada retrospectiva por el horizonte del pasado, para enlazarlo con el presente, y dar cuenta y razon exactas de lo que vale y significa para el porvenir.

La temporada musical pasada es por fortuna demasiado rica y fecunda, si es que no la única, para que al ofrecérsenos hoy ocasion oportuna, dejemos de consagrarla nuestro recuerdo por lo ménos y nuestra consideracion. Difícilmente encontraremos en los fastos de la música en Madrid, un movimiento y una actividad semejantes á los que se han producido desde la apertura de la Opera en Octubre del año anterior, hasta el presente y singularmente desde que la Sociedad de conciertos dió principio á sus tareas artísticas en el coliseo del paseo de Recoletos.

Despues de ciento cuarenta representaciones de ópera en el teatro Real, parecía lo natural, que el público *diletante* quedase suficientemente saturado de música, y diera un momento de reposo á sus aficiones musicales. Sin embargo, ha sucedido todo lo contrario. La *música sinfónica* ha reemplazado, sin interregno alguno á la *música dramática*, y ha despertado en el público una curiosidad sin precedente. Al cerrar sus puertas el teatro de la plaza de Oriente, ya estaban abiertas las del Príncipe Alfonso cuyas localidades se han visto invadidas durante la primavera por el público más ilustrado y elegante. A los conciertos de la antigua Sociedad, han sucedido los de la *Union Artística* dirigida por el Sr. Breton, en Apolo, que han despertado mayor interes, si cabe, que aquellos, y hoy continúan con aplauso de todos, en los apacibles Jardines del Retiro, siguiendo la costumbre de los años anteriores. Han tenido lugar, pues, en este pequeño espacio de tiempo más de cuarenta conciertos instrumentales, dirigidos los unos por el distinguido maestro Sr. Vazquez, los otros por el jóven compositor Sr. Breton y algunos por M. Riviere, en los cuales se han ejecutado por término medio trescientas sesenta obras musicales. No obstante todas estas no interrumpidas fiestas, á las que aún pudiéramos añadir las de la ópera cómica italiana que hoy dirige Lupi en la Alhambra, con otras muchas de ménos importancia musical, ni el público muestra el menor cansancio, ni su entusiasmo decae un momento cuando se trata de su arte favorito. Parece que se ha propuesto dar un solemne mentís á los que, aún le acusan de sensual y materialista, con el favor que presta á todas estas lícitas expansiones de su espiritu y con esta decidida aficion por la más pura de las bellas artes.

Por lo que respecta á la importancia artística de este gran movimiento musical, en lo que se refiere á la ejecucion y direccion de obras desconocidas ó ya oidas anteriormente, de maestros antiguos ó contemporáneos, nacionales ó extranjeros, es indudable que en nada tiene que ceder esta temporada á las anteriores conocidas, ni envidiarlas tampoco bajo ningun concepto. Ha sido una verdadera monomanía musical. Desde las obras y maestros más desconocidos, y que aún figuran en las últimas filas de la democracia musical, hasta los que componen las más elevada aristocracia del arte, el público no ha dejado de recorrer un punto de este sublime *diapason* de todas las jerarquías de la música, ni ha dejado de otorgar sus aplausos á los que, sin descanso vienen trabajando por su ilustracion y cultura artísticas primero, y despues por su solaz y esparcimiento En una palabra, y para concluir esta consideracion preliminar, la pasion por la música en todos sus géneros y manifestaciones, el entusiasmo cada dia más creciente por parte de las personas ilustradas hácia este divino arte, cuyo extraordinario desarrollo llega ya á un punto incalculable, tal es lo que caracteriza y distingue el período de tiempo transcurrido desde nuestra última revista, y cuyos hechos

principales sintetizados en tres grandes sucesos, hoy nos proponemos dar á conocer, siquiera sea á grandes rasgos, en la que ofrecemos á nuestros lectores.

*
* *

Aparece primero á nuestra consideracion la última temporada de ópera en el aristocrático Teatro Real. Nuestros lectores saben que la empresa que hasta aquí había venido explotando nuestro primer teatro lírico, debía poner fin á sus compromisos con esta temporada, única que le quedaba por explotar, segun cláusula obligatoria del contrato que tenía hecho con el gobierno. Eran, por lo tanto, críticas en sumo grado las circunstancias del Sr. Robles, si como era de suponer, pensaba dejar grata impresion en sus abonados y en el público y quería que su gestion en los asuntos difíciles de aquel cargo quedase grabada para siempre en la memoria de los que han frecuentado los últimos diez años aquel elegante coliseo. El Sr. Robles debió comprenderlo así, y en efecto, aunque no del todo, ha conseguido con esta temporada hacer olvidar, ya que no borrar, las manchas y los errores que todos, por desgracia, hemos tenido que lamentar en su direccion artística. Sin que nos atrevamos á decir que su última campaña ha sido la más brillante de cuantas ha hecho desde el año 69, se puede afirmar, sin temor de ser desmentidos, que ha llenado las exigencias del público no ménos que los fines del arte que en aquel teatro presenciamos. Ciertamente, no se ha dado una novedad que tenga caráctar de acontecimiento artístico, ni tampoco el de una solemnidad musical, pero tambien es cierto que no hemos tenido que presenciar espectáculos indignos del primer coliseo español, como desgraciadamente se vieron en la temporada del 77 á 78, ni ha habido, por fortuna, en sus representaciones, fiascos tan estrepitosos y manifestaciones tan escandalosas como con tanta frecuencia se repetían en aquella época calamitosa para el arte. La compañía, si no igual y homogénea en sus elementos, estaba en su mayoría compuesta de partes primeras, de artistas de conocida y sólida reputacion y de talento y facultades poco comunes. La Borghi-Mamo y la Durand, la Elena Sanz y la Vitali, Gayarre y Pandolfini, Verger y Nannetti son cantantes cuyas condiciones artísticas les recomiendan á cualquier empresa, y serán siempre reconocidas por el *amateur* más empalagoso y exigente, áun con los defectos que en mayor ó menor grado cada uno pueda tener. En el curso de las representaciones lo han demostrado con evidencia, mereciendo del severo é ilustrado público la recompensa á que se han hecho acreedores, especialmente en algunas óperas, dignas de recuerdo, cuyo éxito ha sido un verdadero triunfo para todos ellos, lo mismo que para el director Sr. Vazquez, que tanta participacion ha tenido en el buen resultado de las

obras confiadas á su inteligente batuta. No necesitamos recorrer una por una las representaciones que merecen un lugar preferente en nuestra revista, y que por su conjunto se destacan más entre todas las que han tenido lugar en esta temporada; nos basta para nuestro objeto citar únicamente tres que han despertado verdadero entusiasmo en el público, *La Africana*, *Fausto* y *Hugonotes*, óperas que han llevado al Teatro Real el público más numeroso é inteligente cuantas noches se han ejecutado.

No podemos decir otro tanto de las novedades que dispuso la empresa, siguiendo la costumbre de antiguo establecida, y á pesar de la promesa que hacía dos años tenía hecha al público, que tanto favor le ha prodigado, con la representacion del *Hamlet*, de Thomás. Una obra desconocida, de muy escasa importancia, del maestro Usiglio, *Le Donne curiose*, y otra ya muy conocida, de los hermanos Ricci, *Crispino é la Comare*, las dos friamente recibidas de los concurrentes á este coliseo, ha sido lo único nuevo que se ha puesto en escena, si es que por tal se tienen obras de tan escaso valor artístico en los tiempos que alcanzamos de ilustracion y cultura en materias musicales. Fuera de esto, el Teatro Real ha continuado tan en voga como los años anteriores, habiendo alcanzado un abono que excede á toda ponderacion, y un número de entradas como no ha habido precedente quizás en todo el tiempo que esta empresa le ha tenido á su cargo. Robles, puede asegurarse que ha tenido este año una ganancia de 50.000 duros próximamente. Así ha puesto este empresario aristocrático fin á sus tareas artísticas, y con esta ganancia se ha despedido de una de las empresas más lucrativas, más solicitadas que hoy se ofrecen á los hombres de negocios en nuestra capital.

Nos queda que decir mucho aún en nuestra revista, y no podemos, á pesar del gusto que tendríamos en ello, hacer las consideraciones y deducir las consecuencias á que se presta la gestion de diez años de aquella empresa en todo lo que afecta á los espectáculos que han tenido lugar en este régio teatro. Sin embargo, el deber de fieles cronistas nos obliga á dar satisfaccion á nuestra conciencia y mantener en todo su valor los fueros de la verdad.

Es preciso declararlo con toda franqueza y consignarlo para siempre; el Sr. Robles ha hecho mucho durante estos diez años en obsequio del arte y en favor del público, pero no es ménos cierto que nunca podrá eludir la responsabilidad de no haber hecho todo lo que ha debido, y á que por su posicion y respetables compromisos estaba obligado. Reconocemos, como el primero, sus méritos, pero no podemos olvidar jamás sus enormes pecados.

* * *

Así como el teatro de la Ópera es durante el invierno el punto de reunion de la buena sociedad de Madrid, el Circo de Rivas es en la primavera el centro del público inteligente, que no se cansa de admirar las grandes concepciones de los primeros maestros del arte musical. Clásicos en su mayor parte estos conciertos, y formados sus programas de obras sinfónicas del más selecto repertorio, así antiguo como moderno y contemporáneo, y de ordinario interpretadas con notable acierto é inteligencia por los individuos de la orquesta, el público viene mostrando desde hace catorce años un interes particular por tan cultos espectáculos, hoy necesarios é imprescindibles, dado el grado de ilustracion que alcanza nuestra capital, y el impulso que el arte ha adquirido, merced al desarrollo rapidísimo de nuestras instituciones musicales.

Siete han sido las sesiones que han tenido este año lugar. En todas ellas hemos tenido ocasion de observar el entusiasmo que siente nuestro público por estos conciertos, y su decidida aficion á la música sinfónica. No hemos asistido á ninguno que no hayamos encontrado el espacioso coliseo de Rivas incapaz é insuficiente para contener una concurrencia tan numerosa. Verdad es que la Sociedad y su digno director hán puesto verdadero empeño en el desarrollo de programas por lo comun selectos, y de seductor atractivo por su novedad. Aparte de otras piezas de menor importancia relativa, se han ejecutado por primera vez tres *sinfonías* de cuatro tiempos que el público no conocía; dos de maestros alemanes, y una notabilísima por más de un concepto, de un jóven maestro español, cuyos difíciles ensayos y ejecucion, por sí solos probarían con suficiencia el celo y actividad del Sr. Vazquez, si ya no los túviera plenamente demostrados en diferentes ocasiones. Mucho sentimos carecer ya de tiempo y espacio en nuestra revista para ocuparnos de éstas y otras notabilísimas composiciones como la *overtura* del *Buque fantasma* del revolucionario aleman, tan precipitadamente juzgadas por el público indiferente, como mal escuchadas de la mayoría, que se preocupa de todo ménos del objeto de estos espectáculos. No son ciertamente la *sinfonía* en *re* de Beethoven, la en *sol* de Lachher, y la en *re menor* de Chapí, á las cuales nos referimos, de esas obras que se las juzga en dos palabras, y se expone todo su mérito con decir cuatro generalidades. Concebidas en la más alta idealidad, y desarrolladas dentro de procedimientos que la técnica explica y preceptúa en sus reglas y principios, es preciso un análisis y un estudio conforme á ellos. si hemos de apreciarlas en todo su mérito como obras de arte, y en su verdadero valor para el público á quien van dirigidas. Con todo, no debemos ocultar la verdad; estas *sinfonías* es preciso oirlas mucho para penetrar sus bellezas y gozarlas. Se verificará con frecuencia, que las obras musicales que ménos efecto producen al ser oidas por primera vez, son las que más llegan á gustar, una vez que el espíritu descubre las múltiples bellezas que

se ocultan entre sus laberínticas armonías, y sorprende entre esos arabescos los primores que forman el tejido melódico de toda la composicion. Esto sucede precisamente tambien con las obras de Wagner, y por esta misma razon no ha alcanzado la overtura del *Buque fantasma* el éxito que hoy vemos que tiene, por ejemplo, la de *Taunhausser* en todos los conciertos que se ejecutan. Hay que proceder con cautela y prevision en el juicio de las obras musicales. No es el primer caso en que *ciertos críticos* se ven obligados á hacer rectificaciones desfavorables á sus primeras impresiones, y entonar actos de contricion que debieron evitar, haciendo ántes el exámen más detenido de las obras que suelen juzgar con tan excesiva ligereza. Por lo demas, es indudable que el mérito de las obras del arte musical, como la de otro cualquiera, no dependen exclusivamente del criterio subjetivo ni de la apreciacion infundada de una mayoría, por ilustrada que sea. Toda obra bella lo es por sí, con valor real y objetivo, independientemente de toda relacion en su esencialidad estética. Este es nuestro pensamiento.

Un detalle digno de ser consignado á propósito de estos conciertos, para terminar, es la exhibicion de dos pianistas ventajosamente conocidos ya de nuestro público, el Sr. Aranda, que en el cuarto concierto ejecutó al piano el en *sol menor* de Mendelssohn, y el señor Beck, que en el último nos hizo conocer sus habilidades en dicho instrumento, ejecutando una *polonesa* de Weber, y una *romanza* de Chopin. Suficientemente juzgados estos dos inteligentes artistas, sólo diremos á nuestros lectores, que el públicó que los escuchó en estas deliciosas sesiones, admiró una vez más sus talentos y facultades de ejecucion en este difícil instrumento, recompensándolos con sus espontáneos aplausos y dos sencillas coronas, obsequio, si no estamos equivocados, de la Sociedad de Conciertos.

Tal ha sido en breves palabras el interes que han tenido para nosotros las últimas fiestas musicales con que la antigua Sociedad de Profesores ha obsequiado al filarmónico público de Madrid.

*
* *

Nos queda por exponer para terminar esta ya pasada revista, el gran suceso musical que durante el período que reseñamos, ha preocupado y preocupa aún al dilettantismo madrileño; hablamos de los conciertos celebrados por la *Union Artística* en el teatro de Apolo y en el Retiro, bajo la direccion del jóven maestro Sr. Breton. Pocas instituciones habrán conseguido seguramente colocarse en tan corto espacio de tiempo en una altura tan considerable y en posicion tan ventajosa, como ésta ya reputada jóven sociedad musical. Nadie hubiera pensado el año anterior, cuando hizo su *debut* en el teatro de la calle de Alcalá, que con tal rapidez había de cobrar

una fama, ya envidiable, y una reputacion, cual la que hoy goza entre los que fijan sus miradas en el movimiento artístico de nuestro tiempo. El Sr. Breton, con una constancia y laboriosidad á toda prueba, con un entusiasmo artístico digno del mayor elogio, ha sabido vencer y allanar toda clase de escollos y dificultades, y ha conseguido, por fin, conquistarse las simpatías del público, dispuesto siempre á secundar las grandes ideas y los propósitos más levantados. Los cuatro conciertos que ésta Sociedad ha celebrado en el teatro de Apolo, al finalizar la primavera, lo mismo que los que desde el principio del verano está verificando en los concurridos *jardines del Buen Retiro*, han dado á conocer los brillantes progresos de esta artística corporacion en el conocimiento del arte musical, así como el gusto é inteligencia que animan á su jóven Director en todo lo que afecta al buen resultado de estos deliciosos espectáculos, Hace poco más de un año era la esperanza lo que veíamos en aquellos tres conciertos con que se dió á conocer al público la Sociedad que dirige el Sr. Breton; hoy es una realidad llena de vida y de porvenir para el arte. No significan otra cosa las veinte sesiones musicales que hasta ahora lleva celebradas, las muchas y notables composiciones que ha dado á conocer al público, la acertadísima direccion que todos hemos visto, el entusiasmo que se ha despertado á medida que se han puesto de relieve sus aptitudes y facultades artísticas, el aplauso unánime en fin, con que el público viene acogiendo estas deliciosas veladas musicales en los jardines del Retiro, más que ningun otro sitio de recreo público, frecuentados en estas sofocantes noches del verano. Querer es poder, ha dicho el sabio, y el Sr. Breton parece que ha puesto empeño en demostrar la verdad del adagio. Y no como pudiera hacerlo otro cualquiera, en efecto. Breton en los conciertos que hasta hoy lleva dirigidos, ha realizado, si se puede decir así, un verdadero prodigio, al llevar á cabo una empresa de la importancia y el mérito que supone su realizacion. Ni las obras que han figurado en todos los programas, ni los autores que con ligeras excepciones nos ha dado á conocer en esas obras, ni la interpretacion que por lo comun han tenido todas y cada una de las partes del concierto, han merecido reproche ni censura que atenúe en lo más mínimo el valor, que público y prensa unánimemente les han atribuido desde el primer momento. Muy al contrario de esto, se han recibido con grande entusiasmo la mayor parte de las composiciones nuevas que se han dado á conocer, especialmente las de carácter descriptivo, como la bellísima *Fantasía morisca* del jóven maestro Sr. Chapi, las *Escenas Pintorescas* y la *Suite de las Erinnas*, de Massenet, *Faeton*, la *Danza Macabra* y la *Juventud de Hércules*, de Saint Saens, con otras varias de este género, tan simpático al público y cuyo indisputable mérito ha sido tan bien apreciado desde su primera audicion. Quizas no pueda decirte otro tanto respecto de algunas cuyos autores, españoles por

cierto, apénas si eran conocidos en el mundo musical ni se señalaban por su reputacion, y las cuales han sido recibidas con la mayor indiferencia y sepultadas quizá para siempre en el olvido. De todos modos, el Sr. Breton jamás contraerá por esto una responsabilidad, que no le pueda corresponder, desde el momento en que, al admitir en sus programas estas composiciones, no le guían otros móviles ni tiene otro interes, que dar acogida y prestar su concurso al noble objeto de la formacion de un repertorio nacional, que alterne dignamente con el de obras extranjeras, y contribuir de este modo, en lo que de su parte esté, á dar aliento y esperanza á nuestra juventud artística, con el fin de realizar el apetecido ideal por el que todos suspiramos. Además, aunque esto fuese un lunar que para nosotros, repetimos, no lo será nunca; la direccion del jóven maestro señor Breton, así como su actitud en este punto, están perfectamente cumplidos y satisfechos desde el momento en que los programas sean dignos del público á quienes se dirigen, y en ellos aparezcan las grandes producciones musicales, así clásicas como modernas que son interpretadas en todos los conciertos. La debilidad y falta de mérito artístico de las obras que han merecido la indiferencia del públio, no atenúan ni aminoran en lo más mínimo el valor de las muchas otras en cambio, cuyas bellezas han alcanzado el aplauso unánime de todos. Pero no es este el único concepto por el que hay que juzgar la importancia, por nadie puesta en duda de estas fiestas musicales. No es sólo en los programas dónde se ha de fijar la atencion, ni en ellos estriba precisamente la bondad de un concierto instrumental. Tiene á nuestro modo de ver tanta ó más importancia la interpretacion de la obra, el modo de dirigirla, la manera de expresar sus detalles, su realizacion estética en una palabra, ante el público que ha de sentir sus bellezas y experimentar el placer que á ellas acompaña. Es bajo este punto de vista como hay que juzgar del mérito del Sr. Breton, para darse cuenta exacta de la aceptacion que hoy tienen los conciertos que viene dirigiendo. En la música, á diferencia de las artes plásticas, la pintura y la escultura, y áun en la poesía, es preciso una segunda creacion al manifestarse al público que no depende del autor que ha concebido la obra. Esta segunda creacion en las piezas instrumentales está toda confiada al director primero, y á los individuos de la orquesta despues, los cuales, unidos armónicamente, deben no sólo expresar todo el sentido estético que el compositor ha querido que sea expresado, sino que tambien todo el sentimiento que en aquéllos se despierta en los puntos más culminantes al tiempo de la interpretacion, ó en los momentos supremos del mayor entusiasmo. El Sr. Breton ha debido comprender este precepto de la estética musical, y esta es la razon que viene á explicar el buen conjunto que suele acompañar á las obras que son ejecutadas bajo su inteligente y segurísima batuta. Artista de cabeza, no sólo de corazon, atento al conjunto, sin per-

der de vista los detalles; cuidadoso de toda la notacion que el compositor le indica en la partitura, dominando siempre la orquesta hasta supeditarla durante los ensayos, hace que la composicion musical brote con toda expontaneidad, llena de espíritu y de vida y con una exuberancia de detalles y efectos que encanta y cautiva al espíritu del auditorio. Desde la *overtura* más complicada de instrumentacion y de armonías, como la de *Tannhausser*, hasta el *wals* más ligero y jugueton, como *Les Joies de la vie*, de Strauss, la batuta de Breton ejerce sobre su orquesta una influencia que no es posible dar una idea de ella sin verla cuando él la agita formando esos arabescos llenos de vida y movimiento, que expresan el fuego de su ardiente fantasía, el calor de su entusiasmo artístico. Sólo así se explica el éxito con que ve coronadas cuantas obras ha hecho conocer al público, y el resultado que hasta hoy ha alcanzado en todos sus conciertos la laboriosa sociedad que tan dignamente dirige. Otra porcion de observaciones, sugerida por multitud de circunstancias observadas de contínuo en el momento de la ejecucion de las diversas piezas que forman los respectivos programas, podríamos hacer para que se formase idea verdadera de esta novedad artística, pero tendríamos que alargar ya demasiado nuestra revista, y no queremos molestar por más tiempo á nuestros lectores.

Por lo que llevamos expuesto, se verá cuán fundados son nuestros elogios, y ciertas nuestras apreciaciones á propósito de la nueva sociedad Artístico-musical, que merced á la poderosa iniciativa del jóven maestro Sr. Breton, hoy viene á compartir con la ya benemérita de profesores los aplausos del público más entusiasta por el arte. Que no abandone el inteligente director sus nobles propósitos, y piense siempre en la grande mision que se ha impuesto, así como el alto fin á que tienden estas civilizadoras fiestas de la música: que siga mostrando al público los frutos de su laboriosidad é inteligencia con desinteres y entusiasmo, sin otras miras que las propias del arte, y no dude un momento que sus esfuerzos recibirán en dia no lejano la recompensa y el galardon que solo están reservados á los que se sacrifican por el bien de la sociedad y el progreso de los pueblos.

J. Esteban y GOMEZ.

24 de Julio de 1879.

MISCELÁNEA.

El *Havre y Rouen.*—Una lucha interesante ha estallado en Francia entre dos de sus más importantes ciudades; pero lucha noble de emulacion por engrandecerse, de competencia por gozar con más merecidos títulos la influencia y poderío, y lucha, por lo tanto, simpática y conmovedora. El Havre, que pertenece á la provincia del «Sena Inferior,» cuya capital es Rouen, pide emanciparse de esta ciudad antiquísima de Francia y ser capital á su vèz de una nueva provincia que se llamaría del «Sena Marítimo.»

Dígase lo que se quiera del papel político de Francia en el mundo, influye en él con toda suerte de hechos y de actos; en estos dias en que Bismarck, á nombre de la unidad autoritaria de Alemania, pide á las ciudades de Hamburgo y Brema, únicas que conservaron algunos derechos cuando el cataclismo de entusiasmo guerrero en que se hundió la libertad alemana, que renuncien á ser puertos francos, á fin de no entorpecer el nuevo régimen reaccionario economista, es decir, el arancel proteccionista; en esos mismos dias de locura sajona, un puerto galo, rival del amenazado, levanta un grito de libertad, pidiendo á la patria derechos y autoridad, facultades y medios de lucha para engrandecerse enriqueciendo á la nacion.

Es la Fronda pidiendo en Paris libertad contra los reyes que amenazan al reino de autoridad central, y por tanto, abusiva; es toda-

vía la ciudad de Paris irguiéndose ciega y rugiente hasta el delirio, ante la Asamblea monárquica de Versalles, para con el sacrificio terrible de sí misma dotar á la nacion de la tercera república; es, en una palabra, ese espíritu de ciudadanía que hizo las glorias de Grecia y la nombradía de Roma, ese espíritu de ciudad del que hicieron los reyes una mortaja con que enterraron la grandeza y poderío de España; pero ese espíritu llega, ya no como ántes, alzándose en sangre y sembrando ruinas, sino revelándose con las modernas y hermosas manifestaciones de la sociedad moderna, porque Francia es hoy region en que toda idea encuentra su palenque y toda aspiracion su campo.

Rouen es antiguo: Havre es de ayer. Luchan por el porvenir. ¿Quién tiene razon?

Rouen es puerto, cual Paris sobre el Sena; lanza sobre éste el primer puente como tomando de él posesion con una cadena feudal, porque allí es donde la oleada marítima, que le entra al Sena por la boca, muere, y ya en ninguna época del año tiene fuerza, sólo que Paris es tercer puerto de Francia, pues en 1876 tuvo dos y medio millones de toneladas de movimiento en la navegacion, cuando en Rouen sólo fué de 750.000, y en 1878, época de la Exposicion Universal, sólo subió á 1.040.579 toneladas.

Havre es puerto marítimo á la desembocadura del Sena, tiene 92.000 almas, y con los ricos pueblos de los alrededores, que lo desean, formaría una bonita y próspera provincia de 210.000 habitantes, miéntras quedarían al Sena inferior 587.000. Havre sería la décima de las capitales de provincia. Hoy no es más que una subprefectura.

No es una vanagloria la ambicion de este puerto á ser capital de provincia y emanciparse de Rouen, porque esta ciudad la impide desarrollarse, y recientemente ha trabajado contra la construccion del canal de Havre á Fancarville, paralelo al Sena, que interesa, no ya al Havre, sino á Paris, cuyas mercancías transportaría dos francos en tonelada más barato de lo que hoy se hace, y sin que por eso se apartaran de Rouen y á Francia, dado que ese canal es parte del proyecto de elevacion de agua del Sena hasta París, y del que de aquí ha de ir á Lyon para atravesar toda la nacion y acaparar el comercio de tránsito de Inglaterra y Norte América con el Mediterráneo.

Francia no se ha desarrollado en riqueza y poderío comercial como Inglaterra, que en ménos de medio siglo ha hecho esos puertos asombrosos de Liverpool, Lóndres y Glascow, sin rivales en el mundo; Inglaterra, con un sólo artículo, lleva sus buques á todos los puertos del mundo con el carbon que exporta por 13 millones de toneladas al año, lastre que no lo tiene igual otro pueblo; pero Francia comienza ahora á desenvolver su riqueza, y seguramente no se vé en ninguna parte tan bien y elocuentemente como

en el Havre. Este es un puerto que puede competir con los de Amberes y Hamburgo en el mar del Norte, los cuales le aventajan en bondad de condiciones y en movimiento, y bajo este nuevo punto de vista, representa, no ya una lucha local con Rouen, sino una mision nacional á la cual deben sacrificarse humildemente todos los intereses provinciales ó locales de cualquier punto que se crean disminuidos. Sucede un hecho increible, y es que el comercio de Paris recibe algodones, artículos coloniales y otros de Amberes, Bélgica, á mejor precio que del Havre y de aquí que el puerto belga esté hoy favorecido por el comercio frances. Y si esos artículos van á Paris, mejor irán á otros muchos puntos de Francia. El Havre, unido por canales y por nuevas líneas férreas á Paris, á la Bélgica y á la Suiza, puede cortar el paso á Amberes; pero para esto es preciso que obre con independencia.

¿Quién hubiera presumido el desarrollo portentoso de esta poblacion? En 1516 no había á la orilla derecha de la desembocadura del Sena, más que una capilla dedicada á Nuestra Señora de la Gracia y unas cuantas cabañas de pescadores que se llamaba Eure, *ora*, orilla. El Sena iba amontonando allí sus arenas y retirándose y ni una planta, ni una casa cubría el suelo. Más adentro del rio se hallaba Harfleur, villa de animadísimo comercio, que los españoles, llamados allí castellanos, surtíamos en abundancia de vinos, trigos, cera, sal y cordobanes, volviendo nuestros navíos con lanas y telas. Harfleur era ya del tiempo de los romanos y floreció en los de Guillermo el Conquistador; vino el descubrimiento de América, nuestros marinos abandonaron los mares del Norte, las pescas famosas de la ballena, el tráficó todo, y entónces los normandos se dedicaron al comercio marítimo, lanzándose á competir en los mares con españoles y portugueses.

Francisco I, creó en Eure un refugio para los navíos de gran porte y á fin de fijar marinos traficantes y pescadores, concedióles considerables privilegios; proponíase crear un puerto más cerca de Paris que San Malo, Dieppe y Dunquerque. Sully y Richelieu agrandaron el puerto y dieron abrigo flotante á los navíos que se embasaban en la arena cuando era marea baja. Colbert y Vauban, hiciéronle accesible á los mayores navíos y cerraron las dársenas con las primeras esclusas. Vauban hizo un canal hasta Harfleur que aún lleva el nombre del ilustre ingeniero, aunque ya está fuera de servicio hace años. Napoleon al verlo en 1802 lo declaró «puerto de Paris» y lo dotó de nuevas dársenas que sólo se han concluido en 1834. En 1858 se echaron abajo las fortificaciones. El primer ferro-carril que tendió Paris hasta el mar, fué al Havre. En él se llama á una de las dársenas «de la ciudadela» porque ocupa el sitio mismo que la derruida fortaleza de Luis XIV. En 1871 aún se han concluido nuevas dársenas y el año último de 1878, el agrandamiento de la entrada y del ante puerto y el establecimiento de la luz eléctrica que

permite á los buques su entrada á cualquier hora de la noche.

El Havre tiene hoy 64 hectáreas de dársenas que se introducen por toda la poblacion, y casi son sus plazas y 10 kilómetros de muelles en que se reclinan cómodamente miles de buques de todo el mundo. La dársena del *Comercio* llega á una hermosa plaza toda rodeada de edificaciones y en cuyo fondo se alza el teatro desde cuyos balcones se la ve en toda su extension. La dársena del Rey (de Enrique IV), está tambien atravesando numerosas manzanas de casas habitadas. La del Eure, moderno, tiene 21 hectáreas y 2.000 metros de muelles, y es en la que paran las líneas francesas trasatlánticas. Sobre estos inmensos muelles se alzan docks por 23 hectáreas, almacenes y depósitos; por todos ellos corren las líneas férreas, y donde quiera se ven cabrias poderosas circulando por ellas entre los wagones, y todo un enjambre de camiones, obreros y empleados, que cargan y descargan rápidamente cientos de buques de asombrosa cabida.

Havre tenía 20.000 habitantes á principios de siglo; hoy reune ingleses, belgas, suizos, escandinavos, norte-americanos y alemanes, en numero prodigioso, que la ayudan á sostener la concurrencia con todos los puertos del Norte. Ha creado industrias, y sus talleres trabajan los cañones de acero del Estado, que éste compra en el extranjero ó funde en el Creuzof, pues en Francia la artillería la hace toda la industria particular. Recibe muchos metales brutos, y los trabaja, y así funde, refina y vacía en lingotes el cobre, estira el zinc en planchas, lamina el plomo ó lo hace tubos, forja el hierro en áncoras, ó lo tuerce en cadenas ó lo hila para clavos, alambres y cables. Una fábrica especial, propiedad de Rothschild, desplata los plomos de España, por el procedimiento del zinc, que atrae la plata y del que se le extrae por oxidacion ó por otras manipulaciones. Refina azúcar en gran cantidad, bien que Paris amenaza sus fábricas con la concurrencia; fabrica productos químicos, y puede, como Marsella, pues que recibe todos los ingredientes, acometer la fabricacion de jabon, estearinas, manteca artificial, bugías, etc. Construye buques con éxito, y sobre todo los repara y limpia en magníficas calas que ponen á seco máquinas de vapor.

El comercio marítimo del Havre ha sido en 1878 de 4.322.295 toneladas, de las cuales fueron en pabellon frances 714.146 con 30.729 hombres de tripulacion. El valor de dicho comercio ascendía á 1.750 millones de francos. Versa principalmente sobre hulla inglesa, algodon en rama (136.500 toneladas), trigos y harinas, que en 1876 subieron á 128.000 toneladas, maderas de construcciun y de tinte, cafés, abonos, cobres, lanas, pieles, granos oleaginosos, grasas, nitratos, azúcares, aceites, hierros, zinc, vinos y tabaco. Ultimamente se ha desarrollado el comercio de la carne ya fresca, ya viva, ya salada, de las legumbres, del cacao, pues Francia se habitua al chocolate, y es positivo en ella mayor consumo que el de España, tan famosa por

él. Al Havre le faltan, no obstante, artículos de exportacion y una inmensa parte de los buques van á buscar flete á otros puertos despues de descargar en éste. Por esto exige con apremio esta poblacion las nuevas líneas de agua y hierro que al interior la faltan.

Emulaciones y competencias tan hermosas é interesantes como éstas, suponen mucho para el engrandecimiento de un país, y conviene las conozcan los demas pueblos. Aquí, en Francia, reclama la capitalidad una ciudad marítima porque entabla lucha gigante é internacional con los demas pueblos, y pide al suyo sávia y nervio que no podrá ménos de darle. No pide proteccion, ni en su puerto se abrigan esos marinos que hacen abrir informaciones en favor de la marina mercante, sino que piden libertad para vigorizar y robustecer el comercio y la produccion. Se trae á comparacion en las modernas luchas el comercio norte-americano y el europeo, y hay para ello motivos poderosos. Un buque frances de la compañía trasatlántica, paga en Havre 9.713 francos de derechos de muelle, navegacion, tonelage peage, y en fin, sanitario; el mismo buque no tiene que pagar en Nueva-York más que 3.259, una tercera parte. Libertad, movimiento, nada de trabas, eso es lo que quiere la animosa y rica Venecia del Norte, para lanzarse á las más asombrosas grandezas! ¿Le contestará Francia imitando á Bismarck—No debe esperarse.

Estadística de la propiedad urbana y de la poblacion de España.—El último amillaramiento, cuyos resúmenes se están haciendo, ha suministrado ya datos bastantes para asegurar que en la superficie territorial de la Península hay 218 ciudades, 4.700 villas, 6.600 pueblos, 14.400 aldeas, 2.250 granjas, 800 cotos redondos.

Las poblaciones urbanas contienen 2.256.000 casas y 55.000 edificios destinados á usos industriales; y las rurales 506.000 casas.

Las fincas rústicas amillaradas son en número de 3.589.660, comprendidas las de las Provincias Vascongadas.

Los propietarios administran y cultivan por su cuenta 2.789.660 heredades y 800.000 están explotadas por arrendatarios ó colonos.

En las múltiples operaciones agrícolas, pecuarias y forestales tienen ocupacion, aparte de los muchos colonos que por sí mismos trabajan las tierras, 380.000 criados de labranza, 800.000 jornaleros agricultores, 110.000 pastores y 14.000 leñadores y carboneros, clases que con los terratenientes y arrendatarios componen el 66 por 100 de la poblacion activa.

La renta de aduanas en el último año económico.—En el artículo del Sr. Perojo, inserto en el número 86, sobre las excelencias del libre-cambio, decíase entre otras cosas, que con él se beneficia extraordinariamente la renta de aduanas. *La Gaceta de Madrid* ha publicado en los primeros dias del mes corriente un estado que nos

suministra la prueba de ese aserto, como lo evidencian las siguientes comparaciones, extractadas del cuadro suscrito por el director de Aduanas.

Comparacion mensual.

	PESETAS.
Recaudado en Junio de 1878	6.550.831 58
» en Junio de 1879	8.983.986 58
Más en 1879	2.433.155

Comparacion anual.

Recaudado en el año económico de 1877-78	88.637.390 53
» en el de 1878-79	106.729.820 62
Más en 78-79	18.092.430 09

Comparacion con el presupuesto

Presupuesto de 1878-79	100.062.000
Recaudado en 1878-79	106.729.820 62
Más de lo presupuesto	6.667.820 62

Es decir, que para presuponer los rendimientos ya se contó con un incremento justificado por lo que venía aconteciendo, y el resultado fué superior á lo previsto.

Queda, pues, consignado, que la renta de aduanas ha tenido en el año económico, terminando en 30 de Junio último, un aumento de 72 millones de reales, y esto es tanto más notable, cuanto que en el inmediato anterior habia habido ya uu incremento de 22 millones, y en 1876-77 otro de 49 millones, lo cual hace un total aumento, en sólo tres años, de 143 millones de reales.—No es inoportuno recordar que estos aumentos se deben á la reforma arancelaria de 1869, obra de los gobiernos revolucionarios.

Mesmer, el magnetismo animal, las mesas que ruedan y los espíritus.—M. E. Bersot, dice M. Janet, en un artículo que con el anterior epígrafe publica en la *Revista de Ambos Mundos*, nos acaba de ofrecer á la vez dos obras: la una antigua, pero muy aumentada y hace tiempo popular y que ha alcanzado la 4.ª edicion, *Mesmer y el magnetismo animal*, y la otra nueva, que se titula *Estudios y discursos*, en la cual ha reunido todo cuanto ha escrito de diez años á esta parte. En estos dos volúmenes M. Bersot se muestra bajo tres puntos de vista diferentes: filósofo, periodista y director de la Escuela normal, y en estos diversos caractéres siempre se ve al hombre de talento en sus diferentes fases, ya sea pensando, discutiendo ó gobernando.

Como filósofo, M. E. Bersot pertenece á la grande escuela, como

los Montagne, los Vauvenargues, los Saint-Beuve. M. E. Bersot tiene opiniones, pero no tiene sistema. Tiene gustos y preferencias; pero rechaza la fórmula, le tiene horror. Para él, filosofar es pensar y pensar libremente. Es lanzar una rápida ojeada sobre la vida, los hombres y las cosas humanas. Es á la vez moralista y psicólogo; su obra sobre Mesmer es un capítulo acabado sobre la psicología de lo maravilloso, que es al mismo tiempo una parte de otra psicología nueva, muy en moda hace algun tiempo; la psicología de lo inconsciente. ¡Cuántas cosas hacemos sin apercibirnos de ellas! Esa mirada profunda de Leibnitz ha llegado á ser el principio de toda una ciencia; es la explicacion de la mayor parte de los hechos maravillosos que no explican ni la superchería ni el charlatanismo. Todos los prodigios de la historia de lo maravilloso de un siglo á esta parte se encuentran reunidos en la obra de M. Bersot, con la precision y la ligereza de tono que le es tan peculiar. Ha añadido á esta 4.ª edicion todos los documentos nuevos, todo lo conveniente para destruir el aparato de la supersticion. Por ejemplo, con una *Reseña de la Sociadad de Física de Rusia* ha tratado de someter á todas las pruebas del método científico las ilusiones y el prestigio del magnetismo y del espiritismo, y ha fracasado ante la resistencia sistemática de los interesados; con la historia de los hermanos Devouport ha puesto en evidencia la parte de estafa de este asunto; con el prodigioso proceso de las fotografías espiritas, al cual asistió M. Bersot y del que nos hace una chispeante narracion, y por último con la reseña de las esperiencias de M. Charcot en la Salpetrière sobre la catalepsia producida por la influencia de la luz, ha destruido dia por dia una parte de lo maravilloso que era el fondo de las creencias en la mayoría de las sociedades humanas. M. Bersot casi aparenta sentido: «Soy indulgente, dice, con esas debilidades, no me pone de mal humor un sueño, ni aborrezco á las hadas;» pero cuando estos sueños constituyen una enfermedad, cuando conducen á sus víctimas hasta la locura, y lo que es peor, hasta la estafa, ya no es poesía y no hay por qué sentirlo: «el proceder ha matado al misterio.»

Como periodista, M. Bersot ha sido uno de los más especiales y más brillantes de ese gran periódico el *Diario de los Debates*, que tantos ha producido. Al lado de Paradol y M. Juan Lemoine, y anteriormente de Saint Mare de Girardin tiene su originalidad propia. Saint Mare de Girardin, para empezar por el más antiguo, y uno de sus maestros, tenía un buen sentido indiferente y descuidado, que gastaba mucho, unido á una inclinacion muy viva á la alusion y á la ironía. Clásico en todo, no salía de la esfera de las ideas medianas, que no me atrevo á llamar vulgares por lo que las elevaba, por la manera de tratarlas; pero bajo las gracias de un lenguaje completamente frances, no se percibía bastante el aguijon de la vida ni la emocion del pensamiento. Paradol, ménos variado, ménos fecundo,

ménos entendido, tenía una naturaleza más original, á quien el soplo de un siglo enfermo había inspirado tal vez demasiado. Tuvo un carácter noble y altivo, en tanto que no se vió «humillado por la vida,» segun la admirable frase de Aristóteles, y como otros muchos espíritus elevados había recibido el don de la ironía, en la que era un perfecto maestro. La Providencia parece haberlo formado expresamente para la pérdida del segundo imperio; todo callaba cuando con una voz clara, precisa, en el lenguaje más delicado, vino á mostrar á la Francia, que si no podía combatir la tiranía, por lo ménos, podía burlarse de ella. Todas las leyes de seguridad general eran impotentes contra esa burla fría que todas las mañanas durante diez años despedazaba al Gobierno, sin que éste ni siquiera lo sospechase, porque el castigo de los poderes fundados en la fuerza, es desconocer é ignorar el poder del talento. M. John Lemoine es tambien á su manera un gran periodista, pero es de un carácter distinto: es un humorista; como la mitad de su nombre es inglés, parece que lo es tambien la mitad de su talento, por lo ménos hay en él cierta cosa que los ingleses llaman *humor;* tiene de esos rasgos inesperados de una chispeante inventiva que dejan profundas huellas; tiene verbosidad, lijereza, no siempre constante, sino ese arranque y ese *brío* que hace pasar todo al público frances.

Al hacer el retrato de estos grandes periodistas, acaso parecerá que nos hemos hecho la tarea más difícil; ¿por qué donde encontrar rasgos nuevos para caracterizar el que más nos interesa en este momento? ¿Cómo distinguir á M. E. Bersot por hechos que le sean propios, y sobre todo dibujarlo con precision? Y sin embargo, no se confunde con ninguno de los que le preceden, difiere de ellos, y siempre es el mismo. Lo que no permite confundirlo con otro, es que une al talento de un hombre de mundo, la sensibilidad y la imaginacion; en una palabra, una especie de poesía. Es un discípulo de Voltaire que ama apasionadamente Rousseau. Tiene el buen sentido de Saint Mare Girardin, pero con esa punta de inquietud, con ese matiz de turbacion, con esa especie de mirada interna del hombre que conoce la vida, y no se ha contentado con gozar de ella. Sus burlas no tienen la frialdad de Paradol ni la fantasía de M. John Lemoine; son suaves, son benévolas, son pacíficas sin dejar de ser picantes y chistosas. Cuando decía á M. Ernoul en 1873 con motivo de su discurso contra la disolucion de la Cámara: «Es desconocer por completo á los franceses condenarlos á unas Cámaras eternas;» cuando hablando de un prefecto de los Pirineos que había prohibido el baile llamado la farándula como revolucionario, terminaba diciendo: «Esperamos que permitirá el minuet;» estas palabras picantes nada tenían de ofensivo, y aquellos á quienes las dirigía debían ser los primeros en reirse de ellas.»

Como periodista, M. E. Bersot trata las cuestiones más variadas: literatura, enseñanza, política y hasta filosofía; está dispuesto á todo,

y se encuentran reunidos en este volúmen numerosas páginas encantadoras, agradables, de un lenguaje vivo, ligero, conmovedor y á veces de un pensamiento profundo, que tienen derecho á ocupar un puesto en la literatura francesa. Como director de la Escuela normal, en los discursos de aperturas solemnes, en presencia de los ministros y de los discípulos, M. E. Bersot emite principios de gobierno que podrían tener aplicacion más extensa y más alta. Nuestros hombres de Estado deberían venir á aprender política á la Escuela normal, en la que verían aplicar el arte de hacer con suavidad las innovaciones y la conservacion ámplia, de mandar la disciplina con la libertad, lo antiguo con lo moderno. Así explica como se entiende en la Escuela normal, la historia, la filosofía y las letras; cómo en cada uno de estos ramos puede introducirse un espíritu nuevo sin comprometer nada de esencial, y sin sacrificar nuestras mejores tradiciones. En historia estimula el estudio de las fuentes y del manejo «de los instrumentos de precision.» Pero cree que no es faltar á la dignidad de la historia «hacerla legible, darle claridad, movimiento y vida.»

En cuanto á la filosofía, invita á que se «atrevan» y al mismo tiempo á «contenerse.» Reconoce que la filosofía actual «se atreve á mucho» y que la «habilidad con que se destruye y edifica produce vértigos.» No está, dice, sin inquietud sobre «estos prestigios;» pero despues de todo, añade, la audacia corresponde á la juventud y los filósofos jóvenes, «tienen cerca de sí consejeros para advertirles que se anden con cuidado.» Respecto á la literatura, opina que durante largo tiempo ha parecido un arte, y hoy parece sobre todo una ciencia. «No hay que descuidar el estudio científico del frances,» pero, «á ruego de pasar por anticuados, procuraremos en la Escuela ensayarnos en componer y escribir.» De este modo en todos los asuntos graves de nuestra escuela universitaria mantiene lo esencial, abriendo camino á las prudentes novedades. «No hay que reformar más que para conservar.»

Al lado del filósofo, del periodista, del director pedagógico, se puede hallar tambien en la obra de M. Bersot, un cuarto personaje, el académico, y sería un estudio agradable buscar como ese talento personal é independiete se aviene con las solemnidades académicas. Contentémonos con decir que estas no le causan embarazo alguno y que siempre es el mismo, sensato con malicia y natural con gracia.

El Arte cisoria de D. Enrique de Villena.—La manía hácia los libros raros ó curiosos cunde que es un portento. No bastan ya por lo visto las sociedades de bibliófilos que existen en Sevilla, Valencia, Zaragoza y Madrid; ya los particulares por sí se dan á hacer esta clase de ediciones caras, y á las que en Barcelona se hacen en tipos góticos en la reputada imprenta de Verdaguer, sucedió hace algun

tiempo el *Libro de la Montería*, editado por el Sr. Gutierrez de la Vega, y aparece ahora el *Arte cisoria* de D. Enrique de Villena, que publica D. Felipe Benicio Navarro.

Habíase publicado esta obra hace poco más de un siglo, por los frailes del Escorial, en cuya biblioteca estaba el manuscrito. Por cierto que no es exacto lo que dice Lafuente en su *Historia de España*, que ésta fué la única obra que aquellos publicaron.

Pero con esta sucedía lo que con otras muchas cosas, y muchos libros, de los que todo el mundo habla sin conocerlos. Así ha sucedido que el mismo historiador Lafuente asegura que el *Arte cisoria* trata de indumentaria, cuando no hay tal cosa; y que él y otros muchos hayan censurado acremente al supuesto nigromántico, porque se ocupara de una materia fútil para ellos. Sin embargo, encontraban dignos de aprecio otros trabajos sobre la etiqueta de las casas de los reyes de España.

El libro del Sr. Navarro, pues de él son las tres cuartas partes de la obra, no es lo que suelen ser los libros de los bibliófilos: hablamos del fondo. En cuanto á la forma, no puede ser más esmerada; y es una cuidadosa reproduccion de las ediciones en 4.º que se hacían á principios del siglo XVI. Impresa en elegante y limpio tipo elzeviriano sobre excelente papel de tina ó de hilo, como inocentemente se le llama, hace honor á la imprenta de *La Renaixensa*, que regenta en Barcelona el Sr. Aldaver, y es muy conocida por sus primorosas impresiones. Lleva el libro un retrato de D. Enrique de Villena, grabado al agua fuerte por el mismo Sr. Navarro; no le falta tampoco ni un extenso y muy luminoso vocabulario, ni las tablas analítica y de nombres propios que eran de rigor en las ediciones antiguas y modernamente se van poniendo á toda obra esmerada y de cierto género.

Preceden al *Arte cisoria* una *Introduccion* en la cual trata de probar brevemente el editor la falta de razon con que se ha motejado á D. Enrique de Villena por haberse ocupado de esta materia, así como se pone de manifiesto apoyándose en ilustres autoridades de varias épocas anteriores al célebre tio de D. Juan II, la importancia de la misma.

Sigue una extensa y razonada biografía del autor del *Arte cisoria*, en la cual se demuestra cuán erróneamente se le ha estado llamando *Marqués de Villena*, relatándose su accidentada existencia con un colorido y una animacion que revelan en su autor grandes dotes para cultivar este género de literatura.

Otro estudio más difícil sigue á este, y es el que tiene por objeto las obras de D. Enrique. En este trabajo, que á pesar de lo que ya sobre dichas obras se ha escrito, encuentra el lector muchas noticias y apreciaciones nuevas y curiosas, se ofrece un cuadro de lo que era la literatnra castellana en uno de sus períodos más interesantes.

Por fin, ha dedicado el Sr. Navarro algunas páginas más al exá-

men del *Arte cisoria*, considerándole como obra literaria y como tratado de costumbres.

El opúsculo de D. Enrique de Villena es verdaderamente curioso y el nuevo editor ha tenido una feliz idea al ponerlo en condiciones de ser conocido. No merece ciertamente otro interes que el de la curiosidad, pero cuántos y cuántos llevan publicados las sociedades de los famosos bibliófilos que no cuentan siquiera con este atractivo.

El libro del señor de Ginesta trata la historia del arte de trinchar; trata luégo, principalmente, de todo lo relativo al servicio de la mesa de los reyes en la parte del trinchante ó cortador, personaje independiente hasta cierto punto dentro de palacio, y al cual prescribe el *Arte cisoria* con prolija minuciosidad cuanto ha de observar en su persona; hasta el cuidado que ha de tener con su dentadura y en el traje, prescribiéndole que no lleve botas nuevas en los actos de servicio, porque huelen mal, y que use ciertas piedras en sortijas, que son contravenenos y desinfectantes.

La parte que podemos llamar técnica del *Arte*, está tratada como si el autor no hubiese hecho en toda su vida otra cosa que trinchar aves, reses, pescados, legumbres y frutas, pues todos esos comestibles tienen capítulo aparte dedicado, con lo cual se ofrecen curiosísimos detalles sobre cada uno de aquellos artículos segun se usaban y apreciaban en la Edad Media.

Pero no es tan insustancial esta obra considerada bajo el punto de vista filosófico. Hay en ella varios capítulos, en los que al tratar D. Enrique de los derechos del cortador y de todo lo relativo á la enseñanza, provision y ejercicio de este cargo, da pruebas de su profundo saber y de lo elevado de sus pensamientos, haciendo consideraciones filosóficas de mucho interes.

Hé aquí lo que dice el Sr. Navarro al ocuparse de este punto del *Arte cisoria* :

«Tan docto en las ciencias filosóficas y matemáticas como en la poética y en estas artes, propias, á juicio de muchos, tan sólo de gente baja, demuestra (D. Enrique de Villena) no menor conocimiento de la vida palaciega, «tormentoso golfo á donde la mayor bonanza amenaza la mayor tempestad,» al señalar con exquisito criterio las condiciones y educacion que habrán de tener los oficiales encargados de servir á la mesa real, en este menester del cortar. En los capítulos que á estos diversos puntos dedica, se ve bien claro al autor de los *Doce trabajos de Ercoles*, del *Tratado de consolacion* y de algunas de las *Epístolas*, que aquilatan el alto espíritu filosófico con que D Enrique trataba siempre todos los asuntos sobre que discurría, pues á pesar de lo mucho que ya en su época se había escrito sobre la materia, por los autores citados y otros muchos con cuyos nombres podríamos aumentar nuestra bibliografía, todavía los capítulos que en su obra dedica á aquella D. Enrique, revelan que no era el plagio flaco muy comun en los escritores de su época, falta de que

se le pudiera tachar. Sus consejos y prescripciones, áun ajustándose á las ideas y principios establecidos, llevan el sello de una esencial origidalidad, y cuando ménos, son considerables explanaciones de algunos de los principios que sucintamente estableció ó copió don Alfonso el Sabio, notándose reflexiones tan dignas de atencion, como esta que se encuentra al final del capítulo XII: «.... Ca non es alguna cosa (que) tanto lealtad engendre é mantenga como libertad e segura esperança de gualardon; asy se fase el coraçon mas noble e se preçia en dexar fasaña e bine seguro que su bien facer sera sabido e nombrado e conoscido.» Y más adelante al hablar en el capítulo XIV de los derechos é inmunidades que debe gozar el cortador: «.....en esto sera el rrey loado de firmesa con ystançia avido por justo gualardonador de bien fecho e en fauor de lealtad e en buen serviçio pues que es su mano la balança distributiua por cuyo enxenplo la çiuilidad se mantiene.»

«No es, pues, tan baladí el propósito que inspiró la composicion del *Arte cisoria* eomo algun escritor ha pretendido, ni esta obra se recomienda al erudito, al literato, al estudio arqueológico de sus cos umbres, por este solo concepto.»

Al *Arte cisoria* sigue un extenso apéndice en el que hay estudios muy curiosos que le ilustran, tales como los que llevan por epígrafes: *Pronunciacion del romance castellano en el siglo* xv, *El consistorio de Barcelona*, *El marquesado de Villena*, *Monografía del tenedor*, *Reglas de urbanidas prescritas por D. Alfonso el Sabio*, y el *Yantar de los reyes*, siendo de notar igualmente otros sobre el pavon ó pavo real, que es la primer ave de que se ocupa D. Enrique de Villena, y la que mayor representacion tenía en los banquetes de la Edad Media, sobre los *manjares*, *guisos* y *bebidas* usados en aquellos banquetes en el que se detalla hasta su orígen y confeccion, etc.

Es esta la parte del libro más entretenida por muchos conceptos, y el apéndice que lleva por título el *Yantar de los reyes*, es un interesantísimo y detenido estudio de costumbres palaciegas del siglo xv con el que termina dignamente el cuerpo del libro, del cual, bien se puede decir con toda propiedad y justicia, que *une utile dulci*.

Que la edicion se agote pronto, es lo mejor que podemos desear al Sr. Navarro.

TIPOGRAFÍA ESTEREOTIPIA PEROJO
Mendizabal, 64.

GODOFREDO Y GARCINDA

V.

Enseguida separó las manos de la cara, se enjugó las lágrimas y miró fijamente á Godofredo. «No quiero llorar, dijo, es pueril. Si es verdad lo que he oido, las lágrimas no son bastantes para aliviar tamaño pesar. ¿Es cierto que el conde de Malaspina es un mendigo, y que su hija no puede llamar suyo más que á las ropas con que se cubre? Permaneces silencioso, Fredo. Sea así; ¿qué me importa? Hace largo tiempo que preveo desgracias, y respecto á la pobreza, la he visto ya en el convento, la conozco y no me asusta. Pero la vergüenza, Fredo, la vergüenza...

—«¡Por la sangre de nuestro Señor! exclamó el jóven; ¿quién se atreve á decir que os amenaza la vergüenza en tanto que pueda yo manejar una espada y tener una lanza en ristre?

Ella aparentó no oirle, y despues de una pausa durante la cual, inconscientemente, pasó las cuentas de su rosario, preguntó de repente: «¿Conoceis al conde de Gaillac?» El jóven dió un brinco como si hubiera pisado una vívora, prorumpió

en una maldicion entre dientes y estrujó convulsivamente entre sus manos la colcha de la cama.

—«Parece que le conoceis,» continuó diciendo la doncella, «y yo tambien le conozco.» Hará unos dos años que vino á Monte Salvair de cacería con un gran número de damas y caballeros, que se sentaron á comer en el bosque inmediato al jardin del convento, y nosotras desde el vivero podíamos ver lo que pasaba entre ellos; cómo comían y bebían, así como oir las canciones que la condesa—una mujer de elevada estatura y altivo continente—cantaba acompañándose con el laud. ¡Oh primo mio, qué terribles séres humanos eran todos! Aun allí, léjos de ellos, me sentí sobrecogida de horror, y celebré infinito cuando la abadesa vino á sacarnos del jardin para llevarnos á hilar al refectorio, donde nada más se oía que el murmullo de las monjas que en voz baja hablaban de la brutalidad y vicios del conde de Gaillac, conocido de todas ellas, porque en el convento se sabe todo cuanto pasa fuera, pues de otro modo se morirían de tedio las reclusas. En esto la abadesa entró y me dijo que el conde estaba en el locutorio y deseaba verme para darme un mensaje de mi padre. No sé como tuve valor para levantarme y atravesar la habitacion á fin de reunirme con la superiora, que estrechándome las manos con afecto maternal me dijo en voz baja: «Recuerda hija mia que te hallas en un lugar sagrado, donde el mismo espíritu del mal no tendría poder alguno sobre tí,» y me condujo donde esperaba aquel hombre sin fe ni ley, con sus ojos de buho y su cara de lobo, acompañado de la hermosa y descarada dama. Estaban ambos riéndose cuando me presenté, y de repente quedaron silenciosos. Oí al conde decir alguna cosa en italiano á la dama, que entendí perfectamente, pero que no pude contradecir. Cuál era el mensaje que me traía de mi padre, jamás lo supe, pero me causó un gran pesar oirle nombrar á éste como á su mejor amigo. Una nube cubrió mi vista, y cuando volví en mí ya se habían marchado. La abadesa jamás hizo alusion á esta visita y prohibió á las mojas que pronunciaran el nombre del conde Pedro de Gaillac en mi presencia. Así jamás volví á saber de él hasta hoy, en que mi mismo padre me ha dicho que en una desdichada noche, despues de haber perdi-

do al juego cuantos bienes le quedaban, había apostado con ese hombre la mano de su hija, que tambien perdió.»

Esta confesion arrancó un rugido del pecho del jóven, un profundo grito de horror y rabia; pero sus miembros permanecieron como paralizados y su lengua embotada sin poder articular una palabra, y era tal el silencio que reinaba en la pequeña cámara, que se oyó perfectamente el crujir de la arena debajo de sus piés.

—«Odiais á mi padre,» continuó diciendo la jóven con los ojos bajos, pero con voz tranquila. «¡Oh! Fredo, hace muchos años que lo sé y me ha causado mucho pesar; pero lo que acabo de deciros no debe aumentar ese odio; porque si existe un miserable sér en la tierra que en los terribles tormentos de su alma sufre de antemano el fuego del infierno y espía sus pecados, creedlo, primo mio, es el conde de Malaspina, que con sumo gusto cambiaría de lugar con el hidrópico cojo que guarda la puerta de este castillo, sólo por poder deshacer lo que ha hecho. Se retorcía como si estuviera empalado y ocultaba su cara en las almohadas para que no pudiera verla cuando me contaba lo que había sucedido; cómo le habían embriagado con hipocrás; como á cada tirada le apretaban el cubilete entre sus manos, hasta que al fin la burlona risa del conde le hizo despertar de su sueño y miró con horror el abismo en que había arrojado lo último que poseía: la felicidad de su hija. Hizo cuanto pudo para enternecer á su maligno enemigo y vencedor; hasta llegó á ofrecerle ser su siervo, su esclavo, si de este modo podía pagar su horrible deuda; pero el conde se le rió en sus barbas diciéndole: Quereis hacer conmigo un negocio judáico, amigo mio, puesto que me ofreceis un gallo viejo y desplumado por una hermosa polla cebada. Tengo más siervos que mantener de los que en realidad necesito; pero me hace falta una esposa jóven, pues ya sabeis que me voy haciendo viejo y no tengo tanto afecto á mi querida que desee dejarle mis tierras y castillos á mi muerte. Además de que temo que me había de jugar en cambio alguna mala pasada, brindando con algun jóven, ántes de que cerrara los ojos, por mi próximo fin. Así, pues, como vuestra hija ha sido casta y religiosamente educada, me convertirá á llevar

una vida ordenada, á pesar de ser un pecador endurecido; por tanto, no aceptaría en cambio de su mano, que me ha de abrir las puertas del cielo, todos los tesoros de la tierra, y os conjuro en nombre del honor á que dentro de tres semanas la traigais para celebrar el matrimonio aquí en Gaillac. Por mi parte, y como regalo despues de mi boda, os devolveré todas las tierras y bosques que os he ganado en estos últimos años, á fin de que vuestra hija no tenga que atender á vuestras necesidades como á las de un mendigo, y podais vivir con comodidad el resto de vuestros dias. Y diciendo así llamó á sus criados para que le alumbrasen á su alcoba y dejó á mi padre solo.»

En aquel momento Godofredo hizo un gesto como si fuera á hablar; pero ella se levantó de pronto, y acercándose á él colocó su pequeña mano, trémula y helada en el apretado puño de su primo. «Primo mio, dijo, no hableis aún; sé lo que diríais, que me valdría más ir como una mendiga de puerta en puerta y vagar por el ancho mundo ántes que sufrir la suerte que me espera, entregando cuerpo y alma á un demonio; pero considerad que mi padre no posee en el mundo más que su honra, su palabra sagrada é inviolable de caballero, y que no le corresponde á su hija aconsejarle que no la cumpla. Al mismo tiempo conozco que si no hay otro medio de pagar esta deuda que entregar mi mano á ese hombre aborrecido, preferiré lo que es honorable á los ojos de Dios, á lo que los hombres llaman honra; pero esperemos, amigo mio, que no tendré que recurrir á esa alternativa. Tengo el propósito de escribir una carta al hombre que nos tiene en su poder, y vos,—si realmente sois mi amigo,—la llevareis hoy mismo á Gaillac, porque hasta que reciba contestacion no podré gozar el menor reposo. Permaneced aquí algun tiempo, y tomad algun alimento ínterin escribo la carta; en el convento alababan mucho mi buena letra. ¡Dios quiera que me sirva ahora de algo! Vedlo, os dejo más tranquila que cuando entré aquí, á pesar de que no me habeis dicho una palabra de consuelo; pero en este lugar, en que fuimos tan felices siendo niños, aquí donde parece que los malos espíritus no tienen poder sobre mí, aquí, no puedo persuadirme de que este horro-

roso sueño sea una verdad, y que el honor del padre esté comprometido para labrar la desgracia de la hija.»

Calló por un momento; pero cuando el jóven inclinándose con un profundo suspiro llevó su linda mano á los labios en señal de que podía contar con él, colocó ella su otra mano afectuosamente en el hombro del jóven, y se despidió diciéndole: «Aigleta os traerá la carta. Adios, querido amigo, y Dios vaya con vos.» Ya en el umbral de la puerta, y juntando las manos despues de besar la imágen de la Vírgen que estaba en el muro, repitió en voz baja la siguiente oracion:

«Maires de Crist, tou filh car
Prega per nos, quens ampar
E quens gardo de cazer
A la fin en desesper.»

Y se alejó al fin

VI.

Un dia y una noche pasaron, y otro dia y otra noche, y Godofredo no volvía.

El conde Hugo jámás lo echaba de ménos; acostumbrado como estaba á que el jóven hiciera su voluntad, pasaba á menudo semanas enteras sin verle; además de que en aquel momento aborrecía la vista de ningun sér humano, y permanecía sentado horas enteras en su habitacion sin variar de sitio. No tocaba al alimento que le llevaban; pero en cambio bebía mucho vino como si tratara de encontrar en él el olvido; el olvido de sí mismo, de lo pasado y del porvenir.

En la tarde del primer dia, cuando Garcinda fué á verlo, no pudo ni siquiera mirar á su hija; pero cuando ésta se acercó y cariñosamente le echó el brazo al cuello, se extremeció, se dejó caer del sitial al suelo, y sollozando abrazó las rodillas de la jóven, apretando la cabeza contra ellas, de modo que Garcinda tuvo gran dificultad en levantarle y colocarle de nuevo en su asiento. Desde entónces evitaba la hija ir á la

habitacion de su padre, porque si hubiera tratado de consolarle explicándole la causa de la ausencia de Godofredo, la tristeza y desesperacion impresa en su fisonomía habrían contradicho sus palabras.

La mañana del tercer dia la jóven se despertó temprano á consecuencia de un penoso sueño, y llamó á Aigleta, que dormía en su misma cama.

—¿No oyes nada, querida mia? Creí haber oido pisadas de caballos al otro lado del puente levadizo;—no, era un sueño únicamente. ¡Oh Aigleta, tambien *lo he hecho* desgraciado, *lo he* enviado á su ruina! Pero escucha, el ruido se acerca,—oigo el chirrido de los goznes de la puerta,—es él,—¡Santa Madre de Dios! ¿qué traerá? ¡La muerte ó la vida!

Diciendo esto, había saltado de la cama echándose un manto sobre los hombros. Aigleta tambien se levantó apresuradamente, recogió su cabello, miéntras que la luz matutina iluminaba el aposento y alumbraba el pálido rostro de la hija del conde. Hubiera deseado ir al encuentro de Godofredo si sus piernas se lo hubieran permitido, y ya estaba en el centro del cuarto, cuando éste entró. Tambien estaba él pálido, y al inclinarse ante su prima, Aigleta observó que no levantó la gorra de piel que cubria la mitad de su frente; pero Garcinda sólo miraba los ojos del jóven, que por su parte separaba los suyos de los de su prima.

—«¿No traeis consuelo? preguntó. Lo sabía;» y sentándose en uno de los poyos de la ventana, oyó impasible la narracion de lo ocurrido, que el jóven hizo con débil voz.

Llegó á Gaillac la misma tarde de su salida espoleando á su caballo. Cuando le llevaron al salon en que estaba el conde, le encontró cenando con un par de alegres camaradas, y aquella de sus queridas que estaba entónces en favor. A sus piés, en una banqueta, se hallaba un deforme enano que hacía el papel de bufon y daba de comer á los perros. La hermosa y atrevida dama, sentada al lado del conde, le escanciaba vino tinto en un cubilete de plata, llevándoselo á sus labios ántes de que él lo apurase de un trago: «Todos me miraban, dijo Godofredo, como si llegara con mucha oportunidad para distraerlos con cualquier novedad, pues ninguno parecía estar

alegre, excepto el enano, que con insípidos chistes, que no provocaban risas, continuaba arrojando pedazos de carne á los perros. Entregué vuestra carta sin pronunciar una palabra, y miéntras el conde la desdoblaba y la leía, no pude ménos de pensar cómo habría sido recibida en aquella mesa la que la había escrito. Este pensamiento me hizo subir la sangre á la cabeza, y tuve tal mareo, que me ví obligado á apoyarme en mi espada. Uno de los huéspedes lo notó, dió órden de que me sirvieran algun vino, pues debía tener sed y estar cansado despues de mi rápido viaje; pero moví negativamente la cabeza diciendo que solo esperaba la respuesta para regresar enseguida. Entre tanto, el conde había leido la carta y la entregó en silencio á su vecina, que apénas hubo recorrido con la vista los primeros renglones, lanzó una sonora carcajada; «¡Un sermon! gritó. ¡Por la muerte de Dios! ¡vais á tener por esposa una santa! y entónces empezó á leer en alta voz la carta, línea por línea, y las palabras que hubieran hecho derramar lágrimas á las piedras y conmovido las puertas del infierno, sólo produjeron allí burlas y chanzonetas, blasfemias é impíos chistes que interrumpían á la lectora. Ésta se levantó entónces, y dirigiendo una orgullosa mirada al conde, dijo con ironía: «La santa puede venir, y bien venida sea. La tenía aversion por que temía que pudiera apartar vuestro corazon de todos nosotros y mandar aquí sola; pero ahora que he leido su carta, no la temo. Vos, Pedro de Gaillac, no sois hombre de llevar una camisa de cerda, un cilicio, ni un cinturon con puntas de hierro. Estais acostumbrado al fuego del infierno, y el aire del cielo os helará. En el infierno, además, causa hoy más alegría uno que se aburre de la penitencia y vuelve al mal camino, que la pérdida de noventa y nueve almas. Por lo cual, vacío este cubilete hasta la última gota, y os suplico que sigais mi ejemplo. Lo bebió, y el conde la acercó más hácia sí, y le dijo no sé qué cosa al oido que la hizo reir ruidosamente.

Todos parecían haber olvidado al mensajero que había traido la carta, la carta misma pasaba de mano en mano, y cuando volvió á las del conde, el enano se la arrebató gritando: «No la habeis leido bien, abuela. Ahora escuchad como

debe cantarse para que todos os murais de risa;» y empezó de nuevo á leerla en alto de la manera en que se cantan las letanías en la iglesia, moviendo la cabeza y las manos como un predicador que da la bendicion, y si se habían reido la primera vez, ahora no sabían que hacer, sujetándose los costados, y gritando como si contestasen á las letanías. Por último, la rabia se apoderó de mí, y arrojándome sobre aquel desvergonzado, le arranqué la carta, dándole un golpe tal, que cayó de espaldas vertiendo la escudilla de plata que contenía la comida de los perros. «Si no he de obtener respuesta, exclamé, digna de la señora que me envía, por lo ménos reduciré al silencio la atrevida boca que se ha burlado de una vírgen tan noble y arrastrado en el fango las palabras de un alma pura y elevada!

«Durante un momento quedó todo en silencio, y llegué á pensar que saldría del salon sin impedimento, pero había contado sin la huéspeda. Varios criados entraron, los comensales empezaron á apostrofarme y los perros á ladrar; pero el conde permanecía aún en su asiento, pálido como la muerte é inmóvil de furor y la mujer que á su lado estaba me lanzaba miradas furiosas.

Cuando un cuarto de hora despues me encontré tendido en un monton de húmeda paja, detras de una puerta cerrada, con una herida en la cabeza y en profunda oscuridad, dí gracias al Salvador de haberme sacado de las manos de aquellos salvajes y de haberme librado de oirles blasfemar del nombre más querido para mí. No sé como pasé la noche y el dia siguiente; creo que debí haber dormido todo el tiempo, pero hácia la mitad de la segunda noche, me despertó una mano que suavemente se deslizaba por mi cara y la luz de una lámpara pequeña brilló ante mis ojos. Era la querida del conde que estaba de pié delante de mí haciéndome señas de permanecer en silencio; enseguida me condujo por la derruida escalera á traves de corredores y salones vacíos hasta una puerta estrecha cuya llave llevaba en la mano: «No podía dejaros morir de hambre aquí abajo en la oscuridad,» dijo. «Fuera encontrareis vuestro caballo y algo de comer en la silla. ¡Huid! y si alguna vez necesitais de una amiga, id á Carcasona y preguntad por

Inés de Cerdeña. Con facilidad me hallareis.» Esperó mi respuesta, tal vez habría soñado con una despedida más afectuosa pero como permanecí silencioso, abrió la puerta y volvió á pasar su mano por mi ensangretado cabello. «¡Pobre jóven, añadió; eras digno de mejor suerte!» Enseguida monté de un salto espoleé mi caballo y así caminé sin parar; porque el aire de la noche me hizo recobrar gradualmente mis sentidos, y la fiebre que me había producido la herida en la cabeza había desaparecido. Aquí estoy, pues, y esta es toda la respuesta que traigo.

Así diciendo se descubrió y mostró su frente en la que un espeso bucle de su cabello ocultaba su herida y parecía haber restañado la sangre.

Entónces Garcinda se levantó de su asiento y se acercó á el jóven como si tuviera algo que decirle; pero de pronto se detuvo y permaneció silenciosa y con los ojos bajos.—Aigleta fué la primera que habló: «Voy á traer trapos y emplastos para curar la herida, dijo, y luégo mirando á su amiga como si tuviera algun otro pensamiento suspiró y les dejó solos.—Escasamente había vuelto la espalda, cuando Godofredo cayó de rodillas delante de su hermosa y desgraciada prima exclamando al tomar sus manos y estrecharlas contra su corazon: «Ordenadme.—¿Qué debo hacer? Mi vida es inútil para mí, á ménos que no pueda ofrecértela. Jamás hubiera descubierto las dulces penas que sentía, si el pesar no te abrumase, pero ahora ya no eres la condesa, la orgullosa hija de Malaspina, á la cual consideraba como una estrella muy elevada para mí. El tuyo es un pobre corazon desgraciado y atormentado, que no despreciará otro corazon que se consagra á tí en la vida y en la muerte.—¡Oh, prima, encantadora prima, dí solamente una palabra, una sola, y vuelvo á montar á caballo, regreso á Gaillac y sepulto esta daga en el pecho del enemigo de tu honor y de tu tranquilidad, en medio de sus alegres compañeros, aunque sus perros me hicieran pedazos un momento despues!

Al oir estas sentidas y apasionadas frases, una sonrisa apareció por primera vez en el pálido semblante de la jóven. Fredo, dijo, poniendo los labios en la ensangretada frente de su

primo, la fiebre producida por la herida se deja comprender en tus palabras. Acuéstate y deja que Aigleta, que es práctica en estos asuntos, te lave y cure la herida, y luégo descansa durmiendo un rato despues de tomar algun alimento; pues por nuestra adorada Vírgen del Monte Salvair, acepto la vida que me ofreces; no soy ya una rica condesa para despreciar tal don, pero lo soy bastante para pagártelo. Interin referías tu aventura por repugnante y cruel que haya sido y suficiente para destruir toda esperanza, estaba considerando que haría; pero no es este el momento de hablar de ello; mira aquí viene tu médico, á ella te entrego y te encargo que hagas todo cuanto te ordene, y si eres razonable y obediente, está seguro, primo mio, de que no te arrepentirás. Aigleta, añadió, procura que duerma y adquiera fuerzas. Esta contestó con una seña y le dirigió una mirada que indicaba que había entendido más de lo que le había dicho. Entretanto el jóven, que continuaba con los ojos fijos en Garcinda, lleno de perplegidad, se había levantado soltando las manos de la jóven. No podía comprender como despues de su narracion, que no le permitía abrigar la menor esperanza, se expresaba con tanta tranquilidad; pero sea por la debilidad que le causaba su herida, ó por su ciega confianza en el valor y altivo carácter de su prima, se separó de ésta con el corazon más ligero y siguió á Aigleta que parecía haber perdido toda la alegría que le era habitual.—¿Qué pensará hacer? preguntó á la jóven al bajar la escalera.—Quién sabe, obedeced y dormid, contestó Aigleta con aspereza, y volviendo la cabeza, añadió.—El Señor concede sus bienes en el sueño á los que ama.

Dirigiéronse ambos al interior de la torre ó más bien ermita; ella curó su herida, que por cierto era leve y ya casi cerrada; le proporcionó todo cuanto podía necesitar para tomar alimento y viendo que sus ojos empezaban á entornarse, se separó de él.

Sin embargo, Aigleta no fué enseguida á reunirse con Garcinda, sino que permaneció vagando entre los rosales por algun tiempo, hizo un ramillete que destrozó enseguida, y cuando al fin regresó al castillo, como tenía los ojos encendidos, se los lavó con agua fria para que nadie pudiera notarlo.

VII.

Godofredo, sólo durmió algunas horas y despertó otro hombre, con la frente fria y serena, gracias á los emplastos de Aigleta, y con el corazon ardiendo, gracias tambien á las misteriosas palabras de esperanza de su prima. Semejante á un vagabundo errante á quien la hada de los bosques le hubiera confiado la varita de virtudes, por la cual á la media noche debía apoderarse de un tesoro y que sueña despierto esperando aquel deseado momento, así el jóven permaneció sentado, hora tras hora, fijando sus miradas en el rayo de sol que se movía á lo largo de las losas del piso, y escuchando únicamente el canto de los pájaros que revoloteaban alrededor de la torrecilla. Nadie vino á interrumpirle; los criados permanecían en los rincones del patio, en que hallaban sombra; los caballos se movían en las cuadras para ahuyentar las moscas, y las dos jóvenes se habían encerrado en sus habitaciones del castillo y no aparecieron en todo el dia. Una sola vez, á traves de su estrecha ventana, apercibió al conde Hugo, que salió á la parte exterior del balcon de su aposento y permaneció con la vista fija en el foso, como pensando si sería mejor para él arrojarse de cabeza desde allí. Sus cabellos y barba se habían vuelto blancos como la nieve, su rostro estaba demacrado, pero pronto desapareció de nuevo cual si fuera un inquieto espectro. Y luego el sol se ocultó, y la luna se dejó ver por encima de los árboles del bosque é iluminó con su plateada luz las rosas de la torrrecilla de Godofredo. Los pájaros habian cesado en sus cantos, pero las ranas del foso se dejaban oir con más fuerza, y á lo léjos un ruiseñor entonaba sus dulces trinos. Estaba tan iluminada la torre con la luna, que el jóven podía leer perfectamente en su libro de pergamino, pero no sabía lo que leía.

Otra hora transcurrió, y luégo otra, cuando oyó rápidos y ligeros pasos en las enarenadas veredas del jardin, que le sa-

caron de sus profundas reflexiones. Corrió á la puerta de su habitacion que abrió de par en par, y vió lleno de admiracion no sólo á la que su corazon había presentido, sino á su amiga junto á ella en el umbral. Ambas le saludaron con una silenciosa inclinacion de cabeza, y sólo cuando hubieron entrado en su estrecha habitacion, Garcinda dijo: «Ya veis que cumplo mi palabra, primo, ¿habreis acaso vos, variado de parecer durante el dia? ¿No sentís lo que me habeis dicho esta mañana? Y como él la mirase con muda admiracion, añadió sonrojándose: «Que me amábais, Fredo, que me amábais más que á vuestra vida, y que me consagrábais esa vida hasta morir. Podeis hablar con el corazon, esta fiel amiga lo sabe todo. Ella conoció ántes que yo misma, que mi corazon te pertenecía como el tuyo á mí. ¡Oh! Fredo, hasta en la Vaquiera, cuando hablamos de las estrellas, lo que me hizo estar tan triste, es que me decía á mí misma: ¿No habrá un lugar entre esos innumerables mundos, en que podamos pertenecernos uno á otro? ¿Tendré que perderlo en el momento en que lo he vuelto á encontrar? Porque comprendía con demasiada certidumbre que mi mano y mi corazon no serían mías ántes de mucho. Dios me es testigo de que estaba resuelta á obedecer á mi padre, si el esposo que me destinaba hubiera sido un hombre digno, por mucho que me hubiera disgustado; pero ser la víctima de una hora impía, de una suerte de dados, no puede ser la voluntad de Dios, aunque nos manda honrar padre y madre; porque he visto en sueños á mi madre, llorar por mí y conozco, que si aún viviera, me dejaría en la pobreza, ántes que darme semejante marido; en consecuencia, vengo á tí, amado mio, y si has dicho la verdad, como conozco que la has dicho, quiero, en este mismo momento, delante de Dios y esta testigo, tomarte por esposo y huir contigo por el ancho mundo; segura tambien de que cuando nuestra fuga se descubra, mi padre no montará á caballo para castigar al hijo, como lo hizo con el padre, porque conozco que no se atreverá, pues para ser juez, es preciso tener un corazon inocente. Pero; ¿adónde huiremos? ¿Todos los lugares son iguales para nosotros, en tanto que esté contigo, Fredo, y tú con tu Garcinda?

Con estas palabras le dió su manita, pero miéntras que el jóven, trasportado de alegría la estrechaba cariñosamente, Aigleta se adelantó diciendo con su encantadora gracia y sonriendo: Mirad á este reservado caballero, Garcinda. Puede acaso ser hijo del hombre de cuyos labios salían torrentes de dulces palabras, cuando ni una sola ha pronunciado, ni siquiera en el momento en que se le trae la más hermosa de las hijas de conde, que desprecia todos los castillos y tierras de Gaillac para que se la lleve por el mundo un amante tan pobre como ella. Vamos, no podemos esperar á que se verifique un milagro y el mudo recobre el habla. Cambiad de anillos y pronunciad el voto matrimonial y luégo marchaos léjos, muy léjos; miéntras yo—pobre abandonada—sólo tengo que hacer la señal de la cruz; porque para mí es lo mismo que si estuviérais muertos y enterrados; y como lo sé todo demasiado bien, quiero...»

Su voz desfalleció, y á pesar de toda su fuerza de voluntad no pudo sonreir, teniendo que inclinarse como si fuera á arreglarse un zapato, á fin de que no viesen sus lágrimas. Godofredo, entre tanto, había recobrado su presencia de ánimo y sacando una sortija de su dedo dijo á Garcinda:

—«¿La conoces? Con este mismo anillo mi padre se conceptuó esposo de mi madre, y como en el caso presente, significó la constancia más firme, una constancia sellada con la muerte, y ahora te lo entrego á tí, mi amada prometida, y juro en presencia de la Santísima Trinidad y delante de nuestra fiel amiga que jamás seré esposo de ninguna otra mujer que de Garcinda de Malaspina.»

—«Y yo jamás seré esposa de ningun otro hombre más que de mi Godofredo,» añadió la novia.

—Amen, así sea, dijo Aigleta en corroboracion del voto, uniendo las manos de ámbos despues de haber cambiado los anillos. Luégo la pareja se arrodilló delante de la imágen de la Madre de Dios, permaneciendo algun tiempo en oracion; pero cuando se levantaron y se estrecharon en sus brazos, ratificando su promesa, corazon sobre corazon y boca sobre boca, la testigo se deslizó silenciosamente fuera del aposento, Poco despues la encontraron entre las rosas, de las que había

tejido dos coronas.—«No hay bodas sin guirnaldas,» dijo, coronando á ámbos con una ronrisa, aunque sus ojos estaban llorosos. Enseguida el jóven corrió á la cuadra y sin ruido ensilló su caballo y lo condujo al jardin, donde Garcinda, apoyada en el pecho de su amiga, le decía en voz baja y entre lágrimas: «Conozco la causa de tu llanto; Dios te haga tan feliz como has sido valiente y fiel para mí.»

Emprendieron luégo los fugitivos su camino, en silencio, llevando Godofredo del diestro el caballo, que con las narices abiertas relinchaba á la luna, siguiéndole las jóvenes por el puente.

Pasado éste subió Godofredo á su esposa en el corcel, montó de un salto detras de ella y saludando con la mano á Aigleta metió espuelas á su fiel compañero, que no encontró demasiada la carga, pues Godofredo, á excepcion de su espada y daga, sólo llevaba consigo el libro de Canciones de su padre, y Garcinda algunos pocos trajes que había heredado de su madre y de que el conde Hugo jamás había dispuesto.—Así, ámbos cabalgaron por el bosque alumbrado por la luna sin hablar palabra apénas; pero cuando el caballo caminaba despacio á causa del monte bajo, ella medio volvía la cabeza, él la besaba en la mejilla y ella sonreía diciéndole en voz baja: «Queridísimo esposo mio.»

Permanecía Garcinda en sus brazos con tanta dulzura y el buen corcel trotaba con tanta seguridad, que escasamente recordaba las circunstancias en que se hallaban, es decir: huyendo apresuradamente en una noche de luna y con un oscuro porvenir en perspectiva; pero gozaban de su ventura como si ni una sombra de cuidado ó peligro estuviera suspendido sobre su amor.

Cuando salieron del bosque y llegaron á la cima de la colina desde donde Garcinda pocos dias ántes vió de nuevo el castillo de su padre, de repente tiró de la rienda é hizo volver al caballo.

—«¿Qué tienes, alma de mi vida?» preguntó Godofredo: «¿Porqué te detienes aquí?»

Ella no contestó pero continuó mirando fijamente la llanura que se abría delante de sí y en la que se destacaba el vasto

castillo con sus torres cubiertas de plomo que brillaban con la luna.

«¿Qué es lo que ves, querida mia? preguntó Godofredo que la sentía temblar cual si hubiera cogido un pasmo en una calurosa noche de verano.—«Marchemos hácia adelante y no hácia atrás. Nuestra dicha está delante de nosotros;» pero ella sólo movió tristemente la cabeza y retiró la cara cuando quiso besarla. De repente le pareció haber visto á su padre en el castillo abandonado por ella, con una lámpara en la mano, errando de habitacion en habitacion y exclamando: ¿Dónde está mi hija Garcinda? He comprometido mi palabra de honor y ella debe cumplir mi compromiso. ¿Dónde está mi hija y dónde mi honor? Era un mendigo y nada me restaba más que un nombre sin mancilla; pero ahora todo lo he perdido. El último de los Malaspina ha destruido la buena fama de su casa, porque su hija sabe que no la perseguiría como en otros tiempos hubiera hecho, pues soy viejo, enfermo y además un pecador.—Así, tendré que bajar al sepulcro deshonrado y mi enemigo podrá decir que he permitido esta fuga para evitar el pago de mi deuda y que he preferido dar mi última alhaja á un mendigo, ántes que al acreedor que aborrezco.» Despues esta ilusion se desvaneció y en su lugar se vió ella con su amante perseguida entre caminos extraños por muchos hombres encarnizados, á cuya cabeza venía Pedro de Gaillac, resuelto á arrancar á su prometida de manos de su raptor. Vió á su Fredo combatir con la energía de un hombre desesperado y al fin vencido por el número, perder la vida en el verde césped: oyó la risa burlona del vencedor: «Así, decia, envidiabas mis ganancias al juego, tú, hijo de un jugador; el acreedor reclama la deuda que el deudor no quería pagar.» En aquel instante se extremeció y creyó que su corazon había cesado de latir. Toda la alegría de su reciente amor le pareció quedar anonadada bajo una mano de hielo, y luégo conoció que lo que creyó por un momento en su turbacion ser un camino de salvacion y una ventura incomensurable era sólo un sueño; y que sólo atraería sobre las dos personas á quienes amaba la muerte y la destruccion!

—¡Por el amor de todos los santos del cielo! exclamó Go-

dofredo que sentia á su amada pesar en sus brazos como un cadáver; vuelve en tí. ¿Qué horribles pensamientos asaltan tu imaginacion que tus lábios se mueven en silencio cual si hablases con los difuntos? Dame la brida, y deja que vayamos en busca de vida y libertad. Los espíritus que se ciernen sobre esas torres no tendrán poder sobre tí cuando estés al lado opuesto de esta colina. ¿Quieres hacernos infelices á ambos? ¿Quieres además...

Aquí se detuvo al ver que su jóven esposa se había desmayado; pero este estado no fué de larga duracion, Garcinda lanzó un suspiró, volvió hácia él los ojos, y dijo tratándo de sonreir:

—Te he apesadumbrado, perdóname amado mio. Nada podemos temer de los espíritus que puedan cernirse sobre aquella casa y envidiar nuestra felicidad. ¡Tu mi esposo, y yo tu esposa eternamente en cuerpo y alma! pero he estado pensando que nuestra fuga no es la voluntad del cielo, y que si persistimos, Fredo mio, en llevarla á efecto contra mi conciencia, seremos castigados y acabaremos miserablemente como tu padre y mi querida tia. Confia en mí, tengo otra idea que conocerás mañana temprano, y alabarás á tu esposa cuando veas como lo ha arreglado de modo que pueda pagarse la deuda, y sin embargo ser la esposa únicamente de su querido primo, á quien se ha dado en la presencia de Dios. Bájame de la silla, no quiero cabalgar más, y si tu quieres, esposo mio, regresaremos por el bosque, pues aún nos quedan muchas horas de noche, y una noche de boda más hermosa, no pudo nunca desear ninguna hija de conde. Ahora, bésame de modo que vea de nuevo la sonrisa en tus labios, porque en verdad, esta pobre vida es demasiado corta para perder un solo instante de ella en pesares y tristeza. Godofredo hizo con repugnancia lo que ella exigía; pero cuando la tomó en sus brazos y se encontraron sus labios con los suyos, no pudo ménos de exclamar, ¡Oh Garcinda! ¿en qué estás pensando? ¿no tienes una confianza exagerada en tí misma, y si tu plan fracasa no causará nuestra eterna desgracia? Pero ella sonrió, puso la mano en la boca del jóven, y añadió: «Eres el marido más feliz de la tierra, Sr. Godofredo; tienes

una mujer que sabe guardar un secreto, así pues, nada más me preguntes. ¿Qué tenemos que hacer con el dia de mañana? ¿Somos casados ya de tanto tiempo que podamos hallar un asunto más interesante de que hablar que de nuestro amor? Dime, Fredo mio, ¿realmente te gusto más que Inés de Cerdeña, y su mano era por ventura más suave que la mia cuando la pasaba por tu frente? Vamos, no me abraces con tanto ardor aquí, la luna brilla demasiado, y despues de todo, no sabe que eres mi esposo querido. Ven al bosque, estoy cansada, y quiero reposar un rato. Conozco un sitio encantador donde un arroyuelo corre por el césped, numerosas flores crecen allí, y tejeré guirnaldas con ellas, porque las que nos puso Aigleta ya están marchitas. ¡Pobre Aigleta! Sabe que ella tambien te amaba mucho, demasiado; pero eso ya no puede tener remedio; nadie puede ser marido de dos mujeres, porque es contra la ley de Dios, y aunque yo no sea en realidad mejor que ella, soy la más desgraciada de las dos, ó por lo ménos, habría visto si tu corazon amor mio, no hubiera sido completamente mio.»

Con semejantes palabras, que embriagaban al jóven cual un vino fuerte, bajaron la colina, y entraron en el bosque. El dócil caballo les seguía por sí mismo, y tranquilamente pastaba cerca de ellos en la florida cañada en que se acostaron. Durante toda la noche, el arroyo murmuró, el ruiseñor cantó, y la luna lució con tanta brillantez, que nadie podía pensar en dormir, y mucho ménos dos séres que tanto tenían que decirse y comprendían que tal vez al dia siguiente no podrían hacerlo. Cuando se acercaba la mañana, empezó á caer el rocío, y un aire más fresco empezó á sentirse en el bosque; Garcinda se levantó, y dijo: «Empieza á hacer frio, esposo mio, me parece que debemos regresar á casa.» ¿Dónde? preguntó Godofredo mirándola asombrado; pero ella sonriendo contestó: «Ven, yo te la mostraré. Puedo yo tener otra casa que la tuya.» Y así diciendo, le tomó el brazo conduciéndole por el bosque y el puente á la torrecilla.

«Déjame aquí descansar,» añadió cuando se hubo sentado en la cama de su tia. «Aquí deseo dormir durante una hora hasta que salga el sol; pero déjame sola, de lo contrario, se-

guiremos charlando y no podré cerrar los ojos. Dame tambien tu libro de canciones, por que deseo leer un par de versos ántes de dormirme. Ahora, un beso, y vete. ¡Oh! Fredo; te amo más que á mi vida. ¿No somos dos séres felices cuando hemos gozado de una dicha de que nadie puede privarnos? ¿Y si viviéramos cien años, podría el tiempo hacernos más ricos de felicidad, cuando la hemos bebido de la copa de la eterna dicha?» Otra vez abrazó á su amada, la besó en la boca largo rato, y luégo la dejó sola.

Una hora despues cantó el gallo, pero no despertó al jóven, que dormía entre las rosas del jardin cubierto con su capa y sonriendo en sus sueños como si respirase la dicha al pronunciar el nombre de su amada y jóven esposa. Tampoco se despertó la jóven en la torrecilla, cuyos labios medio abiertos, tambien parecía que querían pronunciar un nombre, pero todo en la triste habitacion estaba tan silencioso como la tumba.

Sólo cuando el sol se levántó sobre la copa de los árboles apareció Aigleta con los ojos cansados y el semblante pálido. Al ver á Godofredo acostado en el jardin se horrorizó como si hubiera visto un espectro, y únicamente cuando se cercioró de que estaba durmiendo, se le acercó para despertarle diciéndole en voz baja.—¿Todavía aquí? ¿Dónde está vuestra esposa?

Levantóse de un salto y sin contestar una palabra corrió hácia su torrecilla. Al abrir la puerta lanzó un grito semejante al de un hombre mortalmente herido y cayó sobre el lecho. Allí yacía su jóven esposa con una mano sobre el corazon y la otra sobre el libro de canciones que estaba abierto por su última página, señalando con su blanco dedo índice una línea recien escrita que decía así en el lenguaje de la Provenza:

Lo deuteire paqua al crezedor tot lo deute.
El deudor paga al acreedor toda su deuda.

VIII.

Era ya medio dia cuando los criados se atrevieron á noticiar al conde Hugo la tristísima aventura. La escuchó como si no comprendiera su significacion; cuando le condujeron al lugar en que su hija yacía en aquella cama, que tan bien conocía, como una hermosa estátua de blanco mármol, no dió la menor señal de lo que sentía, nada dijo, ni vertió una lágrima; pero permaneció toda la noche encerrado con la difunta. A la mañana siguiente ordenó que se preparase un féretro; quería cumplir su palabra, decía, y conducir la novia á su prometido. Los criados obedecieron en silencio. Godofredo,—que de otra manera podía reclamar sus derechos,—yacía con una fuerte fiebre asistido por Aigleta, á consecuencia de habérsele abierto de nuevo la herida sin que bastara á cerrarla emplasto alguno.

Cuando el cortejo fúnebre llegó á Gaillac, iba el conde Hugo á la cabeza. El cadáver de la novia en un alto féretro llevado por los criados y una gran multitud de paisanos y servidores detrás, el padre de la novia envió un heraldo que despues de tocar su trompa gritó en alta voz: « El deudor paga al acreedor todo cuanto le debe.» A este pregon el conde Pedro de Gaillac, apareció en el balcon de su castillo, pero al ver tan lamentable espectáculo retrocedió horrorizado haciendo señas de que se retiraran que no quería celebrar tales bodas, en seguida montó á caballo y huyó, no regresando hasta pasados muchos dias y con un carácter tan distinto que había olvidado la manera de reir.

Entre tanto, el conde Hugo, sin dar la menor señal de sentimiento, dió órden á los criados que conducían el féretro que lo transportaran á la capilla que existía en la campiña, dedicada á la Santísima Vírgen de Monte Salvair. Allí en un campo que pertenecía al conde de Gaillac, á quien tenía que pagarle su deuda, enterró el hermosísimo cuerpo de su hija, no atreviéndose nadie á cojer una azada, porque resolvió abrir la

sepultura con sus propias manos. Tan pronto como terminó la ceremonia en medio de las lágrimas de la multitud, todos se marcharon dejándole solo en la capilla donde permaneció, no sabemos si orando ó hablando con la difunta; pero al dia siguiente al ir á llevarle algun alimento le hallaron muerto y lo enterraron al lado de su hija.

La crónica nada más dice de Godofredo, sino que en el otoño de aquel mismo año se unió á los cruzados encaminándose á Jerusalen de dónde jamás volvió.

En los anales del convento de Monte Salvair, se lee que á fines del siglo hubo una abadesa del nombre de Aigleta de Malaspina,—en religion sor Sofrenza ó sor Sufrimiento,—que vivió hasta una edad muy avanzada.

PAUL HEYSSE.

LA REACCION PROTECCIONISTA.

V.

Es indudable que el Estado debe intervenir en materias económicas en cuanto los individuos que viven en sociedad, viven vida económica, tienen instituciones económicas, las que producen diversas relaciones sociales que el Estado debe regular. Decir que el Estado ha de intervenir en materias económicas, no es decir que el Estado deba ni pueda ser industrial, agricultor ó comerciante. La funcion del Estado es esencialmente directiva, reguladora y armónica y protege los intereses de los individuos que viven en estado ó situacion de derecho (1) de manera que uno de los modos de defender la propiedad individual, es proteger el trabajo y la industria nacional y quien pide que se abandone la proteccion, eleva á principio el atentado á la propiedad privada. Comprendiendo perfectamente estas doctrinas el príncipe de Bismark, á quien no le ilusionan los discursos y á quien los hechos saben inspirar la verdadera cien-

(1) *Economía nacional.—Diario de Barcelona*, Enero, 1879.

cia, decía en la carta dirigida al Consejo Federal: «En la revision de las tarifas de aduanas á que vamos á proceder, sólo consultaremos nuestro propio interés. Quizás este interes nos lleve algun dia á entablar con el extranjero nuevas negociaciones acerca de las tarifas; pero si han de tener algun éxito favorable á la nacion alemana, debemos empezar por crear, bajo nuestra propia iniciativa, un sistema arancelario que coloque á nuestra produccion indígena en la mejor situacion posible en presencia de la produccion extranjera.»

En igual sentido se ha expresado en el discurso sobre el impuesto y contra el libre-cambio:

«La necesidad de una reforma aduanera y fiscal se demuestra cada vez mejor, y cada dia se hace más inevitable llevarla á cabo, porque es evidente que esa reforma no alcanza sólo á la hacienda del imperio, sino á todo el sistema financiero de Alemania.

»Lo primero que tenemos que hacer, es que el imperio sea independiente bajo el punto de vista financiero, y que desaparezcan la desigualdad y la injusticia de las causas fiscales del sistema de tributacion matricular.

»No queremos obtener, entendedlo bien, ingresos superiores á las necesidades del imperio; queremos sí salvar la industria y el comercio, y queremos que los recursos necesarios se obtengan de una manera que alivie el peso del impuesto, y este es el sistema que me propongo seguir.

....«La propiedad mueble é inmueble se hallan muy desigualmente gravadas; y de aquí el marasmo de la agricultura; y el impuesto sobre el sueldo de los empleados me parece ilógico y peligroso. Por otra parte, los impuestos que pesan sobre la agricultura la ponen en una situacion que hace imposible que compita con el extranjero. No hay productos que soporten cargas más abrumadores que los productos agrícolas.

»Lo mismo sucede á la industria nacional, que se halla muy mal protegida contra la extranjera. Necesitamos derechos protectores, moderados, pero justos, y esto es lo único que pedimos.

»Hasta ahora hemos conocido el libre-cambio: y aunque éste no haya sido tal cual lo piden los idealistas, levanta for-

midables protestas, y es preciso reconocer, porque se trata de hechos, que nos hemos convertido en un mercado para el exceso de produccion del extranjero, y que es necesario, si no que cerremos del todo, que entornemos á lo ménos las puertas de nuestra casa.

»La idea de un gran comercio de exportacion se ha realizado siempre de un modo insuficiente. En todos los tratados de comercio la cuestion que se plantea es esta: ¿Quién perjudicará más al otro? Cuestion que no puede resolverse sino despues de muchos años. Pero si la proteccion pudiera arruinar á un país, hace años que Francia estaría arruinada. Rusia ha prosperado tambien, gracias á la proteccion, en tanto que los países abiertos al libre-cambio avanzan como los cangrejos, si se exceptúa á Inglaterra, que llega otra vez ¡hasta ella! á la proteccion.

»En cuanto á nosotros, desde que rebajamos el arancel, vamos debilitándonos progresivamente.

»Para poner remedio á este estado de cosas no podemos recurrir á teorías: debemos apelar á la experiencia, á hechos prácticos.

»Aquí no se trata de cuestiones políticas, sino de cuestiones económicas. Quisiera yo que todas la suceptibilidades de los partidos y fracciones, se dejaran á un lado, para concentrarse en este asunto que sólo afecta á los intereses. El pueblo aleman quiere que se fije de una vez su porvenir económico. Así es que valdría más rechazar desde luégo estos proyectos, que tenerle en *statuo quo*,»

Mientras esto dice el canciller aleman y se preparan en el Reichstag las nuevas tarifas, *L'Economiste français* encuentra que á pesar de la elevacion de las tarifas arancelarias en Alemania, las francesas continúan siendo más elevadas, por lo tanto más protectoras (1), y por ello continúan quejándose los productores alemanes, como Thungen, gran propietario bávaro, que en su carta acompañada de un mensaje de adhe-

---

(1) Véase la nota que acerca de este particular inserta la *Revue Scientifique*, pág. 1099, número del 17 Mai 1879.

sion á la nueva política aduanera, reclama para la agricultura un tratamiento igual al que la tarifa concede á la industria, sin lo cual predice que en Alemania, como en la antigua Italia, la propiedad inmueble se concentrará en manos de los grandes capitalistas (los latifundia de los romanos) situacion de la cual resultaría la revolucion social y por último, el cesarismo.

Abundando el canciller aleman en la idea de que convienen restricciones en el exterior y libertad de accion en el interior, contestando al proteccionista bávaro, señala las tarifas de los ferro-carriles como el principal alivio á la agricultura. ¿A qué responde la actitud del canciller prusiano? Al conocimiento que tiene de los peligros sociales anteriormente indicados y á la necesidad de reconstituir económicamente la nacion alemana. Basta hojear cualquiera periódico. «En Alemania se están haciendo sentir de una manera cruel los efectos generales de una crísis económica.» De una estadística que ha hecho formar el gobierno aleman resulta que hay actualmente en Alemania 340.000 obreros sin trabajo y 14.000 empleados sin destino. La reduccion media de los salarios ha sido este año de cerca de 20 por 100. Más de 300.000 contribuyentes han sido apremiados por no haber pagado sus contribuciones territoriales.» ¿Qué sucede en Francia? Oigamos á M. Pouyer Quertier donde la marina mercante agoniza á excepcion de los vapores trasatlánticos que prosperan gracias á los 55 millones que les entrega el Estado. Es conveniente recordar las palabras del proteccionista francés:

«Si recorremos la lista de los accionistas de la compañía encontraremos en ella los más violentos libre-cambistas del dia, los airados adversarios del monopolio. ¿Cómo viven ellos á quienes el presupuesto paga tan expléndidamente para que no engan competencia? ¡El monopolio! Esas compañías los poseen, lo poseen las compañías de caminos de hierro cuyo privilegio cuesta anualmente al Tesoro de 40 á 50 millones; de esta manera se puede ser libre-cambista y desafiar la competencia.

»Los tratados de comercio debían conducirnos al desarme universal, reemplazar el cañon por la máquina de vapor, el fúsil por el arado. ¡Ah señores, hace veinte años que sufrimos

el yugo de los tratados, veinte años que no tenemos el derecho de gravar el más insignificante artículo sin que ántes pidamos el permiso de S. M. la reina de Inglaterra, y el dia siguiente de las experiencias, que el país ha sufrido durante esos veinte años no pueden recordarse esas famosas doctrinas de paz universal, de fraternidad de los pueblos. No debíamos tener más guerras ni más ejército permanente, habían de reducirse las cargas que gravaban el presupuesto. Este sumaba entónces 1.700 millones de francos; hoy pasa de 4.600 millones. ¿Acaso ha cesado la guerra en Europa desde 1860? ¡Ah! esas cosas son buenas para ser dichas en un salon alrededor de la chimenea; pero parece imposible que haya valor para decirlas en público, en presencia del enérgico y cruel desaire que han dado á esas quimeras, hechos que no podeis ignorar.

»Ha sido necesario recargar todas las transacciones interiores, crear nuevas contribuciones, y nunca se ha obtenido permiso de Inglaterra para obtener derechos equivalentes á los productos que hacen competencia á los franceses. Inglaterra hace en este momento grandes esfuerzos para conservar el mercado de nuestro país; hace bien, porque encuentra cerradas todas las salidas; ha visto desaparecer su mercado de América; ántes enviaba allí anualmente 500.000 toneladas de hierro; ahora América envía hierro á Inglaterra; la Gran Bretaña enviaba ántes algodones tejidos á América; ahora es América la que envía tejidos de algodon. Rusia tambien le ha cerrado sus puertas; Dinamarca, Austria, Italia y España han hecho lo mismo; despues Alemania; y no parece que Mr. de Bismark esté dispuesto á dejar por más tiempo las grandes fábricas de la industria textil alemana bajo los golpes de la industria inglesa. Mr. de Bismark propone en este momento una tarifa extremadamente elevada. Mr. de Bismark no quiere tratados de comercio; sus tarifas no han sido votadas todavía; pero creo que lo serán, conoceis el poder del canciller del imperio de Alemania, y no ignorais que sabe hacer entrar en el ánimo de los demas lo que está en el suyo propio.

»Queda Bélgica; pero Bélgica produce más de lo que consume. No le resta, pues, á Inglaterra ningun mercado. Sus propias colonias le están cerradas. El Canadá acaba de publi-

car unas nuevas tarifas gravando con un 20 por 100 los productos extranjeros y los de la metrópoli... Inglaterra consume únicamente el 15 por 100 de su produccion, y es absolutamente indispensable que se exporte el 85 por 100 restante. ¿A dónde lo llevará? Pues bien; hé aquí que os pide que le entregueis el mercado francés, el trabajo de nuestros obreros de todas vuestras laboriosas poblaciones.

»La deduccion es clara: nada de tratados de comercio; pero ¿y los vinos y Burdeos?

»Está demostrado que Inglaterra consume muy poco de estos vinos; la ciudad sola de Burdeos consume tanto como Inglaterra. En cambio, la marina inglesa toma todos nuestros vinos de exportacion para trasportarlos á Chile; ántes lo hacían nuestros marinos; es un flete que perdemos y que aprovechan los extranjeros. No hay duda que los vinos circulan hoy por todas partes; pero ¿se debe al libre-cambio? ¿No debemos más bien atribuirlo á la facilidad de trasportes, á los caminos de hierro que llevan á París un hectólitro por 6 francos en vez de los 25 que ántes costaba? De esto resulta que el Norte de Francia bebe los vinos del Mediodía; el Norte hace vivir á los bordeleses.»

En cuanto á Inglaterra, asoman por allí algunos conatos de proteccionismo, á pesar de que allí la verdadera proteccion es el libre-cambio.

Gladstone define en un artículo lleno de melancólica resignacion el estado de Inglaterra: «Los Estados-Unidos por sí solos nos arrebatarán próximamente nuestra supremacía mercantil, y no tenemos ninguna razon, y por mi parte ningun deseo, de murmurar contra esta perspectiva. Si Norte-América pasa á ser la primera, será por el derecho del más fuerte, y en estas materias el más fuerte significa el mejor. Ella será lo que nosotros somos ahora, la gran proveedora de los pueblos, y éstos recurrirán á sus servicios porque serán los más útiles.

Nosotros no tendremos mejores títulos para proceder contra ella que los tuvieron Génova, Venecia ú Holanda para proceder contra nosotros. A nosotros nos incumbe un gran deber que lastimosamente descuidamos. Es el de preparar con viriles é incesantes esfuerzos la reduccion de las cargas públicas

para el dia en que podremos ménos que en el presente rebajarlas ó suprimirlas.»

Inglaterra, por boca de uno de sus más eminentes hombres de Estado, reconoce su error; pero no por eso puede ni debe hacer pública ostentacion de sus propósitos de enmienda, si es que los tiene. Enmiéndese ó no, la supremacía de los Estados-Unidos es visible; y si Inglaterra quiere conservar el prestigio que se ha conquistado entre las varias naciones europeas, debe recobrar por otro lado lo que está perdiendo por la competencia. A esto obedecen sin duda las expediciones inglesas al Africa; y el afan de abrir nuevos mercados es causa de la guerra con los zulúes (1) y de otras que indudablemente seguirán á ésta, movidas por la política inglesa, que no puede hoy mirar indiferente esta parte del mundo que es el porvenir comercial del mundo civilizado.

Las naciones civilizadas, especialmente las potencias fabriles, que no tienen el inmenso poder de los Estados-Unidos ni la anómala intencion de la Inglaterra, que necesita libre entrada del algodon de América y fácil salida para los tejidos, que necesita á toda costa exportar el 85 por 100 de lo que produce, y que tiene ó ha tenido hasta ahora la pretension de ser la manufactura y el depósito comercial de Europa, recibiendo mercancías para reexportarlas á los centros consumidores, lo cual le proporciona una comision y un doble flete de las más ricas mercancías que se consumen en las naciones de Europa que no tienen depósito y le proporciona un inmenso giro; todas las naciones europeas entran en la senda de la proteccion como único medio de salvarse. Se romperán los tratados que cohiben la accion de los gobiernos, y es fácil que, como en otras ocasiones, se rompan á cañonazos.

---

(1) *Revue Britanique*, pág. 302, número de Marzo de 1870.

VI.

Concretémonos á España. Económicamente hablando, nuestra patria está desorganizada, y sólo puede reorganizarla la más estricta proteccion, cuyas consecuencias no pueden ser fatales en manera alguna, desde luégo que la Península, las Antillas y las posesiones asiáticas bastan para mantener el comercio y dar salida á los productos de la industria; en una palabra: léjos de perjudicarnos, ha de favorecernos el más absoluto aislamiento económico, siquiera sea interinamente.

Antes de abrirnos nuevos mercados, ántes de tratar con plazas extranjeras, hemos de recobrar el mercado nacional que los extranjeros nos han arrebatado. Cuando hayamos recobrado nuestro mercado, estudiemos las condiciones de nuestra agricultura, de nuestra industria y de nuestro comercio, y tambien de nuestro Tesoro, y entónces veremos si estamos en disposicion de celebrar tratados de comercio ó de hacer rebajas en las tarifas arancelarias.

Mientras la Gran Bretaña posea 40 millones de husos de algodon, y España sólo 1 $^1/_2$ millon, mientras el Tesoro esté exhausto y con deudas, mientras haya falta de capital y esté baratísimo el interes en Inglaterra, mientras el oro de los propietarios rurales duerma tranquilamente en el fondo de sus arcas y no circule por las vías que el comercio abre, mientras no tengan los hijos de este suelo el espíritu mercantil que en otras naciones es notorio, mientras la iniciativa para la conquista colonizadora sea exígua en los particulares y casi poco ménos que perseguida en el gobierno, mientras la usura sea la pesadilla del agricultor falto de bancos agrícolas, mientras haya tantas dificultades en el comercio interior, y casi demasiadas facilidades en el exterior, particularmente el de importacion lícito é ilícito; mientras haya carestías, porque tenemos restricciones en el comercio de provincia á provincia, y poco ménos que libre-cambio de nacion á nacion, mientras la ciencia sea

pobre y la ignorancia rica, mientras nuestro disparatado arancel eleve sus tarifas cuando no protegen, (como por ejemplo, en el petróleo), ó cuando perjudican la produccion de una provincia para crear un monopolio á favor de otra (como en los azúcares), y dejan en relativa libertad á la maquinaria, dejando salir los minerales que alimentan extranjeras industrias, mientras no tengamos una marina, tal como corresponde á nuestras relaciones mercantiles, tal como reclama nuestra posicion geográfica y la defensa de nuestras codiciadas colonias, y mientras nuestra administracion, en vez de velar por los intereses patrios, haya merecido de la prensa la acusacion de que protegía los intereses extranjeros, y no haya salido á su defensa, miéntras tengamos las Islas Filipinas y Antillas, cuyo exclusivo comercio sería de mayor consideracion y más ventajoso que el que puedan proporcionarnos todos los tratados con las naciones extranjeras, como no sea con las repúblicas de Centro y Sud América, que etnológicamente hablando, son nuestras hermanas; mientras España no sea dueña de Marruecos, mientras no nos lanzemos con ímpetu y medios suficientes á la conquista comercial del África, á que parecemos llamados por las aptitudes de raza (1), es indispensable, es principio de conservacion de la nacionalidad española un régimen de proteccion, único que puede reconstituir las fuerzas económicas de nuestra patria.

Quizás las más raras y sorprendentes cualidades de nuestro país para la vida económica aislada motivan el recelo y la intriga de los extranjeros, y la contraposicion de intereses nacionales, contraposicion que se convertiría en armonía y concierto el dia en que favoreciendo directamente nuestra industria, estimulando á nuestra marina, quedarán favorecidas de rechazo la ganadería, la agricultura, y hasta la misma explo-

---

(1) Reclus, en su obra *La tierra y los hombres*, hace notar que los españoles son los únicos que pueden tener la ambicion de disputar á los ingleses y á los rusos la preponderancia futura en los movimientos étnicos de la humanidad (tomo I, pág. 910). La aptitud de aclimatacion de los españoles en los diversos climas de África, véase en Doutroulau Afrique. *Geographie medicale*.

tacion minera; tal es la solidaridad de las fuentes de la produccion en el seno de una nacionalidad, siempre y cuando á esta nacionalidad, en su parte económica principalmente, la dirija una mano experta.

D. Fermin Caballero, en un folleto que publicó en 1840, decía: «Se cruzan fuertes y opuestos conatos á que España no prospere, á que no sea una nacion grande. Si se desarrollara el genio de sus naturales y aprovecháranse las ventajas de nuestro clima y nuestra posicion geográfica, España sería de las primeras potencias del mundo en producciones y en comercio.»

«Poseedora de una marina inmensa (¡cómo se conoce que hablaba en 1840!) relacionada por sangre, religion y lengua con los nuevos Estados de América, dueña exclusiva del medio de beneficiar los metales preciosos, sería dueña de ambos mares, cuya llave tiene en sí. No conviene á rivales envidiosos ni á monopolistas avaros que España sea España, no. Hé aquí el gérmen de tantas desgracias como han llovido sobre esta desventurada patria; hé aquí la explicacion de las rivalidades que hoy lamentamos, y á que contribuyen obcecados españoles incautos.»

Quien conozca á fondo el problema económico de España, quien siquiera lo salude, quien oiga el clamoreo de nuestra marina, lea en la Memoria del ministro de Hacienda el estado de nuestro Tesoro, atienda á la situacion de las industrias y se fije en la gran exportacion de esa rica mercancía que se denomina metálico, que á cambio de productos elaborados sale de España para engrosar las sumas que en los Bancos depositan los fabricantes ingleses, para aumentar su capital, estimular su crédito, bajar el descuento y activar con ello las transacciones y el poder mercantil de la Gran Bretaña; quien atienda á la gran falta de capitales que en España existe, y que de dia en dia disminuyen, á juzgar por la contraria balanza de comercio, deje los libros de los economistas extranjeros á un lado y atienda á los hechos para deducir de su exámen los principios. Quien de español se precie y no sea indiferente al movimiento de reconstitucion económica que las naciones europeas en estos momentos verifican, ha de abandonar toda

preocupacion libre-cambista, dejar á un lado las doctrinas económicas, muchas veces falseadas por sus divulgadores españoles, y atender el principio proteccionista, á quien los hechos dan la razon despues que la pluma de Carey la sentó firme en indestructibles bases.

Es necesario aplicar pronto é inmediatamente la proteccion, empezando por las industrias que están más amenazadas, como son la marina, en pos de la cual viene la muerte del comercio español; la industria lanera, en pos de la cual viene una situacion muy comprometida para la ganadería y (1) la agricultura en general; de la misma manera que acude el gobierno solícito para librar á la produccion vinícola de la invasion de la philloxera, de igual modo que protege la salud pública con medidas sanitarias, de igual modo ha de proteger lo que bajo su direccion se encuentre, acudiendo primero á las instituciones, fuentes de produccion, individuos y comarcas que estén más necesitadas de proteccion y amparo.

La verdadera mision de España no es la mision política; que ésta no es más que la compacta corteza que se quiebra y fracciona y resquebraja á cualquier accidente del terreno, al primer movimiento brusco que se verifica en las capas que, en el órden social como en el mundo que la geología estudia, contienen el fuego interno, las corrientes de agua y de aire, las causas de los hervideros y de las erupciones de los volcanes. La manera de que España sea una é indivisible, es unir el vínculo económico al vínculo político, de lengua, de costumbres, de religion y tradiciones que en mayor ó menor escala ya existe. Procuremos que el principio de Bastiat sea cierto; procuremos que en España sean armónicos todos los intereses; no establezcamos rivalidades económicas, como ha-

---

(1) «El daño causado á la ganadería por la importacion de manufacturas es más de un triple del que ha sufrido por efecto de la importacion de lanas en rama, sin que la industria haya tenido en esto ningun beneficio, ántes al contrario, pues de nada le sirve adquirir barata la primera materia si sus competidores la tienen aún más barata, y si se les priva de poder trabajar.»

Carta que la *Comision de los Centros unidos en defensa de la industria lanera,* constituida en Barcelona, ha dirigido al Secretario de la Asociacion general de ganaderos, Sr. Lopez Martinez, en 20 de Abril de 1879.

ce la prensa de nuestros libre-cambistas, los más antipatrióticos de todos los libre-cambistas de la tierra.

Fomentando la industria de máquinas, fomentaremos á su vez la extraccion de los minerales; protegiendo la industria lanera protegemos la ganadería: alentando la manufactura en sus variadas manifestaciones, alentamos á la agricultura, á quien facilitamos máquinas y consumos capitales; y no se olvide un momento que la agricultura, muy léjos de ser una rama de la produccion con autonomía, con vida independiente, es una industria como cualquier otra: pero mal digo, no como cualquier otra, sino industria subsidiaria y relativa, cuya existencia, progreso y desarrollo, depende de la existencia, progreso y desarrollo de la demas industrias, que transforman la materia en útiles y el trabajo en oro amonedado, una nacion exclusivamente agrícola, no puede ser verdaderamente agrícola, sino una nacion atrasada, pobre subsidiaria y comercialmente esclava de las naciones ricas en producciones de otra índole.

Las industrias son fuertes cuando coexisten y se apoyan unas con otras; y en el momento que alguna decae, las demas se debilitan y enervan, y si no acude el remedio, si no viene la reaccion, sucumben; tal es la organizacion económica en el seno de las nacionalidades, y sólo el vínculo de la contribucion de la unidad administrativa y de otras causas de solidaridad de intereses produce esta armonía. Todas las industrias que viven, pagando contribucion á un mismo gobierno, tienen igual interes en que todas prosperen y se desarrollen, así como lo tienen tambien en que las industrias similares de otras naciones decaigan, se extingan ó estén en estado de paralizacion.

Hé aquí lo que han comprendido los gobiernos previsores; hé aquí la gran enseñanza que nos han dado los Estados-Unidos con su régimen económico, que en pocos años los ha hecho vigorosos, hasta el punto de ser irresistibles. Hé aquí, en una palabra, el pensamiento de los hombres de Estado que ha inclinado la balanza de la proteccion y hecho aparecer súbitamente la reaccion proteccionista en las naciones europeas; reaccion proteccionista de que debe aprovecharse España más que ninguna nacion del continente europeo.

VII.

Considero que el resultado más fecundo en consecuencias de la reaccion proteccionista de Alemania, Francia y otras naciones es la reorganizacion económica de las nacionalidades que entran en la nueva senda. Protegida la industria, la agricultura, las artes, las ciencias, toda la nacion experimentará el influjo benéfico del sistema protector. Todas las fuerzas sociales obran y recobran unas sobre otras, las funciones de cada actividad social afectan á la totalidad del cuerpo y á cada uno de sus aparatos y órganos, y esta ley la hemos visto comprobada en los Estados-Unidos de la América del Norte. Rica agricultura nacida al apoyo de ricas industrias que han proporcionado al hombre medios de cultivar fácilmente un terreno igualmente rico; ha dado nacimiento á un comercio activo, el cual á su vez ha recobrado todo su benéfico influjo sobre laindustria y la agricultura, permitiendo salida á sus productos y el empleo y formacion de cuantiosos capitales. La accion lenta del trabajo ha acumulado enormes sumas en manos de los habitantes de la Union Americana, enormes sumas que han concurrido simultáneamente á producir la baratura en la produccion, la competencia en el seno de las mismas industrias; pero no sólo han producido la baratura, sino el perfeccionamiento; porque los capitales, efecto de la excesiva oferta, han bajado de valor en el mercado, y han producido la gran demanda de inventores y de perfeccionadores que desde aquel momento encontraron remuneracion á su ciencia y sus desvelos. Abaratándose los fletes por la competencia de los capitales y por la facilidad del crédito, el comercio tomó gran vuelo, y el mismo desarrollo comercial con su escuela de nuevos mercados, relaciones y cambios, influyó en la baratura de los fletes y transportes en ferro-carriles. A la sombra de la proteccion sábiamente aplicada, que produce la verdadera competencia, la acumulacion de capitales dió impulso extraordinario á la

iniciativa particular, la cual compitió en los ferro-carriles, que abarataron extraordinariamente sus precios de transporte, facilitando el tráfico interior; en las industrias particulares, en los artefactos más sencillos, en los servicios de la vida pública y privada, y hasta pudiéramos decir, en la administracion.

La circulacicn interior ha nutrido perfectamente el organismo económico de la nacionalidad Norte Americana, y cuando de esta manera se ha ido robustuciendo, ha podido abrir sus puertas (si es que las ha abierto) y admitir la lucha con las demás naciones, en el momento oportuno, que se consideraba más pujante y robusta que cualquiera otra.

Nutrido perfectamente el organismo, sólidamente apoyado en el régimen económico, la actividad política, científica, artística de los Estados de la Union ha tenido una base fuerte; ha tenido *medios para desarrollarse.* Hé aquí el resultado de la proteccion económica: la organizacion económica de las nacionalidades; y á esta idea obedece el movimiento de reconcentracion, que con un plan protector inician las naciones europeas que no quieren sucumbir á los embates externos (lucha económica que solicitan los Estados Unidos) y á los enemigos internos (el socialismo y demás medios de desorganizacion social). Los gobiernos aleman, francés y otros se han apresurado á dar el impulso, y nosotros que debemos entrar en el corriente general de las naciones civilizadas, no debiéramos quedarnos rezagados, mayormente cuando un régimen protector sería altamente provechoso.

Elementos agrícolas, industriales y de comercio tiene España, y por ley de naturaleza está llamada á ser un organismo económico completo; para ello es preciso rehacernos; conviene que no flaquée industria alguna, ántes por el contrario, contar con un buen número de ellas suficientemente protegidas, para rescatar por medio del trabajo las inmensas pérdidas de dinero, que por medio del trabajo tambien y por los empréstitos, va á llenar las arcas de bancos y casas extranjeras; es menester que permanezcan en situacion sobradamente abundante algunas industrias para que puedan ayudar á las débiles cuando les amenace el peligro de sucumbir en la lucha internacional. Se comprende que la Inglaterra haga todos los es-

fuerzos posibles para que esta idea no cunda entre los pueblos, porque tiene conciencia de la dificultad que le asiste de constituir un organismo económico completo; pero las nacionalidades que tienen gobiernos previsores y que se encuentran en condiciones de hacerlo, se organizan económicamente reformando sus aranceles, cuyas murallas deben elevarse segun el peligro de la invasion económica extranjera.

En pos de la crísis económica, en pos de la derrota mercantil, viene poco ménos que el atraso en la carrera de la civilizacion; el retroceso de todo lo adelantado en la senda de la humana cultura. Los estados civilizados, ó se mantienen á la defensiva evadiendo la lucha económica internacional y sus peligros, ó se lanzan á la pelea. Los vencedores serán los ricos y los que sufran todos los efectos de la derrota, perderán muchos elementos de civilizacion y ostentarán en su organismo enfermedades de raquitismo y anemia como las crísis y el hambre, ó enfermedades de descomposicion social como el nihilismo.

De la misma manera que los organismos cuanto más complicados son más consumen, y que los animales cuanto más se acercan al hombre, que es de todos el más perfecto, más necesidades tienen, así tambien las sociedades cuanto más adelantadas, cuanto más complicadas son, más consumen.

La vida, cuanto más variada, cuanto más perfecta, cuanto más diferenciada, más cara es; lo propio puede decirse de la vida individual que de la social. Un pueblo civilizado necesita mucha mayor circulacion de riquezas y de actividades en accion que un pueblo bárbaro; y la ciencia y el arte necesitan capitales inmensos para encarnarse y tomar forma en la vida humana. Cada artista, cada científico representa un capital inmenso de enseñanzas é ideas acumuladas, ideas y enseñanzas que cuestan mucho dinero, para que un cerebro las adapte, las asimile, las combine y las reproduzca. A medida que la civilizacion adelanta, á medida que el progreso se verifica la ciencia va tomando mayor incremento; en una palabra, vale más por ser un elemento social más complicado y más diferenciado que el económico. El capitalista que tiene un millon de duros, considerado estrictamente como capitalista,

vale tanto como otro que tenga igual cantidad. Otra cosa es considerado como capacidad. Un científico difiere de otro en tal conformidad, que no puede calcularse á punto fijo el valor exacto de sus ideas. La cienca, el arte, todos los elementos de la sociedad valen mucho; son cada dia más caros, porque en relacion con ellos, cada dia vale ménos el dinero, y la humanidad reconoce de dia en dia que ellos valen más. La administracion, la marina militar, los diversos servicios del Estado en la época presente, son caros; y lo son en razon directa de su perfeccion y complexidad (entendiéndose siempre en igualdad de circuntancias de buena administracion) y sólo pueden sostenerlos á una altura digna los estados ricos. Las naciones más cientificas, más civilizadas, más adelantadas son las que dominan y las que se encuentran en mejores condiciones de procurarse las riquezas que han de proporcionarles medios para adelantar en el arte, en la ciencia, en la comodidad de la vida, en la perfeccion del trabajo, en la fuerza de las armas y en las condiciones etnológicas de sus habitantes.

Los adelantos de la ciencia, especialmente de la ciencia aplicada á la industria, dan poder inmenso, así á las naciones como á los individuos; y España, que cuenta con grandes elementos naturales de riqueza, puede explotándolos llegar á ser rica para ser sabia é instruida, y ha de procurar sostener á gran altura su instruccion para llegar á ser más rica; lo que no alcanzará por el medio ilusorio del crédito y la usura, sino por medio del trabajo, más productivo cuanto más inteligente, cuanto más superior en categoría.

Al proteger, no sólo ha de procurar el Estado la mayor suma de fuerzas productoras, sino que ha de hacer converger estas fuerzas á un fin para que no se neutralizen, ha de procurar el equilibrio. Como ideal, aspiramos á la mayor diferenciacion de estas fuerzas, y como procedimiento protector, el que proporcione en mayor grado la más activa circulacion de las riquezas en el seno de una nacionalidad. El Estado debe proteger ante todo el elemento histórico, las instituciones en que se encarna la tradicion, los intereses morales, limitándose aquí la proteccion á prestar recursos y á procurar la defensa contra todo ataque externo é interno; debe fomen-

tar el elemento científico, así personal como material, pues vale más á una nacion un genio que se llame Edison ó Newton, Fortuny ó Cellini, que todas las fábricas reunidas. Despues ha de proteger el Estado las grandes industrias, el gran comercio, ha de proceder de mayor á menor, encontrándose en último término el consumidor, que no produce, cuyas voces no debieran llegar á oidos del hombre de Estado. A la sombra de la grande industria, vive la pequeña, como amparo de las leyes naturales que tienden á perpetuar la especie, queda protegida la existencia del individuo.

Si nuestros hombres de Estado escucharan la voz del consumidor y elevaran á teoría las encontradas peticiones que de su clamoreo resultan, si Manchester y Lancashire son la fábrica de Europa, Paris sería la tienda.

Los grandes almacenes, gracias á la facilidad de las vías de comunicacion, ponen directamente en manos del consumidor los productos de los grandes almacenistas, ¿qué harían los tenderos, que harán los vendedores de artículos al por menor?

Por lo que á España toca, decir fuera trabas, hablando del comercio exterior, es ser separatista, disgregador, promovedor de la guerra civil económica. El comerciante de Bilbao ó de una ciudad española inmediata á la frontera francesa, que merced á la libertad de comerciar con Francia, libre de la traba arancelaria, tenga su principal tráfico con aquella nacion, verá con placer la creacion de un ferro-carril que le acerque el punto productor ó consumidor de los artículos de su comercio; en cambio pagará con no muy buena voluntad la contribucion que ha de servir para obras públicas en Madrid ó para estirpar la phylloxera en Málaga. Si el mercado principal de los productos fabriles de Cataluña llegase á ser el Sud de Francia, verían los fabricantes del principado con buenos ojos el desarrollo de la riqueza en las poblaciones consumidoras, y pagarían sólo á la fuerza, y acabarían quizás por resistirse al pago del impuesto que ha de servir para los gastos generales del Estado, cuyo fondo acude indistintamente á las necesidades administrativas de Leon, Castilla, Andalucía ó Murcia.

Si el Phylloxera invade el Sud de Francia, y allí se consumieran las harinas de Castilla, los harineros castellanos se in-

teresarían por la suerte de los viticultores franceses, y poco les importaría la suerte de los españoles, y así sucesivamente el desconcierto y choque de intereses borraría los vínculos de nacionalidad. ¡Cuánta dificultad entónces en el cobro de los impuestos; cuántos intereses contrapuestos en el seno de una nacionalidad! ¡cuántas luchas intestinas!

Solidemos nuestra organizacion económica y ayudémonos mútuamente, ya que el peligro exterior arrecia. Seamos libre-cambistas en el comercio de Andalucía con Cataluña, de las Baleares con la Península, de nuestras posesiones de Africa con el resto de España, de Murcia con Castilla, de Galicia con Cuba, de las Antillas con Filipinas; libre-cambio absoluto si se quiere; los perjuicios no superarán á las ventajas, ya que pagamos contribucion á un mismo gobierno y estamos sujetos á la responsabilidad de una misma deuda. De nacion á nacion se establece una corriente económica que se salda con dinero. De provincia á provincia puede establecer equilibrio entre las encontradas ó desviadas corrientes económicas la suprema accion del Estado, que apoya con fondos del Estado ó protege de una ú otra manera la rama de la produccion que decae ó la provincia y municipio á quien diezma el hambre, ó empobrece una mala cosecha. Nada de esto sucede de nacion á nacion, en cuya contienda sucumbe la vencida, no habiendo arbitrio para dirimir discordias, ni una fuerza para apoyar al débil; por el contrario, apénas se aperciben las fuertes de la caida de la débil, están á la espectativa, buscando el momento oportuno de lanzarse sobre ella y repartirse sus despojos, en esos festines con pantomima legal, que se denominan congresos internacionales.

PEDRO ESTASEN.

Barcelona y Mayo de 1879.

M.LLE LUISA ADELAIDA DE CONDÉ.

La heroina de la obra publicada por M. Viollet, Luisa Adelaida, hija del príncipe y de la princesa de Rohan-Soubise, era á los veinticinco años una jóven de un carácter sério y frio. No quiere decir esto que hubiera roto con la sociedad; porque la posicion que ocupaba la obligaba á presentarse en las fiestas de la córte y tomar una parte activa en las diversiones de Versalles; pero lo hacia con reserva y con cierta tímida discrecion.—En más de una ocasion habia pensado en tomar el velo, porque las pompas y solemnidades de Versalles, los ricos adornos y los vestidos bordados de oro que debia llevar en los *pataclans*; todo aquel alegre y frívolo tumulto no habia podido interesar su corazon — El mundo le parecia loco y malvado, y retirada en su habitacion forrada de azul, de la calle de Monsieur, permanecia indiferente á los cumplidos y galanterías de los cortesanos. Desde su más tierna infancia habia perdido á su madre; y su padre y su hermano, que sólo pensaban en llevar una vida alegre, la veian raramente. Habiase, pues, habituado á considerar á Dios como su único refugio y á consagrarle todo el afecto de su corazon.

Paseándose un dia por el terrado de las Tullerías se rom-

pió la rótula y tuvo que tomar los baños de Bourbon-l'Archimbault. Como los príncipes vivian con suma libertad en Bourbon, donde no se conocia la etiqueta, y las exigencias de la córte y del ceremonial ordinario se hallaban desterrados de sus reuniones. En esta época un jóven de la nobleza bretona, Luis de la Gervaisais, oficial del regimiento de carabineros de Monsieur, fué presentado á los príncipes de Condé. No tenia este jóven los buenos modales, ni las maneras agradables de la mayor parte de sus contemporáneos; tímido, sin saber qué hacer de su persona, algo salvaje, estaba fuera de su lugar en los salones de París, cuya refinada política y esquisita elegancia daban entónces el tono á la Europa.—Pero el jóven carabinero era un hombre leal, de un juicio recto, apasionado partidario de la verdad, completamente hostil á toda preocupacion, citando á la vez en una de sus cartas á Ciceron, á Lutero y á Nicole.—La princesa de Condé adivinó, bajo aquella ruda corteza, una viva inteligencia y un corazon sano y ardiente, complaciéndose en descubrir los nobles sentimientos y los pensamientos generosos que la Gervaisais ocultaba con cierto pudor á los ojos del mundo; despues de una larga conversacion en que ambos habian hablado sin disfraz y con el corazon en la mano, como suele decirse, empezó una de las más puras y tiernas afecciones que menciona la historia del siglo XVIII.—Hacian sus comidas juntos, iban á pasearse por las cercanías de Bourbon, y el taciturno la Gervaisais en estas comidas y paseos se volvia hablador, y los papeles, por decirlo así, se invertian, permaneciendo silenciosa á su vez la princesa, que apoyada en el brazo del oficial, le escuchaba con muda alegría, abandonándose cándidamente y sin pensamiento oculto al amor que le inspiraba el alma franca y recta de la Gervaisais: esto era, dice el editor de las cartas, M. Paul Viollet, un sueño celestial.

Entretanto les fué necesario separarse y despues de haberlo verificado, no sin una penosa opresion de corazon, entablaron una correspondencia que fué en lo sucesivo el único objeto de sus vidas.—La Gervaisais estaba en Saumur, y Luisa Adelaida en París; pero ésta decia que tenia dos almas; una la mala, que llenaba todos los deberes de la sociedad, y re-

presentaba un papel oficial; la otra, al contrario, su alma buena, no se preocupaba más que de su amor. «Será preciso, añadia, que sea falsa, que mi fisonomía aparezca tranquila, mientras mi corazon esté desgarrado, que hable de mil cosas en las que estoy muy léjos de pensar. ¡Oh! cuánto tiene que esforzarse el alma de la sociedad para impedir que la otra se muestre.» La misma princesa cuenta con una sencillez encantadora, que el alma social padecia, á pesar de su buena voluntad, algunas distracciones:

Amigo mio: el alma mala no va bien, valia mucho más en Bourbon. Quiere hablar algunas veces y es para decir cosas que carecen de buen sentido y que no se relacionan con nada absolutamente.— Ayer ó anteayer una señora estaba hablando de una cosa tan indiferente como la lluvia ó el buen tiempo; esta mañana hablaba de otra cosa, cuando de repente la interrumpí, dándole una especie de contestacion á su pregunta de la víspera, y digo una especie de contestacion, porque verdaderamente yo misma no sé lo que quise decir. La dama se echó á reir y me preguntó si me habia vuelto loca, y realmente la cosa era tan ridícula que no pude ménos de reirme tambien.

Jamás hubo amor más puro y perfecto, jamás una pasion encontró para expresarse términos tan dulces y castos: «Siento, escribia la princesa, siento que mi corazon ama mucho, ¡oh! que ama mucho á su amigo; lo cual me hace feliz, me entrego á esta dicha; y me predispone á llorar; me distraigo ó no me distraigo de mis pensamientos, nada de esto examino; amo á mi amigo todo cuanto puedo amar y estoy seguro de ello; porque lo siento y no trato de averiguar más.» Nótese que no dá otro título á la Gervaisais que el de «mi amigo,» y ella se nombra á sí propia en sus cartas, la *buena*, *vuestra buena amiga*: «Quisiera, escribe, que me esplicáseis por qué siento más placer en decir: «*vuestra buena amiga*,» que «*mi amigo*,» no tengo suficiente talento para comprenderlo,» y en otra ocasion: «Cuando digo *vuestra buena amiga*; ¡cómo gozo con la palabra *vuestra*!»

El amor de la Gervaisais era, á lo que aparece, más inquieto, más agitado, y como preguntase un dia á la princesa cómo

le era posible amar á la vez á *su amigo* y á su hermano, el duque de Bourbon, ella le contestó con suma gracia:

Amigo mio: tal vez seais vos á quien ame más. ¡Oh! en verdad que nada sé y tendria miedo de mentir al decidirlo. Si alguna vez mi hermano cambiase de sentimientos para conmigo, me desesperaria tambien; ¿mas por qué esta idea no me atormenta por él como por mi amigo? Que este amigo juzgue de mi corazon; tal vez lo hará mejor que yo.

Su correspondencia duraba ya seis meses y era, segun M. Viollet, un verdadero cántico de amor; pero al afecto de la princesa por el jóven oficial se mezclaban ansiedades, angustias que no habia previsto turbaban la dulzura de su pasion. Razones de conveniencia, y como decia, preocupaciones le impedian contraer matrimonio con la Gervaisais; su ilustre nacimiento era un obstáculo á su felicidad. Ya, añadia, pensando en la futura suerte de *su amigo*, que debia ser feliz, que si caia en la tentacion de casarse lo haria con una jóven dulce, buena, y colocaria á su esposa en el primer lugar de su corazon, y á ella, su amiga, el segundo. Ya de antemano se sacrificaba, y la Gervaisais, si la pasion no le hubiera cegado, hubiera podido prever el terrible golpe que debia recibir en pleno corazon. Mlle. de Condé debia obedecer con docilidad á las exigencias sociales; porque no era uno de esos caractéres irritables y violentos que se rebelan contra las leyes humanas y no reconocen otro imperio que el de su pasion. Acostumbrada á resignarse, y á sufrir en silencio, no vaciló en hacer un cruel sacrificio á lo que la sociedad de su tiempo le habia enseñado á considerar como su deber.

Entretanto, las personas que la rodeaban sospechaban de su amor. Una anciana camarista le preguntó en cierta ocasion si era cierto que en Bourbon hubiera comido todos los dias con un jóven. Su padre y su hermano, el *bueno* y el *pequeño*, como los llamaba Luisa Adelaida, lo sabian todo, pero guardaban silencio. Por un momento abrigó el deseo de volver á ver en París al «tierno amigo de su corazon» y hablar con él; sin embargo, por temor á la maledicencia, tuvo que renunciar á este propósito que por largo tiempo habia acariciado.

Habia proyectado hacer nombrar á la Gervaisais oficial de guardias francesas, y hasta ella misma le envió el borrador de la carta que debia dirigir al duque de Bourbon, su padre; pero este plan fué tambien abandonado, y volvió á escribir á su amigo, diciéndole que era necesario esperar, á fin de distraer las sospechas que empezaban á despertarse.

Amigo mio, estoy segurísima de vuestra ternura, y la mayor prueba de ella que podeis darme en este momento, es acceder á lo que os pido. Tanto cuanto sufre mi corazon al haceros esta súplica y quizá más, sentirá lo que os deberá; os lo confieso, tierno amigo, veo este sacrificio necesario; mi razon está decidida á hacerlo, pero mi corazon, creedlo, será más amante si es posible por eso mismo.

La Gervaisais obedeció, pero las cartas de la princesa eran cada vez ménos frecuentes; estaba enferma y en vano el desgraciado oficial le escribió pintando su dolor con los más vivos colores. Mlle. de Condé habia resuelto cortar sus relaciones con la Gervaisais, y aunque vaciló largo tiempo ántes de dar el paso decisivo que debia separarla para siempre de su bien amado, al fin le escribió una carta desgarradora de despedida. Confesaba en ella los remordimientos que le causaban sus relaciones secretas; añadia que se habia recogido dentro de sí misma y que habia sondeado su corazon; que habia llegado tambien á comprender que la amistad, áun la más pura, puede ser peligrosa; una amiga que se encontraba en el mismo caso que ella, le pidió consejo y no vaciló en contestarle, que á menudo se hace un sacrificio al amor, pero jamás al deber. Y continuaba diciendo:

No me odieis, pero no me ameis más; pensad poco en mí, si esto puede turbar vuestra vida; vuestra *buena amiga* os lo ruega. ¡Qué pensariais de mí si obrase contra el grito de mi conciencia? ¿Acaso me estimariais? En tanto que esta conciencia nada me ha dicho, he seguido la irresistible inclinacion que me llevaba hácia vos; ahora me habla y me habla con vigor, y mi deber es escucharla y sacrificarle hasta mi felicidad. ¡Mi felicidad! ¿Existe por ventura cuando hay remordimiento? ¡Oh! no, amigo mio, es un tormento inexplicable reconvenirse á sí propia. Amigo mio, mi tierno amigo, ¡oh! no puedo evitar estas palabras: esta es la última carta mia que reci-

bireis; contestadme dos letras para que sepa si debo desear vivir ó morir. ¡Oh! ¡cuánto temeré abrirla! Escuchadme, si no es muy desgarradora para un corazon sensible como el de vuestra buena amiga, tened la atencion, os lo ruego, de poner una crucecita en el sobre; no lo olvideis, os lo pido en gracia. Adios, adios, amigo mio; vuestra respuesta terminará nuestra correspondencia, es preciso; ¡si supiérais cuántas veces he deseado la muerte desde que os he escrito! Oidme, no debemos buscar acasiones de vernos, al contrario, por mucho tiempo, por muy largo tiempo habrá que evitarlas.—Amigo mio, ¿qué será de mí? ¡Oh! tenedme lástima, tenedme lástima. Sin embargo, ¿lo creereis? me encuentro aliviada con haberos escrito todo esto: por desgraciado que uno sea, el cumplimiento de lo que se cree un deber consuela siempre al alma oprimida.—Adios, tierno amigo, adios; no debo ya manifestaros mi cariño, creo que he hecho mal y no lo haré más.—Adios, otra vez; se puede cambiar de conducta cuando se tiene valor; pero ignoro si es posible cambiar el corazon.

Al mismo tiempo escribia al tio de la Gervaisais, al caballero de la Bourdonnaye Montlue en estos términos:

Decidle que ántes de decidirme me he hecho todos los razonamientos que he encontrado en su respuesta; que cuando quiere una juzgarse á sí propia, todas las objeciones en su favor se presentan en tropel; pero que cuando á pesar de ellas se siente un secreto descontento de sí misma, hay que resolverse á ser juez severo.

Esto ocurria á principios de 1787; dos años despues estallaba la revolucion, y se verificó la emigracion. Luisa Adelaida abandonó á Chantilly, y se dirigió á Turin. Allí encontró entre sus papeles el manuscrito olvidado de una comedia de la Gervaisais, que remitió al jóven con el siguiente billete:

Se devuelve el manuscrito despues de haber quemado la esquela que estaba unida á él, y se ruega al autor que no haga uso de él. Se le agradece su silencio, y se le ruega con insistencia que no varie de conducta.

La existencia que llevó en el extranjero bajo la revolucion y durante el primer imperio, fué fecunda en aventuras, y como todos los emigrados, Luisa Adelaida tuvo á menudo que variar de residencia, correr por los caminos y huir de

asilo en asilo ante los ejércitos de la república y de Napoleon. Volvió á Francia en 1816, y murió el 10 de Marzo de 1821 de superiora del convento del Temple en París, bajo el nombre de la madre María-José de la Misericordia. Entónces escribió la Gervaisais en la *Quotidienne* un artículo necrológico que terminaba así: «No lloremos, la mortal acaba de fallecer, la santa empieza á vivir.»

¿Qué habia sido de aquel oficial á quien habia amado una princesa de sangre real? Sus escritos (la Gervaisais habia dejado el servicio y se habia hecho publicista) se conservan en la biblioteca nacional, fueron redactados en diferentes épocas, y demuestran un espíritu penetrante y un patriotismo ardiente é ilustrado que durante cuarenta años se ocupó del porvenir de Francia, y lo acompañó, por decirlo así, con sus consejos y sus predicciones. Los títulos que dió á sus obras son raros; no escribia con claridad, pero en medio de sus oscuridades y de las incorrecciones de su estilo, brillan pensamientos ingeniosos y grandes ideas cual los relámpagos que atraviesan la masa sombría de las nubes. Bajo una forma viva, propia para llamar la atencion del ánimo y ocasionar una sacudida fecunda, la Gervaisais dirigió de 1790 á 1838 á la sociedad juiciosas opiniones sobre la política y las costumbres. Al principio de la revolucion, se vió, como todo el mundo, arrastrado por un culto entusiasta de un ideal abstracto, y perdió de vista la realidad; pero más tarde reconoció su error, y siempre rindió homenaje á la noble exaltacion que entónces se habia apoderado de los ánimos. ¿Dónde encontrar, decia en 1835, aquel primer candor de la libertad, aquel instinto de integridad, aquella lealtad enérgica y aquel culto á la nacion? «Poco á poco renunció á sus sueños políticos, y llegó á ser un moderado, un prudente, un *oportunista* firmemente convencido de que la precipitacion es tan dañosa en política como en todo, y que es preciso, para fundar un establecimiento duradero, caminar con seguridad y lentitud. Desde 1790 compadecia al pueblo, «alternativamente partidario de la opresion y de la licencia, envilecido por la una, y más vil á los ojos de sus aduladores; mártir é instrumento de la ambicion, siempre juguete de los otros y devorándose á sí mismo.» Ya en esta

época temia la muerte del rey, y prevía la anarquía seguida fatalmente del gobierno de un soldado. «El momento llegará en que la prudencia y la concordia se creerán muy afortunadas en hacer pasar, sin anarquía y sin horrores, bajo un cetro de hierro, á un pueblo harto para siempre de la libertad que le habian ofrecido, y ávido de pan y de tranquilidad.» Bajo la restauracion luchó contra los ultras, contra los enemigos irreconciliables de la revolucion, y predijo la «irrevocable expulsion de los Borbones. En 1835 decia del gobierno de Luis Felipe: «El golpe, aunque el mismo que en 1830, no tendrá igual violencia. El árbol es endeble, y se plega á todos vientos; pero no tiene raíces, y un sólo empujon lo echará por tierra, sin que su caida apenas haga ruido.» Desde aquel momento juzgaba «inevitable» una segunda república; pero estaba convencido de que esta reproduccion de la república sería muy efímera, diciendo: «dado un Napoleon, por débil y exiguo que sea, es tal la sed de reposo, el deseo de tranquilidad que en todas partes se apresurarán á tenerle el estribo, y hasta á servir de estribo á cualquiera que tenga talla y dotes para montar el corcel absolutista.» Casi todos los folletos de la Gervaisais contienen predicciones semejantes, que pueden llamarse intuiciones del genio; ¿podria reunirse, dice M. Viollet en su obra, debidas al mismo observador, tan crecido número de previsiones políticas? Por lo demas, ántes de M. Viollet, un célebre investigador literario, M. Damas Rinard, habia ya publicado en un estudio titulado *Un profeta desconocido*, las apreciaciones de este espíritu tan lúcido y sagaz sobre los principales sucesos de su época.

Mme. de Duras, como lo demuestra con mucho ingenio M. Viollet, ha representado á la Gervaisais en su novela *Eduardo*. Esta obra no es otra cosa que la historia de Mlle. de Condé, puesto que Mme. de Nevers se llama como nuestra heroina, Luisa Adelaida, muere en la *calle de Bourbon*, y su padre es gobernador de Guyena, como el duque de Borbon lo era de Borgoña. «Eduardo G. (tambien esta inicial es la del nombre de la Gervaisais), era, dice Mme. de Duras, el hombre más independiente que haya conocido; la desgracia le habia hecho separarse de los hombres, era justo, porque era

imparcial, é imparcial porque todo le era indiferente. Cuando semejante manera de pensar no hace al hombre excesivamente egoista, desarrolla la cualidad de juzgar, y aumenta las facultades de la inteligencia; era habitualmente silencioso, pero sin desden. Esta alma, inaccesible á los consuelos, era, sin embargo, generosa, benévola, elevada, y de buena voluntad hubiera procurado á todos la dicha que no podia alcanzar para sí. Su vivo talento atraia y producia las chanzas, en las que era el único que no tomaba parte; sólo él permanecia extraño á la alegría que él mismo habia excitado.» Residia en Versalles, y con más frecuencia se le encontraba en los paseos públicos que en los salones, donde se temia su franqueza, su carácter áspero y satírico. Vivió oscuro é ignorado, y se negó á aceptar empleo alguno del Gobierno. A una edad ya avanzada contrajo matrimonio, y tanto á su hija como á su nieta les puso por nombre Luisa. En 1836, cincuenta años despues de haber conocido á Mlle. de Condé el vivaracho anciano, fué por segunda y última vez á Bourbon, y volvió á ver los caminos que habia recorrido con la princesa, las cabañas donde habia entrado con ella, todos los lugares, en fin, donde habia gozado de una dicha tan pura. Carecia, dice Mr. Viollet, de alguna sencillez y amabilidad; su talento era extraño é incoherente. El estilo de M. de la Gervaisais se resiente de su carácter; es bueno, lleno de salidas de tono: «no tengo, confesaba él mismo, ni órden ni método,» y á menudo algun amigo suyo tomaba la pluma y pulia sus frases. (Allier, Pecqueur, Teodoro Fix.)

El manuscrito de las cartas publicadas por M. Viollet no se ha encontrado. Tal vez la Gervaisais, como hombre previsor y circunspecto, lo haya ocultado en algun sitio desconocido. Estas cartas fueron publicadas por Ballanche en 1834. (*Cartas escritas en 1786 y en 1787*, publicadas por Ballanche.) Estas cartas, decia el editor en un prefacio algo enfático, están destinadas á formar un perfecto contraste con tantas producciones más ó ménos llenas de desoladoras preocupaciones. Son una voz armónica que se aventura entre los ruidos confusos del cáos. Se encuentra en ellas una cándida sencillez de sentimientos unida á la pureza más angélica. Proceden de

un alma que solo toma del lenguaje lo preciso para hacerse presentir y adivinar. El fin del siglo XVIII, añadia Ballanche, ha tenido tambien sus almas escogidas, y la persona que ha escrito estas cartas poseia una de esas almas predilectas á quienes Dios ama. Ofrece un noble y hermoso espectáculo en medio de una córte que tan pronto debia ser barrida como y vil polvo; tenia dentro de sí secretos de amor de piedad, sentimientos humanos que tenian al cielo por confidente y que el mundo siempre ignoró; sus miradas, despues de haber vagado por el cielo, podian, sin mancharse, con alguna calma y hasta con cierta felicidad posarse en la tierra; y sufacultad de amar, tan irreprochable bajo todos aspectos, pudo descender por un momento á otra alma que la comprendió como merecia serlo. He descubierto, pues, uno de esos secretos de amor puro, de inefables sentimientos que honran y consuelan á la humanidad.

Un motivo más imperioso exigia la publicacion de estas cartas; en 1790 apareció una novela grosera y obscena titulada: *Los amores y las desgracias de Luisa*, y era preciso poner en claro la virtud de Mlle. de Condé, salvando así el honor de la princesa, que un libelista habia tratado de manchar; y á quien por las personas que rodeaban á Luisa Adelaida podia dársele algun crédito porque podria hacerse este razonamiento: viviendo entre gentes de costumbres ligeras, Mlle. de Condé no habria tal vez podido librarse de su influencia y huir de seguir su ejemplo. Por eso publicó la Gervaisais una segunda edicion de estas cartas, seguidas de cuatro folletos, bajo los siguientes títulos:

1.° *Sobre la publicacion de las cartas escritas en 1786 y 1787.*

2.° *A Felipe* (es decir á Luis Felipe).

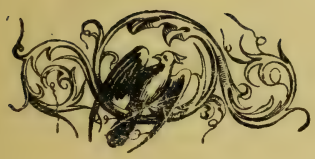
3.° *Un alma de Borbon.*

4.° *Artículos de periódicos referentes á estas cartas.*

La tercera edicion (la de M. Viollet) es superior á las dos primeras; y á la vez más correcta y más completa; no contiene las faltas de detalle que se encuentran en la de Ballanche, y aparecen en ella los pasajes suprimidos por la Gervaisais. El ilustrado é ingenioso editor ha unido á la obra el retrato de la

princesa y de su amigo, y no podriamos elogiar demasiado la introduccion que precede á estas cartas: es sólida y brillante; los detalles son abundantes y el estilo está lleno de gracejo y de viveza (1).

A. CHUQUET.



(1) Me permito llamar la atencion de M. Viollet sobre un pasaje de una novela de Balzac, el *Baile de Sceaux*, en que se trata de Luisa Adelaida. Te declaro, dice Emilia de Fontaine, á su padre, que iré más bien á morir al convento de Mlle. de Condé, ántes que ser esposa de un par de Francia. (*Nota del articulista.*)

LAS CIENCIAS EN 1879.

(SEGUNDO TRIMESTRE.)

Mostraba su admiracion el ilustre astrónomo Faye, el 23 de Junio último, en el seno de la Academia de Ciencias de París, al contemplar las magníficas fotografías, los clichés negativos del espectro solar, que enviados por el insigne Henry Draper, y presentados por el estudioso é incansable Cornu, vienen á demostrar, con indestructible testimonio, la existencia del oxígeno en la *fotósfera* del astro centro de nuestro sistema planetario, y á las justas frases de elogio que el sábio físico hizo del mérito del descubrimiento, y del de su autor, se unieron, en aquella docta asamblea, la unánime aprobacion de sus distinguidos miembros, y fuera de ella, do quier que hay hombres entusiastas de los progresos de la ciencia, la más viva y legítima curiosidad.

Los nuevos trabajos de Draper han puesto como de moda en estos dias el recuerdo de los curiosísimos estudios prácticos que se vienen haciendo en el análisis de la constitucion físico-química del sol. El astrónomo americano, que se ha dedicado con especial empeño á la obtencion de fotografías

espectroscópicas solares, halló el oxígeno en la cromósfera hace ya más de dos años, continuando las difíciles experiencias á que dió principio en 1873; y al afirmar la existencia de ese gas en la fotoesfera, desvanece por completo cuantas dudas y negaciones se han presentado hasta hace poco, respecto á su existencia en el gran foco de actividad que anima y sostiene todas las fuerzas físicas de la pequeña porcion del universo que él alumbra, y á que pertenecemos.

De progreso en progreso, la ciencia ha podido ir mirando al sol cara á cara, y enterándose de la naturaleza de su composicion que resulta conforme con la que la razon ha indicado que debe tener. Su esplendorosa magestad, que ciega los ojos y hace bajar la vista al hombre que se atreve á alzarse hasta el cielo, sólo con los sentidos ha quedado vencida y sujeta, cuando á las miradas ha servido de guía la inteligencia, la cual no sólo mide su volúmen y su peso, calcula sus movimientos y deduce su influencia sobre los demás astros, sino que dibuja y graba su forma y detalles, y penetrando en su masa estudia y analiza su constitucion.

El sol, ha dicho la razon, es un conjunto de materia idéntica á la que constituye la tierra, igual á la de los demás planetas y satélites, é igual, de seguro, á la que forma las estrellas. Su estado presente es de combustion total con cuantos caractéres de combinacion química y de disociacion son propios del grado máximo del movimiento molecular, que origina la electricidad, el calor y la luz. Idénticos fenómenos que los que se observan en un laboratorio, en una combustion cualquiera de cuerpos heterogéneos, deben observarse en el astro encendido, é iguales explicaciones bastarán para darse cuenta de la combustion más sencilla, que de la del foco radiante y vivificador de nuestro mundo planetario.

Y la ciencia viene poco á poco rindiendo sus grandes descubrimientos á la razon, que no ha constituido su caudal de sabiduría al través del tiempo, sino sostenida por la observacion de la naturaleza y por las experiencias de la ciencia misma.

Satisfactoria y sorprendente ha sido la série de descubrimientos analíticos del sol en estos últimos veinte años. ¿Quién

no la recuerda? A las olvidadas hipótesis de Anaxágoras y Perides sobre la combustion solar, á las inexplicables teorías de la Edad Media, á las racionales presunciones de Kepler, á los descubrimientos de Fabricius, Galileo y Scheiner relativos á las manchas oscuras y á las fáculas brillantes del sol, á los detenidos estudios de W. Herschell, de Howlet y de Carrington, han sucedido los estudios experimentales en grande escala de los grandes astrónomos contemporáneos; y á las ideas de Galileo y Kevelius, de que las manchas fuesen humos ó nubes flotantes en la materia fluida y luminosa que rodeaba al cuerpo oscuro del sol; á las de los que las suponian materias lanzadas por los volcanes solares, á las de los partidarios de que eran cuerpos sólidos en suspension en la masa entera fluida del astro, á las de los que consideraban ya las manchas siempre fijas ó ya movibles, sucedieron las de Kirchoff y Bunsen por un lado, las de Wilson y Herschell por otro y las de Faye y Stoney por fin. Los primeros vuelven á la antigua teoría de Galileo, suponen al sol formado por una masa sólida ó líquida incandescente en cuya luminosa superficie flotan las nubes ó manchas; los segundos suponen en el centro del astro un núcleo oscuro rodeado de una masa gaseosa, sobre la que se extiende otra especie de segunda atmósfera de luz, la fotoesfera; las erupciones de gases incandescentes rompen en determinados puntos ambas capas superpuestas, y originan las aberturas, cuyo fondo oscuro central constituye las manchas, y cuyas llamaradas encendidas vistas de frente sobre la superficie solar forman las fáculas, y vistas sobre los bordes constituyen las protuberancias. Faye admite la explicacion de estas erupciones como causa de las manchas, pero no el núcleo frio y oscuro del centro, cree que toda la masa solar es de naturaleza gaseosa, á una temperatura extrema de incandescencia, y que existen en ellas las corrientes continuas que la diferencia de temperatura y de densidad origina, y que son propias de semejante estado.

Para llegar al predominio de esta última hipótesis y al abandono definitivo de las anteriores, la ciencia ha hecho prodigios en la aplicacion de los aparatos espectroscópicos y fotográficos. Una vez convencidos los sábios de la trascendental

importancia de la observacion de los eclipses totales de sol, todo su empeño se fijó en el perfeccionamiento de los aparatos ópticos ordinarios. En el de 1842 se estudiaron por primera vez, con algun cuidado, las protuberancias ó llamas rojas, que se ven sobre los discos superpuestos del sol y de la luna en el momento de la totalidad del eclipse, y que al parecer emanan de los bordes de nuestro satélite. En el de 1851, observado en Noruega, se les vió completamente separado del disco de la luna. Arago suponia entónces que eran nubes oscuras, ó poco iluminadas, flotantes sobre la fotoesfera solar. Hasta 1860, si bien no hubo ocasion de observar ningun otro eclipse, realizáronse grandes progresos en la construccion de los instrumentos aplicables á la física del sol. Las prácticas fotográfico-meteorológicas del observatorio de Greenwich, instaladas tambien en el de Kew, para registrar gráficamente, por medio del fotoelectrógrafo de Ronald las indicaciones relativas á los fenómenos atmosféricos, se ampliaron bien pronto, abriendo el campo de la fotometría-fotográfica y de la fotografía de los astros, que debian dar grande avance á estos estudios. En la reproduccion fotográfica de los planetas de las estrellas y de los cometas, en la de la luna, y en la del sol, sobre todo, se han distinguido los eminentes astrónomos Warren de la Rue, el P. Secchi, Bond, Crookes, Hodgson, Foucault, Aivy, Schmidt, de Atenas, Rutherford, Nasmyth y Janssen. Respecto al sol, el sábio astrónomo de Kew, Warren de la Rue, y el de Meudon en París, Mr. Janssen han creado con la fotografía una nueva ciencia, digna compañera de la óptica telescópica, á la que tantos descubrimientos se deben. Desde hace más de veinte años se fotografía constantemente el sol, de dos en dos horas en el observatorio de Kew, y desde más reciente fecha en los de París, Roma, Nueva-York, Wilna y otros puntos. Los fotoheliógrafos, armados ecuatorialmente, reciben la luz del astro en un espejo que la proyecta en el objetivo del aparato. Este, que como instrumento de observacion es de los más ingeniosos, exactos y admirables que la ciencia posee, tiene dos partes principales, la armadura y el anteojo fotográfico. Provista la primera de un delicado aparato de relojería, mueve el conjunto con toda regularidad y con escaso roza-

miento, y lleva todo el mecanismo necesario para la colocacion horaria, para la apreciacion de las coordenadas, y para la lectura microscópica de las cifras. El anteojo, colocado sobre la anterior, tiene un objetivo acromático de tres pulgadas inglesas de diámetro y cuatro piés de distancia focal; en el punto donde se forma la imágen hay un obturador instantáneo de ingeniosa disposicion y un ocular de amplificacion al través del cual pasa la luz que va á impresionar la placa colodionada, puesta en la cámara oscura en que el anteojo termina. El tiempo de exposicion á la luz es brevísimo. Mr. Janssen en sus estudios ha modificado este aparato, disponiéndolo de modo que en breves instantes puedan obtenerse muchas reproducciones de los fenómenos solares. Desde que en 1851 se empezaron á obtener fotografías directas del sol, se comprendió que este nuevo procedimiento debia prestar grandes servicios á la astronomía; así es que, construido el fotoheliógrafo de Kew, bajo cuya norma se fueron fabricando los demás, se esperó al primer eclipse total para hacer los estudios de más trascendencia, que en el período de 1858 á 60 preocupaban á los sábios. Referíanse á las llamaradas rojas (*red flames*), que en el momento de un eclipse total se observaban sobre los bordes superpuestos de ambos astros, y á lo que, como es sabido, venia llamándose protuberancias. Tratábase de saber si pertenecian al sol ó á la luna, y cuál era su naturaleza. Propicia ocasion se presentó para ello con el eclipse total del 18 de Julio de 1860, visible en España en una ancha zona, cuyo eje seguia la direccion del rio Ebro. La campaña científica hecha con aquel motivo fué de primer órden, y las discusiones que despues se entablaron, no se olvidarán con facilidad en la historia de la astronomía. Estableciéronse los observadores del modo siguiente: Mr. E. S. Lowe en Fuente del Mar, provincia de Santander; A. d'Abbadie, Petit de Tolouse, Prazmowski de Varsovia y Lespiault de Burdeos, en Briviesca; Warren de la Rue de Kew, Clark, Bek, Airy, Beckley, Downes y Reynolds, en Rivabellosa de Alava; Moedler de Dorpat, Weyer de Kiel, Goldschmidt de París, Thiele, D'Arrest y Van Renneyampff en Vitoria; Leverrier, Foucault, Ismael Effendi, Tissot y Novella en Tarazona; Chacornac, Villarceau,

Brechns de Leipzig y Ch. Packe en el Moncayo; y el P. Secchi, Sr. Aguilar, del observatorio de Madrid, Greifswald baron Von Feilitzsch y Plantamour de Ginebra, en la provincia de Castellon. Todos ellos vieron, estudiaron y determinaron las brillantes protuberancias de aquel dia, insistiendo en sus afirmaciones los que hasta entónces habian dicho que eran simples fenómenos de difraccion óptica, y sosteniendo las suyas con más y más entusiasmo y razones que hasta aquel momento, los que decian que eran dardos de gas inflamado, procedentes del sol. Sin embargo, bien discutido este punto, triunfó al fin la segunda explicacion, contribuyendo poderosamente á ello las observaciones hechas en Rivabellosa de Alava por Warrem de la Rue con su magnífico fotoheliógrafo del observatorio de Kew. Obtuvo este astrónomo dos pruebas durante el eclipse con siete grupos de protuberancias, y plenamente convencido de su procedencia, trasmitió aquel dia desde la estacion de Miranda á París y Lóndres, el siguiente telégrama: «Exito completo. He obtenido dos fotografías de las protuberancias rojas que demuestran que pertenecen al sol, y otras muchas de diversas fases del fenómeno.» Idéntica seguridad dedujo de sus observaciones del Moncayo, Mr. Villarceau, que habia operado con el telescopio Foucault, y que como los de Rivabellosa, halló que la medida de las posiciones angulares de las protuberancias hacian entender que éstas eran movibles sobre el borde oscuro de la luna, y que por consiguiente pertenecian al sol. A esta prueba se añadió otra de gran fuerza. De las observaciones del P. Secchi y el Sr. Aguilar en el desierto de las Palmas, colocados como se vé, al Sur, y en el extremo opuesto del eje de observacion de los de Rivabellosa, que ocupaban casi el extremo Norte de la línea española, se dedujo que mientras aquéllos veian por ejemplo una protuberancia situada al Norte del sol, de muy poca altura, éstos la veian muy extensa, consecuencia natural de cómo debieran verse las protuberancias, si éstas pertenecen al sol, dadas las respectivas posiciones de los observadores. A estas pruebas se añadieron otras muy atendibles, y por más que quedó casi admitida por los astrónomos la explicacion de Warren y de Secchi, aún insistieron algunos como Faye, Plantamour, Von

Feilitzch, d'Abbadie y otros, en sostener la explicacion contraria. Y respecto á la naturaleza de las protuberancias, ¿qué aprendió la ciencia? Nada en 1860. Pero en el trascurso de los años que se sucedieron hasta el 1868 los descubrimientos hechos en esta cuestion fueron muy importantes. Los estudios espectroscópicos de Kirchoff, Bunsen y Foucault, por los cuales se habia venido en conocimiento de la existencia de la atmósfera solar, permitian suponer que fuese gaseosa la naturaleza de las protuberancias, y por los mismos caracteres que en el espectro presentaran éstas, debia deducirse si eran realmente llamas incandescentes, que dan rayas brillantes determinadas, ó nubes alumbradas por la luz del sol, que darian naturalmente las rayas oscuras de Frauenhofer. Tan importante asunto, no ménos trascendental que el estudiado en el eclipses de 1860, debia ser resuelto por las observaciones del 18 de Agosto de 1868. Extendíase la línea central de su sombra desde el mar Rojo á la Nueva Guinea, pasando por la parte meridional de la Arabia, India inglesa, Malaca, Sur de Cochinchina, é islas de Borneo y Célebes, á lo largo de cuya zona se instalaron los astrónomos europeos, situándose los austriacos y alemanes con los Sres. Weiss y Vogel en Aden, los ingleses en la India en Guntoor y en Samkhandi con el mayor Tennant, el marino Herschell y el sábio astrónomo francés Janssen; y los franceses con los Sres. Rayet, Stephan y Tisserand en Wah-Tone (Malaca). En Aden los trabajos dieron escasos resultados, por el mal estado del cielo; en la India Herschell observó en el espectro oscuro tres rayas brillantes (roja, anaranjada y azul); Tennant con el anteojo y espectróscopo de Huygins observó cinco; Janssen, que venia estudiando esta cuestion desde hacia largo tiempo, observó cinco ó seis, y Rayet nueve; cuyas diferencias se debieron, sin duda, á las de la duracion respectiva de la oscuridad total en las diversas estaciones y á las condiciones de los aparatos empleados. Unánimes los observadores al dar cuenta de sus trabajos, convinieron, y con ellos el mundo científico, en que: la naturaleza de las protuberancias solares es gaseosa; en que es igual en todas ellas, y en que el gas que las constituye, en su mayor parte, es el hidrógeno.

A tan extraordinarios descubrimientos sucedieron curiosísimas observaciones; Janssen y Lockyer se propusieron estudiar las protuberancias diariamente, sin necesidad de esperar á los raros y siempre lejanos momentos de los eclipses. Lockyer perseguia este propósito desde 1866, segun algunos pasajes, que se leen en una Memoria suya, acerca de la constitucion del sol, publicada en los *Proceedings of the Royal Society*, y en los cuales hace constar su esperanza de que el estudio espectroscópico detallado y constante de la superficie solar, de la absorcion de ciertas rayas en las manchas y del grado de intensidad de las rayas oscuras observadas, podria hacer posible el análisis de la materia incandescente en los períodos ordinarios de la radiacion solar. Sin embargo, el ilustre astrónomo inglés no pudo, durante dos años de trabajos, ver realizadas sus esperanzas. Observado el eclipse de 1868 y hechas públicas las rayas que caracterizaban á las protuberancias, Lockyer logró verlas, en pleno dia, sobre la superficie del astro.

Janssen por su parte, admirado, durante sus observaciones de Guntoor, de la gran intensidad que ofrecian las rayas brillantes del espectro de las protuberancias, imaginó que tal vez podrian estudiarse en un dia cualquiera. Discurrió durante la noche, del mismo dia del eclipse, su plan y procedimiento de observacion, y al siguiente, 19 de Agosto, pudo observar, en efecto, las rayas brillantes *C* y *F*, rojo y azul del espectro del hidrógeno, que coincidian exactamente con las oscuras respectivas en los dos espectros vistos al través de la hendidura del espectroscopio, que abarcaba una porcion del disco y borde del astro y tambien la protuberancia. El sabio Janssen dejó sentado desde aquel dia: Que las protuberancias pertenecen á la regiones circunsolares, que están formadas de hidrógeno incandescente en toda ó en la mayor parte de su masa y que forman conjuntos variables en posicion y forma, de materia encendida, cuyo volúmen es de muchos cientos de veces mayor que el de la tierra.

A los estudios de ambos físicos siguieron los de el P. Secchi y los de otros observadores, que confirmaron y ampliaron los trabajos referidos, y con los cuales quedó plenamente de-

mostrada la existencia al rededor del disco solar de una atmósfera incandescente, la cromósfera, y de la correspondencia natural que hay entre las fáculas y las protuberancias, que no son más que un solo y mismo fenómeno, visto de frente sobre la superficie solar en aquéllas, y de perfil en los bordes en éstas, y en cuyo centro y parte inferior interna de las primeras, se destaca el núcleo oscuro de las manchas.

Loekyer anunciaba bien pronto que habia logrado descubrir hasta once rayas brillantes en la atmósfera solar, y entre ellas las que caracterizan al magnesio, al hierro y al eálcio. Púsose en moda entre los astrónomos la observacion de la forma de las protuberancias, en cuya tarea se distinguió sobre todos, inventando un procedimiento especial para la observacion, el sábio catedrático de astronomía deBerlin, Zoellner, á quien debemos multitud de dibujos muy curiosos é interesantes. Volvió Janssen á estudiar otro eclipse de sol, el del 12 de Diciembre de 1871, en Sholoor, sobre las montañas de los Ghates, en el Malabar. A las grandes soluciones obtenidas en 1860 y 1868 queria añadir, el ilustre astrónomo, la del conocimiento de la naturaleza de la *corona* ó aureola del sol, para lo cual habia hecho construir un telescopio de especiales condiciones, y cuyo uso sólo era posible para hombres tan hábiles y experimentados como él. Janssen dejó entónces plenamente demostrado: Que al rededor de la cromósfera, y sobre ella, se extiende una capa de hidrógeno, principalmente, muy enrarecida, encendida, con luz propia, de desigual intensidad luminosa, que refleja parte de la luz solar, que es lo que constituye la *corona* del astro. Que tiene existencia real y que no es, como algunos habian creido, un simple efecto de difraccion óptica ó de reflexion sobre la superficie lunar, ó de iluminacion de la atmósfera terrestre. Que ocupa una extension enorme, con muy poca densidad en su masa, al través de la cual bien pueden pasar los cometas, cuyos movimientos se han observado en contacto casi con la cromósfera del astro.

Así, en el corto trayecto de algunos años, se han ido sucediendo las magníficas conquistas de la astronomía, respecto al conocimiento de la naturaleza física del sol. Los sábios italianos, que siempre se han distinguido en estos estudios,

fundaron en 1871 la *Societa dei Spetros copisti italiani*, bajo el apoyo y la direccion de los eminentes P. Secchi, Respighi, Tachini, Lorenzoni y de Gasparis, instalando, desde el primer dia de los trabajos, cinco observatorios, con objeto de dibujar y seguir, de minuto en minuto, las fases de las protuberancias y fáculas; de copiar diariamente los detalles de la fotósfera; de hacer el análisis detallado de la cromósfera y de clasificar metódicamente los elementos químicos que aparecen en ella. De este modo, centralizados y reunidos los estudios de multitud de observadores, dan, de seguro, resultados mucho más fecundos y sérios que los que, particularmente, se venian haciendo sin relacion alguna y sin plan fijo, y de cuyo conjunto habia que descartar, con frecuencia, numerosas deducciones de escaso interés. El P. Secchi, por su parte, continuó estudiando la superficie solar con admirable perseverancia, y de sus trabajos de 1872, relativos á las grandes erupciones del astro, dedujo importantes afirmaciones acerca de su naturaleza, acerca de los períodos distintos de formacion y disolucion de las manchas y de su duracion y aspecto Tacchini, desde Palermo, hacia tambien, por ese tiempo, el descubrimiento del magnesio en la atmósfera del sol, y mientras que H. Draper anunciaba más tarde que habia encontrado el oxígeno en la cromósfera, Lockyer iba, poco á poco, elevando, hasta treinta y ocho, el número de los cuerpos simples que, con el espectroscopio, distinguia en ella.

La astronomía física, aunque estudio de reciente fecha, tenia ya una historia gloriosa. Unánimes los más entusiastas astrónomos de todas las naciones, se dedicaron á ella. Janssen y Cornu en Francia, Warren de la Rue y Locuyer en Inglaterra, los astrónomos italianos ya citados en Roma, Padua, Nápoles y Palermo, Ventosa en Madrid, Joas Capello en Lisboa, Zoellner en Berlin, Draper en New-York, Schmitd en Atenas, Liais en Rio Janeiro y otros muchos, muy distinguidos, dedicaron sus conocimientos y su atencion toda al estudio diario del sol, siguiéndole en sus variadas fases, reflejando y grabando su aspecto horario con los aparatos fotográficos, y escudriñando su química constitucion con el prisma maravilloso.

Desde hace seis ú ocho años ¡cuán vasto no es el catálogo de las tablas, dibujos, hipótesis y discursos y descubrimientos con que la astronomía se ha enriquecido! Cuando en Italia se fundó la asociacion de espectroscopistas, proponia en París Mr. Faye la creacion de un observatorio fotográfico, espectroscópico y químico, destinado en especial á la física solar. «Este laboratorio, decia el sábio académico, podia además servir para otras observaciones; Mr. Janssen nos ha enseñado en su magnífico trabajo sobre las rayas telúricas del espectro, un camino nuevo para avanzar en el estudio de nuestra propia atmósfera, porque estas rayas darian indicaciones interesantes, que los aparatos metereológicos no pueden dar, acerca de nuestro estado higrométrico en general.» Janssen debia, en efecto, porque de derecho le correspondia, crear ese nuevo centro de operaciones científicas, y lo creó, alejándose del movimiento de París y escogiendo para instalarlo las ruinas del famoso castillo palacio de Meudon. En aquel pintoresco sitio de las cercanías de la gran capital, donde el Delfin alzó su chateau de recreo, cuyos régios jardines trazó Le Nôtre, cuyas esculturas hizo Mansart, cuyas maravillas aumentó Napoleon y cuyas bellezas destrozaron las bombas prusianas en 1870, allí se ha refugiado la ciencia. Iniciado el pensamiento, fué inmediatamente aprobado por las Cámaras francesas. La reedificacion del palacio para mansion de lujo cortesano costaria doce millones de reales, y para templo de la ciencia quince mil duros solamente. Con ellos se habilitó el edificio, se arreglaron y decoraron las salas de conferencias, gabinetes de observacion, de cálculo, biblioteca y dependencias. Sobre las hermosas terrazas y en el parque se instalaron los aparatos de observacion. Léjos del gas, del polvo y de las trepidaciones del suelo de París, Meudon tiene todas las condiciones necesarias para estudiar la física de los astros. Era lástima grande que habiendo sido Janssen el autor del procedimiento para la observacion espectroscópica diaria del sol, las desgracias de la Francia no hubieran permitido que pudiera utilizar su descubrimiento y continuar sus estudios con el éxito grandioso con que sus iniciadores lo hacen en las grandes naciones. Así es que, cuando Mr. Faye se convirtió en apóstol de estos gran-

des trabajos, unánimes los sábios, el gobierno y el pueblo francés concedieron á Janssen todo cuanto necesitaba. Meudon, ántes delicioso retiro de los reyes, se convirtió en asilo del más grande de todos los poderes, el de las ciencias. Janssen escogió aquel sitio en 1874, instalándose en él con su coleccion completa de magníficos aparatos. Sus trabajos más especiales se dedican á la fotografía del sol; ampliando considerablemente cuanto ántes se conocia respecto á su superficie, y pasando del estudio de las manchas y fáculas al de las *granulaciones*.

Para obtener la reproduccion de esos delicadísimos detalles de la superficie del astro, Janssen ha cambiado, por completo, los procedimientos del arte, ya que las variaciones consiguientes de la intensidad luminosa, que la superficie solar emite, se suceden con extraordinaria rapidez y alteran en las placas fotográficas el verdadero tono y brillo con que las granulaciones deban aparecer, cuando las impresionan, con su verdadera luz. La dificultad de emplear la única luz y el único tiempo necesario para la obtencion de las admirables reproducciones de una zona cualquiera de la superficie del sol, ha sido vencida por el gran físico de Meudon con el éxito feliz con que ha sabido realizar todas sus grandes conquistas astronómicas. Sus ventajas de método, como él dice, están basadas en la combinacion de la exigua duracion del tiempo de exposicion á la luz con la ampliacion de las imágenes. El tiempo que se emplea en la operacion esencial es de $^1/_{3000}$ de segundo, y las dimensiones de las imágenes obtenidas alcanzan á 30 y 50 centímetros. Las fotografías solares de Janssen tienen, sobre las anteriores de Warren de la Rue y otros, una importancia radical. El adelanto es de alta trascendencia. En ellas, en la constitucion de la capa fotosférica, aparece la superficie cubierta de una granulacion generai. Los gránulos no ofrecen la forma de ramos, hojas ni penachos irregulares, sino la esférica en variedad de tamaños, en múltiples agrupaciones, en curvas derivadas de ella, más ó ménos variadas, pero siempre esféricas. En los granos pequeños la esfericidad aparece perfecta, en los grandes, más ó ménos alterados, se adivina su orígen. ¿Qué son las granulaciones? Una

prueba más de la actividad de la combustion solar, una demostracion evidente del movimiento ascendente y descendente de la materia, que hierve, por decirlo así, en la capa exterior de la fotoesfera. Si nos colocamos sobre un foco de combustion, del que se desprendan grandes cantidades de vapores, de modo que podamos dominar el espacio donde éstos forman las agrupadas superficies esféricas de su desarrollo, comprenderemos que el desequilibrio natural que la diferencia de temperatura produce, origina la aparicion, multiplicacion, desaparicion y movimiento constante de esa especie de superficie de materia conglomerada, de la que se escapa sin cesar el vapor desatado para ir á ocupar más ámplio espacio, para condensarse despues y volver á caer en el foco originario; y así como ordinariamente entendemos y podemos repetir este fenómeno, que nada tiene de extraordinario, podemos entender cómo, dado el estado de combustion del sol, surjan, desde su núcleo sólido, líquido ó gaseoso, esas corrientes constantes hácia su superficie, formen en ellas la *red fotosférica* de las granulaciones, se lancen, cuando sean más potentes, á constituir las fáculas y las protuberancias y se extiendan despues enrarecidas, pero en combustion siempre, á formar la esplendorosa corona que le rodea. Como las granulaciones no ocupan el mismo nivel general, sino que aparecen, cual es necesario, á diversa altura, resulta que las más elevadas brillan muchísimo, las intermedias ménos y las profundas, ó los espacios que entre ellas quedan, apenas radian luz. De aquí el que, en las pruebas obtenidas por Janssen, se vea el conjunto constituido por un número incontable de gránulos brillantes, entre los que se nota una série de puntos oscuros innumerables tambien, que no parecen emitir luz. En este estudio tan interesante está basada la debatida cuestion del mayor ó menor poder luminoso del sol. No alumbra en él toda la superficie ni mucho ménos, porque constantemente están haciendo variar su brillo las manchas en particular, y los espacios oscuros de las granulaciones en general; en tales términos, que si fuera igualmente luminoso todo el círculo del astro, recibiriamos, de quince á veinte veces, más luz que la que recibimos.

En la gloriosa campaña científica, que los anteojos, la cámara oscura fotográfica y el espectroscopio sostienen en estos momentos pidiendo cuenta al sol de sus grandes secretos, registran las publicaciones descubrimientos de tanta trascendencia como los de Janssen, y tan extraordinarios, por ejemplo, como los de Draper y Cornu. Este último, estudiando el orígen de las rayas oscuras en la parte ultravioleta del espectro, dice que la atmósfera solar tiene los mismos elementos que resultarian de la volatilizacion de un aereolito de los más complejos; opinion cimentada por los descubrimientos de Lockyer; y H. Draper por su parte, descubre el oxígeno en la cromósfera en 1877 y emite, con este motivo, su nueva teoría acerca del espectro solar, diciendo que: puesto que el oxígeno no dá rayas oscuras como los metales, ante el espectro continuo del sol, éste debe tener rayas brillantes propias, y bandas superpuestas sobre la extension del espectro continuo. Con esta hipótesis queda abierto el camino para el descubrimiento de los cuerpos no metálicos, que en el sol existan, y con ella se puede explicar tambien, cómo ciertas rayas del espectro solar, llamadas oscuras, pueden ser consideradas como intérvalos entre las rayas brillantes. Así se propuso Draper demostrarlo con una negativa fotográfica solar, comparada con otra dada por las rayas espectrales del aire y en las que coincidian las rayas brillantes de aquélla con las del oxígeno. Nada más curioso que este doble espectro comparativo: En él se ven, en la region G, *h* H, del violeta, y en el espacio comprendido entre las rayas 3943 y 4340 de las longitudes de las ondas, la coincidencia admirable de las rayas brillantes del oxígeno, con las brillantes del sol en las líneas 4345 á 4350, así como las de la porcion 4069, 4072 y 4076. Dificilísimas son las experiencias con que Draper consigue estos resultados en los que la incandescencia del oxígeno se produce por medio de una corriente eléctrica obtenida, y con la máquina Gramme y una gran bobina Rhumkorff, que dá 1000 chispas de 10 pulgadas por minuto.

A los nuevos trabajos relativos á tan importante cuestion científica son á los que nos referiamos al empezar esta crónica, y que como queda dicho, consisten en el envio de varios

clichés negativos á la Academia de Ciencias de París, por H. Draper, con los que se demuestra la existencia del oxígeno en la fotoesfera del sol. «Todo nos induce á creer—ha dicho Mr. Faye, al examinarlos—que la constitucion de la fotoesfera y su maravillosa alimentacion son debidas á los fenómenos alternativos de combinaciones y disociaciones químicas que se desarrollan á temperaturas diversas, distribuidas en el seno de la masa solar, bajo la influencia del movimiento de las corrientes ascendentes y descendentes.»

Determinados ya en el sol un considerable número de metales y vista la existencia del oxígeno, volvemos sobre nuestra afirmacion, de que su masa tiene igual composicion que la de la tierra y los demás planetas, soles hoy apagados, debiéndose esperar que de dia en dia, los trabajos de Draper, Cornu y Lockyer, han de ir descubriendo la presencia de los que faltan, para que la aseveracion resulte confirmada. Cuanto más se avance en el estudio de las partes ultravioleta é infra roja del espectro, cuando tal vez la ciencia, que tanto puede, llegue á penetrar con sus investigaciones más allá de la raya *U* del espectro oscuro, que la fotografía aclara, y donde deben existir las rayas brillantes de muchos metales vaporizados, que hoy es casi imposible llegar á apreciar, cuando se haya podido prescindir, otra esperanza maravillosa, de gran parte de las densas capas atmosféricas que nos rodean y que absorben y matan la visibilidad de muchas rayas brillantes, la composicion de todos los astros resultaria idéntica.

Idénticas son tambien la naturaleza y fases de las combustiones solar y estelar de las que la tierra debió ofrecer un dia y á las que presenta, en ese estado, una masa cualquiera de materia heterogénea. Así es que, admitidos el núcleo líquido ó gaseoso del astro, su poca densidad general, las corrientes, las descomposiciones y disociaciones químicas que el calor produce y los fenómenos electro-magnéticos consiguientes, en cada una de las fases de esta combustion inmensa, se comprenden perfectamente: las granulaciones, manchas, fáculas y protuberancias, la forma y diversidad de tono luminoso de la fotosfera, las erupciones en la cromósfera y el ámplio desarrollo de la corona solar. Y así como sin cesar de elevan desde la su-

perficie de la tierra y de los mares cantidades enormes de vapor de agua, que se dilatan y esparcen en la atmósfera, que se condensan luego en gran parte y que caen, contribuyendo á sostener la vida física de nuestro planeta, sin que á nadie se le ocurra preguntar, mientras esos fenómenos se verifiquen, cuándo cesará la vida del globo terrestre, así en el sol, elevándose volatilizados desde su luminosa y ardiente superficie en grandes llamaradas, en forma de brillantes protuberancias, todos los cuerpos que constituyen su masa, se esparcen y dilatan encendidos en el ámplio espacio del cielo que le rodea, enfríanse y condénsanse despues de haber emitido su energía, su electricidad, su calor y su luz á todos los planetas del sistema, y vuelven á caer al ardiente foco para alimentar y sostener la vida de su combustion, que no se aminorará ni terminará hasta el momento, incalculable por ahora, en que sus movimientos de rotacion y de traslacion no se disminuyan y cesen.

Los trabajos que los físicos citados continúan en estos dias acerca de su composicion y forma, contribuirán, no poco, á la fundacion definitiva de una utilísima ciencia que, desde hace algunos años, pugna por nacer, y que hoy está en un período notable de progresiva gestacion: la meteorología. La vida del astro parece reflejarse toda en los fenómenos de nuestra atmósfera y al compás con que aumentan ó disminuyen en la superficie de aquél la intensidad luminosa y calorífica, el número de manchas, la violencia de sus erupciones y la tension consiguiente de su potencia electromagnética, así es más ó ménos abundante en la envoltura terrestre el movimiento de la evaporacion, que dá carácter á los años secos ó húmedos, y la marcha de los vientos y de las tempestades, y el efecto, siempre decisivo de las irradiaciones, y, como es natural, las condiciones en que la vida animal y vegetal se desarrolla. Véase nuestro año húmedo en demasía, sin primavera regular, sin verdadero verano, y véanse las observaciones de los físicos de Meudon, Palermo y Roma, que anotan en este período una disminucion extraordinaria en el número de manchas, en el de las protuberancias, y, por consiguiente, en la actividad de la combustion solar. Cada dia se descubren

nuevos datos en apoyo de esta correlacion de los fenómenos, que vienen á ampliar las curiosas deducciones hechas en ese mismo sentido por Buys-Ballot, Nervander, Hornstein de Broun y Gruss de Praga, los cuales han sabido deducir, por ejemplo, el período de revolucion del sol, de las variaciones barométricas, magnéticas, térmicas y de la marcha de los vientos, estudiadas y comparadas en sus respectivos observatorios. Mientras la física solar avanza tanto, mientras las hipótesis de Faye y de Stoney, respecto á su naturaleza, se acreditan más y más para unos, al paso que son por otros rudamente combatidas, no se detienen un sólo momento tampoco las grandes investigaciones relativas al estudio de los elementos astronómicos del sol. Reunida hace pocas semanas, á fines de Abril, la Academia nacional de Ciencias de los Estados-Unidos, aprobó por unanimidad una proposicion del catedrático Newcomb, relativa á la determinacion que puede hacerse de la distancia de la tierra al sol por medio de la velocidad de la luz. El dictámen de la comision encargada de examinar este pensamiento, fué enteramente favorable, fijándose en 5.000 duros la cantidad necesaria para la construccion de los aparatos de observacion, que serán abonados de los fondos del ministerio de Marina, en cuanto el Congreso apruebe el proyecto de ley, que al efecto se ha presentado. Para las ciencias, más que para todo, tiene un poder incomparable el *go ahead* famoso de los norte-americanos.

*
* *

En la abreviada, pero metódica reseña trimestral de los progresos de las ciencias, deben figurar, respecto al que nos ocupa, los siguientes:

Astronomía.—Las observaciones del cometa II Tempel, en los dias 24 y 25 de Mayo, hechas por Cruls, en el observatorio de Rio Janeiro, trasmitidas telegráficamente á París por el sábio monarca D. Pedro de Alcántara, ampliadas por la lec-

tura, en la Academia de Ciencias, de las mismas observaciones del astrónomo Tempel, verificadas en Florencia en los dias 1, 13 y 17 del mismo mes. El cometa es muy pequeño y muy poco luminoso, por lo cual es difícil su observacion, aunque parece haber aumentado bastante el brillo de su núcleo central.

El descubrimiento de un nuevo cometa por Mr. Swift en Rochester, el 17 de Junio, observado tambien desde Marsella en los dias 29 y 30, cuyo astro aparece como una nebulosa pequeña, redondeada, poco brillante en su diminuto núcleo, y cuya cola se supone es tendida en forma de abanico.

La construccion y empleo de los nuevos telescopios catadriópticos de los Sres. P. P. Henry, provistos de una lente bicóncava en la entrada del tubo, que impide la concentracion de aire de desigual densidad, y ve la del ambiente, en el interior del aparato, y que no deja caer sobre la superficie del espejo del fondo sustancias que la empañen.

La publicacion de una detenida y notable Memoria, sobre la igualdad de los movimientos de rotacion y de revolucion de los satélites del sistema solar por Mr. Lamey.

Física.—Constitucion molecular: Los trabajos de Mr. Raoul Picket sobre el estudio de la constitucion molecular de los cuerpos, determinada por medio de su coeficiente de dilatacion, de su calor específico y de su peso atómico, anunciando como consecuencia de sus investigaciones esta ley: el producto de las longitudes de oscilacion molecular por la temperatura de fusion, es constante en todos los cuerpos sólidos, y cuanto más elevada es la temperatura más cortas son las oscilaciones.

Determinacion de pesos y volúmenes: El aparato de Rudorff para hallar el peso específico de los cuerpos en polvo y el gravivolúmetro de Houzean, que resuelve en los trabajos análiticos de laboratorio gran número de dificultades, hasta aquí tenidas por muy difíciles en la volumetría.

Acústica.—Las observaciones sobre los caractéres de los sonidos emitidos por las armónicas químicas ó llamas de hidrógeno, hechas por lord Rayleigh, que ha estudiado su produccion en tubos de diferentes sustancias, su reflexion, y las mútuas acciones de los sonidos y de las llamas, cuando provienen

aquéllos de cuerdas, tubos ó placas vibrantes. Las notables experiencias de W. Jacques acerca de la velocidad de los sonidos muy intensos. Las láminas parlantes de Mr. Lombrigot, curiosa ampliacion del fonógrafo, que permite multiplicar todo cuanto se quiera las impresiones fonográficas, del mismo modo que con un sólo grabado se multiplican las reproducciones. La huella vibratoria se obtiene sobre una capa de estearina, metalizada convenientemente, dá por la galvanoplastía las reproducciones que se deseen, y que sirven despues para obtener otras en plomo, carton y distintas sustancias, que al hacer vibrar el estilete de la membrana de recepcion, reproduzca admirablemente los sonidos.

Calor.—Estudios de Mr. Jullig, de Viena, sobre las modificaciones que sufren en su forma y posicion las láminas de los distintos metales que constituyen los *termómetros* metálicos, no sólo por los cambios de temperatura, sino por las dimensiones de las láminas, y por sus coeficientes respectivos de elasticidad y expansion, que tanto influyen en ella. El nuevo calorímetro de W. Hooper, para evitar las pérdidas debidas á la conductibilidad, compuesto de dos vasos concéntricos de vidrio plateados en sus superficies opuestas. La nueva máquina de helar de Daniel Holden (Filadelfia), aplicacion ingeniosa de uno de los modernos congeladores de Roul Picket. Los trabajos de Mr. Desains sobre la refraccion del calor oscuro. La aceptacion cada dia más grande que el actinómetro de Arago, que se usa en el observatorio de Montsouris, va teniendo en el estudio de los fenómenos meteorológicos.

Optica.—El fotómetro fotográfico de bolsillo de Woodbury, con el que puede medirse con exactitud la intensidad de la luz, para los trabajos del arte en el taller ó en el campo. Los nuevos procedimientos del Dr. Townsend para la reproduccion fotográfica de planos y dibujos, y los de Mr. Lenoir para la produccion directa, sin trasportes, de clichés grabados fototipográficos. Los grandes adelantos de J. Duboscq en los aparatos de proyeccion óptica, que tanto llaman la atencion en la enseñanza, ampliados ahora para la proyeccion de los cuerpos colocados horizontalmente, y con los cuales se hacen sensibles ante una numerosa cátedra, proyectándolos en un pla-

no vertical, multitud de fenómenos y trabajos de diversos capítulos de la física y de las demás ciencias experimentales. Los estudios de Mr. Thollon sobre el mínimum de dispersion de los prismas; y los de Chevreul sobre la vision de los colores, y especialmente de la influencia ejercida en la de los objetos coloreados que se mueven circularmente cuando se les observa comparativamente con otros idénticos á ellos, pero que se hallan en estado de reposo.

La modificacion del espectroscopio hecha por Mr. Hufner suprimiendo la escala del tubo auxiliar y reemplazándola por una alidada móvil. El prisma queda fijo, y la determinacion de la raya que coincide con la retícula, se hace por medio de un círculo graduado. El dibujo y clasificacion de las rayas del espectro solar hechos por Mr. Thollon, en la que, por el aspecto que ofrecen, las divide: en unas formadas por una nebulòsidad sin núcleo; otras con núcleo y sin nebulosidad, y otras compuestas de ámbas partes subdivididas en dos secciones, segun que predomine alguna de ellas. Los estudios de Mr. Cornu sobre la absorcion por la atmósfera de las radiaciones ultravioletas, sobre la extension probable del espectro total, sobre el método de observacion de estos interesantes fenómenos, sobre el exámem de las causas de error, y sobre el análisis de las probabilidades que hay para esperar que pueda ser conocida toda la extension de la parte ultravioleta. Las notables investigaciones de N. Lockyer sobre las rayas espectrales del vapor del sodio. La determinacion de las rayas características de la iterbina por Mr. Lecoq de Boisbaudran. Los trabajos de Lubarsch sobre el análisis espectral de la fluorescencia de multitud de sustancias, y los verificados por S. Lamanski de Varsovia acerca de la ley de Stokes sobre la fluorescencia y los cambios de refrangibilidad de la luz. Las investigaciones experimentales sobre las interferencias por Righi; y la reduccion en longitudes de onda de la escala de Kirchoff, hecha por B. Hasselberg, de la Àcademia de San Petersburgo, comparando los resultados de Kirchoff con los de Angstrom.

Electricidad.—Perseveran los físicos con más ardor que nunca en la tarea de perfeccionar los aparatos de obtencion

de la luz eléctrica. En las pruebas, en competencia, que la sociedad propietaria de los procedimientos Werderman hace en estos momentos en París, los Sres. Hem y Naillon han reformado el regulador de ese nombre, suprimiendo uno de los carbones y oponiendo en su lugar un disco de cobre de muy pequeño diámetro. Mr. Wilde, el inventor de las primeras máquinas electro-dinámicas, ha construido un nuevo aparato de luz eléctrica semejante al de Jabloschkoff en la disposicion de los carbones; pero modificado con ventaja, y haciendo movible uno de ellos para que automáticamente se restablezcan la corriente y la luz cuando aquélla queda interrumpida. Mr. Tommsi acaba de idear un curioso modelo productor de luz, compuesto: de una pila de Bunsen ingeniosamente modificada, que no desprende gases nocivos y que está en actividad constante por tiempo indefinido, á la que ha llamado *pila perpétua*; y de una lámpara con un tubo que contiene cinco carbones en el polo positivo, los cuales en su movimiento rotatorio se ponen en contacto con el disco de carbon del negativo, impelidos por el mercurio que el tubo contiene. La brillantez, regularidad y poco coste de la luz producida hacen de este aparato uno de los más superiores y aceptables que se han inventado.

La telegrafía eléctrica se ha enriquecido con el aparato escritor autográfico de Cowper, que trasmite los caractéres manuscritos, sólo con dos hilos de línea. La pluma hueca de cristal impregnada en tinta, con que se escribe el despacho, determina con sus movimientos al hacer la forma de las letras, el cambio de la corriente en uno ú otro hilo, y estos cambios, reproducidos con exactitud en el receptor, desvian ó mueven dos agujas galvanométricas que ingeniosamente unidas á otro tubo pluma reproducen tambien sobre un papel el escrito trasmitido. Para la telegrafía en general, acaba de inventar Mr. Alberger de Filadelfia unos conductores, sumamente originales, inoxidables y completamente aislados, compuestos de alambre de acero recocido, recubierto de una sustancia vítrea y protegido en toda su extension por un forro metálico.

En las experiencias telefónicas y microfónicas que, no con el

entusiasmo de hace algunos meses, pero sí con bastante constancia, vienen ocupando á determinados físicos, Mr. Th. Moncel insiste en sus teorías respecto á la causa de los sonidos producidos; los ilustres profesores Mr. Dubois-Reymond y Helmholtz mantienen viva la discusion acerca de las oscilaciones telefónicas y de las fuerzas magnéticas y corrientes que en los aparatos se desarrollan. El curioso microfonosísmico de Rossi ha sido perfeccionado por el profesor florentino Giovani Cantoni en términos que constituye hoy el aparato más delicado que la física posee para la audicion de los más leves sonidos en el interior de los edificios, minas y de la tierra. Mr. Marcel Deprez ha construido un aparato electro-magnético de doble efecto, en que funciona ya como productor de corrientes, ya como motor. Y en materia de conversion recíproca del movimiento en electricidad y de ésta en movimiento, se siguen con interés las experiencias iniciadas en la fábrica de azúcar de Sermaise, en el departamento francés de Marne, en las que las corrientes producidas por una máquina Gramme, trasmitidas á la distancia de 400 y de 650 metros por los medios ordinarios, ponen en actividad los elementos de otras dos máquinas Gramme, que al hacer girar á sus volantes mueven á su vez un tambor de un metro de diámetro, que arrollando un cable arrastra una carreta-arado á lo largo de una tierra de labor ya preparada; curiosa experiencia que puede ser el principio de la solucion del gran problema de la distribucion del trabajo á largas distancias por medio de la electricidad.

Química.—Anúnciase el descubrimiento de un nuevo metal el *norvegium*, debido á Tellef Dahll en Krager. Este cuerpo, extraido de los minerales compuestos de arseniuro de nikel y otros, es blanco, maleable, duro y fusible al rojo. Se disuelve con coloracion blanca en el ácido nítrico, y tambien en el sulfúrico. Se le ha dado por fórmula Ng; su densidad es 9,44, y su equivalente, respecto al oxígeno, 145,25.

Entre otros trabajos notables realizados en este período, merecen apuntarse:

Las investigaciones de Mr. J. Reiset sobre la cantidad proporcional de ácido carbónico contenida en el aire, que segun

sus estudios es de 2,942 por 10.000 en volúmen. Los trabajos de este profesor se siguen hoy con el mayor interés.

Los relativos á la proporcion que existe entre la temperatura y el volúmen en la produccion del ozono, y el estudio de un ozonizador nuevo por Alberto Leeds.

Los estudios de Donath (Viena), sobre los defectos que los procedimientos de Crookes, Bunsen, Kiern y Mathiessen presentan en la obtencion del bario puro, y los del mismo químico para la determinacion del peso utómico del urano.

Las experiencias de M. J. Ogier para la determinacion del calor de formacion del ether silícito; las tablas de J. Thomson sobre el calor de disolucion en el agua de gran número de sales, y las deducciones de Berthelot sobre el calor de formacion del cianógeno. La determinacion de los coeficientes de difusion de una série de soluciones salinas, hecha por el método y con los aparatos del profesor Stefan por Schuchmeister de Viena. Los procedimientos de Engel y Moitessier para obtener la disociacion del sulfuro de amoniaco. Los curiosos resultados deducidos por J. L. Soret del estudio de la fluorescencia de los metales terrosos, merced á un procedimiento óptico de su invencion. El perfeccionamiento del método de Nobili para la coloracion galvánica de los metales realizados por monsieur Hélouis. La determinacion de los espectros del nitrato de didimio y del nitrato de erbio por Lecoy de Boisbaudran y Smith.

La obtencion, por trasformacion, de los ácidos pirubico y glicérico, procedentes del ácido tártrico, debida á Mr. Bouchardat. Los estudios de Barth y de Schmidt sobre los derivados del ácido fenolo-disúlfico y entre ellos, la obtencion del mono-sulfo-ácido-dihidroxilo-benzoado y la del mono-sulfo-ácido-piro-catechútico. Los trabajos sobre las bases derivadas del aldol-amoniaco por Ad. Wurtz; los de Cahors y Etard sobre los derivados de la nicotina y entre ellos el del descubribriento de la *piridina*; los de Renoul y Urbain sobre la formacion de un cuerpo compuesto de alúmina y ácido carbónico, un tanto semejante á la *dawsonita* de L. Smith, mineral compuesto de carbonato de alúmina y sosa procedente del Cana-

dá, y el notable estudio de Mr. Berthelot sobre la formacion de las amalgamas alcalinas.

El descubrimiento de una nueva sustancia explosiva debido al famoso químico inglés Abel, y compuesta de la gelatina explosiva de Nobel y el algodon-pólvora, su accion sobrepuja á las de todos los cuerpos destructores hasta aquí inventados.

El nuevo sistema de ensayo de los aceites minerales ideado en Filadelfia por Mr. Holly, que ha sustituido, en tan difícil operacion, al uso antiguo de la llama de gas, la chispa eléctrica.

Historia natural.—Quedarán consignados como estudios notables en este tiempo:

Los de E. Heckel sobre la accion de las sales de estrignina en los gasterópodos, deduciendo que tienen muy poco efecto sobre ellos; que entre estos animales como entre los vertebrados, el grado de nocividad del veneno está en razon inversa del peso del animal; y que en ellos los fenómenos tóxicos se presentan del mismo modo que en los animales superiores; es decir, obrando sobre el sistema nervioso.

Los de Mr. J. Vesque sobre la fecundacion vegetal y en especial sobre el desenvolvimiento del saco embrionario de multitud de familias botánicas.

Los de Mr. Fremy acerca de las investigaciones químicas para explicar la formacion de la hulla; sosteniendo que la hulla no es una sustancia organizada; que las impresiones vegetales que se hallan en ellas proceden de cuerpos organizados exteriores, que fácilmente se moldearon en la masa vituminosa y plástica de que se compone, y en fin, que los vegetales productores de la hulla sufrieron una fermentacion turbosa, que destruyó toda organizacion vegetal y que despues, por el calor y la presion, vino la accion secundaria, que formó la hulla, á expensas de la turba. Los estudios de los terrenos carboníferos hechos recientemente en Nueva Escocia, en los condados de Cabo-Breton, de Pictou, de Cumberland, de Victoria y deInverness permiten calcular que hay en ellos la enorme cantidad de cuatro mil millones de toneladas de hulla, de las que se extraen al año catorce millones y medio de toneladas, cuya mitad casi, se exportan á los Estados-Unidos para sus necesidades.

Los de S. Meunier sobre la reproduccion artificial de los hierros carburados, nativos y de la melanocroita.

Puede añadirse al número de las aplicaciones secundarias en estos progresos generales: el lápiz neumático de Brickenridge; el sello-timbre eléctrico, y el teléfono electro-químico de Edison, quien, con más ó ménos fortuna, continúa aportando nuevos inventos al asombroso catálogo de las conquistas científicas, con que se enriquece la gloriosa historia del progreso de nuestro tiempo.

RICARDO BECERRO DE BENGOA.

LA LEY FÍSICA

DE LA CONCIENCIA.

Al paso que la mayor parte de los psicólogos-fisiologistas ingleses están de acuerdo sobre los principios fundamentales del *monomio* y sobre la necesidad de renunciar al dualismo tradicional que divide el sér en dos esencias diferentes y opuestas, están en completa contradiccion respecto á la participacion de la conciencia en la actividad nerviosa central.

En su *Fisiología del espíritu*, Mr. Maudsley insiste repetidas veces en esta cuestion á propósito de los diferentes centros nerviosos; rehusa absolutamente toda conciencia á la médula dorsal, cuyas reacciones serian puramente mecánicas; se esfuerza tambien en negarla á los centros sensorios, situados en la base del encéfalo; reconociendo, sin embargo, que en este caso es imposible resolver con la misma seguridad; y por último, hasta al tratar de los centros corticales de los hemisferios, parece admitir con sentimiento la participacion de la conciencia en su actividad, y procura, sobre todo, hacer resaltar la posibilidad de que funcionen inconscientemente. La conciencia es, segun él, una cosa completamente secundaria,

un fenómeno concomitante frecuente, pero de ningun modo un factor indispensable: un hombre no seria una máquina intelectual peor sin conciencia que con ella; el agente continuaria su actividad en ausencia del testigo.

Ahora bien: si es incontestable que *conciencia* y *espíritu* no son dos términos sinónimos, que indican una misma y sola cosa; si es igualmente incontestable que todo *acto* nervioso central, tomado aisladamente, puede verificarse con ó sin conciencia, no se deduce, en manera alguna, que la *actividad* de los centros nerviosos, en su totalidad, pueda verificarse inconscientemente; y, de hecho, esta actividad está suspendida ó consciente. Lo que prueba que en el número de los actos que constituyen esta actividad, hay siempre algunos que son conscientes, y que lo son *por necesidad*, por lo que es imposible admitir que lo sean accidentalmente, sin separar la conciencia de su lecho inferior nervioso y sin arriesgarse á caer en el dualismo.

Fáltanos saber: *¿cuándo* y *por qué* un acto nervioso central es consciente? A esto responde Mr. Maudsley: cuando hay cierto grado de persistencia y de intensidad. Esta explicacion es por lo ménos insuficiente: ¿qué hay más persistente y más intenso que la «música de las esferas» de la que Mr. Maudsley habla en una nota (página 17)? Y sin embargo no la oimos. ¿Qué cosa hay ménos intensa que el ruido de las alas de un mosquito, que oimos perfectamente? ¿Qué ménos persistente que una chispa eléctrica que vemos en toda su brillantez? Y si queremos elegir ejemplos en el seno de la accion refleja intercelular de las capas corticales, es decir, de la actividad *psíquica* en el sentido restringido de la palabra, entónces, seguramente, pronto nos persuadiremos de que el ejercicio y el hábito reducen una multitud de actos *psíquicos*, desde luego conscientes al automatismo completo, *independientemente de su intensidad y de su persistencia*, lo cual expresa admirablemente Mr. H. Spencer en más de un pasage de sus *Principios de Psicología.*

Lewes en su notable obra titulada *Physical Basis of Mind*, adopta y defiende con vigor la opinion contraria á la de Mr. Maudsley: sostiene la *omni-presencia* de la conciencia en

todo acto nervioso central—sin excluir el acto reflejo espinal, el más directo y automático—con el mismo ardimiento que Mr. Maudsley defiende la *omni-ausencia* de la conciencia en todo acto nervioso central, sin excluir el acto reflejo cortical más indirecto y ménos automático; es decir, la actividad intelectual. Lewes llega hasta conceder á la médula dorsal de los animales decapitados, no solamente una conciencia vaga é indeterminada, sino la inteligencia, la intencion y la voluntad; no admite la reduccion de los actos psíquicos corticales al automatismo; combate el supuesto de que, gracias á frecuentes repeticiones, los cambios psíquicos dejan de ser tales y se convierten en físicos; segun él, continúan siendo psíquicos y por *esto se distinguen* de los cambios físicos.

Sin duda, si siguiendo el ejemplo de los espiritualistas, no se llamasen «psíquicos» más que á los cambios conscientes, se despojaria de su carácter psíquico á los cambios inconscientes; pero esto es lo que no hacen los que llaman *automáticos* á los cambios psíquicos inconscientes; así, pues, para ellos no existe distincion esencial entre los cambios psíquicos conscientes y los que no lo son; más aún, no existe para ellos ninguna distincion esencial entre los cambios psíquicos y los físicos. En efecto, ¿en qué los cambios psíquicos conscientes no son físicos? ¿Son otra cosa que una forma particular de cambios *dinámico-materiales*, que no tienen un aspecto subjetivo para cada uno de nosotros, sino porque se verifican en él? ¿Y qué es la conciencia sino ese aspecto subjetivo de ciertos cambios neuro-psíquicos, cuyo aspecto objetivo es puramente físico?

Así, por una parte, segun la opinion de Lewes, el reflejo espinal más elementario es un acto psíquico consciente, y no un acto físico, y por otra, á juicio de Mr. Maudsley, la reflexion más elevada es un acto físico, cuya conciencia no es más que un acompañamiento frecuente, pero no absolutamente necesario.

Me parece que por una y otra parte se pierde la transicion evolutiva y que hay por ambas, sea por la extremidad de la médula dorsal, sea por la bóveda de las capas corticales, una brusca introduccion de un elemento nuevo, absolutamente di-

ferente, cuya presencia continua se comprende tan poco en el primer caso, como la presencia accidental en el segundo. ¿En que consiste esto? En mi opinion en que Lewes y Maudsley han exagerado cada uno lo que hay de verdad en su manera de ver; y en consecuencia, ambos, despues de acercarse á la verdad, se han apartado de nuevo de ella. Para atraparla, en mi sentir, hay que verificar la síntesis completa de las dos opiniones rivales y encontrar una fórmula concisa y clara que abrace á ambas y *que se aplique igualmente bien á todo acto nervioso central*, cualquiera que sea el órgano en que se verifique—hemisferios, gánglios sensorios, ó médula dorsal—y esto es lo que voy á tratar de llevar á efecto.

Un acto psíquico considerado objetivamente es la conmocion que una impresion externa ó una sensacion refleja despierta en el interior de los elementos nerviosos centrales (celdas de la sustancia cenicienta), y no es completamente psíquico, en tanto que las vibraciones no hayan invadido una celda central; y *no es ya* psíquico, desde que cesan las vibraciones, ó que se comunican á un nérvio eferente y abandonan la celda central.

Si consideramos el fenómeno bajo el punto de vista material, diremos que todo trabajo de la celda central está necesariamente ligado á una descomposicion de la sustancia nerviosa seguida de su recomposicion, y que ésta se verifica siguiendo un proceder acondicionado al proceder de la descomposicion que la ha precedido. Si, al contrario, se considera el fenómeno bajo el punto de vista dinámico, diremos que todo trabajo de la celda central está por necesidad ligado á una trasformacion de las energías latentes que contiene en energías efectivas y que las existencias de fuerzas latentes, destinadas á reemplazar á las que han sido segregadas, y á producir las reacciones adaptadas á las impresiones subsecuentes, se verifica siguiendo un proceder acondicionado al proceder de disgregacion que le ha precedido.

Para indicar á la vez el lado material y el lado dinámico del fenómeno, adoptamos en adelante los términos *integracion* y *desintegracion*; y diremos, pues, que todo trabajo de la celda central está necesariamente ligado á un procedimiento de *des-*

integracion inmediatamente seguido de otro de reintegracion que se verifica siguiendo un proceder acondicionado por el de la desintegracion que le ha precedido. De aquí resulta que el elemento nervioso reintegrado no es jamás *idéntico* á lo que era anteriormente; tal es, en efecto, como sabemos, la condicion dinámica material del desarrollo cerebro-psíquico, es decir, de la adquisicion de las facultades nuevas ó de la *organizacion evolutiva* del espíritu ó del cerebro.

Sentado esto como premisa incontestable, resultando del conjunto de las investigaciones biológicas modernas, digo: 1.° que la conciencia no acompaña *jamás* la integracion ó la *reintegracion* de los elementos nerviosos; 2.° que *la conciencia acompaña únicamente la faz de la desintegracion* de las funciones de los elementos centrales, y 3.° que su intensidad está en *proporcion directa* de la de desintegracion y en *proporcion inversa* de la facilidad con la que el trabajo interior de cada órgano nervioso central pasa á otro órgano sensitivo ó motor, central ó eferente.

Veamos ahora cómo esa fórmula se aplica á los hechos que podemos observar en nosotros mismos ó en los demás; pero ántes de abordar este asunto, deseo prevenirme contra la reconvencion que puede hacérseme de faltar á las reglas de una buena induccion haciendo conclusiones de lo complejo á lo simple, es decir, en el caso presente, al aplicar á los órganos subalternos una conclusion, sacada de la observacion de los órganos superiores, en lugar de proceder á la inversa. Es cierto que me veo obligado á hacerlo así por la naturaleza misma del poblema, bajo la pena de renunciar á hablar del asunto; como de lo que se trata es de la *subjectividad* de los fenómenos nerviosos centrales, es imposible atenerse para ello á la condicion y á la ley, allí donde no tenemos ningun medio directo para hacer constar la presencia ó la ausencia de ellas; ahora bien, con relacion á los centros subalternos, estamos reducidos exclusivamente á la observacion *objetiva* que de ningun modo puede darnos idea de la *subjetividad* de los cambios que en ellos se verifican; así, pues, todo lo que podemos conjeturar respecto á la conciencia, inconciencia de las reacciones reflejas facilitadas por los centros sensorio-motores, y sobre todo

por la médula dorsal, no adquiere un grado de probabilidad, que se aproxime á la certidumbre, sino cuando estudiamos esas reacciones con el auxilio de lo que la observacion subjetiva nos enseña sobre la consciencia ó inconsciencia de la actividad de los órganos corticales.

Durante el dia, en el estado de vigilia, estamos continuamente expuestos á todas las impresiones que nuestra constitucion nos permite recibir del mundo exterior y de las diferentes partes de nuestro organismo.

Estas impresiones ponen en conmocion tan pronto una region como la otra de nuestros centros nerviosos; hay una desintegracion continua que aventaja con mucho á la reintegracion; así siempre estamos conscientes, tan pronto de una cosa como de otra. Todas las excitaciones que no se trasmiten con demasiada rapidez, «automáticamente,» de un órgano á otro, ó que encuentran en los elementos que invaden una resistencia suficiente para impedirles pasar más adelante sin detenerse, todas aquellas, en fin, tienen bastante energía para no agotarse al umbral del elemento central, para forzar la entrada y para poner en conmocion su interior, despiertan su *quantum* de conciencia que va á fundirse con la de los demás elementos desintegrados para formar la *cenesthesia*, ó conciencia total del individuo en aquel momento. En desquite, durante la noche, cuando la usura del sistema nervioso ha adquirido ciertos límites y somos presa de un sentimiento de fatiga y de la necesidad de dormir, los sentidos se embotan, las impresiones externas ordinarias no bastan para conmover los centros nerviosos que necesitan reparacion; nos dormimos y durante el sueño, es decir, durante ese período de preponderancia de la reintegracion, estamos inconscientes.

¿Y los sueños? dirán. Pero ¿qué son los sueños sino *irrupciones esporádicas* de actividad desintegrante en los períodos de actividad reintegrante? Sea que una region del cerebro haya trabajado ménos que las otras y entre en vibracion por su propia cuenta, á consecuencia de impresiones demasiado débiles para hacer vibrar las regiones fatigadas y produzca los estados de conciencia correspondientes; sea que una region del cerebro haya trabajado más que las otras, y continúe siendo el lu-

gar de una vibracion que no ha sido completamente apaciguada, y dá fuertes ecos más ó ménos claros de las representaciones correspondientes; sea, en fin, que estos dos procederes se combinen y produzcan así las asociaciones variadas y extrañas que constituyen la trama de los sueños.—Siempre resulta que sólo somos conscientes de la desintegracion cerebro-psíquica y jamás de la reintegracion.

En lugar de esta intermitencia total de la conciencia, consideremos ahora su intermitencia *parcial*. Leeis un capítulo que os interesa, ó bien asistís á una leccion importante, ó por último, reflexionais en silencio sobre un problema cuya solucion os preocupa; vuestros centros nerviosos sufren una desintegracion profunda y extensa, causada por las impresiones múltiples que los hieren y por las innumerables sensaciones reflejas que despiertan.—Estais, pues, vivamente consciente de lo que pasa. Pero esta ocupacion os fatiga, y vais á tomar un poco de alimento, á dar un paseo, ó por una razon cualquiera, vuestra actividad psíquica se dirige hácia otras celdas, ó grupos de celdas, ó regiones del cerebro, y deja el campo libre á la reintegracion de las partes que acaban de trabajar; inmediatamente perdeis toda conciencia de la actividad precedente, para no estar consciente más que de la actividad actual. Entretanto la reintegracion se verifica, y si las vibraciones funcionales se apoderan de nuevo de las partes reintegradas (si volveis á la ocupacion interrumpida), hallareis aquellas partes dispuestas á vibrar de nuevo, pero de un modo algo diferente, *reconocereis* lo que habeis *conocido* ántes; encontrareis el caos de impresiones recibidas entónces debidamente asociadas en un todo armonioso; os hallareis en posesion de una síntesis, de una conclusion nueva, de una idea que no queria venir y que ahora viene por sí misma; habreis *aprendido* algo, habreis adquirido una nueva facultad, y todo ello sin la menor conciencia de la reintegracion á la cual debeis este adelanto.

Encerrándonos en límites aún más estrechos, en el momento mismo en que leeis un capítulo, no teneis conciencia en cada instante, tomándolo aisladamente, más que de la frase que *vais* á leer y no de la que *acabais* de leer, debido á que

esta última ha pasado ya de la faz desintegrativa á la reintegrativa; y si al fin del capítulo poseeis el contenido debidamente coordinado, es gracias á la reintegracion inconsciente de la série de desintegraciones conscientes que se han efectuado. Lo mismo puede decirse de cada palabra que entra en la composicion de una frase; y esto es evidente en las personas poco familiarizadas con el asunto de su lectura. Igualmente puede decirse de cada letra que entra en la composicion de una palabra, y tambien es evidente en los individuos que no saben leer bien ó que están aprendiendo. Si subimos esta escala en sentido inverso, vemos que mientras que la impresion de cada letra produce en el que aprende á leer una desintegracion consciente, por pasajera que sea, deja de serlo en el momento en que la reintegracion se sobrepone; entónces la conciencia pasa á la palabra considerada como un todo y tomada como signo ó símbolo de un grupo de asociaciones. En el que sabe leer sin tener una gran costumbre de hacerlo, no es ya cada letra, sino cada palabra la que produce una desintegracion consciente, inmediatamente reemplazada por la de la palabra que sigue; no teniendo ya conciencia de la desintegracion parcial, producida por cada palabra, porque pasa demasiado pronto y con demasiada facilidad á la faz reintegrativa, de la que resulta la inteligencia de la frase, tomada como un todo y considerada como la expresion de una série de asociaciones más complejas. En fin, en el que no sólo sabe leer de corrido, sino que está familiarizado con el asunto de la lectura, ocurre lo mismo respecto á las frases enteras: la desintegracion consciente producida por cada una de ellas, pasa en fuerza del ejercicio y de la costumbre de una manera tan rápida y con tal facilidad á la faz de la reintegracion, que no tiene conciencia de ello; pero sí tiene conciencia de la desintegracion extremadamente compleja que la impresion de la frases que siguen comunica con una facilidad y rapidez extraordinarias á otros elementos nerviosos y así sucesivamente. Al leer reflexiona en el sentido de lo que lee, es decir, que su conciencia se manifiesta alternativamente en los elementos ó en los grupos de elementos nerviosos que la marcha de las asociaciones pone en conmocion y se extingue á igual medida en los que han comu-

nicado á sus vecinos la faz desintegrativa, para pasar ellos mismos á la faz reintegrativa del procedimiento cerebro-psiquico.

En todos los instantes de nuestra vida, cada una de las innumerables celdas nerviosas que están llamadas á obrar y que han sido una vez integradas segun el tipo evolutivo del organismo á que pertenecen, oscila sin cesar entre la desintegracion y la reintegracion, entre la conciencia y la inconciencia. La cenesthesia total, personal ó impersonal, que tenemos en un momento dado, es la suma ó la resultante de las fases desintegrativas conscientes de todas estas actividades parciales. La conciencia (de lo que aquí tratamos es de la conciencia en *general* y no de la conciencia del *yo*) es continua, gracias en parte á la continuidad del procedimiento de desintegracion funcional y á que los estados de conciencia al pasar de un grupo de elementos centrales á otro, están siempre unidos entre sí por una ú otra forma de asociacion, y son bajo este punto de vista, realmente la continuacion unos de otros; y en parte tambien, gracias á la reviviscencia de estados de conciencia pasados, inconscientemente consolidados ó vueltos latentes por la reintegracion y segregados de nuevo tan pronto como una onda de desintegracion viene á sacarlos de su letargo. Estas numerosas vibraciones y *revibraciones* aisladas que se funden en ese acuerdo unificador, es lo que llamamos nuestra *cenesthesia*, y que poseemos sin interrupcion ínterin estamos despiertos; en la conciencia no hay solucion de continuidad más que cuando se detiene en la desintegracion neuro-psíquica: durante el sueño profundo y durante el síncope.

La conciencia del *yo*, que es un caso particular de la conciencia en general, se conforma tambien á lo que acabamos de decir; pero con esta diferencia que se interrumpe con mucha más frecuencia, que es mucho más intermitente que la *cenesthesia* total; porque á menudo se forma por sensaciones directas ó reflejas suficientemente intensas para detener por completo la desintegracion debida á las sensaciones personales; es decir, para ahogar todo sentimiento individual. Es preciso que salgamos de nuestras reflexiones para recordar que somos *nosotros* los que hemos reflexionado; porque si la

fuerte tension que dominan nuestros órganos centrales no se apacigua hasta el punto de permitir á las sensaciones locales que nos *atraigan á la individualidad*, estas sensaciones no producen desintegracion, y por tanto, nada de conciencia. Es preciso una fuerte impresion para sacar de sus meditaciones á un hombre absorto en profundas reflexiones; si la impresion incidente no tiene fuerza para hacer penetrar en los elementos centrales, á pesar de la tension que los domina, *su propio proceder de desintegracion* no produce conciencia correspondiente y pasa desapercibida. El sentimiento de *continuacion de la misma individualidad* es el resultado de las funciones *modificadas* de los centros nerviosos, á consecuencia de la reintegracion particular que se verifica durante cada período de reposo total ó parcial, en los elementos nerviosos que han sido desintegrados de un modo particular, durante cada período de actividad, estas últimas se asimilan y reunen en un todo, precisamente como las frases de un capítulo, las palabras de una frase, ó las letras de una palabra.

Si el lector colocado así sobre la vía examina sériamente tantos ejemplos como quiera, elegidos de modo que puedan servir de tipo á todas las formas conocidas de actividad psíquica, acabará siempre por obtener alguna cosa parecida á la ley que he formulado más arriba; despues de haber errado por el laberinto cerebro-psíquico y haber registrado todos sus rincones más recónditos se verá inevitablemente conducido á la única salida que existe, y es ésta:

La conciencia es la expresion subjetiva de la desintegracion funcional de los elementos nerviosos; *su intensidad está en proporcion directa con la desintegracion de los elementos activos, y al mismo tiempo en proporcion inversa con la facilidad con que cada uno de estos elementos trasmite á otros la desintegracion que se apodera de él y entra en la faz de reintegracion.*

Puedo cometer un error; pero me parece que esta fórmula presenta un lazo de union entre las opiniones extremas, y en apariencia irreconciliables de Lewes y de Maudsley; mostrándonos en efecto que ambos tienen y no tienen razon á la vez, y que su opinion es debida á que el primero, demasiado

preocupado del lado receptivo de la actividad neuro-psíquica, de su faz desintegrativa y de la dificultad de la trasmision central, vé en todas partes la conciencia; en tanto que el último, tambien demasiado preocupado del lado *restitutivo* de la actividad neuro-psíquica, de la facilidad de la trasmision central y de la faz reintegrativa de los procedimientos empleados, vé por todas partes la falta de conciencia.

La verdad está en la síntesis de estos dos puntos de vista; ella nos enseña que cualquiera que sea el centro activo, lo consciente y lo inconsciente co-existen siempre y en todas partes y predominan tan pronto el uno como el otro conforme á la ley que he tratado de dilucidar y que comprende al mismo tiempo la actividad nerviosa más consciente y la actividad más inconscientemente automática.

Para todo lo que concierne á la aplicacion de esta ley á los órganos subalternos, remito al lector á la Memoria, de que este artículo es un corto resúmen, leida en Roma en la Academia *dei Lencei*, y que debe publicarse en el próximo tomo de las actas de la misma Academia.

A. HERZEN.

CRÓNICA DE LA QUINCENA.

INTERIOR.

Exhausta por todo extremo de novedades, ha trascurrido la última quincena. Despues de la dispersion de hombres políticos que coincidió con la clausura de las Córtes, ¿quién habia de esperar ó de temer cambios, movimientos, emociones ó sorpresas? Es escusado contemplarlas en esta época del año. La ley del descanso impone á todo su ineludible precepto y como los hombres y los partidos, se dispersan las ideas para no volver á ocuparnos hasta que las lluvias de Setiembre anuncien el otoño y la necesidad de prepararse otra vez á la lucha, de disponerse nuevamente á la fatiga y á la contienda.

Los moderados históricos, que son cada dia ménos en número é influencia, han hallado en ese quietismo y en ese adormecimiento general la ocasion más oportuna para realizar un acto que habia de notarse necesariamente en tales condiciones como suceso de primer órden. Pasma lo que ha venido á ser esa parcialidad que congregó bajo un sólo apellido y una sola bandera los hombres más ilustres de nuestro segundo pe-

ríodo constitucional. Hoy apenas se reunen en torno suyo algunos personajes de importancia secundaria y algun militar malquisto con la política del Sr. Cánovas, por lo que ha tenido esa política de transigente y conciliadora. La Constitucion de 1845 y la unidad católica, que son las especialidades de ese grupo, se relegaron á la region de las utopias. Nadie las traerá de nuevo á la realidad y á la vida. Su derrota fué una victoria definitiva de la revolucion de Setiembre.

El partido moderado, vencido y deshecho entónces, no ha vuelto á influir de un modo sensible en el curso de los acontecimientos que forman la trama de nuestra política contemporánea. Llegó á la restauracion dividido. Su mejor parte militaba á las órdenes del Sr. Cánovas en una nueva agrupacion: la liberal conservadora. Mon, Mayans, Benavides, Moyano, Cheste y Valmaseda no quisieron seguir su camino y emprendieron el de la oposicion, que fué en los comienzos briosa y despues se ha ido debilitando y extinguiendo hasta desaparecer casi por completo.

Los Sres. Mon, Mayans y Benavides, viven ahora apartados, si es que no están por completo apartados de la política. La influencia del conde de Cheste pertenece á la historia. El señor Moyano es una noble y simpática figura, por la decision con que ha batallado hasta el último momento en pró de sus ideas, y por la lealtad con que ha servido á su antigua soberana doña Isabel II; pero si estas prendas personales le hacen acreedor á las simpatías de todos los espíritus elevados, no es ménos cierto que está sólo en el país y que su derrota electoral prueba que no hay ya en nuestra sociedad favor para las preocupaciones por que combate ese consecuente adalid del régimen que cayó en Setiembre de 1868.

El conde de Valmaseda, á quien siguen varios de los hombres de segunda fila del partido moderado, inició, al ocupar el poder el general Martinez Campos, su íntimo amigo, una disidencia, encaminada á aproximar al Gobierno sus huestes. El Sr. Moyano se habia separado tanto de la situacion, que entre él y éste órden de cosas no era posible ningun género de avenencia. La lucha estalló, pues, en el campo de los históricos desde luego, sin que nadie concibiese la posibilidad

de un arreglo. Y así ha sucedido. En estos últimos dias puede decirse que se ha consumado la disidencia. La mayor parte del grupo sigue al conde de Valmaseda y se presta á apoyar la política del general Martinez Campos y del Sr. Silvela. El Sr. Moyano queda sólo, con sus recuerdos y su varonil intransigencia, tan sólo, que ha habido quien discurra si pensaba retirarse á la vida privada. Esto último no es exacto. Continuará el Sr. Moyano en su puesto, cualesquiera que sean los rumbos emprendidos por su hueste. El conde de Valmaseda anclará mientras tanto en los mares de la situacion, donde ántes que un auxilio será un obstáculo, si su presencia estimula los planes de una política propia que alimenta estos dias el héroe de Sagunto y que tanto convienen á las aspiraciones de su colega de Gobernacion.

*
* *

Los órganos de este ministerio dijeron que el Gabinete tenia política propia; los del partido liberal-conservador que se inspiran en el pensamiento del Sr. Cánovas, del Sr. Romero Robledo ó del Sr. Elduayen, negaron aquel aserto. «La política de este Gabinete, decian, no es propia, no es suya: es la política del partido conservador-liberal practicada desde el poder por nuestros hombres, por nuestro jefe el Sr. Cánovas del Castillo.» *El Diario Español* ha llevado la cuestion más adelante que ninguno en lo que á este último punto se refiere. Ha sostenido la jefatura eterna é indiscutible del Sr. Cánovas, el cual será mientras viva,—tales son sus arrogantes palabras,—el eje sobre que gire la política española.

Quien le llamó mónstruo de nuestra edad bien puede, abandonándose á tales excesos, decir de él lo que hemos copiado. Propios son de un órden de cosas, donde sobre todo brilla la personalidad del Sr. Cánovas, superior á cualquier linaje de ideas, consideraciones y sistemas; propios son de un órden de

cosas como este en que vivimos, tales elogios, proferidos en desdoro de respetos que la plana mayor del partido gobernante no recuerda ni consagra siempre. El Sr. Cánovas será el eje sobre que gire la política española: sépalo el Sr. Martinez Campos, que es á quien eso se dice. Nosotros ya sabemos que el Sr. Cánovas será el eje de la política en nuestra patria, mientras que la política conservadora se mantenga en el auge y prosperidad de que ahora goza. El dia que este auge se torne en quebrantos, desdichas y caidas, el Sr. Cánovas del Castillo será lo que ha sido ántes de la restauracion: un ministro cesante ó á lo sumo lo que es el Sr. Alonso Martinez ahora, el jefe de un pequeño grupo parlamentario.

La promesa de hacer política propia ha hallado en su camino ese veto. El Sr. Silvela, sin embargo, acaba de llevar á cabo una pequeña combinacion de gobernadores, que es el prólogo necesario de la realizacion de esa política. Pero el señor Silvela amaga y no dá. La combinacion de gobernadores ha sido reducidísima. En ella ha prescindido el Sr. Silvela de los romeristas, mostrándonos bien á las claras su propósito y su intencion; mas no ha pasado de mostrarla y sólo en alguna que otra localidad de España hay autoridades personalmente afectas al actual presidente del Consejo y al actual ministro de la Gobernacion. Si ámbos insisten en emanciparse de la tutela del Sr. Cánovas, será preciso que lleven á cabo otra combinacion más ámplia. Si no, el Sr. Romero Robledo será más obedecido desde Deva que el Sr. Silvela desde Madrid ó la Granja.

De la política propia forman parte una série de medidas administrativas que nunca hay ocasion de plantear. Al principio del anterior interregno parlamentario, del que empezó en el verano de 1878, se dijo que el Gobierno trataba de llevar á cabo una activa, eficaz y fecunda campaña administrativa. Pasaron el estío y el invierno sin que hubiera ni señales de que semejante propósito tratara de realizarse. Despues del breve período consagrado por las Córtes de 1879 á discutir la política de este Gobierno, ha vuelto á repetirse aquella promesa. Los diaros ministeriales la han hecho de un modo solemne para venir á los pocos dias á decirnos que siendo la mayor

parte de las reformas intentadas por el Sr. Silvela materia de una ley, es preciso que las Córtes se reunan si han de llevarse á término. Están por lo tanto las reformas aplazadas, y mientras no sepamos de ellas nada concreto, más que lo que hasta ahora sabemos sobre extension de las facultades de los gobernadores civiles en asuntos económicos, podemos decir que el plan concebido por Sr. Silvela es reducidísimo y tiene unos comienzos deplorables

Aquí, donde todo el mundo confiesa que la primera necesidad gubernamental se reduce á separar la política de la administracion; aquí, donde no hay administracion—porque no puede llamarse así el desbarajuste de todos sus ramos,—gracias á la influencia de los partidos y á los medios de accion que conservan para hacer del organismo administrativo un elemento devoto á sus intereses y capaz de secundar sus miras, poner la Hacienda en manos de los gobernadores de provincia, vale tanto como agravar todos los males que sentimos, entregando al caciquismo de las aldeas lo único que estaba hasta cierto punto libre de su perniciosa direccion. Si el Sr. Silvela hace lo que intenta, nos ofrecerá una idea menguada de su inteligencia administrativa y de su capacidad gubernamental. ¿Quiere el Sr. Silvela elevar la consideracion de los gobernadores de provincia, dar á estos funcionarios un prestigio que no tienen? Pues reduzca su número, dé á cada gobernador un territorio doble ó triple del sometido á su autoridad ahora, formando grandes provincias, y nombre para desempeñar ese cargo hombres de verdadera importancia, de antigua y concienzuda práctica administrativa, de condiciones propias y justo renombre. Esto seria más digno del talento del Sr. Silvela que el plan á que nos referiamos, plan que hallará en el Consejo de ministros desde luego la oposicion del Sr. Orovio y en el país la de todo el que conozca qué género de influencia representan los gobernadores actuales en los asuntos económicos, á pesar de la escasa intervencion que en los mismos les conceden las leyes.

*
* *

La familia real de España ha sufrido en estos dias una sensible pérdida. La infanta doña María del Pilar, que se hallaba con sus hermanas en los baños de Escoriaza, ha dejado de existir el dia 5, despues de una terrible enfermedad, que la ha arrebatado de entre nosotros en treinta horas. El rey no llegó á verla. Fué por su órden trasladada al panteon de Infantes del Monasterio del Escorial. Al salir la córte de este real sitio para San Lorenzo, verificada la fúnebre ceremonia y cuando pasaban los carruajes de la real casa por el sitio llamado de las Siete Revueltas, volcó, á consecuencia de haberse roto el eje de una de sus ruedas, el coche en que iba el monarca, sufriendo éste y el general Echagüe ligeras contusiones que no hicieron necesario que guardaran cama.

El fallecimiento de la infanta Pilar ha retrasado los preliminares del matrimonio del rey, que debe verificarse en Noviembre próximo. La archiduquesa doña María Cristina Deseada, de la casa de Austria, es al cabo la princesa designada para compartir en segundas nupcias el lecho del monarca. En uno de los próximos Consejos de ministros el rey lo notificará á su Gabinete y partirá en seguida el Sr. Silvela, á quien para este caso se concederá el título de marqués de las Nieves, á Viena á negociar las condiciones del matrimonio. Trascurrido el mes de luto riguroso que lleva la córte por la infanta doña Pilar—segun las noticias de los periódicos que creemos más autorizadas—el rey y su futura esposa se verán en un punto inmediato á la frontera francesa, en Pau probablemente. No hay obstáculo que impida esta entrevista, porque la Constitucion de 1876 no prohibe al rey, como era tradicional ya entre nosotros, salir del reino sin licencia de las Córtes.

Despues de estos preliminares, la boda se verificará en Noviembre, reuniéndose el Parlamento y verificándose una breve legislatura en la que los señores diputados y senadores tratarán sólo la ley de capitulaciones matrimoniales. ¿Cuál será la actitud de los partidos en este importante debate? Hé ahí el problema de mayor interés para nosotros entre todos los que de hecho suscita. No es creible que deje de empeñarse viva discusion sobre el matrimonio del monarca, como no es verosímil que este acontecimiento deje de tener carácter político.

Aun el enlace de D. Alfonso con la infortunada doña María de las Mercedes, que era en el fondo un matrimonio de puro afecto, lo tuvo. A éste hay que atribuirle tambien ese carácter. Y en presencia de un acontecimiento político trascendental para nuestros futuros destinos, ¿cómo no ha de decir cada parcialidad lo que piensa?

No es fácil que entre los conservadores se levante voz alguna á repetir el acto del Sr. Moyano. El mismo Sr. Moyano, si hoy estuviera en las Córtes, declararia su satisfaccion viendo enlazarse otra vez á la dinastía de los reyes de España, la tradicional, absolutista y teocrática casa de los Hapsburgo. Los hombres del partido constitucional no juzgarán—es racional presumirlo—esta cuestion de la propia manera que el Sr. Moyano. Aunque la política complaciente á que se muestran inclinados es parte para creer que lo vean todo de color de rosa, nadie puede dudar que ellos habrian preferido la union de los Orleans y los Borbones, ó la de Inglaterra ó Alemania con España, á la de Austria y nuestro país mediante un hecho de esa naturaleza. Las oposiciones democráticas, que se han impuesto el deber de discutirlo todo y de juzgarlo todo, examinarán sin duda este asunto bajo un doble punto de vista: influencia en nuestra política interior y en nuestras cuestiones más candentes, como lo son las de un carácter religioso, de la inteligencia y union de las córtes de Madrid y Viena; influencia en nuestra política exterior de esa misma inteligencia. Los diputados demócratas recordarán á este propósito, sin género alguno de duda, que una de las necesidades más apremiantes de la política interior de España es dar garantías contra el clericalismo á los principios de tolerancia consignados en la Constitucion de 1876, y recordarán tambien que las necesidades más vivas y sentidas de nuestra política exterior nos llevan al lado de los adversarios de la Gran Bretaña, á procurarnos sus simpatías, y quién sabe si á prestarles alguna vez nuestro concurso. No dejarán de utilizar los diputados demócratas el peregrino contraste que resulta de la comparacion de esas necesidades con el hecho de que sea Austria la única nacion de Europa íntimamente ligada á Inglaterra, y con la circunstancia del reciente triunfo de los clericales y

conservadores en las elecciones, circunstancia de primer órden en estos momentos en que el conde de Andrassy, por no romper con Alemania y no hacerse cómplice de la reaccion clerical que en su patria germina, anuncia el propósito de abandonar la cancillería del imperio austro-húngaro.

*
* *

Ahora mismo acaba de hacerse patente la situacion en que nos quiere encerrar Inglaterra, el más temible y el más poderoso adversario de nuestros intereses y de nuestro engrandecimiento. Ignoramos si por satisfacer deseos personales, ó fija la vista en un propósito más elevado y noble, el Gobierno pensaba restablecer la capitanía general de Ceuta. La posicion de España en el Norte de África, derechos y consideraciones á que no nos es dado renunciar, convirtieron ese proyecto, desde su anuncio, en una medida plausible. Cuando vemos á los pueblos afanosos por la conservacion de su patrimonio, revelar un celo extraordinario en la realizacion de los ideales que le marcan su historia, su puesto en el mundo, su representacion y su política; cuando Marruecos está siendo teatro y objeto, hace mucho tiempo, de la explotacion británica, lógico era que un acto de esa índole viniese, de nuestra parte, á revelar, cuando ménos, la existencia de España. Ese acto ha disgustado al Gabinete de Saint James, y su representante en Madrid ha reclamado contra el proyectado establecimiento de la capitanía general de Ceuta; la prensa francesa, porque Francia, segun parece, quiere disputarnos tambien el derecho que España tiene á levantarse de su actual postracion, se muestra alarmada ante el anuncio de aquella medida. Tememos que el Gabinete, en vista de esas resistencias, no la lleve á cabo.

La política de timidez y de aislamiento triunfa en toda la línea; pero ¡cuán exacto es que el aislamiento nos tie-

ne hoy en Europa relegados á una soledad tristísima, y que la timidez nos hunde cada dia más en el abismo de una impotencia que haria subir al rostro de aquellos españoles del siglo XVI, dueños del mundo, las tintas del rubor.

*
* *

El nombramiento de capitan general de Ceuta es un acto de nuestra exclusiva competencia y que, ni por su índole, ni por sus resultados probables, afecta carácter internacional. No debe España ceder en ese punto, porque no habrá tampoco país que, de un modo ostensible, quiera intervenir en él, siendo tan claro nuestro derecho. En cambio deberiamos habernos anticipado con declaraciones categóricas á las exigencias que los Estados-Unidos é Inglaterra puedan formular en la cuestion de esclavitud, fundándose en la ley moral que rige el mundo civilizado y en los inmortales principios del cristianismo.

Y convenia proceder así por consideraciones de política interior tanto como por consideraciones de política exterior. La actitud adoptada por el Gobierno, en cuanto á los problemas de Cuba, ha producido en la isla algun disgusto. No lo decimos por los manejos de cierto elemento perturbador que ha denunciado la prensa, y que revelan falta completa de sensatez y de patriotismo, de amor á los intereses de la misma isla, inseparables de los intereses de la Península. Lo decimos por el disgusto que revelan unas líneas puestas como comentario al discurso del general Martinez Campos en el Senado sobre su política insular, por el órgano de los liberales de aquel país. Nosotros deseariamos que la conducta de nuestros Gobiernos, respecto á aquellas apartadas provincias, fuera tal, que todos—conservadores y liberales—la vieran con satisfaccion. ¿Cómo puede lograrse esto? Es muy fácil: no haciendo allí política de partido, limitándonos, como Inglaterra

en el Canadá, por ejemplo, á garantizar los derechos de la metrópoli y el bienestar y la paz de los dominios, restos de un vastísimo imperio, que hemos conservado en esa parte del mundo.

EXTERIOR.

El movimiento político en los principales pueblos de Europa cesa ó se suspende casi por completo durante esta época del año. Las Cámaras inglesas continúan reunidas. La guerra de África, las cuestiones relacionadas con el problema oriental y las reformas en la legislacion penal del reino unido las siguen ocupando; pero sin dar extraordinario brillo, ni singular importancia á sus debates.

En la sesion de las Cámaras francesas del 2, leyó Mr. Waddington un decreto del presidente de la república suspendiendo las sesiones del Parlamento, que no reanudará sus tareas hasta el 25 de Noviembre. Para entónces, las discusiones entabladas en la prensa y la publicacion del *Libro amarillo*, auguran grandes debates sobre las cuestiones internacionales puestas á la órden del dia. Hasta entónces ninguna novedad importante se espera en el curso tranquilo, pacífico y ordenado de los negocios de la vecina república.

A fines del mes actual serán convocados los electores de Burdeos para elegir un diputado: Blanqui presenta otra vez su candidatura. Si las Cámaras hubieran resuelto en definitiva este asunto, proclamando á Mr. Lavastujon, porque son nulos los votos emitidos á favor de un candidato incapaz, no preocuparia hoy á todos los partidarios y defensores de la situacion actual el temor de que los seis mil electores girondinos que eligieron al prisionero de Clairvaux vuelvan á darle sus sufragios, creando á la república un sério conflicto. Mucho esperan los demócratas franceses de sus correligionarios de Burdeos. ¡Ojalá no se engañen! Los mayores peligros que ha vencido la república de 1870, suscitados fueron por la parcialidad que hace alarde de apoyar esa forma de gobierno con

más obstinacion; en España ¿quiénes fueron sino los mismos republicanos los que contribuyeron á la muerte de ese régimen en 1873? Una triste experiencia impide fiar á la discrecion de los electores de Burdeos el desenlace del problema que pende de sus votos. Y que no se equivoquen al emitirlos. Los votos dados á Blanqui serán otros tantos esfuerzos hechos por la restauracion de la monarquía en Francia, que hoy es imposible; pero que no lo será si los republicanos se empeñan por el camino iniciado despues del advenimiento de Mr. Grevy á la presidencia. Recientemente, en estos dias, un distrito de París ha elegido á un monárquico para el cargo de concejal. Ese distrito estaba representado ántes por un demócrata. Sin dar á ese hecho el valor de un plebiscito, porque no lo tiene, podemos creer que carece de significacion y de sentido. El 24 de Mayo, la caida de Thiers vino cuando el mismo Thiers ménos lo sospechaba, despues de la eleccion de Ranc contra Remusat. Desde que Mr. Gambetta encamina su política hácia la izquierda, en dos ó tres escrutinos, con general asombro, han triunfado las derechas. ¿Cómo no juzgar estos síntomas un aviso de la opinion? El Gobierno, que así debe creerlo, ha hecho decir á Mr. Lepere en un reciente discurso pronunciado en la fiesta que acaba de verificarse en Nancy en honor de Thiers, que el ministerio respeta y continúa la política de aquel insigne hombre de Estado, procurando mantener á la república el carácter esencialmente conservador que Thiers quiso imprimirle.

*
* *

El 9 se ha verificado una entrevista de los emperadores de Austria y Alemania en Gastein, á donde Francisco José llegó de Ischl en la mañana del mismo dia. La entrevista ha sido breve. El 10 á Gaistein para volver á Viena el emperador y rey de Hungría. Este acontecimiento, que se renueva periódi-

camente, no tiene la importancia que se le habia reconocido cuando las relaciones personales de los soberanos eran ménos frecuentes. Pero no por eso dejará de suministrar abundante materia de reflexiones á la prensa de todos los países. Será preciso, pues, acoger con reserva los pormenores sobre las cuestiones tratadas por los dos emperadores, y los convenios que se suponga hayan hecho, de que pretenderán informarnos todos los corresponsales de los más importantes periódicos del globo.

Para apreciar con alguna exactitud ese hecho conviene además no olvidar que la entrevista de Gastein no ha sido motivada por ningun hecho inmediato ni concreto, capaz de provocar conferencias ó resoluciones especiales. Quizás es sólo un acto de cortesía, y si fuera cierto, como anuncian los periódicos de Viena, que el conde Andrassy abandona el poder, entre otras razones porque la política de Austria va á separarse un tanto de la del príncipe de Bismark, se aproximarian más á la verdad los que creyesen que ese hecho, que la entrevista de Gastein no tiene ni una significacion, ni un alcance extraordinarios.

*
* *

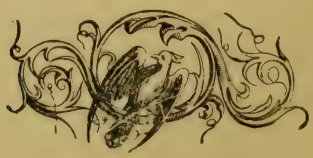
La Puerta será constantemente un Gobierno de resistencia contra la civilizacion y la cultura cristiana, contra todo género de progreso y de adelanto. Ni las condescendencias de Europa, ni el apoyo de Inglaterra lograrán modificar el carácter de su autoridad, esencialmente opuesta á todo lo que nos rodea. Keredin-Pachá ha sido arrojado del poder porque queria un ministerio responsable é instituciones parlamentarias. Keredin era un continuador de la política de Midhat-Pachá.

El serrallo no ha querido que ese cambio se opere, y el serrallo es omnipotente. A Keredin-Pachá ha sucedido un ministerio cuyos miembros más importantes son Savfet y Aarifi.

El primero tiene la presidencia. No hay gran visir; por segunda vez en estos últimos años se ha suprimido esa dignidad. Cuando lo fué por vez primera, siguiendo el consejo de Midhat, era esta medida indicio de que se inauguraba el régimen parlamentario. Cayó Midhat, hundiéndose su obra, y se restableció el visirato. Hoy lo suprimen de nuevo á fin de dar al sultan una posicion más firme y segura en el Gobierno. Hoy esa supresion significa la restauracion total del antiguo poder absoluto.

En el fondo de esa contradiccion lo que hay de cierto es que con gran visir y sin gran visir, con este ó aquel sistema de Gobierno, Turquía será siempre lo mismo hasta que Europa, cansada de contemplar cómo la Puerta hace estériles los frutos de su tolerancia, lance al otro lado del Bósforo á los descendientes de Otman.

Las últimas noticias de Constantinopla auguran la proximidad de otra crísis. No hay acuerdo sobre ningun importante problema en el seno del Gabinete. En el arreglo de la frontera turco-helénica Savfet se inclina á una solucion conforme al 13.º protocolo del tratado de Berlin, mientras que el ministro de la Guerra, Ghazi Osmán-Pachá, y sus parciales rechazan toda solucion que se funde sobre bases distintas de ias bases inadmisibles que ofrecian los delegados turcos en Prevesa. Osman-Pachá es un elemento perturbador en el Gobierno de que al cabo deberá prescindir el sultan, de que al cabo prescindirá cuando le obliguen las potencias.



ANÁLISIS Y ENSAYOS.

Politische correspondanz Friedrick's des Grossen, Erster Band. Berlin, *Alex* Duncker, 1879, un volúmen en 8.°

La publicacion de la correspondencia política de Federico es un acontecimiento literario de primer órden, tanto á causa del número como de la importancia de los documentos que en ella van á aparecer. Al primer tomo que acaba de publicarse y que consta de cerca de quinientas páginas, impreso en caractéres bastante compactos, seguirán otros veinte y nueve. Esta obra será un monumento histórico que no cederá en nada á la coleccion de las obras de Federico, editadas en 1846 por órden del Gobierno prusiano. Esta vez tambien la Academia de Berlin es la que dirige esta grande empresa, cuya ejecucion ha confiado á tres de sus individuos, cuyos nombres son una garantía del espíritu rigurosamente científico que presidirá tanto á la eleccion como al análisis de los documentos: son estos Mres. Droysen, Max Duncker y H. de Sybel. Por vasto que parezca, en efecto, el cuadro de la publicacion,

no debe comprender toda la correspondencia, proponiéndose los editores eliminar los documentos secundarios y conservar sólo los que merezcan serlo, los que ilustren y precisen la política del soberano, sus miras y sus actos en todas direcciones, y hasta pudiera decirse en todos sus pliegues y rodeos: tales son las cartas á los reyes y ministros extranjeros, sus instrucciones á sus propios agentes, sus anotaciones marginales en los informes de sus ministros, y que por lo general se reproducen en sustancia. En una palabra, el pensamiento político completo de Federico, es lo que se nos entrega con sinceridad, sin omisiones ni restricciones, y ciertamente, este es un espectáculo tan instructivo como lleno de alicientes, el que ofrece un espíritu superior dominando á sus contemporáneos, confundiéndolos por la habilidad y por la audacia, cuando no por la extension ó la moralidad de sus combinaciones.

El primer tomo de la correspondencia empieza con el reinado, en Junio de 1740, y nos conduce hasta el fin de 1741: apenas contiene otra cosa que cuestiones relativas á los negocios extranjeros; las negociaciones están en primer término; los mismos despachos militares son escasos y de interés secundario. La accion de Federico es enérgica, directa y exclusiva, aunque sólo tenia veinte y ocho años; ninguna eminencia le rodea ni aminora su papel, por lo ménos en el campo diplomático. Los ministros que le secundan en la direccion de los asuntos interiores, Borcke, Thulemeier y H. de Podewils, no son más que escribientes; este último, sin embargo, no era un talento sin inteligencia; pero no tenia nada de Louvois ó de Bolingbroke y casi puede dudarse que haya ocupado al lado de su amo la situacion de Fleury ó de Walpole. Federico no se molesta para hablarle militarmente. «Os prevengo—le escribia en Junio de 1741—que no os chanceeis conmigo, y ejecutad al pié de la letra lo que os mando, ó vuestra cabeza saltará de vuestros hombros.... Arreglad el asunto; tengo motivos para estar poco satisfecho de vos, y si no reparais vuestras groseras faltas, sabed que hay bastantes fortalezas en mi país para encerrar en ellas á los ministros que obran contra la voluntad de su amo.»—El pobre Podewils contestó con dignidad y no tuvo gran trabajo en justificarse; pero tales borras-

cas, si no eran el tono habitual, tampoco eran excepciones, y caracterizan la naturaleza de las relaciones del jóven soberano con sus ministros.

El primer pensamiento de Federico al salir al trono fué el de engrandecimiento y conquista. La Prusia, decia, es una especie de hermafrodita que tiene más de electorado que de reino, y se impuso la tarea de decidir la naturaleza de aquel sér mixto. Su padre le habia dejado un tesoro bien provisto y un excelente ejército de 80.000 hombres, que se apresuró á elevar á 100.000. La Bélgica tuvo el privilegio poco envidiable de proporcionar el motivo de su primer ensayo y de aumentar tambien su reserva metálica. El obispo de Lieja, bajo la impresion de una ocupacion militar, se vió obligado á rescatar, al precio de 200.000 escudos, unos derechos más que hipotéticos sobre la baronía de Herstal; pero el rey de Prusia no se vió reducido por mucho tiempo á querellas tan mezquinas. El emperador Cárlos VI murió el 20 de Octubre de 1740, ménos de cinco meses despues del advenimiento de Federico, y desde el primer dia de su reinado, éste habia previsto y contado con este suceso: «El emperador, decia, es el viejo fantasma de un ídolo (*sic*) que habia tenido poder en otro tiempo.... pero que ahora no es nada.» Unicamente que para participar de su herencia y asegurarse una buena parte de ella, le era preciso una alianza. ¿A quién dirigirse? Nada tenia que esperar de la emperatriz Ana de Rusia, á quien sus intereses como sus simpatías la unian al Austria; sólo quedaba por una parte Inglaterra y Holanda, y por otra Francia con Baviera. Federico en materia de alianzas no tenia ninguna mira general, ni obedecia á ningun principio definido; no se guiaba más que por consideraciones de hechos, dispuesto á cambiar de sistema de la noche á la mañana, á romper sus compromisos, reemplazándolos con otros, si el precio de su conducta era el objeto inmediato y material que perseguia: la conquista de la Silesia. Hé aquí sus ideas á este propósito, segun un documento sin fecha que parece remontarse al mes de Noviembre de 1740.

"La Silesia es de toda la herencia imperial la parte á que tenemos mayor derecho y que más conviene á la casa de Brandenbourg; es justo sostener su

derecho y aprovechar la ocasion de la muerte del emperador para ponernos en posesion de ella. La superioridad de nuestras tropas sobre la de nuestros vecinos, la prontitud con que podemos hacerlas operar, y en suma, la ventaja que tenemos sobre nuestros vecinos es completa y nos dá en una ocasion imprevista como esta una infinita superioridad sobre las demás potencias de Europa.

La Inglaterra y la Francia están reñidas, y si esta última se mezcla en los asuntos del imperio, aquélla jamás podrá permitirlo, y de este modo las dos partes adversarias siempre me ofrecerán una buena alianza. Inglaterra no podrá tener celos de mi adquisicion de la Silesia, porque no le causa el menor perjuicio, al contrario, sólo debe esperar ventajas de ello en la situacion en que se encuentra, que exige tener alianzas.

"La Holanda lo verá con indiferencia con tanta más razon cuanto que se garantiza á los negociantes de Amsterdan los capitales que han prestado sobre la Silesia.

Si no encuentra uno su negocio con Inglaterra y Holanda, se encontrará seguramenta con Francia, que, además, no podrá contrarestar nuestros proyectos y verá con satisfaccion la humillacion de la casa imperial.

Queda Rusia. Las demás potencias de que acabo de hablar no están en situacion de turbar nuestros proyectos; solo Rusia es la que puede causarnos recelos.

En la primavera próxima no podremos encontrar á nadie en nuestro camino; así si Rusia quiere atacarnos, puede estar segura de tener enfrente á los suecos, de modo que se colocará entre el yunque y el martillo. Si la emperatriz vive, el duque de Curlandia (Biron), que tiene ricas posesiones en Silesia, se entenderá conmigo para que se las conserve, y además hay que hacer caer entre los principales miembros del Consejo la lluvia de Danac que les hará pensar como se quiera. Si la emperatriz muere, los rusos estarán tan ocupados con lo que pase en su casa, que no tendrán tiempo de pensar en lo que ocurre fuera, y en todo caso, hacer entrar en San Petersburgo un asno cargado de oro, no es cosa imposible.

Concluyo de todo este razonamiento que es preciso ántes del invierno estar en posesion de la Silesia y negociar despues en el mismo invierno, cuando se encontrará un partido que ofrecer, y negociaremos con éxito cuando estemos en posesion, en vez de que obrando de otra manera, perderemos nuestras ventajas y nada obtendremos por una simple negociacion, ó se nos impondran condiciones muy onerosas para concedernos bagatelas."

Esta página, á pesar de su extension, merece reproducirse integra; porque caracteriza maravillosamente las costumbres políticas de aquel tiempo. No hay, sin embargo, que equivo-

carse y juzgar al rey de Prusia tan severamente como lo haria con razon la conciencia pública de hoy. Esta brevedad de miras, ese cinismo desvergonzado, ese positivismo sin corazon, son rasgos generales de la época, los signos comunes de los soberanos y de los hombres de Estado; el Gobierno de Europa en la segunda mitad del siglo XVIII, es parecido á una vasta comedia de intriga. El derecho de gentes, la justicia internacional no habian salido del recinto de las escuelas, y la honradez pública era una virtud, cuya existencia apenas se sospechaba.

Verdad es que Podewils, el confidente en esta circunstancia de Federico, tal vez bajo el imperio de algun recuerdo clásico, tuvo un ligero escrúpulo y recordó que los derechos de la casa de Brandebourg á algunos ducados de Silesia eran muy discutibles; pero su amo y señor le contestó sencillamente:

«El artículo de derecho es asunto de los ministros, el vuestro; y tiempo es de trabajarlo en secreto, porque están dadas las órdenes á las tropas.» Tal era el espíritu del tiempo, de ese antiguo régimen que por fortuna tocaba á su fin.

Cuatro meses ántes de la muerte de Cárlos VI, quince dias ántes de su advenimiento, el rey de Prusia se habia puesto á buscar la alianza que necesitaba para apoderarse de la Silesia, enviando simultáneamente al coronel de Camas á París y al conde de Truchess á Lóndres. Al primero le escribia:

"Podeis decir que naturalmente amo á la Francia, pero que si se me desprecia ahora será para siempre y sin remedio; al contrario, si se me complace estaré en disposicion de hacer á Francia servicios más importantes que los que Gustavo Adolfo le ha prestado nunca.

Hareis mil agasajos y cumplidos al cardenal (Fleury), pagareis las palabras halagüeñas con palabras halagüeñas, y las realidades con realidades."

Entretanto le decia á Truchess:

"Hareis valer mucho el envío de Camas á Francia; direis, como si estuvierais celoso de él, que es uno de mis íntimos, que posee mi confianza y que no ha ido á Francia para ensartar perlas. Si quieren hablaros de negocios, decid siempre que no desesperais de obtener buen éxito si se os ofrecen condiciones mejores que las que nos hace Francia ....

Profundizad lo más recóndito de sus intenciones, hablad mucho de la inclinacion que tengo hácia ellos, no avanceis nada de positivo y hacedles esperar y temerlo todo."

Esta situacion equívoca debia prolongarse cerca de un año. En el mes de Noviembre Federico no habia obtenido ningun resultado en Francia: «no se puede sacar partido de esta gente,» escribia con despecho. La Inglaterra, cuyo soberano, Jorge II, representaba él mismo un papel doble y tenia, como elector de Hannover, intereses distintos, y á veces encontrados con los de su reino, no cesaba de bordear y evitaba todo compromiso formal. Entónces Federico se decidió á cortar el nudo gordiano y á tomar la iniciativa: en Diciembre de 1740 invadió la Silesia. En medio de sus armamentos escribia á Podewils: «Esparcid por Berlin el rumor de que he recibido noticias de que el Palatino padece desvanecimientos y que se teme por su vida; os suplico que representeis bien el papel de charlatan, y tomad del mejor orviertan y buen oro para dorar vuestras píldoras.» Hizo decir en Lóndres que sólo se acercaba á Viena «para impedir que el duque de Lorena se concertara con Francia, y obligarle, de cierta manera, á que se pusiera del lado de los marinos y de la religion» (reformada). Ordenó que se tuviera mano de gato con los franceses, é hizo saber en Viena que reclamaba toda la Silesia «en pago de mis trabajos y de los peligros que voy á correr en la carrera que voy á emprender en servicio de la casa de Austria.» «Conociendo, añadia, por la experiencia de mis antepasados, la irresolucion de la córte de Viena, ha sido preciso, sin consultarlo de antemano, tomar este camino, por su propio bien y, sobre todo, por el del duque de Lorena, á quien quiero y estimo infinitamente, y por cuyo cariño me he decidido á dar este paso atrevido, cortando así los retrasos de una negociacion larga é infructuosa en un asunto en que se trata nada ménos que de la salvacion de la Europa, de la casa de Austria y de la fortuna del duque de Lorena.»

Así comenzó esa memorable campaña que debia tener resultados tan decisivos para el porvenir de Prusia. Federico contaba con sus triunfos para procurarse aliados; la ménos

brillante de sus victorias, la batalla de Mollwitz (10 de Abril de 1741), le proporcionó la alianza francesa, que fué negociada en Junio y rectificada el 5 de Julio. Seguro de la cooperacion de Francia y de Baviera, Federico continuó su camino con más tranquilidad; pero al mismo tiempo que prodigaba los más vivos testimonios de simpatía á Fleury y al mariscal de Belle-Isle, al rogarles que obrasen sin tardanza, ofreciéndoles una fidelidad inquebrantable, no cesaba de negociar con María Teresa por la mediacion del rey de Inglaterra. Respecto á la cesion de la Silesia, María Teresa fué intratable hasta aquel momento (Agosto de 1741), pero ofreció, con una indemnizacion pecuniaria, la Güeldre austriaca y el ducado de Limbourg. Este pensamiento, que se anticipaba á una de las principales combinaciones del príncipe de Metternich, no agradó al monarca prusiano; sospechó que su rival queria enemistarlo con Francia y Holanda, atrayéndole hácia el Meuse, y rechazó la oferta, invocando el tratado de la Barriere. Rota la negociacion, escribió á Podewils:

"Haced que se marche ese tunante de negociador que no puedo sufrir; seria una infamia de mi parte entrar en negociacion con Austria é Inglaterra, y hasta arriesgaria mucho; despues de todo, la guerra que estamos haciendo es con un adversario bien fuerte, al paso que la otra seria con una parte flaca.... Echad de ahí á ese bribon de Robinson, y tened en cuenta, que si permanece más de veinticuatro horas en Breslau, me dá una apoplegía.... Que sepa que ha marchado.... Su reina de Hungría y su rey de Inglaterra no tienen más que ser víctimas, la una de su orgullo y el otro de su necedad."

Al propio tiempo hizo decir á Valory, ministro de Luis XIV, que la córte de Viena acababa de ofrecerle la Silesia baja con Breslau, y que habia rehusado por no faltar á sus compromisos con Francia.

Federico se queja en sus despachos de la duplicidad de los hombres de Estado de su tiempo y sigue la máxima: «Engañad á los engañadores,» y hay que convenir en que lo aplicaba con fruto; pero semejantes prácticas, demasiado fáciles por la carencia de toda intervencion y de toda publicidad legal, eran universales. A pesar de los compromisos más solemnes, de las protestas más excesivas, todos los actores de aquel gran drama

se miran con desconfianza, se engañan mútuamente, corrompen á sus agentes respectivos y firman tratados con la intencion preconcebida de aludirlos ó de romperlos si sus intereses les impulsan á ello. Thiebault, en sus *Recuerdos*, pretende que el cardenal Fleury ofreció al Austria abandonar, con ciertas condiciones, á su aliado el rey de Prusia; vistas las costumbres de la época, este cambio nada tendria de extraordinario; pero es justo observar que Federico en sus comunicaciones más secretas no ha hecho alusion á ello, ni siquiera parece haberlo sospechado.

La verdad es que él mismo ejecutó esta conversion y á espaldas de su mismo ministro Podewils. La negociacion fué conducida por el coronel de Goltz con intervencion del ministro de Inglaterra, lord Hyndford. Federico trazó por sí mismo el 9 de Setiembre el plan de una inteligencia secreta, que el 9 de Octubre era un hecho consumado. María Teresa cedió la Silesia con Breslau y Neisse, que el rey de Prusia debió tomar despues de un sitio simulado de quince dias; luego no emprenderia nada más; pero se continuaria la guerra en apariencia hasta el mes de Diciembre, cuando se firmaria una paz definitiva. El mismo dia en que se consumaba este acto escribia á Federico al mariscal de Belle-Isle:

"Tengo el placer de admirar aquí el gran papel que representa el rey de Francia, sosteniendo al elector, confundiendo los malos designios del rey de Inglaterra; además de desunir á los holandeses y llevar la guerra hasta las puertas de Petersbourg. Estaba reservado á Luis XV el ser el árbitro de los reyes y á Mr. de Belle-Isle ser el órgano de su poder y de su sabiduría."

Y en una posdata añadia: «Tengo en frente de mí al enemigo, y por retaguardia 6.000 húsares.» Sobre este episodio tan poco conocido abundan los detalles.

¡Cuán léjos estamos del *Anti-maquiavelo*! Hay momentos en que se creeria ver detrás del monarca la fisonomía burlona de Voltaire. Estos renglones toman, á pesar nuestro, el carácter de un proceso á la tendencia de la época; pero cualquiera que recorra el volúmen no se librará de semejante impresion. Sobre ese fondo monótono de intrigas, de mentiras y de perfidias, cuya vulgaridad acentúa más lo grosero de las ex-

presiones, Federico sólo aparece entre sus comparsas como un artesano más hábil en el fraude universal. Todos nuestros sentimientos, todas nuestras convicciones se rebelan contra semejantes procederes gubernamentales. ¿Es esto decir que basta para sentenciar que baje el héroe de su pedestal? No estamos más que en el primer tomo de esta correspondencia, y Federico no se ha mostrado por completo como general y negociador, más que en la guerra de los siete años, ni como administrador más que durante los años que la siguieron; es conveniente, pues, suspender el juicio. Entretanto, lo que le distingue, lo que se revela en sus primeros meses de reinado, es la energía de su carácter, la audacia de sus empresas, y sobre todo, ese patriotismo, tan raro en aquella época, que le hacia subordinar sin reserva su vida y su libertad á la grandeza de su país. A principios de 1741, Federico estuvo dos veces á pique de caer en manos del enenigo, y entónces escribió á Podewils:

"Si me ocurriese la desgracia de ser cojido vivo, os mando de la manera más absoluta, y me respondereis de ello con vuestra cabeza, que durante mi ausencia no respeteis mis órdenes, servireis de consejero á mi hermano, y que el Estado no cometa ninguna accion indigna para obtener mi libertad. Al contrario, en este caso, que se obre con más energía que nunca. Yo no soy rey sino cuando soy libre."

Hé aquí heróicas palabras que clasifican á un soberano. No es más que un relámpago; pero bajo el punto de vista del hombre y del juicio de la historia, vale más que la conquista de una provincia.

E. BANNING.

* * *

El conde de Serre. la política moderada bajo la restauracion. por Charles de Mazade, París, Plon en 8.°, 301 páginas.

El conde Hércules de Serre emigró siendo jóven, pues apenas tenia quince años cuando estalló la revolucion: educado en la Academia de Artillería de Pont-á-Mousson, se incorporó como otros muchos al ejército de los príncipes, se batió en Oberkamlach, y en medio de los azares de la guerra, estudió los clásicos y aprendió el aleman.

Por fin, despues de mil aventuras naufragó en una aldea de Suabia, en Rettingen, y se hizo maestro de escuela, no volviendo á su país hasta despues de haberse establecido el consulado. Apenas regresó, resolvió dedicarse al derecho; en poco tiempo llegó á ser uno de los primeros abogados de Metz, y se encargó de los negocios de su amigo Mr. Wendell, que dirigia entónces las fundiciones de Hayange, y fundaba una gran industria. En 1814 fué nombrado primer abogado general en el tribunal de Metz, y cinco meses despues, presidente del Tribunal Imperial de Hambourg, capital entónces del departamento francés de las Bocas del Elba. Los reveses lo trasformaron en intendente general del ejército de Davonst; por fin en 1815, despues del regreso de los Borbones, llegó á ser presidente del tribunal de Calmar, y terminado el período de los cien dias, durante el cual se habia retirado á sus posesiones del Moselle, diputado por el Alto Rhin. Entónces fué cuando empezó el importante papel que siguió representando hasta su muerte. Estaba maduro para la política; acostumbrado al uso de la palabra, ilustrado por la experiencia de las cosas, tomó puesto entre los oradores de la nueva Cámara.

Desde luego se opuso á la reaccion; atacó los actos «dictados por la pasion;» protestó contra las proscripciones que los ultra-realistas querian hacer más extensas, contra la pena de muerte y contra el efecto retroactivo que querian dar á las leyes. Cuando se propuso la confiscacion de los bienes de los

condenados políticos, exclamó Mr. de Serre: «¡Señores, nuestro tesoro puede ser pobre; pero que sea puro!» Pertenecia al grupo liberal, que todavía no era un partido, pero en el que formaban ya Royer-Collard, Beugnot, Becquey y Bourdeau. Royer-Collard, sobre todo, lo dominaba por la elevacion de su espíritu y la altiva gravedad de su lenguaje, así como de Serre se atraia á Royer-Collard por la generosidad de su carácter, por el noble y patriótico ardor de su alma, por su palabra nerviosa, que no cesaba de hacer oir en los debates más apasionados, y cuyo poder aumentaban las contradicciones. Así, pues, cuando Luis XVIII se decidió, por consejo de Mr. Decazes, á disolver la Cámara «inhallable,» y cuando de las nuevas elecciones salió otra relativamente liberal, Mr. de Serre fué quien tomó como presidente la direccion de los trabajos parlamentarios.

Pero el duque de Richelieu, jefe del Gabinete, se inclinaba á la derecha; hizo elegir presidente de la Asamblea, en la sesion siguiente, á Mr. Ravez, y pidió el destierro de Mr. Decazes á la lejana embajada de San Petersburgo. Esto era abandonar la política moderada. El duque de Richelieu habia ido demasiado lejos; salió del ministerio, cuya presidencia se confió al general Dessoles; Mr. Decazes, lejos de ir á la embajada de Rusia, fué nombrado ministro del Interior, y Mr. de Serre Guarda-Sellos. Este es el ministerio que la historia señala con el nombre de ministerio Dessoles-Decazes-Serre (29 Diciembre 1818). De Serre representaba en él un papel preponderante por sus relaciones con el centro izquierdo y con los liberales, siendo el representante más distinguido de los doctrinarios. Cuando el baron Louis, ministro de Hacienda, tuvo que proponer á la Cámara la votacion de un presupuesto de diez y ocho meses, de Serre fué quien contestó á las ásperas y violentas frases de Mr. de la Bourdonnaye, el más fogoso de los ultras. A los que gritaban que se violaba la Carta, replicó que los verdaderos partidarios de la Carta no eran los fariseos que se contentaban con un culto puramente exterior, y quienes con la Carta siempre en la boca, presentaban escrúpulos y sutiles querellas, sobre las sílabas y las comas. Cuando la Cámara de los Pares, hostil á los moderados, pidió la modifica-

cion de la ley electoral, y cuando Luis XVIII hubo hecho una hornada de sesenta pares (entre los que algunos tenian la *mancha* de los cien dias), de Serre declaró que con esta medida se habia colocado á la alta Cámara en una feliz é íntima armonía con la Francia, respondiendo con hechos á las palabras de union y olvido que habian pronunciado los Borbones al ocupar de nuevo el trono. Proponíase entónces hacer votar por la Cámara tres leyes que hubieran sido hasta cierto punto la Carta de la prensa; tenia por objeto, la primera definir la participacion en los delitos y en los crímenes; la segunda fijaba los términos de los procedimientos y el carácter de la jurisdiccion llamada á sentenciar, y la tercera se referia á las condiciones de publicacion de los periódicos. De esta manera sustituia á los procesos preventivos un sistema de garantía material y de responsabilidad personal; creaba un régimen regular para los escritos, é introducia el jurado en los asuntos de la prensa. Por su elocuencia y por la de su émulo, Royer-Collard conquistó el voto de ámbas Cámaras.

Pero á la renovacion anual de 1819, los liberales obtuvieron la victoria; el general Foy fué enviado á la Cámara por el departamento de l'Aisne, y el abate Gregoire salió de su oscuro retiro d'Anteuil para representar el de l'Isere. Preciso es, decian los ultras, que el rey se trague á los jacobinos, para hacerle vomitar los ministros que tiene en el vientre; y ellos mismos, adelantándose á las alianzas parlamentarias de los tiempos presentes, votaron en favor del abate Gregoire. Esta eleccion aislada tuvo, como siempre, la importancia de un gran acontecimiento, y viéndose en ella una provocacion del espíritu revolucionario, el ministerio propuso la reforma de las leyes electorales. Sin embargo, por favorable que fuese este proyecto á los conservadores, no dejaba traslucir ningun designio de reaccion; pero con motivo de la oposicion del general Dessoles, del baron Louis y del mariscal Gouvoen de Saint Cyr, fué preciso crear un nuevo ministerio que fué el de Decazes, de Serre, Pasquier.

Ya en esta época estaba de Serre atacado del mal que debia llevarle al sepulcro, y tuvo que abandonar el campo de batalla donde tan ardientemente deseaba combatir y vencer; en el

momento en que queria «luchar hasta perder el aliento,» le fué preciso marcharse á Niza. Casi al mismo tiempo se verificó el asesinato del duque de Berry, que volvia á ponerlo todo en cuestion, excitando más que nunca el furor de las pasiones realistas. «Todos acabamos de ser asesinados,» escribia Mr. Decazes á de Serre. En vano propuso aquél dos nuevas leyes excepcionales, suspendiendo la libertad individual y restableciendo la censura de los periódicos; los realistas atacaron al «Seyano de Liburnia» con extremada violencia y abandonado al mismo tiempo por los liberales, á quienes habian irritado las leyes excepcionales, Mr. Decazes se retiró, resbalando en la sangre, segun la frase de Chateaubriand, y el duque de Richelieu volvió segunda vez al ministerio.

El duque era el más moderado de los realistas, y al elegirle Luis XVIII, permaneció fiel á su máxima de buscar una mayoría fuera de los ultras; ¿pero qué podia hacer el Gabinete en medio de la ardiente lucha de los partidos y cuando se estaban discutiendo las leyes excepcionales? Los ministros llamaron á de Serre: «sois muy importante en todo esto,» le escribio Mr. Barante; «vos sólo podeis sostener el ministerio, impedirle que se incline completamente á la derecha y reconciliarlo con el centro izquierdo;» pero por otra parte Royer-Collard, Víctor de Broglie y Froc de la Boulaye, el íntimo amigo de Mr. de Serre, le rogaban que no saliera de Niza y que no se comprometiera sin remision; Royer-Collard no creia ya en la alianza del órden y la libertad, ni en la union de la legitimidad y de la revolucion; «no digo,» escribia á de Serre, «que no puedan arrastrarse miserablemente, pero no hay razon para mezclarse en ello.»

De Serre regresó á París: «me abandono á los acontecimientos,» escribió á Mr. Decazes, «hasta que, como vos, caiga herido por el puñal de la calumnia.» No habia, pues, en el Parlamento más que dos campos opuestos, uno en el que se reunian todos los matices de la derecha, y otro en que se agrupaban todas las fuerzas del liberalismo. ¿No existia allí un poder moderador? Los espíritus sanos invocaban una mayoría como la de 1816 á 1820. «¡Que esta mayoría salga de sus ruinas,» exclamaba Royer-Collard, que se deje ver á la Francia que la busca,

que se eleve y eleve al ministerio por encima de los partidos!» Pero el ministerio no retiró las leyes excepcionales, esas leyes que Royer-Collard comparaba á los empréstitos usurarios que arruinan al poder, cuando aparentan enriquecerlo; y la Cámara no las votó sino despues de batallas encarnizadas en las que Benjamin Constant, Foy y Manuel, disputaron el terreno á los ministros palmo á palmo.

Quedaba la nueva ley electoral. De Serre estaba resuelto á defenderla, á combatir con todas sus fuerzas en favor del ministerio de que formaba parte, y hasta á separarse, si era preciso, de los doctrinarios. Echaba en cara á Roger-Collard y á los liberales que agitaban la opinion y que despertaban el espíritu revolucionario con su oposicion, y cuando Lafayette hizo el elogio de la bandera tricolor, exclamó que aquella bandera era la de la rebelion y que aquellas palabras, criminalmente imprudentes, podian seducir á los insensatos é impelerlos á la sedicion. Entónces sostuvo una «lucha homérica,» que duró veinte y cinco dias, llevando él sólo todo el peso de la defensa del gobierno, y rechazaba todos los asaltos sin vacilar, desplegando una energía viril, una vigorosa y altiva elocuencia llena de rasgos inesperados y de vivos apóstrofes. Por fin la ley fué votada, y es la que se conoce con el nombre del voto doble.

Pero de Serre pagó cara su victoria; el lector recordará á Burke y Fox rompiendo, pública y solemnemente, uno con otro en el Parlamento inglés, despues de largos años de una estrecha amistad; pues lo mismo rompió de Serre con los doctrinarios: «Lloro por vos,» le decia Camilo Jordan; «y yo por vosotros,» respondió de Serre. Él mismo anunció á Camilo Jordan, á Roger-Collard y á Mr. Guizot que habian dejado de pertenecer al Consejo de Estado, y á Mr. de Barante que cesaba en el cargo de director de Contribuciones indirectas.

Esta ruptura lanzaba á la restauracion en una vía fatal. En vano de Serre creia, con la ley electoral, dar diez años de respiro á los Borbones y diez años de prosperidad á la Francia; le era imposible gobernar con los realistas sin satisfacer sus pasiones. Perseguido por la idea de que era preciso, á toda

costa, defender á la monarquía contra las recrudescencias del espíritu revolucionario, se apoyaba en la derecha, sin querer entregarse á ella por completo; pero semejante alianza era imperiosa, habia concedido demasiado á los ultras para no herirlos en lo sucesivo con una negativa; y al aceptar su apoyo, aceptaba tambien sus locuras. La condescendencia del segundo ministerio Richelieu con la derecha, lo desarmaba de antemano; aquellos realistas moderados trabajaban por los realistas puros. Luis XVIII estaba entónces bajo la influenciade la condesa du Cayla, que, sometida ella misma á la del vizconde Sosthenes de Larochefoucauld, atraia á la «buena causa» al anciano rey fascinado. Los congresos de Laybach y de Troppau, las derrotas de la revolucion en Nápoles y Turin, el nacimiento del duque de Burdeos, las elecciones de 1820, que les fortificaron en el Parlamento, todo aumentaba el orgullo de los realistas. Hicieron entrar en el ministerio á Mr. de Villele y Mr. Corbiere; pedian la depuracion en las prefecturas; querian al rey sin la Carta, y amenazaban abiertamente las conquistas sociales de 1789. ¿Por qué alfilerazos, decia Mr. de Vitrolles, en vez de una buena puñalada? A fines de 1821 Mres. de la Bourdonaye y Delalot, jefes del partido, hicieron alianza con los liberales, y ante esta coalicion se retiró el ministerio. Mr. de Villele formó otro nuevo, lo cual, escribia más tarde Mr. Pasquier, era, más que una falta, un crímen.

De Serre fué nombrado embajador en Nápoles, donde conoció á Niebhur y disfrutó de las distracciones que el arte ofreció á su cultivado talento; pero su pensamiento no se apartaba de Francia y de la política interior de su país. No renunciaba á volver á la Cámara, y en los últimos meses de 1823 se presentó candidato en el colegio electoral de Metz; pero no fué elegido, habiéndole faltado cuatro votos para obtener mayoría, por haberse puesto en juego todo género de maniobras para hacer fracasar su candidatura, y se le presentó á los electores como jacobino, á este embajador del rey. De Serré, arrojado en la inaccion, murió el 21 de Julio del año siguiente.

Se le reconviene por haber variado de opinion; pero jamás

en sus aparentes cambios dejó de ser un liberal sincero; queria afirmar la monarquía por medio del espíritu liberal; y soñaba con unir todas las fuerzas de que disponia el partido moderado, contra todas las reacciones, cualquiera que ellas fueren; pero como acertadamente dice Mr. Royer Collard, y como no lo expresa suficientemente Mr. de Mazade, tenia la facultad de forjarse ilusiones; y esto fué lo que al fin le perdió, por más que él creyese sinceramente que iba á salvar la monarquía.

Habia nacido orador; tuvo en la tribuna esas frases brillantes que viven aún y vivirán en la memoria de los letrados. El fué quien dijo: «Se comienza por excluir y se acaba por proscribir.—La democracia corre anchamente por entre débiles diques, impotentes para contenerla.—Una sociedad bien ordenada es el mejor templo que puede ofrecerse al Eterno.—La obra más difícil es levantar para los siglos futuros un Gobierno libre; toda la sabiduría humana se emplearia en vano en ello sin el auxilio del tiempo, y el tiempo, celoso, sólo se ocupa de lo que él mismo ha fundado.» Mr. de Serre, decia un dia Mr. Royer-Collard en una conversacion, tenia grandeza de carácter; su elocuencia se elevaba á una region superior; ¿qué os diré? No á la region en que se forman las borrascas, sino donde se halla algo elevado y sublime. Seriedad, imaginacion, elocuencia, todo lo poseia.

Réstanos dar gracias á Mr. de Mazade por haber sacado de la correspondencia y de los discursos del conde de Serre materia para un libro tan interesante, en el que se agrupan alrededor de un sólo hombre los principales acontecimientos de la restauracion. Por lo demás, es una obra que llega á propósito; que nos describe una época en la que, como dice Mr. de Mazade, se agitó un problema que aún no está resuelto, el problema de la libertad reglamentada por las instituciones parlamentarias, y que nos muestra en accion la política moderada, que si bien á menudo no tuvo buen éxito, seguramente lo tuvo mejor en todo caso que la política de los partidos exclusivos.

C. H.

*
* *

Los Mirabeau. Nuevos estudios sobre la sociedad francesa en el siglo XVIII, por Luis de Lomenie, París, Dentu, 2 volúmenes en 8.°

Este monumento imponente, erigido á la familia de Mirabeau, no es un libro nuevo en absoluto; es una coleccion desarrollada y coordinada de los artículos publicados por grupos hace años en el *Correspondant* por el difunto Mr. de Lomenie, los cuales no debian ser en la idea del autor más que el preludio de una obra mucho más importante sobre el mismo gran orador, gran político y gran patriota.

Como los ocho tomos de las *Memorias de Mirabeau*, publicados en 1834 por su hijo adoptivo Lúcas-Montigny, el estudio de Mr. de Lomenie ha tenido por base y por documentos la innumerable suma de papeles, correspondencias de familia, y manuscritos de todo género legada por Mirabeau á su hijo adoptivo, considerablemente aumentada por las investigaciones infatigables de éste, que, á su vez, legó estos materiales á uno de sus contemporáneos, á quien juzgó más á propósito para continuar el exámen y el escogido de ellos de la manera más inteligente y más fructuosa para el público, en una palabra, á Mr. de Lomenie.

La eleccion fué acertada, y justo es tambien hacer notar que para un investigador y un biógrafo por vocacion, el regalo fué maravilloso. Durante veinte años Lomenie explotó esta mina y siguió sus filones en todas sus ramificaciones, sacando de ellos masas de material que sometió al crisol de la crítica, vendiendo los lingotes. Hoy tenemos á la vista la cadena de oro, ya medio forjada. ¿Quién la acabará de forjar y la pulimentará? ¿Quién se atreverá á trazar el retrato moral y político, tal vez definitivo, de aquel gran actor, juzgado prematuramente durante tanto tiempo, por las diatribas apasionadas de los órdenes privilegiados, cuyas tradiciones habia repudiado, y para las que no era más que un renegado y un revolucionario; ó por las invectivas de los terroristas, indignados á poca

costa de descubrir un monárquico y un reaccionario, y por consecuencia un traidor, en el que muerto ántes de que se hubiera pronunciado en Francia la palabra república, y ántes tambien de que la soberanía real y la emigracion se hubieran desacreditado y perdido por sus apelaciones al extranjero, no habia en sus votos ido más allá de la monarquía constitucional, y habia proclamado por sí mismo que «la calumnia tiene un siglo para oscurecer la verdad y falsear la reputacion de los grandes hombres?»

El gran Mirabeau está aún esperando un biógrafo completo, instruido, imparcial; porque no hay que pensar en condecorar con este título, por su reseña superficial aunque calurosa, al infortunado Vermorel, que despues dejó extraviar su talento y perdió la vida en la *Commune*. Tal vez Mr. de Lomenie lo hubiera sido; así, pues, el luto de su familia por su pérdida alcanza tambien al círculo más extenso de todos los que saben cuán esencial elemento seria para la historia de la libertad esta biografía.

En la espectativa nada podrá preparar mejor para el estudio de la revolucion y de sus mil precursores y poder penetrar en la vida complicada y desorganizada del siglo XVIII, que la lectura de las veintiocho monografías consagradas por Lomenie á los miembros más importantes y á las circunstancias diferentes de una raza tan original y tan mezclada en todas las agitaciones militares, sociales y judiciales de su época.

La descripcion en el pasado y en el presente del castillo de Mirabeau, encaramado en la cumbre de una escarpada roca de la Provence, y la discusion más larga que interesante de los títulos y orígen de una antigua y noble familia, cuya verdadera nobleza, cuya notoriedad é importancia histórica han sido incontestable y exclusivamente fundados por uno de sus últimos vástagos, Mirabeau, forman los tres primeros capítulos. Los tres siguientes relatan la historia romántica de un héroe de capa y espada, el marqués Juan Antonio, abuelo de Mirabeau, tan célebre por sus heridas *mortales*, á las que sobrevivió veintidos años, tiempo suficiente para casarse y tener siete hijos, como por sus golpes de pujavante en plena córte de un soldado que no *supo* ocultar bien la verdad; y luego la de su

esposa, matrona de gran severidad que acabó sus dias loca.

Con el capítulo VII entramos en el corazon del asunto y renovamos conocimiento con el padre y el tio de Mirabeau. De este tio, el «bailio,» ya nos habia dado noticia Lúcas-Montigny, haciéndole aparecer bajo una luz favorable por extensos extractos de su correspondencia, y que aquí vemos iluminado con un rayo más vivo y más cálido, presentándosenos «como tan bien dotado respecto á talento como todos ellos, y superior á ambos por la nobleza de su alma (sin embargo, era difícil poder luchar con su sobrino en este particular), por la rectitud y lealtad de su carácter, por el desinterés y la delicadeza de una conciencia escrupulosa, por todas las cualidades, en una palabra, que constituyen el hombre honrado (tomo I, pág. 147).»

Estos dos hermanos, el bailio, en su larga carrera, y el marqués, economista, apellidado el *amigo de los hombres*, pasaron más de cincuenta años separados uno de otro por el diámetro de la tierra, y nos ofrecen ese fenómeno más raro y más digno de atencion que los ejemplos célebres de las amistades de la antigüedad, cual es, el de haber sostenido, durante tan largo período, una correspondencia que cuenta más de 4.000 cartas, ó sean más de 6 al mes, en un sentido ó en otro, en las que reinan un afecto, una cordialidad, una confianza que van en aumento con los años («nuestras pasiones, dice el bailio, endurecen nuestros huesos,» y nuestras amistades tambien, podria añadirse, en los corazones bien dotados), y en la cual se trata, no sólo los asuntos, las acciones y los hechos de ámbos, sino que todas las grandes cuestiones que germinaban, se discutian y se cruzaban entónces, encuentran en esta correspondencia un eco original, inteligente y prolongado.

Esta correspondencia constituye el tesoro principal de que se han servido los dos biógrafos-editores, y hay que esperar que al fin se publicará íntegra algun dia y dotará á la Francia de un epistolario de primer órden en la persona del bailio de Mirabeau, que añadirá gran número de párrafos y de argumentos de peso á la obra de Taine sobre el Antiguo Régimen y sobre la desorganizacion incomparable y progresiva que sufrió la Francia desde los últimos años del reinado de Luis XIV.

En efecto, Mr. de Lomenie ha tomado de esta correspondencia á manos llenas. Al referirnos las proezas y los deberes cumplidos á conciencia por el bailio que fué marino, gobernador de la Guadalupe, militar atrevido y estudioso, general de las galeras de Malta, candidato al ministerio de Marina durante el reinado de madame de Pompadour, y siempre hombre de honor, Lomenie ha hallado el medio de resucitar en detalle todas las instituciones que se relacionan con tan diferentes cargos.

Luego pinta al marqués de Mirabeau, ese padre fatal y estrafalario cuyo sistema de educacion, contrario al buen sentido, hizo la desgracia de todos sus hijos, y en particular del orador que tanto se complació en calumniar; ese padre á quien Lomenie parece mostrar tanta indulgencia, en reconocimiento á la sana filantropía que se encuentra en sus obras de economía política, que sin embargo son á menudo absurdas. En seguida pasamos revista á sus principales amistades y gentes á quienes admiraba (Vauvenargues, Rousseau, etc.); su insensato matrimonio con la que debia ser la más desvergonzada de las esposas y las madres; la dilapidacion de su fortuna por cálculos quiméricos basados en desvaríos; las disputas sobre intereses entre el marqués y la marquesa, disputas que despues de largas y escandalosas hostilidades, terminan en una separacion completa y en una vida ulterior tan maculada por un lado como por el otro, extremidad demasiado comun en la mejor sociedad de aquella época, pues la sola obra de Lomenie hormiguea en ejemplos semejantes.

En medio de esta guerra intestina, y á vista de semejantes ejemplos, se educó el jóven Mirabeau, y apénas se comprende cómo despues de considerar tal espectáculo tenga el autor fuerzas para sentar de antemano las premisas de una gran severidad hácia este desgraciado jóven, tan bien dotado del lado del corazon y tan mal guiado por sus directores naturales.

Por fortuna, si esta tendencia nos parece muy rigorosa, recogemos una ámplia compensacion en ella por el exámen profundo, aunque episódico, de todas las cuestiones vitales que se presentan al paso.

Capítulos especiales y hechos de mano maestra, aunque á

veces algo largos, se ocupan en ahondar y esclarecer las injusticias más salientes y las pálidas ventajas del derecho de primogenitura, el inestricable avispero de los derechos de toda especie que pesaban sobre los pobres, y de que el clero y la nobleza estaban casi exentos; las justicias señoriales, los registros judiciales y los procesos eternos; luego, apropósito de las obras económicas del marqués, toda la historia de las doctrinas fisiocráticas, con digresiones sobre Quesnay, Turgot, el impuesto, las servidumbres, etc., etc.; en fin, la exposicion completa de las admirables teorías del marqués sobre la odiosa y funesta institucion de las órdenes de prision (*lettres de cachet*), y de la contradiccion en que cayó ese pobre reformador tirano, al reclamar, obtener y hacer ejecutar sucesivamente por sí sólo *diez y siete* de estas órdenes, contra su esposa, sus hijas, sus hijos, sus yernos y sus nueras.

En suma, este es un libro hermoso y útil que sólo deja al terminar su lectura un sentimiento, pero un pesar capital; que el autor no exista ya para continuarlo y llevar á feliz término, como sin duda lo habria hecho, su gran empresa.

EMILIO RERARD.

MISCELÁNEA.

LA *biblioteca del Cairo.*—Entre las novedades que Ismail Bajá ha introducido en Egipto, á imitacion de los europeos, hay que notar la fundacion de una institucion que acaba de nacer; pero cuya importancia, de seguro, aumentará con el tiempo: la biblioteca del Cairo. Antiguamente las bibliotecas eran comunes entre los musulmanes: califas, gobernadores, visires y demás personajes ricos, hacian cuestion de honra coleccionar hermosos y raros manuscritos. Además de una gran cantidad de pequeñas bibliotecas particulares mencionadas en la obra árabe *Kitab el Fihrist*, existian dos expléndidas y especialmente célebres: *La casa de la sabiduría*, perteneciente al califa Ma'mun (siglo IX), famoso por la proteccion que concedia á los sábios, y la otra, *El almacen de libros*, fundado en el Cairo por los fatemitas, y que á juzgar por la relacion del historiador Makryzy debe haber contenido una coleccion excepcionalmente rica. Todos estos tesoros fueron dispersados y la mayor parte de ellos destruidos. Una sola clase de bibliotecas, las de las mezquitas, ha tenido mejor suerte; la santidad del lugar, y más aún su carácter de dotacion pública, las ha protegido contra la expoliacion y la destruccion. Las mezquitas consagradas á las oraciones públicas, cuentan, con sus

dependencias, entre las dotaciones públicas, *Wakf*, y toda mezquita importante tiene generalmente una coleccion de libros, ejemplares manuscritos del Corán, que los particulares hacen depositar en sus tumbas, bibliotecas enteras legadas para uso del público. Cierto es, sin embargo, que un gran número de estos manuscritos han desaparecido, por la negligencia, y á veces por la infidelidad de bibliotecarios poco escrupulosos. Basta ver los numerosos manuscritos de las bibliotecas públicas de Europa, marcados con la palabra *Wakf*, para convencerse de que han pertenecido á una fundacion pública y que han ido al extranjero por una vía ilícita. Las bibliotecas de las mezquitas estaban, pues, espuestas á sufrir la suerte de otras colecciones de libros, y esta consideracion es la que dió lugar al nacimiento de la idea de fundar una biblioteca vice-real. El proyecto fué aprobado por el virey en 1870, por un decreto que disponia la reunion de todos los libros pertenecientes á la *Wakf*, á los ministerios de Obras públicas y de Instruccion, á la antigua biblioteca (coleccion de obras árabes impresas) y á otros establecimientos públicos. A este fin se ha construido un edificio provisional en el patio del ministerio de Instruccion; se han hecho investigaciones en gran número de mezquitas y escuelas y, en muy corto tiempo, se recogió tal cantidad de manuscritos, que fué necesario suspender su adquisicion á causa de la falta de personal para clasificarlos. La institucion tiene un fondo casi inagotable, porque, además de las mezquitas del Cairo, únicas que hasta ahora han sido exploradas y que contienen por sí solas más manuscritos árabes que las mayores bibliotecas de Europa, existen las de las demás ciudades de Egipto. El primer director de esta biblioteca ha sido Mr. Luis Stern, egiptologista aleman, que hace año y medio fué reemplazado por Mr. Guillermo Spitta.

A un informe de Mr. Spitta, publicado en *L'Academy*, debemos los detalles que anteceden.

Si se considera lo que se ha hecho desde que la biblioteca está administrada por europeos, es decir, hace cinco años, el resultado podrá parecer insignificante; pero si se tienen en cuenta las dificultades de todo género que se han presentado, se ve con satisfaccion que en ese corto período unos 24.000 volúmenes, cuyas dos terceras partes son manuscritos árabes, persas y turcos, han sido reunidos, clasificados y colocados en estantes con puertas de cristales, que se ha redactado un catálogo completo de libros europeos, y se ha emprendido la redaccion de otro de libros orientales, que está muy adelantado y en vías de terminarse; que cada dos años se forma una tabla de las nuevas adquisiciones orientales, y que el primer volúmen del catálogo científico aparecerá en breve. Además, se han abierto dos salones de lectura, aumentando cada dia el número

de personas que los visitan. Por último, quince copistas están regularmente empleados en la biblioteca.

La teología ocupa el primer lugar: sabido es, en efecto, que las dos terceras partes de la literatura árabe pertenecen á este ramo, que comprende, además de la exposicion del Corán, la ley, la gramática y la lexicografía árabe, la métrica y la retórica. En todos estos ramos, y especialmente en el primero, la biblioteca es la más rica del mundo, pues posee nada ménos que quinientos comentarios del Corán, y entre ellos el de Abd-er-Razzah, el más antiguo conocido; otro en 25 tomos de Tabary, considerado el mejor y hasta ahora el único ejemplar que existe. Las colecciones de tradiciones, de leyes, de lexicones, las obras de matemáticas, de medicina y de astrología, contienen igualmente raros é importantes ejemplares. La historia, la geografía y la poesía que interesan particularmente á los europeos, no ofrecen tanta riqueza, porque las mejores obras han pasado poco á poco á Europa, como es fácil convencerse en París y en Leyden. En fin, preciso es hacer mencion de la magnífica coleccion de manuscritos iluminados del Corán, que sobrepuja á todas las demás conocidas en número y en interés. Más de veinte manuscritos enormes, algunos de los cuales tienen más de tres piés de largo, están colocados sobre mesas por órden cronológico y permiten estudiar la historia de la ornamentacion en Egipto durante un período de 500 años. Algunos de estos manuscritos figuraron en la Exposicion universal de París.

Respecto á libros europeos, su adquisicion se hace únicamente con relacion á su utilidad actual, dándose la preferencia á los que tratan de enseñanza y de arquitectura, especialmente á los que no se encuentran en las bibliotecas particulares. Un sólo ramo, la Egiptología, se halla representada tan completamente como es posible. El folleto más insignificante que aparece es inmediatamente adquirido por la biblioteca del Cairo que, con el tiempo, llegará tambien á formar un digno complemento del museo egipcio de Boulak.

*
* *

La aldea bajo el antiguo régimen, por Alberto Babeau, segunda edicion.—París, Didier, en 12.°—Una grave reconvencion podria hacerse á Mr. Babeau respecto á su obra, á saber: que la aldea del antiguo régimen que en ella describe corresponde á la provincia de Champagne, y no á la del Lemousin, ó á la de la isla de Francia.

La mayor parte de los documentos que cita Mr. Babeau son tomados de la primera de estas provincias; de Troyes y de sus inmediaciones es de donde ha obtenido las principales noticias sobre las parroquias de la Francia antigua, y él mismo confiesa en su introduccion que el cuadro que ha tratado de bosquejar puede aplicarse con bastante precision al país situado al Norte y al Nordeste del Loira. De aquí el optimismo de Mr. Babeau, y por qué juzga á la Francia entera por la provincia de Champagne, donde el aldeano era relativamente feliz y poseia numerosas escuelas, de lo cual deduce el autor que los aldeanos del antiguo régimen no eran tan miserables ni tan ignorantes como se ha creido. Mr. Babean hubiera debido abstenerse de emitir un juicio sobre el estado de la totalidad de las clases agrícolas; quien mucho abarca poco aprieta, y mejor hubiera sido que se hubiese limitado á las provincias de Champagne y de Borgoña, exponiendo su opinion concreta y con deducciones ciertas y absolutas sobre la condicion de los aldeanos en ámbas provincias. Vamos tambien á señalar otro defecto de la obra; las documentos citados en ella se refieren á épocas distintas, unos al siglo XIII, otros al XV y otros al XVIII; y sin embargo, en la narracion del autor parece que en tantos años la organizacion de las comunidades ha permanecido la misma. En esto tambien hubiera sido preciso establecer distinciones, anotar diferencias y marcar períodos diferentes. De todos modos, y á pesar de sus defectos, la obra de Mr. Babeau nos hace conocer la administracion de las campiñas bajo la monarquía antigua y la gestion de los asuntos comunales por los aldeanos. Gracias á los documentos que el sábio archivero de Troyes ha sabido procurarse, se ve claramente la parte que tomaba en la administracion el cura, el señor y el príncipe, y el apoyo que daban todos á la instruccion, á la agricultura y á la asistencia pública. En la provincia de Champagne, bajo el antiguo régimen, así como en las municipalidades de la América del Norte, se administraban los negocios comunes por asambleas generales de los habitantes, protegidos por el poder central contra la opresion de los señores y hallándose garantidos contra el poder central por su misma debilidad, los habitantes de los campos deliberaban sobre sus propios intereses y elegian sus agentes, siendo por eleccion todos los cargos municipales. Repetimos, sin embargo, que no hay que creer, como Mr. Babeau, que la vida comunal y administrativa durante el antiguo régimen fuera igual en todas las provincias, debiéndose tener en cuenta las diferencias debidas á la conquista, á las costumbres, etc.

Recomendamos, sobre todo, en esta importante obra, los capítulos en que el autor expone la intervencion del Estado en las aldeas (milicia, servidumbres y percepcion del impuesto). Lo que Mr. Babeau nos cuenta de los derechos

señoriales, de la iglesia, del cura y de los mayordomos de fábricas es muy curioso y no se leerán sin gusto las anécdotas con que ha salpicado su narracion, por ejemplo, la de un hisopo mónstruo que esparcia sobre la peluca del señor una verdadera lluvia de agua bendita, y la de las campanas azotadas por el verdugo.

***

El *Library Journal* anuncia la venta de una de las más ricas bibliotecas que existen en Inglaterra, la de Henry Huth. La redaccion del catálogo exigirá por lo ménos un año de trabajo y constará de 5 grandes tomos en 8.° La más importante de las bibliotecas particulares de la Gran Bretaña es la de lord Spencer; le sigue la de Grenville, que pertenece hoy al Museo Británico y ha costado 1.500.000 pesetas.

La biblioteca de Huth ocupa el tercer lugar; pero vale casi el doble de la de Grenville, á consecuencia de la alza progresiva del precio de los libros raros.

***

John Lothrop Motley: A Memoir, por Oliver Wendall Holmes, Lóndres, Trübner.—Esta nueva edicion de una Memoria publicada en el Boletin de la Sociedad de Historia de Manssachussetts, no es todavía más que un bosquejo, á pesar de las adiciones que ha tenido. Mr. Holmes, por lo ménos, la considera así y presenta las razones en que funda esta opinion. Mr. Motley, dice, temia que su correspondencia privada se publicara; pero tiempo vendrá en que así suceda, cuando haya pasado á manos de una nueva generacion; por tanto el autor no ha querido recurrir á esta fuente de noticias, sino con la mayor reserva.

Nacido en Dorchester (hoy reunido á Boston), Motley estudió en el colegio de Harvard, despues en Gottingen y en Berlin, de donde volvió á Boston para terminar sus estudios de derecho; pero sus inclinaciones le llevaban á la literatura. En 1839 publicó su primera obra, *Morton's hope*, novela que á falta de otro interés, tiene el mérito, á juicio de Mr. Holmes, de ser una autobiografía. Otra novela, *Merry Mount*, no tuvo mejor éxito que la primera, y estos dos

fracasos hicieron que Motley se dedicara á la historia: habia encontrado su verdadera vocacion. Estaba preparando su grande obra referente al levantamiento de los Países Bajos, cuando supo que Prescott se ocupaba del mismo asunto, y habló de ello con éste último. Prescott contestó que el campo era bastante vasto para dejar lugar á los dos escritores, y llevó su generosidad hasta el punto de poner su biblioteca á disposicion de su jóven rival. Despues de diez años de trabajos durante los cuales recorrió la Europa para estudiar en las fuentes originales, Montley se dirigió á Lóndres, donde presentó su manuscrito al editor Murray, y aunque contaba que seria aceptado con agradecimiento, sólo obtuvo una negativa. Sin embargo, la casa editorial de Chapman consintió en publicar la obra, pero á costa del autor, que no tuvo motivo de queja.

Motley era un entusiasta admirador de Rubens, y la prueba la tenemos en el siguiente extracto de una carta que reproduce Mr. Holmes.

"No es solamente por el colorido por lo que este hombre sobrepuja con tanta facilidad á los demás, sino por la accion, en la cual se encuentra la vida, la carne y la sangre, además por el trágico poder de sus composiciones. ¿No queda uno espantado al pensar en la "vigorosa constitucion de ese hombre," en las yugadas de tela que ha cubierto, en aquel vigor muscular, masculino, con que ese expléndido flamenco se sumergió para coger por los cabellos un arte que se ahogaba en la mala mar de los Luca Giordano, de los Pietro Cortona y otros?

Guido hubiera muy bien podido exclamar: ¡Ese atrevido mezcla con sangre sus colores! Providencialmente llegó á la meta y evocó en sus lienzos hombres y mujeres vivos, que respiraban, que se movian. A veces es exagerado, atrevido, como lo son todos los hombres de gran génio, bastante audaces para luchar cuerpo á cuerpo con la naturaleza; pero siempre hay en él cierta cosa que hace temblar, y muy amenudo esta cierta cosa es lo sublime y lo patético."

***

Anúnciase la próxima publicacion en Rusia de un libro que ofrecerá para aquel país el mismo interés que las obras ilustradas en las demás naciones de Europa. *La Rusia Ilustrada*, tal será el título de esta obra, que comprenderá la descripcion geográfica histórica, etnográfica y estadística de aquel vasto imperio. El director de la empresa es Mr. de Semenoff, presidente de la Sociedad rusa de geografía, y entre los numerosos colaboradores, se leen los nom-

bres más notables del mundo geográfico de Rusia. La publicacion constará de cuatro tomos en folio adornados de gran número de ilustraciones, debidas á los mejores grabadores y dibujantes de Europa.

*
* *

La literatura alemana en los tiempos modernos, por Fernando Loise, miembro de las Reales Academias de Bélgica y España.—Un volúmen en 8.° de 400 páginas. París, Sandoy y Fischbacher, 1879.—Despues de una revista sumaria de la literatura alemana del siglo XVII y de la primera mitad del siguiente, Mr. Loise, casi en la cuarta parte de su obra, trata de Klopstock y luego de Lessing hasta el fin, pasando en silencio en *La literatura alemana en los tiempos modernos*, los nombres de Wieland, Herder, Schiller, Goethe... sin que nada haga suponer que esta obra debe continuarse.

El autor la ha dividido en numerosos párrafos, numerados con caractéres romanos de gran tamaño, de los cuales hay dos y á veces tres en cada página. En los manuales en que esta numeracion se emplea, tiene por objeto clasificar más rigorosamente las materias; pero Mr. L. se sirve de este sistema para colocar dentro de un marco los diversos pensamientos que le sugiere la exposicion de hechos: "¡Oh! ¡Siglo XIX, siglo de la industria y de la política, siglo de las artes que hablan á los ojos y al oido, y titulado fastuosamente siglo de las luces, cuando la ciencia ciega trata de borrar á Dios de la frente del sol, tú has tenido tus grandezas, pero te ocultas en tu gloria, porque tu brillo no es más que tinieblas delante de los inmortales resplandores del arte nuevo que eleva el espíritu á las verdades eternas! Alejémonos de un tiempo sin poesía y remontémonos á Klopstolck" (pág. 92, párrafo VI,).—Podria citar otras muchas digresiones en que Mr. L. "derrama," como dice él mismo hablando de Klopstock, "su sentimentalismo jaculatorio y lírico" (pág. 107).

El estilo de Mr. Loise es figurado. Conocida es la imágen célebre atribuida á uno de nuestros eminentes filósofos: "La filosofía es una muleta, á cuyo resplandor navegamos por la orilla del volcan." Mr. L. escribe con no ménos brillantez (pág. 54): "Es una fortuna para la especie humana que los soñadores filantrópicos y los filósofos del absurdo no seduzcan jamás á los pueblos hasta el punto de llamarlos á regir las riendas del Estado, y que su génio extraviado sea impotente á rehacer la obra de Dios por el modelo de las concepciones insensatas engendradas por la fiebre de un cerebro enfermo, confinado

al fondo de un gabinete de estudio, de donde se exhala el humo del orgullo que voga sin brújula á merced de todos los vientos de doctrina, sobre la mar sin fondo del error."

He suprimido una línea de esta frase que no es la más larga de la obra. En la pág. 31 hay una de treinta y seis renglones y medio, que por sí sola forma el párrafo entero Natural es suponer que el autor de estas laboriosas construcciones *ha pensado en aleman*. Mr. L. habita un país en que se habla francés, y que confina con Alemania; si su obra es un esfuerzo para traducir en francés para uso de sus compatriotas, el pensamiento germánico, por lo ménos la intencion es laudable, y hé aquí motivo para una crítica, que siendo sincera, querria ser graciosa. Por desgracia, el autor no está tan imbuido como podria suponerse en el pensamiento y en la literatura alemana; y nos manifiesta que acaba de terminar la lectura de la *Messiada* "hoy 17 de Febrero de 1876" (pág. 85); pero en sus juicios y en sus doctrinas apenas se inspira más que en nuestros escritores y parafrasea en un estilo ampuloso á Mrs. Bossert y Heinrich.

*
* *

Sobre la inteligencia de un pasaje del Mriccha katiká.—El drama sanscrito, titulado *El carro de tierra cocido ó de arcilla* (*Mriccka katiká*), contiene un pasaje que hasta ahora habia sido comprendido imperfectamente por los traductores. En el acto segundo se asiste á una escena de juego, que termina por una disputa entre uno de los jugadores y el dueño del garito, auxiliado por otro jugador. Estos quieren hacer desembolsar al primero el dinero que ha perdido, y no pueden conseguirlo, por la sencilla razon de que no lo tiene. Así es, pues, en vano, que lo persigan, que lo amenacen, que lo apaleen. En un momento dado, sin embargo, á Mathura, el director de lo que podremos llamar la ruleta, se le ocurre trazar, al rededor del jugador desgraciado é insolvente, el "círculo del jugador." Aumento de desesperacion de nuestro hombre, que exclama:

"¡Qué! ¿héme aquí encerrado en el círculo del jugador? ¡Ay de mí! esto nos impone obligaciones (ó nos expone á peligros) de que no podemos librarnos; ¿dónde encontrar lo que debo?"

¿Por qué causa ese círculo seria tan temible para el jugador? El texto no lo dice y tampoco el comentario de que se sirvieron sucesivamente Wilson y Paul Regnand para la traduccion del drama. Ahora bien; en la nueva é intere-

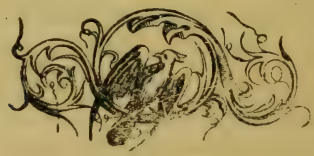
sante obra de Mr. de Gubernatis, la *Mitología de las Plantas* (pág. 57), se encuentra la cita siguiente, sacada de la relacion de un viaje á las Indias Orientales verificado en el siglo XIII, por Lud. Barthema, que parece tiene completa aplicacion al caso en cuestion y que hace desaparecer toda su oscuridad:

"Cuando alguien debe cobrar dinero de otro mercader, si puede mostrar algun documento de los escribanos del rey, que tiene así como un ciento de ellos á su disposicion, se procede de la manera siguiente: Supongamos que un individuo tenga que entregarme veinte y cinco ducados y que habiéndome ofrecido muchas veces pagármelos, no me los haya dado, y no quiera yo esperar más ni concederle ningun plazo, me voy á buscar al jefe de los Brahmanes (estos jefes son unos ciento), quien despues de haberse asegurado de la verdad de mi relato acerca de mi deudor, me pone en la mano una rama verde. Entónces sigo los pasos del deudor y procuro un medio de rodearlo de un círculo, que trazo en la tierra con la rama, y si puedo conseguir colocarlo dentro del círculo, le digo por tres veces las siguientes palabras:

"De parte del jefe de los Brahamanes y del rey te ordeno que no salgas de aquí sin pagarme y satisfacerme todo lo que me debes."

"Entónces él me paga ó muere de hambre en aquél sitio, aunque nadie quede allí para guardarlo; porque si saliera del círculo sin pagarme, el rey le haria perecer."

Esta explicacion, dice Pablo Regnand, es tanto más interesante cuanto que confirma la exactitud de las costumbres que hacen tan apreciable el drama citado.



MADRID, 1879.—Imprenta de MANUEL G. HERNANDEZ.
San Miguel, 23 bajo.

HISTORIAS INCREIBLES.

LA PESTE NUEVA.

É aquí cómo entré en relaciones con el señor abad de Husillos: Durante las vacaciones de mi quinto año de medicina, me comisionó el director de *La España Moderna* para que fuese á las grandes fiestas de Roma, en calidad de dibujante y corresponsal de tan acreditada publicacion. En aquel tiempo se pagaban al corriente y bien pagados los cróquis y los artículos; así es que, con el importe de tres meses de trabajo, tuve suficiente dinero para recorrer casi toda la Italia. A mi vuelta á Roma, desde el Mediodía, me eché las cuentas siguientes:

—Me restan aún doscientos duros, poco más ó ménos, y como he formado propósito de volver á mi casa sin una peseta, regresaré á España visitando á Génova, Niza y Marsella. He descrito muchas veces ese país sin haberlo visto, y para no volver á cometer en adelante tal pecado, emplearé mis últimos céntimos en recorrerlo.

Y tal cual lo pensé, así lo hice. Tres dias despues llegaba á Eza, entre Mónaco y Villafranca, y en aquella misma semana visité á Niza, Cagnes, Antibes, la isla de Santa Margarita, Cannes y Frejus. En este punto abandoné la costa y me dirigí á Hyeres, por San Tropez y Cogolin, por el hermoso valle abierto al pié de las montañas de los Moros.

En Hyeres me detuve bastantes dias; estábamos á mediados de Setiembre, y ¡cosa rara! á pesar de que aún no habia llegado la estacion en que estas playas se pueblan de innumerables gentes, la ciudad y la rada se veian sumamente concurridas. Además, lo confieso, aunque las otras poblaciones del litoral me habian encantado en sus bellezas naturales y artificiales, encontré en Hyeres no sé qué dulzura en el clima, no sé qué atractivo seductor en sus paisajes, y algo de grandioso, de imponente en aquel mar trasparente, en aquel horizonte sereno y perfumado, y en las expediciones nocturnas que haciamos á las islas en veloces barquichuelos. Hyeres parece un anfiteatro colosal, resguardado de los aires frios por una muralla de rocas cubiertas de vegetacion, y expuesto á la tibia brisa que sopla de Italia. Desde la ciudad al mar hay larga distancia, que apenas se hace sensible por los pintorescos y múltiples detalles del camino, y por la velocidad con que se recorre en el tren de la playa. Despues de haber visitado y dibujado las colinas de los Pájaros, del Paraiso y de Nuestra Señora, las fortificaciones viejas, con sus puertas góticas, el castillo y la moderna Hyeres, formada tan sólo por la calle Nacional, que tiene dos kilómetros de longitud, y que ostenta arrogantes palmeras en sus plazas; la iglesia de San Pablo, con sus restos del siglo XII, y su famoso mirador, desde el que se descubre uno de los panoramas más bellos del mundo; la torre cilíndrica de los Templarios, las bellas arcadas románicas de la iglesia de San Luis, el monumento de Massillon, y las cien casas de campo, que esmaltan aquellos preciosos alrededores; despues de haber subido á todos los picos de las rocas, y de haber penetrado en las solitarias sombras de los frescos valles, me decidí á vivir algunos dias en las inmediaciones del puerto, en el modesto hotel Marítimo, que un catalan acababa de abrir.

Encontré en mi alojamiento varios compatriotas, con los que hice mis escursiones por tierra y por mar. Repito que las cercanías de Hyeres son un jardin continuo, un vergel encantador. Abundan allí los naranjos, los limoneros, las palmeras altas de diez y seis metros, caña índica, los colosales cactus, las guayabas americanas, los nísperos del Japon, la caña de azúcar, y otras muchas plantas de la zona tórrida. Desde las islas que en la historia se llamaron de Oro, se distinguen bellísimas perspectivas, y hay en ellas tambien fértiles, apacibles y retirados valles. En la mayor, que es la de Porquerolles (de los Jabalíes), y que está muy poco poblada, pasamos algunos dias de campo recorriendo por entre las agradables sombras de sus bosques de encinas y pinos. Compré en ella á los campesinos varias medallas romanas, y tomé á la acuarela muy curiosos apuntes de algunos fragmentos de fortificaciones, que se conservan en pié. Desde la cima del Faro admiramos muchas veces la fantástica perspectiva que la rada, la costa y las islas ofrecen, formando aquel admirable círculo, que empieza en la península de Gieus, que se extiende por la playa de Hyeres, que cierran las montañas de los Moros, y que limitan por el Oriente las rocas del cabo Benot. Sobre el paisaje, y al Noroeste, en el interior, se alza la punta montañosa del Coudon, el punto más elevado de la série de colinas que lo constituyen, y desde el cual se distingue toda la línea festoneada de las costas del Mediterráneo, desde Niza á Marsella. ¡Qué horas tan deliciosas se pasan allí, lejos del mundo oficial, en la calma de aquel paraiso que ofrece en el mar los más bellos panoramas, y en la tierra las más deliciosas y encantadoras perspectivas!

Una tibia y plácida mañana me alejé de las casas de la rada, decidido á bañarme en un lugar solitario. Encontré entre las rocas una reducida playa tranquila y retirada, y me metí en el agua. Al poco rato, cuando volví la vista á tierra, ví, con singular sorpresa y extrañeza, un sacerdote, un cura español, con su teja, su sotana y su baston, que llegaba al punto en que yo me habia desnudado, y que se disponia á bañarse tambien. Nadé hácia la orilla, y cuando estaba á unas quince varas de ella, el cura, que me miraba fijamente, exclamó:

—Buenos dias, paisano. ¡Vea Vd. qué rara casualidad!

—Muy buenos, señor cura—contesté.—¿Cómo se explica el que se halle en este rincon de la tierra un sacerdote español, con su teja y todo?

—Aguarde un poco, hermano—dijo el cura, que estaba ya en mangas de camisa,—aguarde un poco, que allá voy á zambullirme yo tambien, y dentro del mar hablaremos.

Me aproximé más á la ribera, y observé á mi inesperado compañero. Era un moceton alto, colorado, de simpático y vulgar aspecto, y así como de unos cuarenta y cinco años. Una vez desnudo, se santiguó, dió un salto de experimentado nadador, se zambulló, y en cuatro brazadas vino á mi lado, y nos dimos un fuerte apreton de manos. Yo habia hecho pié en las rocas de un escollo, apenas oculto por el agua, y me ocupaba en fumar un cigarro, de los que siempre llevaba en el bolsillo impermeable de mi sombrero de baño.

Hizo pié el cura tambien, y me dijo:

—Conque ¿de dónde? ¿de dónde es el amigo?

—De la calle Chiquita—contesté.

—¿Y hácia donde cae eso, hermano?

—Cae detrás de la catedral de Vitoria.

—¡Hola! ¡segun eso es Vd. vizcaino! ¿eh?

—¡Casi, casi! y el pater ¿de dónde es?

—Soy el abad de Husillos.

—De Husillos. ¿En la orilla del Carrion? Entre Monzon, Fuentes, Villaumbrales y Palencia ¿eh?

—¡Cabal! ¡cabal! Oiga, hermano; ¿ha estado Vd. por aquella tierra?

—Sí señor; he estado en Husillos á estudiar su torre románica y su grandioso sepulcro romano, cuyo relieve representa la tragedia de Orestes, y á copiar la Vírgen sentada que tienen Vds. en el rincon de un altar, y á saludar la tumba del cardenal Raimundo, que fué á buscar aquel retiro en el siglo XII, segun la lápida, que, incrustada en un muro y rodeada de un marco, conserva el templo.

—¡Oiga! ¡oiga! ¿pues cuándo ha estado allí el amigo, que jamás le he visto yo?

—Sin duda durante algun viaje como el actual. Y ¿qué vien-

tos le han traido por aquí? Vendrá de Roma seguramente ¿eh?

—De Roma vengo, sí señor; pues he estado en la ciudad santa, con motivo de las grandes fiestas del mes pasado. Dió allí la casualidad de que en el convento en que yo paré, conocí y fraternicé con otro español, fray Pascual Martinez, que, emigrado de España desde nuestra guerra civil, está de párroco hace muchos años, ahí cerca, en un gran pueblo que llaman Cuers, sobre el ferro-carril de Tolon á Niza, á unas cuatro leguas de Hyeres. Simpatizamos muy pronto, nos hicimos muy buenos amigos, y me comprometió á venir á su parroquia para pasar en ella una temparada. ¡Y á fé que no me ha pesado! Jamás he visto en el mundo un país tan hermoso como este. Añada á ello que fray Pascual me trata como á un obispo, y figúrese si estaré contento. Hemos corrido la mayor parte de las ciudades y establecimientos de la costa, y en la actualidad estamos tomando la última tanda de baños, en este sitio precisamente. Hoy dá la casualidad de que fray Pascual ha tenido que ir á la fiesta de una villa inmediata, cuyo nombre no sé pronunciar, y á la cual le han convidado sus compañeros, y por eso he venido sólo. Al llegar á la playa, distinguí á Vd. dentro del agua, y dije: ¡Calla! ¡compañero tenemos! Despues me fijé bien, y sin poder dar crédito á mis ojos, añadí: ¡Diablo! ¡juraria que el bañista es español! A mí no se me traspinta ninguna cara de nuestra tierra. Cuando se fué acercando ya no tuve duda alguna, y por eso le saludé como le he saludado. ¡Vaya, hombre! y dígame, ¿qué viento le ha arrojado por estas playas?

—El mismo que á Vd., señor abad; yo tambien vuelvo de Roma, donde he estado haciendo correspondencias y dibujos para los periódicos de España. Al terminar las fiestas me sobraban algunos cuartos y algunas semanas, y me decidí á gastarlos por estos andurriales.

—Muy bien hecho. Segun eso, el amigo es periodista, ¿eh?

—No, señor, soy estudiante de medicina; pero pico algo en los periódicos, así de cuando en cuando, con el lápiz y con la pluma. Hágolo por mera aficion, y me vale el trabajo algun dinero.

—Hombre, yo recibo hace años *La Esperanza* y *La Rege-*

neracion; ¿escribe en alguno de estos periódicos, por casualidad?

—No señor; yo no soy escritor político; soy colaborador de *La España Moderna*, que es una revista literaria, ilustrada; y trabajo tambien en otras cuantas publicaciones.

—Y ¿es médico, además?

—Lo seré muy pronto, para servir á los amigos.

—Y á Dios, hermano.

—Y ¿qué tal le vá al señor abad por aquel rincon de Husillos?

—Pues á maravilla: el sitio no puede ser más pobre ni más pacífico, y como yo, desde mi juventud, he vivido entre poca gente, no echo de ménos el mundo ni sus regalos. Hasta los veinte años estuve en el convento de Benevívere; la libertad, ó lo que sea, nos arrojó de él, y como Dios no abandona ni áun á los pajarillos, voy viviendo, desde entónces, bajo su proteccion.

Duraron nuestro baño y nuestra conversacion media hora, y juntos volvimos á tomar el camino del puerto. Obligué al abad á que almorzara conmigo, y con este motivo pasamos casi todo el dia juntos. Por la noche, al tiempo de separarnos, porque el abad se empeñó en retirarse á comer á su alojamiento, vino á buscarle el reverendo fray Pascual, que volvia de la fiesta. El párroco de Cuers era un hombre de pequeña estatura, grueso, de alegres ojos, de francas y simpáticas maneras y muy bien conservado, á pesar de sus sesenta años. Nuestro encuentro le satisfizo mucho; oyó de boca del abad los detalles de mis ocupaciones y de mis estudios, y tuve que acompañarles á comer, obligado por sus francas ofertas. Los dos presbíteros españoles vivian, durante su temporada de baños, en una pequeña casa de campo, situada en el camino de la Rada á Hyeres, propiedad de una acomodada familia de Cuers.

Fray Pascual, que no habia vuelto á España desde el año 40, oyó, con mucho placer, las noticias que le dí acerca de Valladolid, Salamanca, Ávila y Madrid, pueblos que él habia conocido; y acerca de los adelantos públicos, de las costumbres nuevas y de los cambios que, en los campos y en las ciudades, se habian operado.

Oia tambien el de Husillos mis explicaciones como quien oye hablar de un mundo desconocido, porque, segun nos dijo, hacia más de veinte años que todas sus expediciones se habian reducido á visitar al obispo de Palencia, y á hacer algunas correrías por Astudillo, Támara, Carrion y Paredes, que es como quien dice á dar un paseo por detrás de las tapias de la abadía.

Si se decidió á ir á Roma, fué animado por las grandes descripciones de los periódicos, por el deseo, de toda su vida, de besar los piés al Papa, y por las excitaciones de algunos compañeros que se atrevieron, como él, á llevar á cabo tan atrevida empresa.

Ya unidos por la amistad, presenté mis dos reverendos á los otros compatriotas que habia en la rada, y unánimemente se decidió una expedicion de caza á la isla de Portcrós, que es la que está en el archipiélago de las Hyeres, entre la de Porquerolles y la de Titan. Fray Pascual, gran cazador, dirigió la jornada, que, por cierto, estuvo á punto de terminar fatalmente. Habiamos cazado durante las primeras horas de la mañana, y despues de tomar un suculento refrigerio debajo de las encinas, nos tumbamos á descansar. Bajó el abad hácia la playa, y molestado por el ardor del dia, se desnudó y se lanzó al mar. A los pocos minutos de estar en el agua, se vió sobrecogido por un desvanecimiento, que le hizo desaparecer debajo de las olas. Yo, que habia seguido con la vista desde mi asiento todos sus pasos, lancé un grito, y me precipité hácia la playa seguido de todos los compañeros. Me apoyé en una roca y, vestido como estaba, me arrojé hácia el punto en que el abad habia desaparecido. La profundidad del agua era poca, en aquel lugar, y muy pronto dí con mi amigo, que, sumergido, se esforzaba, en balde, para salir á flote. Le cogí con todas las precauciones posibles y nadé hácia la orilla, desde donde ya, desnudos, avanzaban dos amigos para ayudarnos. El pobre abad tardó mucho tiempo en volver en sí. Dímosle grandes fricciones con aguardiente, hicímosle vomitar la gran cantidad de agua que habia tragado, y, una vez fuera de peligro, tomamos á broma lo que pudo ser una tremenda desgracia.

Me pagó el abad su salvacion con repetidos abrazos y lágrimas, mientras fray Pascual daba rienda suelta á la risa diciendo:

—Te lo he pronosticado yo muchas veces al verte bañar despues del almuerzo. ¡Bien merecido lo tienes! Desde ahora debes la vida al médico, al revés de lo que suele suceder de ordinario, que lo que les debemos es la muerte. ¡Anda, anda! Vuélvete á dar un baño de postre.

—¡Pero hombre—repuso el abad—si yo estoy acostumbrado á bañarme en el Carrion en ayunas, y despues de comer, y despues de cenar, y á todas horas, y jamás me ha hecho daño!

—Es que hoy—añadí yo—hemos corrido, sudado y bebido algo más que de costumbre; y el cansancio, el excesivo calor y el vinillo de Hyeres no son cosas que acompañarán á usted muy á menudo en Husillos. Es preciso tener siempre muy en cuenta la carga con que se entra en el agua para saber cómo se ha de salir de ella.

—De todos modos—observó fray Pascual—ya tienes una peripecia más que contar en tu arciprestazgo, al cual de poco no vuelves si el médico no anda con el ojo y los brazos tan listos.

Fray Pascual y los demás paisanos volvieron á cazar dos ó tres horas. Yo me quedé acompañando al abad, quien no mostró deseos de divertirse despues del tremendo susto que habia llevado. Me habló, en nuestro largo y placentero descanso, de su hermana, única compañera con quien vivia, de sus años de estudiante en el convento, de sus conocimientos en historia y filosofía, de sus ideas respecto á los tiempos actuales y de sus esperanzas para el porvenir. De sus explicaciones deduje que el abad era todo un santo varon y un hombre de bien, bastante discreto y entendido. Al dia siguiente, los expedicionarios, invitados por fray Pascual, fuimos en caravana de Hyeres á Cuers, por la Grau y la vía de Sollies-Pont, admirable camino, sembrado de pintorescos detalles. La Grau, villa situada al pié del alto pico de Fenouillet, tiene ricos y fértiles campos, un canal y un torreon moderno llamado *de Castilla*. Se atraviesan el rio Gapeau y la villa de Sollies-Pont, alzada en ambas orillas, la cual ostenta un cu-

rioso castillo moderno. Cuers, la poblacion adoptiva de fray Pascual, está amurallada, tiene curiosos restos de las antiguas fortificaciones y un verdadero jardin en sus cercanías. La casa de fray Pascual reune todas las comodidades y gustos de una estancia canonical, porque hay en ella salon, cocinillas elegantes, biblioteca, galería de curiosidades, bodega, jardin, oratorio y altos y hermosos miradores. ¡Inolvidables dias pasamos en aquellos valles! Los compatriotas que viven en el puerto, volvieron al dia siguiente del convite, y el abad y yo permanecimos aún en la villa algunos dias, dispuestos á regresar á España inmediatamente. Fray Pascual nos acompañó á Tolon y Marsella, cuyas ciudades visitamos muy complacidos. Tres dias más tarde despedia yo en Vitoria al cariñoso abad de Husillos, con el que habia fraternizado sinceramente, y al que prometí visitar muy en breve en su abadía.

Así lo hice cinco ó seis veces en los diez años que trascurrieron, hasta que Dios lo trajo á mis manos con un motivo tan estupendo como inverosímil, y el cual forma el asunto principal de esta verídica historia.

Era en 187... y yo desempeñaba á la sazon el cargo de médico de los baños de Olaeta, en los montes de Aramayona. Aquellos famosos y desconocidos manantiales de azufre y hierro han hecho más curas maravillosas que las de todos los establecimientos juntos. En la reconstitucion de la sangre por el hierro, los baños de Olaeta chapean y blindan á las personas por dentro, en tales términos, que no hay dolencia capaz de atacar á los órganos, y en la accion penetrante y difusiva del azufre en la piel limpian, desinfectan y purifican tan radicalmente al cuerpo fuera, que ni un sólo átomo queda en él de los rastros y reliquias de la mala vida pasada. Así es que los sanos, para preservarse, forrándose la mucosa, la pleura, el diafragma y las vísceras en hierro puro, y los enfermos, para curarse, limpiándose la envoltura externa y sus raíces con el azufre, acuden allí á millares. ¡Lástima que no haya caminos para subir á Olaeta, que sea tan peñascoso y abrupto el suelo, y que no se cuenten cuatro dias durante el año, en que el termómetro centígrado llegue á marcar doce grados de temperatura!

En la época á que me refiero, y cuando la revolucion política chisporroteaba como las fraguas de Ochandiano, recibí una carta del abad, que tengo á la vista y que dice de esta manera:

«Amigo del alma: Desde la última que te escribí me ocurre una cosa extraordinaria que me trae bastante apesadumbrado. Es el caso, que sin más ni más, sin causa á qué atribuirlo, y sin explicacion que me consuele, me han salido en la cara, sobre la nariz y á los lados de ella, unas manchas redondas, negras, del diámetro de una lenteja, que los médicos de aquí lejos de acertar á curar, ven que se aumentan en número y en extension, en tales términos que las que ántes parecian pequeños lunares, son ahora como parches unidos entre sí. Tengo fiebre, aunque no muy intensa, y temo que se me empiece á trastornar la cabeza, porque duermo muy poco, y traigo siempre el pensamiento lleno de quimeras. Influye bastante en esto el tristísimo estado á que ha venido nuestra España. ¡Somos muy desgraciados, y es preciso redimirnos! Confio en que tú sabrás hallar un remedio para mi dolencia, y espero tus órdenes. Te envia un apretado abrazo Roque, abad de Husillos.»

Comprendí que mi buen amigo era víctima de dos dolencias: una física, la de las manchas negras, cuyo carácter no podia determinar desde lejos; y la otra moral, la de la fiebre política, que aquejaba á los españoles en general y á los absolutistas en particular. Decidido á proporcionarle todo el alivio posible, le contesté diciendo que se echara media docena de onzas de oro en el bolsillo, y que se viniera á Olaeta, sin pérdida de tiempo. Salí á recibirle á Vitoria, y tomamos el camino de los baños, montando en mi tílburi de campaña.

Extraña impresion me causó el aspecto del abad. Las manchas negras le cubrian toda la nariz y parte de los pómulos, y otras más pequeñas, pero muy numerosas, empezaban á marcarse alrededor de la boca, de los ojos y el entrecejo. Efectivamente, mi amigo tenia fiebre, aunque suave, y se expresaba con una violencia que no era comun en él. Su físico no habia cambiado; le encontré tan grueso como siempre, tan lleno de vida y de robustez.

Cuando nos vimos, su primera exclamacion fué:

—¿Qué te parece de mí? ¿Qué me dices de esto?

—Que estás muy guapo con esa mascarilla, querido abad; mas no debes preocuparte lo más mínimo; eso desaparecerá pronto.

—¿Y cómo explicas tú?...

—Calma, amigo; para explicarlo hay que estudiarlo, y el estudio se hará en Olaeta. Por ahora no pienses en tu mal. Hablemos de otra cosa.

—¡Tienes razon! hablemos de los pícaros revolucionarios.

—De todo ménos de eso hablaremos: un enfermo no debe cuidarse de semejantes cosas.

—Es que nuestra patria es la...

—Silencio, señor abad; el médico lo manda, y si quieres verte curado no hay otro remedio que obedecerme.

D. Roque se calló, y yo, conociendo sus gustos, empecé á indicarle la historia eclesiástica de los pueblecitos que atravesábamos. Nuestro cochecito volaba por la carretera de Bilbao. Pasamos por Gamarra Mayor, patria del obispo de Cartagena, D. Francisco de Gamarra; entramos en Miñano, en el arciprestazgo de Cigoitia; saludamos á Luco, cuna del famoso catedrático de Salamanca y maestro en el Concilio de Trento, Juan Bernal Diaz de Luco; vimos á pocos pasos á Urbina, donde San Antolin tiene su fama y su fiesta; dejamos en su altura al pobre Gojain, y al lado opuesto, al pié de los montes, la granja del Retiro de Rodriguez Ferrer, y entramos en Villareal, la antigua Legutiano, la del fuerte del castillo de Avendaño, la de las ricas minas de plomo, el pueblo de San Blas, patria del doctor Ordoñana, el génio director de Montevideo, y del brigadier Murga, uno de los valientes veteranos de la libertad. Tuvimos que detenernos en la villa accediendo á las instancias de sus dos prohombres, mis antiguos amigos el notario perpétuo Azcúnaga, y el alcalde perpétuo Oruna, y con ellos comimos, con gran complacencia del abad, á quien enamoró la llaneza de aquellas gentes. Despues del café emprendimos el camino de Ochandiano, dejando á un lado la subida del valle de Aramayona. Bien pronto entramos en Vizcaya y en la villa del dios Vulcano, célebre por sus herreros, por sus amarretacos y por sus músicos. Abandonando aquellos famo-

sos campos de batalla de los Avendaños, Múgicas y Brutones, y aquella calle poblada de fraguas donde ántes las casas de Arrieta, Elguea, Gordobil, Indusi Velalachea y Usaola pusieron sus escudos, pasamos el rio Urquiola, y empezamos á subir hácia Olaeta. Admirado iba mi buen abad de lo magestuoso é imponente de aquellos montes cubiertos de verdura, y coronadas por las calvas y calcáreas frentes las peñas de Urquiola y de Amboto. Expliqué á mi amigo la curiosa formacion geológica de aquellos terrenos, y le hice notar en ellos las diferencias que en el curso de nuestro camino separaban á la creta moderna de las cercanías de Ochandiano de la creta antigua de las inmediaciones de Amboto; aquélla formada por esquistos micáceos de color oscuro, con manchas rojas ferruginosas, limonitas amarillas y vetas blantas de cuarzo, con spatangus y rumulites en sus fósiles, y ésta constituida por grandes masas de verdaderas calizas compactas, sin capas muy marcadas al exterior, pardo-azuladas, duras, serpeadas por hilos de cristales calizos blancos, y por puntos circulares oscuros correspondientes á los fósiles terebrátulas, ciclaris y caprinidas. Amboto, en las edades geológicas, es padre de Urquiola, dentro del terreno secundario; y así como le lleva algunos siglos en su formacion, le lleva tambien 330 metros en altura.

—¡Muy alta es esa pícara peña en efecto!—exclamó el abad cuando le decia yo esto.

—Sin embargo, aún hay quien le aventaje en esta tierra—repuse;—vuelve la cabeza hácia el Poniente, y allí tienes aquellas altivas rocas que coronan al monte Gorbeu, de la misma familia geológica, y cuya cima se alza á 1.538 metros, es decir, sube 167 sobre la línea de Amboto.

Desde la mitad del camino tuvimos que apearnos y dejar que el caballo subiera el tílburi vacío, porque de otro modo era imposible el que pudiera avanzar en aquel áspero y empinado camino.

Los bañistas nos esperaban tumbados debajo de las encinas y robles del monte. Todos quedaron admirados al ver la rara fisonomía del abad. Venia éste vestido de negro, con inmenso leviton abierto, gran chaleco de raso, alzacuello bordado y

un tremendo sombrero de copa alta. Su traje negro y su rostro, negro tambien, formaban un horrible contraste. Sólo se distinguian blancas sus manos.

Mientras el abad se acomodó en mi habitacion, ya preparada al efecto, acosáronme los bañistas con mil preguntas acerca del carácter de la enfermedad del recienvenido, á quien una jóven marisabidilla bautizó con el mote de *El cura moro*. Yo evité toda clase de explicaciones, prometiéndoles una general y determinada en cuanto estudiase al enfermo.

Dejé descansar un dia al abad, y le sometí, al siguiente, á un detenido análisis é interrogatorio.

—Explícame—le dije—cómo empezó tu mal.

—Pues verás: hace como de tres meses veniamos reuniéndonos casi todas las tardes los curas de Monzon, Husillos y Fuentes, unas veces en mi casa y otras en las de ellos. Paseábamos por la carretera de Palencia, por las orillas del Carrion, por la vía de Santander ó por las eras, y tomábamos despues nuestro chocolate, ó algun otro refrigerio improvisado. Nuestras conversaciones no tenian otro punto objetivo que los excesos de la revolucion. Nuestro papel favorito era la valerosa *Regeneracion*. Un dia tuvimos que ir á Palencia, y por cierto que entónces compré este flamante sombrero de copa; despachamos nuestros asuntos y nos pusimos á la tardecita en el tren de Santander para detenernos en el apeadero de mi pueblo. Mis dos compañeros pasaron la noche en mi casa, y muy á gusto de todos, porque me habian remitido dias ántes un rico clarete de Cigales que hizo digna compañía á unas sabrosas magras que nos preparó mi hermana. Apenas nos levantamos al dia siguiente, uno de mis compañeros al saludarme se echó á reir, y bien pronto hizo duo con su risa la del otro. ¿Por qué se reian de mí? Trajéronme un espejo, me miré en él y ví que tenia una mancha, redonda y negra como la tinta en mitad de la nariz, sobre el hueso. Creyendo que era una mancha casual, me lavé, pero la mancha no desapareció. Supuse despues que desapareceria conforme habia venido, y no dí importancia á semejante cosa. Una semana despues me anunció mi hermana que me habian salido dos manchas más, del mismo tamaño en la mejilla derecha. No supe si tomarlo

á risa ó si ponerme en cuidado, y por toda prevencion, cuando el médico del pueblo acertó á pasar por mi casa, le hice que reconociera las manchas.

—¡Pche!—me dijo—esto no es nada; un pequeño vicio de la sangre, una hipecromia parcial, un lentiguillo; nœvi pigmentario leve; ¡pche! ¡nada! ¡nada! refresque Vd., *ello* desaparecerá.

Refresqué con todos los refrescos que hay en Husillos y sus cercanías, y ¡como si no! A los quince dias tenia siete manchas, y de ellas, las tres primeras muy aumentadas de diámetro. Mi humor empezó tambien á ponerse muy negro. Mis feligreses se reian del abad, y mis compañeros me embromaban á menudo. No pasaba rato más feliz al dia que el que dedicábamos á nuestra conversacion favorita á la política. Hombre ¡y cosa rara! con mi mal humor se desató mi elocuencia; yo que ántes era el más callado de todos los clérigos amigos, me convertí en un discutidor perpétuo. Es verdad, que tales y tan malas se van poniendo las cosas, que temo catástrofes sin cuento, y te aseguro que aunque parezca que no va á quedar piedra sobre piedra, triunfaremos de...

—¡Ya se vá la cabra al monte!—exclamé interrumpiendo al abad—déjate de consideraciones políticas, y continúa haciendo la historia de las manchas.

—Es verdad; pues señor, al mes de haber aparecido la primera mancha tendria unas cuarenta de todos tamaños; desde el de una peseta, que era el de las primeras, hasta el de un perdigon, que es el de las recientes. Dejé de salir de casa, y de trabajar en la iglesia. No me atreví á ir en consulta á Palencia para que no se rieran de mí. El médico me dijo que tenia fiebre, que le preocupaba mucho mi particular estado y que si debia ir á estas ó á las otras aguas; hizo traer de la ciudad unos polvos que sólo tomé una vez, porque notando que me hacian vomitar, los arrojé por la ventana; y me aplicó sobre la cara unos cocimientos que me dieron el mismo resultado que si los hubiera pegado en las paredes. Venian mis compañeros á verme, y con ellos, y con la lectura diaria de *La Regeneracion*, distraia mi profunda tristeza. Me acordé de tí, á menudo, pero creyendo que mi mal era cosa pasajera, no quise de-

cirte una palabra de él. Mi forzosa reclusion en casa, mi fiebre latente, y la continua ocupacion de pensar en el tristísimo estado á que los malos hijos de la patria nos han traido... porque creo que no me negarás que en los tiempos pasados teniamos...

—Al grano, señor abad, al grano—repuse, viendo que mi hombre volvia á descarrilar.

—Pues sí—continuó;—mi reclusion, mi fiebre y mis lecturas, me pusieron un un estado tal de excitacion, que acabé por no poder conciliar el sueño, y por perder la cabeza en algunos ratos. Viendo que el mal iba en aumento, consulté con mi hermana la conveniencia de escribirte, y con gran satisfaccion suya lo hice. Pero, ya ves en qué horrible estado vengo, y no quiero ocultarte que por más que en tu buen deseo me des muchas esperanzas, en lo íntimo de mi conciencia creo que no tengo remedio. Harto lo siento; no por mí, que al fin y al cabo no soy más que una miserable criatura, y un pobre pecador, sino por no poder contribuir con mi pequeño esfuerzo, tal cual es mi voluntad firmísima, á la salvacion de la patria, con la palabra en el templo hoy y empuñando mañana la....

—¡Alto y descansen!—le dije sonriendo, al ver que, conforme hablaba, se le inyectaban los ojos, sudaba, y movia sus crispadas manos como si las agitara un titánico temblor.—¡Alto y descansen! y vamos por partes: ¿qué enfermedades has tenido durante tu vida?

—Muy pocas: de chico una ligera pulmonía en el convento; y despues unas leves tercianas de esas que azotan al vecindario de Husillos, las cuales desaparecieron en cuanto tomé la *puchera de Becerril*.

—Y ¿nada más?

—Nada más.

—Recuérdalo bien.

—Bien lo recuerdo.

—Y dí, así en el amor.... ¡vámos! ¿no has tenido algun....

—¿Cómo?

—¡Vamos! ¿alguna caida, ó cosa semejante?

—¡Hombre, por Dios! ¿Yo?

—Santos más grandes cayeron.

—Es verdad; pero te juro que yo no tengo que avergonzarme de ello.

—Recuérdalo bien; mira que para nosotros los médicos es una gran luz el encontrar huellas en esos caminos.

—Bien lo recuerdo, é insisto en que no, en que no, y en que no.

—Bueno, hombre, bueno; ¡más vale así! Y dí, ¿el vino que bebeis es puro?

—Hombre, del mismo cosechero; sin química ninguna; lo más malo que puede tener es agua.

—¿Teneis jamones viejos en casa, ó carne en conserva, cecina por ejemplo?

—Sí; tengo jamones gallegos, y buena cecina; ¿y qué?

—¿Has notado si tienen puntitos blancos como huevecillos aplastados, ó gusanillos?

—No; mi hermana, que es una esperta y excelente cocinera, hubiera separado todas las carnes dañadas.

—¿Has oido, por si acaso, que en el pueblo ó en los inmediatos haya alguna epidemia de erisipela ó viruelas?

—No hay nada de eso.

—¿Bebes algun licor especial de postre?

—Ninguno más que el rico tostadillo de la tierra, que no es licor.

—¿Habeis comido pesca del mar este año?

—Sí, varias veces; los contratistas de Villada me han enviado merluza, bonito y sardinas; pero en muy excelente estado.

—¿Recuerdas si tus padres ó abuelos han padecido herpes ó escrófulas?

—Mis padres nada de eso padecieron; de mis abuelos jamás he oido decir que tuvieran tales enfermedades.

—Está bien: vamos al individuo. ¿Te han producido alguna vez escozor estas manchas?

—Nunca.

—¿De modo que no habrás tenido necesidad de rascarte?

—Jamás.

—¿Es sólo en el rostro donde tienes las manchas?

—Sólo.

—¿No recuerdas haber tenido alguna erupcion parecida en tu cuerpo?

—Ninguna he tenido.

—¿Has conservado siempre bueno el apetito?

—Siempre; y cada dia mayor.

—¿No notas dolores en el estómago, ó pesadez durante la digestion?

—No noto nada.

—¿Te saben bien los alimentos?

—Perfectamente.

—Tendrás sed á menudo, ¿eh?

—Bastante; sobre todo cuando se aumenta la fiebre.

—¿Sientes cansancio por la tarde?

—Ninguno; cada dia estoy más ágil y más fuerte.

—¿Encuentras novedad en tu manera de apreciar las cosas, y la de hacer los juicios y raciocinios?

—Eso sí; noto á veces que tengo más lucidez que ántes para comprender y discurrir; pero en cambio sufro á menudo desvanecimientos de cabeza y vaidos en el interior, como si me la comprimieran con fuerza; pero eso no es extraño, porque, ¿qué hombre de bien no se escita y exalta ante las infamias que están haciendo los.....

—Silencio, señor abad; que ahora no nos ocupamos de eso. Dime, ¿han tomado alguna vez esas manchas la forma de ampollas?

—Sí; he notado que ántes de aumentar de diámetro, se eleva la piel y se hincha un poco, pero despues cede, se aplaca y se dilata la mancha.

—Veamos—dije, aproximándome al abad, y disponiéndome á estudiar algunos puntos que, efectivamente, aparecian más elevados que el resto de la piel.

Las manchas nuevas eran completamente redondas, muy oscuras en el centro, y negro-rosadas en los bordes, que se desvanecian poco á poco hasta confundirse con el color moreno pronunciado del cutis. La superficie de éste era brillante y compacta, en términos que reflejaba la ráfaga luminosa del paso de un fósforo encendido. La temperatura de la piel era

inferior en la region afectada á la de la sana. Apliqué á las ampollas un pequeño y poderoso microscopio semicilíndrico y portátil y ví que el sistema poroso estaba muy abierto, pero seco y sin el jugo propio, y que cubria en cambio una capa semilíquida pastosa de olor característico. No se notaba la presencia de un sólo elemento piloso.

Hendí con un bisturí tres ó cuatro ampollitas abultadas y recogí con una chapita de platino el líquido negruzco que salió de ellas para analizarlo. En los puntos donde hice esta operacion perdió el color negro de la piel bastante de su intensidad. Este hecho me llamó mucho la atencion, por más que, dadas las explicaciones del abad, y su estado orgánico general, dadas la anomalía marcada que existia entre el estado febril y la regularidad de las funciones digestivas, y el rarísimo carácter y desarrollo de las manchas, estaba yo profundamente impresionado; sin que recordara haber visto ni haber leido jamás un caso semejante. Cuando terminé mi reconocimiento, me dijo mi amigo:

—Vamos, en resúmen, ¿qué tengo? ¿qué tal estoy?

—Tienes—contesté—necesidad de obedecerme en todo y por todo; y estás en disposicion de vivir muchos años.

—¿Con la cara negra?

—Y tal vez con todo el cuerpo negro.

—No lo comprendo.

—Yo tampoco.

—Pero, vamos, querido médico y salvador mio, dejándote de bromas, ¿qué es lo que tengo?

—Te digo que no lo sé, y que hoy estoy más á oscuras que ayer.

—De modo que.....

—De modo que déjate ir estudiando y cuidando, y ya hablaremos.

Suspendí todo tratamiento y medicacion por unos dias y me dediqué á meditar y estudiar el caso.

Mi hombre aparecia afectado de una enfermedad de la piel, de una dermatosis de muy difícil determinacion. La afeccion estaba circunscrita hasta entónces á la cara. A veces, por la extension y abultamiento que presentaba, creí ver una derma-

tosis congestiva, una rarísima variante de la erisipela; pero faltándome datos comprobativos, abandoné esa idea. No era una inflamacion serosa vexiculosa, ni exudativa, ni supurativa, ni flexmonosa. Parecíame unas veces una heterocrinia en el cuerpo mucoso de Malpeghio, y vacilaba otras entre creerla una heterotrofia incipiente ó una homogenia determinada. Que no era lesion traumática, ni afeccion parasitaria animal, ni vegetal, á la vista estaba. Era una enfermedad local protopática. Inclinábame á creer que podia tal vez reconocer por causa una alteracion de la sangre, puesto que no habia antecedentes seguros ni remotos de afecciones diatésicas, ni virulentas, ni tóxicas, ni ponzoñosas. No estaba, pues, en un caso de enfermedad sintomática, ni simpática, sino puramente idiopática ó protopática, como he dicho. Hasta entónces, la causa era desconocida. Dadas las contestaciones del abad á mi interrogatorio, no habia accion irritante, ni emocion moral, ni afeccion gástrica, ni idiosincrasia especial á qué atribuirla, porque la excitacion política que le preocupaba, era para mí un efecto de la dolencia y no un motivo. Este debia ser puramente físico; mas ¿cuál era su naturaleza? Volvíame loco tratando de determinarla, y no daba tregua á mis estudios ni áun en mis horas de descanso. Consulté á Alibert, á Cazenave, á Monneret, á Franck, á Gibert, á Devergie, á Bazin, á Lutz, á Rochard, á Gruby, á Hardy, á Verneuil, á Follin, á Alard, á Rayer, á Burdin, á Delaffond, á Biet y á Olavide, cuyas obras de dermatología tengo en mi biblioteca de Olaeta, y cada vez me encontré más confuso, ante los caractéres que la dolencia local, y el estado general del abad, presentaban.

Podia ser una hipercremia protopática, un eritema no clasificado, una flegmasía, un eczena de carácter extraño. Insistí otras veces en mi idea de la heterocrinia, melasma, nigricia parcial, en la de una hipercromia, ó de una heterotrofia framboésica, micosis fungoídea, variante del plan ó del yaws, y áun me metí á discurrir si podia pensar en una heterogenia de la piel jamás observada. ¡Sublime laberinto patológico el del abad!

Formé casi un proceso ordenado de todos estos estudios, y á fuerza de largas meditaciones, me decidí á creer que, no

siendo una dermatosis zooparasitaria, ni plutoparasitaria, no habiendo deformidad causante ni pseudo-exantemática, ni hemorrágica, ni hiperdiacrítica, ni nerviosa, no siendo una afeccion espontánea general, ni pudiendo considerarla como cancerosa, ni cancróidea, ni fibroplástica, ni tuberculosa, ni carbunculosa, ni muermosa, ni pelagrosa, ni leprosa, ni escorbútica, ni escrofulosa, ni reumática, ni herpética, ni sifilítica, por fuerza habia de considerarse como una afeccion artificial directa, cuyo secreto debia ser el único trabajo que podia preocuparme.

Hice el análisis químico y óptico de la sustancia semilíquida que me habian dado las ampollas. En mi microscopio solar, disuelta la sustancia en esencia de trementina, ya que el agua no la disolvia, me dió á la vista un conjunto heterógeneo muy oscuro, pero sin ningun rastro de organismo, ni de movimiento. En el análisis químico, mi sorpresa subió de punto al encontrar que el líquido era de naturaleza grasienta y que se componia de carbon, resina y alcohol. Cualquiera hubiera dicho que aquella materia negruzca era tinta de imprenta, y hasta el olor trascendia á ella. ¡Cosa notable é increible!

Al cabo de los ocho dias que duraron mis estudios, la enfermedad tomó mayores proporciones; las manchas, unidas casi por completo unas á otras, invadian todo el rostro, desde la línea alta de la frente hasta la barba, y empezaban á extenderse hácia las orejas y el cuello. Padecia el abad escalofrios; su fiebre era ya alta; la sed crecia, dejábase sentir una pertinaz cefalalgia, y la lengua mostrábase muy saburrosa. En cambio, para mi completa desesperacion, no disminuia su apetito, comia como un chico de veinte años, y andaba dos leguas cada dia por aquellos montes. Le prohibí en absoluto la lectura de los periódicos, lo que le produjo profunda desesperacion. Me negué á todas horas á hablarle de noticias y sucesos revolucionarios, y se enfadó conmigo, anunciándome que habia pensado abandonar á Olaeta. Pronto le calmé asegurándole que sólo el gran cariño que le tenia me obligaba á tomar tales precauciones. Con harto dolor noté que, á medida que la coloracion oscura de la piel invadia su organismo, se perturbaba más y más su inteligencia.

Comprendí que la curacion física iba á costarme tal vez ménos trabajo que la curacion moral, si dejaba á la enfermedad tomar mayor incremento, y me decidí á combatirla rudamente por todos los medios posibles. Sólo una consideracion me hacia desfallecer: la del desconocimiento absoluto de la causa del mal.

Empleé al principio el sistema hidropático con energía y despues las aplicaciones de masas de almidon; la pomada de brea y glicerina; las píldoras de arseniato amónico y extracto de acónito; el subnitrato de bismuto, y el arseniato férrico. Prescribí la dieta, que hubo de cesar á los tres dias, porque el abad me dijo:

—Todo cuanto me des lo tomo, ménos el castigo de no tomar nada. Si te empeñas en que esté á dieta, ó me marcho de aquí ó me muero.

Con tal verdad y sentimiento expresó esta creencia suya, que le dí ámplias facultades para que comiera de todo. Mis medicamentos no le hicieron ninguna operacion, absolutamente ninguna. Yo estaba desesperado, avergonzado, febril tambien. Las manchas negras le invadieron todo el cuello y la parte posterior de la cabeza. El abad estaba horrible; sólo tenia blancos los dientes y los ojos. Sus accesos de furia eran más frecuentes, sobre todo por las noches. De dia, pasaba las horas más tranquilo. Madrugaba con el alba, vestíase en un momento, calábase su enorme sombrero de copa y salia á paseo. Rezaba sus oraciones debajo de un roble y decia misa á las ocho. Tomaba despues un gran pocillo de chocolate con un cuartillo de leche y un cuarteron de vizcochos. Distraíase hasta las once en las galerías de los jardines y se administraba á esa hora el almuerzo, cuatro platos fuertes, tres soberbias copas de clarete riojano, algunos pasteles y su cangilon de café. Dormia la siesta hasta la una, é iba despues á ver comer al cura de Olaeta y hablar con él de política sin que yo lo supiera. Allí leia *de contrabando* y con gran complacencia *La Regeneracion*. Por la tarde retirábase á mi cuarto, oia mi parecer acerca de su enfermedad, y entraba en una especial melancolía de dos ó tres horas; sentábase despues á la mesa sin hablar una palabra, comia admirablemente y paseaba conmigo por los alre-

dedores. Luego llegaba el período doloroso: el de las noches, que en general eran insufribles, en tales términos que, en muchas de ellas se vestia, poníase su sombrero y salia al jardin á pasear, áun á riesgo de cojer un pasmo, bajo la influencia del aire helado de las montañas. Cuando acontecia esto, el pobre hombre permanecia al dia siguiente en el lecho. Dias seguidos hubo, en el período álgido de aquel rarísimo mal, que los pasó en un delirio furibundo, que sólo pude calmar á fuerza de irrigaciones de agua fria, de atemperantes internos, y de media dieta forzosa. Algunas veces temí por la razon y por la vida de mi amigo.

Mientras dormia sosegado algunos ratos, y velaba yo á la cabecera de su cama contemplándole, reflexioné sin cesar acerca del triste estado de su salud.

El enfermo era de naturaleza suficientemente robusta y firme para que las impresiones morales y políticas que le venian escitando hacia algun tiempo hubiesen podido determinar una alteracion en su organismo, en la masa de la sangre. Además, los centros digestivos estaban en el lleno de sus funciones, sanos y robustos, síntoma evidente de que los trastornos nerviosos que afectan á la sensibilidad en general no tenian gran alcance. Si mi hombre hubiera tenido alguna grave lesion orgánica, el estómago hubiera reflejado sin remedio la marcha de la dolencia. La fiebre era sintomática, de una irregularidad funcional, y esta irregularidad estaba en la dermatosis local, que conforme aumentaba, daba mayor intensidad á aquélla. Esta fiebre podia ocasionar y ocasionaba en parte el delirio; pero no era proporcional á los trastornos del sensorio. El asiento de los nervios que afluyen á la region superficial afectada no tiene tanta importancia en la masa encefálica que pudieran perturbarla. Yo no encontraba relacion posible entre el estado febril, que no pasó nunca de cierto grado de intensidad, ni entre la gravedad de la afeccion y el delirio, que llegó á ser muy grande. Sobre todo, ¿por qué al vaciar una ampolla se decoloraba casi totalmente la piel en aquel lugar, y sin embargo, ni los medicamentos internos y externos lograban alterar en nada el carácter y extension de las manchas? ¿Qué humor ó líquido de tan raras cualidades

era el segregado? ¿Por qué se resistia la dolencia á todo tratamiento? ¿Por qué no se interesaban en la afeccion las membranas internas de los ojos y las mucosas de la nariz y de la boca? ¿Por qué en estos órganos continuaban las secreciones en su estado normal?

Si al parecer no existia relacion entre las intensidades de la enfermedad y de la fiebre y el delirio, ¿eran independientes estos fenómenos? Y ¿por qué no cesaba la excitacion cerebral habiendo cesado la lectura y las discusiones y conferencias políticas?

El abad no habia padecido ninguna afeccion asquerosa; no la habia recibido por herencia tampoco, no habia sido sometido á ningun tratamiento farmacológico, no habia manejado sustancias irritantes; no habia motivo para suponer que hubiese tomado alguna sustancia nociva sin advertirlo, y en una palabra, no ofrecia ningun camino abierto para ilustrar la cuestion, y sin embargo, allí estaba la dolencia terrible, original, grave, difícil, capaz de volver el seso á todo el protomedicato, y de confundir al hombre más entendido de la ciencia.

¿Estaba alterada su sangre? Lo probé; hícele cortas sangrías en diferentes períodos, examiné la sangre por veinte procedimientos distintos, y me convencí de que, fuera del carácter febril que la distinguia, era normal, hermosa, fluida, rica en principios nutritivos, fortificantes y propia del estado más sano de la vida. Nuevo misterio y nueva contradiccion.

¿Seria un efecto pernicioso de la insolacion continuada en los extensos campos castellanos? Al parecer no; el enfermo me habia confesado que jamás habia paseado al sol.

Maldije cien veces de la insuficencia de mi profesion, y ante aquel singular reto, que la naturaleza me hacia, estuve muchas veces á punto de declararme vencido, y pensé en quemar mis libros, en renegar de mi profesion, y en reirme de todas las ciencias y de todos los razonamientos. Reuní un dia á los médicos de Aramayona, Ochandiano, Elorrio y Villareal, ofreciéndoles el estudio de un caso raro, y un dia de convite amistoso, y despues de observar al enfermo, y de enterarse de mis análisis y observaciones, despues de una explicacion de

una hora, y de una discusion de dos, mis compañeros se encogieron de hombros como yo.

Una curandera que ejercia su profesion clandestinamente por aquellos pueblos, y que aseguraba haber visto y tratado á las brujas de Aramayona, acertó á pasar por Olaeta, vió al cura, sin que yo lo supiera, y dijo al dueño del establecimiento:

—¡A este señor le ha picado alguna mala mosca negra, sin que él lo haya conocido!

Cuando me lo refirieron me eché á reir; pero no encontrando otra solucion posible, me pregunté:

—¿Habrá sido, en efecto, alguna intoxicacion casual, verificada por ese medio?

El abad al hablarle de picaduras casuales, me aseguró formalmente que no le habia picado nadie, ni mosca, ni otro bicho alguno.

Triste, muy triste iba poniéndose mi amigo, y triste, muy triste me puse yo al no encontrar remedio para él. Sólo nos distraia, pero muchísimo, la rara conducta patológica de un famoso bañista que á la sazon habia en Olaeta, acompañado de su mujer, de ocho hijos y de dos amas de cria. Tipo de una de las originalidades más curiosas que he conocido. D. Matías de la Orilla era un rico propietario madrileño, que habiendo corrido en su juventud toda clase de borrascas, habia adquirido en ella cuantas enfermedades y regalos especiales hay en el índice de la patología general. Hombre rico, de humor, y filósofo á su manera, no tenia otro ideal que el de criar una familia lucida y guapa.

—Yo, señores, decia, me casé á los veintiocho años, para cuya edad tenia ya en mi cuerpo, en mi carne y en mi huesos, todas las maldades que los vicios regalan. Pero no me casé así como se quiera: tres años ántes empecé á purificarme oyendo á las notabilidades de la ciencia y cumpliendo sus mandatos. Sometí mi organismo á una verdadera destilacion. Y lejos de creerme bien curado, cuando determiné casarme, creí y sigo creyendo que el mal habrá dejado grandes rastros en la materia, y que es preciso continuar atajándolo sin descanso. Hace doce años que practico el sistema de la medicina familiar: allí donde haya un hijo mio, allí están los remedios trabajando; allí

donde se prepare un elemento nutritivo, allí estoy yo preparándolo convenientemente ántes de tomarlo. Cuanto me receta la ciencia médica para mí, todo lo toma mi familia. Cuanto ha de servir para su alimentacion, todo lo preparo yo; hasta las amas de cria. El razonamiento fundamental de mi sistema es muy sencillo, señores; ó debia renunciar á casarme, ó casándome tendria una familia echada á perder. Pues bien; semipurificado por la medicina durante el período próximo anterior al matrimonio, pero enfermo todavía al entrar en él, claro es que mis hijos vendrian al mundo un tanto enfermos. Habia, pues, que perseguir al enemigo desde ántes de la cuna. Mi mujer, gracias á Dios, que como Vds. ven, es jóven, fuerte y hermosa, legaria salud á sus hijos; pero podia hacer algo más que esto, podia desde el primer momento irlos curando en el cláustro materno. ¿Cómo? Tomando todos, absolutamente todos los medicamentos que yo tomaba. Nuestras bebidas y nuestros alimentos se prepararon medicalmente desde el dia de la boda. Yo tengo en casa de mi panadero un obrero especial que nos satura los panecillos de esencia de zarzaparrilla y de mastranzo. Jamás hemos bebido otro vino en mi casa que el que yo aderezo, convirtiéndolo en yódico-potásico. Nuestros asados se riegan todos con aceite de hígado de bacalado en forma de jarabe salino, de muy buen sabor. En nuestros viajes llevamos grandes cajas de conservas preparadas por mí. En mi casa, en el gran corral de la huerta se alimentan los pollos y los pavos mezclando en los granos y frutos que comen, píldoras yoduradas de gran tamaño. Así es que las carnes procedentes de nuestro gallinero son más eficaces que todos los preparados de Ricord. Riego las hortalizas y árboles de mi casa con disoluciones concentradas de azufre, de zarzaparrilla y de copaiba, y es claro que tambien nuestra alimentation vegetal es de una gran potencia terapéutica. Las nodrizas de mis hijos necesitan presentar su genealogía médica completa, sin cuyo requisito á ninguna admito, y desde que entran en mi casa se someten en todo y por todo al tratamiento de ella.

Ahora bien; esto no es más que el trabajo preparatorio. En cuanto á la práctica verdadera que yo uso, consiste en hacer

tomar á cuantos viven bajo mi imperio todas las medicaciones y cuidados que la medicina me prescribe. Así es que, cuando hoy, por ejemplo, me ha recetado el señor médico de estos baños, en la consulta de esta mañana:

«Un chorro de agua sulfurosa, de diez minutos, á los brazos.

»Tres vasos de agua de hierro (fuerte núm. 5).

»Seis píldoras del Dr. Quipuch.

»Paseo de hora y media por la montaña.»

He echado la cuenta de siempre: somos catorce en la familia, pues receta *mia* para hoy: «catorce chorros de agua sulfurosa; cuarenta y dos vasos de agua de hierro; ochenta y cuatro píldoras de Quipuch, y todo el mundo á paseo.» Y aquí nos tienen Vds. á mi esposa, á mis hijos, á las nodrizas y á mí, con los brazos bien regados, con nuestros tres vasos de agua correspondientes y con las píldoras en el cuerpo, y ya de vuelta del paseo de la montaña Y todos los dias hago, es decir, hacemos lo mismo. ¡No hay dolencia que resista á este tratamiento! En la mayor parte de las afecciones todo es cuestion de voluntad y de dinero. Mi mujer, que siempre ha estado sana, no tenia necesidad de haber tomado medicina alguna; pero las toma en obsequio á sus hijos. Las madres, aunque no tengan necesidad de ellas, deben aceptar todo género sacrificios, no para remediar, sino para prevenir los males de sus hijos. Las nodrizas de mi casa, buenas y robustas están; pero ya saben al entrar ella que ya que las pago bien, han de de preparar su organismo debidamente para que las criaturitas reciban su nutricion preparada. Además, es bueno que su naturaleza esté prevenida contra ciertos peligros: ellas van ganando mucho con mi sistema.

Hace algun tiempo me prescribió el médico dos dias de dieta casi absoluta. Ninguno de los catorce individuos de mi familia tomamos casi alimento durante ellos. Cuando tomo, en el primer período de mi temporada balnearia, los baños sulfurosos calientes, y me acuesto despues una hora, desde las diez hasta las once de la mañana, mis hijos, esposa y dependientes hacen lo mismo en sus respectivas habitaciones. En el invierno último tuve una ligera congestion cerebral, ordenó mi

doctor de Madrid una sangría, y como la congestion podia ser sintomática del estado morboso de la familia, para evitarla en el resto de ella, hice que sangraran en general. Y aquí nos tienen Vds. tan sanos á todos, menos á mí, que siempre continúo pagando réditos atrasados. He conseguido regenerar la sangre y el organismo entero de mi familia, y en la primera Exposicion médico-quirúrgica que se celebre, voy á presentar mi sistema y mis obras, hasta ahora no ideados por médico alguno, para disputar el primer premio en materia de innovaciones y adelantos curativos.

Y diariamente D. Matías de la Orilla con sus teorías y sus experimentos, y *generalizacion* médico familiar, hacia las delicias de la concurrida tertulia del establecimiento. La verdad era que, fuese por esas ó por otras causas, ninguno de sus hijos presentaba síntomas ni huellas de haber heredado reliquia alguna de su padre.

Mucho tuvo que reir el pobre abad de Husillos con las ocurrencias de D. Matías, con sus pollos yodurados en vivo y sus lechugas y guisantes saturados de copaiba; pero por más que estas alegrías le distrajesen algunos ratos, no encontrábamos, ni él ni yo, lenitivo verdadero para su padecimiento.

Hablando de él un dia con el cura de Olaeta se descuidó en decirme que diariamente hablaban de política y que leian periódicos. Poco faltó para que no le ahogase entre mis manos. Desde entónces no le dejé salir sólo del establecimiento. Los paseos diarios los daba conmigo, desde que terminaba la siesta hasta el anochecer. Frecuentemente ibamos sólos, y frecuentemente callados. Algunas veces, al sentarnos en lo alto de un monte, ó en la suave y frondosa pendiente de una ladera para ver ocultarse el sol, le hablaba yo de nuestros clásicos literarios, cuya conversacion le agradaba sobremanera; le recitaba composiciones enteras de sus paisanos Jorge Manrique, el judío D. Santos, Gomez Manrique, el marqués de Santillana y de Zorrilla, grandes poetas palentinos, engendrados en Paredes, Carrion, Amusco y Torquemada; de Garcilaso, de Rioja, de Melendez, de Quintana, del duque de Rivas y de Becker, sobre todo, cuyos tristes y dulcísimos versos gustábale repetir y aprendia de memoria.

Otras tardes traducíale algunas poesías de Schiller, de Lamartine y de Víctor Hugo, y yo notaba, con especial complacencia, que el espíritu de mi amigo, rebelde, enérgico, primitivo casi y perturbado por sistemáticas ideas y por batalladoras y crueles aspiraciones, se doblegaba, se templaba y se estremecia, como si un hábito benéfico y reparador le bañara cuando le hacia yo comprender cómo, en las más rudas batallas de la vida, sabe el sentimiento ampararse en el amor y en la fé, que nunca son verdaderos si no andan juntos, para hallar, como consuelo de los pesares, ese ideal que es pasajero sí, pero que endulza, como ningun otro bálsamo, el amargor de los dias tristes. Me confesó el abad que, poco amaestrado en el arte de escoger buena lectura, no habia podido comprender jamás todo el mérito y verdad con que los grandes poetas sabian interesar al corazon de los hombres pensadores. Al través de sus palabras vislumbré, allá para muy lejos, un remedio para sus aberraciones mentales. Desgraciadamente las físicas persistian, atormentándole cada dia más.

Se acercó al fin, poco á poco, la terminacion de la temporada de baños, que en los maravillosos manantiales de Olaeta es más corta que en ninguna otra parte, porque la temperatura de las noches y de las mañanas, en Junio y Setiembre, desciende con frecuencia á 6 grados, y no se puede resistir, ni es provechosa para ningun enfermo. Una tarde de fines de Agosto bajamos sosegadamente el abad y yo por el camino de Ochandiano, dando nuestro paseo de costumbre. Mi compañero venia á algunos pasos detrás de mí, silencioso y triste como yo. En esta actitud caminamos más de media hora. Cuando alguna vez volví la cabeza, noté que el pobre hombre lloraba, y que las lágrimas corrian por sus negras y relucientes megillas. Yo, poseido de profunda pena y avergonzado, sentia afluir á mi garganta el ahogo de la desesperacion. Las lágrimas del abad eran el testimonio de la tristísima creencia de que su mal no tenia remedio. El furor que latia en mi pecho era la confesion expresiva de mi impotencia. Anduvimos otro gran trecho, él llorando en silencio, yo mordiéndome la lengua de ira.

Al cabo volví hácia el abad, no sé para qué, si para conso-

larle ó para unirme á su duelo, y en aquel momento ví que, dando rienda suelta á su desesperacion, levantó sus ojos al cielo, lanzó un tremendo apóstrofe, y que haciendo una de esas demostraciones comunes de despecho, arrojó su sombrero de copa contra el suelo. Al golpe quedó aplastado el sombrero, y de su negruzca badana interior se vió salir un periódico doblado, que ajustaba á la forma de la cabeza. ¡Extraña y repentina inspiracion conmovió mi espíritu! Sentí todo á lo largo de mi cuerpo una sensacion indescriptible, de esas que violentamente nos sacuden cuando recibimos alguna extraordinaria noticia, y como si una luz clarísima hubiera iluminado mi razon, noté que estallaba mi corazon de alegría en el pecho!

—¡Roque! ¡Roque!—exclamé abrazando al abad, que me miró asombrado—¡Roque! ¡Dios me ha inspirado! ¡Conozco la causa de tu mal! ¡He sido un estúpido! ¡Perdóname! ¡Pronto estarás sano!

—Tu buen deseo te ciega, querido doctor—me contestó el abad, oprimiéndome entre sus brazos,—pero esto ya no tiene remedio.

—¡Espera! ¡espera!—repuse, dirigiéndome hácia donde estaba la faja de papel doblado á la larga en varios pliegues, que habia salido del forro del sombrero. Aquel papel, ya lo he dicho, era un periódico: *La Regeneracion*. Sus letras estaban casi por completo decoloradas; apénas se podian leer, no habia quedado de ellas más que una perceptible y clara huella. Cogí despues el sombrero; su badana era delgada, permeable, y estaba por completo ennegrecida.

El abad, contemplando lo que yo hacia, exclamó:

—¡Sí; la locura es contagiosa; yo te he contagiado, pobre amigo mio!

Por toda contestacion y dando salida á la risa que la satisfaccion hacia afluir á mis lábios, volví á abrazar al abad, y contesté:

—¡Estamos en salvo! Siéntate aquí á mi lado, y contesta. ¿Este sombrero es nuevo?

—Sí, nuevo.

—¿Te venia ancho cuando lo compraste?

—¡Calla! ¡pues es verdad! Sí, me venia ancho, ¿y qué?

—Dime, ¿cuándo lo compraste?

—Hombre, ¿cuándo? lo recordaré. El dia en que estuve con mis compañeros en Palencia, ya te lo dije al hacerte la historia de mi enfermedad.

—Es decir, ¿la víspera de que apareciera la primera mancha en tu cara?

—¡Cabal! pero diablo...

—Espera, y contesta: ¿anduviste todo aquel dia en Palencia con este sombrero puesto?

—Sí.

—Y en la sombrería, cuando notaste que te venia ancho metiste ese periódico, ¿eh?

—No; en la sombrería no lo noté, así de primera impresion, pero al poco rato sí; y entónces, al volver á mi posada, saqué *La Regeneracion*, que me habia entregado el cartero en el apeadero de Husillos y que habia leido en el tren al ir á la ciudad y me la puse entre la badana y el sombrero.

—¿Es decir, que el periódico era reciente?

—¡Es claro! impreso el dia anterior.

—¿Es decir—añadí desdoblando *La Regeneracion* y mirando su fecha—que estuviste en Palencia el 20 de Abril?

—Eso es; el 20 de Abril precisamente—contestó el abad despues de haber echado su cuenta de memoria—el periódico será del 19.

—Pues amigo, por la formalidad de mi profesion te digo que estás curado; que he dado con el secreto providencialmente, y que acerté en mi pronóstico; tú tienes una dermatosis artificial directa. Sabida la causa, fácil es el remedio. Estoy asombrado, ¡cómo habia de imaginar siquiera lo que sucedia! Un caso semejante no está previsto, apuntado ni descrito en ningun tratado de medicina. ¡Oh fenómenos y secretos de la naturaleza! ¡Oh inmensa ciencia médica, cuánto y cuánto nuevo tienes que aprender cada dia!

Y al decir esto, fuera de mí, en voz alta, profundamente conmovido, tocaba y palpaba y recorria con mis dedos la cara y la cabeza del abad, que sin saber lo que le pasaba y mirándome asombrado decia:

—¡Pobre de mí! pues no me faltaba más que esto; despues de estar loco yo, haber vuelto loco al médico. Dime—exclamó —¿hablas con formalidad, querido amigo mio? ¿Qué es lo que has descubierto? Habla, por Dios te lo pido, y déjame de manosear la cabeza.

—Abad de mi vida, estás curado—respondí con gravedad;—tu fiebre nacida en la lectura y en las discusiones dió á tu cabeza extraordinaria actividad y calor; la tinta de imprenta de *La Regeneracion* pasó de los poros de la badana á los de la epidermis, ayudada por tus copiosos sudores; todo ha sido un simple fenómeno de óxmosis. Como se ha vuelto negra tu cara poco á poco, así se han ennegrecido sin sentir tambien tu inteligencia y tu corazon, por la corriente oxmósica de las ideas. ¡Oh qué descubrimiento y qué leccion tan sublimes!

La curacion fué rápida. Una vez en posesion de la causa del mal, el tratamiento fué sencillísimo; cualquiera lo comprende.

Ahora que los hermosos dias de Mayo han hecho desaparecer las nieves de Urquiola y de Amboto, y ha cubierto de hojas y flores todos los valles, me entretengo en este encumbrado rincon de Olaeta en escribir tan raro sucedido, para que, cuando á fines de Junio vuelvan los bañistas, lo garanticen con sus firmas, ante la presencia del abad de Husillos, que vendrá tambien, no á curarse, sino á divertirse, ya que está guapo y de tan buen humor como cuando le encontré en la rada de las Hyeres, en las encantadoras é inolvidables playas del Mediterráneo.

RICARDO BECERRO DE BENGOA.

LAS LEYES FERRY.

El problema de la instruccion pública es el problema capital de la época moderna. A partir del siglo XV, y en virtud de múltiples sucesos en todos los órdenes de la actividad acaecidos, las clases inferiores ascienden en la escala de la vida, y tienden á colocarse al nivel de las superiores, destruyendo las barreras nacidas, ora de las leyes, ora de las preocupaciones sociales, que, á más de otras, separan y alejan, engendrando ódios dañosos á la prosperidad y adelantamiento de las naciones. Y en nuestros dias, postrer momento de esa evolucion lenta y gradual, al aparecer en la superficie de la sociedad las últimas clases, lo que ha dado en llamarse cuarto estado, demandando derechos y ejerciendo funciones altísimas, por las leyes consagradas, los Gobiernos, conocedores del grave riesgo que correrian los intereses á su celo encomendados de intervenir en el manejo de la cosa pública gentes ignorantes y dadas de suyo al alejamiento de los negocios, y no pudiendo, por otra parte, poner diques al torrente, impulsado por las fuerzas

que trazan el curso de la sociedad moderna, han cuidado, ántes que de otros asuntos, hasta hoy con preferencia atendidos, de difundir las luces de la ciencia entre todas las clases, y principalmente entre las inferiores, necesitadas de poderosa ayuda por el desden con que hasta el presente se las ha miradó.

Demás de esta necesidad, sentida, en mayor ó menor grado, por los pueblos todos de Europa, invadidos del espíritu de la época, eminentemente democrático, hay otra peculiar y propia de las naciones, en que la lucha de las viejas con las nuevas ideas, del antiguo con el nuevo régimen, de los poderes históricos con la libertad, ha sido más brava y enconada; en que el espíritu teocrático, representado por los jeremías del absolutismo y por los mantenedores de las exenciones eclesiásticas, falto de las fuerzas necesarias para dominar en el presente, procura conquistar el porvenir, infundiendo, por medio de la enseñanza, en la conciencia de las jóvenes generaciones, ganosas de la verdad, ideas de todo en todo contrarias á la índole de las sociedades modernas, y concitando los juveniles ánimos contra las valiosas conquistas del humano espíritu, abominaciones del infierno, obras del espíritu del mal.

En los diez últimos años, las naciones directoras de la civilizacion han cambiado las bases de la enseñanza pública, encaminando las reformas, á imitacion de Alemania, Suiza y los Estados-Unidos, en estas materias eternos modelos, á la consecucion de estos dos fines: á que los conocimientos adquiridos puedan ser de inmediata aplicacion á las necesidades ordinarias de la vida; y segundo y principal, á separar de la escuela los elementos extraños á la ciencia y á la ciencia nocivos, haciendo que la escuela sea faro que ilumina todas las inteligencias, santuario á cuyo amparo puedan acogerse todas las creencias, sin que ninguna se sienta dañada ni escarnecida. Así Inglaterra, por la ley Forster y disposiciones complementarias, separa la instruccion religiosa, señalando para ella hora distinta de la destinada á las prácticas de la escuela; Italia prohibe, por la ley del 77, la enseñanza del catecismo en las escuelas, y Bélgica sigue el mismo camino

trazado por las dos anteriores, en medio de tempestades más récias cada dia.

Las naciones modernas viven en perfecta comunidad. Para otras edades la existencia de pueblos, que se imaginaban colocados sobre la tierra por sus plantas, por la mano misma de la Providencia y, por tanto, con superioridad manifiesta sobre los demás, y con incuestionable derecho de ser por los demás servido; para otras edades los ódios de raza y las guerras de religion; la nuestra, más feliz, ha abierto el libro que guardaba el secreto de las grandes leyes sociales, y ha leido estas dos magníficas palabras: libertad, solidaridad. Y desde este instante era imposible que una parte de la sociedad condenase á otra á la ignorancia, en nombre de cualquier interés, áun cuando éste fuese tan alto, tan importante como el interés religioso.

La secularizacion del Estado es el hecho más importante de la época moderna. A Dios lo de Dios y al César lo del César, dijo Cristo; y sin embargo, cuando los principios cristianos fueron la base de las sociedades, el Estado quedó sometido á la Iglesia en los pueblos cristianos, y confundido con ella en los mahometanos. El protestantismo quebrantó fuertemente los lazos que unian á los diferentes Estados de Roma; pero no se elevó á la consideracion de una doctrina superior, á la doctrina de la Edad Media, y el texto *omni potestas á Deo*, continuó inspirando el sentido general de la época; si bien para distinguir su doctrina de la católica, los jurisconsultos protestantes hablan de derechos magestáticos y dicen que *cujus est regio ejus est religio*. Las guerras de religion comienzan, y la intransigencia protestante iguala y en muchas ocasiones supera á la intransigencia católica; y ámbas comuniones se apoderan de las fuerzas del Estado y las emplean en la destruccion de sus enemigos. La paz de Westphalia suaviza las asperezas, pero sin llegar á un principio que evite en lo porvenir las luchas presenciadas por el pasado. Federico II es el primero que pronuncia palabras cuyo sentido habia de cambiar la faz de los Estados europeos. *En mi reino*, dice, *cada uno se salva á su manera*.

La revolucion francesa proclama los derechos del hombre,

y entre ellos como el primero y principal la inviolabilidad de la conciencia. Principia el gran movimiento industrial y mercantil de la época moderna. Los protestantes arraigan en medio de pueblos católicos, y los católicos en medio de pueblos protestantes, unos y otros impulsados por el interés personal y todos adquiriendo derechos de ciudadanía en el seno de Estados que hasta entónces los habian perseguido de muerte, y la ley garantiza á todas las confesiones la integridad de sus creencias y el ejercicio de su culto.

Así, pues, el Estado, apartándose de las diferencias religiosas, obedece al espíritu general del siglo y ejecuta accion provechosa á los intereses públicos, y acaba obra de extricta justicia.

Y á más de una cuestion de justicia hay una cuestion de necesidad suprema, de legítima defensa. Un poder extraño al poder civil, y de este franco y declarado enemigo intenta, al amparo de las leyes comunes que aborrece, es decir, al amparo de las leyes dictadas y mantenidas en vigor por el poder civil, destruir el órden social de que es el poder civil representante y guardador. ¿Cómo evitar el daño sin que sufra menoscabo el principio fundamental del derecho positivo, el principio de la igualdad ante la ley, sin dividir la sociedad en castas privilegiadas las unas y las otras faltas de las garantías necesarias para su crecimiento y desarrollo? Problema gravísimo en nuestro sentir, no resuelto satisfactoriamente en todos sus terrenos por Mr. Jules Ferry.

Dos son los proyectos llevados por éste á las Cámaras. El primero, sobre organizacion de la enseñanza superior; el segundo, relativo á la organizacion del Consejo superior de Instruccion pública. Ocupémonos brevemente en el análisis de aquél.

Los artículos 1.° y 2.° suprimen los jurados mixtos creados por la ley de 1875, devolviendo íntegras al Estado las funciones que en materia de exámenes le habia arrebatado la citada ley, asimilando además el art. 2.° en cuanto á los deberes para con el Estado, las escuelas libres de enseñanza superior á las Universidades oficiales, medida injusta y destructora del decantado principio de libertad de enseñanza. En cuanto á la co-

lacion de grados, la disposicion de la ley se ajusta de todo en todo á los principios científicos. Aquí no se trata ya del derecho de enseñar, ni de la aptitud científica, se trata de algo que atañe directamente al órden político. El Estado reglamenta y protege y concede privilegios á ciertas profesiones en su sentir de excepcional importancia, elevándolas por este sólo hecho á la categoría de verdaderas funciones públicas, y debiendo determinar por tanto las condiciones y requisitos necesarios para ingresar en ellas. De existir el privilegio, su concesion debe pertenecer exclusivamente al Estado. Y no se nos cite el ejemplo de otras naciones; no se nos hable de Bélgica; pues el Estado belga, al conceder á algunas universidades la colacion de grados, no ha hecho más que delegar el desempeño de una funcion en personalidades jurídicas que por las condiciones de su existencia, por su brillante historia, por los grandes servicios prestados á la civilizacion, le inspiran confianza plena en el acierto con que han de obrar en el desempeño de su cometido. Pedir la colacion de grados para las escuelas libres, equivale á pedir el derecho al trabajo para los individuos. El Estado garantiza, así á la persona individual como á la colectiva, la integridad del derecho, no la existencia.

Los restantes artículos de la ley, excepto el 7.°, son complementos de los dos primeros, cuyas disposiciones aclaran y precisan.

«Los miembros de las congregaciones no autorizadas, no »podrán dirigir ningun establecimiento de instruccion, sea »cualquiera el grado de ésta, ni enseñar en él.» Hé aquí el texto del tan decantado art. 7.°, despertador de las iras ultramontanas, combustible arrojado en la hoguera en que se consumen partidos impotentes para el bien y poderosos para el mal.

Los enemigos de la ley han notado, con sobra de razon, la falta de método que supone la colocacion de un artículo aplicable á los tres grados de instruccion, reconocidos por la ley francesa, en un proyecto destinado á regular tan sólo la enseñanza superior.

Dice la comision nombrada por la Cámara, en su largo y eruditísimo dictámen, obra de Mr. Spuller, el distinguido di-

rector de *La Republique Francaise*, que el objeto del art. 7.° es poner en vigor las antiguas leyes que en nombre del órden social comprometido prohiben á las asociaciones religiosas enseñar. Y en realidad, el objeto principal, no sólo del art. 7.°, sino de las dos leyes, es arrancar al ultramontanismo su principal arma de ataque, impidiendo á los jesuitas la enseñanza de sus doctrinas, de luengos tiempos tenidas por los políticos por nocivas al órden moral y dañosas á la seguridad del Estado, como lo demuestra la célebre disposicion del Parlamento francés de 1762, que amontona y arroja sobre la cabeza de los jesuitas cargos tan graves, acusaciones tan terribles como jamás poder alguno las ha formulado en momento de irritacion ó de peligro contra las sectas de opiniones y tendencias más exageradas. «Las doctrinas de los jesuitas, decia en aquella ocasion memorable el Parlamento, se dirigen á borrar la ley natural impresa por Dios mismo en el corazon de los hombres, y por tanto, á romper los lazos de la sociedad civil, autorizando el robo, la mentira, el regicidio, el perjurio y generalmente todas las pasiones y todos los crímenes, por la profesion de las reservas mentales, del pecado filosófico, de la compensacion oculta, etc., etc.»

Y que este y no otro ha sido el objeto de dichas leyes, se conoce con sólo leer, á más del dictámen de la comision, los discursos pronunciados por sus mantenedores. ¿Qué ha dicho Mr. Paul Bert? ¿Qué Mr. Ferry? Han dicho que los jesuitas, proclamando y defendiendo la teoría del poder indirecto de la Iglesia sobre los Estados cristianos, atentan á la seguridad del poder civil; que falsifican la historia pintando el feudalismo como el ideal de las sociedades cristianas, unidas en la comunidad de unas mismas creencias; la Reforma como la obra del demonio, y la Inquisicion como institucion benéfica y salvadora encargada de devolver á las conciencias el perdido sosiego y de recabar para el cielo las almas atraidas por los engaños del infierno; que predicando guerra y exterminio á las instituciones modernas, lanzan unas clases contra otras clases, provocando guerras más terribles que la guerra de facciones en los campos de batalla, provocando la guerra en el seno de las familias, la guerra de las conciencias violentadas é impeli-

das por el fanatismo. Afirmaciones por desgracia certísimas que no ha llegado aún el feliz instante en que la humanidad disfrute en paz sin contradicciones ni luchas de sus grandes conquistas.

Ahora bien; supuestos los males, ¿será eficaz el remedio escogitado? Supuesta la infraccion del derecho, si no del constituido del constituyente, ¿es justa la sancion? ¿Compensarán los efectos de las leyes la alarma, con su presentacion ocasionada? ¿Han sido presentadas en sazon oportuna?

Hay en Francia, segun la estadística de 1877, á que se han referido los oradores de la Cámara, un total de 156.090 religiosos y religiosas, pertenecientes 23.216 á las congregaciones de hombres autorizadas, y 113.750 á las de mujeres; 7.439 á las no autorizadas de hombres y 13.994 á las de mujeres. Los jesuitas son 1.519, distribuidos en 51 departamentos con 59 colegios de segunda enseñanza, á que concurren 9.000 discípulos próximamente, á los cuales hay que agregar 7.000 jóvenes que asisten á las cátedras abiertas por las otras congregaciones no autorizadas. Desde 1865, en que se verificó la última estadística de las congregaciones no autorizadas, hasta 1879, los jesuitas han visto crecer su número, el de sus establecimientos y discípulos; pero en proporcion tan insignificante, si su desarrollo se compara con el del resto de Francia, que no basta ciertamente el terror que sus progresos pudieran despertar en el ánimo de los hombres amadores del progreso, á justificar la medida de extremo rigor contra ellos propuesta.

De otra parte, prohibir á los jesuitas la profesion de sus doctrinas en la cátedra, y autorizar á los demás sacerdotes católicos para que puedan esparcir sus ideas á los cuatro vientos, sin otro límite que el señalado por las leyes generales, es incurrir en contradiccion manifiesta. ¿Qué doctrinas profesan los jesuitas que el resto de los católicos no profese si muchas de las condenadas por los defensores del proyecto están en el catecismo? ¿Y á dónde han acudido en busca de principios que la ciencia moderna condena como atentatorios á lo más sagrado que hay en la humanidad y en el hombre? A las obras de dos seglares, del conde José de Maestre y del conde de Mun. Y en realidad los más iracundos, los que con-

denan todos, absolutamente todos los principios de la civilizacion moderna, los que dirigen esa campaña terrible, rayana en verdadero arrebato, contra las ideas por los últimos siglos elaboradas, insultando y calumniando á sus mantenedores de hoy, y escarneciendo la memoria de sus apóstoles de ayer, esos seglares son, que no sacerdotes, dados de suyo á lenguaje más blando, áun cuando la intencion final de unos y otros sea la anulacion de la obra de Dios, el tiempo, retrotrayendo la historia á los felices dias en que el diablo oculto en los encantos del mundo físico, del que se apartan los creyentes con místico espanto, no habia sembrado aún en los espacios los vientos de la discordia.

¡Peligrar la sociedad moderna por la predicacion de 1.500 jesuitas, por sábios, por elocuentes, por movedores habilísimos á la persuacion que sean, como indudablemente serán! ¿Dónde está la fé en el progreso de los que tal dicen? ¿Cómo se han desarrollado las ideas é instituciones cuya urdimbre forma la sociedad moderna? En brava y abierta guerra con los poderes constituidos, que disponian, no sólo de las fuerzas de la tierra, sino de las celestiales, conocedores de los misterios ultra-humanos, para los simples mortales cerrados y ocultos siempre. Para exterminar las ideas nuevas, allí donde el brazo del Estado era impotente, se alzaba el brazo de la Iglesia, y lo que la excomunion de la Iglesia no destruia lo cortaba el hacha del Estado. Y sin embargo, las ideas nuevas penetran sutiles en todas partes, hasta en las conciencias de sus perseguidores, más cerradas que el almenado castillo apercibido á la defensa, y de ideas por evoluciones misteriosas pasan á la categoría de hechos, contenidas unas veces, marchando rápidamente otras, adquiriendo nuevos prosélitos siempre hasta llegar á ser como la luz y el aire de la humanidad; que así como no hay fuerza poderosa á contrarestar las grandes leyes del mundo físico, no hay tampoco en lo humano dique capaz de contener las olas del progreso. Y con respecto á Francia en particular, hé aquí en qué elocuentes términos se expresa el impugnador más brillante de la ley, Mr. de Lamy:

«Se dice: hay en Francia diversos partidos enemigos de la república, unidos por un lazo comun, el clericalismo. El cleri-

calismo es el enemigo. Es necesario, pues, defender al Estado si no es que llegamos tarde.

»Señores, no niego que los partidos políticos hayan tratado de convertir las fuerzas religiosas en fuerzas propias; no niego que haya habido en los últimos años católicos imprudentes, al punto de colocar su catolicismo bajo una enseña política; no niego que una parte del clero se haya dejado llevar de su ardimiento hasta participar de la lucha con menoscabo de su autoridad.

»Mi sinceridad reconoce y confiesa estas cosas; pero no canteis victoria todavía, porque mientras más exagereis el poder y la accion en las últimas luchas, de lo que habeis dado en llamar el clericalismo, tanto más dañais vuestra causa. Vosotros me presentais ese clericalismo cinco años soberano en la Asamblea nacional, tres años dueño de dos de los tres poderes del Estado; hablais de la fuerza incalculable que tal situacion le daba; hablais de su autoridad ejercida sin escrúpulo, de esta Asamblea disuelta, de este pueblo interrogado como se interrogaba bajo el antiguo régimen, por la tortura; y yo os pregunto: ¿Qué ha obtenido el clericalismo del pueblo francés? Esta nacion oprimida como no hay memoria de que lo haya sido pueblo alguno; esta nacion azotada por el destino, ha encontrado en su valor, en su adhesion á la democracia la fuerza necesaria para vencer todos los obstáculos y fundar la república. Nada la ha sorprendido, nada la ha intimidado; el catolicismo ha aparecido en esta lucha para aumentar la confusion, y este pueblo, á pesar de sus tradiciones religiosas siempre vivas, ha sabido distinguir lo que se trababa de confundir, habiendo sido el sólo resultado de tan deplorable campaña que la religion fuera durante ella ménos augusta y ménos respetada.»

Las ideas buscan la contradiccion como los cuerpos el equilibrio. Las ideas discutidas son como los árboles gigantescos arraigados en los altos montes, impotentes contra ellos el huracan; las ideas no discutidas, flores de invernadero, débiles y raquíticas. Por eso en la ciencia, region de las ideas, se discute todo; en la religion, campo del sentimiento, todo es impuesto á la razon conturbada y creyente. Y en la

sociedad moderna, abierta á los vientos de la libertad, aquella política prosperará que ménos cuide de encerrar las instituciones por ella defendidas, amparándolas de los vientos del debate; aquella política que más se aproxime á la ciencia en el rigor de las conclusiones y en la amplitud del horizonte por ella abierto á todas las miradas. La democracia ha predicado libertad desde el dia de su aparicion en la superficie social y no puede restringir arbitrariamente la libertad, so pena de abdicacion y de deshonra: que no será ménos dañosa para la democracia la política de la arbitrariedad gubernamental, que lo ha sido la política de la arbitrariedad demagógica.

Y no sólo es el artículo 7.° ineficaz, injusto y anti-liberal, sino que además es de aplicacion imposible. Con sólo mudar de traje pueden, los miembros de las corporaciones no autorizadas, burlar la ley, no quedándole al Estado, para averiguar la verdad, otro recurso que preguntar al mismo reo si ha cometido el delito, si ha violado la ley, sistema vecino al sistema inquisitorial.

Pero hay algo más desdichado que el artículo 7.° de la ley sobre la enseñanza superior, y es la defensa que de él han hecho sus autores.

Han sostenido ¡quién lo creyera! que al Estado corresponde, única, exclusivamente, la direccion de la enseñanza pública, llegando la comision al extremo de hacer suyas, en encomiásticas frases, las siguientes palabras de Mr. Royer Collard: «La Universidad es sólo el gobierno aplicado á la direccion universal de la enseñanza pública. Su organizacion parte de la verdad evidente de que la instruccion y la educacion públicas pertenecen al Estado, y obedecen á la suprema direccion del rey. Es necesario destruir esta máxima ó respetar las consecuencias, y para destruirla es necesario atacarla de frente; es necesario probar que la instruccion pública, y con ella las doctrinas religiosas, filosóficas y políticas, que son su alma, están fuera de los intereses generales de la sociedad; que entran en el comercio como las necesidades privadas; que pertenecen á la industria como la fabricacion de los tejidos, ó bien que constituyen el patrimonio de algun poder

particular poseedor del privilegio de dictar leyes al poder público. La Universidad posee el monopolio de la instruccion como los tribunales el de la justicia y el ejército el de la fuerza pública.

No es, no debe ser el Estado monopolizador de la ciencia; es más, aunque quiera no podrá serlo. ¿Qué es la historia de la ciencia más que la protesta del génio, es decir, del individuo contra las creencias de la sociedad en que vive y, por tanto, contra las pretendidas creencias del Estado? Protesta Sócrates, protesta Cristo, protesta Colon, protesta Galileo, protesta Papin. Las ideas del Estado mueren y las inspiraciones del génio, perseguido, subsisten perdurables. ¿Y en nombre de qué principios enseñará el Estado? La Iglesia, al reclamar la direccion suprema de la enseñanza, dice á las sociedades: guardo en mi seno la palabra del Altísimo, que me ha hecho depositaria de la verdad; yo, y sóla yo, sé el camino que no descaminará vuestras almas de la salvacion eterna.

No podemos resistir á la tentacion de copiar íntegros los magníficos párrafos en que el orador ántes citado combate, desde diferente punto de vista del que nosotros lo hemos hecho, la absurda tésis.

«Sin duda, señores, el antiguo régimen tenia el monopolio de la enseñanza, pero precisamente por ser el antiguo régimen. La sociedad antigua era hija del dogma, y la divinidad del poder real era su primer artículo de fé. El poder, superior á la nacion, estaba por su propia naturaleza encargado de dar á la nacion la verdad. Y así en política, como en religion, como en ciencia, habia para las preguntas de la curiosidad pública respuestas de antemano formuladas, y en estas materias el pensar era desobedecer.

El rey aceptaba ó rechazaba los maestros, segun lo creia conveniente; entregaba la enseñanza á los jesuitas ó prohibia á éstos enseñar, obrando como en nuestros dias el padre que encomienda la educacion de sus hijos á diferente maestro, en virtud de su incontestada soberanía doméstica. Hé ahí el antiguo régimen.»

«Hizo grandes cosas, es verdad; se hacen siempre grandes cosas cuando se dispone de 24 millones de hombres en el ser-

vicio de una idea. Pero si la nacion veia acabadas grandes empresas, ¡qué situacion tan degradante la del individuo, indigno de ser hombre, es decir, ser inteligente y libre! ¡Qué tormentos inefables para aquellas cuya razon veia verdades que no eran las verdades del Estado; para aquellos cuya conciencia creia en un Dios que no era el Dios del Estado; para aquellos que sentian gemir en su interior las libertades cautivas,» y no podia llorar su triste destino bajo el yugo de hierro que los oprimia.

Para destruir este órden de cosas se hizo la revolucion francesa, cuya primera obra fué afirmar la igualdad humana. De la igualdad de la naturaleza dedujo la igualdad de derecho, y declarando que el poder era un depósito confiado por todos á unos pocos, creó el gobierno representativo.

Cuando Mr. Paul Bert decia: «En otra época la Iglesia lo podia todo, hoy lo pueden todo las mayorías,» Mr. Spuller le respondia con razon manifiesta: «No, hay algo que las mayorías no pueden hacer.»

Pero lo más grandioso, lo más liberal todavía que ha hecho la revolucion, ha sido proclamar los derechos del hombre, comprendiendo que las mayorías como los individuos podian ser opresoras; sintiendo que habia en el hombre facultades de pensamiento, de conciencia, de libertad, que ninguna mayoría podia violar. Y así como en los tiempos antiguos el esclavo que pisaba el suelo francés era libre, en nuestros dias, el pensamiento humano no puede ser esclavizado por ningun poder; las mayorías no poseen el derecho de suprimir una inteligencia cualquiera en el mundo social moderno.

«La revolucion al operar esta trasformacion profunda, habia comprendido que las luchas del pensamiento irian seguidas de turbulencias, de excesos, de la temporal opresion, de la verdad quizás. Mas tambien habia comprendido, señores, que en la lucha diaria el error seria destruido; y que el progreso de la razon pública, que la sabiduría universal ofrecerian al mundo un patrimonio cada vez más rico.»

«Y mientras la sociedad antigua era guiada, vendados los ojos, por un jefe que no habia elegido, hácia un objeto que desconocia la revolucion francesa, quiso construir una socie-

dad en que el órden se hiciese á la luz del dia y resultase de la libertad de los espíritus.»

«Pues bien, señores, cuando vosotros reclamais en nombre del Estado como á manera de una alta policía sobre las doctrinas, y cuando en nombre de éstas intentais monopolizar en el Estado la enseñanza, yo os contesto: si sólo el Estado tiene derecho de enseñar, el Estado será el sólo poseedor de la verdad en historia, en religion, en ciencia, en política, en todas las materias que constituyen la enseñanza. Pero si cada inteligencia tiene el derecho de examinar esos problemas, el derecho del Estado no existe. Y si, por el contrario, quereis que todos creamos en la verdad de vuestras doctrinas, mostradnos el Sinaí de donde habeis descendido.»

«El antiguo régimen era lógico; la unidad reinaba en todas partes. Preparada en el niño era mantenida en el hombre; de la cuna al sepulcro un vigilante eterno lo defendia de las asechanzas del error. En ninguna parte, ni en la prensa, ni en la cátedra, ni en la tribuna, ni en el libro, ni siquiera en el seno del hogar doméstico era inviolable el error. En aquella sociedad no habia sitio para los disidentes.»

«La expulsion de los jesuitas, la supresion de Port-Royal, la revocacion del edicto de Nantes son frutos del mismo árbol: el absolutismo. ¿Quereis replantarlo? Decís que no. Mas cuando el niño preparado por vuestra educacion para la unidad entre en un mundo abierto por todas partes á la controversia; cuando vea discutir los principios que vosotros le hayais enseñado, menospreciar lo que vosotros le hayais dicho digno de respeto, ¿qué habreis hecho? Habreis intentado crear la unidad en el espíritu del niño, sin papel en el gran drama político, y habreis dejado que la unidad desaparezca cuando ese niño, convertido ya en ciudadano, participe de los asuntos públicos.»

¡Y en qué inoportuno momento ha venido la ley Ferry á suscitar ardentísimas polémicas, agriando los ánimos y enconando las pasiones! La historia de la república en los tres últimos años es larga série de brillantes triunfos. El tránsito de ministerios de la derecha á ministerios de la izquierda y de estados de desconfianza á estados de seguridad; la derrota del ministerio del 16 de Mayo; las elecciones senatoriales; la sus-

titucion en la presidencia de Mac-Mahon por Grevy; el término satisfactorio de las pavorosas cuestiones, cada una de por sí capaz de abrir abismos en que la república pereciese; todos estos venturosos sucesos seguidos del mejoramiento material y de una mayor influencia en la política extranjera, ejercida en favor de Grecia; el pueblo bien amado de la civilizacion y de la historia, habia colocado las instituciones democráticas fuera de las competencias diarias; reducidos sus enemigos á esperar del desacierto de los extraños lo que con el propio esfuerzo no podian obtener. Cuando la nube de la desgracia empaña el horizonte de un pueblo, los objetos todos se cubren de negro y tétrico barniz. Vencida, humillada y prisionera Francia, levantáranse contra ella sus propios hijos para hacer mayor el sufrimiento y crecer la deshonra, entregando á las llamas la gran ciudad. Y cuando para ese pueblo soplan prósperos vientos por todas partes le llueven bienandanzas. Vigorosa y triunfadora la democracia francesa, un cafre hundirá su azagaya en el pecho del único enemigo que podia turbar el sosiego de aquélla. Muerto el príncipe Napoleon, terminaba con él la mágica leyenda que llevara á su padre al imperio, y el partido cesarista, compuesto de elementos heterogéneos, unos vecinos del ultramontanismo y otros separados de los republicanos en la cuestion de forma solamente, quedaba fluctuando sin norte ni guia, resistiéndose con resistencia tenacísima á la muerte; pero condenado á extinguirse y desaparecer en plazo no lejano, falto de la fuerza que presta á los partidos políticos la juventud de las ideas que defienden, y de medios para reparar la pérdida con la muerte del príncipe imperial sufrida. Que las fuerzas vivas del imperio representadas por los admiradores de las patrias glorias, por los que imaginan una Francia, á más de rica y próspera cual hoy, conquistadora del mundo, cumpliéndose en ella la profecía del gran poeta, *tú regere imperio populus,* engrosarán las falanges ultramontanas ó formarán en los ejércitos de la democracia, segun la conducta más ó ménos mesurada, más ó ménos prudente de los republicanos gobernantes, es evidente; y no es ciertamente prenda de paz y garantía de concordia el cartel de desafío leido por el ministerio á las fuerzas ultramontanas.

El clericalismo es el mayor y más formidable enemigo de la democracia; pero por esta misma causa los directores de la democracia deben templar los ardimientos de la pasion y enfrenar los arrebatos del ánimo, distribuyendo por igual la justicia, y confiados en el vigor y lozanía de sus ideas.

Dada la actitud del Senado y la hostilidad manifiesta de Mr. Julio Simon y de Mr. Dufaure, no raya en temeridad ni peca de pretenciosa la afirmacion de que el proyecto sobre instruccion superior no será ley en su art. 7.º y tal vez en el 8.º Mr. Julio Simon, indeciso durante mucho tiempo á causa de su íntima amistad particular y política con Mr. Ferry, cuya salida del ministerio será inevitable de rechazar el Senado los citados artículos, acaba de pronunciarse abierta y resueltamente, fiel á las tradiciones de su escuela, contra toda medida encaminada á limitar la libertad de enseñanza. ¿El término de la cuestion será la caida del ministerio Waddington? Creemos que no, áun cuando la opinion pública se inclina del lado de la afirmativa. Y creemos que no, por las dificultades con que tropezaria la formacion de nuevo ministerio. El más indicado para sustituir á Mr. Waddington en la direccion de los negocios públicos seria á no dudarlo Julio Simon; pero éste encuentra en su camino un obstáculo insuperable, la mortal y declarada enemiga de Gambetta, que tan perjudicial le ha sido en ocasiones varias. Gambetta le combatió rudamente desde las columnas de la *Republique*, con el arma más terrible que contra adversarios políticos puede esgrimirse, con la reticencia y la insidia; mientras fué presidente del Consejo derribado el 16 de Mayo, Gambetta impidió su eleccion para la presidencia del Senado, presentando la candidatura Duclere y retirándola luego, y no puede, dados estos antecedentes, consentir, estando en su mano el impedirlo, que sereno ya el mar, el horizonte sin nubes y el barómetro marcando buen tiempo, se embarque Julio Simon en magnífico buque desde donde pueda formar el gran partido conservador de la república, vision gratísima que sin cesar lo persigue, al decir de sus enemigos, y arribar tras larga navegacion al puerto de la presidencia.

JUAN ALVARADO.

Baños de Betelú, 3 Agosto 1879.

LAS CAUSAS INDIRECTAS

DEL ULTRAMONTANISMO.

Con frecuencia se habla de la ironía del destino: y en efecto, el verdadero poder que gobierna el curso de los asuntos humanos, parece complacerse hace algunos años en desmentir sardónicamente las profecías de nuestros sábios. Hace cincuenta años los sábios y pensadores de Europa estaban de acuerdo en anunciar que las religiones, tanto como las influencias sociales, habian terminado su carrera porque los hombres estaban decididamente cansados de querellarse y matarse entre sí por opiniones especulativas sobre el otro mundo. Habia el convencimiento de que la economía política acababa al fin de descubrir el verdadero secreto de la naturaleza humana y del órden social; y repetíase que la necesidad de comprar barato y vender caro, de alimentarse bien y de establecer convenientemente á la familia, era el primer móvil que bastaba al hombre universal. Dejar á cada uno el derecho de ir al sermon ó á misa, á la sinagoga ó á la mezquita;—conceder á todos plena libertad de tra-

bajar como lo entendieran, á satisfaccion de sus propios deseos; —propagar la instruccion que enseña la ciencia de los intereses y el arte de alcanzar todos los fines útiles que pudieran proponerse: tal era la receta que la opinion del dia consideraba como omnipotente para restablecer la buena armonía entre los hombres de diferentes religiones, escuelas y tradiciones. No se abrigaba duda de que así podria civilizarse con más prontitud á los turcos, á los chinos y á los salvajes.

Hoy, si miramos alrededor nuestro, sólo vemos en toda Europa guerras internacionales y disensiones intestinas provocadas ó atizadas por disentimientos religiosos. Ayer aún las naciones cristianas, reunidas en congreso, estaban unánimes en decidir que se trataba de aniquilar ó dejar aniquilar á los turcos á causa de su religion. Además, en todas partes, en Alemania, en Italia, en Rusia y hasta en Inglaterra, las creencias antiguas, que se decian estar agotadas, hacen frente con mayor energía. Respecto á Francia, en la patria de Rabelais y Voltaire, es donde han llegado al máximun las peregrinaciones, las ofrendas para el dinero de San Pedro y la recrudescencia del monaquismo. De dos siglos á esta parte nuestras clases ilustradas no se habian distinguido ciertamente por su adhesion ó sus simpatías á los jesuitas; pero de repente, hé aquí que el país decaido se vé en la necesidad de rehacer á la vez su organizacion interior y su poder nacional; y se encuentra con que la Iglesia del *Syllabus* es el centro de todas las preocupaciones, la causa de todos los movimientos de los partidos. Tiénese el aire de ser legitimista, bonapartista, orleanista; se aparenta ser legislador y trabajar para construir un mecanismo de gobierno; se pretende discutir la *libertad* de enseñanza, ó hacer un 16 de Mayo contra el radicalismo: ¡vanas apariencias! En realidad no se piensa más que en constituir un Senado que pueda poner en jaque las tendencias anticlericales de las asambleas elegidas por el sufragio universal directo; no se trata más que de dar al art. 8.º un sentido que permita restablecer las capellanías militares; no se tiene otro cuidado que salvar á Roma, desde luego, y apenas se tiene inquietud acerca de si la máquina política que se construye bajo el imperio de estas ideas fijas, podrá ó no cumplir sus

funciones políticas, si ayudará ó no la Francia á vivir, ó si se romperá ó no, rompiendo á la vez á la patria.

Se comprende que hechos de tal naturaleza hayan llamado vivamente la atencion. La Edad Media en la calle, la Europa ensangrentada por las cruzadas, los poderes temporales apasionándose por las ambiciones teocráticas de un nuevo Hildebrando; y la Francia marchando como un porta-estandarte para llamar al mundo á pedir su salvacion al *Sagrado Corazon* y á fuentes milagrosas: con esto hay motivo para obligar á nuestras filosofías á que dirijan una mirada á sí mismas. En suma, creo que las últimas burlas del destino nos han sido provechosas. Los pensadores han comenzado á sentir que el libre pensamiento por sí sólo no triunfaria de la religion de la Edad Media, y han abandonado la costumbre de desdeñar en total las teologías para fijarse con más atencion en las realidades; lo cual nos ha valido excelentes trabajos sobre el ultramontanismo, sobre la trasformacion radical que se ha verificado en la doctrina y la constitucion del catolicismo, sobre los hábiles medios por los que la curia romana ha conseguido separar al episcopado de sus tendencias galicanas y á volverse, no sólo contra sí, sino contra la tradicion fundamental de la Iglesia romana, contra su pretension de poseer la verdad eterna, á la cual nada hay que añadir ó quitar. Cuando se comparan obras como las del Dr. Friedrich y otras muchas escritas en nuestros dias, con la leyenda del siglo XVIII, sobre la hipocresía del clero, ó con la de Chateaubriand sobre el *Génio del cristanismo*, ó tambien con la de economía política sobre la magnificencia social de las religiones, se complace uno al ver que la historia se sustituye al fin á la mitología. En vez de tener que escuchar sin cesar la biografía fabulosa de un ogro perpétuo llamado la religion, se encuentra uno feliz al hallar aquí y allá algunos hombres que se dedican á conocer los verdaderos peligros que hace correr á nuestra civilizacion la religion *real* de nuestros tiempos, y que proporcionan á todos noticias exactas sobre sus fuerzas, sus proyectos, sobre la táctica del adversario, contra la que tenemos que defender nuestras más preciosas libertades, las de nuestros espíritus y de nuestras personas.

Pero no hay para qué decir que todo cuanto podemos saber sobre el ultramontanismo, no seria suficiente á explicarnos el poder con que se ha desarrollado entre nosotros. Por ancha que se haga la parte de las ambiciones y de las habilidades del partido clerical, por muchas que sean las supersticiones populares que son en todo y en todas partes materia disponible, no es ménos cierto que aquí abajo no hay árbol que se cree á sí propio su crecimiento y sus frutos. El manzano no produce sus manzanas sino porque encuentra un terreno y una atmósfera que le son adecuados. Lo mismo ocurre con el ultramontanismo; las conquistas que ha hecho en nuestra patria, significan que no han encontrado en nosotros un adversario digno de detenerlo y que el estado general del país le ha preparado los elementos de su éxito.

A mi modo de ver, este otro lado de la cuestion debe particularmente llamar nuestra atencion. Tan útil como es saber lo que quiere y puede un enemigo, tan vano seria reconvenirle por ser lo que es. Es claro que el partido católico no ha podido ni puede gastar su energía más que en realizar sus propias miras, y tambien es claro, que los católicos, por el mismo hecho de que no tienen derecho á gastar su talento en buscar la verdad, deben tener grande inclinacion á las maniobras hábiles. Esto es lo que no debemos ignorar, y no imitar á la sonámbula, que sacudia la pared para hacer caer naranjas. Vale más volver la atencion á nosotros mismos; quiero decir, á nuestros pecados de accion y de omision, por los cuáles todas nuestras escuelas, y especialmente las opuestas á las tendencias del catolicismo, han contribuido á entregarle nuestras poblaciones. Cuando se acusa uno á sí propio, hay probabilidad de aprovecharse de sus faltas para repararlas.

En Francia, sobre todo, es evidente que el ultramontanismo no debe su poder más que á las creencias religiosas. Cuéntase que en tiempo de las cruzadas mostraban los jefes más ardor en acabar con los infieles que en aparecer fieles ellos mismos; pero hoy, y por cierto despues que los excesos anti-religiosos del 93 provocaron una reaccion en favor del catolicismo, pasa una cosa más extraordinaria. A los escépticos, á los Napoleones y hombres de Estado que no creen en los dogmas ni en la

autoridad de la Iglesia romana, debe esta misma Iglesia ver restablecidas sus dignidades, ser sostenida en sus pretensiones, verse encargada de nuevo de la educacion moral del país y colocada bajo la proteccion de las bayonetas.

Seguramente no me causa grande admiracion que algunos senadores y diputados hagan abstraccion de sus sentimientos personales: á un legislador no se le nombra para imponer á todos sus conciudadanos un régimen conforme á su voluntad. La verdad es que la Francia es una inmensa paradoja, y que dentro de esta paradoja hay ciertamente, aquí y allá, algo de anormal. Si no son los legisladores que hacen mal en gastar el presupuesto en sostener instituciones contrarias á su sentimiento de lo verdadero y de lo justo, es el país mismo que les manda mentir porque él se ha entregado á la mentira. Despues de la Commune, oí decir á un hombre, que ciertamente no habria firmado el catecismo romano, estas palabras: Prefiero los jesuitas á los comunistas: *Ab uno disce omnes*. No leo en las almas; pero despues de lo que he visto, sin hablar de las revelaciones de los tribunales, tengo la certidumbre que entre el Estado mayor del ultramontanismo, pronto se contarian los que creen—lo que se llama creer,—en la aparicion de Lourdes ó en la infalibilidad del Papa. No hay duda que todos los combatientes están en un sentido de la mejor fé del mundo; creen con toda su alma en la necesidad de la religion, y en los peligros de la falta de ésta; pero en cuanto á sus afirmaciones católicas, me temo que hacen más aún que hablar contra sus propias ideas de la verdad: no piensan siquiera en preguntarse lo que pueden realmente creer como verdadero. Estas gentes son mecánicos; su gran interés está en saber cuál es el instrumento más á propósito para obtener el resultado inmediato de lo que juzgan más ventajoso. Están por el *Syllabus*, por las congregaciones y las peregrinaciones, por la Iglesia, en fin, que la consideran como la sola fuerza capaz de librarlos de lo que temen.

Todavía no voy demasiado lejos. Los mismos católicos más fervorosos, los que admiten de la manera más absoluta que no hay medio entre la condenacion eterna y el cumplimiento completo de todos los preceptos de su Iglesia, no están más

convencidos por esto de la verdad de las doctrinas católicas. Cuando oyen anunciar un nuevo milagro, ó que se les ofrece alguna oracion revelada á algun santo sacerdote, por la que se libran de una muerte repentina, tiemblan de miedo sólo al sentir removerse su espíritu, y se apresuran á echar sobre él la piedra tumular de su terror. El hecho es que el catolicismo, despues de haber sido una enseñanza moral, una concepcion de la verdad y del deber propuesta á los ánimos, no es hoy más que un gobierno que se coloca como indiscutible. Desde el dia en que para mantener sus decisiones anteriores, ha venido á exigir de todos que por deber renuncien á su conciencia personal como á sus apetitos, ha dejado de descansar sobre una base cualquiera, y de representar la voluntad de Dios y las obligaciones de los hombres. Ser ahora católico, no es más que *creer en la necesidad* de obedecer á cierto sacerdote residente en Roma, á fin de evitar la condenacion eterna; y estar dispuesto á decir blanco ó negro en cualquiera cuestion, segun la palabra de órden que se reciba del Vaticano.

¿Qué constituye, pues, el poder del catolicismo? El miedo al vacío. ¿De quién será la culpa si Francia, por temor al desórden, vuelve ó se aferra á la dictadura espiritual y temporal? De los mismos adversarios del catolicismo, de todos los que, para combatir una mala moral y una mala disciplina, no han sabido oponerle más que la indisciplina y la inmoralidad; de todos los que, por repulsion hácia una doctrina contraria á su razon, se han pronunciado por la irreligion, sin examinar si eran capaces de exterminar las religiones, ó sí la falta de creencia podia proporcionar al país un medio de educacion; por último, de todos los que han asegurado á la Iglesia romana la inmensa ventaja de ser entre nosotros, como lo es en efecto, la religion por sí; más aún, la única escuela que se preocupa de contener la sinrazon, de unir los apetitos divergentes, de hacer posible la sociedad terrestre, esforzándose en disputar los individuos á su propio egoismo y en atraerlos á reconocer las verdades, las necesidades, los deberes que todos tienen que aceptar, á despecho de sus sentimientos personales.

No me atengo á mis propias apreciaciones; apelo á la con-

ducta de los sábios y de los pensadores que, desde el Renacimiento, han hecho profesion de incredulidad. ¿Cuántos se contarán entre ellos que hayan sido fieles á sus propios principios? Si todos los franceses á quienes ha chocado la doctrina, ó los procedimientos de la Iglesia romana, se hubieran declarado por la Reforma; si, en este momento mismo, todos los que se asustan del *Syllabus* y que consideran como una cuestion de honra propagar el convencimiento de que la religion en sí es el grande obstáculo para la razon, se separasen de la Iglesia y del *Syllabus*, uniéndose ellos y sus familias á otra Iglesia, la Francia no se encontraria en la situacion en que hoy se halla. En todo caso, pronto cesaria de presentar el raro espectáculo que ofrece al mundo: el de una nacion en que la moral pública sólo tiene por órgano un clero que enseña, á costa del Estado, el desprecio á los derechos del Estado; que tiene el encargo, por volterianos asustados, de mantener las masas en la subordinacion, conduciéndolas á Lourdes; que tiene un pié en todos los rincones del país, y entrada en todas las familias, para inclinar á la supersticion y al servilismo las mejores tendencias de las poblaciones.

Desgraciadamente, si la religion oficial no tiene ya el poder de hacer creyentes, tampoco existe enfrente de ella más que una tradicion, que es puramente una tradicion de indiferencia y de desden por toda clase de religion; y con ese desden los mundanos, los positivistas, los escépticos, los artistas y todos, en fin, los que quieren ocuparse de otra cosa que de su salvacion despues de la muerte, se encargan por sí mismos de hacer el negocio de la Iglesia, haciendo alarde de ser demasiado incrédulos, para tomarse el trabajo de insurreccionarse contra las costumbres católicas de la nacion, burlándose de los que rechazan el simular una confesion á fin de casarse canónicamente. ¿Es este, por ventura, el verdadero móvil de su conducta? No. En el fondo no tienen el valor de colocar á sus hijos ó hijas fuera de toda creencia pública, haciéndolos séres sin hermanos y sin nombre. Respecto á ellos mismos, tienen miedo de contraer matrimonio con una mujer que no se confiese, porque no saben qué retendria á semejante mujer, si es que pudiera ser retenida por alguna

cosa; no se atreven á hacer enterrar á sus parientes sin asistencia del clero, porque esto daria lugar á que los comprendieran entre los nómadas, los gitanos, los foráneos de la civilizacion. En consecuencia, aparentan confesarse para recibir el sacramento del matrimonio; toman por mujer una jóven educada en el convento y que dedicará sus hijos á la Vírgen, hasta que por sí misma los lleve á los jesuitas. Lo más amenudo tambien ocurre, que próximos á morir, y cuando no se trata ya de colorcarse á presencia de los vivos, como hombres de inteligencia privilegiada, envian á buscar, ó dejan que vayan á llamar, al cura de su parroquia.

Tan difícil es morir como vivir sólo. No trato de condenar ni de aprobar estas inconsecuencias de los adversarios del catolicismo; sobre todo, encuentro en ellas la prueba de que los tiempos son duros entre nosotros para la honradez; que el apartamiento secular y sin cesar creciente que se ha verificado entre el desarrollo de los ánimos y nuestras instituciones, ha terminado por causar una guerra abierta entre la razon y la conciencia de los individuos, entre las ideas de su inteligencia y las necesidades que sienten en sí mismos á pesar de sus ideas.

Todos nosotros, sin excepcion, tenemos que pasar por unas puertas demasiado estrechas, ante las cuales tenemos que dejar la mitad de nuestro ser.

En la actualidad, constituye la mayor parte de nuestro *país* unos *Pascales* en pequeño que se embrutecen para ir á misa, y los adversarios de la misa que manifiestan con sus actos que han mentido á su conciencia al persuadirse que las religiones no son buenas más que para poner trabas al progreso.

Largo tiempo hace que Francia está empeñada en el dilema en que forcejea: desde el siglo XVI. En esta época, la Edad Media habia terminado de reducirse al absurdo, y todas las naciones que se habian bosquejado bajo la influencia de su Iglesia anfibológica, tenian que hacer su eleccion de Hércules. ¿Qué partido debia tomar la Francia?—se preguntaban dos de nuestros grandes historiadores.—¿Seria conveniente que permaneciera católica, ó que siguiera las doctrinas de Lutero? Ni lo uno ni lo otro—contestaron ámbos:—no podia continuar

siendo romana, ni hacerse alemana; así, pues, no tenia otro camino que seguir que el indicado por Rabelais.

Así lo hizo en realidad. En lugar de reformar su Iglesia, prefirió dejarla tal cual estaba y volverle la espalda para entregarse á sus arranques. Extraña época la del Renacimiento en que los Ronsards que se asustaban de las turbulencias de sus tiempos, y que creian regenerar el país componiendo versos á las divinidades del Olimpo; papas que se llamaban á sí propios *Pontifex maximus*, como el gran sacerdote del paganismo, y que echaban sobre el Dios cristiano la capa de Júpiter, dedicando las Iglesias *Deo optimo maximo*; príncipes y una aristocracia que se dividian entre el maquiavelismo y la voluptuosidad de forjarse agradables ilusiones mitológicas:—todo esto produce un raro efecto de futilidad y de hipocresía.

Pero todo el mundo no es ni tan rico ni tan indiferente para escribir odas á Venus. Hay Calvinos que están oprimidos por el misterio de la vida y de la muerte; hay sufrimientos y apetitos que estallan en violentos ódios cuando no se contienen por una creencia ó por una esperanza; hay muchedumbres que se aprovechan de todas las crísis para dirigirse con los ojos cerrados á donde las impulsan sus apetitos.

Forzosamente, pues, debia llegar el dia en que la revindicacion de las conciencias oprimidas y en que la incredulidad propagada por el paganismo de los grandes producirian desórdenes, y cuando éstos llegaron, la Iglesia que se habia dejado en pié, dió al país la noche de San Bartolomé, la revocacion del edicto de Nantes, las dragonadas, etc. Digo mal; la soberanía real y la aristocracia son las que se vieron reducidas á dar de codo á su paganismo para formar con la Iglesia la alianza entre los dos despotismos; los Ronsards, los Bodin, los magistrados y los burgueses son los que no tuvieron otro recurso que firmar, por miedo, la santa liga. ¿Cómo hubiera podido ser de otro modo? A excepcion de algunas nobles individualidades que soñaban con lo que el estado general de las tendencias hacia imposible, las clases directoras habian vuelto todas sus preocupaciones hácia el arte de contentar los deseos. De esta suerte era preciso que en los momentos de desórden, los intereses amenazados apelaran á la Iglesia. El antiguo sistema

dictatorial de esta institucion, era el sólo medio de órden y de gobierno que se conocia en la nacion.

Desde entónces la prudencia y la razon se han divorciado para siempre, y se vé dibujarse frente á frente los dos espíritus, las dos teorías que son hasta nuestros dias los dos grandes actores de nuestra historia. Al recurrir la Iglesia á la fuerza para aniquilar los ánimos que no podian aceptar su concepcion de lo verdadero y de lo justo, ha tomado el camino que conduce al *Syllabus*, y por otra parte, la razon secular, al separarse de toda creencia religiosa, ha tomado el camino que la llevará al positivismo. Además, los intereses y los deseos se irán progresivamante agrupando al rededor de estas dos tendencias, y nos formarán una Francia instable, arrastrada sin cesar en sentidos diversos por un socialismo que nada deja al individuo, y por un individualismo que no quiere dejar nada á la sociedad.

En el siglo XVIII el paganismo pueril del Renacimiento se convirtió en dogmático y legislativo, sin dejar por eso de ser cándido. Para trasformarse en filosofía, toma sencillamente las dos ideas dominantes de la antigüedad de los últimos tiempos: la idea de que todos los goces y sufrimientos á que está el hombre sujeto, son puramente efecto de las propiedades inherentes á las cosas exteriores, y la *idea* de que el privilegio del hombre, como decia Ciceron, es de hallarse dotado de una razon por la cual *percibe* la belleza y las demás cualidades que existen en las cosas.

Nada hay más sencillo ni más atractivo que este racionalismo. Desde el momento en que cada individuo posee una facultad innata de ver, no solamente los objetos reales que son en sí útiles ó el justo perpétuo, puede pensarse con toda la alegría del corazon en la edad de oro en un breve plazo; sin embargo, queda una gran dificultad. Si la propiedad de las buenas cosas y de las buenas obras es ser evidentes para todos; ¿cómo se comprende que desde el principio de la civilizacion no haya habido más que guerras y supersticiones, Iglesias y gobiernos en flagrante contradiccion con las infalibles revelaciones de la razon? Los pensadores del siglo XVIII tomaron con bravura el partido de explicar todas las iniquidades, es de-

cir, la totalidad de la historia humana, por la ambicion de los reyes y la hipocresía del clero, y esto los llevó muy léjos. Para conservar la conviccion de que sus propias ideas eran la expresion auténtica de las verdades, siempre verdaderas, han tenido que admitir que todos los hechos contrarios á sus dichas ideas no podian provenir más que de una malicia voluntaria, que de un móvil diabólico que se llamaba egoismo y que tambien residia en el hombre al lado de la facultad sacerdotal apellidada razon. No se necesitaba más para condenarlos, á pesar del optimismo más desorganizador, al pesimismo más brutal. Habian creido desde luego, que para concluir con todas las injusticias y los sufrimientos bastaria suprimir las autoridades, el sacerdocio, la aristocracia, en una palabra, con todos los poderes públicos del pasado. Más tarde, al ver que los hombres, devueltos á su razon natural, no se apresuraban á querer lo que ellos mismos consideraban como lo verdadero y lo justo, se han visto obligados á deducir que el primer deber de la filantropía era librar á la tierra de los egoistas, de los hipócritas, de los mónstruos que á sabiendas quieren el mal de sus semejantes; y que para conseguirlo era preciso construir en un corto tiempo una dictadura encargada de definir y de imponer á todos—con el auxilio de la guillotina en caso necesario—el sistema de vida recomendado por la razon.

No podré decir lo que encuentro de trágico en las fiestas de la federacion, en el entusiasmo, y en los idilios que precedieron á la revolucion. Mucho se ha hablado de los ardores generosos de la época. ¡Ay! al lado de aquella generosidad lo que veo es la peligrosa enfermedad á la cual está sometida la inteligencia humana, cuando se imagina que su papel está reducido á buscar las cosas más propias á la satisfaccion de sus deseos. Los hombres de aquel tiempo se creian dioses; y habian cometido un pecado irremisible, al no sospechar que pudiera existir una barrera inevitable, que cierra el camino á la voluntad humana; y mientras saboreaban la alegría y el orgullo de abrir al mundo la era suprema de la felicidad, paladeando además el áspero placer de negar y de destruir todo lo que detestaban, ya la Némesis se reia de ellos. Pocos

meses pasaron, y, en vez de la edad de oro esperada, lo que hizo su entrada fueron las calceteras de la guillotina y los asesinos de Setiembre, las implacables crueldades de la guerra civil y el choque de las naciones entre sí. El racionalismo sencillo no sobrevivió á ésto: los acontecimientos habian hecho pedazos á la mitología; pero el sensualismo procedente del renacimiento no abdicó por eso; no hizo más que trasformarse, autorizándose á sí propio con nuevos argumentos á perseverar en su psicología y procurar por nuevos caminos los mismos fines.

Saltaré á piés juntilla por encima del primer imperio. Entre los jacobinos y los emigrados, que se habian hecho igualmente imposibles, un general afortunado se deslizó hasta el trono; luego fué aniquilado por las naciones que habia sublevado contra él su ambicion. Este no es más que un intermedio en nuestra historia, intermedio que, por desgracia, ha dejado en el país la idea del cesarismo como medio de escapar á la vez del clericalismo y del libertinaje.

En 1815 los que ocuparon el poder, fueron los monárquicos moderados, hombres que tomaron de Inglaterra un ideal de gobierno mixto, de libertad contenida y de fijeza progresiva. Una cosa más curiosa todavía es para los protestantes franceses, para la escuela de Benjamin Constant y de madame de Stael, que la soberanía real católica y de derecho divino, se dejase dictar la Carta que otorgó para volver á ganar la Francia. Los moderados, sin embargo, apenas se apoyaban en otra cosa que en los temibles recuerdos de la revolucion y del imperio y no eran los herederos de las tradiciones del país. Así, pues, bastó un movimiento para echarlos por tierra. Mientras que las imaginaciones se divierten en idealizar la Edad Media, se renovó el antiguo duelo entre el ex-jesuita católico y el espíritu de negacion. Bonapartistas, republicanos, volterianos, todos los enemigos de los dos derechos divinos, hacen causa comun contra el partido del antiguo régimen; y el proyecto del derecho de primogenitura, las misiones, la confesion impuesta á los soldados, y por último, las ordenanzas determinan la caida de la soberanía real legitimista.

Tampoco en este momento se creó una gran corriente en el

país, y el poder permaneció en manos de otro partido medio, el de los liberales constitucionales; pero pronto veremos que éstos tambien son generales sin soldados, ó para explicarlo mejor, pronto veremos, bajo la monarquía de Julio, lo que causa entre nosotros la debilidad del liberalismo. La Francia contiene, sin duda, muchos hombres que por su posicion mediana, rechazan igualmente los dos radicalismos, y cuando los ánimos están tranquilos, la nacion entera parece que sólo reclama una libertad pacífica. Sin embargo, consideremos bien, recordemos lo que se escribia en tiempo de Luis Felipe, y descubriremos sin dificultad que en 1830 á 1848, sólo existieron en la nacion dos teorías, dos creencias y que estas doctrinas rivales son nuestros antiguos conocidos. En suma, durante la monarquía de Julio, la libertad aprovecha, sobre todo, al socialismo autoritario, al comunismo y al sansimonismo. Para citar un hecho significativo, lo que era entónces el objeto de burlas, era el *justo medio*, la nocion misma del gobierno moderado, la ponderacion de los poderes. La lógica *unilateral* que el catolicismo habia alimentado en las inteligencias, encontraba absurda la idea de una soberanía limitada: no podia comprender más que la autoridad absoluta de una sola fuerza; y un buen dia—el motivo no importa—un motin derribó la monarquía constitucional.

Conozco que me aproximo á un terreno ardiente. Es difícil juzgar de las esperanzas que aún están vivas, y de las voluntades militantes que no han sufrido el juicio de Dios; pero iré hasta el fin, porque á mi modo de ver, precisamente á partir de 1848 es cuando las consecuencias de nuestro pasado empiezan á dibujarse con claridad. Despues de la caida del sistema constitucional—que era más bien una imitacion de Inglaterra que la continuacion de la historia nacional—la Francia se encontró dividida en dos partes, una de las cuales nada habia aprendido y tenia miedo, y la otra que no habia olvidado la democracia autoritaria de la Convencion y quiso, por el sufragio universal directo, organizar la soberanía del pueblo. La muchedumbre consultada, respondió votando por un segundo Bonaparte que restableció el cesarismo en provecho propio. No tenia en su favor ni la razon ni la prudencia

de la nacion; pero era el hombre de los recuerdos, de las imaginaciones y de las antipatías; tenia el mérito de no representar ni la monarquía clerical, ni el radicalismo, y se le dejó carta blanca para hacer lo que quisiera de las libertades de la Francia, así como para jugar sus destinos como un aventurero.

Ahogado este aventurero bajo las ruinas de la nacion, las dos mitades de ésta que él habia separado se hallaron de nuevo frente á frente. Su lucha continúa, y no me siento capaz de profetizar, contentándome con señalar un hecho: que en estos últimos tiempos las teorías extremas, al estrecharse, han casi aniquilado los partidos intermedios. Hemos presenciado dos fusiones características. En oposicion á los orleanistas que se fusionan con los legitimistas, el bonapartismo y los ultramontanos, el partido liberal se ha fusionado con la democracia del sufragio universal *directo*; y en el señorío de las ideas la intransigencia es absoluta. La Iglesia al proclamar la infalibilidad del Papa, ha hecho de la religion la negacion del Estado, de la razon y de las nacionalidades; la ciencia y el pensamiento libre, al entregarse más ó ménos al positivismo, han hecho de la razon y del progreso social, la negacion de toda religion, de toda metafísica y de toda ciencia moral. En una palabra, las tendencias que en el siglo XVI se separaron amistosamente han terminado en nuestros dias por un divorcio dogmático.

Digamos ahora algunas palabras sobre el movimiento de las doctrinas que han producido estos sucesos. Lo que por una parte me llama la atencion es que la razon y la sabiduría de la Francia, al desdeñar la reforma de la religion oficial y al tratar de hacerse independiente, se han visto obligadas á colocarse fuera de toda creencia y de toda moral públicas, así como de toda religion, condenándose á trabajar contra ellas mismas. Han venido á parar en esas doctrinas de gabinete, ninguna de las cuales ha podido prevalecer y han puesto en movimiento instintos y móviles que son más fuertes que ellas. En frente de una Iglesia que no concebia la verdad más que como un código de preceptos inmóviles y que cada vez más llegaba á reglamentar á su alrededor

las supersticiones de los ignorantes, y los temores egoistas para adquirir la fuerza suficiente para ahogar los cuerpos y las almas, se ha producido entre nosotros una oposicion que parece una coalicion de la razon y de la sinrazon, de las conciencias y de los apetitos. De todas las naciones protestantes ó católicas, la Francia es donde las dos fuerzas que se disputan el dominio de la sociedad, han tomado una forma más expresiva, y esto se conoce y se siente hasta en los manuales de historia escritos para nuestras escuelas. El catedrático que explica á los jóvenes la marcha de la civilizacion les enseña á no ver en ella más que una lucha entre el catolicismo y la incredulidad, entre el despotismo y la insubordinacion. Tanto en las ideas como en los hechos parece que Civa el destructor es el único que se encuentra en frente de no sé qué dios inmovilizador.

No sospechamos todo el mal que nos ha hecho el catolicismo, ó más bien todo el mal que nosotros mismos nos hemos ocasionado dejándolo en pié, cuando no podia defenderse sin proscribir el pensamiento y todas las libertades que son la vida. Los actos que le echamos en cara son los menores de su sin razon. Su obra más funesta es una de la que no tenemos conciencia; es el género de espíritu que ha perpetuado en nosotros, y del cual no se libra uno al profesar el excepticismo, el positivismo, y hasta el liberalismo. Por su materialismo devoto ha destruido en nuestros jóvenes el gérmen de la conciencia, y ha hecho de ellos hombres incapaces de considerarse á sí mismos, incapaces, por tanto, de comprender el por qué las faltas que producen la mala ventura sólo son debidas á la ceguera del entendimiento. Más aún; con su moral autoritaria, que hablaba de un Dios omnipotente y que ordenaba á sus discípulos obedecer ciegamente á la Iglesia, obedecerla sin permitirse buscar en el mundo de los hechos los mandamientos del Omnipotente, ha matado en las almas el sentimiento de la necesidad. Ha enseñado á la Francia una lógica de monómano, un maniqueismo que no puede pensar más que para preguntarse cuál es la cosa exterior á quien deba acusarse de todas nuestras propias necedades, y cuál es la otra cosa única que debemos amar y querer porque posee en sí el

poder de procurar á los hombres todas las satisfacciones sin que tengan que llegar á ser sábios ellos mismos.

Sin duda el dogmatismo es de todos los lugares y épocas, saliendo armado de las cegueras naturales; y por todas partes, en Europa, los egoismos y los apetitos de clase caen en la falta de no quererse más que á sí propios y de desear todo para sí; pero lo que ha habido de particular en Francia es que la filosofía latente del catolicismo ha conservado la plena posesion de los ánimos. Por más que las necesidades y las inclinaciones que se encontraban quebrantadas por la doctrina ó los procedimientos autoritarios de la Iglesia de la Edad Media han contestado á sus *no* con *sí* y á sus *sí* con *no*, las inteligencias no han podido ir más lejos en su concepcion de la naturaleza humana y de lo que llamaria el medio de salvacion; persistiendo en suponer que el hombre era un sér pasivo, tanto en sus ideas y voluntades como en sus sentimientos, y que el mal como el bien sólo provenian de los objetos exteriores. En su consecuencia, han persistido en creer que nuestro único cuidado debe ser la adquisicion de las cosas de fuera que son para todos lo deseable, lo útil y lo necesario; y bajo la influencia de este sensualismo espiritual, nuestras escuelas más opuestas, y hasta nuestro espiritualismo y nuestro liberalismo han conservado la idea católica de su oráculo terrestre, de una facultad ó de una autoridad que era la reveladora única de las verdades de fuera, y que, por tanto, tenia el derecho de ser aquí abajo la única legisladora.

Además, en Inglaterra, por ejemplo, así como en Alemania, respecto á las cosas que atañen á la inteligencia, ha podido formarse una escuela y un gran partido medio que se pronunciaba contra la dictadura, sin hacerlo prácticamente en favor de la independencia absoluta y de la soberanía del individuo. No así en Francia. Nuestra filosofía no ha sabido ni podia negar la falsa omnipotencia de los Papas, más que colocando en el individuo la fuente de la verdad y del derecho público; es decir, colocando en él el rey y el Papa, y como cada cual quedaba en libertad de alojarlos en tal ó cual parte de su sér, en la razon como en la conciencia, en las sensaciones físicas ó en la voluntad, las inteligencias

mismas son las que han impulsado á todas las necesidades parciales de nuestro sér á separarse unas de otras y á tratar de destruirse entre sí.

Veamos si no: nuestros pensadores especulativos, los que, como Descartes, se inclinaban á la metafísica y querian emancipar el pensamiento del despotismo teológico, han enseñado que la propiedad del espíritu es apoderarse de la verdad prima, de donde emanan todas las verdades, y que la sabiduría consistia en purgarse individualmente de toda experiencia, de toda tradicion, á fin de sacar de sí propio la concepcion de lo absoluto. Nuestros hombres de sentimiento, los que, como Rousseau, quieren librar las conciencias del yugo del ascetismo, han sostenido que los hombres se inclinan, naturalmente, á la bondad y á la virtud, y han deducido que se trataba de sustraerlos á las morales públicas para abandonarlos á las solas inspiraciones de su corazon. Los políticos, los reformadores, que pretendian desembarazar al mundo de los privilegios injustos y de las opresiones sofocantes que los dos despotismos católicos habian hecho pesar sobre él, han tomado el partido de arrojar sobre los poderes públicos la culpa de todos los errores y los sufrimientos humanos; proponiéndose regenerar la sociedad, reconstruyéndola sobre la base de una declaracion de los derechos del hombre. No los acuso de haberse engañado en lo que reclaman; pero quiero decir que en lugar de exigirlo en nombre de las obligaciones que los poderes, los grupos y los individuos, tienen que cumplir, á pesar suyo, á consecuencia de las necesidades sociales, han colocado al individuo como poseedor de privilegios naturales, derechos innatos, que eran la necesidad de las necesidades, y que decidian en absoluto de lo que debia ser la sociedad.

Notemos bien que Francia es el sólo país en que estas teorías no han encontrado oposicion á que se traduzcan en hechos; y notemos tambien esto, que desde la revolucion nuestra filosofía láica, al volverse liberal, no ha dejado de ser exclusiva. Las inclinaciones, por el órgano de Fourier, han reclamado pontificalmente para ellos solos el gobierno de los asuntos humanos. Los intereses materiales han afirmado que

la instruccion utilitaria era la única buena, lo que queria decir que los hombres no tienen que ocuparse de su propia mejora moral. Por su parte, el liberalismo se ha acantonado en el axioma de que la libertad del individuo es el sólo principio y el único fin del derecho público. El espiritualismo ha ido aún más lejos: en nombre de la soberanía de la conciencia, ha declarado que la sociedad era tan incompetente para enseñar, como para reglamentar. Por último, la inteligencia científica ha suprimido el *yo* humano para poder proclamar, dogmáticamente, que la sensacion física era la reveladora del agente universal, y que, por consecuencia, la ciencia que sintetiza las sensaciones debia, en adelante, dictar por sí sola todas las reglas de nuestra vida.

En todo esto no vemos más que candidatos á la dictadura; inteligencias que se gastan en decidir si es al Papa de Roma ó á la ciencia física á quien corresponde ordenar lo que todos deben creer, aunque no puedan creerlo; si es la voluntad de una Convencion, ó de un César elegido que está por encima de lo inevitable y de lo imposible; si es tal ó cual la fórmula humana, tal ó cual la definicion de lo útil, ó de lo necesario, lo que debemos considerar como la cosa incontestable, como lo que tiene derecho á existir y á mandar aquí abajo, aunque el mundo tuviera que perecer á causa de ello.

Además de esto, á lo sumo, no vemos otra cosa más que un escepticismo, que para impedir el conflicto de las pretensiones rivales, se ha esforzado en convencerlas de que no hay más que verdades relativas. En todo caso, desde que los excesos del dogmatismo han asustado á los espíritus más libres que se preocupan del órden general, oigo parafrasear por todos lados el mismo delirio, el de una reconciliacion universal, por medio de una renuncia tambien universal, á toda moral comun, á toda concepcion determinada de la verdad verdadera para todos y á los deberes que á todos se imponen. El misticismo anuncia una Iglesia del porvenir que carecerá de dogmas, de teología, y que reunirá todas las conciencias reduciendo la religion á la fé en un Dios, concebido no importa cómo. Los moralistas esperan poner término á todas las discordias haciendo de la moral una síntesis abierta sin cesar; es decir, re-

duciéndola á la busca de la perfeccion y dejando á cada uno entender la perfeccion como le plazca. Existe, por último, en la atmósfera, un mal liberalismo, que no es otra cosa que el dogmatismo falto de valor, desanimado, que, por no renunciar á sus ideas fijas, nos propone sencillamente que volvamos á los instintos primordiales, al instinto que ha engendrado todas las religiones y las morales, el sér absoluto lo mismo que el no sér.

Así, porque la experiencia nos ha obligado á reconocer que no existen formas de gobierno ni cosa alguna que sea el específico único, el perpétuo deseable, se repite á la Francia que no hay verdad humana, ni se sospecha siquiera que pueda ser cuestion para mí, para vos, para cada voluntad, el inquirir qué necesidades resultan para todos nosotros de las otras mil voluntades que tenemos en frente. No; en teoría al ménos, permanecen en la idea de que los hombres no pueden oponerse más que en perseguir la satisfaccion; de que las religiones, las morales y los gobiernos, no pueden tener otro objetivo que contentar las aspiraciones, y se abre en cierto modo un concurso universal para el descubrimiento del supremo satisfaciente, solamente que se incita á cada cual á que se contente con buscar para sí lo que le convenga, y á dejar abierta la gran síntesis, á fin de que todos los deseos particulares puedan aumentar sin cesar el *ideal* comun de lo deseable.

A mi juicio, si el ultramontanismo se ha desarrollado con tanta fuerza entre nosotros, es precisamente porque la Francia no ha visto medio alguno entre la dictadura y la soberanía del individuo, entre la idolatría que hacia de un Papa ó de un rey el incontestable órgano de la omnipotencia, y la otra idolatría que coloca en el individuo la fuente de la verdad, y por tanto, del derecho público. Que no me acusen de que mis conclusiones son contrarias á la libertad. La libertad,—sí, ciertamente, la libertad para todos de disponer de su persona á sus riesgos y peligros, y de profesar las creencias ó la incredulidad que respondan á su conviccion,—no seré yo quien la contradiga. Creo que los hombres no llegan á la verdad, más que desconociéndola y chocando con ella; y á mi modo de ver, el pecado supremo del catolicismo es tratar de librar á los

hombres de las malas acciones, impidiéndoles que obedezcan á su propia sin razon.

En lugar de procurar curarlos, los enseña á vivir mal ó bien sin razon; pero nuestro liberalismo no ha sido simplemente liberal, porque al decir: la libertad es buena, ha añadido en voz baja: y no hay otra cosa que sea buena. Al decir: es preciso que cada uno sea libre de examinar, de deducir como pueda y de querer segun su propia concepcion de lo verdadero y de lo justo, ha dicho al mismo tiempo: es menester que no haya más que individualidades, que saquen de sí propias sus convicciones, que se hagan á sí mismas sus leyes, su moral y su religion.

¡Raro efecto de las reacciones y de los rencores! Para emancipar la ciencia, nadie ha pensado nunca en que cada hombre se formara su física ó su fisiología. Lejos de eso, á fin de sustraer las inteligencias á las doctrinas impuestas, hemos organizado una enseñanza encargada de centralizar los descubrimientos de todos y de proponer á cada cuál las conclusiones á que nadie podria llegar por sus propias luces; pero respecto á la verdad moral, á la verdad humana, es otra cosa distinta. En lugar de sentir que la libertad es necesaria porque los hombres necesitan adquirir la razon que les falta; en lugar de comprender que para poner término á la dictadura moral y política, se trata de reemplazarla por una influencia que forme los ánimos, que ponga á los individuos en situacion de gobernarse por su propia conciencia; en lugar de esto, nuestro liberalismo ha reclamado la libertad afirmando la razon natural del individuo. Ha supuesto que el amor á la independencia personal bastaba para enseñar á cada uno el deber de respetar la independencia de los demás; ha repetido que estas ideas son las que dirigen al mundo, y que cada cual debe formarse sus ideas con arreglo á sus propios sentimientos. En una palabra, ha alentado á los individuos á que tomen una actitud desdeñosa é incrédula respecto á toda clase de tradicion, impulsándolos por tanto á creer que sólo deben contar con su propia voluntad.

Hay que confesarlo; la mejor de nuestras escuelas se resiente aún de nuestro pasado católico. Desde la mitad del si-

glo XVIII, la Francia habia envidiado los beneficios que la Inglaterra debia al *self government*; y á consecuencia de los sucesos dogmáticos de la revolucion, el racionalismo nacional ha debido, como digo más arriba, tomar una direccion nueva; pero si ha variado de ideal, no ha cambiado de naturaleza; y con su disposicion á no mirar más que las cosas exteriores, ha creido demasiado que el mecanismo oficial de la libertad, por sí sólo bastaria á todo. En otros términos, no se ha preocupado suficientemente de las condiciones morales de la libertad, no ha visto que si en Inglaterra la libertad era fecunda, se debia á que allí existe una fuerte opinion pública, una tradicion nacida de una educacion religiosa, que pesaba sobre los instintos de los individuos para obligarlos á reconocer al ménos que no eran soberanos.

Nada bueno se hace con ilusiones. En realidad, los individuos, tales como nacen, tienen temperamentos divergentes, y una masa de personalidades no formará jamás una sociedad, á ménos que un poder físico ó una educacion no los conduzca á reconocer una misma soberanía. Los hombres viven mal; pero viven cuando encarnan la soberanía en un jefe espiritual, en una Carta, ó en una ley terrestre; y no pueden vivir en manera alguna, cuando cada cual no piensa más que en decidir con arreglo á sus propios deseos, el régimen público á que deben sujetarse los demás. Para librarse de la fatalidad del despotismo imagino que no hay más que un medio: que los ánimos lleguen á reconocer una soberanía invisible—que se convenzan que en realidad el derecho y la verdad no provienen ni de un individuo aislado, ni de todos los individuos;—que la omnipotencia no pertenece aquí abajo á ninguna idea humana, que las ideas que unos y otros puedan formarse de lo útil y de lo necesario, como de la voluntad de Dios, como, por último, del derecho y de la verdad, así como de la manera en que nacen los árboles, provienen del poder invisible que crea todos los séres, que fija, á pesar de nuestras opiniones, lo que es para nosotros un veneno ó un alimento saludable, que decide de todo lo existente, y que por tanto determina las condiciones que todos tienen que llenar, á pesar de sus voluntades.

Pero si la razon consiste en saber esto, no es por sí mismos que los hombres pueden elevarse muy léjos de que el individuo posea en sí la facultad de ver las verdades verdaderas para todos, y sea así el legislador de la sociedad; nace esclavo de su personalidad, y no puede, por lo mismo, conocer más que sus impresiones personales; sólo la sabiduría pública puede hacerlo razonable. Una civilizacion se compone de las verdades que se han manifestado y se han impuesto por el conflicto de las tendencias individuales; no se trasmite más que por la accion de la comunidad, y en cuanto á la civilizacion libre, lo que la funda, lo que la perpetúa es un espíritu público organizado; es una educacion que, sin violentar á nadie, venga en auxilio de todos; que en lugar de dogmatizar, procure desenvolver la conciencia de todos; que sustraiga los individuos al imperio de su egoismo, infundiéndoles desde luego el sentimiento de su independencia, y haciéndoles así capaces de emplear sus facultades, no ya solamente á imaginar cosas propias para satisfacerlas, sino á buscar las imposibilidades y las necesidades que tienen que aceptar.

¿Era posible semejante cosa entre nosotros? No lo lo creo. En un país ocupado por el catolicismo, no habia lugar para una educacion moral que nos fuese preceptiva; hubiera sido peligroso decir que el derecho, como la verdad, no proceden más que de los mandamientos de la Omnipotencia: con su educacion católica, los ánimos habian comprendido que se trataba de la voluntad de Dios interpretada por un oráculo terrestre.

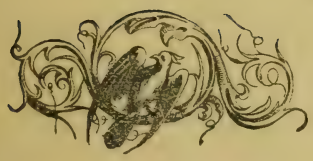
Cuando se siente la necesidad de una influencia moral como la que he procurado describir, creo que no se está muy distante de admitir que las religiones son á la vez lo que hay de más peligroso y de más indispensable.

Hasta ahora, por lo ménos, el mundo no ha encontrado nada con qué reemplazarlas. Como medio de educacion, la ciencia es más que insuficiente. Desde luego no puede enseñar á la juventud más que conclusiones formadas de antemano, lo cual es poco favorable á la actividad de los ánimos; y sobre esto tiene la grave desventaja de no poner en juego otro móvil que el egoismo. Además, no es exponiendo á la mu-

chedumbre las últimas concepciones de las facultades de que carecen, el medio de desarrollar en ella estas facultades. No se le dá vista á los ciegos refiriéndoles la teoría de los colores. El hecho es que la razon no es una coleccion de conocimientos; es una funcion moral que necesita brotar, y le es menester una especie de enseñanza que haga presa en los temores y en los deseos.

En todo caso, es preciso conocer muy poco á los hombres, para creer que por medio de las escuelas láicas, destruiremos el ultramontanismo. Supónese siempre que las supersticiones provienen de las Iglesias, y no es así; las mitologías, los paganismos, las supersticiones de todo género son los brotes naturales de la sin razon humana, y es para disputarles el terreno para lo que necesitamos de una religion sábia.

J. MILSAND.



LA MISION DE LA DEMOCRACIA

EN EUROPA.

Han trascurrido ya noventa años desde que comenzó la regeneracion política de la Europa continental. No es esa regeneracion todavía una obra terminada; pero puede, á nuestro juicio, decirse que es una obra en camino de concluir y que no serán necesarias conmociones como la de 1789, ni muchos ménos batallas terribles, como las de 1793, para ponerle término, llevando hasta los últimos límites su desenvolvimiento.

Aunque el progreso guarda á nuestros ojos misterios inescrutables, y áun cuando trazar *á priori* los rumbos que ha de seguir la humanidad en su marcha sea temerario, no se moteje aquella afirmacion de aventurada. No lo es en manera alguna; nosotros al hacerla no declaramos que haya empezado, ni que esté á punto de comenzar una nueva era, la de las soluciones definitivas; no oponemos al porvenir una valla infranqueable; no traspasamos siquiera los dominios de la experiencia, de la que es insensato prescindir en estas materias. Observamos lo que á nuestro alrededor acontece, lo que á nuestra vista pasa, y examinando las necesidades políticas del

período actual, que no han de modificarse en bastante tiempo de una manera muy sensible, porque ni en la naturaleza ni en la historia hay soluciones de continuidad, cambios bruscos y mudanzas repentinas, deducimos que la obra ántes aludida, que comenzó en 1789, y cuyas consecuencias no se han desenvuelto aún completamente, nos ofrece medios de satisfacer aquellas necesidades.

La política puede y debe tener aquí sus investigaciones. En el curso de los siglos nuevas necesidades exigirán de ella nuevas fórmulas; pero esas fórmulas no están hoy dentro de su esfera, ni hay que adelantarse á prepararlas. Hagamos nuestra obra, pensando un poco más en lo actual, un poco ménos en lo que no es lícito decir si aparecerá.

Las escuelas extremas, los partidos que exageran con distinto sentido las más contrarias soluciones, suelen sacrificarlo todo á un recuerdo ó á una esperanza, á la historia ó á la utopia, al ayer ó al mañana. Ayer y mañana, en el sentido lato con que deben considerarse el pasado y el porvenir, son dos términos de segundo órden para el estadista. Hoy, los tiempos que corren, el período en que vive: hé ahí el objeto de sus meditaciones más profundas. Y es indisculpable que los partidarios de las doctrinas radicales pretendan sacrificar lo futuro á lo presente; hay en esa pretension algo opuesto al derecho de las generaciones que nos han de suceder. No cohibamos su libertad, ni pretendamos su tutela: que realicen la mision encomendada á sus esfuerzos, como realizaremos la nuestra, abandonada por el empeño vano de poner toda la esperanza en el remoto desenlace de un enigma. ¡Basta de ensueños y de quimeras! ¡Paso á la realidad!

La realidad para nosotros, la época presente, es el período en que se han de sentir de un modo vivo las necesidades políticas que caracterizan nuestro siglo, que vino á satisfacer con sus principios, y que—añadamos—ha satisfecho en gran parte la revolucion de 1789. ¿Qué se ha realizado y qué falta para llevar á cabo esa obra regeneradora? Hé aquí un problema curioso que debe discutirse, porque en su fondo está la solucion de la mayoría de las cuestiones pendientes en todos los pueblos cultos de Europa.

I.

No todos, ni áun los más, gozan de la ventura y de la calma que la estabilidad produce. Muchos son víctima de agitaciones sin término, de inextinguibles discordias, de crísis prolongadas.

Presa éste de la violencia, no hay medio capaz de conseguir que en él se forme y robustezca una opinion vigorosa, á cuyo pensamiento quede encomendada la direccion de los negocios públicos; el poder no se ejerce sino mediante el empleo de la fuerza, ni se trasmite sino en las revoluciones y en los golpes de Estado. Las parcialidades políticas son ejércitos puestos á merced de las conjuraciones, cuándo para derribar las libertades, cuándo para proclamar su triunfo. Los derechos del vencido son siempre una frase vana y los desafueros del vencedor una realidad abrumadora. No hay garantías constitucionales, ni administracion, ni órden, ni justicia; no hay más que un absolutismo que ahora ejercen los partidos, como en otro tiempo lo disfrutaron los monarcas. Contra el vencedor, es inútil buscar garantías; estéril tambien pretender equidad para el vencido. Hasta la ley de razas parece lícito restaurar en esa contienda, donde unos pelean por la existencia y la dignidad y otros por un nombre y una fórmula bastante á amparar sus pretensiones; donde mismo lucha por los intereses del país en primer término. Desolacion al presente y nubes sobre el porvenir; lágrimas ayer, ahora y luego; que las parcialidades educadas en ese pueblo, como ignoran la eficacia de los procedimientos pacíficos, desdeñan apelar á ellos, y como no se habitúan á ejercitarlos, desconocerán en lo sucesivo su valor, perpetuando, el dia en que la suerte favorezca sus aspiraciones, ese régimen insostenible contra el cual protestan con todas sus fuerzas.

Más allá otra nacion, dueña de sus destinos, gozaria en paz las ventajas de gobernarse, atendiendo de un modo exclusivo al cuidado de los grandes intereses que representa, si no influyeran en su política una amenaza y una utopia. La amena-

za da á sus contiendas tambien el carácter de batallas, y cuando enardecidas las pasiones, un pueblo, en vez de discutir, pelea, ¡ay de la libertad! ¡ay del bienestar de los ciudadanos! Los frutos de esa guerra serán el botin y la sangre; la libertad y el bienestar de un país pocas veces se conquistan y nunca se consolidan peleando. Bajo la influencia de esa amenaza se exageran las más contrarias tendencias y se apadrinan las más lamentables exageraciones. La utopia misma cobra fuerzas en la lucha. ¿Para qué? Para poner la patria tan próxima, tan inmediata á una desorganizacion espantosa, que reaccionado el sentimiento público, dé al traste con las conquistas de la paz y traiga de nuevo el imperio de la violencia por su camino lógico; los golpes de Estado ó las revoluciones.

A la derecha mano se extiende poderoso otro país, al que ha sonreido la fortuna y que en un período muy corto llegó al apogeo de la fuerza y de la gloria. Ya en ese punto acaban de sorprenderle inquietudes terribles. Se agita en su seno, y la anuncian todos los síntomas, una formidable revolucion social. Hay allí deseos legítimos no satisfechos, aspiraciones honradas y prudentes que se desatienden con extraña pertinacia. Tambien se quiere contenerlo todo, acallarlo todo empleando la violencia, y la violencia puede muy bien ser estéril para otra cosa que para engañar á los incautos, ofreciéndoles una superficie tranquila, sobre un abismo en cuyo fondo germine la semilla de todas las catástrofes políticas.— Siguiendo siempre hácia Oriente, cada vez hallamos aspiraciones más nobles y justas, mayor empeño en no darles la satisfaccion que reclaman y una tension exagerada en los vínculos sociales, que podria juzgarse preludio de algun desbordamiento.

Los caractéres del mal que unos y otros pueblos sufren son análogos. En todas partes se levanta y prospera el mismo error; en todas subyuga el ánimo de los estadistas la misma absurda creencia. Pocos hombres de gobierno comprenden que es necesario, imprescindible ya, practicar sinceramente, con completa buena fé, con absoluto desinterés, con criterio imparcial y elevado, el régimen representativo. El poder no es una conquista, ni un botin, ni un privilegio, ni un arma,

ni un medio de satisfacer oscuras pasiones. Cuando es eso, la violencia y el crímen lo arrebatan de las manos en que está y vuelve todo al caos donde hallan su comun orígen las causas perturbadoras del bienestar de la humanidad y de la tranquilidad de las naciones. El poder es el cumplimiento de una noble y digna mision: hay que aceptarlo así, so pena de ocasionar á los pueblos el más terrible de todos los daños.

No faltan ejemplos para dar autoridad y prestigio á nuestro aserto. Por fortuna, Inglaterra é Italia se ven al presente regidas de acuerdo con los principios del sistema representativo; Inglaterra é Italia son en nuestros dias, en lo político, las grandes maestras de Europa. La opinion gobierna allí, los acontecimientos siguen un curso normal y pacífico; nadie vé sobre el horizonte la sombra desdichada de una amenaza, ni asegura catástrofes á la patria de Palmerston, y á la patria de Cavour.

La conducta de lord Beaconsfield ha sido perjudicial en el interior á la vida de la nacion inglesa y en el exterior á las legítimas exigencias de la opinion ilustrada de Europa. Se ha abandonado en Lóndres la sábia política reformista, que constituyó en los últimos años la gloria y la honra del Parlamento británico; el debate seguido durante varias semanas sobre la aplicacion de penas corporales al ejército, acaba de revelar uno de esos absurdos legislativos que no puede sostener en manera alguna el país que defiende contra otros la santa causa de la abolicion de la servidumbre; se ha comprometido á Inglaterra, contra su interés acaso, ocupando á Chipre, en las querellas inevitables que han de suscitar ántes de mucho tiempo otra guerra en Oriente; se han acentuado tanto las aspiraciones invasoras de la Gran Bretaña, que los hombres más moderados de Italia, de Francia, de España, de Alemania misma, de Rusia sobre todo, se preguntan si no ha de llegar un dia en que Europa proteste unida contra esa absorcion de todas las fuerzas que en Africa, en Asia, en el Mediterráneo, intenta Inglaterra, hiriendo aquí nobles propósitos, oponiéndose allá á la realizacion de levantados designios, acaparando en favor de la raza anglo-sajona todas las iniciativas civilizadoras, todos los ideales de todos los pueblos cultos de la cristiandad.

En el reino unido hay una gran masa de opinion que estima acertada esta conducta; muchos la impugnan. Es digna de notarse la violencia con que hace su crítica Mr. Gladstone en las Cámaras, en el libro, en el *meeting*. Parece que los dos partidos que se disputan el gobierno de la nacion inglesa, están á punto de llevar sus diferencias al campo de batalla y de reñir encarnizada pelea. Pues no lo harán. El dia que se abran los comicios, el pueblo ha de decidir; entónces ha de mostrarse el poder y la eficacia de la opinion, que ahora preparan los hombres inteligentes de uno y otro bando para esa fecha solemne. Si el partido liberal es vencido, lord Beaconsfield continuará en el poder, y sus adversarios, resignados con la derrota, seguirán luchando hasta que, trascurrido un nuevo plazo, se consulte el voto de los electores y se resuelva si debe el marqués de Hartington reemplazar en la direccion de los negocios públicos al primer ministro actual de la reina Victoria. En el caso de que los electores opten por la afirmativa, ahora ó entónces, llanamente sin dificultad ni obstáculos, se modificará esa política tan censurada. Volverá el Parlamento inglés á discutir las reformas necesarias indispensables que el estado del país reclama con urgencia. Enmendará el Gabinete de Saint James, atenuando las consecuencias de los actos realizados desde 1876 por la Gran Bretaña, los errores de su conducta internacional. Los conservadores, constituyendo la oposicion de S. M. y vueltos á la lucha pacífica contra el poder, esperan dos, cuatro, cinco, diez años, todo el tiempo que la opinion los mantenga alejados del gobierno, el dia en que han de volver á desempeñarlo. Pedirán al país, á los electores, á la nacion, que les devuelva la influencia y la autoridad perdidas; no la esperarán ni de un golpe de Estado, ni de una intriga cortesana. La esperarán de su derecho y de la equidad que hay para todas las aspiraciones legítimas en el ejercicio del régimen representativo.

Profundas diferencias separan tambien á los partidos italianos. Despues de muchos años de gobierno conservador, ha ocupado el poder recientemente la izquierda, conquistándolo en los comicios. En la actualidad se discute aún si la izquierda será digna de ese triunfo, si sabrá organizar una situacion es-

table, capaz de desenvolver y de aplicar, dentro las instituciones representativas y parlamentarias, el programa de la democracia, que no es otra cosa que el afianzamiento y desarrollo de esas instituciones hasta dejar fundado sobre sólidas bases el principio del *self government*, el gobierno del país por el país. Si al cabo la izquierda, si al cabo la democracia es capaz de esto, se mantendrá en el poder y cumplirá su mision. ¿Continúa dividida? ¿La declaran sus errores impotente para realizarla? Pues nadie dude un punto de que la opinion que la trajo al gobierno la devolverá, por los medios pacíficos y legales, al campo oposicionista, de donde, en ese caso que juzgamos improbable, no merecia ciertamente salir.

Cuando se habla ahora de Italia no falta quien augure al jóven reino desdichas sin número, suponiendo que la fuerza puede enseñorearse del país, derribar el trono, proclamar la república y poner en peligro la unidad de la patria. A la mayoría de los espíritus observadores todo eso les parece improbable ó ilusorio. El partido republicano de Italia es débil, reina entre sus jefes, de los que no hay uno capaz de ocupar puesto entre los estadistas de primera línea, la más completa discordia; el pueblo italiano comprende, además, que si entrara por el camino de las aventuras, no le seria fácil conservar la unidad á costa de tantos esfuerzos fundada; el trono tiene en el sentimiento público honda raíz, porque la casa de Saboya ha conquistado con su patriotismo el afecto y la simpatía de los pueblos. En estos instantes no es admisible la hipótesis de un movimiento republicano victorioso en Italia. El buen sentido—y en Italia abundan más que en parte alguna hombres que lo posean—aconseja á todos vivir en calma dentro de sus actuales instituciones, perfeccionándolas y arraigándolas, ya que con ellas la libertad y el derecho tienen garantías eficaces, es realizable todo progreso y puede un Gobierno inteligente, mejorar la situacion del Estado disponiéndolo para un porvenir más dichoso. Las hipótesis de un golpe de fuerza y de una intriga cortesana, hay que descartarlas aquí tambien, enumerando los medios probables de trasmitirse el poder. No hay por ahora otro medio de hacerlo que las elecciones. Impera el sistema constitucional; se aplican sus prin-

cipios sinceramente. Por eso hay normalidad en los movimientos políticos del jóven reino y se descubren en su horizonte algo más que sombras, nubes y amenazas.

Tan próximos se hallan Portugal y Bélgica á esa situacion tranquila y dichosa, que seria injusticia no mencionarlos. Errores, y errores dignos de severa crítica afean la historia contemporánea del reino lusitano; excesivo apasionamiento lleva al ultramontanismo á las contiendas en que se dividen los belgas; pero á pesar de esto, como en uno y otro pueblo impera el régimen representativo, aceptado por todos y practicado por todos con buena fé; como no hay ni allí ni acá ningun resorte bastante poderoso á mudar la corriente de los sucesos en pugna con la opinion; como todo se subordina entre los portugueses y entre los belgas al fallo de ésta; como los poderes ántes ponen empeño en conocerla que en acallarla, no hay que temer tampoco los estragos y las violencias de un acto de fuerza, ni la perturbacion que engendra una intriga palaciega; no hay que contar con lo desconocido, ni se ofrecen á nuestra mirada, cuando los contemplamos, esas sombrías perspectivas que en otros países son el obstáculo más poderoso de su bienestar y de su engrandecimiento.

II.

Ante esos ejemplos no es posible dudar ya de que la obra regeneradora comenzada en 1789 está á punto de consumarse. La revolucion se ha hecho. La revolucion vino á derribar el régimen de las monarquías absolutas, á poner la direccion del gobierno en manos de los pueblos. Donde quiera que esto sucede, impera el *self government*: allí nada hay que hacer, nada esencial, nada importante, nada que afecte á las bases fundamentales de la sociedad política. La mision de la democracia, —porque el ideal de la democracia está reducido, en el fondo, á llevar á su término racional y posible los grandes principios de 1789,—la mision de la democracia en Inglaterra, en Italia, en Portugal, en Bélgica es una mision modestísima, limitada. Puede reducirse á ir consignando en la legislacion de cada

uno de esos pueblos las bases de reforma que nuestros ideales exigen para llegar al establecimiento del sufragio universal, de la enseñanza laica, gratuita y obligatoria, de la igualdad absoluta de todos los cultos, bajo el régimen de la libertad religiosa, de la independencia y la responsabilidad administrativas, etc., etc. Otras reformas en la organizacion del Estado, que la democracia sostiene, ya vendrán, traidas por esa política de moderacion, de templanza, de cordura en que ha de inspirarse al realizar las que son ahora objeto de su inmediato deseo. Ahí, lo repetimos, todo está hecho, porque se respetan los principios fundamentales del gobierno representativo. Ahí la vida política obedece á una ley, sigue una marcha normal y ordenada. Dentro de ella los partidos y los Gobiernos, sin preocuparse, de una manera exclusiva con las cuestiones de pura política, pueden consagrar su atencion y sus fuerzas á resolver los problemas de otra índole, con problemas que afectan á los intereses generales, económicos, sociales de los pueblos, á su riqueza, á su cultura, á sus costumbres, á su conducta moral. En una palabra: donde quiera que la política no aparece perturbada por amenazas de la violencia; donde quiera que existe un régimen estable, capaz de trasformarse, conforme lo demanden las exigencias del progreso, no sólo son más templadas las luchas de los partidos; no sólo puede considerarse remota y áun dudosa la posibilidad de que las cuestiones pendientes tengan su desenlace violento, sino que es seguro, indudable, ciertísimo que el Gobierno procederá siempre sériamente atendiendo ántes que á nada á la satisfaccion de las necesidades más viva y enérgicamente sentidas por el país y con más insistencia expuestas por sus mandatarios.

Las Constituciones abiertas á toda reforma, que contienen gérmenes de progreso—para lo cual es indispensable que garanticen las libertades políticas y parlamentarias sin restriccion de ninguna especie,—no son un obstáculo, áun para los más radicales adelantos, y bajo ellas pueden llevarse á cabo, siempre que la opinion ó las circunstancias lo reclaman. El sistema representativo, desinteresada é imparcialmente practicado, tampoco suscitará jamás dificultades sérias á un cambio de

esos cuando el voto de los pueblos lo demande. Lo más grave y trascendental, el paso de la monarquía á la república, podria hacerse en Italia, en Bélgica, en Inglaterra y en Portugal hoy, como en España en 1873, mediante una decision de las Córtes, que si aquí no se ajustó extrictamente á la legalidad, fué porque el último Ministerio de D. Amadeo, y su jefe sobre todo, no tuvieron las condiciones necesarias para presenciar con serenidad y firmeza aquella grave crísis. En lo demás, ¿quién habria impedido que se constituyera un Gobierno provisional y se convocaran Córtes Constituyentes, para cambiar el artículo 33, segun determinaba el mismo Código político de 1869? Dada la posibilidad de todo cambio, no hay opinion alguna que se crea desheredada; cuando no existen partidos fuera de la ley, todos apelan para triunfar á los medios que ésta otorga; entónces ya existe verdadera normalidad política; entónces son posibles las ventajas de ese desenvolvimiento regular de los sucesos que tanto hemos encomiado y que constituye el secreto de la prosperidad material y de los extraordinarios adelantos intelectuales que en Inglaterra, en Italia y en Bélgica nos sorprenden y maravillan.

La mision de la democracia en los demás pueblos es más ámplia y comprensiva que en esos; pero tampoco llega, como suponen los elementos más avanzados de esta poderosa parcialidad política, á fundar un régimen totalmente nuevo. El régimen político que conviene á las actuales necesidades sociales está ya fundado. Sus bases son las bases del gobierno de casi todos los pueblos de Europa.

La mayoría de las Constituciones políticas establecen los derechos de los ciudadanos, reconociéndoles el de manifestar sus pensamientos, profesar su religion, asociarse para todos los fines de la vida, conservar inviolable su propiedad, su domicilio y su correspondencia. ¿Hay leyes que vulneran esos principios ó limitaciones que los desnaturalizan? ¿No se ha consignado alguno en la fundamental del país? Pues el deber de la democracia está limitado á batallar por que se consigne, ó á destruir en su caso esas limitaciones que lo hacen ineficaz.

La mayoría de las Constituciones establecen la division é independencia de los poderes públicos. Deber es de la demo-

cracia establecerlo donde no exista y garantizar esa independencia de un modo real y positivo en las leyes complementarias. Así mismo debe condicionar la responsabilidad de cada uno, procurando siempre y ante todo organizarlos de tal suerte, que el principio del *self government* sea una verdad. La antigua disputa sobre las formas del gobierno ha perdido en la teoría casi toda su importancia, desde el momento en que se crean esas Constituciones abiertas á todos los adelantos y se practica con sinceridad el régimen parlamentario. Continúa atribuyéndosele en la práctica grandísimo alcance; pero reducida á la esfera de una cuestion práctica, hay que tener más en cuenta que los principios científicos que informan el arte del gobierno, las circunstancias de cada país y las condiciones de cada caso. Problema es este sobre el cual no pueden aventurarse principios universales. La forma del gobierno que conviene á Francia hoy es la que tiene; la que conviene á Italia es la que existe en esa península. Dentro de ámbas ha realizado su programa la democracia. Bajo este punto de vista, por lo tanto, la mision de la democracia es varia y distinta. Como criterio acertado hemos dicho, y conviene repetirlo, que al organizar la democracia el poder público, se preocupe ante todo con la idea de garantizar escrupulosamente dentro de las condiciones de cada pueblo el principio del *self government*.

Todos los Códigos fundamentales establecen la representacion; pero en este punto, la democracia tiene que llevar á cabo reformas de grande alcance. Es preciso que la representacion sea de todos y no del mayor número, por el establecimiento del sufragio universal y por la combinacion de los actos electorales, hecha de suerte que las minorías puedan tener siempre representantes de sus opiniones en los Cuerpos colegisladores.

El carácter de las instituciones democráticas reclama para un país, regido por el gobierno parlamentario y constitucional, que formen los tribunales un poder del Estado y ejerzan la alta mision encomendada á su sabiduría con independencia completa. Sin esta condicion no hay posibilidad siquiera de un régimen libre, ni es hacedero buscar á los mútuos derechos de la administracion y de los ciudadanos garantías sólidas y seguras.

Una hábil é inteligente organizacion del poder traerá la recíproca independencia de la esfera política y la esfera administrativa en los términos necesarios para que ésta no se vea influida constantemente por los contrarios empeños de los partidos, y para que la administracion no adquiera tanta vida que llegue, como entre nosotros, á ser base del gobierno, por cuanto su influencia, única columna poderosa de la situacion actual, mantiene vivos los lazos que unen á la parcialidad gobernante, la dá el triunfo en las elecciones, la ampara contra todo ataque en los tribunales, pone á su merced el país con mayorías sumisas, hijas de su destreza electoral, y hace imposible el triunfo de la opinion, porque hace imposible que ningun partido venza al que gobierna, como no sea moviendo en su favor la suprema voluntad constitucional ó entrando por el camino de las conspiraciones y los actos de fuerza.

A nuestro juicio no hay en los países donde se ha proclamado y no se acepta ó practica con sinceridad el régimen constitucional, nada que importe tanto como eso; separar la administracion de los partidos, para que haya moralidad y justicia en las contiendas de éstos, para que haya moralidad tambien, órden y patriotismo en el cumplimiento de los deberes que toca llenar á la administracion del país.

En esta enumeracion de reformas posibles no hemos pretendido ir más allá de someras indicaciones, que prueban nuestro aserto. La mision de la democracia no es, como muchos pretenden, una mision revolucionaria, que deba ofrecer ahora ó en lo sucesivo espectáculos parecidos á los de 1789 y 1793; no es tampoco la de traer á la sociedad política innovaciones radicales que alteren su esencia y la del régimen en que vivimos. Cuando gobernaba los pueblos un rey absoluto é imperaban el privilegio y la desigualdad en lo político y en lo civil, entónces era indispensable todo lo que se hizo para abolir aquel órden de cosas. Hoy no se impone á nuestro ánimo ninguna de esas necesidades apremiantes. En los países donde el gobierno representativo obtiene el respeto y la obediencia de todos, tócale no más á la democracia promover las reformas que han de perfeccionar su ejercicio: donde ese ré-

gimen existe proclamado y no desenvuelto, la democracia debe afirmarlo y pensar luego en las reformas que son consecuencia ineludible de su planteamiento; donde ese régimen no existe, la democracia debe procurar su triunfo ante todo. Pueden ser en Europa ejemplos del primer caso Inglaterra, Italia y Bélgica; del segundo Francia, Alemania y España; del último Rusia. Turquía no es un pueblo, sino un ejército; no pueden aplicársele los principios con que se examina la política de los otros Estados. Austria se halla asímismo en condiciones excepcionales. Es un imperio que se desmorona. Si alguien lo dudara, bastaria recordar cómo va hoy España á prestarle su concurso y á solicitar su alianza. ¡Ojalá no nos envuelvan sus ruinas! Si, descendiendo ahora al exámen de los negocios de cada país, estudiáramos detenidamente su situacion y su porvenir, resultaria palpable que, con efecto, no tiene la democracia otra mision en Europa que la señalada en estas observaciones: practicar, garantir, desenvolver el régimen político proclamado en 1789, teniendo en cuenta que ese régimen, cuyos principios son la base del criterio democrático, satisface las necesidades políticas de nuestro tiempo, y no ha menester, en la mayoría de los pueblos, sino de un acertado y constante desarrollo que haga eficaces sus conquistas, practicándolas con escrupulosa sinceridad.

FRANCISCO DE ASÍS PACHECO.

JAHWEH Y SATÁN.

EVOLUCION DE LAS PERSONIFICACIONES DE LA IDEA DEL MAL ENTRE LOS BENI-ISRAEL ANTERIORES AL CRISTIANISMO.

ICE el Levítico (1) que segun el ritual del dia de la *propitiation*, enviábase al desierto un carnero cargado con los pecados del pueblo, para sacrificarlo á Azazel. Azazel era un antiguo dios que habia venido á ser una especie de diablo, al cual, á partir del Levítico, ya no se le encuentra hasta el libro de Enoch, en cuyo libro se le considera jefe de los ángeles caidos y se le opone á Jahweh.

Segun indican los libros anteriores á la cautividad de Babel, creian los hebreos en fantasmas nocturnas que habitaban las ruinas, en espíritus que producian las enfermedades. Hablan los Salmos del diablo del mediodía, refiriéndose, tal vez, á las congestiones, neuralgias y reblandecimientos que el calor suele producir en los países de Oriente. El mediodía es la

(1) Cap. XVI; 8, 9 y 10.

hora del sueño en los países cálidos, y este es ocasionado á pesadillas cuando la temperatura se eleva demasiado. Los espectros de la mañana y los espíritus malhechores de la noche, son tambien personificaciones maléficas, hijas de la imaginacion hebráica, aunque en estos últimos reconócese evidentemente la influencia babilónica. Pero á pesar de todo esto, no tiene el mal una personificacion determinada entre los israelitas hasta una época relativamente próxima al cristianismo. Para el hebreo, directamente primero, indirectamente despues, el mal procede de Jahweh.

Ahuramazda, Osiris, Baal ó Bel eran dioses encarnados en la Naturaleza, eran la esencia de sus manifestaciones vitales, eran ella misma. Los dos primeros personificaban sólo su parte buena, luminosa, activa, vivificadora; la parte negativa y destructora tenia otra personificacion antitética. El no sér y el mal no les pertenecia. Los dioses caldeos, fenicios y cananeos, cuando producian el mal, afectaban una forma distinta de cuando producian el bien; casi puede afirmarse que se convertian en otros dioses. Baal-Moloch era el contrario de Baal-Adon. Así es que no lo eran todo. A más, Osiris y los dioses del Asia que representaban la vida, sintetizaban solamente la parte activa del principio bueno. La parte pasiva venia personificada en una diosa, y el conjunto de ámbos formaba la segunda pareja, que producia todo lo que salia vivo de la superficie terrestre á la bóveda del cielo.

No así Jahweh, el cual predominando sobre los demás dioses hasta anularlos, vino á ser el dios distinto de la Naturaleza, reasumiendo en sí todo poder y toda accion, personificando lo mismo el mal que el bien, el sér que el no sér. Para engendrar no tiene necesidad de una diosa. El mundo, El lo sacó de la nada, y El lo anulará el dia que quiera. Como no muere, tampoco tiene necesidad de reproducirse. Es el verdadero dios del monoteismo, sin competidores, sin hipostase femenina, sin hijos, eternamente personal y vivo, omnisciente y omnifaciente. Nada pasa en el mundo que El no lo permita, no hay funcion natural que él no la determine. Hasta los errores, El es quien los inspira á los mortales.

El dios de Iran y el de Egipto protegian al hombre en su

lucha contra el principio malo. Si el hombre padecia, sus padecimientos eran sólo parte de los que el propio dios sufria combatiendo á su maléfico adversario. Las desgracias, los contratiempos sobreveníanle sólo cuando el dios estaba ausente ó muerto, y cuando el dios volvia ó resucitaba, desaparecíanle éstos. La muerte siempre le vino del principio tenebroso, del principio que era enemigo de la misma divinidad, que seria el Universo. Y este principio malo en Egipto, era vencido cada año, y el hombre celebraba la fiesta de resurreccion al ver á su dios de nuevo que derramaba la vida por doquiera; y en la Persia retrocedia cada dia ante el Asavan, el hombre trabajador, amigo del órden, soldado de Ahura, que combatia con el aliento que el dios de la luz le comunicaba.

El dios cananeo distribuia la vida, la abundancia y el placer cuando era riente; y la muerte cuando enojado, se volvia rojo, abrasador, incendiario. Pero se enojaba ó sonreia, daba la vida ó la muerte con una regularidad matemática, fatal, involuntaria; condicion precisa de su esencia.

Jahweh es todo lo contrario: no es un dios en la Naturaleza; existe por sí mismo; esto es lo que significa el nombre que se le da (1).

La Naturaleza El la creó, él es quien hizo la tierra en virtud de su propia fuerza; El afirmó el mundo con su saber; El extendió los cielos como la tela que cubre la tienda del habitante nómada del desierto (2). Y como El es quien hizo la Naturaleza, El puede alterarla, como y cuando quiera. No es un dios para el hombre; al hombre El lo creó para sí exclusivamente; si le dió el sér fué sólo para que le sirviera y alabara, y cuando no lo hace se venga cruelmente.

La tierra es su escabel; los elementos son sus agentes; distintos de él, los creó para servirse de ellos y los maneja á capricho, sin ley, sin fórmula, sin relacion fija. Cada accion suya es un milagro. Detiene el sol, tiene la luna de color de sangre, hace llover fuego de las nubes, cambia el mundo de

---

(1) Michel Nicolás.—*Etudes critiques sur la Bible. Aucien testament.*

(2) Jeremías, LI, 15.

lugar; en su furor arranca los montes; á su voz congréganse las aguas en el cielo; remóntanse las nubes desde el confin de los horizontes; dispáranse los rayos en medio de la lluvia y desencadénanse los vientos (1); y luego con sólo una amenaza seca el mar y agota todos los rios (2). A su presencia las montañas tiemblan, desaparecen los collados y la tierra se abrasa y el Universo y todos los que en él habitan (3).

Es el dios de su pueblo, al cual gobierna como si fuera un rey absoluto (4). La casa de Jacob es para sí, é Israel su posesion (5). Él mismo vigila por su ley y se basta para castigar sus infracciones. Hasta Moisés, al cual elige para dictarle su código, sólo figura como un mandatario suyo. Los jueces no son más que sus delegados para consignar las manifestaciones de los delitos.

Todo lo que escapa á la justicia humana, El es quien lo castiga y la pena no se hace esperar mucho. En señal de dominio perpétuo hállase siempre presente entre su pueblo, aunque sólo sea en estado de símbolo, en el arca de la alianza. El templo, que más tarde manda le eleven, no es un sitio destinado á la plegaria, que para esto habríase hecho construir varios; sólo debe haber uno, porque es su palacio. Los sacrificios se le hacen allí; pues á un rey deben llevársele los tributos á su morada en muestra de lo que le pertenece. Ya cuando estaba en el desierto, sólo á la puerta de su tabernáculo se mataban las reses, y esto por manos de sus sacrificadores (6).

El israelita es solamente el colono de sus tierras, cuando las tiene; el señor de ellos es Jahweh. Por esto le exige las primicias, por esto la ley mosáica no le permite venderlas, pues no le pertenecen; sólo las cultiva y usufructa en parte. Tierra, reses y personas, de todo reclama el diezmo (7). El primogé-

---

(1) Jeremías, LI, 16.

(2) Nahum I, 4.

(3) Idem I, 5.

(4) Josefo *Contr app*, lib. II, 516.

(5) *Exod* XIX, 5 y 6, Salmos CXXXV, 4.

(6) Levítico III, S. 2.

(7) Levítico XXVII, 30 y 32.

nito de los varones le es debido, como los mejores carneros y los primeros frutos (1). Sólo por gracia especial le permite no le sacrifique el primer nacido, pero debe pagar cinco *siclos* de plata por el rescate.

Las reglas que le da, atribuidas á higiene, no lo son; si le prescribe la limpieza, si le prohibe la bestialidad, si le veda ciertos manjares, si le hace desaparecer la lepra, es porque considera á su pueblo como una cosa suya y El no quiere tener nada que sea impuro. Así, cuando se aparta de El no titubea en enviarle la peste y todas las miserias.

Como es dios y señor de Israel, al par que del israelita, no se le puede adorar sino sobre tierra de su país. El extranjero que quiere rendirle culto, tiene que llevarse tierra de Judea para sacrificarle encima de ella. Todos los asirios que van á poblar su territorio, son devorados por leones hasta que el rey Asur les manda un sacerdote que les enseña á creer en El.

No sólo es monarca absoluto en el gobierno, es tambien soberano batallador. Señor dios de los ejércitos, guía á Israel en contra de las demás naciones (2). A pesar de ser dios de un sólo pueblo, quiere dominar á los otros; no para hacerles justicia, ni para fundirlos todos en uno, sino para someterlos á los hebreos, ó exterminarlos (3). Para El todo el que no es judío, ha nacido en vano. Como El no tolera la competencia, no quiere tampoco que su pueblo pueda tener competidores. El lo hace todo; su pueblo tambien debe de hacerlo todo, todo lo que se pueda hacer sobre la tierra. Para su pueblo tiene siempre una perspectiva de poder y de prosperidad; para

---

(1) Números III, 13. Exodo XIII, 2, 12 y 13. Levít. XXVII, 26.

(2) Isaias V, 137. VI, 3. IX, 18. X, 23, 33. XII, 13. XIV, 24, 27. XIX, 4, 12, 25. XXXI, 4, 5. Jeremías II, 19. VI, 9. VII, 21. VIII, 3. IX, 17. XI, 20. XV, 9. XIX, 111. XXVIII, 2. XXIX, 25, XXXII, 18. XXXIII, 12. XXXVIII, 17. XLVI, 25. XLVIII, 5. Amos V, 27. VI, 8. Nahum II, 5. Abacue II, 13. Aggeo I, 5. Zacarías III, 9. VII, 9. VIII, 20. Malaquías III, 3. XLIX, 5. LI, 33.

(3) A veces se presenta apacible y tierno, pero es sólo para con su pueblo. Como aquí estudiamos la personificacion del concepto del mal, analizamos á Jahweh sólo bajo su aspecto maléfico.

los otros inspira sólo profecías de exterminio. Envia á los egipcios, cananeos, filisteos y babilonios plagas de ranas, de piojos, de moscas, de langostas; hambre, peste, granizo, tinieblas, fuego del cielo, la muerte de todos los primogénitos (1), inundaciones, incendios y carnicerías. Al combatir á las naciones extranjeras, ordena la violacion de las doncellas, el degüello de los niños (2) y de los ancianos, el saqueo de los tesoros. Hace que los padres coman carne de sus propios hijos (3); da las mujeres á otros que no son sus maridos (4): y si su pueblo es vencido y va al cautiverio, le insurrecciona ó levanta una nube de persas y allana el camino á Ciro, que los dirige. Es un dios vengativo, un Dios de ira. ¡Ay del que haya luchado en contra de su pueblo! que el dia de la venganza no ha de encontrar refugio. El mar se abrirá para tragarlo (5), los muros de sus fortalezas caerán hechos polvo (6); hasta el sol y la luna detendrán su curso para prolongar el exterminio.

Como lo hace todo, lo mismo el bien que el mal son de su incumbencia. Es dios y diablo á un mismo tiempo, pero con mucha más frecuencia acostumbra ser diablo que dios. Las funciones maléficas, lo mismo que las benéficas, las ejerce por sí propio. El es quien ha plantado sobre nuestro suelo á los malvados; El, quien permite que en ella arraiguen, crezcan y fructifiquen (7); El, quien marca á los hombres como los carneros del rebaño para la matanza. Su saña es tan fuerte que nadie puede sufrirla (8); allí donde hay dolor añade tristeza (9). Cuando desenvaina la espada, no hay paz para los

---

(1) Exodo XII, 29.
(2) Jeremías IX, 21.
(3) Jeremías XIX, 9.
(4) Jeremías VIII, 10
(5) Exodo XV, 4.
(6) Josué VI, 20.
(7) Jeremías XII, 9.
(8) Jeremías X, 10.
(9) Jeremías XLV, .

mortales; con ella tala de un confin á otro de la tierra (1).

Pero pronto tiene ángeles que son sus fieles servidores; desde este momento, El manda y ellos ejecutan sus órdenes, buenas ó malas (2). Sus favoritos son Satan y el exterminador; éstos son á El lo que el jefe de policía y el verdugo son á un tirano. Tales cosas ejecutan por mandato suyo, que más que un dios justiciero, parece un dios ajusticiador.

El bien ó el mal no lo reparte con regularidad ni con criterio fijo, nada de esto. No es como ciertos dioses cananeos, de los cuales el mortal podia prevenirse anticipadamente, pues sabia á punto fijo cuándo le daban luz y cuándo fuego. Jahweh es árbitro absoluto; no reconoce más ley que su valuntad suprema. La ley es sólo lo que El quiere, reducido á fórmula. Hasta la Justicia le está subordinada; El es quien la hace (3), y en lo que no está conforme con lo que El hace, no hay Justicia. Esta es una emanacion divina, no una relacion humana. El hombre por sí sólo, únicamente el mal puede producir. El concepto de la Justicia está sustituido por el de la adoracion en la conciencia del hebreo.

Manda á los israelitas que pidan prestadas alhajas á los egipcios y que luego se las roben; echa de su casa á Agar è Ismael;

---

(1) Jeremías XII, 12.

(2) Háblanos el libro de Job de los *ángeles de la muerte* (XXXIII, 22, compárese con proverbios XVI, 14). Encuéntranse en uno de los Salmos *los mensajeros del mal* (salmo LXXXVIII, 49). En varios puntos del antiguo testamento hácese intervenir en los acontecimientos humanos el *espíritu de la mentira* (I Reyes XXII, 21 y siguiente. II Crónicas XVIII, 20 y sig.); *el de la soñolencia* (Isaias XIX, 14. XXIX, 10), y *el de la voluptuosidad* (Oseos IV, 12). Es cuestion en el libro I de Samuel (XVI, 14 y siguientes), de una especie de *espíritu del mal* que se habia apoderado de David por permision de Jahweh, y en el de los Jueces cuéntase como Dios envió el *espíritu de discordia* á Abimelec, para castigarle del asesinato de sus setenta hermanos (IX, 23). Mencionóse además en el libro segundo de Samuel (XXII, 15 y 17) el espíritu de la destruccion (compárese con el I de las Crónicas XXI, 15 y el II de los Reyes XIX, 35). Todos estos espíritus no son esencialmente malvados; sólo son ángeles ejecutores del mal que Jahweh les encarga.

(3) Jeremías IX, 24.

ordena que asesinen á veinticuatro mil hebreos porque se unieron con mujeres *madianitas*, adoradoras de Baal-phegor, y en cambio no castiga mil fornicaciones é incestos, incluso el de las hijas con su padre; pero no importa, El lo mandó ó lo permitió, luego está bien hecho. ¿Quién jamás supo sus designios? ¿Quién puede, pues, decir si hay ó no justicia en sus actos? Como que está fuera de la Naturaleza, á la cual es anterior y superior, como que es el *ens á se* no es susceptible de ser comprendido. Moisés mismo sólo le vió por la espalda.

Es un viejo eterno, solitario, que habita en un rincon del espacio; árido como el desierto, adusto como su pueblo, de voz gruñona y de entrecejo torvo. Como nada tiene vida de por sí, sino que todo de El la recibe, exige al hombre, lo mismo que á los elementos, la abdicacion absoluta de su autonomía. ¡Y el hombre á quien El creó para sí le desconoce! Por esto siempre está pronto á montar en cólera. ¡El hombre no es nada, no posee nada y se subleva contra El, que lo es todo! Pues el castigo debe ser tremendo.

A juzgarle por sus manifestaciones podria bien decirse que es Moloch. Prescribe los sacrificios; se regocija en ver las entrañas palpitantes de las víctimas. Plácele la sangre esparcida; el humo del sebo quemado es para El de un olor suave (1). Es un dios ígneo. Cuando su pueblo atraviesa el desierto, precédele envuelto en una humareda de dia, y de noche en una columna de llamas (2). Revelóse por el fuego á Abraham, á Salomon, á Elías; por el rayo á Moisés y los que él guía, á Jeremías, Daniel, Isaías y otros profetas. En cuanto aparece arden los zarzales (3), ó caen centellas de las nubes. Sus narices humean, su boca es áscua, su palabra quema (4), su contacto todo lo incendia, su ira abrasa (5). De las ciudades que incurrieron en su desagrado, sólo quedan las cenizas (6). Los

---

(1) Levit. III, 3, 4, 5. 9, 14 y 16.

(2) Números XIV, 14.

(3) Exodo III, 2.

(4) Jeremías XXIII, 29.

(5) Nahum I, 6.

(6) Deuteron. XXIX, 23. Gen. XIX, 24.

ángeles sus enviados son visiones deslumbradoras que enarbolan la espada flamígera para castigar á los idólatras. Ezequiel los vió marchar contra Babilonia con el rostro explendoroso circuidos por un ardiente torbellino y despidiendo relámpagos (1).

Domina por el terror. Sólo temiéndole se puede saber algo. El que le falta lo conoce al recibir de El un desastre. Hasta á sus favorecidos, para demostrarles que no les olvida, les envia alguna desgracia. Su pueblo predilecto perece casi por entero en el desierto por haberle desobedecido, y despues, cuando le es fiel, permite que sufra en el cautiverio, víctima de sus enemigos. Si castiga, su castigo dura hasta la quinta de las generaciones; la culpa la paga hasta el que no la ha cometido. Es el dios de las maldiciones, y éstas las imprime en la figura; el deforme, el enfermo, hé ahí el maldito.

Como es árbitro en absoluto, se comunica y distingue al que mejor le parece. De entre los pueblos eligió uno para sí; de entre su pueblo una tríbu para su sacerdocio: á las demás oblígales á trabajar para los levitas. De entre los hijos de Adan, prefiere el pastor vagabundo al agricultor laborioso. Muchas veces el distinguido es injusto, es criminal, mas no importa; así su munificencia es más grande. La distincion se vé más de relieve cuando el escogido es un malvado. Los individuos que elige para sí son predestinados para el bien, y éstos se salvan. A los que le caen en desgracia les trastorna la mente para que se pierdan. *Quos vult perdere Júpiter prius dementat.* Santifica la arbitrariedad formando de ella los fundamentos de dos grandes dogmas: la *predestinacion* y la *gracia.*

Cuando se comunica á sus elegidos les hace profetas. Revélase por la emision directa de su voluntad; no se hace comprender por el estudio. La ciencia sólo El la posee; la del hombre es inútil. Y cuando se aparece es en el árido desierto, allí donde la Naturaleza está ausente, y por lo tanto no puede ser admirada. Una llanura gris y arenosa, unos riscos pela-

---

(1) Ezequiel X. 6, 7.

dos; hé aquí el teatro donde su voz truena. Las armonías de la Naturaleza se la apagarian; sus manifestaciones espléndidas le harian la competencia en el espíritu humano, y por lo tanto la maldice. Solo El debe ser admirado. Para que así sea no quiere representaciones sensibles, en las cuales el hombre podria fijarse más que en El mismo. Hasta de su propia imágen tiene celos.

Ha hecho con su pueblo un pacto: le hará salir airoso en todas sus empresas á cambio del culto; y como es árbitro de cumplirlo ó no, cuando le place no se lo atiene (1). A veces cuando más le adora el infeliz Beni-israel, le sobrevine la desgracia en sus empresas, y vé frustrado todo lo que intenta. A Job, al sér más justo, le aflige con toda clase de miserias; y en el momento en que agobiado por los sufrimientos, dudando ya de su justicia, le pregunta por qué le aflige, le dá una contestacion que le aplasta. «*¿Dónde estabas tú cuando yo asenté la tierra sobre su base, cuando dije á la mar: no irás más lejos?* (2)»

El es autoridad absoluta; los monarcas terrenales reinan porque él quiere: «*per me reges regnant.*» Dá un sólo código, y á un elegido suyo. Al darlo aterroriza á su pueblo con rayos, truenos y centellas. Y aunque en este código consigna algunos principios de justicia, no es sin haberlo pospuesto ántes á su personalidad, distinta de ella en el primer artículo: «*El primero amarás al Señor tu Dios sobre todas las cosas,*» y esto áun cuando lo que El prescriba sea en contra del prójimo.

Este es Jahweh, árbitro del mal y del bien, justo ó injusto segun le place, hasta la época en que un servidor suyo, á quien El encarga la inspiracion del mal, se subleva para disputarle el imperio del universo; desde entónces ya no es sólo, ya no lo hace todo. Las funciones maléficas, que ántes El ejercia por sí propio ó por delegacion, las ejerce el príncipe de los demonios, al cual se le considera pronto como á príncipe

---

(1) Véase el artículo de Renan en la *Revue des deux mondes*, 1.° de Marzo de 1875, titulado *L'apocaplise de l'an*, 97.

(2) Job XXVIII, 4, 8, 11.

de este mundo; y Jahweh, retirado allá en las etéreas regiones del cielo, tiene que enviar á la tierra para combatirle una emanacion suya, un hijo que se encarne en ella. *Et verbum caro factum est.*

II.

Los primeros patriarcas tuvieron por dios á *El.* Llamábanle *El Schaddai* y *Adonai*, y en plural *Eloim. El* indica señorío, poder, fuerza, usábanlo en plural porque no concebian la mayor fuerza, la supremacía, sino por la union de varios, como si cada individualidad no pudiera tener sino un poder igual á otra individualidad. Eran precisos, pues, muchos dioses para dar idea de una potencia superior, aunque esta estuviese concentrada en uno, y la calidad venia expresada por la cantidad, en este caso.

Luego aparece en la Biblia el nombre *El es*, es decir, *ser existente por sí mismo.* Cuando se queria nombrar á Dios llamábasele, así mismo, *adonai.* El nombre distinto nos indica bien claro una divinidad distinta, ó al ménos un concepto distinto de ella en el pueblo hebreo. Cuando cambia el nombre, en pueblos en que éste tiene tanta importancia, es señal de que la cosa ha cambiado. ¿De dónde tomó orígen Jahweh, cómo se introdujo en Israel y cómo llegó á ser el dios del monotheismo, autor y árbitro del bien y del mal? Hé aquí tres cuestiones que hoy preocupan, de una manera grave, á los exagetas de la Biblia.

A lo que parece, segun la opinion de los más autorizados, Jahweh fué, en su primer estado, un dios de la atmósfera, de orígen asiro-babilónico, análogo al dios *Bin.* Antigua divinidad del politeismo arameo, fué adoptado por los hebreos y otros pueblos del valle del Jordan, por los sirios y los fenicios. Apoya esta opinion el que la contraccion de esta palabra se encuentra en muchos nombres propios cananeos y fenicios. Esta denominacion de la divinidad, en dicho caso, habria emigrado de Babilonia y de Asiria con los semitas del

Norte y del Oeste, los arameos, los cananeos y las tribus de Teraq.

El que fuera en su orígen un dios atmosférico apóyase en que los asirios poseian una raíz *hava*, cuyo significado era el de respirar, y que su *Iahon* debia designar *el que respira*, ó hacer respirar (1). A más, entre los hebreos el *vivir* era sinónimo de *respirar* y la *vida* de *soplo*. Sobre este particular dice Jules Soury (2): «El misterioso tetragrama, el inefable vocablo, cuyas letras llevan la vocalizacion de adonai, nos presenta de una manera evidente la raíz *hava*, raíz antiquísima que ya no se encuentra en el lenguaje hebreo ordinario, pero que se halla en un dialecto afine, el arameo, y á la cual responde la palabra hebrea *haya*, que significa «*ser*». Mr. Schrader no duda ni un momento en afirmar que este verbo es una atenuacion de la raíz *chava* y *chaya*, «*soplar*», «*respirar*,» «*vivir*,» cuya pronunciacion primitiva se ha conservado aún en el nombre de la mujer de Adam, *Chawa* «*Eva.*» En las lenguas semíticas, como en todas las otras, las raíces que expresan la nocion del sér derivan de significaciones primitivas más concretas. El antiguo dios Jahweh, cuyo nombre hoy oimos en la forma *hifil* del verbo, es decir, en el sentido causativo, significa *el que dá el soplo ó la vida*, es decir, *la existencia*, *el sér*.

Segun Baudissin (3), el Moloch cananeo, evolucionando entre los beni-israel, habia venido á ser un dios de tribu, llamado Jahweh. Aunque la primera opinion parece la más probable, no deja ésta de tener un gran fundamento; pero de todas maneras, hermano ó hijo de Moloch, en su principio fué Jahweh un dios de tribu, que venia representado, como aquél, por un toro de metal, símbolo solar que tambien se en-

---

(1) Segun Schrader, *Iahon* era el equivalente de *Ilon* (Dios) entre los asirios. Iahon podia significar lo mismo *el que respira, que hace respirar, que comunica el soplo*, que *el que vive* ó *que dá la vida*.

(2) Jules Soury "*La religion, les arts, la civilization de l'Asie anterieur. et de la Grece*, pag. 28.

(3) Wolf, Wilhelm, Grafen, Baudissin. *Studien zur semitischen religions geschitche, et Iahove et Moloch.*

cuentra entre los asirios y los fenicios; dios de tribu, análogo á los de las otras tribus de Teraq, dios que se manifestaba por el fuego y por el humo, dios de sacrificios, que venia embadurnado de grasa y chorreando sangre de sus víctimas, dios que se imponia por el terror, sembrando la destruccion y la muerte; haciendo contraste con ciertas divinidades chaldeo-fenicias, que eran esencialmente dioses de amor y de reproduccion.

Dentro de su misma tribu al principio compartió el poder con otros dioses; luego, eliminados éstos, sólo le disputaron el poder en la lucha, por la existencia, dioses de otras tribus de comun procedencia y dioses extranjeros.

Todos los escritos anteriores á Jeremías indican que para los hebreos las divinidades de otros pueblos no eran meros ídolos, sino séres que tenian una existencia real y positiva, y que hacian la concurrencia á Jahweh. El libro de los reyes dice (1) que sus mujeres inclinaron á Salomon, cuando viejo, á los dioses agenos, no bastándole Jeovah, su dios, y adoró á Astaroth, de los sidonios, y á Milchôm, de los ammonitas. El ángel de Jahweh manda á Elías que pregunte si no hay un dios en Israel que van á consultar á Baal-zebub, dios de Eccron (2), y los enviados de Jephté dicen á los ammonitas: «¿Si Chêmos, tu dios te diera algun reino, tú no te apoderarias de él?» E igual creencia tenian los pueblos sus vecinos respecto de ellos. La reina de Saba habla de Jahweh como de un dios real, y Baalam maldice en su nombre. Sólo con el tiempo llegó á predominar, por el temor, en la conciencia del israelita, sobre los demás dioses. El carácter vengativo con que le presentan los profetas, las desgracias reales de que le suponen autor, el disponer del mal á su antojo fué la principal de las causas de su triunfo. No hay más que oirle por boca de Ezequiel. «*Vuestros altares serán asolados*,» dice, increpando á los hebreos que adoran á otras divinidades, «*vuestras imágenes del sol serán hechas pedazos*; *caereis*

---

(1) I, Reyes XI, 4, 5, 6, 7 y 8.

(2) II. Reyes I. 2, 3 y 6.

muertos delante de vuestros falsos dioses, y allí quedarán vuestros cadáveres, hasta que yo venga á esparcir los huesos en derredor de aquellas aras. Y cuando veais caer los que estén entre vosotros, entónces sabreis quién soy, y que no en vano dije que os habia de enviar todo este mal. La peste ha de alcanzar al que estuviere léjos. Degollado ha de ser el que esté cerca; y de hambre morirá, sitiado en sus hogares, quien en ellos se refugiare, que yo he de satisfacer mi enojo. Y al que escapare tambien le ha de tocar muerte de espada, pues se descoyuntarán sus manos y doblegaránse sus rodillas cual aguanosos tallos. No habrá collado ni cima de monte que no cubran muertos, ni sitios en que se incensaren ídolos, en que no yazcan idólatras, ni árbol sombrío que no cobije un cuerpo yerto. Y tomaré la tierra asolada y desierta desde Diblath hasta vuestras casas, ¡y será entónces que habreis de conocerme que yo soy Jahweh! (1).

Dado el carácter del judío se comprende una tal literatura y que ella produjera el triunfo de este dios de tribu hasta el punto de llegar á ser el dios único del monotheismo. Adoptólo el israelita porque, siendo habitante nómada del desierto, pastor vagabundo, contemplativo, ignorante, sólo podian impresionarle los fenómenos atmosféricos contra los cuales era su tienda abrigo débil, cuando no tenia que sufrir sus desastres en el camino. Este dios llegó á ser en el hebreo distinto de la naturaleza, gracias á su ignorancia, y á que no la conocia en sus expléndidas manifestaciones. Su carácter áspero, sus costumbres rudas, su espíritu esclusivista, las desgracias que sobre él pesaban, las servidumbres que tuvo que sufrir, las venganzas que soñaba, todo debia contribuir á que revistiese estos caractéres la personificacion que formara al hacer evolucionar lentamente el dios fetiche que llevaba con su arca en el desierto.

Sólo separándose de la naturaleza, y en el seno de un pueblo exclusivista, podia un dios adquirir una personalidad tan potente y acentuada que predominara en la lucha por la exis-

(1) Ezequiel VI, 4, 5, 6, 7, 10, 11, 12, 13, 14. VII, 15, 17.

tencia sobre todos los dioses de la antigüedad, llegando hasta la época moderna, con el carácter de Dios único.

Cuando todo lo antiguo decaia, cuando la sociedad pagana, hastiada ya de la naturaleza, declaraba por sus filósofos que la materia es una degeneracion del Logos divino ó una caida de las emanaciones que de Dios se habian separado; cuando no creyendo nadie en la libertad todos buscaban su salvacion en un poder arbitrario; cuando cansados de la tierra los hombres buscaban en el cielo su morada; si Jahweh hubiese sido un dios-naturaleza, con ella hubiera muerto como todos los dioses antiguos; si no hubiera sido el más autocrático, nadie le hubiera aceptado como sér supremo. Pero tenia estas cualidades, y éstas le valieron el que todos los dioses por El quedaran derrotados, y el que todos los hombres del imperio á él se sometieran al terminar la edad antigua.

III.

Hemos visto como Jahweh, dios de los hebreos, era dual en su proceder. Haciendo el mal á la par que el bien, excluia á toda otra potencia, á toda otra entidad que produjera algo, siquiera este algo fuese negativo. Donde estaba El ni la destruccion podia tener una personalidad aparte. Hemos hecho notar tambien cómo ejercia su poder omnímodo, unas veces por sí mismo, otras por medio de servidores que habian sido sólo manifestaciones de Eloim, en un principio, y que luego pasaron á ser enviados de Jahweh, llamados Beni-Eloim. Entre éstos preséntase á Jahweh uno que por su carácter especial merece nos ocupemos de él detenidamente, puesto que en el período cristiano viene á ser una potencia antitética al mismo dios. Este es SATAN.

Dice el libro de Job:

«*Y un dia vinieron los hijos de Dios á presentarse delante de Jahweh, entre los cuales vino tambien Satan.*»

«*Y dijo Jahweh á Satan: ¿de dónde vienes? y respondió Satan á Jeovah: de recorrer la tierra y de andar por ella.*»

«*Y Jahweh dijo á Satan: ¿No has reparado tú á mi siervo*

Job, que no hay otro como él en la tierra, baron íntegro y recto, temeroso de Dios y alejado del mal?»

«*Y respondiendo Satan á Jahweh dijo: ¿Por ventura teme Job á Dios de balde? ¿No le has puesto tu cercado que le defienda á él y á su casa y á todo lo que le pertenece? Has bendecido el trabajo de sus manos, su hacienda ha crecido de todas partes sobre la tierra. Extiende ahora tu mano, toca sus bienes y pronto has de ver si no te reniega á tus propias barbas.*»

«*Y Jahweh dijo á Satan: Pues bien; todo lo que él tiene está en tu mano, con tal de que no la extiendas sobre su persona.*»

«*Y salióse Satan de delante de Jahweh*» (1).

Desde este momento empiezan á llover sobre el justo las desgracias que Satan desencadena. Apenas se ha marchado éste de la presencia divina que Job sabe ya por boca de un criado suyo que los *sabeos*, cayendo de improviso sobre una de sus fincas, lleváronsele los bueyes y las caballerías, pasando á degüello á sus esclavos. Apenas recibida esta noticia dícele otro mensajero que en otro lugar el fuego del cielo ha consumido á los esclavos que le pertenecian, junto con sus rebaños, y un tercero le anuncia que un vendabal del desierto habia desplomado la casa de uno de sus hijos, en la cual estaban comiendo todos los demás. Y no obstante Job no peca, sino que bendice la omnipotencia divina.

Otra vez Satan se presenta á Jahweh, mezclado con el coro de sus hijos, y otra vez pregúntale Jahweh si ha reparado en Job, su siervo, ser justo por excelencia: «*Persevera aún en la piedad*, le dice, *habiéndome tú incitado á que lo arruinara sin causa.*» Y el maligno le contesta desvergonzadamente dudando de la virtud humana, que el hombre es poco sensible á las pérdidas que no afectan directamente su persona; «*darálo todo por su vida*, dícele, *pero tócale la piel y verás cómo reniega de tí á tus barbas*,» á lo cual Jahweh contesta entregándoselo por completo, á condicion de respetar su vida. Retírase entónces Satan de la presencia divina, é infesta á Job de una le-

(1) Job I, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12.

pra maligna, desde la punta de los piés hasta la raíz de los cabellos. Tal es la miseria en que se vé sumido, que tiene que rascarse con una teja. Cáesele la carne á pedazos; su propia mujer le dice que abandone á su dios y que se muera, y sus amigos apenas si le reconocen al verle sentado encima de un monton de escombros.

Léese en el libro de las Crónicas (1) que, para más afligir al pueblo de Israel, Satan sugirió la idea á David de hacer la estadística de todas sus tribus, á cuyo fin mandó David á Joab que recorriera el territorio y contara sus habitantes. Esto irritó á Jahweh de tal manera que por poco no destruye á todos los israelitas. Léese tambien en Zacarías (2) que dicho profeta vió al graso sacerdote Josué de pié delante del ángel del Señor, y á su derecha á Satan para oponérsele, cuyas acusaciones fueron severamente rechazadas por Jahweh en el acto.

Segun se desprende de estos textos, á partir del siglo VIII, ántes de Cristo, creian los hebreos que existia en la córte celeste un sér malo, desconfiado por naturaleza y escéptico de la virtud, que en toda accion justa suponia siempre un egoismo oculto, en todo acto de amor á Dios ó al prójimo miras interesadas. Segun él, nadie era bueno; si resultaba el bien de los actos de álguien, no era éste el propósito que guiara al que los habia ejecutado. Hasta el mismo Job, el justo por excelencia, era sólo á su ver un egoista refinado. Era una especie de crítico fatalista, un fiscal que á nadie hallaba exento de culpa. Ante el juez supremo acusaba á los que en la tierra habia puesto én circunstancias de cometer las faltas que él deseaba, como prueba de su acusacion preconcebida.

Con toda perfidia proponíase hacerles faltar para echarles en cara aquello de lo cual á él le cabia la mayor parte de culpa. Tentábales primero para poder acriminarlos despues; tal era su proceder. Asemejábase á estos jefes de policía que tienen ciertos tiranos que simulan conspiraciones y urden complots instigando ocultamente á los contrarios, á fin de tener

---

(1) I Crónicas XXI, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7.

(2) Zacarías III, 1, 2, 3, 4, 5.

un pretexto para justificar sus *razzias*. Así servia á Dios para poner la humanidad á prueba.

Llamóle Satan la biblia, es decir, *contradictor*. Satan, en hebreo, sólo significa *el adversario*. En la guerra un Satan es un enemigo; en este sentido se emplea esta palabra en el libro I de Samuel (1); delante de un tribunal indica un acusador, un denunciador, uno que pleitea. En otras partes es tenido como un contradictor, uno que se opone (2). De modo que la palabra no nos revela la naturaleza del sujeto que con ella se denomina. ¿Quién es ese contradictor? ¿Es un dios? ¿Es un ángel? ¿Es un demonio como los de la noche ó como el del mediodía? ¿Es de orígen judáico? ¿Procede de Babel ó de la Bactria? Volvamos sobre el texto de Job. Dice éste: «*Entre los hijos de Dios vino* TAMBIEN *Satan*.» Este *tambien* parece indicar en Satan un sér de una naturaleza distinta de la de los hijos de Dios; porque si no habria dicho el texto solamente: «*Entre los hijos de Dios vino Satan*,» ó mejor «*vinieron los hijos de Dios y éste dijo á Satan*, etc., que el lector hebreo ya sabria ser uno de ellos. El decir, «*vengo de recorrer el mundo*» podria hacer suponer en él uno de estos espíritus en los que creian todos los pueblos semíticos, parecidos á los demonios caldeos. Pero no se puede decir que proceda de éstos, pues los demonios caldeos son las almas de los malvados que salen del *país de las tinieblas* para atormentar á los vivientes, y ninguno de ellos tiene esta facultad crítica ni esta personalidad que presenta el Satan hebráico. Mucho ménos es Satan procedente del Angramanyus persa, pues áun dejando aparte el poderoso argumento de que el libro de Job es anterior al cautiverio de Babilonia, segun lo ha demostrado Renan, no hay punto alguno de contacto entre la personificacion del mal del Zendavesta, y este espíritu escéptico, adversario del hombre, que en el libro de Job comparece ante el Sér Supremo. El Angramanyus persa es la negacion de la actividad, es la noche, es el frio, el desórden, la muerte, que lucha con Ahura-

(1) Samuel XXIX, 4.

(2) II Samuel XIX, 22. I Rey. XI, 14, 23.

mazda, que es la accion, la luz, el calor, la organizacion, el órden y la vida. No es un sér subordinado á Dios ni tiene el carácter de crítico pesimista. Sólo más tarde, al aparecer en el Nuevo Testamento, adopta Satan la táctica de Angramanyus, y como él regimenta sus ejércitos, como él combate con los arcángeles del Eterno, haciendo como él la guerra á su divino adversario, que ya sólo el bien representa (1).

Era demasiado estrecho el monotheismo judáico para que Angramanyus cupiera en él. Era demasiado exclusivo el imperio Jahweh para que comportara un poder contrario. Satan no es Angramanyus ni es su hijo. Angramanyus es el maestro de Satan. Al ponerse en contacto con los persas en Babel los israelistas, prestaron á Satan alguno de los atributos del enemigo de Ahura.

En los libros más antiguos de la Biblia no se habla de Satan. Encuéntrase en los libros de Job (2), y luego en el de Zacarías y en las Crónicas, presenta en este último, que es el más moderno, evidentes señales de evolucion. En este libro si aconseja á David que peque, no es por consentimiento, ni órden divina, sino por su propia cuenta, como si á fuerza de suponer al hombre infiel á Dios hubiérale á él nacido el deseo de oponerse á Jahweh mismo. Véase cómo induce á David, nada ménos que á hacer la competencia al Creador, contando á sus súbditos como si fueran cosa que les pertenecia. Casi podriamos decir que teniendo la intencion de oponerse á Dios para empezar, sirvióse de David como de un instrumento á fin de provocar celos á la divinidad. En los libros anteriores sólo supone móviles egoistas en el hombre justo, y le envia desgracias; aquí cambia de táctica, le incita á que cobre mayor personalidad, á que ejerza el poder por sí mismo, á que haga lo que hace como por derecho propio, ejerciendo éste á espensas de la omnipotencia divina. Aquí, pues, már-

---

(1) Prefacio de la traduccion del libro de Job.

(2) Está plenamente probada la anterioridad del libro de Job á los de Zacarías y de las Crónicas. Renan prueba que su redaccion pertenece al siglo VIII ántes de Cristo.

case evidentemente un grado de transicion entre el Satan de Job y de Zacarías, y el que luego aparece en el Evangelio. Sólo á partir del libro de las Crónicas, puede concederse una ligera influencia persa en el Satan bíblico.

Pero volviendo á la cuestion; ese Satan, diferente de los hijos de Dios, que no procede de Babel ni del Iran, ¿de dónde viene? ¿cómo se le halla en la Biblia? ¿nació espontáneamente en ella, creado por la necesidad de explicar los sufrimientos del sér justo? ¿es uno de los Beni-eloim que se ha trasformado y que por lo tanto difiere ya de éstos?

Ninguno de estos es, á nuestro modo de ver, el orígen de Satan. Este sér que critica el lado débil de la más perfecta de las criaturas; que hasta al varon justo encuentra faltas; que al comparecer delante de Jahweh, despues de haber recorrido el mundo, quiere penetrar audazmente en las oscuridades del plan del Universo, dando al mismo Dios explicaciones de los móviles del hombre, que Este ha creado, echándole así en cara la imperfeccion de su obra; este crítico despiadado, este Satan tiene suficiente poderío para hacer soplar un vendabal que derrita las cosas, para hacer que llueva un fuego abrasador, para levantar *sabeos* y *caldeos*, para sus propios fines; aunque subordinado á Jahweh, aunque para manejar los resortes de la Naturaleza necesite del permiso de Este, ese Satan responde á una idea demasiado poderosa y demasiado definida para haber nacido en la literatura hebráica de una manera súbita, y sin antecedente alguno. Es muy distinto de los ángeles, su personalidad diverge demasiado para tener el mismo orígen que ellos, como más tarde se supuso. No puede afirmarse esto cuando no encontramos ni un precedente de él entre los beni-eloim. Aquí se pueden hacer tres suposiciones:

Primero, que Satan sea el producto de la evolucion de alguno de los dioses terribles de las tribus terachitas que coexistiera en ellas con Jahweh, y que luego fuera vencido por éste en la lucha por la existencia, quedando como un pálido reflejo de lo que fué, como una vaga sombra flotante sobre la tierra, la cual volviera á reaparecer luego de vez en cuando como un contrario subyugado á Jahweh en el seno del monoteismo judáico.

Segundo, que fuera el Azazel del desierto que el levítico nos presenta, exigiendo el sacrificio del carnero cargado con los pecados del pueblo de Israel, el cual más tarde reaparece bajo este nombre en el libro de Enoch (1), capitaneando á los ángeles que descienden á la tierra á unirse con las hijas de los hombres, y á difundir con la ciencia la maldad entre los mortales.

Y tercero, y esto es lo que creemos más probable: que fuera una emanacion del propio Jahweh, llegada á ser distinta de El mismo. Los beni-eloim estaban intrínsecamente precontenidos en Eloim, en el dios plural del Génesis. Eloim implicaba la coexistencia de un dios y de los beni-eloim. Es decir, era un dios formado por varios. Luego, desdoblándose de Eloim, salieron los beni-eloim y quedó la idea del dios único, en cuya categoría fué admitido Jahweh. Desde este momento histórico Jahweh aparece sirviéndose algunas veces de aquéllos como ejecutores de sus órdenes, buenas ó malas. Así entre los ángeles encuéntrase el exterminador. ¿No podria haber dado orígen á este Satan, el haber empezado á disgregarse de Jahweh (de ese Jahweh que habia sido un dios de tribu y que habia ocupado el puesto de Eloim), las funciones maléficas que eran parte integrante de él mismo? El que Satan sea una emanacion directa de Jahweh, una personificacion de sus cualidades malvadas desprendidas de él, induce á creerlo el que el pasaje del libro de las Crónicas que culpa á Satan de que David hiciera el censo del pueblo hebreo; atribúyelo el de Samuel que es anterior á éste (2), á Jhaweh directamente (3). Esto indica bien claro que en Israel existieron las dos tendencias.

El hebreo, despues de haber creido que Jahweh hacia el mal y el bien, tuvo una tendencia á suponer en el mal un

---

(1) En el libro de Enoch, Azazel aparece como el príncipe de los angeles rebeldes. Del cap. LVI al LVIII.

(2) Está plenamente demostrada la anterioridad del libro de Samuel al de las Crónicas.

(3) II Samuel, XXIV. 1, 2

orígen distinto, sobre todo á partir de la época en que el mal recaíale siempre á él y casi nunca á sus enemigos. No concibiendo que el dios que adoraba fuera su contrario en tales casos, el mal por fuerza habíale de venir á instigacion de otra personalidad, la cual, dada la omnipotencia de Jahweh, no podia ménos que estarle subordinada. De aquí el que surgiera la personificacion de esto Satan, crítico pesimista de la obra humana, enemigo de Israel, que en principio, colabora aún con dios en su maléfico cargo, á quien está subordinado, pero que se emancipa luego, y absorbiendo todas las funciones maléficas de Jahweh, pasa á ejercerlas por su propia cuenta, en oposicion á éste. Los antecedentes de Satan deben buscarse en las cualidades maléficas de Jahweh.

En resúmen: Satan, que estaba contenido en gérmen en el seno de Jahweh, dentro del cual se agitaba confusamente, se desprende de él ya en el libro de Job, y á partir del cautiverio de Babilonia, va emancipándose, bajo la influencia persa, hasta que llega á ser su antítesis en el período cristiano, en que recibe el refuerzo que el paganismo moribundo le trae con sus dioses infernales.

POMPEYO GENER.

ANÁLISIS Y ENSAYOS.

Conservacion, Revolucion, Positivismo, por Em. Littré, París, 1879.—Segunda edicion.

L golpe de Estado del 2 de Diciembre vino á sorprender á Mr. Littré en el momento en que reunia bajo el título de *Conservacion*, *Revolucion*, *Positivismo*, una série de artículos publicados en el *National* durante la corta duracion de la república de Febrero, en los que trataba de ilustrar con las luces de la filosofía positiva las graves cuestiones sociales, los problemas de sociología que entónces se agitaban y que aún están hoy por resolver. El título de la obra demuestra que Mr. Littré consideraba tres tendencias esenciales en el espíritu público: una conservadora que nos llevaba á las instituciones del pasado, tanto en lo referente á las cosas del espíritu, como en las de los intereses materiales; otra revolucionaria, sobre todo negativa, arrebatando las creencias y las tendencias antiguas, haciendo una obra de disolucion; y por último, la tendencia positiva reclamada por la concepcion de un órden social superior en relacion con la concepcion científica del mundo y de

la historia de las sociedades humanas. La filosofía positiva se coloca así por encima de los otros dos modos de concebir la sociedad y su marcha y se impone la terrible mision de preparar una transicion pacífica para un arreglo social nuevo. Concibe la evolucion social como un fenómeno natural, presentando ciertas condiciones que no se pueden suprimir por completo, cuyas relaciones no pueden alterarse impunemente, y formando el objeto de una ciencia, así como de los fenómenos vitales; desde luego obliga al espíritu de reforma á adaptarse á estas condiciones generales de existencia despues de haberlas reconocido; da tambien así al *órden* la sola garantía que puede hoy ofrecérsele, la de identificarlo con el sistema de las leyes naturales que forman la ciencia social ó la sociología. Pero como al mismo tiempo señala la extremada complejidad de esta clase de fenómenos, complejidad que ha valido á la sociología ser colocada por Comte y Spencer á la cabeza de las ciencias, la filosofía positiva afirma que estos fenómenos pueden modificarse con tanta mayor seguridad en favor de la felicidad humana, cuanto más extensas sean las conquistas de la ciencia, y que la ciencia misma haya llegado á ser el patrimonio de todos los hombres sin distincion. Esta es la *prenda* que la filosofía positiva da al *progreso*, cuya legitimidad establece de esta manera.

De esta obra es de la que Mr. Littré, al cabo de treinta años, nos da hoy una segunda edicion. La obra de 1848 es fielmente reproducida; pero cada uno de sus fragmentos está adicionado con notas inspiradas por las profundas meditaciones de una vida consagrada á la ciencia y por la observacion de los sucesos contemporáneos. Trabajo de revision escrupulosa, inflexible, en el que Mr. Littré ha conseguido completamente su objeto, estas notas forman en conjunto una verdadera confesion filosófica de este gran pensador. La impresion producida por los acontecimientos contemporáneos ejerce á mi modo de ver demasiada influencia sobre ciertas apreciaciones de Mr. Littré, y creo que en un trabajo ulterior modificará en varios puntos importantes sus actuales opiniones; pero de lo que ha conseguido apartarse completamente, es de su personalidad, de la vanagloria; no se ha cuidado más que de la verdad; jamás

libro alguno ha revelado mayor probidad científica; uniendo su existencia individual al conjunto de las existencias pasadas y futuras, este noble anciano ha buscado con un celo exquisito todas cuantas verdades sobre la cuestion social ha podido recoger y trasmitir; tal es la inspiracion de una filosofía que coloca el fin del hombre individual en la misma humanidad. Mr. Littré, al exponer sus errores, insiste á veces con una especie de satisfaccion dolorosa, como si tratara de ahogar en el fondo de sí mismo hasta el eco de un lejano orgullo.

Pero este largo exámen crítico no deja de alcanzar á la obra de Augusto Comte, con la que tan estrechamente mezclado estuvo Mr. Littré. Lo que Mr. Littré rechaza desde luego casi por completo, es el sistema de reorganizacion social que Comte concilió á raíz de la revolucion de 1848. Esta revolucion le parecia la crísis definitiva que abria directamente la era de la reconstitucion positiva de la sociedad. Comte se creia en posesion de suficiente número de verdades sociológicas para poder trazar el perfil del nuevo órden social, creyendo además que el pueblo iba inmediatamente á traducir la idea filosófica en hecho social. Este fué un triple error: 1848 no fué una crísis definitiva, sino el comienzo de una nueva crísis, y las trasformaciones sociales no obedecen directamente á la palabra de los filósofos. La misma obra sociológica de Augusto Comte está muy léjos de ser bastante avanzada.

La piedra de toque de una ciencia es el grado de prevision de los fenómenos que encierra. Las ciencias físicas que han alcanzado gran *positividad* permiten tambien prever con gran precision. En 1848 Mr. Littré era de opinion de que Comte habia dotado ya á la ciencia social de una notable prevision. Lo que habia llevado esta conviccion al ánimo de Mr. Littré, era la exactitud con que Comte previó la caida del gobierno de Luis Felipe. Pero el mismo Comte ni previó la caida de la república de Febrero, ni la vuelta de los conflictos armados despues del advenimiento del imperio. En un órden de fenómenos tan complejos, no son suficientes las grandes líneas trazadas en el curso de la historia de Comte para prever los sucesos, sobre todo en intervalos cortos.

La sociología general presenta, y en un grado superior to-

davía, los mismos inconvenientes que la economía política, á la que hace poco tiempo oponia Mr. Cliffe Leslie lo *conocido* y lo *desconocido*, en que la parte de lo desconocido, y por consecuencia de lo imprevisto, aumenta á proporcion que las relaciones sociales se extienden y se complican, debiendo ser esta parte la de lo *imprevisible*, si las investigaciones de la ciencia no son cada dia más profundas. Las justas previsiones de Comte fueron pasajeras, y sólo tuvieron un carácter empírico; por lo que no puede considerárselas como deducciones de leyes rigorosamente determinadas. Bajo el imperio de esta ilusion perdida, Mr. Littré, en cierta parte de su obra al examinar el plan de organizacion de un poder espiritual positivo concebido por Comte, escribe estas palabras: «Desde mi naufragio en cuestiones árduas, de que el presente libro es buena prueba, he adoptado la regla de colocarme todo cuanto sea posible en las condiciones actuales y tratar de prolongarlas por miras, que siendo conjeturas á corta distancia, tienen la ventaja de ofrecer campo para la discusion.» Mr. Littré vuelve de este modo á la induccion paciente, madre de la verdadera ciencia, y por temor de extraviarse, ó más aún, de extraviar á los demás otra vez, hasta vacila en ocasiones en hacer conclusiones: despues de haber tendido demasiado el arco de un lado, le sucede que lo afloja demasiado del otro.

Tambien el estudio escrupuloso de los sucesos contemporáneos ha conmovido las grandes leyes que Comte creia haber separado de la historia. Consideraba, por ejemplo, que al decrecimiento y la extincion final de la guerra debian seguir el desarrollo de la industria; que la actividad guerrera se oponia históricamente á la actividad industrial; que despues de haber sido sucesivamente ofensiva en la antigüedad y defensiva en la Edad Media, la guerra debia extinguirse en el siglo XIX, en el seno de una civilizacion industrial de la Europa Occidental, y que así como el poder público y social habia pertenecido entónces á los señores y á los reyes, debia hoy pertenecer á los jefes industriales, verdaderos dueños temporales de la sociedad; pero A. Comte no admitia sino la emancipacion á medias de los obreros, una especie de vasallaje más perfecto y con mayores garantías.

Ya hemos visto, sin embargo, que la Europa, que ha llegado á un alto grado de desarrollo industrial, ha encontrado toda la violencia del ardor guerrero; las guerras que se han sucedido, desde el segundo imperio, no son hechos casuales; las grandes unidades políticas se constituyen sucesivamente por la vía de la fuerza con una regularidad terrible; pero sin que presenten una estabilidad definitiva. No basta, pues, que la industria se desarrolle para que terminen las guerras; las civilizaciones industriales más avanzadas presentan condiciones de desequilibrio, que revelan nuestros antagonismos sociales y que solicitan nuevas investigaciones. Resulta de ello, que Mr. Littré se engañaba en 1850, como lo reconoce dolorosamente al escribir bajo la fé de Augusto Comte: *La paz está prevista desde hace veinte y cinco años*; la ley de Augusto Comte, en virtud de la cual la paz *estaba prevista*, no expresa la realidad, sino con una grosera aproximacion, como una tendencia lejana de la historia, y haciendo abstraccion de causas perturbadoras de la mayor energía.

Las consideraciones que preceden tienden á aminorar la fé en la obra personal de Comte, pero no á aniquilar este libro; á demostrar que las adquisiciones de la sociología son ménos importantes y ménos ciertas que los discípulos de Comte han creido largo tiempo; pero no á negar la sociología, al contrario. Por severo que sea Mr. Littré para sí mismo y para Comte, así lo indica despues de su exámen de conciencia (aquí reuno dos pasajes de su obra). «Soy lo mismo que ántes, permanezco siendo discípulo de la filosofía positiva..... la gerarquía de las ciencias me convence; la sociología me demuestra algunas grandes leyes, y la filosofía que resulta de esta coordinacion del saber humano, no me deja hoy más que ántes la libertad de rehusarle mi asentimiento.» Esta es, en verdad, la posicion en que deben colocarse hoy los discípulos de la filosofía positiva, que siguen á Mr. Littré, como yo mismo le sigo; pero debemos añadir que este trabajo de revision que acaba de hacer Mr. Littré con tanta firmeza como abnegacion, debe extenderse incesantemente á todas las partes del señorío de la ciencia social; hay que guardarse mucho de incorporar á la ciencia generaciones tempranas, ó mantener-

las en ella, aunque se cubran con grandes nombres; y creo que entre las leyes de Augusto Comte hay muchas que tienen todavía este carácter; es preciso, además, que algunos exploradores entren armados con el método, en esas regiones desconocidas, que son fenómenos sociales desdeñados, ó engendrados por una civilizacion cada vez más compleja. Así es como la filosofía positiva contribuirá eficazmente á preparar el advenimiento de un nuevo órden social.

En la obra que analizamos, Mr. Littré escribe esta hermosa página, que no puedo ménos de reproducir al terminar:

"La juventud piensa poco en la muerte; pero esta idea se presenta con más frecuencia á la imaginacion conforme se avanza hácia la vejez. Al cumplir cincuenta años, me detuve un dia para considerar cuánto tiempo de mi vida habia ya trascurrido; pero emprendí de nuevo mi camino diciéndome que para llegar á los setenta años, que liberalmente me concedia, tenia veinte delante de mí, término bastante largo para no ocuparme todavía de la muerte. Los setenta años han venido, y han concluido á su vez, y ya están bien lejos, los plazos van acortándose de dia en dia, y ahora sólo cuento como mio el dia en que existo. Voltaire, anciano ya, escribia en una de sus cartas que al aspecto de una noche estrellada se decia á sí propio que pronto iba á perder aquel hermoso espectáculo, que no volveria á ver en toda la eternidad. Como él, me gusta contemplar, pensando que quizás sea por última vez, la noche estrellada, las flores de mi jardin y la inmensidad del mar que voy á visitar todos los años como lo he hecho en este mismo de 1878. La habitacion que ocupaba daba á la playa, y cuando la marea estaba llena, sus olas llegaban á pocos pasos de mí. Allí, ¡cuántas veces sumido en la contemplacion, me representaba á los troyanos que *Pontum adspectaban flentes*! Yo no lloraba, pero sentia que aquellos graves espondeos, respondian mejor á la grandeza del espectáculo y á la vaguedad de la meditacion."

Tal es la tranquilidad de este gran filósofo, que presintiendo su próximo fin, reúne los elementos esenciales de su obra, trata de segregar de ella lo que tiene de imperecedero, lega, en una palabra, al espíritu humano la parte más pura de su sér, y que considera digna de serle incorporada; el resto se disolverá en el olvido eterno.

H. DENIS.

* * *

Bertrand de Born, sein leben und sein werke, mit Anmerkungen und Glossar, hgg. con A. Stimming. Halle. Nemeyer, 1879, en 8.°, 370 páginas.

La obra de Mr. Stimming comprende, como su título indica, dos partes muy distintas; una histórica, la biografía de Bertrand de Born, y otra filológica, la edicion. No nos ocuparemos en este artículo más que de la biografía, reservando la edicion para un exámen ulterior, creyendo que la importancia de la obra justifica esta division.

Debo manifestar, al empezar, un doble sentimiento; primero, que M. S., aunque desconfiando visiblemente del *Tirteo de la Edad Media* de Mr. Laurens, haya concedido á este romance cierta autoridad y le haya hecho los honores de una discusion seria; y el segundo que M. S. no haya tenido conocimiento de una obra del Sr. Milá y Fontanals, *De los Trovadores en España*, que hubiera podido evitarle algunos errores.

A propósito del acta de fundacion de la Abadía de Dalon, que es el primer texto histórico en que aparece la familia de Born, M. S. indica la fecha de 1120 fijada en la crónica de Saint Maixen; pero el acta original de la fundacion que nos ha sido conservada en el *Cartulario de Dalon*, y que además se vé reproducida en la *Gallia christiana*, lleva la fecha de 1114, que es evidentemente la que debe aceptarse.

El matrimonio del padre de B. Born con una hija de Goufier de las Tours, la fecha del nacimiento de Bertrand y todos los detalles acerca de su infancia y juventud, han sido inventados de seguro por el autor del *Tirteo de la Edad Media*, y M. S. se toma un trabajo inútil al discutirlas. Por otra parte, M. S. conoce perfectamente cuán poca fé merecen las relaciones antiguas é íntimas entre B. de Born y los diversos miembros de la familia real de Inglaterra; pero no se atreve á negarlo en absoluto y se limita á presentar algunas de las dificultades que se ofrecen para darlas crédito.

M. S. refiere, en seguida, segun las crónicas, los sucesos

de 1173-1176; pero no se apercibe de que dos de los *sirventes* (especie de poesía antigua) de B. de Born, *Un sirventes cui motz non falh y Rassames si son primier*, se aplican seguramente el primero, y probablemente el segundo á la guerra de 1176. Por lo demás, M. S. tiene razon cuando afirma que el *sirvente* 20 (*Ges de far sirventes nom tartz*) es de una época posterior.

Todo cuanto dice M. S. para explicar la situacion de B. de Born y de su hermano Constantino con referencia á la posesion del castillo de Hautefort, no se funda más que en ideas tomadas del autor del *Tirteo*, y carece por tanto de base sólida. La verdad es que nada se sabe de cierto sobre este punto.

Las primeras querellas entre B. de Born y su hermano, referidas en la *razo* (especie de nota aclaratoria) 44, las fija M. S. en 1180, porque, siguiendo la opinion de Mr. Laurens, fueron posteriores al fallecimiento de Olivier de Las Tours, ocurrido en 1180. En realidad, la muerte de Olivier de Las Tours nada tiene que ver en este asunto, y ya hemos probado en otra parte (1) que los sucesos referidos en la *razo* 44 y en el *sirvente* 44 (*un sirvente au motz non falh*) corresponden á 1176.

M. S. aborda en seguida la cuestion de las relaciones entre B. de Born y Maenz de Montignac. Segun su opinion, Maenz no puede ser hija de Boson II de Turena, como pretende Diez, porque habiendo muerto en 1143, Maenz hubiera tenido por lo ménos en 1180, unos cuarenta años, lo cual hace inverosímil el amor de B. de Born; pero Bertrand tambien nació seguramente ántes de 1143, y además la primera poesía dirigida á Maenz es á mi parecer, no de 1180, sino de 1176. Y despues de todo, no es imposible que B. de Born haya amado á una mujer de cuarenta años; si tal era su gusto, no es asunto nuestro, y no tenemos para qué defenderlo por ello. M. S. insiste y apela al testimonio de Robert Meyer, autor de una vida del trovador Gancelm Faidit, en cuya obra se trata de demostrar que Elis de Montfort, hermana de Maenz, era hija de Raymond II de Turena y no de Boson II; pero los argu-

(1) *Del papel histórico de Bertrand de Born.* (París, Thorin 1879.)

mentos de M. R. Meyer nos son mucho más fuertes que los de M. S., y además existe un hecho histórico que decide la cuestion en contra de ambos; el cronista Geoffroy du Vigeois, cuya autoridad es indiscutible, y que era contemporáneo y compatriota de Maenz, dice formalmente que María de Ventadour (hermana de Maenz y de Elis) era hermana de Raymond de Turena, y por consiguiente, hija de Boson II. M. S. no quiere tampoco que Maenz sea esposa del Sr. de Montignac, porque ha sabido no sé dónde (probablemente tambien en la obra de Laurens), que el Sr. de Montignac se habia mostrado enemigo de Bertrand en la querella sobre la posesion del castillo de Hautefort. Aun admitiendo este hecho, no me parece cosa absolutamente necesaria que se sea amigo del seductor de su mujer. B. de Born era hombre ciertamente que tendria por una buena venganza quitarle la mujer á su enemigo. Tampoco veo razon alguna para admitir que Maenz fuese esposa de Elie V de Perigord; por lo demás, esta cuestion es poco importante.

Respecto á las relaciones de B. de Born con Matilde de Inglaterra, duquesa de Sajonia, M. S. supone, contra toda verosimilitud, que fué Ricardo Corazon de Leon quien en 1182 presentó y recomendó á su hermana á Bertrand de Born; ahora bien, no existe duda alguna que en 1182, Bertrand de Born era enemigo de Ricardo, contra quien estaba organizando una liga. La fecha, pues, del documento *Ges de disnar* (ántes de Navidad de 1182) no puede sostenerse.

Volviendo á los sucesos políticos, M. S. refiere en seguida y segun B. de Peterborough, los principales hechos de fines del año 1182 y principios de 1183; pero no ha echado de ver que en este pasaje el cronista inglés ha unido y presentado como una relacion continua dos versiones diferentes de los mismos acontecimientos; de lo cual resulta en el resúmen de M. S. una gran confusion.

M. S. coloca en 1183 el *sirvente Pois ventadorns*; creo haber demostrado (1) que esta fecha no es posible, y como M. S. no presenta argumento alguno, no tengo que refutarlos.

(1) *Del papel histórico*, etc., pág. 41.

El sirvente *Un sirventes cui motz*, tampoco tiene lugar en esta época; porque B. de Born echa en cara á Talleyrand de Perigord, que no hace más que estar tendido y bostezar en vez de combatir; ahora bien, en el curso del año de 1182, Perigueux fué sitiado dos veces por Ricardo (V. G. du Vigeois, Bouquen XVIII, pág. 212), lo que prueba que Talleyrand no permanecia inactivo. Las demás alusiones del sirvente se refieren, como llevo ya dicho, al año de 1176.

M. S. coloca aquí, ántes de la muerte del jóven rey, un sitio de Hautefort, con el que tiene relacion el sirvente 21 (*Ges eu nom desconort*); por consiguiente, apenas tiene explicacion que algo más adelante relate los sucesos que siguieron y produjeron el segundo sitio, despues de la muerte del mismo rey, y se admira de que B. de Born hubiera olvidado tan pronto las protestas de fidelidad que prodigaba á Ricardo en el *Ges eu nom desconort*. En realidad no hubo más que un sitio y la *razo* del sirvente 21, á pesar de sus aperentes disidencias, se refiere al mismo hecho que las de los sirventes 20 y 32: el sirvente 21 debe retrotraerse como los demás al mes de Julio de 1183.

Respecto al documento 13 (*D'un sirventes non cal*), tampoco puedo estar de acuerdo con M. S., limitándome á referirme á los argumentos que aduzco en mi obra, no teniendo que discutir los de M. S. porque no presenta ninguno.

En cuanto al 23 (*Lo Coms m'a mandat*), es perfectamente evidente que pertenece al año 1177, y me refiero acerca de esto á la obra del Sr. Milá. La octava de la fiesta de San Pedro, fecha de la toma de Hantefort, no corresponde al 7 de Julio como pretende M. S., sino al 6.

Si examinamos y contamos todos los documentos políticos de B. de Born que M. S. acumula en siete meses, entre el 25 de Diciembre de 1182 y el fin de Julio de 1183, encontraremos una docena poco más ó ménos; ahora bien, los sucesos á los que se hace alusion en todos esos sirventes y en los *razos* que los explican, bastarian para llenar dos años y más; y en efecto, deben repartirse entre varios años. La confusion que reina en esta parte de la obra de M. S., procede, sobre todo, de la doble version de B. de Peterborough que hemos in-

dicado y de las aparentes contradicciones de los *razos* sobre un mismo hecho; y resueltas estas dos dificultades, se consigue espaciar de una manera conveniente los sirventes y dar coordinacion á todas aquellas batallas.

Casi estoy de acuerdo con M. S. respecto al documento 34 (*Quan la novella flors*); sin embargo, creo que la estrofa quinta se explica mejor en 1186 que en 1182; en todo caso, es evidente que este documento es anterior al advenimiento de Ricardo y á la muerte de Godofredo, lo que es opuesto á la fecha admitida por Diez.

No discutiré la fecha adoptada por M. S. (otoño de 1185) para el documento (*Cort é gerras*); porque el autor la ha abandonado por sí mismo, al aceptar, en el último momento, para el verso 38, la correcion *al jóven rey* que le facilitó Mr. Tobler.

La fecha del matrimonio de Aymelina de Born y los demás detalles sobre la familia del trovador, que M. S. intercala aquí, son el producto de la fecunda imaginacion de Mr. Laurens; y por tanto no hay que tomarlas en cuenta. El único hecho histórico es la alianza de Constantino de Born con Mercadier (Véase G. del Vigeois, Bouquet, 18.º pág. 221). El matrimonio de Aymelina es igualmente exacto; pero su fecha es desconocida y no ocurrió ciertamente en 1185.

En contra de lo opinado por M. S., creemos que el documento 2 (*Al dous nous*), debe colocarse despues del 31 (*Pois als baros*). En efecto; no hubo más que un momento en que Ricardo, ántes de ser rey, estuviese en lucha personal con Felipe Augusto, en el mes de Junio de 1188; ahora bien, el sirvente *Al dous nous*, alude á esta situacion. Respecto al documento 31, seguramente es de 1187.

En cuanto al documento 4 (*Ara sai eu*), cosa singular; M. S. no tiene razon contra Mr. Laurens, porque este sirvente fué compuesto indudablemente despues del advenimiento de Ricardo, toda vez que en el verso 36 Bertrand de Born llama formalmente á Ricardo «lo *reis* Richartz.»

A propósito del documento 29 (*Non puosc mudar*), tengo la mayor satisfaccion en decir que el texto dado por M. S. en su edicion, establece la única explicacion admisible del último

verso y suprime así una alusion que habia yo creido encontrar en él.

La alusion al casamiento de Ricardo con la hija del rey de Navarra, debe colocar el sirvente 40 (*S'ien fos aissi*) despues de la Cruzada. Para fechar este documento en 1188, M. S. se vé obligado á suponer que la alusion sólo se refiere al rumor que corria ya acerca de este matrimonio, considerado como posible; pero los términos precisos de la estrofa 4 no permiten esta interpretacion, además de que el documento entero se resiste á la fecha indicada.

La opinion de M. S. acerca del sirvente 45 (*volontiers fera sirventes*) es ciertamente muy ingeniosa, pero no la creo fundada. B. de Born no dice que la gloria, el honor y el valor, *están léjos* (es decir, en la Cruzada, segun M. S.), sino sencillamente que *han muerto*: esta era su manera ordinaria de deplorar la paz. No existe, pues, razon alguna para colocar este documento en la época de la Cruzada. Tampoco veo en el último verso la alusion que encuentra M. S., al sobrenombre de *leon*, dado por los sicilianos á Ricardo: no hay sencillamente otra cosa que una de esas comparaciones familiares á B. de Born, y que se esfuerza en variar. El tono de los últimos versos y de la estrofa que precede, me parece probar, al contrario, que no se trata para nada de los acontecimientos de Oriente.

El documento 8 (*Bem platz car trega ni fis*) habrá sido compuesto, segun M. S., durante el cautiverio de Ricardo en Alemania. En efecto, M. S. en su edicion expresa así el verso 37:

*Pois qu'*er *vengutz a' Alamanha*

Pero esta diccion sólo la da al manuscrito A, pues todas las demás ponen *es* en vez de *er*, lo cual me parece lo exacto, porque jamás he encontrado *pois que* construido con un futuro en el sentido de «despues de que.» En su resúmen de *Bem platz* M. S. comete un contrasentido en el último verso:

Don pres Polha e Romanha.

El sugeto de *pres* no es Federico, sino Enrique. Federico Barbaroja jamás conquistó la Pulla que yo sepa, mientras

que Enrique VI, durante la Cruzada, en 1191, empleó sus tropas en esta conquista.

Quan pres romieus ab bordos
Don pres Polha e Romanha.

La puntuacion de Raymonard es aquí preferible á la de Mr. Simming.

Con sobrada razon M. S. disputa á B. de Born los documentos 6 (*A tornar m'er*) y 42 (*Un sirventes farai*).

Respecto al 22 (*Guerr'e pantais*) M. S. ve en el señor «coms, ducs, marqués» del verso 21 á Ricardo Corazon de Leon; pero es un error, se trata evidentemente del conde de Tolosa, que era *conde* de Tolosa, *duque* de Narbona y *marqués* de Provenza. M. S. parece dudar que jamás sea posible asignar fecha á este documento; sin embargo, el Sr. Milá ha propuesto una y yo he indicado otra, que me parece la más verosímil.

M. S. propone colocar el documento 39 (*Senher en coms*), que es tan oscuro, en 1184; pero resulta de los tres últimos versos, que Bertrand era en aquella época enemigo de Ricardo, lo que retrotrae el sirvente á una fecha anterior al mes de Julio de 1183.

Por último, M. S. niega á B. de Born, para atribuirla á G. de San Gregori, la paternidad del famoso sirvente *Bem plai lo gais temps*; y esta es una cuestion delicada, que nos reservamos examinar detalladamente en otro lugar (1).

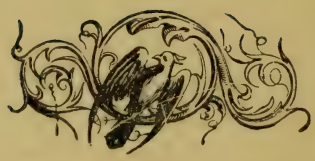
En sus consideraciones generales acerca del papel que representó B. de Born, M. S. no ha puesto en claro un hecho importante, á saber, que los pequeños señores, como Bertrand, vivian de la guerra, y se hacian pagar sus servicios en distintas formas por los altos varones que los empleaban. Además, M. S. nos representa á B. de Born contentándose con tomar parte en las luchas que estallaban á su vista; nosotros creemos—y toda su obra lo demuestra—que su papel fué mucho más activo, y que muchas de esas luchas no hubieran estalla-

(1) Véase *Romanía*. 1879, pág. 268.

do á no ser por él. Dante le condena, en su infierno, á un castigo bien merecido; porque no es dudoso que fué el principal instigador de la guerra de 1183, y que contribuyó poderosamente á mantener la discordia en la familia real de Inglaterra.

Al terminar este trabajo, en el que he debido insistir, particularmente en los puntos en que estamos discordes M. S. y yo, cumplo con un deber en reconocer que M. S. ha estudiado, con el mayor cuidado, todos los documentos de que habla; conoce perfectamente la poesía provenzal y hace deducciones interesantes: por ejemplo, causa suma satisfaccion encontrar reunidos (pág. 40) el testimonio conteste de varios trovadores acerca del valor de los tres hijos de Enrique II. Este trabajo honra á Mr. Stemming; y será de utilidad hasta para los puntos difíciles que no resuelve, pero que, por medio de argumentos sérios, dará lugar á una discusion ulterior que podrá resolverlos.

L. CLEDAT.



MISCELÁNEA.

EXPLORACION *de Africa por el Dr. Junker.*—El Dr. Junker es natural de Moscow, aunque hijo de padres prusianos. En Setiembre del año pasado regresó de un viaje de tres años en Africa, habiendo pasado el invierno en San Petersburgo, ocupado en preparar la publicacion de la rica coleccion de mapas que ha traido consigo. Sabemos, por una carta dirigida por el Dr. Schweinfurth al *Diario Austriaco del Oriente*, que el Dr. Junker ha regalado á la Academia del Museo de San Petersburgo, una extensa coleccion ethnográfica (28 cajas) de la region del Alto Nilo, y un duplicado de la misma coleccion al Museo ethnográfico de Berlin. El Dr. Junker, que ha explorado en su totalidad la sábana de agua que existe entre el Alto Welle y el Nilo, llegando hasta Kalika, al Oeste de los montes que se ven en la orilla occidental del Albert-Nyanza, ha incluido tambien en su exploracion la region del Noroeste explorada ántes por el Dr. Schweinfurth, las de Mitte, Dinka, Bongo y Djur, hasta el lado opuesto del rio Waw.

De los importantes detalles topográficos reunidos por el Dr. Junker, Schivenfurth espera que se llevarán á cabo algunas correcciones de interés en los mapas de aquella region, así como algunas adiciones en direccion de Oriente hasta Bohr-el-Gebel. En la actualidad el ilustrado viajero se encuentra en Berlin preparándose para una nueva empresa y espera que á principios de Setiembre

de este año habrá ya pisado de nuevo el suelo africano, El Dr. Junker tomará el camino más directo posible para Monbutta, que será la base de sus nuevas exploraciones, y hay que reconocer en él un hombre esencialmente apto para llenar el objeto que se propone: la exploracion del Africa desconocida, toda vez que reune además del conocimiento del país, de los habitantes y del idioma, una gran experiencia práctica, una organizacion robusta y recursos abundantes. Además de esto, goza del favor del omnipotente gobernador del sultan de Egipto.

*
* *

Las escavaciones de Olimpia.—Despues de un viaje largo y penoso de más de nueve horas, á través de los agrestes y pintorescos valles de Phanari, de Livadia y Tsemberoula (el antiguo Dragon), que separan Andretsena de Makrysia, la Scillonte de la antigüedad, donde Jenofonte buscó su retirada y halló su tumba, el viajero encuentra un valle risueño y fértil, rodeado de colinas cubiertas de verdes bosques, entre las que se distinguen las de Phryxa (Palaco-Phanari) coronadas en lontananza por los montes de Arcadia y algunos picos de rocas, entre las que se cuenta el por demás célebre Typaeon, de donde se precipitaba á las mujeres que se atrevian á asistir á los juegos olímpicos. En el fondo del valle serpentea un rio de abundantes aguas, mayor que los que existen ordinariamente en Grecia. Este rio es el Alfeo, el desdichado amante de Aretusa, y así vemos que la leyenda lo pone en relacion con la poética fuente de Ortygia en Siracusa. En esta llanura triangular, relativamente pequeña, limitada por el monte Kronion y los rios Alfeo y Kladios, más allá del cual se levanta, en una rápida colina, la pequeña aldea de Druva, donde estuvieron en la antigüedad los establos de Augias, y más allá esa Olimpia tan celebrada por el génio de Píndaro. La naturaleza es allí de las más bellas y de las más frondosas; los matices de las montañas son tan variados y tan ricos, que el artista no puede cansarse de contemplar este paisaje encantador. Olimpia jamás fué una ciudad; primitivamente no era más que un lugar consagrado á Zeus, á quien se rendia allí un culto especial, y donde se celebraban juegos en su honor. El terreno sagrado llamado *Altis* estaba limitado por un muro cuyos vestigios se ven todavía. El mismo templo de Zeus tendria probablemente un segundo temenos de menor extension.

Si Olimpia no era como Delfos el centro de la tierra, era, y con mayor verdad, el centro moral de la Grecia, el único lugar en que los helenos olvidaban sus rencores seculares para no recordar sino su mismo orígen y su culto co-

mun; y en este sentido, Olimpia, su culto y sus juegos fueron quizás los principales elementos que contribuyeron al desarrollo de la civilizacion helénica. Hasta 1875, apenas si se apercibian algunos restos del templo de Zeus Olimpikos, débiles vestigios de algunas escavaciones que habia verificado, y por cierto con bastante cuidado, la expedicion francesa de Morea, cuyos resultados han ido á enriquecer el Museo del Louvre. De tantas estátuas de los grandes maestros, de los numerosos templos que pudo admirar Pausanias, cuando visitó aquel país en 173, no existe la menor huella.

La convencion de 25 de Abril de 1874, entre el gobierno aleman y el helénico, permitió afortunadamente hacer escavaciones completas. Desde el 4 de Octubre de 1875, ocho meses del año se dedican á desmontar el terreno de lo que antes fué Olimpia. Los trabajos fueron en un principio dirigidos por los Sres. Hirschfeld y Adler; pero hace dos años este encargo se confió á dos arqueólogos y dos arquitectos, los Sres. Treu y Furtwangler, Dörpfels y Borman, cuyo celo, método é inteligencia científica no hay palabras suficientes para alabar. Jamás escavacion alguna se condujo tan sistemáticamente; pero jamás tampoco tan hermosos resultados han coronado tan nobles esfuerzos. Solamente allí, en el mismo lugar, puede uno darse cuenta, tanto de las dificultades sin número que ha habido que vencer, como de los inmensos resultados que se han obtenido. El clima de Olimpia es mal sano, el tiempo á menudo lluvioso, é incalculables los metros cúbicos que hay que desmontar y trasportar, y esto en un país en que las máquinas, los carros y medios de locomocion son casi desconocidos, y donde la manera de vivir es tan primitiva, que es mucho más fácil decir lo que sirve para la vida de esos pobres aldeanos, que enumerar lo que les falta, tanta es su desnudez. Todo estaba por crear en este particular, y, sin embargo, en la actualidad se emplean más de 300 trabajadores en estas rudas faenas, y el Gobierno aleman dedica á su continuacion una suma de 150.000 marcos, y es de creer que dentro de dos años las escavaciones quedarán completamente terminadas.

Examinemos ahora, aunque someramente, los resultados obtenidos hasta el dia, sin que se trate por eso de formar una lista de los monumentos descubiertos. Todos los edificios indicados por Pausanias han sido hallados, á excepcion de Pelopeion, que habia sido probablemente destruido por completo, toda vez que las escavaciones no han dado resultado en el sitio indicado por el Periegete.

Fuera del Altis, indicaremos entre los monumentos que se han descubierto, una gran basílica bizantina cuyas bases inferiores son helénicas, y que puede muy bien ser el taller de Phydias, de que habla Pausanias, el gimnasio, ó por fin el Cryptopórticus, por el cual los atletas ó las jóvenes en los juegos de

Hera se dirigian al Stadio, cuya direccion se encuentra actualmente muy bien determinada, aunque hasta ahora no se haya verificado allí escavacion alguna. Esta galería está formada de bóveda, y su union es tan perfecta como admirable su precision. Sin poder fijar la época de su construccion, puede asegurarse con certidumbre que el pórtico data de los tiempos helénicos; lo que prueba que si la arquitectura griega no admite jamás la bóveda como elemento fundamental, fué por sistema y no por impotencia; pues aquí nos hallamos con una construccion en pleno cintro de la mayor perfeccion.

Si se recorre el interior del Altis, cuyo muro de cintura es todavía visible, se notan desde luego al entrar por la puerta occidental dos restos de columnas jónicas, análogas á las que se ven en Bassac, columnas delgadas, de un estilo más moderno. Hallanse, además, la calle Mayor, donde se ven los pedestales muy largos, pero poco anchos, que sostenian las estátuas de los vencedores. Llenos de un religioso respeto se atraviesa el monton de restos de bases de columnas, triglifos, chapiteles, metapas, sobre algunos de los cuales se ve aún la huella de los broqueles dorados que Mummius consagró á Zeus despues de la conquista de Corinto y que llenan los alrededores del gran templo del dios Olímpico. Esto recuerda á Selinonte más bien que á la Acrópolis de Atenas. El plano del templo construido despues de la victoria de Pisa es muy visible; por desgracia, más de una columna está por tierra; sus restos, sin embargo, son más que suficientemente numerosos para que puedan levantarse muchas. El lugar en que se encontraba la gran estátua de Zeus con el piso de mármol negro está tan distinto como el del Parthenon de Atenas.

El templo debido al talento de Libon no debia ceder en nada á la obra de Ictinus, y algunas partes me parecen más perfectas. Por desgracia, se emplean allí, como para todos los monumentos de Olimpia, materiales muy groseros. toba mezclada con conchas del mar, que se cubre con estuco pintado. Delante del templo se distinguen los pedestales de un gran número de estátuas, el más célebre de los cuales es el triangular que se ve á la derecha y sobre el que estaba colocada la Nikea de Poenios.

Fuera de las trincheras de ensayo que se están actualmente haciendo en la parte exterior del Altis, las escavaciones más recientes se han verificado al Sur del templo de Zeus, donde se ha descubierto una parte de una construccion romana (¿basílica?). Recientemente se ha escavado el Boulenterion, única construccion de esta especie que nos sea conocida. Es un edificio cuadrado, flanqueado por cada lado de otra construccion más larga—la llamamos provisionalmente basílica—con tres columnas en las fachadas, con doble nave y terminado por un abside. Un estudio muy escrupuloso podrá sólo explicar los detalles de

este interesante edificio, cuyo mayor interés consiste en que hasta ahora se habia considerado el abside como una forma de construccion esencialmente romana y desconocida á los griegos. Además, los edificios de doble nave son raros en todas las épocas. Hasta ahora se conocia en este género la basílica de Paesum y el templo de Thoricos; pero un edificio antiguo con doble nave terminado en abside nos era desconocido, y hasta en la Edad Media esta clase de construcciones son muy raras.

No lejos del Bouleuterion estaba la Pompike. El baluarte bizantino aparece tambien en este lado; porque los bizantinos se fabricaron de lo que sólo era un terreno sagrado, una fortaleza contra las hordas que se han calificado de Eslavas y que preferimos nombrar sencillamente bárbaras, no teniendo antecedentes para pensar otra cosa. Estos invasores se fortificaron allí á su vez, y se encuentran sus tumbas esparcidas en todas las partes del Altís.

Por el lado Norte del templo se encuentran las subconstrucciones de los tesoros, los pedestales de las diez y seis estátuas espiatorias de Zeus (Zanes), el metroon, una exedra no mencionada por Pausanias, construida por Herodes Attieus, que inundó, si puede así decirse, la Grecia de monumentos, el célebre Heraeon, en el que la diferencia de las proporciones de los chapiteles son muy instructivas, y cuyo arquitecto nos es aún desconocido, por más que se hayan citado como tal los nombres de Ageladas, de Dontas y de Agías; por fin, el Prytaneo y el Philippeion, linda rotonda de estilo jónico con una doble hilera de columnas, que hizo construir Philipo despues de la batalla de Queronea, y en la cuál se veia su estátua, la de su padre Amintas y la de su hijo Alejandro. Hasta hoy no es posible fijar el lugar en que estuvo situado el bosquecillo de Zeus, ni el gran altar formado con las osamentas de las víctimas.

No debe echarse en olvido decir que las construcciones de Olimpia pertenecen á cuatro épocas distintas Unas son helénicas ó romanas, y otras bizantinas ó bárbaras. Estas últimas no son otra cosa que un conjunto grosero é informe de materiales antiguos reunidos precipitadamente con arcilla.

El interés que ofrecen las escavaciones de Olimpia no consiste esencialmente en los numerosos monumentos descubiertos y cuyos planos se podrán fijar con certeza, sino tambien en los descubrimientos de las esculturas. En esto los resultados han sobrepujado las esperanzas. Digno es, sin embargo, de llamar la atencion, que de las numerosas estátuas aisladas, expuestas fuera de los templos y que Pausanias cita tan gran número, sólo se haya encontrado hasta el dia una sola, la de Nikea de Poenios. Todos estos hallazgos se conservan en cuatro barracones que contienen los efectos de tierra cocida, las esculturas y las obras de la época romana procedentes en su mayoría de la exedra de Herodes Attieus.

La mayor parte de las tierras cocidas, los antefijos, acroteras, etc., de un dibujo muy variado y de un gusto muy delicado, han conservado restos muy marcados de policromia, y su estudio nos ayuda á completar las ideas que tenemos de esta parte tan interesante de la antigüedad. Tambien debe citarse un gran número de cabezas de leon, tanto de mármol como de tierra ó barro cocido, que tienen un gran valor artístico, igualmente que dos cabezas de Gorgona, ménos feas y ménos primitivas que la famosa Gorgona del Museo del Acrópolis de Atenas; pero que, sin embargo, muestran todavía la lengua y dientes enormes. Vasos y utensilios apenas se encuentran, precisamente porque, como hemos dicho, Olimpia jamás fué una ciudad. Entre los bronces pequeños existe una magnífica cabeza de Zeus, de la que se posee una copia en barro cocido, una pequeña esfinge (hay otra mayor en tierra cocida, pero sin cabeza) hallada recientemente y que en oposicion á las demás representaciones de la esfinge que son conocidas, tiene dos cabezas. Existen tambien otras dos magníficas de grifos, un Teseo luchando con el minotauro, forma de bronce, que es muy rara, un Héracles arrodillado, tendiendo el arco, cuya postura recuerda la de una metopa de Selimonte del museo de Palermo; lo mismo que un centauro luchando con Héracles, una estatuilla de Artemis, con un ropaje de los más singulares, y por último, una interesante placa dividida en cuatro partes, representando águilas, grifos rampantes, el centauro de que acabo de hablar y Artemis alado, forma que se encuentra ya sobre la caja de Kipselos, expuesta en el Heraeon y que Pausanias describe tan detalladamente.

Pero voy á hablar de piezas de mayor importancia artística. El arte antiguo está representado por un gran cabeza de Hera, hallada en el templo de la diosa y que el Sr. Furwanngler considera con razon como la de la misma divinidad descrita por Pausanias. Tiene la frente ésta muy aplastada, los lábios son grandes, la boca entreabierta, la cara prolongada, la barba muy pronunciada, los ojos no solamente grandes y abiertos, sino arqueados, de manera que forman un triángulo muy bien indicado. Esta es la forma exagerada de un tipo que he encontrado á veces entre las mujeres griegas, y esto es lo que distingue esta cabeza de los demás tipos antiguos que poseemos.

La expedicion de Morea encontró los metopas de Pronaos (actualmente en el Louvre) representando los trabajos de Hércules, y este hallazgo se completa con el descubrimiento de diferentes fragmentos de otras metopas, sobre todo con un bajo relieve de Atena y con uno entero que representa á Hércules sosteniendo el mundo, ayudado por Sterope y teniendo delante á Atlas, que le presenta las manzanas de las Hespérides, premio de sus trabajos. Esta escultura es muy característica; tiene algo de tiesura y de frialdad en su conjunto; la

verdadera vida está ausente y las formas carecen de morbidez; sin embargo, las figuras ya son hermosas, pero sin tener todavía nada de ideal. Es una transicion del arte antiguo al arte verdadero; Sterope vuelve la cabeza con tiesura y sin gracia; las formas tienen aún algo de cuadrado, aunque el estudio anatómico se descubre ya en ellos bastante adelantado. El relieve de Atena presenta los mismos caractéres, y otro tanto puede decirse de la estátua de Hippodamia, cuyas formas son, sin embargo, más bellas y más desarrolladas, y pertenece á las esculturas del fronton oriental. Este fronton representa la lucha de Pélope y Oenomaus, y como tenia á Zeus como estátua central, segun Pausanias, se debia al cincel de Paconios, escultor de la Nikea. El fronton occidental representaba el combate de los Lapitas y de los Centauros en las bodas de Perithoos, cuya estátua, que adornaba el centro, era de Alcamenes. Desde ahora se posee ya un número de piezas suficientes para poder reconstituir ámbos frontones con seguridad.

La diferencia para hacerlo entre las estátuas del fronton oriental y el de Nikea es grande y ha costado mucho trabajo convencerse de que ambas obras sean de un mismo artista. Sólo puede indicarse que las primeras no eran esculturas libres y estaban destinadas á verse de léjos, lo que exigia un ropaje y formas ménos delicadas, mientras que la Nikea que sólo se hallaba á ocho metros de altura, que las esculturas del tímpano eran una obra en conjunto que debia estar en relacion con la severidad del templo; y por último, que los habitantes exigieron tal vez que se mantuviesen ciertas formas tradicionales y hieráticas. Debe recordarse tambien que á menudo las obras de más de un grande artista presentan diferencias muy notables. Pero todas estas razones apenas satisfacen; aquí nos encontramos frente á dos escuelas radicalmente opuestas y el historiador nada nos dice de un cambio tan pronunciado en los principios seguidos por Paeonios. Esperemos que la ciencia logrará resolver estas dificultades; entretanto, contentémonos con examinar de cerca esas estátuas con la conciencia de que nos hallaremos delante de obras de primer órden.

Las estátuas del fronton están talladas con mucha fuerza, pero se encuentra en ellas cierta dureza y una gran frialdad. Si el estudio anatómico es grande, las formas son más cuadradas y tienen ménos morbidez que en las de Alcamenes. Estas esculturas nada tienen de ideal. La Nikea de los Mesenios, al contrario, está tallada tambien con gran fuerza; pero las formas son más redondas y hay más morbidez. Es una mujer alta y bella, muy bien encorvada, con un pecho muy desarrollado. El seno izquierdo está descubierto y de los más hermosos. Tiene ménos gracia que magestad; su vestido flotante es de una finura admirable. La animacion, la vida que se ven en esta estátua es verdaderamente

extraordinaria. Los menores detalles de su quietismo contribuyen á animarla en el más alto grado, conservándole sin embargo esa calma escultural tan necesaria y tan distante de todo lo que es amanerado y torturado. La pierna izquierda que se ha encontrado hace poco está desembarazada; la derecha está apoyada en una roca, pero tan ligeramente, que apenas el pié toca á la piedra; diríase que es una mujer que toma vuelo para remontarse en el aire. Por desgracia, todavía no se ha encontrado la cabeza. Las esculturas de Alcamenes difieren esencialmente de las anteriores. Los centauros (hay seis) robando las jóvenes (y entre ellos uno á un jóven), recuerdan ciertas metopas del Phartenon; pero su animacion y vida están más bien en el movimiento que en el conjunto de las formas y en la expresion de las cabezas. Las formas son frias, tienen una carne inanimada y no presentan nada de ideal. Se piensa en Polycleto mucho más que en Phydias al examinarlas. El dolor de ambas jóvenes es muy vivo, si se quiere, pero sin expresion. Una de ellas tiene un pecho de una forma admirable; la otra, Desdamia, tiene una cabeza muy hermosa, pero demasiado tranquila y fria.

El Apolo ó Penthoos es una estátua de muy buenas proporciones, pero tiene todavía cierto reflejo antiguo. Las formas son admirables, tienen bastante morbidez, sin embargo el conjunto es tranquilo y sin vida ideal. La escultura es perfecta, aunque no se asemeja en nada á las del Parthenon.

¿Seria posible que un discípulo de Phydias, separándose de los principios de su maestro hasta el punto de volver á los sistemas antiguos, haya imitado á Polycleto? ¿El pueblo habria exigido esculturas de las escuelas dóricas? Carecen de idealidad, el estudio anatómico es muy pronunciado, el ropaje tiene poca finura; ¿serán de Alcamenes? Pousanias lo afirma, pero nos falta todo punto de comparacion. Cualquiera que sea la solucion de la creencia respecto á estas cuestiones, no por eso será ménos importante la obra, y el Apolo continuará siendo una obra maestra en su género.

La estátua más hermosa que se ha encontrado y que es al mismo tiempo una de las más bellas que existen, es Hermes de Praxiteles. Aunque no se hubiera hallado otra alguna, las escavaciones se hubieran visto coronadas con un éxito favorable. Le falta una parte del brazo derecho, la parte inferior de las dos piernas y la cabeza de Dionysos niño. El cuerpo reposaba sobre la pierna derecha, y la izquierda estaba ligeram nte echada hácia atrás. La inclinacion del cuerpo describe esa parábola en forma de sigma (1) que se creia ser el distintivo de Lisipo y que ahora se sabe corresponder á Praxiteles.

---

(1) Letra del alfabeto griego que corresponde á nuestra S. (N. de la R. C.)

Los Hermes de Andrós, de Aegium y el tercero de procedencia incierta que se encuentran en el museo de Patissía, lo mismo que el de Belvedere, son copias del de Praxiteles; ¡pero qué diferencia entre el original y estas últimas obras á pesar de su gran belleza! La estátua está muy encorvada, aunque sus formas son perfectamente redondeadas. La carne está viva y brillante. Nada de debilidad en el conjunto. Este es la fuerza unida á la gracia y el Hermes nada tiene de aquella fuerza sin vida de las esculturas de Alcamenes. La cabeza tiene suma gracia y al mismo tiempo es muy ideal. No presenta la gravedad sublime y severa de Phydias, pero dista tambien mucho de la gracia afeminada de la escuela de Lisipo. La perfeccion del trabajo es verdaderamente admirable; el juego de los hombros es perfecto; y esto se nota especialmente en el magnífico ropaje en el cual se apoya el brazo derecho del héroe. Los grandes estudios de hombros y de finura que pueden hacerse en esta obra son verdaderamente inauditos.

Terminemos ya, pues los lectores pueden formarse una idea del conjunto de las escavaciones de Olimpia. Los resultados obtenidos son importantísimos, bastando indicar las numerosas inscripciones que se han descubierto, que son muy interesantes, tanto bajo el punto de vista histórico, como bajo el del desenvolvimiento del lenguaje y de la escritura. La más reciente se refiere á un tal Philonides, correo de postas de Alejandro, de la cual se hace ya cargo Pausanias, y cuyo valor podrá ahora apreciarse mejor.

Gracias á estas escavaciones, la topografía de Olimpia nos será conocida con exactitud, y el estudio del Heraeon y del templo de Zeus nos facilitará más de un detalle desconocido de la arquitectura antigua, sobre todo para el exámen de las dimensiones y de los óvalos ó boceles de los chapiteles; revelándonos por su parte el Bouteuterion toda una faz desconocida de la construccion helénica.

Respecto á la escultura, en fin, la cabeza de Hera, llena una laguna del arte antiguo. La Nikea nos dá á conocer un escultor de gran mérito cuyo nombre no podemos mencionar hasta hoy Las esculturas de los frontones, cualquiera que sea la solucion que se dé á las numerosas cuestiones á que han dado lugar, revelan un lado desconocido de la plástica, y son con las Eginetas los frontones más completos que se poseen.—La divina estátua de Praxiteles corona todos estos descubrimientos, dándonos una obra original de uno de los mejores artistas que haya existido nunca.—Estos resultados son magníficos y una nueva gloria se refleja sobre la nacion alemana que, por su decidida proteccion á la ciencia, tiene ya tantos derechos á la gratitud del mundo científico.

MADRID, 1879.—Imprenta de MANUEL G. HERNANDEZ,
San Miguel, 23, bajo.

ÍNDICE DEL TOMO XXII.

15 DE JULIO.

Páginas.

El ataque del molino, novela (conclusion), por *Emilio Zola* 6
Istmo y canal de Panamá.—I. Tehuantepec.—II. Nicaragua, por *Ricardo Becerro* 27
Las ciudades de la Sicilia oriental.—Noticia histórica.—I. Palermo.—II. Girgenti. Selinunte.—III. Solunto.—IV. Mesina.—V. Primitivos tiempos de Mesina.—VI. Mesina en las guerras púnicas.—VII. Los normandos en Mesina.—VIII. Otros monumentos en Mesina.—*Edward A. Freeman* 45
El socialismo, fragmentos inéditos (conclusion), por *John Stuart Mill.*
Análisis y ensayos.—Costumbres pirenáicas; pastorelas vascas, *Wentworth Vebster.*—Un libro del arte sobre el Museo Kensington de Lóndres, de *J. H. Pollen* 92
Crónica de la quincena, interior y exterior, por *F.* 102
Miscelánea 121

30 DE JULIO.

Godofredo y Garcinda, novela, *P. Heyse* 129
La reaccion proteccionista, estudio económico, por *Pedro Estassen* .. 148
Pared por medio, poema de *Ricardo Blanco Asenjo* 176
Análisis y ensayos.—Una biografía de Thier por *Le Golff.*—La antigua historia de Egipto, por *Brugsch-Bey.*—Boletin de la Sociedad para el estudio de la enseñanza superior 195
Crónica de la quincena, interior y exterior, por *Francisco de Asís Pacheco* 214
Correspondencia de París, por *Cárlos Bigot* 228
Revista musical, por *J. Estéban y Gomez* 236
Miscelánea 245

15 DE AGOSTO.

Godofredo y Garcinda, novela, por *P. Heyse* 257
La reaccion proteccionista, estudio económico, por *Pedro Estasen* ... 277
Luisa Adelaida de Condé, por *A. Chuquet* 295
Las ciencias en 1879, por *Ricardo Becerro y Bengoa* 306
La ley física de la conciencia, por *A. Herzen* 331
Crónica de la quincena, interior y exterior 342
Análisis y ensayos.—Politische correspondanz Friedrick's des Grossen, por *E. Banning.*—El conde Serre, la política moderada bajo la restauracion, por *C. H.* 355
Miscelánea 337

30 DE AGOSTO.

Historias increibles.—La peste nueva, novela, por *Ricardo Becerro de Bengoa* 385
Las leyes Ferry, por *Juan Alvarado* 416
Las causas indirectas del ultramontanismo, por *J. Milsand* 431
La mision de la democracia en Europa, por *Francisco de Asís Pacheco* 454
Jahweh y Satan.—Evolucion de las personificaciones de la idea del mal entre los Beni-Israel anteriores al cristianismo, por *Pompeyo Gener* 467
Análisis y ensayos.—Conservacion, Revolucion, Positivismo, por *H. Denis.*—Bertrand de Born, sein leben und sein werke, por *L. Cledat* 489
Miscelánea 503

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 109775723